

DRAMAS POLICIALES

---

EL  
TIGRE DEL QUEQUEN

ESCRITO PARA "LA PATRIA ARGENTINA"

POR

EDUARDO GUTIERREZ

(Con ilustraciones)



BUENOS AIRES

IMPRESA DE «LA PATRIA ARGENTINA», CALLE BELGRANO N° 137 Y 139

1880



# EL TIGRE DEL QUEQUEN

Tiene el hombre todo el mundo,  
tiene la fiera el desierto,  
tiene el ave el cielo abierto,  
tiene el pez el mar profundo;  
y Lázaro el vagamundo  
como una fiera acosada  
no halla solo en su jornada  
un seno amigo, un hogar  
donde poder reposar  
la frente desesperada.

R. GUTIERREZ—Lázaro.

## EL 142

La solitaria celda 142 de la Penitenciaría está habitada por uno de aquellos seres en quienes hace presa la justicia de los hombres, palabra tremenda de cuyo significado no se dan cuenta los mismos que la practican.

El 142 es uno de los tipos mas curiosos que habita el horror de aquel presidio, donde todo sentimiento de amor y de cariño desaparece, para ser reemplazado por la cara adusta del guardian y el duro régimen de aquella disciplina severa.

Allí, despues de entrar, todo se pierde menos la memoria, que queda al penado para recordar lo monstruoso de los crímenes que allí lo han llevado, ó la injusticia de los hombres que erraron al condenarlo.

Todo se pierde allí! desde los mas sagrados derechos del hombre, hasta su nombre mismo, que es reemplazado por el número del miserable calabozo que ocupa.

El ser humano allí no tiene mas refugio que su corazon, ni mas caricia que la que pueda ofrecerle su mano al descansar en su palma la frente agoviada por los recuerdos del pasado y la horrible desventura del presente.

En todo hombre extraño se vé un enemigo, y la vista misma de un compañero de infortunio es un motivo de nueva pena, pues un penado ha perdido hasta el derecho de hablar—una palabra, una sola palabra cambiada entre

ellos, basta para hacerles sufrir un nuevo castigo—Un penado no puede hablar!

En el horror de estos sitios que el hombre llama un presidio, habita el 142, tipo lleno del mas vivo interés.

Allá en su juventud este fué un gaucho que andaba libremente por la inmensidad de la pampa, sin mas límite que el que marcaba su ojo inteligente—como el ave que cruza el espacio infinito.

Sobre su magnífico caballo, envidia de sus compañeros, cruzaba él aquel desierto inmenso, de que era el único señor.

Hoy su horizonte se ha limitado: su pampa querida es aquella celda desnuda, de cuatro varas cuadradas, y su caballo se ha convertido en el grillete que se amarra á su pié, ó en la condena de veinte años, que gravitará esa eternidad sobre su cabeza, hasta que su vida haya pasado de la juventud á la última vejez.

Esta es la vida del presidio—cada día que pasa es una nueva maldición que brota al lábio tembloroso.

El 142 es un hombre que, á pesar de haber pasado el medio siglo, representa cuarenta años, de estatura regular y un cuerpo algo grueso.

Su fisonomía bondadosa, bañada por la luz de la triste mirada de sus ojos pardos, es atrayente y suave—parece imposible que aque-

lla fisonomía abierta y franca, pertenezca á un bandido de crímenes horribles.

Su ademán es suave y cariñoso—mira tranquilamente, pero con una mirada triste y empañada por una eterna lágrima arrancada acaso en el recuerdo de su pasado, en el recuerdo del hogar, de los hijos ó la esposa.

La fisonomía de aquel hombre, pasando por todas las modificaciones del presidio, con la cabeza rapada y su cara desprovista de barba, no ha perdido uno solo de los rasgos que caracterizan su raza.

En su mirada, en su ademán, en el brillo lúcido de su pupila, se vé al gaucho de raza, altivo pero bondadoso.

El ojo no pierde nunca su brillo, ni se apaga en su labio aquella sonrisa de desden por todo lo que no es su hermoso caballo.

Aquel ojo que mira por la reja de la ventana del calabozo la inmensidad del cielo, es el mismo ojo que divisa en la infinita Pampa, indagando el mas leve rumor, ó el mas imperceptible movimiento del pajonal.

Es aquella mirada altiva, reflexiva y reposada, la facción mas característica de nuestro gaucho, mirada que no se confunde con otra alguna.

Interesados vivamente en este hombre, quisimos indagar algo de su vida, y nos acercamos á los guardianes.

—¿Quién es este hombre, preguntamos al guardian del pabellón, y qué causa lo ha traído á la Penitenciaría?

—Este es el ciento cuarenta y dos, nos contestó el guardian—sus crímenes son muchos y á cual de ellos mas terrible.

—Pero como se llama y cuáles son sus crímenes? insistimos—es algun ladrón ó es algun asesino de la campaña?

—Nosotros no le conocemos mas nombre que el de ciento cuarenta y dos, nos respondió—sin embargo hemos oído que por los partidos de la campaña que él ha habitado le decían el *Tigre del Quequen*, á causa de sus grandes crímenes, que lo habían hecho célebre.

Dicen, agregó, que debe muchas muertes—que ha sido el terror de la campaña Sur y que no ha habido autoridad á la que no haya peleado y vencido.

Ha sido preso y traído á Dolores, pero dicen que ha peleado á los soldados que lo custodiaban y se ha vuelto á ir, hasta que el Guardia Provincial en sus campañas persiguiendo cuatreros y asesinos, logró reducirlo á prisión y traerlo á la Penitenciaría, donde debe pagar todos los crímenes que haya cometido.

Esta fué la breve historia de *diceres*, que nos transmitió el guardian de aquel pabellón.

Miramos de nuevo el semblante viril y dulcemente tranquilo de aquel hombre estrordi-

nario y volvimos á nuestro primer pensamiento.

—Es imposible que el dueño de este semblante abrigue un corazón tan pervertido y un espíritu cobarde y perverso.

Hay algo en la mirada de un asesino, que lo revela al primer golpe de vista.

No hay en él la arrogancia suprema que respira la apostura de este hombre, ni mira con esta expresión mansísima y serena.

Parece que en su mirada quisiera dejar ver todo lo que pasa por su espíritu, espíritu agoviado por un mundo de desventuras.

Su sonrisa acusa una bondad natural, condición comun del gaucho porteño, y su ademán humilde, sin ser servil, demuestran al hombre que se conforma con su suerte buena ó mala.

Qué misterio se ocultará en la existencia de este hombre que soporta su condena sin quejarse, aunque su actitud es una protesta de ella?

El 142, según se nos dijo, es rico, sumamente rico para un habitante de la Penitenciaría, pues su libreta del Banco acusa un capital de 5L,000 pesos.

Es el producido de sus caballos, de sus espléndidos caballos de carrera que, por su voluntad no hubiera vendido por el doble de esta suma.

Movidos por un sentimiento de curiosidad, preguntamos al gobernador de la Penitenciaría cual era la conducta de aquel hombre en el presidio.

—Es el mejor y mas humilde de los penados, nos dijo, dócil como una criatura, y conforme con su suerte como si no hubiera conocido otro horizonte que el que limitan estos cuatro muros.

El 142 detesta el trabajo de los talleres—sin embargo, cuando se le manda trabajar obedece sin replicar, pero entonces se vé oscilar una lágrima en sus párpados, muda y tocante protesta del que conoce que no tiene ni el derecho de quejarse, ni el poder de resistirse.

En el deseo de escribir aquella historia curiosa, nos acercamos al 142, tratando de indagar su historia, desde su infancia hasta donde la toma su primer proceso.

Con una bondad suprema y aún con cierto cariño hácia el hombre que no tenia inconveniente en hablar con un condenado, él nos refirió la historia de sus primeros años.

Cuando llegó al punto de partida de todas sus desgracias, allí donde su vida se convirtió en una cadena de desventuras, se detuvo fatigado, sin duda por los recuerdos que acabábamos de evocar en su memoria.

Una lágrima ardiente brilló en sus ojos parados, y abatió la cabeza sobre la palma de la mano, buscando aquel descanso habitual.

—No se aflija, amigo, le dijimos: no hay



dolor que no encuentre su lenitivo en la vida, y el de usted toca ya tal vez á su término.

—No hay consuelo para mi pena, nos respondió tristemente —mis hijos crecen á la ventura de Dios, sin un buen consejo que los encamine hácia la senda del bien, no hay quien tienda la mano á la mujer si el hambre se apea en el alero del rancho!

Los que han labrado mi desgracia porque no pudieron doblar mi frente y mi brazo, tal vez se ciernan como caranchos en el nido de mis hijos. . . y yo estoy encerrado. . . que le hemos de hacer!

Y devoró un sollozo y dobló nuevamente sobre la palma la varonil cabeza, abismado en sus pensamientos.

No quisimos turbar con una nueva pregunta aquel dolor tan intenso, y nos alejamos de allí despues de haberle tendido la mano y alentado con una palabra de consuelo.

—Adios amigo, nos dijo, ya veo que todos los hombres no tienen callo en el corazon y que todavia hay almas que se duelen de la desgracia ajena.

Y nos despidió haciendo con la cabeza un movimiento, como si hubiera querido echar á la espalda la mata tupida de sus cabellos, abatidos por la tijera del presidio.

Nosotros nos lanzamos detrás de los procesos y sumarios donde se encuentra reasumida aquella curiosísima historia; hablando con la mayor parte de las personas que en ellos figuran, mezcladas á la vida de aquel ser extraordinario, nacido para otra cosa que para habitar un presidio.

Nuestra justicia de paz, reclutada hasta hace poco entre seres ignorantes y malos, sobre todo en los partidos mas lejanos de nuestra campaña, es la causa principal en las desgracias del paisano.

Para él, justicia es simbolo de persecucion y de maldad, el juez de paz significa la cárcel ó un cuerpo de linea, y el comandante militar es el señor absoluto de vidas y hacienda.

El gaucho, que espera sereno la misma invasion del salvaje de la Pampa porque su vida está entónces garantida por su corazon y su puñal, huye cielo y tierra ante la citacion de un alcalde.

Y él, que no se conmueve ante la boca de un cañon, tiembla como un niño ante la orden de presentarse al juzgado de paz.

—Quién sabe si no tienen interés en mi campo, en mi mujer ó en mi hija, piensan— quien sabe si por hacerse dueños no me mandan á la frontera!

Y ensillan su caballo y huyen despavoridos, en la firme conviccion de que al huir, van á salvar su libertad, sus vacas y hasta su mujer.

De lo que deja seapodera la justicia, porque huyó, y ahí está un hombre lanzado al camino del crimen, porque tiene que vivir reñido con todo lo que es justicia, de quien en adelante tendrá que defender la cabeza, luchando en las pulperias con las partidas que manden los Jueces de Paz en su persecucion.

Matan defendiendo su vida la primera vez, pelean por lujo la partida de plaza, cada vez que se ofrece y si el instinto ó inclinacion de los que así proceden no es bueno, concluyen por ser verdaderos bandidos, cuya vida concluye en un presidio, ó teniendo que ganar las tolderias de los indios, por no hallar ya amparo entre cristianos.

Esto, si como Juan Moreira, no caen acribillados de heridas, luchando de una manera heroica, contra soldados de las policias rurales.

Pero dejemos estas reflexiones tristes, pues lo que podriamos agregar á ellas lo han dicho otros y nosotros mismos.

Tal vez con el tiempo, si no retrocedemos, la justicia de Paz sufrirá una reforma que harlo necesita el habitante de nuestra campaña, pária en su tierra.

Vengamos á la historia interesante que emprendimos, tomando á nuestro protagonista desde su primera juventud.

## UN CARACTER TRAVIESO

Allá por el año 1837, cuando la mazorca se daba su corte azotando señoras y vendiendo por la calle las cabezas de los unitarios de gollados á la voz de «duraznitos del monte», vivia en una magnífica quinta, frente á Palermo, doña Gregoria Rosas.

En aquella quinta y bajo la tutela de la tal doña Gregoria, se criaba entónces un chi-

quilin de unos diez años, llamado Pascual Felipe Pacheco.

El chiquilin Pacheco era un huerfanito de quien se habia hecho cargo doña Goya, para sacar, segun decia, un muchacho de provecho.

Y por un muchacho de provecho se entendia entónces un buen mucamo ó un cochero de toda confianza.

Felipe, nombre con que todos lo llamaban, no sabia quienes habian sido sus padres, ni por arte de qué encantamiento habia pasado á poder de doña Goya.

Se habia conformado con su suerte, tratando de pasar la vida lo mas alegremente que le fuera posible, sin cuidarse para nada del dia de mañana.

Concluido el quehacer á que lo destinaba su patrona, alcanzar el mate, Felipe se salia á la calle y mataba el tiempo jugando á los locos, la cuarta ó la payana.

Otras veces se iba á los cuarteles de Palermo donde pasaba las horas viendo á los milicos hacer sus ejercicios y maniobras, ó entregarse á la honesta tarea del *truco* y la taba.

Cuando Felipe volvia á su casa, despues de haber estado ausente la mayor parte del dia, recibia una tunda de mano maestra, aplicada por el cochero ó algun soldado.

Pero sucedia que el pillo se habia captado de tal modo las simpatias de la gente de servicio, que el encargado de sacudirle el polvo apenas le rosaba la ropa.

Así es que al otro dia la tardanza de Felipe era mas larga, volviendo á su casa, segun decia, porque tenia necesidad de comer.

Felipe era vivo como una centella y alegre como un gato chico, no lo arredraba ningun muchacho, por grande que fuera, y en sus frecuentes luchas de trompis siempre volvia vencedor, con chichon mas ó menos.

Valiente hasta desarmar á los muchachos de su edad, que muchas veces venian á pelearlo armados de cortaplumas, nunca aprovechaba las ventajas de la lucha.

Cuando su adversario dejaba salir la *chocolata*, sacada por algun buen trompis, Felipe se alejaba saltando en un pié y dejando escapar un *bije* agudo y penetrante.

El primero que marchaba á la cabeza de las bandas de música, haciendo contorsiones picarescas, y el primero que acudia allí donde sonaba un cohete, era Pascual Felipe!

Doña Goya se esmeraba en ponerle buenos trajecitos y hermosos gorros de manga, como los que se usaban en aquellos tiempos memorables, pero no le duraban mas tiempo que el que tardaba en salir y volver.

A su vuelta su casaca era un giron murgiento y sus calzones habian abierto una boca en cada rodilla á consecuencia de alguna jugada á la cuarta.

Aquí doña Goya, sin averiguar mas, le sacudia una tunda de coscorrones y canchadas, como obertura á la tunda maestra que le mandaba aplicar por el cochero.

Felipe se comia los moquetes sin dejar oír una sola queja, sin derramar una lágrima: el

hombre cruje y no llora, decia, y aventaba el dolor silbando un *cielo*.

Aquel muchacho traviesísimo demostraba tener un carácter firme y un valor inconmovible.

Cuando algun soldado lo desmayaba de un sopapo, Felipe aguantaba y no se quejaba.

Pero no pasaba el dia sin que aquel soldado sintiera en su ocupicio el golpe de algun casto lanzado por la mano de Felipe.

Felipe era quien acompañaba á la misa á doña Goya, llevando sobre los brazos la tradicional alfombrita con que las señoras iban al templo.

Pero sucede que al llegar al templo, doña Goya se apercibia que Felipe no estaba allí con su alfombrita.

Habia visto por el camino alguna jugada de cocos ó de cobres y se habia parado á mirar las peripecias del juego.

Cuando la banca estaba bien llena de cocos, y la parada de cobres era morruda, Felipe daba un punta-pié á unos y un arrebaton á los otros, y salia como un condenado.

Mientras unos muchachos se ponian á juntar los cocos, otros salian á perseguirlo para recuperar la parada de cobres.

Pero Felipe era como luz y pretender alcanzarlo era una quimera.

Entónces recien la aflijida doña Goya lo veia llegar cuando habia perdido la esperanza de oír misa por falta de alfombra.

Muchas veces doña Goya al salir del templo, ó venir á él, se detenia aterrada porque sobre la lujosa cola de su vestido habia sentido una pelea de gatos ó de perros.

Pero al dar vuelta se encontraba con Felipe hecho una trenza de á ocho con dos ó mas muchachos, á quienes algo habia hecho á la pasada.

Sin preocuparse de lo que podia pensar su señora, ó hacerle mas tarde, soltaba la alfombra y seguia el combate con todo denuedo, hasta que sus adversarios se declaraban vencidos.

Entónces, mas ó menos lastimado y limpiándose la *chocolata*, alzaba su alfombra y seguia en busca de su señora que habia apurado el paso.

Felipe recibia entónces una tunda verdadera aplicada con toda conciencia, pero sus verdugos no lograban hacerlo llorar.

—Llora, pícaro, le decian muchas veces doblando la dosis para hacerle pedir perdon y que cesara el castigo.

Pero si alguna espresion le oían eran estas sencillas palabras.

—Duro y parejo maulas, que el hombre cruje y no llora, tiritá cuando hace frio.

Felipe era un muchacho hermoso y desarrollado de una manera notable, hasta el es-

tremo de representar tres ó cuatro años mas de los que tenia.

Sus facciones eran bellas formando un conjunto simpático y atrayente, en el que sobresalían dos ojos como dos luceros, llenos de inteligencia y picardía.

Su pelo largo y sedoso era el marco de ébano que encerraba aquel semblante abierto é interesante, que auguraba un tipo varonil y cabelto.

Felipe era querido de todas las personas á quienes se acercaba, menos de la cordial doña Goya que no perdía la oportunidad de darle un moquete ó coscorrón.

Con los otros muchachos sus amigos, Felipe era bueno y generoso; partía con los mas necesitados sus cocos y carosos, y aun los reales que solían darle los tertulianos de doña Goya.

—Este muchacho me va á matar de algun disgusto, solía esta decir, pero el que la escuchaba miraba la fisonomía picaresca de Felipe y soltaba la risa.

Muchas veces este simpático diablito se permitía alguna broma, como echarle sal al mate ó calentar la bombilla, y lo hacia con tal gracia, que no faltaba quien interviniera en su favor.

—Yo te voy á mandar á Palermo para que te sacudan una buena azotaina, y te destinen á pito de una banda lisa, decia doña Goya en el colmo del furor.

—Yo no he nacido para sirviente de nadie, pensaba Felipe, y en cualquier parte hallaré un trato mas humano del que aquí se me dá.

De su pasado no tenia la menor noticia—sabia que era huérfano y que se llamaba Pascual Felipe Pacheco, pero nada mas.

El por qué de estar en poder de doña Gregoria y el por qué de la crueldad con que esta solía tratarlo, eran misterios que nunca habia tratado de penetrar.

El placer mas inmenso, el bello ideal de aquella criatura desamparada, se encerraba en este supremo deseo: tener un potrillo suyo.

Muchas veces hubiera llegado al colmo de esta felicidad inocente, porque entónces los potrillos andaban á merced del que quisiera hacerse cargo de ellos.

Pero habia una cosa invencible para Felipe, y esta era recabar de Da. Goya el permiso de tenerlo en su casa y montarlo todos los dias.

Por el derecho de tener un potrillo, se hubiera dejado azotar una semana entera, pero aquella felicidad que gozaba el último pillete, no se habia hecho para él.

Cuántas veces se le hacia agua la boca al ver á Perico ó Gumersindo gineteano en un potrillo aperado de la manera mas gauchita de este mundo!

Pero jamás su corazón albergó el mas remoto sentimiento de envidia—él les alquilaba

una montada dando en cambio cocos ó algun tejo, y cuando se lo reclamaban lo entregaba, con el mismo ademan de pena con que hubiera visto alejarse al ser mas querido, aunque hasta entónces no habia experimentado los goces de un verdadero cariño.

Cuando algun ginete llegaba á lo de doña Goya, Felipe se ofrecia á cuidar el caballo, y entónces daba una montada de todo el tiempo que duraba la visita.

Ahora, cuando este ginete era el lechero ó algun otro proveedor matutino, Felipe saltaba sobre el caballo, y aunque sabia que eso lo hacia acreedor á una gran tunda, no volvía hasta la noche.

Un dia un oficial de Rosas, le regaló un potrillo alazan, que segun los pilletes que lo vieron, era una verdadera monada.

Aquel fué un dia inolvidable para Felipe—tremulo de emocion, se sentó á campo á contemplar su potrillo y bendecir al oficial que le habia hecho tan magnífico presente.

Allí estuvo largas horas absorbido por el placer infinito que experimentaba su espíritu inocente y pensando en las prendas con que lo iba á adornar al siguiente dia.

Qué magnífico bozal y qué estribos de mi flor, pensaba completamente entregado al éxtasis que embargaba su ser.

—Qué par de riendas! añadia, y doña Goya, y los cocos y sus compañeros, todo, todo desaparecia por completo de su imaginacion.

Allí no cabia mas que el hermoso potrillo alazan tostado y el magnífico apero y prenderia con que lo iba á dotar al dia siguiente.

Ya soñaba juntar de los realejos que le daban, la suma necesaria para echarse un par de estribos de plata y un fiador gauchó.

Pero su alegría debia durar lo que duró esa tarde. Cuando regresó á su casa acariciando y besando á su hermoso potrillo, doña Goya lo mandó echar á la calle.

En vano fueron sus súplicas y sus promesas de enmienda; el potrillo fué á parar á la calle, donde lo tomaron los otros pillucos mas felices que él.

Aquel fué el primer dolor de Pacheco; sintió su potrillo hasta el extremo de perder el apetito durante dos dias y tomar un profundo hastío á la vida.

Qué era para él la vida sin la felicidad de tener un potrillo?

Una cosa tan odiosa, que resolvió dejarse morir al primer dolor de barriga que lo acometiera.

Pero á esa edad nada dura.

Por espacio de quince dias, no se le vió á Felipe en las jugadas de cocos ni en las partidas de la cuarta y bañadas de caballo.

Pero poco á poco se fué dando de nuevo, hasta que olvidó completamente su espléndi-

do potrillo alazan tostado, que compendia-  
bata toda su dicha.

Entre los muchachos de la vecindad con  
quienes se juntaba, habia uno flacucho y dé-  
bil, en quien los otros desquitaban todas sus  
contrariedades.

Manuel, que así se llamaba, era cobarde  
porque comprendia su debilidad y sabia que  
resistirse ora para que le doblaran la dosis de  
puñetazos.

Felipe que no podia mirar con indiferencia

que los otros muchachos se valieran de su su-  
perioridad física para ostropear á Manuel, lo  
tomó bajo su proteccion de una manera tan  
decidida, que nadie se atrevia á levantar la  
mano sobre aquel desvalido, sin consultar an-  
tes el rostro de Felipe.

El se habia hecho el cabecilla de aquel  
infierno de pilluelos que le obedecian cie-  
gamente, sin permitirse la menor observa-  
cion.

Los rasgos de nobleza eran en él frecuentes:



una vez que un viejo de la vecindad azotaba  
á un muchacho que habia amarrado á una es-  
calera para hacer la operacion con mas comodi-  
dad, entró Felipe á la casa, y aunque el vie-  
jo volvió sobre él sus iras y su rebenque, no  
retrocedió hasta no haber desatado á su com-  
pañero y libertádolo de aquella tunda espan-  
tosa.

Otra vez cuatro soldados de la mazorca

traian corriendo desde Palermo á un paisano,  
acusado de ser salvaje unitario.

Aquellos cuatro asesinos traian una daga en  
la mano y lanzaban horribles gritos de muerte.

El desventurado paisano pedia socorro y dis-  
paraba, aterrado, porque comprendia que de-  
jarse alcanzar era renunciar por completo á  
su cabeza.

En momentos que perseguido y perseguido-

res cruzaban cerca del puente de Maldonado, estaban reunidos en una gran jugada de cobres, los compañeros de Felipe, mientras este se entretenía en dar riendas á un caballo de uno de los tantos visitantes de doña Goya.

Felipe sabia por experiencia que ponerse entre la víctima y los asesinos era atraer sobre sí la ira y la daga de aquellos.

Sin embargo, sin vacilar un segundo se dió cuenta de la situación.

Se bajó del caballo y cuando el perseguido llegó á donde él estaba, le gritó *miente y sálvese!* y como si con aquello no hubiera hecho bastante, mientras el paisano montaba, espero resueltamente al asesino que venia mas cerca, y cuando este llegó, se tendió rápidamente en el suelo. El asesino tropezó con su cuerpo y rodó por el suelo como un ovillo.

Felipe se levantó rápidamente, en momentos que los otros tres llegaban; vió al paisano que se alejaba con vertiginosa rapidez y dió vuelta á parar la primera puñalada con que lo recibieron los recién llegados; *cuerpeó* guapamente la segunda y echó á correr con la rapidez peculiar á los muchachos de esa edad.

Los asesinos no intentaron seguirlo, cansados con la primer carrera comprendieron que todo esfuerzo sería inútil y se sentaron á maldecir á Felipe, mientras este los burlaba desde atrás del cerco donde se habia guarecido.

Esta hazaña circuló por toda la vecindad y dió á Felipe una fama asombrosa—los otros muchachos lo miraron desde aquel dia con gran respeto, y hasta tenian cortedad de admitirlo en sus jugadas de cocos y cobres.

Felipe, segun decian ellos, tenia una suerte de condenado; nunca habian podido ganarle dos reales y en cambio él solia desplumarlos de una manera famosa.

Cuando los habia pelado completamente, juntando en sus bolsillos el capital de todos, que muchas veces llegaba á la enorme suma de veinte pesos, lo volcaba en una modia, que era su caja de ahorros, y con gran magnanimidad, procedia á repartir sus cobres entre los mas necesitados y los que mas habian perdido, acciones que le valieron el renombre de Felipe el generoso.

Pero apesar de todo esto y gracias á sus travessuras mas ó menos inocentes, Felipe se guia recibiendo sus interminables coscorriones de manos de doña Goya, ó las tundas que, por comision, le sacudia el cochero.

Asi fué cobrando poco á poco una invencible aversion á la casa de sus patronos, donde no hallaba mas caricia que la palabra airada, y donde no tenia el mas humilde de los goces peculiares á su edad.

Felipe fué creciendo y junto con él su ódio á la casa donde habia pasado los primeros

años y recibido tambien los primeros dolores y los primeros castigos.

No habiendo conocido padres, Felipe guardaba en su corazon un mundo de amor purísimo que no encontraba en quien deramar.

Aquel afecto tierno é íntimo que sentia en sí, era diferente al que experimentaba por sus compañeros de juego, únicos amigos con quien contaba en la tierra.

Muchas veces hacia un esfuerzo por dedicar aquel cariño á su patrona, pero como no hallaba en esta halago alguno, se quedaba con él en el corazon, ocultándolo como quien oculta una cosa maldita.

Muchas veces Felipe se ponía á pensar que él, como los otros muchachos, tendria tambien una madre bondadosa, en cuyo regazo hallaria siempre una elocuente caricia.

Pensaba en aquella palabra *madre*, que pronunciaban los otros pilluelos, como quien pronuncia el nombre de un protector omnipotente, y que aquella palabra le estaba negada á su lábio, donde estaba reemplazada por la de *patrona*.

Entónces Felipe lloraba, lloraba de una manera íntima, sentia su corazon desgarrado por un dolor que no podia explicarse, y su tristeza duraba muchas veces una semana.

No salia de la casa, olvidaba todos los juegos y todos los compañeros, y cuando le preguntaban qué tenia, contestaba melancólicamente:

—Nada no tengo nada, ni nadie se habia de doler de mi si algo tuviese.

Pero poco á poco iba abandonando sus tristes pensamientos, la edad se sobreponia á las penas y volvía á sus antiguas travessuras y juegos con mas vehemencia que nunca.

Los cuarteles de Palermo lo atraian poderosamente, pero á qué le serviría sentar plaza, si tal vez su patrona lo sacaria al dia siguiente, haciéndole pagar bien caro aquel corto placer?

—Sigamos la vida como venga, se decia, que ya llegará el dia en que pueda hacer mi voluntad, como el cochero—y pensaba en el cochero, porque para él, aquel hombre era el ser mas feliz que habia conocido, pues su vida se pasaba entre paseo y paseo, siempre en volanta.

Y ya que por entonces no podia hacer su gusto, se conformaba con las prestadas de portillo que le hacian sus vecinos y escapándose á los cuarteles donde pasaba sendos ratos de solaz oyendo á los soldados contar sus aventuras guerreras y amorosas.

Ah! maullas! decia entusiasmado, en medio de un trueno de aplausos con que lo festejaba la soldadesca—cuando yo tenga novia la he de traer aquí á pasear en ancas de mi portillo, y entonces se les ha de caer la baba.

Como los soldados se reian en tono de bro-



ma, Felipe se retiraba medio mohino, pero diciéndoles siempre:

—Ya verán, ya vorán maulas—todas esas mozas de que ustedes hablan no van á servir ni de banco para que se siente la mia—esa sí que va á ser flor.

Los soldados lo llamaban para buscarle la boca, pero él se retiraba prometiéndose para sus adentros cumplir al pié de la letra lo que habia prometido.

Habian transcurrido dos años, sin que para Felipe hubiera cambiado en un átomo el género de vida que llevaba—se habia desarrollado un poco mas, y con el continuo ejercicio que hacia, sus fuerzas se habian duplicado hasta el punto que no habia un muchacho que le ganara á luchar.

Habia aprendido á fumar, vicio que le costó sendas reprimendas y castigos, que llegaron hasta despojarlo de los reales que le daban ó ganaba á la cuarta, para que no tuviese con que comprar cigarros.

Ya aquel género de vida habia empezado á hacersele insoportable.

Su aficion por la milicia la habia perdido completamente, desde que vió aplicar dos mil azotes á un soldado, por la única razon de que así lo habia querido el gefe.

—San Antonio! habia dicho si así castigan aquí las faltas, prefiero mil veces los coscorrones de doña Goya, y el látigo del cochero que, al fin y al cabo no mutila las carnes y las hace picadillo.

No era tampoco esto lo que lo arredraba en casa de doña Goya—era la vida de servilismo á que se le obligaba, vida que no estaba de

acuerdo con su espíritu altivo y su carácter varonil.

Mientras esta se limitaba á alcanzar mate, era un poco mas llevadera, pero ya cuando se trataba de hacerle practicar oficios de verdadero criado, su espíritu se sublevaba y sentia la ira agolparse á su corazon.

Comprendia que él necesitaba una ocupacion mas de acorde con su carácter independiente.

Entonces pedia que lo mandaran á la estancia donde trabajaria y se haria un buen peon.

Desde que vió aquella tunda aplicada al soldado, que lo desencantó del oficio de las armas, se fijó en los trabajos de campo.

Conversaba con los troperos que llegaban á Palermo, y sentia en su corazon un vuelco de alegria al pensar que llegaria tiempo en que él pudiera ser un consumado domador y educar caballos parejeros para correr con el mismo demonio.

Pobre Felipe! si él hubiera comprendido entónces la vida de pária de nuestro gaucho, hubiera desechado con horror aquellos sueños de ventura y se hubiera quedado en la ciudad.

Entónces no hubiera tenido que luchar con la justicia de paz; no se hubiera encontrado frente á frente con la injusticia de los hombres y su nombre no habria sido cambiado por la cifra terrible de 142, con que hoy revista en los libros de la Penitenciaria!

Pero el hombre no puede prever los acontecimientos de la vida; pisa la senda que halla á su paso y camina por ella, sin echar de ver que marcha á la ruerte de todas sus ilusiones y sin tener la fuerza de voluntad bastante para volver su pisada.

## LA PRIMERA HAZAÑA

Pacheco pasó cinco años mas en aquella casa, donde no habia experimentado sino sabores de todo género y no habia gustado la menor caricia.

Habia crecido y se habia desarrollado de una manera notable.

Sus ojos rasgados habian tomado una expresion melancólica, donde se reflejaban fuertemente las penas que agobiaban su espíritu.

Sobre su lábio se dibujaba ligeramente un bigote que lo sombreaba á penas, dándole una expresion mezcla de desden y amarga sátira.

Se habia vuelto mas sério y mas reposado, renunciando á todas aquellas diversiones que cinco años atrás fueron de su predileccion.

Los cocos fueron olvidados y reemplazados

por otros entretenimientos en mas armonia con su edad.

Un poco mas emancipado de la severa vigilancia de sus patronos solia concurrir de cuando en cuando á la pulperia, á eso de la oracion, donde se juntaban soldados y paisanos á armar jarana de guitarra, en la mayor armonia posible.

Allí permanecia un par de horas oyendo cantar y cepillar los mas pintorescos bailes nacionales y tomando la copa con que lo obsequiaba algun amigo.

Así que sentia la lista de ocho se retiraba tranquilamente, pues teniendo los soldados que asistir á la lista en sus respectivos cuarteles, la reunion quedaba deshecha.

Apesar de sus quince años, Felipe no estaba exento de ciertos castigos ya no le sacudían coscorriones, que no hubiera recibido como cinco años atrás, pero lo mandaban preso á tal ó cual cuartel del amigo comandante, donde permanecía muchas veces una semana, haciendo el servicio interior del cuartel.

Por mas duros que fueran los tratamientos que recibia, nunca fué capaz de abrir la boca para protestar de ellos, ni abrigó en su corazón el menor sentimiento de venganza.

Muchas veces se vieron sus ojos empañados á consecuencia de las crueldades que con él se cometian, pero secaba las lágrimas con el revés de la mano y olvidaba con facilidad la injuria que las habia arrancado.

Alguna vez sintió afluir su sangre á la cabeza, y levantarse su brazo movido por la ira, pero este pensamiento era un relámpago: habia algo que lo contenia y este algo eran las consecuencias terribles que podia traer para él un momento de olvido.

Con toda la indignacion de su carácter noble, rebosando en el alma, habia visto condenar un soldado á mil ó dos mil azotes, por causas que no merecian ni una reprension severa, y comprendia que él no tendria fuerzas para sufrir semejante afrenta.

—Si á mí me mandan azotar, pensaba, no habrá fuerza humana que contenga mi primer movimiento de ira: azotarán mi cadáver, porque mi cadáver no tiene el poder de blandir un puñal, pero vivo yo, no habrá poder que me ate al potro del tormento.

Esto era lo que contenia á Felipe y lo habia permanecer mudo ante los castigos y los dolores—la pena de azotes lo indignaba de una manera profunda, se consideraba afrentado solamente á la idea de que á alguien se le podria ocurrir hacerle pegar quinientos azotes, é instintivamente llevaba la mano á la cintura, donde guardaba un puñalito que habia cambalachado por otras prendas.

La sociedad de los soldados y su larga permanencia en los cuarteles, le habian hecho tomar algunos hábitos de campamento.

Sabido es que en el campamento, como en el campo, un hombre no es nada, si no lleva un cuchillo á la cintura.

El cuchillo es la herramienta mas útil con que arregla las prendas de su recado y adelgaza las lonjas con que ha de trenzar su apero—es su defensa y su todo en fin, pues un paisano no podria comer si no tuviera consigo su cuchillo.

En Felipe no era entonces una prenda tan necesaria, pero de ver á los otros se habia tentado á usarlo y ya estaba tan habituado á llevarlo que al salir á la calle, era mas fácil que olvidara su sombrero que su cuchillo, un pe-

queño puñal de cabo de plata y tan afilado como una navaja de barba.

Felipe se habia vuelto todo un buen mozo, con todo el aspecto de un muchachon de diez y ocho años y toda la pilleria de que era susceptible su espíritu.

Los guiñaba el ojo á las muchachas que encontraba á su paso, y terciaba con grandes relatos de amorosas aventuras, al rededor del fogon de los soldados.

Llevaba un sombrero á usanza de los troperos con los que aprendia á *vistear*, en cuyo ejercicio se hizo tan práctico, que muy gaucho tenia que ser el mozo que le entrara una canchada, ó lo tocara con el cuchillito de palo que usaban para este juego.

Los troperos le prestaban sus caballos para que gineteara un rato, con lo que se habia hecho tan de á caballo como cualquiera de ellos.

Muchas veces le daban un redomon, para hacerle llevar un golpe y reirse á sus espensas—pero buen chasco se llevaban!

Felipe le daba un galope y cuatro riendas con tanta maestria y dominándolo de tal modo, que volvia con el rostro alegre y el caballo temblando.

Habia aprendido tambien á enlazar y echar un pial de volcado, en cuya operacion se lucia como nadie.

—A este diablo ya no hay con que darle—decian los troperos que habian cobrado á Felipe un verdadero cariño.

Era tal la elegancia de su apostura y el aspecto de bravo que tomaba poco á poco, que ya iba perdiendo su nombre de Felipe, pues casi todos le decian don Pacheco, unos por honra amistosa y otros porque, sin saber como, habian ya adquirido la costumbre.

Felipe sonreia y se limitaba á responder:

—Canejo, que son burlones!

Los troperos empezaron á tentarlo para que se fuera con ellos á trabajar al campo, pero el muchacho no se atrevia á abandonar la casa donde se habia criado.

Sin embargo, las proposiciones que le hacian lo halagaban sobre manera, mucho mas, desde que, á causa de la pena de azotes, habia perdido su vocacion por el servicio de las armas.

—Venga con nosotros, amigo, le decian,—el campo tiene un porvenir muy lindo para el hombre que trabaja; de todos modos, qué diablos va á hacer aquí cebándolo mate á la patrona, oficio que, está bueno para un chico, pero no para un hombre.

Felipe se sentia enrojecer de vergüenza al oír decir esto; comprendia que tal oficio era una humillacion para un hombre de su temple, pero se contentaba con responder:

—Todavía nó, amigo,—me duele dejar á esta gente que me ha servido de familia, y dejarla

mal, pues estoy seguro que tondria que hacerlo así, porque nunca consentirán en que yo me les vaya.

—Pero es que algun dia ha de tener que largar el mate para buscarse la vida, y no es preciso esperar á llegar á viejo para aprender á mamar.

—No por mucho madrugar amanece mas temprano, contestaba Pacheco—dejen no mas que algun dia les ho de dar la noticia de que yo tambien me largo con ustedes, ya sea *juido*, ya sea con licencia.

Corria entonces el año 42, con todos sus horrores la mazorca inventaba todos los dias un suplicio nuevo, y las calles de Buenos Aires eran un verdadero desierto donde no se veian mas que los federales mas desalmados y sanguinarios, afilando el puñal en las veredas para hundirlo mas facilmente en el pecho de aquellas nobles victimas cuya sangre enrojeció nuestras calles mas centrales.

El moño colorado y la verga estaban en todo su apojeo—azotar una señora y pegarle el moño colorado en la cabeza, despues de cortarle el pelo con el facon, era la diversion predilecta de aquella chusma desenfundada que el cobardo tirano alentaba con sus mas calorosos aplausos y felicitaciones.

Aquel fué un año sangriento que vivirá siempre palpitante en la historia argentina.

Los crímenes mas monstruosos y aterrantes se consumaban con una frecuencia terrible.

Las casas de las familias mas respetables eran entregadas á saco, y mientras los hombres de la familia eran degollados en presencia de madres, esposas é hijas, estas eran azotadas sin conmiseracion de ningun género, y para ayudarlas á llorar, al grito de viva el ilustre restaurador de las leyes!

Pasemos como entre ascuas sobre estas exenas de vergüenza, lágrimas y sangre, que quiera Dios no vuelvan jamás á repetirse en el suelo argentino, y concretémonos á aquellas que se ligan forzosamente con nuestro relato.

Como era natural, los crímenes mas inicuos que se cometian en la ciudad, repercutian en Palermo con mas algazara, mientras mas conocidas y respetables eran las victimas.

En Palermo se bebía á la salud de los verdugos, y las familias marzorqueras estaban de fiesta.

Pacheco solia escuchar la narracion de estos hechos, y sentia su corazon estremecerse de indignacion y de corage.

Cuántas veces tuvo tentaciones de estrangular al miserable narrador, que generalmente era uno de los autores, pero se contenía á duras penas, por aquel terrible recuerdo de la pena de azotes que lo perseguía siempre.

—Si yo fuera hombre rico, pensaba, muy poco me importaría ahorcar á un bandido de estos,

porque al fin y al cabo no harian mas que degollarme, lo que algun trabajo les habia de costár, pero siendo quien soy, puede ocurrirseles azotarme, y al concluir el pensamiento un temblor convulsivo le recorria todo el cuerpo.

Como la casa de su patrona era frecuentada por lo mas escojido de la mazorca, le habia tomado tal horror, que al entrar á ella solamente, sentia como la impresion de una bofetada.

Si aquellos crímenes hubieran sido cometidos esponiendo la vida y siquiera en combate ventajoso, no habria sido la cosa tan repugnante para él. Pero el hecho cobarde y ruin, sin atenuante de ningun género, sublevaba su corage de una manera que él mismo no podia explicarse, hasta el extremo de desear medirse con toda aquella canalla cuya presencia lo avergonzaba.

Habia cumplido Pacheco sus diez y seis años, cuando hizo su primer ensayo como valiente para los que no comprendian el alcance de su accion, y como verdadero hidalgo para los que comprenden los móviles que lo llevaron al combate, con un enemigo diez veces mas fuerte que él y mas avezado á la lucha, puesto que este era el estreno de nuestro héroe, estreno en el que iba á mostrar que tenia el alma bien templada, el corazon noble y una muñeca de fuerza incalculable á su edad.

Fué este el lance en que Pacheco probó que era un hombre de verdaderas prendas de corazon, prendas que hacen de nuestro gaucho un hombre ignorado fuera de su fogon, y cuando mas, fuera de su pago.

Era una noche de reunion en una de las pulperias mas concurridas de los alrededores de Palermo.

Aquel dia se habian corrido algunas carreras interesantes, y el gauchaje y los soldados de la division que tenian licencia, habian caído dispuestos á jugar hasta la vida.

Concluidas las carreras, la concurrencia se retiró en su mayor parte, quedando solamente en la pulperia alguno que otro paisano bastante punteado y los soldados y demás gente de la division que se preparaba á descamisarse honestamente al truco ó al monte.

Aquella gente era compuesta de lo mas bravo que se conocia en los alrededores y de la flor de la mazorca de Palermo, aunque se podia ver entre ellos alguno que otro paisano tropero que habia caído á la fiesta de *miro*.

Despues de los churrascos y copas consiguientes al final de carreras, los concurrentes de la pulperia empezaron á armar sus grupos de jugadores, mas ó menos numerosos y la jugada principiò en medio de la mayor alegría.

No faltaba paisano que de puro *cortado* y no



teniendo ya que jugar se hubiera puesto á tocar la guitarra, de modo que aquella era una verdadera reunion de lobos.

Entre uno de los grupos, y al lado de uno de los troperos que contemplaban las peripecias del juego, estaba Pacheco, para quien aquel espectáculo era una novedad.

Allí estuvo entretenido mas de una hora, observando las caprichosas peripecias del juego, hasta que, pareciéndole hora bastante avanzada, resolvió retirarse.

—Espere un momento y nos vamos, le observó el compañero—quiero ver si al fin y al cabo echa ese rey lo que echan las tabas.

Ni un minuto mas, respondió Pacheco con su firmeza habitual—se me ha pasado ya la hora y tal vez en este momento me busquen.

—Yo me quedo un ratito mas, concluyó el compañero alegremente, mañana le contaré segun haya hecho el rey.

Iba ya Pacheco á alejarse, cuando lo detuvo la entrada de un nuevo personaje, cuya llegada hizo profunda sensacion entre los grupos de jugadores.

—No Rosendo dijeron unos como azorados, —se descompuso el baile murmuraron otros entre dientes, y casi todos recojieron disimuladamente el dinero que habia sobre las mesas, guardándolo en el tirador.

Pacheco retrocedió hasta donde estaba el compañero á quien acababa de abandonar, curioso de conocer al personaje que tal impresion habia causado en aquella asamblea tan difícil de atemorizar.

Era este un hombre que vestia el traje de los soldados de aquel tiempo, chiripá colorado y gorro de manga.

Su tirador estaba lleno de moneditas de plata, ostentando en sus extremos una *rastra* de las mas lujosas.

Su pelo enredado y súcio como su barba que le llegaba al pecho, era sumamente largo y chascudo.

Llevaba espuelas nazarenas y botas de potro.

En su cintura no se veia mas arma que una larga daga de lujosa engastadura y con una S monumental.

El aspecto de aquel hombre era repugnante, contribuyendo á ello una larga cicatriz que, pasando por sobre su ojo derecho le cruzaba la cara vinosa y abotagada.

Pacheco sintió una especie de horror al contemplar aquel personaje patibulario.

No Rosendo, ó el tuerto, como le llamaban, era uno de aquellos bandidos para quienes dar una puñalada vale tanto como armar un cigarrillo, criminal de aquellos que á un asesinato lo califican de «haberle dado gusto á la mano».

El tuerto tonia fama de malo y de pelea-

dor insigne—aseguraban que tenia una muñeca de fierro y que era capaz de poner un barbijo con la daga, al mismo diablo, si tenia el mal gusto de venirlo á pelcar.

El tuerto, segun agregaban, no se paraba en medios para *despachar* un cristiano, lo mismo lo hacia peleando en buena ley, que atravesándole la espalda—para él todo era lo mismo.

La gente cruda tenia por él un profundo respeto, y donde el tuerto *roncaba fuerte*, no habia quien sacara la nariz, por temor de chocarlo.

Pacheco contemplaba á este personaje chocante, absorto ante la relacion de sus hazañas que le hacia su amigo el tropero.

El tuerto dragoneaba por todas partes, sin estar de efectivo en ninguna.

Tan pronto andaba entre la mazorca en el pueblo, como entre los soldados de Palermo.

Los gefes lo apadrinaban y él, con esto, andaba mas engreido que muchos personajes, porque sabia que los hombres de agallas como él se decia, eran muy necesarios.

Entró á la pulperia metiendo la mayor bulla posible con la rodaja de la espuela y se dirigió al mostrador sin saludar á nadie y mirando á todos los que allí estaban, con ojos provocativos.

—Eche una copa pulpero, que alguno la ha de pagar, dijo, pues para eso tengo amigos—y golpeó sobre el mostrador con el pesado cabo de plata de su rebenque.

—Con mucho gusto, dijo uno de los soldados, levantándose y acercándose al mostrador—quiero tener ese gustazo.

El pulpero sirvió dos copas que bebieron de un trago el tuerto y el que pagaba, pidiendo les repitieran de lo mismo.

En seguida el tuerto se puso á echar sendas compadradas á propósito de que la jugada parecia haberse suspendido porque él habia llegado.

—No arruguen la cara como acordiones, agregó, yo tambien traigo con que hacer bailar un rey—y sacó del tirador un puñado de dinero, en cuya operacion se le cayó al suelo una sortija con un grucso brillante.

—Le alabo la armada, dijo al ver el anillo el que se habia ofrecido á pagar la copa—siempre anda usted con buenas prendas.

—Se la saqué á una salvaje á quien le apagué el resuello no hace mucho, porque gritaba como un lechon—y en corroboracion de lo que decia, mostró sus manos aún súcias de sangre.

—Cuenta, pues, como ha sido eso, insistió el *pagano*—alguna de las suyas.

—Me mandaron espiar á uno que debia embarcarse esta tarde por el bajo, y llevarlo al cuartel de don Cuitiño.

Yo juí á la hora que me indicaron, pero en vez del marchante que me habian dicho, me encontré con un mocito que iba acompañado de una moza que pedía vino—continuó el tuerto, sonriendo de una manera satánica—aunque no era el que me habian dicho, sospeché algo y le eché una mano al gañote preguntándole á donde iba.

El mocito palideció y echó mano al bolsillo como buscando un arma, pero yo mas listo que él me le *dormí* en el pescuezo y le dí el pase.

La moza se puso á gritar desahogada y quiso rajuñarme; era muy linda y no hubiera sido malo montarla en ancas, pero amigazo. la moza me tomó por churrasco sin duda, porque me quiso meter diente.

A mí se me fué una mano y le solté un viaje, no con intencion de matarla, pero el cuchillo afilado por una parte y la mano pesada por otra hicieron lo que yo no habia querido.

La moza murió ahí no mas.

Como la cosa no tenia remedio, me agaché y le saqué la mosca, el reloj y esta sortija, lo dí un beso, para no perder la costumbre, y aquí estoy.

Todos escucharon aquella relacion sin despegar los lábios.

El tuerto tomó el vaso que habia vuelto á llenar el pulpero, y se lo echó al gañote de un trago, como para asentar la relacion.

Pacheco, lívido como un cadáver, tenia fija la mirada sobre el tuerto, como magnetizado—no hablaba porque la indignacion lo habia hecho enmudecer, pero se le veia tembloroso como un azogado.

El tropero lo miró y tuvo miedo—conocia el carácter de Pacheco, y temia que fuese á estallar contra aquel hombre, que lo mataria á la menor palabra.

—Vámonos, le dijo en voz baja, aquí vá á suceder algo, y es prudente que nosotros no nos mezclemos, porque puede tener mal fin.

Pacheco salió sin replicar una palabra, pero una vez afuera se detuvo quitándose el sombrero como si quisiera refrescar las ideas que se le agolpaban como un torbellino.

—Yo me quedo, dijo á su amigo, me quedo porque no quiero que digan que me he ido de miedo de ese hombre.

Pero en realidad se quedaba para castigar al asesino cobarde que se jactaba de un crimen tan alevoso.

No lo habia hecho ya, porque siendo el tuerto un hombre de Cuitiño, temia que si tomaba la defensa de los salvajes muertos, fueran á castigarlo, y la pena de azotes se presentó á su mente.

Era, pues, preciso hacerse provocar por el tuerto, y adoptado este plan, volvió á entrar á

la pulperia, á pesar de los prudentes consejos de su amigo, que trató de convencerlo que debian retirarse.

Pacheco penetró tranquilo, aunque densamente pálido, se dirigió al mostrador y parándose al lado del tuerto pidió un vaso de bebida.

Como á penas mojara los lábios en la ginebra y volviera á soltar el vaso—se sonrió el auerto y le dijo:

—Buen mozo, cuando uno no sabe beber no pide de á vasos, porque el bulto solo puede hacerlo mamar.

—Desde que no es usted quien paga, poco le debe importar, contestó Pacheco con soberbia altanería.

Todas las miradas se clavaron en el mocito que tenia el coraje de hablar en aquel tono á ño Rosendo el tuerto.

—Para ser safao, contestó este alegremente, no hay como un mocoso—vacía el vaso que yo pago otro.

—No preciso, contestó Pacheco con mas altanería, cuando yo pido yo pago, y no preciso que nadie me convide.

—Pero tal vez precisés unos rebencazos, respondió el tuerto, tomando una espresion feroz y descolgando el rebenque que habia puesto en el cabo de la enorme daga.

—Por qué no se sirve, si puede? contestó el jóven, cuyos ojos pardos brillaban en su tez morena, como un relámpago en medio de la noche.

El tuerto que no estaba habituado á que nadie le hablase duro, levantó el rebenque con el ánimo de cumplir lo prometido, pero rápido como el pensamiento, Pacheco levantó su vaso de ginebra y se lo estrelló en la cabeza, cruzando los brazos para ver que hacia su terrible antagonista.

Un grito de asombro partió de todas las bocas, pues con lo que habia hecho Pacheco, para ellos, acababa de firmar su sentencia de muerte.

El tuerto llevó la mano á la cabeza, de donde brotaba abundante sangre, permaneciendo así varios segundos—pero bien pronto vuelto de su sorpresa, echó un pié atrás y desnudó la daga.

—Ahora si que te voy á sacar las tripas, gritó en el colmo del furor, y relampagueándole su ojo único se lanzó sobre el jóven quien, á la vista del peligro, dominó por completo su ira y se serenó inmediatamente.

Quando el tropero vió el peligro que corria Pacheco, aprovechando el momento en que el tuerto llevó la mano á la cabeza, quiso sacarlo consigo, pero el jóven sonrió de una manera tranquila y por toda contestacion le sacó una daga ancha y filosa que llevaba sujeta al tirador.

Era tal la daga que ostentaba el tuerto que hubiera sido una locura pretender combatir con su pequeño puñal de cabo de plata.

De manera que cuando el tuerto acometió, encontró á Pacheco daga en mano, con el poncho volcado sobre el brazo izquierdo y con actitud resuelta á pelear hasta la muerte.

El primer choque debía ser terrible;—el tuerto era un hombre corpulento que demostraba una fuerza extraordinaria.

Pacheco, por el contrario era una cañita que amenazaba quebrarse al primer golpe de daga.

El tuerto cargó sobre él como una tormenta, tirando una lluvia de puñaladas.

Los testigos de aquella lucha desigual, sorprendidos, habian quedado como clavados en sus puestos, reteniendo el aliento para no perder ni el menor de los detalles de aquella lucha.

Para ellos la muerte de Pacheco era una cosa tan inevitable, como inevitable habia sido la lucha despues del vasaso que se estrellara en la cabeza del formidable tuerto.

Sin embargo el combate se prolongaba sin que el tuerto hubiera podido obtener la menor ventaja sobre el jóven, lo que irritaba de una manera poderosa su endiablado carácter.

A medida que la lucha se habia ido prolongando, Pacheco se habia ido haciendo cada vez mas dueño de la exena, hasta que la habia dominado por completo.

Su cuerpo esbelto y flexible se movia de un lado á otro para evitar las puñaladas, saltaba hácia atrás cuando el tuerto se tendia á fondo y metia el poncho cuando el golpe era decisivo.

Pacheco se habia mantenido á la defensiva, no habia aún tirado un solo golpe, sonreía al ver la creciente ira de su adversario y le decia una sátira á cada puñalada de muerte que evitaba.

Aquello era para los espectadores el colmo de la bravura.

El tuerto Rosendo era un enemigo formidable á quien nunca se le habia resistido tanto un adversario; tenia fama de ser el primer tirador de cuchillo de aquella época, y el brazo mas terrible y seguro para herir.

Y aquel jóven se le resistia, parecia querer hacer lujo de valor al no haber querido tirarle un solo golpe, como si su intento fuera tan solo demostrarle su superioridad.

El poncho de Pacheco era un rollo de girones donde se embotaban los mas terribles golpes de muerte.

Aquello no podia durar ni dos minutos mas, la fatiga era inmensa y se notaba ya en los combatientes la respiracion anhelosa.

El tuerto hizo uso de un recurso cobarde —adelantó el pié derecho engançando la pierna del jóven que empujó violentamente

hácia un lado, para hacerle perder el equilibrio y caer, obteniendo así una ventaja que era el triunfo decisivo.

Pero su pié dió con una pierna de acero, y solo sirvió su argucia para poner de manifiesto su cobardia.

Pacheco entónces, aprovechando la ira que cegaba á su adversario, amenazó una puñalada al estómago y cuando aquel acudió á pararla, volcó la daga y le dió en la cabeza un golpe de plano, que lo aturdió, inclinándolo el triunfo de su parte.

Sin dejar reponerse al tuerto que soltó una especie de rugido, le enredó la daga en los girones de su poncho y mientras le daba otro planazo en la cabeza, lo desarmó con una rapidez inesperada.

Entónces, la muerte del famoso tuerto, era inevitable, pues no era comprensible que Pacheco dejara de herirlo de una manera mortal.

Pero los espectadores iban de sorpresa en sorpresa.

En cuanto ño Rosendo estuvo desarmado, Pacheco se apoderó del rebenque que aquel dejara sobre el mostrador al desnudar la daga y lo acometió de una manera violenta y decidida.

Diez segundos despues, el tuerto rodaba al suelo bajo la mas espantosa lluvia de rebencazos que se haya dado jamás.

Pacheco seguia castigándolo de una manera febril, como si no hubiera querido herirlo en la lucha para darle muerte de aquel modo terrible.

La cabeza del asesino habia tomado un aspecto monstruoso, hinchada por los golpes del rebenque, su cara estaba cruzada por todas partes de los zurcos violados que dejaba la lonja, y su único ojo, poco antes brillante y terrible, habia apagado su fulgor siniestro entre los párpados hinchados y el mutilado pámullo.

Y Pacheco seguia castigando sin commiseracion; su brazo era una máquina que se levantaba y bajaba como una tormenta desencadenada sobre aquella cabeza informe y ensangrentada.

Ninguno de aquellos hombres se atrevia á interceder en favor del vencido: se diria que temian se volviesen sobre ellos las iras de aquel jóven, cuya hermosa cabeza, desnuda desde el principio de la lucha, respiraba la satisfaccion mas íntima.

Por fin el tropero se aproximó á Pacheco, lo tomó del brazo y le dijo:

—Basta amigo, ya ha hecho usted una hombrada en regla y parece que ya está castigando un cadáver.

Pacheco se sonrió, paseó su mirada tranquila desde el tuerto hasta su amigo y repuso:

—No es mi intencion matarlo, para que se

acuerda lo que le ha sucedido hoy, quiero que vea que todos no somos mujeres y corderos de matadero.

—Caballeros, agregó dirigiéndose á los que habian presenciado aquella lucha—el que crea que he obrado mal puede decirlo sin recelo, que siempre habrá tiempo para que mude de parecer.

Ninguno de ellos se movió de su sitio ni articuló palabra: el mas completo asombro les habia embargado.

El tropero tomó entónces del brazo á Pacheco, recogió su cuchillo y le pidió que saliera con él, pues nada mas les quedaba que hacer allí.

El jóven entónces arrojó el rebenque sobre el cuerpo inerme del tuerto y salió con la cabeza erguida y el ademan de magnífica soberbia.

—Es preciso que se esconda, amigo, le dijo el tropero, mire que ese hombre tiene buenas aldabas y puede sucederle algun mal chasco.

—Por qué? replicó Pacheco - todos saben que él me ha provocado á pelear y que he podido matarlo, prefiriendo solamente darle una vuelta de azotes, para mostrarle que no hay hombre invencible.

—No importa amigo, insistió el buen tropero, usted sabe lo que es el mundo y las injusticias del hombre que todo lo puede.

Yo me voy así como así al amanecer, ya sabe que tengo buena tropilla, y que á mi lado no le ha de faltar un churrasco y un cimarron.

—Gracias amigo, no lo olvidaré en la ocasion pero ahora me quedo, replicó Pacheco, y tendió su mano á aquel buen compañero.

—Pueden decir, añadió, que me he ido de miedo del desquite y es preciso sacarles esto de la cabeza; yo sé que ese hombre me ha de buscar despues, porque es curtido, concluyó, y quiero que me encuentre sin trabajo para que reciba la segunda vuelta de azotes.

Y se separaron en seguida, el tropero para hacer sus aprestos del viaje de aquella madrugada y Pacheco para entrar á casa de doña Goya, lo que tuvo que efectuar saltando los fondos, porque ya estaba cerrada hasta la puerta cochera de la quinta.

—La lucha ha sido amarga, pensaba mientras ganaba sigilosamente el cuarto del cochero donde dormia, pero gracias á mi Dios he vencido—no volverá aquel sin vergüenza á degollar mujeres, y si vuelve á buscarme he de tratar de sacarle otro ojo, para que hasta los chicos puedan hacerlo banco.

Y haciendo estas reflexiones se recojió y se durmió con aquel abandono y reposo de la primera juventud.

La relacion de aquella verdadera hazaña, corrió al otro dia de boca en boca, con la exageracion consiguiente, y sin que los que

la escuchaban quisieran darle oídos, tan inverosímil les parecia.

—Al tuerto Rosendo, decian, no hay facon que le venga á pelo, los hombres amargos no han podido con él, y ustedes quieren que una criatura de ayer lo haya hecho su hijo, como si solo se tratara de chupar un caramelo.

—Todavía si ustedes dijeran que lo han madrugado de una puñalada, añadian otros, santo y bueno, pero que un niño lo haya deslumado á azotes, peliando, que se lo cuenten á un recien nacido.

Pero allí estaba el tuerto con el rostro mutilado horriblemente, como prueba de lo que se decia, y allí estaban los paisanos y el pulpero que habian presenciado la lucha, y que hacian la narracion con todos sus *pelos y señales*, no sabiendo ya que palabra inventar para ponderar la vista y el valor de aquel jóven que habia hecho un estreno como nadie se lo hubiera sospechado.

No habia, pues, mas que creer ó reventar, pues no habia ya la menor duda.

Cuando Pacheco salió de la pulperia, cediendo á los empeños del tropero, los que allí quedaron permanecieron todavía uno ó dos minutos, dominados por el mas cristiano asombro.

Pasado el primer momento, todos se acercaron al tuerto para convencerse que estaba aún vivo, porque su inmovilidad era la de un cadáver.

Lo llevaron á la cama del pulpero, donde le hicieron esos remedios de campo que parecen mas que remedio una heregia, pero ño Rosendo tardó mucho tiempo en volver en sí.

La tunda habia sido de mano maestra y habia de costar á la víctima algunos dias de cama.

Ricien á eso de la madrugada volvió en sí y pronunció su primer palabra que fué una maldicion.

—Dónde se ha ido ese puerco? dijo revolviendo su ojo único entre la órbita enrojecida; quiera Dios que no se vaya muy léjos, porque donde lo agarre le he de sacar las tripas y lo he de castigar con ellas; me ha madrugado porque yo estaba un poco bebido; pero bueno ya le enseñaré yo quien es Rosendo.

Despues de aquel combate, el prestigio del tuerto habia disminuido todo lo que creciera la fama de Pacheco.

Así sucede con ciertas reputaciones, sobre todo las de guapo—todos las ponderan mientras están en su apogeo, pero una vez que caen hasta á los mas mandrias se les hace bueno el partido. En cambio, el que las voltea, se lleva sobre sí todo aquel prestigio, aumentado de un cincuenta por ciento.

Esto es lo que habia sucedido con el tuerto á quien habian perdido en un minuto el res

peto, de tal manera que al oírlo amenazar de aquella manera, no faltó quien le replicara:

—Deje de echar panes, aparcerero, aquí no ha habido madrugada ni nada que se le parezca—el mozo ha peleado lindamente y si lo ha vencido ha sido porque ha tenido mas entrañas—à todo hay quien gane en esta vida!

—Yo me he de levantar, no hay cuidado, decia el tuerto y no les ha de durar mucho la satisfaccion de haberme visto madrugar por la última carta.

—Esa es carta de desbanque, le decian—no cope nunca donde esa carta juegue, porque va á perder hasta la vida—el mozo es mas auarago que un cimarron en ayunas.

—Poco á poco todos se fueron retirando de la pulperia donde quedaba el tuerto tan molido como su reputacion de malo.

Si el jóven lo hubiera cosido á puñaladas, la cosa no hubiera despertado tanto asombro, porque eso se vé todos los dias, pero castigar à un hombre como el tuerto, era llegar al pináculo de la bravura.

No quedaron pues en la pulperia mas que el tuerto y el pulpero, que à pesar de estar dado al diablo porque la llegada de aquel ser odioso le habia deshecho una buena reunion, lavaba de cuando en cuando con agua y caña las hinchazones monumentales que habia dejado el rebenque.

—Lo que siento es que ese mozuelo se vaya á ir del pago, decia el tuerto cuando estuvo algo aliviado, porque tengo que darle el vuelto.

Y esta creencia la tenian muchos, que pensa-

ban que aquello habia sido una buena bolada que no se repetiria, en que la suerte habia ayudado á Pacheco famosamente.

—De todas maneras esto no ha de quedar así, pensaban, y si Pacheco se queda, algun dia lo hemos de ver panza arriba, por que el tuerto no se ha de quedar con semejante racion de lonja.

Durante ocho dias, tanto en el campamento como en las pulperias de los alrededores, no se habló mas que de aquel ruidoso acontecimiento.

El tuerto permaneció en la pulperia, hasta que à fuerza de caña y sebo hizo desaparecer de su monstruoso rostro las cicatrices de la lonja.

Recien entonces se decidió à salir del encierro á que se habia condenado voluntariamente para que nadie lo viera.

Una madrugada montó à caballo, y sin pedirse de nadie, se hizo humo y no volvió á aparecer mas.

—El tuerto no volverá nunca, dijeron, es mucho lo que le ha sucedido y tiene vergüenza de presentarse—ahora se ha de ir á hacer de las suyas en la ciudad, y «si te vide no me acuerdo».

Aquella accion noble y de un espíritu elevado, fué el punto de partida de la fama que mas tarde acompañó á nuestro héroe, por todos los pagos á donde lo llevó su vida errante.

Véamos las consecuencias que para él tuvo aquel lance que lo reveló un hombre de corazon bien templado, cuando recien salia apenas de la niñez.

## UNA NOCHE DE BAPTISMO

Pacheco permaneció dos dias sin atreverse á salir à la calle, porque temia que los soldados de Palermo pudieran reducirlo à prision y llevarlo al cuartel, donde seria castigado con todo rigor.

Recordaba lo que le habia dicho su amigo el tropero y ya se arrepentia amargamente de no haberlo seguido, pues le parecia inevitable que aquella aventura fuese á ocasionarle alguna desgracia irreparable.

Todo le parecia llevadero menos la pena de azotes.

Ah! si semejante afrenta fuera á recaer sobre él, preferia mil veces la muerte, y estaba decidido à vender cara la vida antes que dejarse poner aquella marca de vergüenza.

Pidiéndole un buen consejo que lo sacara de aquel pantano, Pacheco contó al cochero

su desgracia, pero este no le quiso creer; conocia muy bien à ño Rosendo el tuerto para sospechase remotamente que aquella criatura pudiese haberle dado de rebencazos.

—Déjate de echar panes, muchacho loco, le replicó, y que se te quite de la cabeza la quimera de esas guapezas—si te agarra el tuerto, cuchillo en mano, no te deja ni para rolleno de pasteles.

—Le juro que ha sucedido lo que acabo de contarle, insistió Pacheco, y que à esa mañala le he sacudido yo hasta que no lo han quitado.

Y era tal la espresion de su hermosa y juvenil cabeza, que el cochero, aunque no se convenció, convino consigo mismo de que aquello podia muy bien ser posible.

—Pues hijo, respondió, no te arriendos las

ganancias — el tuerto tiene banca con la gente de copete á quien sirve, y puede muy bien hacerte pegar un susto en regla, si no te lo pega él mismo.

Este es el consuelo que dió el cochero al jóven Felipe, que sin embargo de la situacion de duda en que estaba, no se arrepentia de lo que habia hecho.

El verdadero motivo de su pelea con el tuerto, lo habia reservado para sí, sin haberlo comunicado ni siquiera al tropero, con quien lo ligaba una amistad franca y sin doblez.

El verdadero motivo de aquella pelea era lo que realmente podria traerle un castigo formidable, y él que lo comprendia así, tenia buen cuidado de resorvarlo como una satisfaccion íntima y halagadora.

Al recordar aquella relacion repugnante que hiciera el tuerto en la pulperia, se sentia nuevamente indignado, y de volver á empezar estaba convencido de obrar del mismo modo.

— Cobardes, pensaba, si yo me hubiera encontrado en la ribera, no era el tuerto maldito el que consumaba el crimen, por que entonces en vez de lonjazos hubieran sido puñaladas, hasta haber concluido con la vida de ese cobarde criminal.

Decidido á arrostrar las consecuencias de su accion, salió á la calle al tercer dia, deseoso por otra parte de informarse de lo que habia sucedido en la pulperia cuando él se retiró acompañado del tropero.

El se figuraba que ya el tuerto andaria rondando aquellos parages para buscar un desquite, habiendo resuelto sacarle el cuerpo en lo posible, y no pelearlo nunca sinó delante de testigos, para que no se dijera que lo habia madrugado.

Como cuando peleó con el tuerto tenia el espíritu algo alterado, creia que los rebencazos no podian ser graves, puesto que habia evitado pegarle con el cabo del rebenque, así es que cuando supo que su adversario guardaba cama todavia, su asombro no reconoció límites.

— Se me hace, dijo, que la cama no será por los lonjazos, pues ellos no han sido cosa del otro mundo.

— No te hagas el tonto, que no te dá el naípe, le decian — la tunda que tú has pegado es como para deslomar á un toro.

— Guárdate, guárdate del tuerto, agregaban — ya que lo has puesto así, mas valia haberlo muerto, porque tarde ó temprano él se ha de vengar de tí — si conoce que de frente no te ha de hacer nada, él te ha de buscar la espalda y te ha de matar, porque tiene muy malas entrañas.

— Ese no es enemigo para mí, respondia Pacheco sonriendo benévolaemente — aunque ese hombre me agarre durmiendo no me ha de

hacer nada, porque sabe que tengo mejor vista y mejor muñeca — apuesto á que cuando se levante se larga de aquí y no vuelve á aparecer en su vida por el pago.

— No seas confiado, muchacho, insistian, que la mucha confianza suele perder á los hombres.

Pero Pacheco sonreia desdeñosamente, cual si juzgara tan imposible que el tuerto lo habia de matar, como si le hubieran dicho que el cielo se le iba á caer sobre la cabeza.

Como nada le sucediera aquel dia, concluyó por perder el miedo y convencerse que, si de aquella lucha tenia conocimiento la autoridad, la apreciaria como una de tantas peleas que tienen lugar diariamente en las pulperias y boliches.

Así resolvió seguir haciendo la misma vida que antes, y desde el siguiente dia asistió á las cuadras de los soldados, y á las pulperias donde con frecuencia hacian alegres reuniones de guitarra y de jugadas de todo género, pues sabido es que, donde hay soldados, primero falta el alimento que una partida de taba.

Una mañana que salió Pacheco á montar un redomon que le habian ofrecido prestarle, se encontró con la gran novedad que circulaba desde aquella madrugada, que el tuerto habia montado á caballo y se habia hecho perdiz, en direccion á la ciudad, segun se suponía.

— Que Dios lo ayude, contestó Pacheco al que le dió la noticia, para que nunca se me cruce en el camino.

Pacheco adquirió con esto una fama de guapo fabulosa.

El mismo cochero de doña Goya que lo tenia por un cualquier cosa, le habia cobrado tal respcto, que si lo hablaba lo hacia con gran consideracion.

Cuando doña Goya tomaba informes sobre la conducta de Felipe el cochero se los daba tan cumplidos, que no encontraba pretexto para reprenderlo con la menor acritud.

Felipe por otra parte, habia reemplazado varias veces en el pescante al cochero, con tanta desenvoltura y seguridad en el manejo de la volante, que se habia resuelto hacerlo ocupar aquella plaza, en primera oportunidad.

La salida del tuerto, tan en silencio y tan de prisa, fué comentada de diversos modos por aquella gente dispuesta siempre á hallarlo todo malo en aquel hombre á quien habian perdido el recelo, desde que vieron la facilidad con que lo habia vencido Pacheco, y creyendo que todos podian hacer lo mismo, puesto que al fin y al cabo el vencedor habia sido una criatura de nada.

— Habia sido pura espuma como el chajá, decian unos: se ha ido temiendo que el mozo

se la vaya á sacudir en segunda repetida, y ya no vuelvo en la perra vida.

—No crean, docian otros—el tuerto es mas pícaro que un zorro, y como él, es tardío pero seguro—ha de volver y lo ha de madrugar de dormido, si no puede desahogarse de otro modo.

—El trago ha sido amargazo, concluian otros, y un hombre no puede andar con semejante vergüenza en ancas—si el amigo Pacheco no se cuida, vamos á tener que un dia le sucede una desgracia para las que no hay remedio en la botica.

Pacheco oia todo esto, de una manera indiferente—estaba convencido que aquel no era hombre para él, y se encojia de hombros cuando mas, apostando á que ño Rosendo no asomaba mas su ojo por aquellos parajes.

Así transcurrieron dos años, sin que se tuviera por allí la menor noticia del tuerto, á tal punto, que concluyeron por olvidarlo por completo.

Solo se acordaban de él para ponderar el valor de Pacheco á los que no lo conocian.

Entónces discutian el carácter y las mentas de ño Rosendo, cargándole la mano, para luego despues contar la aventura de los lonjazos, y dejar al tuerto como corona vieja.

Pacheco por su parte, no habia tenido nunca ocasion de mostrarse como guapo; se llevaba bien con todo el mundo, y todos lo respetaban y lo querian.

Alguna vez que en alguna jugada ó reunion se habia encontrado con algun soldado ó paisano que lo habia chocado *puramente* por hallarse *divertido*, Pacheco habia sido prudente y se habia retirado sin contestar una palabra á las ofensas que se le acababan de hacer.

Al otro dia era distinto: buscaba al que lo habia provocado y le decia que el dia antes se habia callado, porque él nunca hacia caso de los hombres *divertidos*, pero si con la cabeza sana se sostenia en las mismas esprosiones él estaba dispuesto á no aguantarlas.

Como nadie tenia motivo para quererlo mal, ni buscarle camorra, siempre su antagonista se reia y convenia en que si habia hablado mal, habia sido á consecuencia del mucho licor bebido, así es que quedaban tan amigos como toda la vida.

Este modo de proceder le habia captado por completo la amistad de cuantos le conocian.

Los pulperos lo buscaban con interés, y le rogaban fuese á sus reuniones, porque sabian que donde estaba Pacheco nadie peleaba, pues él tenia un tino especial para arreglar las cuestiones mas endiabladas y hacer darse la manó á los enemigos mas rencorosos y tenaces.

—Pudiendo evitarlo, decia, un hombre nunca debe dejar pelear á otros dos, porque no

hay palabra dura que valga una puñalada, ni uno puede volverle la vida á quien la quita.

Hablando se entienon los hombres, agregaba, y si todos fueran prudentes, nunca se irian á las manos para hacer cosas que despues puedan dolerle en el corazon.

Pacheco bebia su copa de cuando en cuando, pero con tal moderacion, que nunca se le vió con la cabeza pesada; aceptaba las invitaciones que le hacian los amigos, hasta que creia haber bebido lo bastante.

Cuando él rechazaba alguna copa era inútil insistir, porque no habia consideracion que se le hiciera beber.

Se negaba á todos los ruegos, y si el invitante, ofendido con la negativa lo chocaba ó le decia alguna insolencia que pudiera provocar una discusion ágría, se hacia el que bebia y se retiraba con algun pretesto.

Pero al otro dia era seguro que iba á buscar al que le habia ofendido, y procedia segun ya hemos dicho,

El paisano es generoso por naturaleza, generosidad que muchas veces lo arrastra á dar ó recibir una puñalada, sin motivo ni razon que la esplique, pero siempre lealmente y en lucha noble é igual.

Un paisano, por ejemplo, que se encuentra bien de dinero, se apea en una pulperia.

Empieza por tomar una copa, ó invitar *con lo que gusten servirse* á los presentes—repite la copa y la invitacion y cuando se pone medio pesado, ya no tolera que nadie pague el gasto mas que él, mientras haya dinero en su tirador, y cuando este se acaba, mientras le quedan sobre el caballo prendas que empeñen.

Como él ofrece con el corazon y tiene verdadero placer en pagar lo que otro gasta, se cree desairado ú ofendido cuando alguno no quiere *servirse mas*, é invita hasta la impertinencia.

Si el que se niega á seguir bebiendo está tambien pesado de la cabeza, se figura que le quieren imponer y entonces rechaza la invitacion con mal modo y hasta con altanería.

El paisano se cree entonces despreciado—no beben con él, cree, porque tienen á menos y responde tambien de una manera provocativa—las palabras se hacen cada vez mas duras, se cruza la injuria, salen al campo y ahí tienen ustedes dos hombres que se cosen á puñaladas, cuando solo tienen razon para estrecharse la mano.

El gaucho es así siempre: generoso hasta la exageracion es el mas noble de los caracteres y el corazon mas rico de hidalgos sentimientos.

Pero hay que entenderlos, porque esa misma hidalguia los hace en extremo susceptibles.

No toleran nunca una ofensa y, valientes por raza y por instinto, no saben dejar dor-

mir la daga en la cintura cuando se ha cruzado una ofensa.

El mismo hábito de llevar siempre el arma consigo, hace mas frecuentes estos duelos asombrosos, que si tuviesen alguna dilacion, no se llevarian á cabo en un dos por ciento.

El paisano es además bondadoso por condicion—pelea porque le han ofendido, no por hacer mal, y concluido el combate, sea cual fuese su resultado, no guarda el menor sentimiento de venganza—con la última puñalada se dan la mano, y tan amigos como antes.

Nosotros mismos hemos visto llorar de pena á uno de estos hombres de alma tan bien templada, por haber muerto á su adversario en uno de estos duelos.

Cuando se hubo serenado su cabeza y se hubo pasado la accion del alcohol, aquel hombre que el dia antes habia peleado con un valor asombroso, lloraba como un niño.

Por remediar el mal causado, aquel hombre no hubiera economizado ningun sacrificio al alcance de su mano.

El dia que la justicia de paz sufra la reforma que tanto necesita, y el gaucho se acostumbre á mirar en ella no un eterno azote sinó un verdadero amparo, la vida errante del gaucho cesará por completo y será un ciudadano libre y útil.

No usará la daga que necesita para defender su cabeza de la misma justicia que debia ampararlo, y aquellos duelos terribles, sangrientos siempre por el mismo valor indomable de los que combaten, habrán concluido por completo.

Pero volvamos á nuestro héroe, que hemos abandonado un momento para hacer estas justas reflexiones.

La fama que Pacheco habia creado entre los hombres, habia crecido de una manera fabulosa al estenderso á las mujeres.

Las mozas lo miraban con ojos provocativos, y en las reuniones donde habia bailo, era Pacheco el preferido hasta el extremo de no dejarlo descansar toda la noche.

Ellas se morian por ser sus compañeras en los gatos que cepillaba con unagracia inimitable, y en los triunfos, oh! en los triunfos era cosa de ver como se lo disputaban.

Estas preferencias que algunos miraban no con muy buenos ojos podian haber sido causa de frecuentes riñas, si Pacheco no hubiera tenido ese tino que todos le conocian, para evitarlas desde un principio.

Una vez solamente, y muy á su pesar, tuvo lugar un lance en un baile, lance que concluyó de asentar la fama de bravo de nuestro héroe y captarle hasta el aprecio de su mismo adversario.

En la pulperia de un tal don Pedro, cerca de Palermo, tenian lugar aquella noche unos

duelos, en los que el padre del nuevo cristiano se habia propuesto echar el rancho por el ojo de la llave.

Mientras en la pulperia se bebia y se cantaba largamente, en las piezas interiores se bailaba de lo fino, al son alegre del acordeon, acompañado por dos ó tres guitarras rasgueadas gauchamente.

Pacheco habia sido invitado con instancia por don Pedro, que sabia que donde el jóven estaba no decaia la alegría un solo minuto.

Poco aficionado á beber y mucho á bailar, Felipe se habia metido en las piezas del baile, donde segun decia, se habia propuesto menear las tabas, hasta que no le quedaran alientos.

En aquellas piezas habian unas cuatro ó cinco parejas, que como se dice en el campo, no dejaban calentar el asiento á dos tirones.

De pronto entró á las piezas un moreno alto y corpulento, que andaba casualmente allí, de paso para la ciudad.

El moreno en cuestion era conocido con el sobrenombre del negro de los Olivos,—su fama no era muy tranquilizadora que digamos, y su reputacion de bandido corria pareja con aquella: debia unas cuantas muertes, segun se decia, siendo hombre que mataba «de puro vicio.»

El negro estuvo parado en la puerta largo rato mirando el baile, y prendado al parecer de lo bizarramente que bailaba Pacheco.

Al cabo de un cuarto de hora se retiró de allí y vino á la pulperia á echar un buen trago y averiguar quien era aquel mozo que cepillaba de una manera tan donosa.

En el acto y como la mejor recomendacion que de él pudiera hacerse, le refirieron el lance, ya un poco olvidado, en que el tuerto sacara tan mala tajada.

—Será muy mulita ese tuerto, dijo el moreno, porque lo que es al mocito no lo encuentro yo de una canchada.

—No crea amigo, le dijeron, el apero no hace al gaucho y ese mozo, ahí donde usted lo vé, es como luz para el cuchillo y con mas entrañas que un toro.

El moreno pidió una nueva copa de ginebra, y despues de echársela al gañote replicó:

—Si creerán ustedes que yo soy algun alfiñique—ese mozo no tiene mas que la postura, y lo que es el tuerto debia ser muy infeliz si así se dejó castigar por él.

Como los que informaban al moreno se pusieran á hacer la apologia del tuerto y á pintarlo como el mas famoso matasiete, el moreno se bebió otra copa de ginebra, y se dirigió de nuevo á las piezas de baile, despues de asegurarles que él les iba á demostrar que Pacheco era un *sotreta*.

No hay peor cosa que picar en estos casos,



el amor propio de un paisano que se tiene por bueno, y mucho mas si este hombre ha tragado ya la cuarta ó quinta copa de ginebra.

Se empeña en sobresalir al hombre que oye ponderar, y si la cabeza del otro está tambien bajo los humos de un medio frasco, un lance de cuchillo es de todo punto inevitable.

Pacheco que hasta ese momento no habia reparado en el moreno, tuvo aviso de que aquel forastero le andaba por pelear, y que no se descuidara porque era mal hombre.

Recien reparó el jóven en la insistencia con que era observado, pero no dijo una palabra y continuó tan alegremente como hasta entonces.

El moreno, segun confesó despues, se iba poco á poco enamorando de Pacheco, pero ya habia prometido probar que era una maula, y si se echaba atrás podrian creer que habia tenido miedo.

Así, aunque ya lo sentia profundamente porque el mozo se le hizo simpático, era preciso pelearlo, ó quedar como un lengua larga.

No encontrando por el momento un pretexto aceptable, esperó á que los músicos tocaran un gato que se habia pedido, y cuando el jóven se levantó dando la mano á su compañera, le salió el moreno al paso, diciéndole de una manera insolente:

—Prioste pues la compañera, sócio, que quiero bailar con ella el primer pié.

Pacheco palideció intensamente, y los que conocian al negro se prepararon á presenciar algo terrible, pero el jóven se dominó inmediatamente y replicó con aire bondadoso:

—Queriendo ella, amigo, por mí no hay impedimento.

—Yo estoy bien con mi compañero, contestó la muchacha algo turbada y oprimiendo el brazo de este.

—Ya vé amigo, no es culpa mia, dijo Pacheco, y se dispuso á seguir al medio de la pieza donde esperaban las otras parejas.

—Es que yo quiero bailar con ella, continuó el negro cerrándole el paso, y cuando yo quiero no hay que hacerle al dolor.

Pacheco volvió á palidecer, pero se contuvo de nuevo. El veia que el moreno estaba pesado de la cabeza y comprendia que trataba solo de buscarle camorra.

—Deje pues á la muchacha que nada le ha hecho, dijo, y si este es un pretexto, no hay porqué ofender á nadie, mañana nos veremos.

—Yo quiero bailar con tu compañera, contestó el moreno enfurecido por la calma de su adversario, y ha de ser ahora mismo.

Y se lanzó sobre la pareja tomando á la jóven de la mano, para obligarla á seguir con él.

Los testigos de aquel lance contenian el aliento para no perder una palabra de lo que

se decia, previendo que el partido estaba esta vez por el moreno.

Pacheco encontró todavia una buena dosis de paciencia y tomando la mano del moreno que torció con fuerza hercúlea, le hizo soltar la compañera, al mismo tiempo que le decia:

—Prudencia y no ofenda á nadie que no hay por qué, para encontrarme á mí no hay que dar tanta vuelta, mañana nos veremos.

La muchacha aterrada, cuando la soltó el moreno huyó y se metió entre las otras mujeres.

Quedaron pues frente á frente el moreno con su ademan terrible y Pacheco sereno y reposado.

—Ha de ser ahora mismo, puerco, dijo al jóven, y se echó hácia atrás desnudando la daga.

—Guarde eso amigo ¿por qué va á impedir á la gente que se divierta? mas bien vamos afuera y nos arreglaremos, contestó Pacheco, encontrando todavia un átomo de paciencia.

Pero con el moreno no habia paciencia que valiera—como un rayo saltó sobre el jóven tirándole una puñalada de muerte.

Pero éste que estaba prevenido y que no le pordia movimiento, acudió á la parada evitando el golpe, y saltó hácia atrás para tener tiempo de sacar su puñalito, pues ya no se trataba de tener paciencia sino de defender la vida.

En contacto con el peligro, el jóven era dueño de todo su aplomo, y su vista de linco no se separaba un segundo de la daga de su adversario—estaba además delante de muchachas y queria lucirse.

El moreno por el contrario, al perder el primer golpe que creia seguro, perdió toda su serenidad, dejándose dominar por la ira, mientras mas resistencia iba encontrando en aquel jóven tan bravo.

Estiró cuanto pudo la pierna derecha y lo acometió con una lluvia de puñaladas y hazazos.

Pacheco paraba los tiros con el poncho, y cuando el moreno se descuidaba y se abria, le entraba con su puñalito haciéndole sonar el pecho.

Los paisanos cerraban los ojos á cada uno de estos golpes creyendo muerto al moreno, pero su sorpresa era grande al verlo de pié siempre, y al parecer con mas brio.

Es que Pacheco al llegarle al pecho, daba vuelta la punta del puñal golpeándolo con el cabo.

—Máteme, maldito, gritaba el moreno humillado, pero el jóven se reia alegremente y repetia su golpe, convencido que aquel enemigo no podria hacerle nada.

La alegría habia vuelto en el auditorio, conocian demasiado á Pacheco para estar segu-

ros que este no abusaría de su superioridad y adivinaban un desenlace pacífico.

El moreno empezó á fatigarse, que era sin duda el momento que Pacheco espiaba, pues con una rapidez indecible, mientras que con el cuerpo flexible evitaba una de las puñaladas, le arrojó el poncho á la cara, cegándolo por completo—en seguida se le echó encima de la mano derecha, desarmándolo con increíble fuerza y rapidez, dando un salto poderoso hácia atrás.

—Tan rápida fué esta maniobra, que cuando los paisanos que allí estaban se apercibieron de ella, ya el moreno estaba desarmado, y Pacheco sonriente, á dos ó tres varas de distancia.

Al sentir el ponchazo en la cara y verse desarmado, el negro esperó sin duda una puñalada mortal, por lo que se quedó sin hacer el menor movimiento—pero observando que no lo herían, se arrancó el poncho y tendió una mirada de espanto por la pieza.

Frente por frente estaba Pacheco con su daga en la mano, mirándolo con cierta jovialidad benévola.

El moreno se dió cuenta de lo que pasaba; el terror de la muerte que cruzó como un relámpago por su pensamiento, disipó en su cabeza los efectos de la ginebra, se sintió avergonzado ante la generosidad del jóven, y avanzó hasta él con la cabeza baja y el ademán humilde.

—A todo hay quien gane en esta vida, le dijo tendiéndole la mano, y yo he hallado quien me gane á todo esta noche; no lo tome á mal, mozo, perc desde hoy soy su amigo hasta la muerte y sin reserva.

Pacheco apagó la sonrisa de su boca *zafada*, tocado por el ademán humilde del negro—le tendió la mano y en seguida el facon, diciéndole:

—Usted estaba divertido y no sabía lo que hacia—esto no quiere decir que yo haya sido mas hombre que usted.

—Pero ahora que no lo estoy mas, concluyó el negro, y confieso la partida, puede pues, contar conmigo en lo que raye—y guardó su facon en la cintura mirando á los demás como si quisiera decirles:—esto no reza con ustedes.

Concluido este incidente, volvió á renacer la alegría en el baile.

Las guitarras sonaron de nuevo y las parejas se lanzaron en el torbellino de una *Varsoriana*.

El moreno permaneció toda la noche sentado en un rincon, sin tomar mas que un par de refrescos, á pesar de las instancias que se le hicieron para que echara un par de copas de caña á la salud del recién bautizado.

Cuando el baile terminó y los invitados se

fueron retirando, el moreno se dirigió á Pacheco y le dijo:

—Ahora nos vamos á separar quien sabe hasta cuando ¿me guarda resentimiento, amigo?

—Ninguno, dijo el jóven, usted ha hecho eso porque estaba divertido, sinó estoy seguro no hubiese buscado una pelea tan sin razón—yo quedo aquí su amigo, como si no hubiese pasado nada entre nosotros.

Así se despidieron aquellos dos hombres, que unas horas antes se habian enviado la muerte en la punta del facon.

Si Pacheco hubiera tenido malos instintos ó un corazon menos caballeresco, el negro hubiera dejado allí la piel, sin que hubieran tenido nada que observar, porque hubiera sido una muerte hecha en buena ley y en combate leal, certificado por mas de cincuenta testigos que lo habian presenciado.

Este nuevo lance concluyó de dar á Pacheco una fama de leyenda: no decían ya que habia peleado con el tuerto y con el moreno, sinó que teniendo sus vidas en su mano, no los habia querido matar.

Los mas bravos lo respetaban y lo estimaban, porque el jóven, en vez de hacer alarde de su valor y de su rara habilidad para manejar el cuchillo, se escusaba siempre de malos encuentros, y no habia memoria de que jamás hubiera salido de sus lábios una palabra ofensiva.

La misma doña Gregoria su patrona, observando la conducta ejemplar y honrada de Felipe, le habia cobrado una verdadera estimacion, estimacion que Pacheco notaba con inmensa alegría tratando de hacer lo posible para no perderla.

Y así vivía completamente feliz, sin merceder de nadie el menor reproche y captándose la buena amistad de los que lo conocían.

Los amigos troperos no cesaban de tentarlo para que se fuera con ellos, pero él rechazaba siempre aquellas proposiciones halagadoras, con estas palabras:

—No me animo porque no tengo el coraje de dejar á la patrona—sin embargo, si alguna vez tengo que irme á otra parte, les aseguro que les daré siempre la preferencia, no aceptando ninguna otra propuesta; porque si algún dia me separo de doña Gregoria, concluía, será para ser libre como el aire—no quiero tener mas patrones, porque no quiero tener mas la pena de dejarlos.

Cuál fué el acontecimiento que obligó á Pacheco á abandonar la casa de la señora donde tantos años habia pasado y de donde no creía tener que salir nunca?

Véamos cual fué este acontecimiento que marcó al jóven la senda llena de amarguras que habia de recorrer mas tarde, hasta venir á encontrarse convertido en el 142, despues de una larga série de desventuras.

## UN DESQUITE COMO HAY MUCHOS

Pacheco pasaba una existencia feliz, pues se puede decir que gozaba de completa libertad, naturalmente fuera de las horas de su servicio en casa de su patrona, que eran casi todas las del día.

Á la noche salía á divertirse con sus amigos en los diversos bailes ó reuniones que se daban en la vecindad, donde era recibido con muestras del mayor regocijo.

Tenia sus amorios con diversas muchachas de su relacion, pero segun él decia, estos eran simples pasatiempos, pues todavia no habia encontrado una mujer que le llegase al alma y llenara la horfandad de su corazon, ávido de cariño.

Se divertia con ellas y tenia sus citas á la noche, citas que amenizaba siempre con alguna tierna décima, que revelaba la amargura de que estaba impregnado aquel espíritu huérfano—pero sus amores no pasaban de ahí.

Mas de uno de aquellos buenos viejos lo hubiera querido por yerno, de mil amores, pero él decia que era muy muchacho, y que todavia no ganaba lo bastante para echarse encima una mujer que mantener.

Sin embargo á él nunca le faltaba dinero en abundancia, pues tenia el raro talento de multiplicar hasta el cansancio los buenos pesos que de cuando en cuando solia darle doña Gregoria.

Pacheco tenia una suerte asombrosa para todo lo que eran juegos—no corria carrera que no ganara, y si jugaba á la taba, era para pelar en un momento á sus adversarios, hasta el punto de dejarlos sin un medio.

El juego no lo atraia, no lo dominaba, solia estarse toda una noche en alguna pulperia donde se jugaba fuerte, y se retiraba sin haber puesto un peso á una carta, apesar de las bromas de sus amigos.

Pero en las carreras era otra cosa—tenia verdadero fanatismo por los caballos, y primero habria dejado de comer que de jugar en una carrera—sobre todo cuando uno de los caballos que corria era de su gusto.

Los sucesos sangrientos se repetian por aquellos tiempos, aunque no con tanta frecuencia como en el año 42, pero siempre eran los mismos crímenes cobardes con que se hizo tan ferozmente célebre la mazorca.

Tentados por el valor soberbio del jóven, mucha gente de Palermo habia tratado de seducirlo, ya para que sirviera con el coronel Hernandez, gefe de la escolta de Rosas, ya para que se alistara en la gente de Cuitiño,

que era la mas terrible, pero con tal ademan y tal tono de amenaza habia recibido esta clase de proposiciones, que el que se las hacia una vez no volvia á insistir en ellas.

Pacheco profesaba un odio cordial á la mazorca, como á todo lo que era cobarde y ruin, aunque ocultaba su odio disimulándolo lo mejor posible, porque al mismo tiempo que la odiaba temia á lo que por escarnio se llamaba justicia de Rosas.

Siempre trataba de juntarse con sus amigos los capataces de tropa y peones que con ellos venian, para evitar así la sociedad de aquellos bandidos depravados.

Cuando se encontraba con algun soldado de Cuitiño, se acordaba del cuento que habia motivado su pelea con el tuerto—una indignacion profunda afluia á su altiva mirada y sentia grandes tentaciones de saltarle al cuello, pero se contenia como mejor podia y se iba á otra parte.

Como algunos gefes mostraron ya sérios deseos de hacerlo servir en sus cuerpos respectivos, Pacheco empezó á temer que aquello se realizara y á pensar mas en las diversas proposiciones que le habian hecho los tropeiros, decidido á irse con ellos en cuanto viera que la cosa no tenia remedio.

Así como detestaba profundamente á la mazorca y deseaba la muerte de todos ellos, escuchaba con un recogimiento profundo las hazañas que solian contarle de cuando en cuando de tal ó cual jóven que habia defendido valientemente su pescuezo, vendiendo cara la vida.

Cuando el suceso se referia á algun jóven de poco espíritu que habia sido degollado impunemente sin la menor defensa, ó de alguna niña azotada y escarnecida, entónces no podia contener las lágrimas silenciosas que, despues de haber surcado su hormoso y moreno semblante, iban á morir en la naciente barba.

—No sé, decia, cómo hay hombres que tengan coraje para hacer una cosa semejante; esos no deben ser hombres sinó fieras!

Otras veces, cuando la exena era muy patética y no podia contener su indignacion, se salia del paraje donde la contaban y se iba á otra parte buscando distraerse de cualquier modo.

Y lo peor es que tenia que ocultar sus impresiones, porque no se habia atrevido á comunicarlas á nadie, temiendo que fueran á sospecharlo de salvaje unitario y meterlo á uno de los batallones de Palermo, donde lo

tratarian de la manera tremenda con que habia él visto tratar á otros desventurados.

Con uno de los peones que venian en las tropas, jóven alegre y lleno de prendas, habia hecho Pacheco estrecha amistad, que poco á poco fué convirtiéndose en verdadero cariño.

Entre los jóvenes habia cierta afinidad de ideas y condiciones, que los habia hecho buscarse y comunicarse.

Fué á este peoncito, Márcos, que Pacheco solia confiar sus impresiones y su ódio á la mazorca, agregando que él ya no podia seguir viviendo entre aquella gente.

-Pues vamos al campo, le decia Márcos, allí nadie se mete con uno para nada—trabajo no falta y en el primer *cabe* se puede meter usted, que siempre le ha de ir mejor y mas libremente que aquí.

-Si no fuera por la estimacion que le tengo á mi patrona y la confianza que ella ha depositado en mi, hace mucho tiempo que me habria ido, pero amigo, por esa razon he jurado aguantar hasta donde me de el caballo.

-Si la cosa apura, contestaba Márcos, ya sabe que mi pago es por la Ensenada y que allí me hallará siempre dispuesto á servirlo con el alma y con la vida.

Decidido, pues, á irse á otra parte en cuanto la cosa apurara, se puso á esperar tranquilamente los acontecimientos y la vuelta de su amigo Márcos que habia ya regresado *de vacio*, es decir, despues que liquidaron la tropa.

Un acontecimiento imprevisto vino á precipitarlo en su plan de ganar el campo, teniendo las consecuencias y las amenazas que se le hicieron de hacerlo echar á los batallones.

Con los pesos que habia sabido ganar en las carreras, Pacheco se habia comprado un caballito parejero que, segun decia, era la luz de sus ojos.

Aquel caballito estaba cuidado como una niña, con la tuza mas gaucha que se haya visto, y con su apero sencillo, pero que daba envidia, pues desde entonces cuanto peso ganaba era para echárselo en plata y sobre puestos, al apero de su caballo.

Varias veces, lo habia corrido ya, ganando con increíbles ventajas, por cuya razon le habian hecho famosas proposiciones de comprárselo, pero Pacheco sonreia siempre y contestaba sencillamente:

-Primero vendo los ojos—estas cosas se tienen pero no se venden.

Varias veces habian intentado robarle el caballo, de noche, pero se encontraban con que su dueño dormia con el maneador en la mano, prefiriendo muchas veces dormir á campo, que separado del hermoso animal.

Cuando Pacheco salia á pasear en su flete,

no habia quien no se parara á mirarlo, pues era una verdadera pintura.

Pacheco sentia halagada esta única vanidad, y le daba de cuando en cuando un par de riendas maestras, para mostrar que el pingo, además de su belleza, era un trompo en la boca.

Era pues, con el caballo que Pacheco olvidaba todos sus pesares y preocupaciones.

Cuando sentia oprimido entre sus piernas de hércules el cuerpo esbelto del animal, Pacheco miraba todo con tal indiferencia, que ni siquiera se hubiera movido para evitar una puñalada.

Se habian anunciado para esos dias unas carreras en que debian tomar parte los mejores y mas mentados caballos de los alrededores.

Las carreras que anunciaban eran reñidas y de gente de copete, por lo que se decia con esa ponderacion inherente de los paisanos, que iba á correr un rio de plata.

Todos aprontaban sus fletes, pues despues de las carreras gordas correria el paisanaje, y Pacheco, como es natural, se esmeraba en poner su caballo como un viento.

Todas las mañanas y á eso de la caida de la tarde salia hácia el camino de Belgrano, ponía una mantita sobre el lomo de su pingo y le daba una variada en toda regla; en seguida se bajaba y lo traía tirando hasta la casa, donde le daba agua y le refrescaba el lomo.

A los ocho ó diez dias de trabajo el animalito se habia puesto como una luz, y Pacheco entusiasmadísimo al verlo en este estado, decia á sus compañeros:

-Al que juegue on contra de mi saino, le voy yo á ganar hasta los bigotes—recien van á saber lo que es una carrera.

Pero lejos de jugar en contra, los paisanos se aprontaban hasta poner la camisa á las patas del saino, no solo por el soberbio estado del animal, cuanto por la suerte que tenia Pacheco para esa clase de juegos, así es que cuando ponderaba su flete solian decirle:

-Lo que es si no cae algun forastero, se me hace que usted no corre, compañero, conocemos demasiado su flete y no me parece que haiga quien se le anime.

-Qué nó, contestaba alegremente Pacheco, si han de tener algun tapao para voraciarse á última hora, pero no le hace, no se han de ir de arriba por que lo que es á mi saino no me lo gana ni el mismo gobierno si se viste de caballo y viene á correrme.

El dia de las carreras llegó por fin.

Era un hermoso dia de primavera y los carteristas acudían como hormigas.

Habian traído caballos de todos los pueblos de campo cercanos á la ciudad, hermosísimos animales que venian á correr una fortuna.

Todos los rostros respiraban alegría—los

vendedores de *fatura* y bebida caían á la cancha á ganar buen sitio, y las pulperías de los alrededores se hallaban invadidas por el paisanaje que hacia mil castillos en el aire, disponiéndose á echar el resto por este ó aquel caballo mentao, que habian traído de *pajuera*, á la fija.

Pacheco se echó al tirador cuanto peso habia juntado de un mes á esa parte, espresamente para esca dia, ensilló su parejero que parecia una gacela, y se cortó solo para la cancha de las carreras.

Ya estaban allí los señores con los caballos que habian de correr, arreglando las condiciones de la carrera y el monto de la parada.

Nunca se vieron en Palermo carreras mas lucidas y concurridas que aquellas—los caballos que habian á los alrededores de la cancha eran de primer orden todos, hasta el punto de ser dificilísimo una eleccion por unos ó por otros, pues todos parecian iban á ganar.

Apenas pisó en la cancha, el caballo de Pacheco, llamó la atencion de todos.

Aperado con ese esmero que emplea el paisano para el caballo que estima realmente, el saino llevaba atado á la cola un lazo de cinta color rosa cuyas puntas caían hasta el garron.

Orgullosa Pacheco con el efecto que habia causado su flete, le dió un paseo al tranquito, por la cancha, y se apeó sacando los avios de fumar.

En el acto lo rodearon una porcion de forasteros, preguntándole de quien era el caballo, si iba á correr y con quien corria.

—Es mio, contestaba el jóven lleno de alegria, y para correr ha venido.

—Correremos amigo, dijo un señor de suave mirada, yo tengo allí una maula vieja para perder con él un par de mil pesos.

—No pisa tan alto el saino, patron, ni tengo yo para fiarle tanto—cuando entre á correr el paisanaje usted podrá jugar en su contra si le parece.

Aunque esto decia, Pacheco tenia grandes deseos de correr con algun caballo de mérito, pero la verdad, á penas tenia ciento cincuenta pesos, suma fabulosa en aquellos tiempos.

—Sin embargo, agregó, puede que me ayude la suerte en algunas paradas, y si usted no ha hecho carrera todavia, la podremos armar.

—No hay inconveniente, dijo el señor, y se retiró sin dejar de observar con cierta codicia al hermoso animal.

En aquel momento aparecieron dos corredores, montados sobre un tordillo feo y algo contrahecho el uno, y un moro que parecia una gama el otro.

Los dueños debian tener dinero, porque dijeron que aquella carrera iba por diez mil pesos.

Apenas empezaron las partidas, las apuestas

se comenzaron á cruzar con indecible entusiasmo.

Quien jugaba mil posos al tordillo, y quien daba usura por el morito, que estaba inquieto y ávido de entrar á la lucha.

Pacheco estuvo observando largo rato los caballos, con esa atencion del hombre de campo inteligente, que conoce el caballo hasta en la manera de relinchar.

El moro lo entusiasmaba—era una pintura y parecia imposible que perdiera—sin embargo aquel tordillo contrahecho le parecia un animal de primer orden y rápido como una centella.

Su primer intencion fué jugar cincuenta pesos al tordillo y reservar para su saino los otros cien, en caso que hubiera perdido—pero es el caso que el tordillo le gustaba de alma y creia que la plata puesta á sus patas estaba mas segura que puesta en el mismo Banco.

—Arriesgaré mis ciento cincuenta, se dijo, que para mi saino me queda el apero y hasta mi puñal, que lo que es con mi flete es cosa segura.

En momentos en que los corredores bajaban el rebenque para lanzarse á la carrera, una voz gritó á espaldas de Pacheco:

—Voy doscientos pesos al moro!

—Pago ciento cincuenta! contestó Pacheco sin vacilar, dando vuelta para conocer al que paraba.

—Pago, respondió este lacónicamente.

Era un jóven como de veinte y cinco años, de aspecto caballeresco.

Los caballos rompieron juntos, pero en las dos primeras cuadras, el moro, que era realmente una luz, habia sacado de ventaja mas de medio cuerpo de caballo.

—Doy cuatro á dos, volvió á gritar el jóven.

—Pago, respondió Pacheco pensando que su apero valia mas que los doscientos pesos en que quedaba en descubierto, y sin sacar la vista de los caballos.

Un vértigo se habia apoderado de él, y miraba y miraba, como si con la intensidad de aquella mirada quisiera impulsar al tordillo.

La plata estaba siempre por el moro, á pesar de que en la tercera y cuarta cuadra solo llevaba el pescuezo de ventaja.

El corazon de Pacheco latia con una violencia tremenda, veia adelantar al tordillo, adivinaba que en las diez cuadras que se corrian la partida estaba por este animal, y se mecía los cabellos con desesperacion por no tener mas dinero.

En la sexta cuadra el tordillo estaba á la par del moro, y en la octava ya no habia que ver, el moro quedaba un cuerpo de caballo detrás.

Un rebencazo aplicado al tordillo lo hizo estirar como un relámpago, y llegó á la raya

cuando á penas el moro pisaba la décima cuadra.

—Quien hubiera tenido dinero! exclamó Pacheco desesperadamente, recogiendo los quinientos cincuenta pesos que habia ganado.

Fué la única persona que ganó en aquella carrera—todos habian jugado al moro y cuando quisieron cubrirse, ya nadie tomaba contra el tordillo.

El tordillo fué saludado con un viva entusiasta, cuando de vuelta pasó frente á Pacheco.

—Valés todo lo que pesás, exclamó, moviéndole amistosamente la mano, como si fuera una persona—ya tenia con que hacer honores á su saino si habia quien le corriese.

La segunda carrera apareció en la cancha. Era una carrera muy interesada, en la que entraban cinco caballos, de los cuales uno era un saino malacara de D. Pedro Gimeno y otro un overo azulejo de un paisano, animal verdaderamente precioso como formas, como esbeltez y como pelo.

El dinero estaba esta vez por el saino malacara, caballo de fama, á favor del cual jugaban, dando la fila.

—Es extraño pensó Pacheco—yo daría la fila con el azulejo y juegan al saino contra la fila—¿que diablos le habrán visto?

La cancha era un verdadero laberinto, todos jugaban á la vez á favor del saino y no podian entenderse.

Pacheco esperó con calma las partidas, y no le quedó duda sobre la superioridad del azulejo.

—Esto es á segura, dijo y voy á ver si doblo mi capital para correr con aquel rico que tanto miraba mi saino.

Quinientos pesos al saino y doy la fila, gritó de pronto á su espalda, el mismo jóven á quien habia ganado en la carrera anterior.

—Pago, gritó Pacheco, con cien mas, si gusta.

—Pago los seiscientos, asintió el jóven y se puso á dar otras paradas.

En esta carrera no hubieron las emociones que en la anterior, porque desde que soltaron los caballos el overo azulejo sacó una inmensa ventaja, que conservó aumentándola en cada cuadra, hasta el fin de ella, que eran quince cuadras.

El famoso saino malacara de don Pedro Gimeno llegó cuarto á la raya, lo que le ocasionó una rechifla de los muchos que se habian clavado, jugando mas que por otra cosa, por la fama de que habia ido precedido aquel mancarron inservible en la cancha.

Pacheco se vió dueño de mil trescientos pesos que guardó como un tesoro en el bolsillo del tirador, como si temiera que podian perdersele.

Mi saino los vá á doblar, despues de hacer-

les abrir la boca, pensaba el jóven lleno de orgullo—ah! malaya le corra al rico para que pueda lucirse mas mi fiete soberano.

Las carreras siguieron cada vez mas animadas, durante dos horas, en que se corrieron tres mas, que eran las únicas *deposituas*.

Ahora solo faltaban las que se improvisarian en la cancha, que son las mas interesantes, pues ellas generalmente se efectúan entre magníficos caballos que llevan de *tapau*.

Durante las otras tres carreras, con una suerte pasmosa, Pacheco habia ganado trescientos pesos mas, alcanzando á reunir mil quinientos pesos.

Entónces se acercó al *rico* y le propuso hacer carrera, pero no por la suma que usted ha indicado—le dijo, mi caballo es muy cualquier cosa y no se le puede fiar tanta plata.

—Pues yo no corro menos, replicó el hombre—he traído mi caballo desde Chascomús, y prefiero llevarlo sin correr á correrlo por cien ó doscientos pesos.

—Véamos el caballo, dijo Pacheco, y si me gusta le podremos meter hasta mil pesos—mas no le fio al saino.

Si lo ves no le vas á correr, contestó aquel hombre, porque te vá á asustar la estampa,—sin embargo, es un mancarron de nada.

Fueron á ver el caballo que era un precioso lobuno acerado, admirablemente bien puesto.

En cuanto lo vió Pacheco conoció que era un caballo de primer orden, y cuando el dueño creyó que el jóven se iria corrido, oyó con asombro que este le decia:

—Ahora si le corro yo hasta por la vida—si su caballo hubiera sido un maula yo no le habria hecho juicio—pero parece que es muy superior, y me gusta que lo revuelque mi saino.

—Te animas entónces á hacer la carrera por dos mil pesos?

—La haria por la plata del mundo, contestó el jóven lleno de orgullo, pero ahora no tengo mas que mil quinientos pesos que es lo que corro.

Y al decir la cantidad se le llenó la boca, porque realmente mil quinientos pesos era entónces una suma enorme, que parecia mas fabulosa aun á un hombre que unas dos horas antes solo tenia ciento cincuenta pesos que jugar.

El dueño del lobuno puso al principio sus inconvenientes, pero convencido de que el jóven no tenia mas dinero, aceptó la parada y se pusieron á arreglar las condiciones de peso, distancia, etc., se depositó la parada y los caballos entraron á la cancha, siendo Pacheco el que corria su saino.

El lobuno habia venido acompañado de mucha gente rica, dispuesta á jugar á sus patas hasta el último peso, pero los de Palermo y

Belgrano, que conocían al saino, estaban también dispuestos á tomar cuanta parada pudieran, por creer robo la carrera.

Habia, pues, á favor de los dos caballos, enormes sumas de dinero, apenas se presentaron en la cancha.

Ya hemos dicho que el lobuno era un animal sobresaliente, pero en honor de la verdad mucho mas hermoso era el saino.

Pacheco no cabía entre su propio pellejo, de puro orgullo; paseaba al caballo por la cancha dando tiempo á las paradas que se cruzaban ya á favor, ya en contra y palmeaba á su saino en la paleta, con el mismo cariño y delicadeza con que hubiera acariciado á una niña.

Se hizo la raya á las ocho cuadras que era la distancia que iban á correr y empezaron las partidas, en las que nada se pudo conocer.

Los dos corredores eran hábiles y trataban de ocultar las condiciones de sus respectivos caballos.

Cuando el lobuno salía un paso mas adelante, Pacheco aflojaba la rienda al saino y se le ponía á la par, pero en seguida la recogía y no avanzaba una línea.

El dinero que se jugaba al lobuno era mucho, porque con él habia venido gente rica á jugar en grande—pero los de Palermo vaciaban el tirador y empeñaban sus prendas en la pulperia para hacer dinero porque tenían una confianza ciega en la lijereza del saino y una fé profunda en la suerte de Pacheco, mucho mas siendo este quien corría su caballo.

Para Pacheco aquello era una verdadera fiesta y un triunfo inmenso, no se hubiera cambiado en aquel momento por el mismo Restaurador de las leyes.

Concluidas las partidas los corredores se convidaron, levantaron el rebenque y se lanzaron en una carrera vertiginosa—los dos caballos eran un relámpago.

Se acompañaron tres cuadras que fueron un segundo de tiempo, sin sacarse la ventaja mas insignificante.

Todos gritaban, todos querían apostar á un tiempo y ya se empezaba á dar alguna usura á favor del lobuno.

En la cuarta cuadra la carrera empezó á definirse—la cabeza del saino habia adelantado una línea sobre la del lobuno, ventaja que no debia perder ya, pues parecia correr con nuevos bríos.

Un clamoreo infernal levantaron entonces los de Palermo, empezando á jugar doble contra sencillo.

En la séptima cuadra el saino habia sacado de ventaja hasta el fiador, y al llegar al límite de la carrera, cruzaba la raya como una centella, llevando de ventaja casi medio cuerpo de caballo.

Los paisanos, que habian ganado *un platal*, arrojaron los sombreros al aire, lanzando el viva mas entusiasta que haya merecido jamás caballo alguno.

Hubo paisano que sacó de su caballo un lujoso fiador de plata y fué á colgarlo del pescuezo del saino, como quien prende una medalla de honor en el pecho de un valiente.

Al pasar la raya, Pacheco se habia dejado caer al suelo y acariciaba á su caballo despues de haberle dado un beso con el mismo cariño que se lo hubiera dado á una amante.

Aquel animal acababa de hacerlo el hombre mas feliz de la tierra.

El saino relinchaba y oscarcéaba como si no hubiese corrido nada y, sin embargo acababa de hacer un esfuerzo para ganar al lobuno, caballo de primera fuerza.

Lo caminó hasta donde habia dejado el *recau*, ensilló y vino en seguida á recoger la parada de manos del juez, echándosela al tirador despues de haber dado las gracias de la manera mas comedida que le fué posible.

Pacheco se vió en seguida rodeado de ricos que querían á todo trance comprarle el caballo, ofreciéndole sumas que hubieran halagado á otro que no fuera el jóven.

—No lo vendo señores, decia, ni aunque me den el Banco, por que creeria haber vendido un hermano.

Y para librarse de aquellas proposiciones enojosas que lo ponían en amargos compromisos, resolvió retirarse de las carreras, con su ganancia de tres mil pesos líquidos,

Ya ponía el pié en el estribo para montar, cuando sintió una voz que le gritaba: ¡guarda la espalda Pacheco!

Se hizo á un lado con increíble rapidez y sintió un golpe en el costado y vió un brillante facon que le dividía el rico poncho que arrollado, llevaba sobre el hombro izquierdo.

Qué habia sucedido y cuál era el motivo de aquella puñalada evitada con tanta felicidad gracias al aviso recibido?

En el entusiasmo de la última carrera, nadie habia reparado en un individuo que acababa de caer á la cancha montado en un oscuro tapao, sobresaliente animal.

—Aquel hombre que no era otro mas que el tuerto ño Rosendo, habia estado observando á Pacheco con su único ojo de espresion siniestra que parecia la encarnacion de aquel cuento sublime de Poe, *El corazon revelador*.

Cuando Pacheco concluyó de correr y estuvo conversando con las personas que querían comprarle el caballo, el tuerto con su ojo centellante y animado por una espresion infernal, se acercó al grupo, y bañó, se puede decir con la luz de aquella pupila de Satanás al gran vencedor.

El ojo de aquel maldito se revolvia en la

órbita y tenía algo del frío acerado de una puñalada.

Hasta ese momento nadie había reparado en el tuerto que indudablemente espiaba la ocasión de asesinar al joven.

Cuando este pisó sobre el estribo para montar, en el ojo del tuerto brilló como un *reju-cilo*, no pudo contenerse más y sacando la daga tiró por la espalda del joven una terrible puñalada.

Fué entonces que uno de los paisanos vió el ademán y dió el grito que indudablemente salvó la vida al joven que de otro modo hubiera sido clavado sobre el apero con aquella puñalada.

Cuando Pacheco dió vuelta y conoció al tuerto, dándose cuenta de su acción alevosa, una nube de sangre oscureció su vista, y llevó la mano á la cintura buscando su puñal.

Pero ya el tuerto estaba rodeado de gente que le contenía sujetándolo por la mano de la daga, mientras gritaba:

—Déjenme matar á ese madrugón, que no vale la pitada de un cigarro.

Lejos de irritar á Pacheco esta injuria, lo hizo sonreír—tan convencido estaba de su superioridad sobre aquel hombre—retiró la mano de la cintura y montó á caballo con una tranquilidad imponente.

—Déjenlo no más, dijo al ponerse en marcha: yo hoy perdono todo porque no quiero aguar mi fiesta—además ya se ha lucido con su golpe valiente y puede darse por bien servido.

Y puso su caballo al tranquito, haciéndole hacer mil monadas.

Lívido de furor y con su ojo como una áscua, el tuerto maldecía del cielo y de la tierra, diciendo que había de matar á Pacheco y al soplon de porra que le había hecho perder el golpe.

Pero tuvo que conformarse, pues los que lo contenían lo tuvieron allí hasta que calcularon que Pacheco estaría bien lejos.

—Váyase ño Rosendo, le decían, mire que demasiado ha prudenciado Pacheco, porque usted lo ha acometido de alevoso.

Pero el tuerto, fuera de sí ya, aseguraba que no había de pasar aquella noche sin que Pacheco quedara panza arriba por su mano. Y desgraciadamente estaba escrito que el joven no pasaría aquella noche sin un disgusto en regla.

En cuanto lo soltaron, el tuerto enderezó á las pulperías de los alrededores, donde empezó á beber, dando rienda suelta á su tema favorito: que había de matar á Pacheco.

Después de unas carreras como aquellas, en que tanto dinero había corrido, las pulperías eran un verdadero jubileo.

A ellas acudían á hacer gasto los que habían ganado y á buscar un desquite al truco

ó á la taba, aquellos á quienes la suerte había tratado mal.

Por los alrededores de Palermo no se oía sino el preludio de las guitarras, y algunas voces que, hermosas unas y aguardentosas otras, dejaban oír todo género de cantos criollos.

En la más lujosa de todas las pulperías, frente á Palermo, se habían reunido los paisanos de más orden y más platudos, para hacer una noche de tranquila jarana.

Estaban en lo más alegre de las relaciones de episodios de las carreras, siendo el tema favorito de todas ellas el magnífico saíno de Pacheco con el que todos se habían disputado, cuando una voz juvenil vino á la puerta diciendo:

—Caballeros, el saíno paga esta noche lo que ustedes gusten servirse.

El joven, que no era otro que Felipe, fué recibido elegremente por un coro de felicitaciones y alabanzas á su caballo, que lo pusieron trémulo de alegría.

—Antes que todo, dijo parándose un paisano algo viejo, en cuya cintura se veía un lujoso tirador, y que era el mismo que colgó aquel fiador en el pescuezo del saíno: antes que todo yo pago una vuelta obligada á la salud de esa prenda—puede jactarse amigo de tener el mejor caballo que hay en todo Buenos Aires.

Pacheco se puso colorado de placer, cada uno pidió un vaso de caña ó ginebra y siguió la charla alegremente, alegría que bien poco había de durar.

A penas hacía una hora que estaba Pacheco en la pulpería, cuando cayó allí el tuerto ño Rosendo, daga en mano.

Miró á todos lados con su ojo fosforescente y apercibiendo al joven, se dirigió á él resueltamente:

—Al fin te encuentro puerco de la gran flauta—lo que es ahora no te vá á salvar ni el mismo Dios que venga aquí.

Lívido como un cádaver, Pacheco se levantó diciendo:

—Está de Dios que este hombre sea mi perdición.

Algunos se interpusieron entre el joven y el recién llegado que blandía su daga de una manera feroz.

—Salí flojo le gritaba, echando atrás su larguisima melena—salí porque sinó te voy yo á sacar de la lengua.

Pacheco se levantó entonces sereno y magnífico en la apostura—parecía haber tomado una resolución como todas las suyas, inquebrantable.

—Déjenlo señores dijo—yo prometo que no vá á suceder nada, dejen á ese hombre, y salte al medio de la pieza armado de un pesado rebenque de cabo de plata.



Los que lo conocian accodieron al momento, y los que nó, convencidos por la tranquilidad y el tono seguro con que hablaba, no tuvieron inconveniente en hacerse á un lado y dejar pasar al tuerto.

—Hoy te me escapastes gracias á un soplon, pero ahora vamos á ver quien te sopla, maula, y avanzó sobre él cubierto por el poncho y recogió hácia atrás la daga en actitud de herrar de punta.

Pacheco, *purros ojos*, esperaba inmóvil la acometida. Al ver su seronidad, cualquiera hubiera creido que se trataba de un simple juguete.

El tuerto se encogió como una pantera que se dispone á saltar y tiró una puñalada terrible, única que debia tirar aquella noche, pues estaba visto que entre él y el jóven no habia partido posible.

Pacheco acudió con su poncho, rápido á la parada, y cuando el tuerto quiso volver á la guardia, cuando malogrado su golpe, le dió en la muñeca tan feroz golpe con el cabo del rebenque, que el arma saltó de su mano á dos varas de distancia.

Ya ciego de ira, el tuerto echó mano al tirador para sacar una pistola de las que usaba la mazorca, pero al mismo tiempo Pacheco que adivinó la intencion, repitió el mismo golpe, dándole esta vez en la cabeza, y ño Rosendo fué á caer al lado de su daga.

Rápido como si temiera que el caido fuera á levantarse, Pacheco se lanzó sobre él, le puso en el pecho una rodilla y levantó la afiladisima daga del tuerto.

Los testigos de aquella rápida exena se abalanzaron sobre el jóven, para impedirle una mala accion, pero cuando llegaron ya él habia cumplido su deseo—habia juntado en su mano izquierda la melena del tuerto, y la habia cortado de raiz con la daga, como si se hubiera tratado de arreglar la cola de un caballo.

En seguida se levantó sonriendo, despues de haberse apoderado de la pistola y la daga del tuerto, que entregó al pulpero.

Sabido es que la accion mas dura que comete un gaucho con una mujer, para vengar una de aquellas afrentas para las que no hay castigo bastante fuerte, es cortar con el crechillo la trenza de la mujer que quiere castigar.

La mujer privada así de la trenza por mano del marido, queda deshonorada en todo el pago, donde solo sirve para la risa de las mujeres y hasta de los hombres.

Pacheco, pues, habia castigado al tuerto de una manera tremenda—lo habia tratado como á mujer y como á mujer mala, poniéndole una marca harto conocida y vergonzosa.

¿Qué seria de aquel hombre á quien acababan de cortar la aceitosa melena, despues de haberlo hecho *hijo en segunda repetid*?

No le quedaba mas que atarse la cabeza é irse donde no lo conocieran, pues estaba visto que lealmente y en buena lucha, con el jóven no habia desquite posible para él.

A indicacion de los concurrentes el pulpero llevó al tuerto á una pieza, donde lo encerró á que se le pasara el desmayo y la tranca.

La reunion no decayó por esto, siguió cada vez mas animada hasta cerca del amanecer, en que todos empezaron á retirarse, los del pago á sus respectivas casas y los forasteros á tender en las piezas y patios de la pulperia.

Pacheco se retiró á su vez, llevando como trofeo las mechas del tuerto, cuya desesperacion no conocia limite al darse cuenta de lo que le habia sucedido aquella maldita noche.

El héroe de aquellas carreras, que duraron dos dias mas, fué Felipe Pacheco—su hazaña con el tuerto corrió de boca en boca, y como todos habian visto que el dia antes habia tratado de asesinar al jóven, todos se alegraron de lo que le habia sucedido, felicitando al jóven por su bravura y su generosidad.

Pacheco empezaba á hacerse lejendario y á adquirir una reputacion de verdadero héroe.

En cuanto al tuerto, segun contó el pulpero, cuando le contaron lo que habia hecho Pacheco y se vió sin melena, se entregó á la desesperacion mas amarga.

Estuvo largo rato rajando santos como un genovés, y en último trance se puso á llorar desesperadamente.

A eso de las doce del dia, agobiado por el peso de la vergüenza y pareciéndole que hasta el mostrador y los frascos de bebida se reian de él, montó á caballo y se alejó á media rienda sin pronunciar la mas leve amenaza, cosa que dejó á todos asombrados.

—No volverá mas, dijo Pacheco, al sabor el modo como se habia ido el tuerto y á bien poca costa nos veremos libres de semejante bandido, que era una amenaza para la gente de buen vivir.

Véamos ahora que desenlace tuvieron para Pacheco aquellas carreras, en las que, como dice el Pollo:

Lo habia hecho un ternero  
la vaca de la fortuna.

## À LA BUENA DE DIOS

Aunque el tuerto Rosendo se había ido sin decir una palabra, llevaba su corazón henchido de un sentimiento de venganza.

Hubiera dado el ojo que le quedaba por poder ver á Pacheco atravesado con la hoja de su facon.

Con buenas aldamas à que agarrarse, según ya lo hemos dicho, à causa del género de servicios que prestaba, su enemistad era terrible para la persona que se la inspiraba, porque el tuerto era un bandido en toda regla, asesino de oficio, que no se había de detener ante ningún acto, por bajo y cobarde que fuese—necesitaba vengarse de Pacheco, y había de hacerlo por cualquier medio al alcance de su mano.

No en vano cuando sus amigos tuvieron noticia de este segundo encuentro, dijeron à Pacheco:

—Por Dios que has hecho una tontera en no matar à ese hombre, habiendo podido hacerlo con comodidad y sin que nadie tuviera en que criticarte.

—Tengo deseos de saber que hace esaquería para vengarse de mí, decía Pacheco sonriendo, y por eso solo evitaré de matarlo siempre que me encuentre con él.

—Recuerda, le observaban que en las carreras casi te clavó à traición, lo que te probará que ese hombre no tiene asco à nada.

—No importa, quiero ver como se maneja para matarme, porque estoy seguro que no se vuelve à parar delante de mí, en su vida.

—Se parará detras, que para él es lo mismo—to ha de pegar dormido, conforme te pegó de callado.

—Pues yo creo que no me ha de pegar nunca—el mismo hecho de las carreras prueba que es un hombre desgraciado conmigo.

Y por mas que le dijeran y le aconsejaban, no hubo quien le arrancara esta creencia—que su vida no se había hecho para el puñal del tuerto.

Sin ninguna preocupacion que fuera un obstáculo à su felicidad, Pacheco pasaba una vida tranquila y apacible.

Con los tres mil pesos que había ganado en las carreras, se había echado un par de estribos de plata, había hermoñado con nueva paquetería el apero del saino, y había comprado una rastra de botones, que no había mas que pedir—y como à ello se limitaban todas sus aspiraciones, era un jóven feliz en toda la estension de la palabra.

Pacheco se había hecho un guitarrero de pri-

mera fuerza, y como tenía una voz regular y cantaba con esa pasion y ternura peculiares en el gaúcho, era el don preciso en todos los bailes y diversiones del pago.

Un dia cayó por allí una partida de gente mal entrazada, que empezó à tomar informes del jóven, informes que se les dieron en toda regla.

—Algo malo te anda por suceder, dijeron à Pacheco: cuando esta gente busca informes es porque necesitan un pelo de que agarrarse para estirar à un cristiano.

—Aquí anda la mano del tuerto, dijeron otros, anda con tiento, Pacheco, no te anden por echar una zancadilla de mala ley—desconfía de todos y no vayas à hacer caso de las provocaciones que te hagan.

—Como las cosas no pasen de aquí, respondía el jóven, ni cuidado que se me dá—miseria doña Goya no me ha de dejar en la estacada y no han de llegar donde ella llegue todas las aldamas del tuerto: miraré bien donde piso y esto es todo—no se aflijan, muchachos.

—Decididamente, aseguraban los amigos del jóven has hecho una verdadera niñeria en no limpiarte al tuerto, porque decididamente él ha de causarte mas de un pesar.

Y efectivamente, el tuerto no se había dormido en las pajas, porque se había empeñado con el comandante Cuitiño, su gefe, y se la andaban armando para hacerlo meter de veterano.

Muy listo tenía que ser el jóven para no caer en las lazadas que pensaban armarle, cuando un acontecimiento imprevisto y de distinto género, vino à echar por tierra los planes del tuerto haciendo imposible su venganza tan próxima à estallar.

Una mañana había ido à bañar su saino, operacion que hacia diariamente, pero à causa de haberse encontrado con el amigo Márcos, había tardado mas de tres horas en volver, conversando con él à propósito de las carreras que habían tenido lugar, y en las que el saino había sido el rey de la fiesta.

En seguida se habían puesto à charlar sobre la vida del campo, entusiasmando siempre Márcos à su amigo para que se fuera con él afuera y se dejara de perder allí el mejor tiempo.

—Yo me voy à ir pasado mañana le dijo Márcos despidiéndose—piense lo que le digo y véngase mire que para usted aquella vida es como mandada hacer—va à ver que pronto tiene sus animalitos y me agradece el consejo

—luego, aquí está uno siempre espuesto á que le echen la mano para amuchar las tropas con buena gente, porque dicen que andamos por tener guerra.

—Por ahora no puedo, habia contestado el jóven, pero en caso de tenerme que ir, ya sabe que me he de ir á buscarlo aunque sea á la fin del mundo.

Despues de despedirse cordialmente hasta la noche, Pacheco regresó á casa de su patrona, y se puso á desensillar su pingo para hacerlo revolcar y darle la infaltable racion de maiz y afrecho.

A penas acababa de sacar á su flete la última pilcha, cuando lo vinieron á llamar de parte de la señora.

Corrió presuroso á ver que se le queria y se encontró con una novedad que lo hizo palidecer—lo habian mandado buscar de Palermo, con órden de presentarse en casa del señor gobernador.

—Ya empezó el baile, pensó Pacheco, pero no atinó á moverse, aquel extraño llamado lo habia sorprendido profundamente.

—Tienes algo que temer? le preguntó la señora—has hecho algo malo? habla Felipe, que trataremos de remediarlo.

—A Dios gracias, mi señora, contestó, no tengo nada que temer, ni se me ocurre porque puede ser este llamado.

—Pues anda tranquilo, hijo, concluyó la señora, que será para hacerte algun encargo, y avisame cualquier cosa que te ocurra.

Con estas palabras el jóven se retiró mas tranquilo, pensando en que realmente pudiera ser aquel llamado para hacerle algun encargo.

Como el Palermo oficial estaba de allí á dos pisadas, no quiso ensillar su caballo, que algo habia trabajado aquella mañana y se largó á pié, haciendo mil conjeturas, para atinar en aquel llamado.

—De todos modos, concluyó entre sí, mi señora doña Goya me salvará de cualquier trabajo en que me vea, puesto que yo no tengo nada de que acusarme, ni he hecho lo mas mínimo para merecer un castigo.

Si acaso son cosas del tuerto y me han armado algo gordo, pensó, contra lo que no pueda mi señora, con irme del pago se acabó todo—casualmente Márcos está aquí.

Hecha esta resolucion, entró al gran patio de la quinta, donde halló á un asistente, á quien dijo que era el mozo de lo de doña Gregoria á quien habian mandado buscar aquella mañana.

A pesar de su inocencia, al pisar aquel patio, no dejó el jóven de experimentar algun recelo.

Eran muy conocidas las injusticias que se hacian en aquel tiempo, para que uno pudiese fiarse simplemente en su inocencia.

No atinaba, por mas que se diera vuelta los sesos, con la causa de aquel llamado, cuando salió al gran patio don Antonino Reyes, á quien Pacheco conocia de vista y le hizo seña que se acercara hacia él.

Sombrero en mano y con aire humilde y comedido, Pacheco obedeció á la seña y se aproximó á Reyes, con quien sostuvo un diálogo en que el jóven vió decidida su suerte.

—Tú eres el sirviente de la señora doña Gregoria?

—Si señor, para servirlo.

—Entonces tú eres el dueño de un caballo colorado que corrió en las últimas carreras con un lobuno de Chascomús?

—Si señor, yo soy el dueño del saino.

—Es un caballo muy lijero, á lo que he oido, porque yo no estuve en esas carreras.

—Asi dicen, señor, es un caballito de pobre, no mas.

—Pero que en esas carreras peló á muchos ricos.

—Ponderaciones no mas, señor, ya sabe usted lo que somos de ponderativos.

—Bueno, concluyó, me ha encargado el señor gobernador que te diga traigas el caballo porque él te lo quiere comprar—por es precio no tengas cuidado, porque como el bueno te lo han de pagar de lo que vale.

—Que ocurrencia, señor, replicó Pacheco, cuyas piernas temblaban hasta el punto de hacerlo vacilar—todo lo que yo valgo y tengo está á las órdenes del señor gobernador—mañana traeré aquí el caballo, alegrándome que le guste, porque no es cosa.

—No hay necesidad, me han encargado que te lo pague bien y yo te garanto que has de salir contento.

Era tal la emocion que dominaba á Pacheco, y tal el temblor de sus piernas, que Reyes, que no podia figurarse la causa, por la conformidad que habia mostrado el jóven, lo atribuyó á otra cosa y le dijo alegremente:

—Parece que nos gusta la copa, eh? no seas tonto que ese es muy mal vicio cuando se empieza tan temprano.

—Es cierto, señor, respondió Pacheco con una sonrisa de idiota, sin darse cuenta de lo que le decian, y quedó clavado allí mismo como si realmente estuviese ébrio perdido.

—Bueno, hasta mañana, concluyó Reyes retirándose; puedes venir á esta hora que yo ya estaré aquí para pagarte el mancarron.

Hacia ya largo rato que se habia retirado don Antonino Reyes y todavia estaba allí Pacheco, sombrero en mano, inmóvil, mortalmente pálido y sin darse cuenta aun de lo que le pasaba.

El golpe habia sido duro é inesperado, se trataba de arrebatarle lo que mas queria el jóven, su caballo, donde estaban reunidas

todas sus pasiones y cariños, y no habia podido soportarlo con serenidad, ni encontrar la suficiente resignacion para sobrellevarlo.

—Espera algo paisano? preguntó un moreno que atravesaba el patio.

—No, nada, contestó el jóven medio volviendo en si mismo, y enfiló á la puerta vacilando y doblándosele las piernas como si realmente estuviera bajo la accion de dos lietas de ginebra.

Mas de cuatro ó cinco cuabras caminó asi á la aventura, sin darse cuenta de lo que le sucedia, hasta que al fin la fuerza del dolor estallando en su corazon como una arteria que se rompe, hizo asomar las lágrimas á sus ojos, y alzar estos al cielo, con la espresion de la desesperacion mas tocante.

—Mi caballo, exclamó, vender mi caballo.... primero les vendo el alma y el corazon y las entrañas y hasta los ojos—Mi caballo, continuó, apurando el paso como si temiera que al llegar á su casa no fuera ya á encontrarlo —no me desprendo yo de mi saino por toda la plata del mundo, ni permito, vivo yo, que nadie se sienta en su lome.

Y echó á correr desesperadamente, como si la conservacion del animal pendiese solamente de la rapidez de aquella carrera desenfrenada.

Pacheco llegó á su casa como un loco, se fué derecho donde estaba su saino, lo abrazó del pescuezo con la misma pasion que una madre hubiera abrazado á su hijo, y miró hacia atrás con un ademan terrible.

Parecia amenazar con la muerte á alguien que viniera en busca del caballo.

Pero que hacer entretanto para salvarlo, pensaba torciéndose las manos—si no lo llevo vendrán á buscarlo, y si no lo quiero entregar y me resisto, me atarán como á un ladron, me llevarán el caballo y me molerán los huesos.

—No hay remedio, terminó en su pensamiento, es preciso salvar el caballo á toda costa, y yo lo he de salvar, aunque tenga que llevarlo al mismo infierno.

En seguida fué á traer su apero, ensilló el caballo y se fué á la pieza que habitaba junto con el cochero, de donde sacó algunas prendas que poseia.

Ya no me separo mas de él se dijo, y es preciso que ande listo para bajarle la rienda en el primer apuro y perderme de vista para toda la siega.

Montó á caballo en seguida y se fué en busca de Márcos, á quien refirió lo que le habia sucedido aquella mañana, y la resolucioz que acababa de tomar.

Muy bien hecho, aprobó este, le codician el caballo y si usted no lo entrega á buenas, se lo han de quitar á malas, fusilándolo de yapa por lujo de rigor.

—Váyase pajuera amigo, si quiere salvar el

pingo—yo le diré donde puede aguaitarme hasta mañana á la noche, que yo me pondré en camino, en vez de pasado mañana al amanecer como habia pensado y haremos juntos la jornada.

—Váyase ahora y apronte lo que tenga que alzar, si no quiere irse con lo puesto—y esta noche á la oracion me viene á buscar á lo de don Pedro el pulpero.

Pacheco regresó á su casa, ó mejor dicho á casa de su patrona, se encerró en su cuarto, é hizo un atadito de sus mejores prendas, se echó al tirador todo el dinero que poseia, y dejando el atado bajo el catre se fué á hablar á su patrona: queria verla por última vez.

—¿Cómo te ha ido Felipe? preguntó esta—para qué te querian?

—Para comprarme el caballo, contestó el jóven con cierta amargura.

—¿Y qué has decidido tú?

—¿Y qué he de hacer? venderlo, puesto que de todos modos me lo han de quitar.

—Bien hecho hombre, caballos hay á montones y mas vale que quedes bien con provecho, porque te lo han de pagar á buen precio.

Y como viera un hilo de lágrimas rodar por las megillas del jóven, exclamó sorprendida:

—Vaya, vaya, no te creia capaz de llorar por un caballo, muchacho — mira, no seas tonto —yo te daré uno mucho mejor.

—Pero el jóven no lloraba por el caballo puesto que se habia decidido conservar á toda costa—es que sentia profundamente dejar aquella señora á cuyo lado se habia criado, y al separarse tal vez para siempre, se sentia conmovido hasta las lágrimas.

—No le haga caso señora, exclamó secando sus lágrimas y tratando de sonreir, que mañana estaré consolado y trataré de buscar otro pingo.

Y salió de allí apresuradamente, temiendo que si se quedaba un momento mas, podia flaquear la suprema resolucioz que habia tomado.

De allí pasó á las piezas de los otros sirvientes, donde estuvo charlando largo tiempo, dándoles todo género de bromas.

En la casa, muy pocas veces habian visto á Pacheco tan alegre.

Al cruzar el último patio, vió á su saino con su espléndido apero, y olvidó la pena que habia tenido al hablar con doña Goya, olvidó todo lo que no era su caballo y estuvo largo tiempo contemplando al noble animal, que habia relinchado al conocer la proximidad de su dueño.

—No nos hemos de separar en la vida! exclamó Pacheco mientras lo miraba, aunque tenga que vivir á campo ó andar juido de pago en pago para que no den conmigo.

A eso de las seis de la tarde, Pacheco fué

á comer, con la demás gente de servicio—y cuando el cochero preguntó que porque milagro tenia ensillado el caballo hasta tan tarde, contestó con la mayor naturalidad.

—Es que lo he vendido, y como lo tengo que entregar mañana, quiero dar esta noche en él mi último paseo.

—Y á quién le ha vendido esa prenda? preguntó el cochero.

—Al mismo gobierno, contestó Pacheco medio serio medio en broma, y como ya habian concluido de comer se levantó de la mesa y se encaminó á su cuarto.

Pocos momentos despues ataba el atadito que dejó bajo el catre á los tientos del recado, montaba tranquilamente y salia al pasito por el porton de la volante.

Pacheco iba á encontrarse con Márcos, decidido á alejarse de allí para siempre, ó al ménos hasta que las cosas cambiaran de manera que pudiera volver sin temor de que le quitaran el caballo, ó castigaran el haberse negado á entregarlo cuando se lo pidieron.

Cuando hubo franqueado el porton de la quinta, el jóven detuvo su caballo y se puso á contemplar el edificio, como si con su mirada enviase su último adios á los que allí quedaban.

Dos lágrimas surcaron su varonil semblante, y abatió la cabeza sobre el pecho, como cediendo al peso del dolor.

Dos minutos mas ó menos permaneció abismado en sus reflexiones, hasta que levantó lentamente la cabeza, hundió de nuevo su mirada entre el follaje de la quinta y agitando cariñosamente la mano en señal de despedida, hincó con las espuelas los flancos del saino, que se lanzó hácia la pulperia de don Pedro, donde debia estar esperándolo su camarada.

Efectivamente allí estaba Márcos estrañando su tardanza.

En el palenque de la pulperia estaba atado un potrillo alazan overo, que era el crédito del paisanito, ensillado con ese esmero del paisano que ignora si la jornada vá á ser larga ó corta.

Pacheco ató su saino al lado del alazan overo, lo dejó rienda arriba y entró resueltamente á la pulperia, aproximándose á donde estaba Márcos con quien cambió una imperceptible mirada de inteligencia.

—Ola amigo, como le vá, le dijo guiñando el ojo, como si quisiera darle á entender que convenia disimular de don Pedro el pulpero.

—Aquí andamos, matando el tiempo, replicó Márcos, indicando que habia comprendido la guiñada; me han dicho que en lo de Juan hay reunion y estaba por ir para allá antes de desensillar; si quiere que vamos, daremos juntos el galope.

—Como no tengo cosa mejor que hacer, contestó Pacheco, vamos para allá, el cuento es divertirse y como la vida es corta, no hay que andarse mezquinando.

—Hemos sabido que ha vendido el saino en Palermo, dijo uno de los que estaban en la pulperia, y lo felicito porque el precio ha de haber sido bueno—desde el otro dia lo andaban codiciando.

—Es verdad, amigo, respondió Pacheco fingiendo una sonrisa indiferente, y mañana lo entrego—por eso le estoy dando la última rienda.

Y salió junto con Márcos, desataron cada uno su caballo, y se alejaron al tranquito, en la direcciqn que habia indicado Márcos un momento antes.

—Se amoló Felipe, dijo el que habia dirigido antes la pregunta sobre el caballo—cuando los amigos se hubieron alejado—tanto ha voraciau con el saino, que se lo han comprau á la fuerza.

—Y tan á la fuerza agregó otro, que segun los asistentes del Gobernador es él quien lo ha comprado, porque no queria que nadie tuviese caballos mejores que los suyos.

—Se acabaron las compadradas en las carceras, terminó el primero y pidió una copa de caña con limonada.

—Lo que yo estraño, dijo el pulpero al servirla, es que Pacheco haya vendido su pingo asi no mas, porque á la verdad, aquí no pisaba caballo como ese.

—Y qué vá á hacerle al dolor, terminó á su vez el que se decia informado por los asistentes de Rosas—cuando el patron dice envido no hay mas que quererle, porque pior es que le cope á uno la banca, sin plata en el tirador, lo que queria decir que peor sería que en vez de comprarlo se lo hubieran quitado sencillamente.

Estos y otros comentarios quedaron haciendo en la pulperia, mientras los dos jóvenes se alejaban al tranco de sus caballos, ocultándose en la sombra de los cercos vivos.

—De modo que está decidido á abandonar estos pagos y la casa en que está sirviendo?—preguntó Márcos—ya verá como nunca se arrepiente de ello.

—Estoy decidido á salvar mi caballo á toda costa, replicó Pacheco, suceda lo que quiera—antes me dejo sacar del cuero un par de caronas, que entregar el saino en poder de un envidioso.

—Esta gente se figura, añadió Marcos, que porque uno es pobre no puede tener nada, porque con plata todo se compra!—para ellos un pobre no puede sentir penas porque la plata es el mejor paño de lágrimas—pero entretanto no hay plata que pague el cariño que uno experimenta por el animal que crió.

A medida que Márcos hablaba, las lágrimas afluían al semblante de Pacheco.

—Es, respondía, porque ellos tienen cuerpos donde destinarlo á uno de veterano, y donde no tiene ni el derecho de quejarse, porque le ponen la marca de mil azotes tarjados en el propio cuero.

—Tentado estoy de quedarme, ir mañana á Palermo y pelear desde don Antonino hasta el último sargento.

—No diga bolazos, amigo, replicó Márcos, que era un paisanito de buena razon, lo único que se puede hacer bueno es lo que usted hace.

En los primeros dos dias lo buscarán como á prenda de estimacion, pero viendo que usted no parece se olvidarán poco á poco y lo dejarán en paz.

Tal vez manden su filiacion á los partidos mas vecinos, con orden de remitirlo, pero como no lo hallarán, no podrán hacerlo.

Deje no mas amigo que el pais es muy grande: allí hay campo hasta los indios y cuando un cristiano gana los pajonales, solo es posible sacarlo despues de muerto, y eso por el rastro de los caranchos que se alimentan de la osamenta.

—Tiene razon amigo, decia Pacheco, el único dolor que siento es dejar á esa señora que me ha servido de madre, y las amistades que he hecho despues. Por lo demás, el hombre por donde quiera es hombre y como usted dice, con brazos y voluntad no falta nunca un churrasco ni un techo donde guarecerse del rigor del tiempo.

—Ahora, dijo Márcos, pensemos en lo que vamos á hacer.

Yo no puedo irme hasta mañana á la noche, porque recién á la tarde me ha de despachar mi patron, ni usted puede esperarse aquí hasta entónces, pues es fácil se echara todo á perder.

De aquí una media legua tengo yo un ranchito donde vive una moza á quien le he caido en gracia; allí puede usted parar, escondiendo el caballo, esta noche y el dia de mañana, tan seguro como bajo de tierra.

Yo caeré á la noche á buscarlo, trayéndole noticias de lo que pase por allá y nos iremos juntos hasta la Ensenada, donde tengo mi madre—allí se puede quedar si gusta, aunque será mejor que sigamos para la estancia, porque en los primeros tiempos, mientras mas lejos mejor.

Pacheco miró atentamente á su jóven compañero, entre la oscuridad de la noche, como si quisiera agradecerle con un gesto su poderosa ayuda, pero no pudiendo distinguirle el semblante, porque la noche era bastante oscura, buscóle á tientas la mano, y se la estrechó con efusion diciéndole:

—En la ocasion, ya sabe que soy su hermano—no tengo mas que decirle—y se notaba en su acento entrecortado que estaba profundamente conmovido ante la abnegacion del paisano.

—Hago lo que debo, contestó este, como si no comprendiera el alcance de su servicio y lo que haria cualquiera—piense en usted y no se preocupe de lo que yo he hecho que, por desgracia, bien poco es.

Y este es el carácter del gaucho porteño, en lo general.

Generoso hasta lo exajerado, lleva su abnegacion hasta lo fantástico—cuando ofrece su amistad, la dá de una manera completa, y no hay sacrificio que lo detenga.

Abre el corazon con la misma sencillez que abre su rancho, y pone al servicio de su amigo desde su cama hasta su vida como si este fuera un deber ineludible y no descansa hasta haber hecho el servicio por completo.

De esta manera se habia entregado Márcos á Pacheco, sin pensar en mas recompensa que la satisfaccion de haberlo ayudado á salir de un mal paso, prestándole una cuarta ó dándole una manito como dicen ellos.

Aquella noche, pues, los dos jóvenes habian ligado sus existencias con aquel cariño que no estingue ni la misma muerte, porque sobrevive puro é intenso en el corazon del que queda.

Tristes y silenciosos, llegaron por fin al rancho de que habia hablado Márcos.

Al llamado de Márcos se abrió la puerta de aquel rancho solitario, y apareció una jóven paisana, bastante hermosa, con un chiquilin en los brazos.

En ese momento ardia un cabo de vela lo que indicaba que aun no se habian recojido, sin duda por esperar al jóven.

—Qué tarde vienes! ya no te esperaba, dijo la jóven al franquear la puerta, creyendo que su amante venia solo.

—No se trata de eso, mi Rosa, respondió el jóven con un cariño lleno de melodia.

Aquí traigo un amigo que se vá á quedar hasta mañana y que es preciso que ni la tierra lo sienta.

—Buena pieza será tu amigo, respondió Rosa jovialmente, cuando viene tan de tapao; pero pierde cuidado por eso que serás servido á paladar.

—Mira mi Rosa, insistió el jóven, es preciso que escondas bien su caballo, pues si lo buscan, ese será el rastro que traigan.

—Que no tengas cuidado, te digo—mientras desensillas voy á tender el asado, porque como es tarde han de traer buen freno.

—Yo no desensillo porque me vuelvo, contestó Márcos—tengo que hacer y ya es muy tarde.

—Que no te vaya á suceder una desgracia, exclamó alarmada la jóven y mirando con cierta desconfianza á Pacheco—un hombre que se oculta, pensó, no es por nada bueno—qué puede haber sucedido!

—Y agíl entró de nuevo al rancho, dejó el chiquilin en la cama y volviendo á donde estaban los jóvenes dijo á Márcos:

—Ya sabes que yo tengo la espalda ancha y el estómago fuerte—decime si andas en algun apuro y á qué te vuelves sin comer—y á pesar de los esfuerzos que hacia por contenerse, se veia afluir á sus ojos, sin poderlo remediar, un torrente de lágrimas.

—Te aseguro que todo es una tontera, mi Rosa, y que no ando en nada malo—me voy porque tengo que hacer, y esto es todo—mi amigo, que se queda te contará en lo que andamos y verás que es una tontera.

Mira, dame una lonjita de asao y echaré dos bocados por el camino, que á la verdad vengo ciego de hambre.

Con tanta naturalidad y alegría habló el jóven, que Rosa se tranquilizó y entró al rancho en busca de la lonjita pedida.

—Como lo quieren, amigo! dijo Pacheco, con cierta amargura—un cariño así es lo que yo voy buscando sin poderlo hallar.

—Ya lo tendrá compañero, replicó Márcos, cuando se tienen esas prendas de corazon, una mujer que lo quiera es lo de menos.

En esto apareció Rosa con una buena tira de asado que dió á su amante, mientras ya mas tranquilale decia.

—¿Conque no quieres decirme en que andas?

—Mi amigo te lo contará dijo Márcos, pre parándose á partir—lo único que puedo decirte es que he ganado un hermano—y señaló á Pacheco.

En seguida dirijiéndose á éste añadió:

—Yo vuelvo á lo de don Pedro para que vean que nos hemos separado y no me pregunten mañana donde lo dejé—como en lo de Juan no habia nada, diré, Pacheco se ha ido á dormir, porque dice que mañana tiene que hacer de madrugada.

Era un golpe de astucia que lo ponía á cu bierto de toda sospecha.

Pacheco ponderó semejante prevision que él no hubiera imaginado, mientras su amigo se despedía de Rosa haciéndola mil cariños y prometiendo volver á la noche siguiente, mas temprano que aquella.

Luego saltó á caballo y dirijiéndoles un alegre «hasta mañana» puso su caballo al galope, pero de pronto se detuvo y volvió grupas, sacando una larga y filosa daga de la cintura.

—Páseme su puñalito, dijo á su amigo, que usted puede necesitar algo de mas aguante, por

si acaso, y guarde mi daga, que con esta se puede hacer *pata ancha* en donde quiera.

Pacheco tomó la daga y entregó su puñal sin decir una palabra, estaba conmovido de una manera estraña.

Aquella accion concluyó de tranquilizar á Rosa, pues desde que su amante llevaba la peor arma, era prueba de que el peligro andaba lejos de él.

—Conque hasta mañana! repitió Márcos y lanzó su alazan overo al galope, cuya silueta se perdió poco despues entre la oscuridad de la noche.

Quedaron allí frente á frente Rosa y Pacheco, este silencioso y temiendo causar un trastorno en aquel rancho, ella observándolo con cierta curiosidad y quedando completamente tranquila al contemplar aquella fisonomia suave, llena de espresion y de bondad.

—Quiere que desensille su parejero? preguntó el jóven, para sacarlo de su meditacion—ya sabe que aquí está en su casa y que no hay porque tener cortedad.

—No se incomode niña, contestó éste apresuradamente, y se puso á desensillar su saino haciéndole mil caricias.

La jóven no podia esplicarse lo que sucedia y deseaba que cuanto antes concluyera el forastero para que entrara al rancho y mientras comian el churrasco le refiriera lo que Márcos le habia prometido.

Cuando este hubo concluido la sencilla operacion, preguntó donde podria poner el caballo, sin temor de que pudiera perderse.

—Eso corre de mi cuenta, dijo la jóven tomando la punta del maneador que atara Pacheco al bozal del pingo, y desapareció, volviendo en seguida, despues de dejarlo acollorado con un hermoso ruano, regalo de su amante, que dormia en la cocinita, al alcance del lazo y de la mano.

—Ahora entremos, dijo al jóven, echará un bocado y descansará: y Pacheco, recojiendo las prendas de su apuro, entró al interior del rancho que encerraba toda la felicidad de su amigo Márcos.

Allí dormia tranquilamente sobre un catre, una vieja paisana, madre de Rosa, y el chiquilin que habia esta dejado para hablar mas libremente con Márcos.

—Aunque la casa es chica, dijo Rosa alegremente, podemos descansar sin incomodarnos—ahí está el catre de Márcos, que yo me llevo á la cocina y queda el mio, donde usted puede tender.

—Qué esperanzas! dijo el jóven rápidamente. Yo no he venido aquí para servir de lobanillo—yo dormiré en la cocina y no se hable mas, porque sinó me voy al campo.

—Por nada de este mundo, replicó Rosa poniéndose seria, le doy un disgusto yo á

Márcos—usted se conformará con lo que yo hago sin querernos despreciar, porque no está bien una ofensa inmerecida.

Pacheco comprendió que era completamente inútil discutir sobre aquello y se resignó á la voluntad de Rosa.

Se pusieron á comer alegremente el asado que estaba medio frio y Pacheco contó minuciosamente el por qué de su aparicion en el rancho á aquellas horas, agregando que no sabia nunca como agradecer el agasajo de Márcos y su fina hospitalidad.

—Por qué no saca plata y nos paga? respondió la jóven con ironía. Márcos ha hecho lo que cualquiera, y lo que es aquellos, si quieren buen caballo, que lo manden traer de encargo á la loma del diablo.

Largas horas estuvo Rosa entretenida oyendo las narraciones de Pacheco, á quien trataba ya como si toda la vida lo hubiera conocido, haciendo causa comun, é interesándose en el saino como si fuera suyo.

Pero notaron que debiaser tardísimo, y Rosa cargó su hijo, despues de llevar el catre á la cocinita, donde al irse ella tambien, dijo á Pacheco:

—Buena noche pues, D. Felipe, mi madre es muy viejita y sorda, así es que haga de cuenta que queda solo.

—Buena noche niña, contestó Pacheco mirando á la jóven con una espresion mas cariñosa—y que Dios no la deje nunca de mano.

Y se echó sobre el catre pero no pudo pegar los ojos en toda la noche, se la pasó lamentando su desgracia que lo obligaba á andar huido, tan en contra de su voluntad, desgracia que le parecia aun mayor, despues de haber contemplado tan de cerca la felicidad que rodeaba á su jóven compañero.

Al otro dia, y cuando los pajarillos empezaron á saludar con sus cantos alegres la luz primera de la mañana, cerró los ojos y quedó medio aletargado, letargo que se convirtió muy pronto en un sueño pesado, consiguiendo á las emociones del dia y la noche anterior.

Mientras él dormia, se habia levantado la vieja y se habia ya informado por Rosa de quien era aquel forastero á quien en un principio tomó por Márcos.

Cuando Pacheco despertó ya estaba el sol alto y bastante picante, pues era á mediados de Octubre.

En el acto se dejó caer del catre, estrañando el paraje donde se hallaba, hasta que bien despierto, recordó todas las peripecias que lo habian llevado allí.

—A estas horas me andaràn buscando, pensó mientras se arreglaba algo su traje desaliñado—quiera mi Dios que me vaya bien.

En cuanto Rosa y la buena vieja notaron

que el jóven se habia levantado, fueron inmediatamente á preguntarle como habia pasado la noche y á obsequiarlo con un buen cimarron mientras se hacia el almuerzo.

Márcos, entretanto, habia regresado á la pulperia de don Pedro, á hacer constar que se habia separado de Pacheco.

—Temprano ha concluido la jarana en lo del amigo Juan, dijo don Pedro al ver llegar á Márcos: yo los hacia á estas horas en lo mejor del fandango.

—Qué fandango, si nos hemos pelao la frente, contestó el paisanito—antes de llegar allí supimos por un amigo que en lo de Juan no habia nada—será solo una broma que nos han querido dar.

—No le ha de haber hecho mucha gracia á Pacheco la broma, porque ya se habia preparado á pasar una noche divertida.

—Alcontrario, dijo Márcos con la mayor naturalidad—se ha alegrado mucho porque mañana tiene mucho que hacer temprano, pues debe ir á entregar el caballo á don Antonino, que se lo ha comprado.

—Yo no me esplico como diablo Pacheco puede haber vendido su caballo, observó el pulpero, él que andaba pintando tanto con el animal, que parecia que con su pingo tenia cuanto hay que tener en el mundo!

—Y que quiere que le haga, concluyó el paisanito—á esa gente no se le puede decir que no, porque si uno no les vende le quitan y viene á ser lo mismo, al fin y al cabo.

Y como ya se iba haciendo tarde, Márcos se despidió de don Pedro y se fué á hacer noche junto con sus compañeros de tropa, que paraban en el rancho de unos milicos amigos.

Al otro dia muy temprano, Pacheco era esperado en Palermo por don Antonino, que se preparaba tal vez á darle algunos miserables cien pesos, en cambio, de su magnifico caballo, como se habia preparado, sin duda en cumplimiento de las órdenes que tenia, á darle una paliza en caso que se hubiera resistido á entregarlo.

Pero las horas pasaban y Pacheco no parecia, lo que era una insolencia intolerable.

—Es preciso mandar buscar á este pillo, pensó D. Antonino, é inmediatamente mandó un ordenanza á casa de doña Gregoria para que trajera en el acto á Pacheco junto con su caballo —y si se resistia á venir inmediatamente, concluyó, que lo traigan atado.

Pero el ordenanza regresó con la famosa noticia de que á Pacheco no se le habia visto la cara desde la tarde anterior y que habia salido á caballo.

—Andará mamado en alguna pulperia donde estará sin comer el pobre mancarron: para eso quieren caballo estos borrachones, pensó



don Antonino, y dió orden de que se le buscara en todas las pulperías y se lo trajeran atado codo con codo, borracho ó fresco.

Pero todo fué inútil—en vano lo buscaron de pulperia en pulperia, hasta cerca de Belgrano, no pudieron ni siquiera adquirir noticias.

Don Pedro fué el único que dijo que la noche anterior lo habia visto con Márcos, á primera hora.

Interrogaron al paisanito y este aseguró que realmente la noche anterior Pacheco habia andado con él hasta eso de las diez de la noche, pero que á esa hora mas ó menos, se le habia separado muy divertido.

—Cuando se le pase la tranca volverá, pensó don Antonino, y me pagará las rabietas que me ha hecho tomar y las tonteras que me vá á decir el otro.

Y este el otro era nada menos que el ilustre restaurador de las leyes, á quien se le habia antojado el parejero de Pacheco, por que no era tolerable que nadie tuviese mejores caballos que los suyos.

Grande iba á ser el chasco cuando vieran que pasaban los dias y las semanas, sin que Pacheco ni su caballo se dejaran ver el bulto.

Grandes iban á ser tambien las iras del ilustre restaurador de las leyes, y mas grande aún la raspa que echaria á don Antonino, pero Pacheco habia salvado su caballo.

En cuanto empezó á oscurecer, Márcos se fué á casa de su patron á recibir sus órdenes para la estancia, y á penas este lo hubo despachado, arregló sus caballitos y se lanzó muy tranquilamente al rancho de Rosa, donde estaria Pacheco impaciente por saber lo que habia sucedido, y si se podrian poner en camino aquella noche, sin temor de que los fuera á atajar alguna partida de Palermo.

Cuando Márcos llegó al rancho, se halló conque lo estaban esperando al rededor de un enorme asado clavado en el asador.

Rosa y Pacheco se levantaron rápidamente y le salieron al encuentro, deseosos de que les diera noticias.

—No se amontonen, contestó alegremente el jóven, mientras aflojaba la cincha del recado, lo que queria decir que bien pronto volveria á montar á caballo.

—Y cómo me lo han tratado? preguntó afectuosamente á su amigo, mientras ariciaba la mano que le habia abandonado su Rosa.

—Cómo me han de tratar, sinó á cuerpo de rey, respondió Felipe, que me tienen avergonzado con tanto cumplimiento y les he tenido que decir que si no me tratan con mas confianza, me voy.

—No sea tan exagerado y ponderativo, amigo; es justo que se agasaje á los compañeros, sinó ¿para cuando guarda uno las finezas?

Y todos tres fueron á sentarse al rededor del fogon, donde habia quedado la vieja con el chiquillo en los brazos, y se pusieron á churrasquear alegremente.

—Cuenta amigo, qué sucede por allá? preguntó Pacheco; ya se me figura que habrán metido mas bulla que si se hubiera cometido un crimen.

—Y lo puede decir, contestó Márcos, lo han andado buscando como á piedra fina, despues de amenazarlo de esta y la otra manera. A estas horas anda medio Palermo siguiéndole el rastro, y con orden de llevarlo atado, de donde quiera que lo hallen.

—Canejo, contestó el jóven—entónces la cosa es mas difícil de lo que parece, y no podré salir de aquí en toda la noche.

—Al contrario, dijo Márcos, ahora es fácil irse sin que lo sientan. Como todavia tienen esperanzas de que ande mamao por alguna pulperia y que vuelva así que se le pase la tranca, no lo han de buscar con mucho empeño, mucho menos por estos lados de aquí.

Mañana sí seria imposible salir sin que alguien nos viera.

—Usted se compromete por mí y esto no es justo, porque tiene en que pensar, exclamó de pronto Pacheco, echando una rápida mirada sobre Rosa y su hijito—deje que me corte solo, que un hombre aunde quiera se mete.

—No hable bolazos, compañero, contestó Márcos algo ofendido, si yo me le ofrezco es porque puedo servirlo, y lo que se hace por los amigos nunca pesa.

Usted puede montar su saino que yo ando bien montado—nos ponemos en camino con el primer canto de los gallos, y si acaso nos sale alguno á la cruzada nos hacemos perdiz, y mas que gaúcho ha de ser quien se anime á alcanzarnos; y en último caso. . . .

—En último caso yo me encargo de poner en fuga á todos los que vengan á prendernos.

—Yo sé lo que usted vale en la ocasion, dijo Marcos al ver la amenaza que brilló en la pupila de Pacheco, pero crea amigo, es mejor esquivar el bulto que pelearlos, porque no es bueno agravar la causa y hacerse acumular las cosas—así nos ha de ir mucho mejor.

Concluido el churrasco y asentado con una media docena de mates, empezaron los preparativos de la partida.

Pacheco se puso á ensillar su saino con particular esmero, como quien se lanza á una empresa difícil, cuyo buen resultado pende, en su mayor parte, del caballo que se monta.

Márcos entretanto, prodigaba sus caricias al chiquilin y entregaba á Rosa el dinero que poco antes recibiera de manos del patron.

Cuando Pacheco avisó que estaba listo, Márcos cinchó su caballo, levantó su manta pampa y se despidió de su gente, hasta que

pegara la vuelta con una nueva tropa, que sería bien pronto.

Pacheco también después de agradecer el hospedaje con mil zalamerías, saltó sobre su saíno con esa desenvoltura que le era peculiar y la curiosidad alegre pintada en el semblante.

Poco después los dos salieron del rancho, tomaban una sendita de la derecha con rumbo al Sud, y ponían sus fletes al trotesito.

Rosa quedó bajo el alero mirándolos ale-

jarse y moviendo la mano en señal de despedida, hasta que los hubo perdido de vista, confundidos con las sombras de la noche.

Cuando el eco de las pisadas de los caballos que montaban se hubo también perdido, Rosa entró á su rancho.

Una lágrima brillaba en sus párpados.

Abandonemos estos lugares donde pasó su primera infancia nuestro héroe, para seguirlo en la vida azarosa y llena de episodios que para él empezó aquel día.

## LA VIDA ERRANTE

Al día siguiente muy de madrugada, Márcos y Pacheco abandonaban la Ensenada, donde llegaron la noche anterior y seguían rumbo á Chascomús para de allí pasar á Dolores, donde estaba situada la estancia en que Márcos trabajaba.

Como en la Ensenada tenía el paisanito parte de su familia, dos hermanas y la madre, había ido allí en busca de sus buenos caballos para seguir el largo viaje que proyectaban, y que no podrían practicar solamente en el montado.

Ensililaron de los caballos de Márcos, y siguieron el viaje llevando los parejeros de tiro y arreglados de manera que pudieran saltar en ellos en cualquier momento de apuro.

Convencidos en Palermo de que Pacheco había huido, lo andarían buscando con empeño, no siendo extraño que se encontraran con alguna partícipa desprendida en su busca.

Toda precaución era pues poca, si querían escapar á toda tentativa de prisión, cosa que por otra parte sería facilísima, dados los famosos caballos que llevaban de tiro.

Todo aquel día galoparon sin descanso, llegando á Chascomús al caer la tarde y alojándose por aquella noche en el rancho de un viejo paisano amigo de Márcos, para evitar cualquier informe comprometedor que pudiera dar algun pulpero indiscreto.

Durante el camino los dos amigos se habían ocupado de lo que podría hacer Pacheco, una vez llegados á Dolores donde por el momento y mientras no hubiese peligro el paisano fugitivo sentaría su residencia.

—El capataz de la estancia es hombre bueno, decía Márcos, y que se sabe doler de las desgracias ajenas; si hay trabajo en la estancia, no dude que se lo dará, y en caso que no lo haya, por desgracia, él lo dirigirá á algun buen establecimiento, porque es hombre de relaciones.

—Yo preferiría trabajar donde usted está, contestaba Pacheco, porque no es lo mismo trabajar junto con un amigo, que caer á una estancia como gallina en corral ajeno.

—Eso no es nada amigo, que las relaciones se hacen en un día, y al hombre de bien nunca le faltan—la cuestión es estar en seguridad, donde nadie venga á incomodarlo, ni á tratarlo como á perro sin dueño.

—Tiene razón amigo, concluía Pacheco tristemente, pero no me conformaría en que me mandara á otro partido lejano.

—No crea, cerca de nosotros están las estancias de los Martínez de Hoz, Casares y otros ricos, con quienes el capataz tiene buena amistad y donde sería muy fácil hallarle trabajo bueno y provechoso.

Pacheco había concluido por conformarse con la suerte que le reservara el destino y estaba resuelto á aceptar cualquier cosa que pudiera traducirse en trabajo y hacerle mas llevadera la vida de aislamiento á que había tenido que condenarse para salvar su caballo, que era la causa de sus padecimientos futuros.

La nueva vida que iba á emprender no lo arredraba, el trabajo, lejos de acobardarlo lo atraía poderosamente, y para los primeros tiempos, que serían los mas difíciles, llevaba bastante dinero en el tirador y bastantes prendas de valor en su aforo para salvar cualquier situación desesperante.

—Es el caso, había dicho á Márcos, que yo no soy nada entendido en los trabajos de campo y que esto será un inconveniente para que me ocupen—yo no sé mas que cuidar caballos para correr, pero me siento capaz de aprender lo que raye, para que el trabajo no me falte.

—Cuidando solamente caballos para correr, le había dicho Márcos, basta para que un hombre pueda ganarse la vida—usted además sabe domar, que es el mejor oficio porque nunca

falta trabajo, y los otros trabajos los aprende en un momento.

Aquella noche la pasaron en Chascomús, lindamente, conversando de cosas indiferentes con el viejo paisano que los hospedó en su pobre ranchejo.

Comieron un gran churrasco y se tomaron unos doscientos mates, sentándose bajo el alero para descansar el rudo galope de aquel día.

A la madrugada siguiente, mucho antes de salir el sol, los dos amigos salían de Chascomús alegremente y tomaban el camino de Dolores, donde calculaban llegar á la caída de la noche.

Aquel viaje fué mas entretenido, pues á medida que se alejaban del peligro iba renaciendo en ellos la confianza y la seguridad de que ya estaban á salvo de cualquier contratiempo.

—Qué tal amigo, preguntaba Márcos dando rienda suelta á su buen humor, ¿se juntarán con su saino?

—Si se hamacan y les sale pelo en la peladura que han llevado, respondia Pacheco mirando con un cariño supremo al magnífico animal que galopaba á su lado: pues, no es nada lo que se les habia antojado! agregaba, riendo estrepitosamente y dejando ver la doble fila de sus dientes de espléndido esmalte y suavísima blancura.

—No ha sido malo el chasco, concluia Márcos, yo creo amigo que si lo agarran lo van á dejar mas manchado que un cuero de tigre: y qué ganas le tendrán!

Y los dos paisanos reian como si les hicieran cosquillas.

A eso del medio día, hicieron un altito en una pulperia del camino, donde se desayunaron con un fiambre y una buena azumbre de vino.

En seguida mudaron caballo y siguieron viaje, con la intencion de no detenerse hasta llegar á su destino.

En aquella pulperia, como en las demás poblaciones por donde habian pasado, Pacheco habia llamado la atencion de todos, tanto por lo varonil y fuertemente simpático, como por el lujo de su apero y demás prendas que consigo llevaba.

—Será algun mozo rico vestido de paisano, decian unos, porque el aire de Pacheco era mas bien el de un señor, que el de un peon de estancia en busca de trabajo.

—Cuando venga el amigo Márcos le preguntaremos, añadian otros, y así saldremos de dudas.

A la caída de la tarde los dos jóvenes llegaron á Dolores, y un par de horas despues entraron á la estancia donde trabajaba Márcos.

El capataz de aquel establecimiento conocia ya á Pacheco por referencias que habia oido á Márcos y á otros troperos.

Como Pacheco habia prometido á este último venirse con él un día ú otro, el paisanito lo habia comunicado al capataz, de modo que no quedó muy sorprendido de la venida de Felipe, aunque no lo esperaba tan pronto.

—Aquí le traigo un peon domador, D. Francisco, dijo Márcos sonriendo, mientras desensillaban los caballos, que quiere trabajar aquí á toda costa - es el mozo de que le he hablado otras veces.

—Celebro mucho, contestó aquel buen hombre, trataremos de darle trabajo, si las ponderaciones que tú has hecho son ciertas - casualmente desde ayer estoy sin domador.

Aquello fué para Pacheco el cielo abierto - no esperaba hallar trabajo tan pronto y sobretodo al lado de Márcos, de modo que al oír la respuesta de don Francisco, sintió una sensacion gratísima y fuertes deseos de saltarle al cuello y darle un abrazo.

—Trataremos de dar gusto, contestó sencillamente, aunque yo no sé que es lo que habrá dicho el amigo Márcos, porque mi mas ardiente deseo es quedarme aquí.

Los otros peones que habian llegado á saludar á Márcos que era muy querido en la estancia, miraban con franca sorpresa á aquel lujoso jóven que venia buscando un conchavo de peon domador, pero al ver la bondadosa conformidad del capataz, no se animaban á hacer la menor observacion.

Márcos ayudó á su amigo á desensillar y llevó los caballos á la tropilla, que comia cerca de las casas; en seguida volvió á donde estaba su amigo y le preguntó si queria que acollarara el saino con la yegua de aquella tropilla, cuya yegua manearia para mayor seguridad.

—Yo por mí, dijo Pacheco, lo acollararia conmigo mismo, pero si usted lo cree seguro en su tropilla, sabiendo lo que yo lo estimo, puede dejarlo no mas.

Márcos llevó el saino, lo colocó como habia dicho y volvió á donde estaba su amigo, á hacerle el agazajo de dueño de casa.

Lo llevó al galpon de los peones, donde colocó su apero en el sitio en que habian de tender mas tarde, y volvieron á la cocina donde habia una buena fogata á cuyo rescoldo se asaba un enorme costillar y se calentaba una gran paba de agua.

Los paisanos rodearon el fuego y se pusieron á cenar alegremente, siendo el tema obligado de la conversacion, la llegada del nuevo compañero, cuya pinta habia agradado á todos.

A pesar de las protestas de Pacheco, Márcos empezó á hacer su apologia refiriendo los dos combates con ño Rosendo el tuerto y la pelea con el moreno.

La larga relacion del jóven terminó con

otra apología del saino, vencedor en aquellas famosas carreras.

—Y por último, concluyó Marcos, es el saino el que trae al compañero, porque cuando la gente mandona vió la clase de prenda que era el saino, se lo salió á comprar y como esa gente cuando no le venden quita, por salvar su saino se ha visto en la dura necesidad de huirse y venir conmigo á buscar trabajo y mejor vida.

La relación de Marcos no podía ser mejor para hacer simpática á los paisanos la persona de Pacheco.

Un mozo desgraciado, guapo, generoso, de mentas y hasta cierto punto perseguido por la gente del poder, es siempre un héroe que el paisano mira con cariño y á quien abre sus brazos de hermano y las puertas de su rancho.

Pacheco encontró desde entonces, un amigo en cada uno de aquellos hombres.

—Probaremos su caballo, amigazo, le dijeron algunos, ya que lo ha traído—en el pago hay algunos animalitos regulares con los que podría armar una buena carrera.

—Es inútil, contestó Pacheco, con un orgullo que tenía algo de amargura, á mi saino no lo gana nadie.

Ah! malaya!—continuó, ah malaya que no fuera tan ligero, pues así no lo habrían codiciado obligándome á abandonar á la gente que me ha criado y venir á rodar por el mundo.

—Nunca se debe lamentar uno de tener tan buena prenda, replicó uno de los peones—quien sabe si su salida al campo no ha sido para su bien.

—Dice bien, amigo, concluyó el jóven sin apagar de su fisonomía la expresión de pesar que se pintó en ella al recordar las relaciones y cariños que había dejado al abandonar la casa de su señora doña Gregoria—veremos como salgo de esta rodada que he pegado de á pié.

—Me ha ponderado mucho Márcos su manera de domar, de lo que es una muestra el saino, dijo el capataz—si esto es así no le ha de faltar trabajo nunca, porque cuando le falte aquí, le sobrá en las estancias vecinas.

—No soy mejor que nadie, respondió el jóven; pero espero poder dar cumplimiento.

—Para prueba, mañana puede ensillar dos potros que casualmente han encerrado hoy en el corral y con ellos veremos lo que se puede hacer.

Los peones se frotaron las manos, pues por el domador iban á sacar el hilo del guapo, y muy hábil tenía que ser, á ser ciertas las ponderaciones de Márcos que era inteligente y domador él mismo de primera fuerza, para que éste se entusiasmara.

Pacheco recibió aquella noticia con agrade-

cimiento—ardía en deseos de mostrar que servía para algo y no podía menos que bendecir la casualidad de encontrar dos potros encerrados.

El capataz se retiró á dormir, diciendo que no tenía nada que recomendar, puesto que Pacheco era amigo de Márcos, quien le proporcionaría todo lo necesario.

Los paisanos quedaron allí todavía un gran rato, dando noticias al jóven, de aquellos parajes, donde muy pronto olvidaría todo lo que había dejado, salvo que hubiera dejado alguna prenda de su corazón.

—Jamás la tuve, repuso el jóven, ruborizándose un tanto cuanto—no tengo mas prenda que mi saino y ya ven que lo he traído conmigo.

—Pues aquí la encontrará amigo, y pronto, dijo uno de los peones, y con este motivo empezaron á embromar á Pacheco, y á hacerle una relación de las mozas mas bonitas de los alrededores, sus costumbres y diversiones.

La jarana duró mientras duró la yerba que había en la cocina.

Concluida esta se acabó el mate y todos pasaron al gran galpon á tender sus respectivas camas, que como se sabe, no son otra cosa que el mismo recado, al que añaden, cuando hace mucho frio, un par de mantas mas.

Uno de los paisanos, especie de magnate, pues era nada menos que dueño de un catre, lo ofreció á Pacheco, quien lo rehusó con las mejores palabras, tendiendo su apero al lado de Márcos.

Pero el dueño del catre insistía con tal tenacidad, que ya parecía feo negarse á aceptarlo.

—Yo se lo tomaré, concluyó Pacheco, para que no se diga que no hago aprecio de lo que con tan fina voluntad se me brinda, pero amigo, me hace un mal, porque me priva de ir acostumbrando el cuerpo á la vida del campo y yo soy el que voy á sufrir.

—Pues si es así, concluyó el dueño del catre, no insisto mas para que no se diga que me voy del otro lado y que estoy pesadazo.

Concluido el incidente del catre, los paisanos concluyeron de tender, y apagaron el candil que alumbraba aquella exena llena de colorido y vida.

Todos se entregaron al mas profundo sueño.

El paisano es un ser que trabaja desde la madrugada hasta el anochecer, sin mas hora de descanso que la que se toma para echar la tradicional siesta—en todo el dia no se baja del caballo, entregado á los variados trabajos del campo, así es que cuando gana la cama es para entregarse al verdadero reposo.

Así es que cinco minutos después de apagado el candil, no se oía en el galpon mas que un coro de ronquidos en distintos tonos y

cada uno de ellos con una expresión característica.

Márkos y Pacheco, molidos de lo lindo con el galope de aquel día, durmieron de un solo tiron hasta que la luz del día y el ruido de los que se levantaban, les anunció que había llegado la hora de poner los huesos de punta. Todos se levantaron y después de acomodar sus recados pilcha por pilcha y liarlos con el cinchon, se fueron al rededor de la noria, á ahuyentar con un buen balde de agua fresca los últimos humos del sueño.

Después de esta operación cada uno trajo su caballo que ensilló, disponiéndose á salir á la recojida.

Pacheco ensilló un pingo muy superior que le trajo Márkos, para que no estropeará su saino, y fué también con ellos á aquel primer trabajo que se hace en toda estancia. Cuando volvieron de la recojida, los paisanos no hablaban de otra cosa que de los potros que el jóven iba á galopar con la fresca.

Siguiendo al capataz, todos regresaron al corral donde habían quedado encerrados los potros, animales verdaderamente chúcaros y no muy potrillos que digamos—parecían potros elejidos espresamente para probar un domador.

Y si no hubiera sido que Pacheco llegó allí después de estar encerrados los potros, podía muy bien haberse sospechado que era un mal tercio que le querían jugar.

El uno era un espléndido animal, oscuro tapado de mas de siete cuartas y de una esbeltez extraordinaria.

El otro era un bayo cabos blancos, delgado y de hermosísima cabeza.

Pacheco estaba sorprendido—allí iba á domar bajo la mirada de gente del oficio, y temia no pudiese llenar los requisitos necesarios.

Si uno de aquellos dos potros lo bajaba ó tenia tan solo que *charquear*, adios fama de domador y lo que es peor, adios castillos en el aire de poderse quedar á trabajar en aquel establecimiento!

—Cuál quiere agarrar primere? preguntó el capataz con suma bondad.

—Cualquiera es lo mismo, contestó Pacheco, puesto que he de ensillar á los dos y con voz temblorosa de emoción como si al decir aquello cometiera algun delito.

—Entonces le daremos el oscuro, dijo el capataz que es el mas bravo, para que después no le agarre fatigado.

Mientras enlazaban el potro, Pacheco empezó á bajar el recado del colorado que montaba y se dispuso á ensillar.

Para lograr esto fué preciso voltear al oscuro y manejarlo de las cuatro patas, pues no habia medio, parado de ponerle una carona.

Cuando el potro estuvo ensillado y desma-

neado, Pacheco se aseguró las espuelas, bajó las cañas de sus botas que arrugó para mayor seguridad, después de haber encomendado á Dios, no su vida sino el buen éxito de aquel ensayo.

—Se acercó al potro que sujetaban dos peones, y tomándolo de la oreja se afirmó en el estribo único con los dos dedos del pié.

Al verlo estribar de aquella manera gaucha, una sonrisa de satisfacción y buen augurio se dibujó en aquellos rostros llenos de curiosidad.

Al contacto del ginete el potro pegó un bufido, y se estremeció repetidas veces.

Pacheco que ya en contacto del peligro se habia serenado por completo, como le sucedia siempre, recojió los tendones de la pierna derecha y saltó sobre el animal, quedando como clavado sobre el apero.

Los que tenian sujeto al caballo, lo soltaron una vez que vieron á Pacheco bien sentado, pero el potro no hizo movimiento alguno, sorprendido sin duda al sentir oprimidos sus flancos por aquellas piernas de acerados músculos.

Pacheco se sonrió como sintiéndose dueño del animal, levantó el rebenque y le clavó las espuelas.

El potro se lanzó al campo, corcobeando como un condenado, si es lógico ó permitido suponer que los condenados corcobeen, cosa que todavia no han aclarado bien los respetables ministros de Dios.

Márkos, que era quien debia apadrinarlo, partió á darle vuelta el caballo; pero en ese momento el potro habia metido la cabeza entre las manos y bellaqueaba de una manera formidable—parecia imposible que el ginete pndiera permanecer á caballo un par de minutos mas.

Pacheco no hizo el menor movimiento que indicara decaimiento de fuerzas ó haber perdido un átomo de seguridad.

Pechado violentamente por el caballo de Márkos el oscuro levantó la cabeza y se lanzó en una carrera desesperada, sin dejar de corcobear un solo instante.

Pacheco lo castigó un espacio de tres ó cuatro cuabras mas—el potro empezó á aflojar en sus corcobos, hasta que se paró jadeante y cubierto de espuma: estaba completamente dominado.

Márkos le dió vuelta y Pacheco lo trajo al tranco largo hasta el corral, sin que el animal diera un solo brinco.

Allí lo tironeó un poco de la rienda por espacio de un minuto y se dejó caer al suelo en seguida.

El caballo quedó inmóvil, mientras le sacaron el recado, vencido y completamente entregado al ginete.

Los paisanos se acercaron á Pacheco, felicitándolo de corazón, porque habia hecho una verdadera hazaña.

Hacia como dos años que se habia intentado domar á ese mismo animal, teniendo que renunciar el empeño, despues de tres ensilladas, porque no habian logrado que cediera.

La fisonomía inteligente de Pacheco resplandecía de alegría, se conocia que estaba satisfecho de sí mismo y orgulloso de lo que habia hecho, pues comprendia que tendrian que ser muy exigentes para no aceptar sus servicios como buen domador.

—Pueden ir sacando al bayo, dijo el jóven, para que no se me enfrien los huesos.

—Descanse un poco, amigo, dijo el capataz, que quien sabe como sale este otro, y no es bueno que lo vaya á tomar entumido y pueda voltearlo.

—Pacheco se sentó en el pasto, pues aunque no lo demostraba, se habia fatigado mucho— el potro aquel era muy fuerte y habia corcobeado mas de ocho minutos, sin proporcionar al jinete el menor descanso.

Al cabo de pocos momentos se levantó diciendo al capataz:

—Cuando guste no mas, yo ya estoy pronto.

El bayito cabos blancos fué enlazado á su vez y ensillado con gran trabajo, aunque no fué necesario voltearlo como al oscuro.

Pacheco, esta vez completamente dueño del terreno y seguro del resultado, se acomodó un poco las espuelas y volvió á arrugar las cañas de sus botas—en seguida se acercó al pirgo, lo tomó de la oreja y lo saltó con una desentoltura que arrancó de los mirones unos cuantas murmullos de entusiasmo—y cuidado que para que un paisano se entusiasme de ver saltar un potro, es preciso que el jinete sea muy sobresaliente, y muy airoso sobre todo.

El bayo salió como una saeta, corcobeando, no con tanta fuerza pero sí con mas rapidez que el oscuro.

El animal enfurecido se sacudia, se levantaba sobre las patas y caía sobre las manos tirando algun corcobo fuera de todo cálculo, pero Pacheco, inmóvil, como adherido al recado, le dejaba caer el rebenque como si quisiera hacerlo embravecer mas todavia.

El bayo se resistió mucho menos que el oscuro, pues á los cinco minutos se habia entregado á discrecion.

Pacheco lo tironeó poco en la boca diciendo que era un animal muy tiernito, y se *apio* asegurando que dentro de cuatro dias á lo mas el bayo seria un caballo hecho y derecho.

Pacheco habia salido de la prueba de la manera mas lucida que podia esperar—ya podia estar seguro que no le faltaria trabajo y lo que le era aun mas agradable, que habia caído en gracia de aquella gente,

El pobre Márcos estaba aún mas alegre que el mismo Pacheco—no cabia en su chiripá de puro gusto, ni cesaba de esclamar dirigiéndose á todos:—no les dije que mi amigo era una verdadera alhaja?

El jóven fué cordialmente felicitado por todos, y el capataz aseguró que desde ese dia quedaba en la casa y que al siguiente le haria entrega de todos los potros del establecimiento que él á su vez deberia entregar perfectamente domados.

Aquel fué para Felipe el dia mas feliz de toda su vida.

Así que llegó la siesta y los peones se empezaron á retirar á la cocina para almorzar un poco y dormir no mucho, Pacheco se fué á hacer una visita á su saino, que no habia visto desde la noche anterior y prodigarle sus cuidados habituales.

Apenas lo vió el caballo, paró las orejas y se puso á relinchar alegremente.

El jóven se le aproximó, lo estuvo acariciando un buen rato, lo desacollará en seguida y lo trajo á la sombra, donde le dió una buena ración de maiz que le proporcionó Márcos, que se habia convertido en una especie de protector celoso.

El caballo fué por su parte objeto de elogios, por sus espléndidas formas.

—Pues amigo, si es tan lijero como dicen, debe ser su saino una gran cosa.

—Es muy lijero, respondió Pacheco con la misma satisfaccion que si se hubiera hecho el elogio de un hijo querido.

—No importa, dijo el capataz, le hemos de correr para probarlo, yo tambien tengo ahí un *peor es nada*: que les ha dado á estos por decir que es muy lijero, porque ha ganado aqui dos sotretas que la echaban de lijeros.

—Como guste, contestó Pacheco sonriendo siempre, pero desde ahora le aseguro que no me va á ganar— el saino en diez cuadras no tiene pareja—es al fudo buscarla.

Al capataz, con esta seguridad se le habia picado el amor propio: creia tener un caballo sobresaliente y se fastidiaba que se lo miraran tan en menos.

—Pues yo tambien creo que á mi rosillo no le gana nadie, agregó, y el domingo saldremos de dudas.

Muy contra su gusto Pacheco aceptó el desafío de aquella carrera, pues preveia que á causa de ella pudiera sucederle un contra-tiempo.

—No me van á perdonar que les gane su crédito, pensaba, y van á tomarme entre ojos, y por nada de este mundo, concluia, ni aún en broma permito yo que ganen á mi saino.

Pesaroso de aquel contra-tiempo, lo comunicó á Márcos, quien con su franqueza habitual fué en busca del capataz, esponiéndole lo que

pasaba por Pacheco, y pidiéndole no hicieran aquella carrera, si ella iba á ser causa del menor disgusto.

El capataz, por toda contestacion, vino á buscar á Pacheco y le manifestó que si corria, era simplemente por cotejar el rosillo con el saino, garantiéndole que cualquiera que fuese el resultado de la carrera, nunca seria esto causa para que perdiera en su estimacion.

—Entónces, dijo Pacheco, corramos sin interés, ó por un interés que no valga la pena, porque cualquier dinero que ganara en ella, me parece que me remordiria la conciencia.

Convenida la partida por solo diez pesos, los peones se reunieron en la cocina donde estuvieron churrasqueando y haciendo famosos comentarios sobre aquella carrera.

—No se le haga amigo que la va á ganar de arriba, le decian, el rosillo es muy ligero y en diez cuadras á gatas si uno lo puede acompañar con los ojos.

—Sea como sea, contestaba Pacheco, el saino será siempre mas ligero y lo ha de ganar no lo duden.

Yo no lo creo hasta que no lo vea, aseguró uno de ellos, como no creo que en toda la ciudad haya un solo caballo que acompañe al rosillo en sus diez cuadras.

—El saino ha hecho un viaje largo, observó Pacheco, está sin componer y sin ningun trabajo—pues asi mismo verá usted que flete es el saino.

—Caballeros, interrumpió al punto Márcos, yo puedo ser voto porque he visto correr á los dos animales, y sé mas ó menos lo que dan.

—Vamos á ver, qué te parece la carrera? preguntaron todos á un tiempo.

—Me parece que yo no jugaré ni un peso á las patas del saino.

Pacheco miró á Márcos, sorprendido, mientras los otros peones observaban á Pacheco como si quisieran decirle:—¿no le decia amigo?

Pero bien pronto el pillito de Márcos completó su pensamiento añadiendo:

—Porque se me hace que seria lo mismo que echarles la mano al tirador y sacarles la plata.

—Entónces, preguntaron con asombro, tú crees que el saino gane al rosillo del capataz?

—Creo que en cinco cuadras lo roba, replicó Márcos convencido de lo que decia, y en diez no hay ni que ver—se le pierde de vista.

Ante la seguridad de Márcos, los paisanos no tenian que decir; ¿qué interés tenia el jóven en asegurar una cosa falsa, cuando bien pronto se podría ver lo contrario?

—Pues en esta carrera, concluyeron, lo mejor es no jugar á ninguno de los caballos, puesto que Márcos va á la fija.

—Y tan á la fija, repuso esto, que yo no

doy ni doble á sencillo, porque si tal hiciera, mereceria que me dijeseñ ladrón.

Concluido el churrasco y los comentarios de la carrera, los paisanos se pusieron á sies-tear un momento, regresando en seguida á sus respectivos trabajos.

A la tarde, y despues de la recojida, se volvieron á juntar todos en la cocina, á esperar la hora de cenar, charlando sobre diversas cosas, pero cayendo siempre en la carrera, que era el tema obligado.

El capataz terció esa noche en la jarana, asegurando que estaba casi convencido que perderia la carrera, pero que la corria nada mas que por cotejar el rosillo con un parejero flor.

Los dias que faltaban para el domingo, los empleó Pacheco en domar parte de los animales que le habian entregado, y en dar unas cuantas variadas al saino.

Al rosillo lo variaban mañana y tarde—era un espléndido potrillo, bastante ligero y que tenia gran fama.

Bien pronto se estendió por todo el pago la noticia de aquel famoso domador que habia llegado del pueblo, y con mas rapidez aún, la noticia de la famosa carrera que iban á correr.

De todas las estancias y puestos vecinos empezaron á llegar peones, desde el sábado á la noche, con bastante plata, pues aquel rosillo tenia en Dolores una gran fama y creian doblar el capital jugando á sus patas.

Pero al llegar á la estancia, vieron con cierto asombro que mas eran allí los partidarios del saino que los del rosillo.

—No hemos visto correr al saino, pero su dueño y Márcos que lo ha visto correr dicen que es robo.

—Bolazos! esclamaron los mas incrédulos y se dispusieron á echar el resto en contra del saino, por mas que dijeran los otros.

El domingo, desde temprano, la estancia era un jubileo.

Habia llegado una pulperia ambulante de un napolitano, bien provista de bebida, de modo que la alegria era general y bulliciosa.

—Caballeros, habia prevenido el capataz—yo permito que esté aquí la pulperia, mientras nadie se propase—en cuanto alguno se divierta lo avento á la loma del diablo y en paz, que no es negocio de que esto me cueste una raspa del patron.

Muchas apuestas se habian hecho ya entre los paisanos, pero en ninguna de ellas figuraba Pacheco y Márcos—mantenian su palabra de no jugar ni un peso.

La carrera tuvo lugar á eso de las diez de la mañana, pasando las cosas tal cual lo habia anunciado Marcos.

En las cinco primeras cuadras, el saino habia ganado la carrera por mas de dos cuer-

pos de caballo en las otras cinco no hubo ya que ver—el caballo de Pacheco corrió solo. Un clamoreo infernal se levantó entre el paisano—de todas parte se oían alabanzas al saino, mientras los ganadores cobraban las paradas que se habian hecho.

—Canejo que es desprendido el mozo! dijo uno de los ganadores dirigiéndose á Pacheco—con semejante prenda me hubiera yo ganado un platal ¿qué ha hecho amigo que no ha jugado?

—Sabia lo que iba á suceder, contestó el joven refrescando el lomo del caballo, y se me hubiera hecho robar la plata.

El capataz, que todos creían dado al diablo se aproximó al grupo en que estaba Pacheco, diciendo alegremente:

—Si me lo hubieran coutado no lo hubiera creído—para haber ganado al rosillo era necesario este milagro—con ese, amigo, se puede correr al mismo diablo.

Pacheco era verdaderamente feliz—habia ganado la carrera sin resentir á nadie, resultado que no se habia atrevido á esperar.

—Perdone amigo, contestó al capataz, pero el rosillo tambien es prenda—lo que hay es que no ha sido muy corrido—con ese mismo caballo me animo yo á ganar á cualquier otro que no sea mi saino.

La fisonomia del capataz se animó inmensamente, por mas que tratara de ocultarlo, la pérdida de aquella carrera habia sido para él un desengaño enorme—creía que su pingo era inmejorable, y lo habia visto perder de una manera vergonzosa.

Así es que al oírlo se acercó á Pacheco y le estiró la mano diciéndole—por ese dicho lo seguiré cuidando, que si no, le aseguro que lo iba á degollar.

—Hubiera hecho una broma, créamelo, contestó Pacheco, y dirijiéndose á la concurrencia:

—Caballeros, si el dueño lo permite, como alguien se anime, corro el caballo que ha perdido y por la plata que quieren.

El diablo de las carreras lo empezaba á tentar y ya no veía mas que caballos corriendo y él ganando á todo el mundo.

—Hoy no porque acaba de correr y está cansado, observó el capataz, otro dia no digo que no.

—Es una ventaja que daremos, insistió Pacheco, garanto que aquí no hay caballo para correr á este.

Los paisanos que habian venido á presenciar la carrera, habian traído tambien sus pareseros, en la esperanza de correr.

El desprestigio en que acababa de caer el rosillo y la circunstancia de haber ya corrido, les animaba y empezaban á armar corrillos consultándose entre ellos para hacer una carrera ventajosa.

De pronto se separó de uno de los grupos un paisano lampiño y picado de viruelas, que con ademan resuelto dijo:

—Corro con aquel tordillo negro, pero han de ser quince cuabras, pues no corre menos.

—Aceptado, contestó Pacheco, sin mirar si quiera al caballo que se le indicaba—y cuánto es lo que corre, amigo?

—Corremos quinientos pesos en sociedad con este mozo, replicó el del tordillo, indicando á otro paisano algo panzon, de fisonomia bonachona y vivaracha.

Pacheco pidió de nuevo permiso al capataz, que replicó en el acto:

—Si el rosillo no hubiera corrido, no digo que no, pero aquel es el tordillo de Toledo con quien ha corrido el mio, ganándolo solo al fiador, y gracias.

—Pues ahora lo vamos á ganar léjos, insistió Pacheco, y si usted no quiere yo iré toda la parada.

—Que me lo gane su saino, vaya y pase, por que no pisa aquí otro igual, pero si el tordillo me lo gana, no me voy á consolar en la vida.

—Voy á la fija, amigo, insistia Pacheco entusiasmado, yo le juro que no perdemos.

—Si él lo dice, añadió Marcos acercándose, él sabrá lo que hace; si el rosillo fuera mio, ya estaria corriendo.

Las vacilaciones del capataz habian entusiasmado á los del tordillo que, creyendo haberlo corrido «con la vaina», decían irónicamente:

—Si es por miedo de la plata le haremos una rebajita—por eso no nos hemos de ir sin correr.

Estas últimas palabras dieron al traste con los temores del capataz, que sintiendo heridos con ellas su amor propio, exclamó.

—Disponga no mas amigo del rosillo, no quiero que piensen que la consideracion al caballo quiera decir que tengo miedo de perder, y lléveme en la parada unos doscientos.

Pacheco sacó del tirador quinientos pesos, que se depositaron en manos del juez, junto con los que aflojaron los del tordillo.

En seguida se acercó al rosillo, le echó el cojín encima y lo saltó con asombrosa limpieza.

Los del tordillo lo habian alijerado del peso del apero, y el paisano que lo iba á correr, que era el mismo que habia desafiado, le puso una gerguita y lo saltó viniendo al encuentro de Pacheco, que se dirigia á la cancha improvisada.

Las paradas se cruzaban de una á otra parte;—los de la casa jugaban al rosillo, animados por la actitud triunfante de Pacheco—los forasteros jugaban al tordillo, por la ventaja que este llevaba y las seguridades que daba Tole



do, de que el rosillo iba à perder aquella carrera, mas fieramente que la otra.

—Voy quinientos pesos mas al caballo que monto, gritó Pacheco dándole un par de riendas.

—Los pago, contestó Toledo, eso y lo demás que gusten.

Los corredores se acercaron á la raya y empezaron á partir.

El tordillo siempre salia adelante, pero se veia que el otro caballo era contenido por su ginete, mas maestro indudablemente.

—Vamos! dijo el del tordillo á las siete partidas, viendo que llevaba de ventaja como un tercio de caballo.

Cualquier otro adversario hubiera rehusado, pero Pacheco levantó la mano del rebenque y contestó secamente.

—Vamos!

Los paisanos se habian vuelto puro ojos, como se dice, con escepcion del capataz que habia dado vuelta el semblante para no ver perder á su caballo.

La ventaja que en la partida habia sacado el tordillo, la conservó en las primeras cuatro ó cinco cuadras—pero Pacheco dió entónces un rebencazo al rosillo, este se estiró y se puso á la par.

El adversario se puso entónces á castigar seguido para recuperarla, y fué ésta la chambonada primera que aquel cometió.

A las diez cuadras el tordillo, aunque siempre iba adelante, se postraba visiblemente.

Pacheco, que hasta entónces habia llevado su caballo recojido, le aflojó la rienda y esta vez le dió dos rebencazos.

El animal se estiró de nuevo, saltó y pasó como una centella al lado del tordillo, Pacheco volvió á castigar, y el caballo obedeció al rebenque de tal modo, que parecia que recién empezaba à correr.

Dos minutos despues, el tordillo perdía la carrera por mas de media cuadra.

El entusiasmo de los paisanos de la casa no reconoció limite entónces.

Al capataz aquello le parecia un sueño, y como no habia visto la carrera, no quiso creer en el triunfo hasta que no vió á Pacheco recojer la parada.

Los partidarios del tordillo estaban como en misa, pagando lo que habian perdido.

No les habia quedado ni qué alegar.

—Aquel hombre debe tener brujeria, dijo Toledo, pálido como la muerte—solamente siendo brujo ha podido ganar esta carrera.

—No soy brujo, amigo, contestó Pacheco llegando, y la ganaré siempre que la corra, porque este es mejor caballo—y tan bueno, que bien cuidado y bien corrido, no habrá caballo que le gane, como no sea mi saino.

—Todavía le he de ganar á ese tambien.

gritó Toledo algo picado, porque tengo parejas para todos.

—Cuando guste no mas, concluyó Pacheco, que para correr lo tengo, y previendo que aquello pudiera dejenerar en alguna cuestion se retiró al grupo donde estaba el capataz recibiendo las mas cordiales felicitaciones de sus amigos.

Al ver llegar al jóven, salió á su encuentro y sin escuchar sus palabras halagadoras, le dijo:

—Usted me ha basureado al rosillo porque su saino es de los que no hay, pero al mismo tiempo me ha hecho conocer que mi flete, en buenas manos, vale lo que pesa.

Pacheco entregó el caballo é hizo tambien su cumplimento.

Con aquella carrera se habia ganado de tal modo la amistad del capataz, que no dudó que en adelante aquel seria su protector mas decidido.

Las carreras que siguieron, fueron hechas con el mancarronage que quedaba, y solamente para matar el tiempo.

Las dos carreras del rosillo se habian llevado el entusiasmo de la gente.

A la caída de la tarde, los puesteros salieron fuera de las casas, é hicieron una reunion á campo, donde se acercaron los peones de la estancia, llevando una buena cantidad de carne que ofrecia el capataz.

En un momento estuvieron encendidos tres ó cuatro fogones, donde se pusieron á calentar las pabas de agua, y se pincharon en los asadores, diferentes tiras de costillas.

Como el pulpero llevaba en el carro barajas, se armaron algunas partidas de monte, mientras se cocinaba la cena.

En aquellas carreras, sin saberlo ni quererlo, Pacheco se habia conquistado una enemistad que iba á tener mal fin, y esta enemistad era la del paisanito lampiño, aunque no jóven, que habia corrido el tordillo.

Para odia á Pacheco no habia tenido mas motivo que el perder aquella carrera, y sin embargo se veia en su rostro el deseo que tenia de armar camorra y provocar una exena de puñaladas.

—Sea prudente, hermano, le habia dicho Márcos, que fuera de su costumbre se habia echado al colete un par de vasos de caña, y no le haga caso á esa roña.

—No tenga cuidado, contestó Pacheco, ya sabe que soy hombre por demás sufrido.

Pacheco se puso á cierta distancia á contemplar el juego, sin tomar parte en él, apesar de los deseos que tenia de echar una talla.

A aquella jugada se vino el hombre, y se puso á jugar mirando á Pacheco con ademán provocativo.

Este no hizo caso y siguió observando el juego.

De pronto el lampiño, á quien llamaban el cinchador, se dirigió á él, preguntándole si no jugaba al monte.

—No sé jugar, contestó Pacheco con afabilidad, y me entretengo en ver.

—Es que tal vez á la baraja no sea tan afortunado como en las carreras, insistió el cinchador.

—Yo á todo tengo suerte, contestó Pacheco, como dando por terminado el diálogo, pero no sé buscarla mucho.

El cinchador era un tipo muy pendenciero, y cuando bebía una copa de mas no se retiraba sin haber armado una de puñaladas con el que le era menos simpático de la reunion.

Al oír las palabras que se cambiaron entre ellos, los paisanos abrieron el ojo y los que conocían á Pacheco por las mentas de Márcos, se prepararon á verlo por propios ojos, indudablemente á costillas de aquel busca camorras, poco simpático á la generalidad.

Pacheco se apercebíó de lo que pasaba y se puso en guardia, dispuesto á no hacerles el gusto, por ningun estilo.

El cinchador siguió jugando y se puso á soltar indirectas á Pacheco, cada vez con mas grosería é insolencia, indirectas que el jóven escuchaba haciéndose el desentendido.

El cinchador fué perdiendo la paciencia poco á poco: y un momento despues no fueron indirectas sinó insultos.

Pacheco se levantó entonces, tomó del suelo el poncho en que habia estado sentado, y se retiró á las casas despues de saludar á todos cortesmente.

—Así son todos los guapos de mentas, exclamó el cinchador, viendo que el jóven esqui-

vaba el encuentro—ya lo obligaré yo á pelear conmigo, por mas miedo que me tenga ó mas orgulloso que sea.

—No seas tonto, le dijo Márcos, Pacheco se ha ido de puro prudente, por no sacarte el sebo—yo te aconsejo que no lo busques mucho, porque no siempre está uno de buen humor.

Y á renglon seguido refirió los combates del jóven con el tuerto Rosendo.

—Vos podés decir lo que querás, concluyó el cinchador, pero yo declaro que lo he de obligar á pelearme y lo he de hacer banco.

La jugada siguió sin otro incidente hasta el otro dia al amanecer, en que los paisanos se fueron retirando á sus respectivos puestos y establecimientos.

Cuando al otro dia contaron á Pacheco lo que el cinchador habia asegurado, el jóven se sonrió y repuso:

—El pobre estaba divertido y no sabia lo que decia; por otra parte sentiré mucho que cumpla su promesa porque tengo la mano pesada, y no sé hacer el gusto sinó en el último trance, porque soy medio grosero.

Y sonrió de una manera amenazadora, porque las insolencias de aquel borracho lo habian herido profundamente, teniendo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para contenerse y retirarse sin haberle dado siquiera unos rebecazos.

Cada uno se dedicó á las faenas del dia, y Pacheco dió un concienzudo galope á sus potros, en cuya operacion el capataz aprovechó mas de una ocasion para demostrar al jóven la amistad que le profesaba.

El jóven pues habia caído allí de pié como suele decirse, y su porvenir estaba asegurado de la manera mas positiva.

## UN GUITARRAZO FUERA DE TONO

Aquella estancia fué para Pacheco la tierra de promision—allí ganaba sendos pesos de mando potros, en cuyo arte se habia perfeccionado con la práctica, de una manera notable, al extremo de que de todas partes lo buscaban para que amansase ó concluyese de amansar tal ó cual potro.

El trabajo lo habia desarrollado fuertemente, de modo que al año de estar allí era un hombre hermosísimo y un gaucho completo.

Habia echado una pera larga y poblada, á cuyo nacimiento caían suavemente las puntas de su bigote sedoso y renegrido.

Su cabello habia crecido hasta caer en gruesos risos sobre sus hombros atléticos.

Pacheco se habia hecho cantor de estilos y tenia fama de ser el mejor guitarrero de aquellos alrededores.

Con semejantes prendas era siempre acogido con muestras del mayor regocijo en cualquier rancho donde llegaba.

Los domingos y dias de fiesta empaquetaba á su saino con las mejores prendas que poseía sin faltarle nunca el lujoso fiador que le regalaban en Palermo, el dia de aquellas carreras en que su caballo se hizo tan famoso,

se echaba una guitarra á media espalda y se iba de trueno á las poblaciones amigas, donde solia pasar un par de dias sin volver á la estancia.

A estas escursiones solian acompañarlo el capataz y Márcos, con alguno de los peones de mas confianza, así es que donde llegaban armaban baile á la hija.

Muchas veces, en estas andanzas, Pacheco se habia encontrado con el cinchador que habia tratado de buscarle camorra, pero siempre fiel á su propósito de portarse bien y no hacer caso á las provocaciones que le hicieran, habia sabido evitar toda discusion, ó se habia retirado antes de verse obligado á pelear con el caprichoso paisano.

—Hace bien amigo, le decia el capataz, siempre hay tiempo para hacer una hombrada y nadie se ha perdido hasta ahora por demasiada prudencia.

Un mal encuentro puede hacerlo perseguir del Juez de Paz, y como por el hilo se saca el ovillo, pueden acumularle tambien la juida de Palermo.

—Tiene mucha razon, contestaba Pacheco, usted habla como un libro, pero es el caso que el cinchador se me ha subido á la cabeza y ya me está cinchando la sangre—ya van dos ó tres veces que he estado por hacer una herejia, pues toda la gente no me conoce y ya me parece que estan creyendo que á mi cualquiera me pone el recado.

—No le haga caso que es un perdido que no vale perderse por él, en cuanto usted ronque juerte se ha de encojer como un peludo.

—Dios me de paciencia, porque creo que el dia menos pensado voy á hacer una de las mias.

Los que no alcanzaban el por qué de retirarse Pacheco cuando el cinchador lo provocaba, creian que tenia miedo, creencia que habia envalentonado al cinchador de una manera insolente.

—No le hace que se vaya, decia este cuando lo dejaba con la provocacion en la boca, algun dia yo lo he de obligar y verán como el tal mozo es un espanta-pájaros con el que nos ha querido asustar Márcos, como si no hubiera mas que tragar cuanta bola le sueltan á uno.

Y tanto habia venido repitiendo esto mismo, que concluyó por creer que la cosa mas fácil de este mundo era dar á Pacheco una vuelta de azotes.

Pacheco siguió prudenciando todos aquellos dichos que no faltó quien le comunicara, decidido á no hacer el gusto al cinchador, sinó en el último trance.

Así pasó el tiempo hasta que llegaron los acontecimientos de 1852, que terminaron en la batalla de Caseros, batalla en que se lució

Pacheco montado en su saino, siguiendo los vigorosos y decisivos movimientos de la caballeria de Urquiza.

Pacheco regresó á su pago satisfecho y lleno de orgullo; como tanto otro paisano habia venido á servir en la patriada voluntariamente y sin obedecer á nadie, regresando así que todo hubo concluido, puesto que no tenia ninguna recompensa que esperar ni que solicitar.

Harto pagado estaba con la satisfaccion que experimentaba al contarse en el número de los que tomaron parte en esa memorable patriada.

A su lado habian combatido tambien Márcos y otros dos peones del establecimiento.

El regreso de los paisanos fué motivo de mil agasajos y diversiones.

Durante su permanencia en Dolores, Pacheco se habia hecho estimar de todos los que lo conocian, por su conducta y sus prendas de corazon, aprecio que creció en el tiempo que duró su ausencia.

En uno de los puestos mas cercanos á la estancia, vivia una buena familia, donde Pacheco y sus compañeros solian armar alegres reuniones, á las que por desgracia solia asistir el cinchador.

Entre las mujeres de aquella familia se contaba Mercedes, paisanita jóven y hermosa, á quien el cinchador habia hecho siempre los bajos, mereciendo alguna correspondencia, segun se decia.

Pero es el caso que cuando Pacheco se hizo tertuliano del puesto, Mercedes empezó á despegarse del cinchador, y á prestar mas atencion á los cantos y chuscadas de don Felipe.

Este por su parte no habia fijado su atencion en Mercedes mas que en las otras muchachas de la casa, que le eran completamente indiferentes, pero no miraba sin cierta complacencia, que aquella prenda del cinchador se le despegaba por recostarse á su lado.

—Ya es tiempo de que yo escarmiente á este zonzó, pensó el paisano camorrero, preparándole un lazo para que no tenga mas remedio que pelear ó largarse del pago para toda la siega; y puso en el secreto de lo que tramaba á varios amigos que habian notado los agasajos que á Pacheco hacia Mercedes.

Don Juan de la Cruz, poblador de aquel puesto, habia armado unas carreras y baile, en festejo precisamente del cumple-años de la jóven, prenda del pago.

Todos los paisanos de los alrededores aprontaban sus pingos para concurrir á aquellas carreras.

Pacheco cuidaba su saino y el rosillo del capataz, porque decia:

—Como al saino no le van á correr porque le van á tener miedo, es bueno componer el rosillo para ganar con él algunos buenos pesos á la hija.

El capataz se habia convencido de que, en manos de Pacheco, su caballo no podia perder, y se disponia á jugar á él cuanto dinero tuviera.

Pensando un desquite ruidoso, Toledo y el cinchador cuidaban al tordillo y calculaban que corriendo solo ocho cuadras, tenian que ganar la carrera, pues fué despues de las diez cuadras que el rosillo empezó á entrarle, la última vez que lo corrieron.

—No nos puede ganar el rosillo en las ocho cuadras, aunque reviente, decian, y como se van á venir de hocico, vamos á desquitar con usura la plata que nos ganaron la vez pasada.

El cinchador habria deseado correrle al saino y ganarlo, para humillar á Pacheco, pero no habian encontrado mejor caballo que el tordillo, y á pesar del deseo que tenian, no podian menos que convenir que con aquel caballo no tenian enemigo para el saino.

El dia de las carreras se aproximaba, y don Juan de la Cruz habia anticipado que iba á matar para ese dia una vaquillona que carnearian con cuero para comerla á la tarde.

En los últimos ocho dias que les separaba de la fiesta, los peones preocupados con estas fiestas y el cuidado de sus parejeros, poco se dedicaban al trabajo diario.

El mismo capataz de Pacheco, entusiasmado con el estado en que este habia puesto á su rosillo, andaba con el juicio medio trastornado.

—No se descuide amigo, le habian dicho, mire que Toledo está poniendo á su parejero mas lijero que el aire, para ganarle hasta el chiripá.

—Dejen no mas que lo ponga como un rayo, contestaba Pacheco, porque así será mas grande la pelada de frente y mas se lucirá nuestro pingó; y quién vá á correr el tordillo? preguntaba en seguida.

—Será el cinchador que es quien lo corre siempre, decian, y que anda ganoso de encontrar desquite.

—Entonces decia Pacheco, es negocio de jugar la camisa, seguro de ganar; ese infeliz es tan mal corredor, que estoy seguro que perderia hasta con mi saino.

—No crea amigo, le respondian, usted habla de aprension que le tiene, pues el cinchador es pierna reconocida para las carreras.

—Ya veremos, ya veremos, decia Pacheco y daba por terminada la discusion.

Como es natural, no faltaba quien diera noticia al otro paisano, de estos diálogos, quien contestaba.

—A todo le voy á ganar ese dia—dice que el nunca pelea con los hombres divertidos, y que por eso no me ha hecho caso—pues ese

dia no he de beber ni agua, á ver por donde resuella esa maula.

El dia de la carrera llegó por fin, y desde temprano empezó el paisanaje y las pulperias ambulantes á caer á lo de don Juan de la Cruz.

Mercedes estaba engalanada con un flamante vestido de saraza, y un pañuelo de seda celeste y blanco en la cabeza, debajo de cuyas puntas asomaban sus gruesas trenzas negras.

En uno de los dos grandes galpones de que se componia la poblacion, se veia una guitarra llena de lazos y cintas.

—Esta, dijo la jóven á Pacheco cuando llegó, la hemos engalanado para que usted nos cante un cielo de los que piden vino.

—Cuantos usted quiera, prenda, dijo este, para eso no habia que incomodarse tanto.

Cuando Pacheco llegó, habia allí una veintena de paisanos, que tomaban mate al rededor de un fogon improvisado en el galpon donde estaba la guitarra.

A eso de las ocho de la mañana llegaron Toledo, el cinchador y los que con ellos andaban frecuentemente.

El tordillo venia de tiro, muy compuesto y con la cola gauchamente trenzada con cintas de color.

—Aquí hemos venido por el desquite, dijo el cinchador apiándose, y dirijiéndose á Pacheco, porque nos ha dejado con fuego en la marca.

—Para darlo estamos, respondió este, pero parece que el rosillo no viene dispuesto á dejarse vencer, es muy testarudo el diablo.

—Pues no habrá mas que conformarse, pues se me hace que vamos á tener desquite.

Y despues que ataron los caballos á la sombra, se acercaron al fogon á tomar mate y arreglar entre tanto la carrera.

—Mil pesos y en ocho cuadras, dijo Toledo.

—Vaya por mil pesos, pero la distancia es poca respondió el capataz, ya saben que el rosillo corre de diez para arriba.

—Qué dice usted amigo? preguntó Toledo dirigiéndose á Pacheco.

—Digo replicó este, que eso es la verdad ¿por qué no corren las doce cuadras?

—Ya empezaron con miedo, contestó el cinchador terciando en el arreglo—no dicen que corren á la fija?

—Si por mi fuera, contestó Pacheco, yo correria desde una cuadra hasta mil, porque en ninguna distancia traen ustedes caballo para el rosillo, pero yo no soy dueño.

—Ta, ta, adios diablos! contestó el cinchador de una manera provocativa, pretestos nunca faltan cuando se tiene miedo—para eso no hubieran traído el caballo.

—Por mi parte, dijo el capataz, que Pacheco haga lo que quiera, yo á todo me conformo.

—Pues ya están las ocho cuadras, concluyó esto, por mil pesos, no hay mas que hablar.

El paisanaje se frotó las manos de alegría, ya se habia armado la gran carrera, é iba á haber plata á montones por los dos caballos.

De las estancias vecinas y del mismo pueblo blito habian ido algunos mozos, atraidos por las mentas de los caballos.

Despues de algunas pollas y carreras insignificantes, Pacheco y el cinchador arreglaron sus caballos y vinieron al camino.

En todo el largo de la cancha y de ambos lados, habia un cordon de gente apitada, ávida de seguir la carrera en todas sus peripecias.

Las paradas eran gordas, y los que las hacían querian tener conciencia de la manera como se corria, para no tener nada que alegar.

Las partidas empezaron y las apuestas se cruzaron con verdadera avidez. Los partidarios de ambos caballos creian ganar con ventaja.

—¡Vamos! gritó el cinchador en una partida en que sacó hasta el fiador, de ventaja.

—No se apure, contestó Pacheco, conteniendo su pingo y volviendo al punto de partida.

—Ahora! volvió á gritar el cinchador.

—Vamos! respondió esta vez Pacheco, poniéndosele á la par.

Hay que advertir que entre los dos corredores habian jugado mil pesos de afuera.

Los caballos partieron con una velocidad sorprendente, acompañándose hasta mitad de carrera; sin embargo, se podia observar que mientras el tordillo corria estirado, á todo lo que daba, el rosillo iba recogido en la rienda.

Cuando Pacheco calculó haber andado la mitad de la distancia, levantó el rebenque el rosillo se estiró y avanzó sobre el tordillo.

—El cinchador, como la vez primera, habia castigado desde la partida.

Pacheco bajó el rebenque y lo volvió á levantar—su caballo avanzó visiblemente, castigó como á las seis cuadras, inclinándose sobre el pescuezo del caballo, y ya no hubo disputa.

La carrera fué del rosillo, que la ganó por mas de un cuerpo de caballo.

El cinchador echó pié á tierra lívido de ira, sin encontrar pretesto para disculpar su derrota.

Pacheco se apió sin jactancia y caminó su caballo, yendo en seguida á cobrar las paradas.

Cuando llegó á donde estaba el cinchador á cobrar sus mil pesos, este creyó encontrar una magnífica coyuntura para armar la pelea y descargar su mal humor, respondiendo con toda insolencia:

—Ahora no le pago, amigo.

—Está bien, respondió Pacheco tranquilamente, aunque su fisonomía se contrajo, pagará otro dia, y se retiró.

Los que estaban en los planes del cinchador creyeron ya el lance inevitable, pero vieron

con gran sorpresa que, aunque lívido, Pacheco se retiraba sonriendo.

Las carreras siguieron sin alteracion, y sin que los del tordillo, corridos, tomaran parte en ellas, para buscar siquiera un desquite de lo que habian perdido.

El capatáz se acercó á Pacheco entonces, induciéndole que cobrara los mil pesos, porque el cinchador era muy capaz de aprovechar esta vez su prudencia para no pagarlos,

—Él me los ha de pagar, no se aflija, respondió el jóven de una manera amenazadora —no quiero que se vayan creyendo que hasta esto le voy á aguantar á este tonto insoberbecido.

Y pasó á la cocina donde ya estaban los demás rodeando los fogones, donde se tomaba mate y chirriaban los asados.

Tanto en el fagon de la cocina como en los que se habian improvisado á campo, rodeando el galpon, en todas partes reinaba la misma alegría y el mismo bullicio, pero en ninguna como en aquel gran galpon donde cebaba mate Mercedes y algunas otras niñas que de los alrededores habian venido al baile.

Allí cayó Pacheco seguido de Marcos y el capatáz y allí cayó tambien el cinchador junto con Toledo.

Las botellas de caña y los *cuadrados* de ginebra pasaban de mano en mano, pero con todo tino y circunspeccion puesto que todavia ninguno se habia *garuado*.

Todos habian notado que el cinchador no tomaba ni un solo trago, y que cuando lo instaban mucho respondia:

—Muchas gracias, hoy no tomo mas que agua, para que no se diga que como ando divertido no hay que hacerme juicio.

Pacheco comprendia perfectamente lo que el cinchador queria significar con aquello, y se sintió profundamente disgustado; varias veces habia intentado retirarse, pero no habia encontrado pretesto decente.

—Será lo que Dios quiera, habia pensado, de todos modos algun dia habia de suceder esto—y se decidió á escarmentar á aquel tonto que habia empezado á hacer gala de provocarlo fresco, despues de haberle dicho, borracho, todo cuanto se le habia venido á la boca.

—Hay gente que se ha croido este dia armarse á mis costillas, dijo el cinchador aludiendo á la parada que le habia ganado Pacheco y que aún no habia pagado, pero se me hace que sa van á volver con las ganas, por que la vaca se les ha vuelto toro.

Todos miraron á Pacheco, pero este permaneció impassible, como si nada hubiera oído.

El cinchador se quitó el sombrero y lo puso á un lado diciendo sin dejar de mirar á Pacheco:

—Tengo un calor imposible, parece que todo

el día hubiera aguantado á un zonzo con ribetes de cualquier cosa.

Pacheco miró esta vez al cinchador envolviéndolo en una mirada llena de amenaza, pero todavía halló calma suficiente para no responder á aquel nuevo choque.

Los paisanos nosabian que pensar. Pacheco no habia tenido aún ocasion de mostrarse como gaucho, y diversas veces habia tolerado las impertinencias de aquel hombre.

Era realmente el tipo que les habia pintado Márcos, tolerante y generoso hasta el estremo, ó era un cobarde que detrás de estos protestos disimulaba su miedo?

El jóven comprendia estas vacilaciones y se sentia avergonzado, pero se habia propuesto tolerar hasta el fin, y seguia su propósito con una calma imponente.

Mercedes se levantó, descolgó la guitarra, y acercándose á Pacheco, le dijo:

—Está engalanada para usted, y yo se la brindo para que nos haga oír algo bueno.

Pacheco tomó la guitarra complacido y preludió, diciendo:

—Por usted me estaria cantando yo toda la noche entera, pues tengo gusto en complacerla.

Y despues de un lánguido y prolongado prelude cantó con voz magnífica y triste uno de aquellos estilos que parecen una elegia sublime.

Cuando calló la guitarra, los paisanos que habian escuchado las décimas con un profundo recogimiento aplaudieron entusiasmados, ofreciendo muchos de ellos el vaso al cantor, quien echó un trago y dijo humildemente que su canto no merecia tanto.

Mercedes, á quien el estilo habia sido dedicado en la primera décima, se acercó á Pacheco, tomó la guitarra que aún dejaba oír el eco del último acorde y le alargó un mate agradeciéndole el canto.

Como adentro hiciera bastante calor, la mayor parte de los que estaban en el galpon habian salido al patio, quedando solo Mercedes, don Juan de la Cruz, Márcos, Pacheco y uno ó dos paisanos mas.

En aquel momento, pálido de despecho por los remilgos que Mercedes hiciera á Pacheco y decidido á concluir de una vez, el cinchador se acercó á Mercedes y le tomó la guitarra, diciéndole:

—Aunque no la han adornado para mí, como yo no soy menos que nadie, voy á echar tambien mi tiron, aunque no se lo dedico por que no soy ningun cortejante al cuete y eso se deja para los forasteros que calientan agua para que otros tomen mate.

Pacheco se puso pálido como un cadáver, pero todavía se contuvo y sonrió con una sonrisa que parecia un latigazo.

Su prestigio empezó á decaer, pues ya tanta

prudencia se parecia mucho al miedo, así es que solo esperaban que Pacheco se levantara y se retirara como las otras veces.

Solo Márcos permanecia sentado al lado del fogan, sonriendo de una manera irónica, pues demasiado sabia lo que allí iba á pasar.

El cinchador preludió la guitarra haciendo mil floreos, y dijo esta vez directamente á Pacheco:

—Como usted es hombre de aguante y de paciencia, perdonaré mi canto—solo quiero advertirle que este día no he bebido mas que agua, y que canto porque yo soy así, sencillo como papel de á peso.

—Pues necesita decirlo y no está de mas, respondió Pacheco con su eterna calma, porque cualquiera diria que usted está divertidazo, á juzgar por lo que hace.

—Mas tarde espero hacerlo mejor, respondió el cinchador guiñando el ojo, y cantó una sarta de insolentes compadradas, dirigidas á Pacheco, compadradas que cada una de ellas envolvia una gracia capaz de hacer perder la paciencia á un santo, que segun dicen la tienen mas larga que cuaremas.

Cuando el cinchador concluyó de cantar, Pacheco que, viendo inevitable el encuentro era dueño de toda su sangre fria, le dirijió la palabra en estos términos:

—Bueno amigo, ya usted se ha divertido hasta aburrirse y nadie le ha dicho nada—ahora le prevengo que baje la prima porque todo cansa en este mundo, y los zonzos con mas razon.

—Todavía le guardo el postre, respondió el cinchador, para que concluya de aburrirse, y dando un violento salto llegó donde estaba Pacheco y le partió la guitarra en la cabeza; en seguida retrocedió conservando en la mano el pedazo de guitarra, y buscando con la izquierda, pues era zurdo, la empuñadura de la daga que llevaba en el tirador.

Pacheco no le dió tiempo á nada.

Con los ojos iluminados por un destello de suprema cólera, se levantó daga en mano, y antes que el cinchador tuviera tiempo de sacar la suya, se le echó encima y le dió en la cabeza tan feroz planazo, que le hizo perder el sentido.

El cinchador soltó el cabo de la daga que ya habia empuñado, llevó la mano á la cabeza y fué á caer de espaldas, azotando la nuca casi á los piés de Mercedes, que habia quedado absorta por el terror.

Pacheco se lanzó sobre su adversario con la intencion de sepultarle la daga en la garganta, pero hizo un esfuerzo sobre sí y se contuvo en momentos que dirijia el golpe.

Tan rápida habia sido aquella exena, que cuando algunos acudieron para evitar el segundo golpe de Pacheco, ya este habia guar-



El cinch. Por saltó el cabo de la línea. — Hezó la mano á su valiente y fué á entre de espaldas... (Véase la Pág. 50)

dado la daga y aparecia completamente tranquilo.

—No hay que molostarse señores, que todo ha sido un planazo, dijo, pero como no es justo que por un trompeta se ponga triste la fiesta, voy á sacarlo afuera para que no estorbe y el aire lo haga volver en sí.

Y tomando al cinchador por los piés lo arrastró hasta el patio y lo dejó al lado de Toledo.

—No se asusten que es un planazo, dijo, y aunque es de mano y merecido, con un poco de agua se le ha de pasar.

Y aquel planazo habia sido tan récio y tan fuerte el brazo que lo dió, que habia abierto en la cabeza una herida, por donde brotaba la sangre en abundancia; sin embargo, la herida no habia pasado del cuero cabelludo.

Pacheco volvió á entrar al galpon y se escusó humildemente con don Juan de la Cruz, de lo que acababa de hacer.

—Demasiado ha prudenciado, respondió este; bien merecido lo tiene.

—Lo ha aventajado sin darle tiempo á sacar armas, decia Toledo, pero no se ha de quedar riendo; el cinchador es duro y en cuanto se le pase el golpe lo ha de pelear, y veremos entónces si daga en mano lo aventaja á dos tirones.

Pacheco habia castigado á su provocador, pero no habia hecho una hombrada para aquella gente en quien pesaba la observacion que hizo Toledo y que creia que daga en mano la cosa cambiaria de aspecto.

Pero no conocian á Pacheco que ya habia tomado el pulso á su adversario y comprendido que no era enemigo para él, porque no sabia calcular la consecuencia de los golpes.

—Lo que se le pase el aturdimiento lo va á buscar, le dijo don Juan de la Cruz; el cinchador es muy curtido y va á creer que esto solo ha sido porque él no tuvo tiempo de sacar armas.

—Si me busca, contestó el jóven, como no quiero perderme por una porqueria, solo le daré una vuelta de ponchazos para que no le quede la mas remota esperanza de poder conmigo.

El baile siguió poco despues, mas alegre que al principio, pues la jente habia estado algo recojida, á consecuencia de aquel lance que esperaban de antemano y que habian creido fuera mas sangriento.

Es verdad que Pacheco no habia hecho una hazaña, segun la observacion de Toledo, pero es verdad tambien que podia haber muerto á su adversario cuando este cayo al suelo, y que no habia querido aprovechar la ventaja obtenida.

El cinchador habia vuelto en si, le habian contado lo que sucedió despues de su aturdi-

miento, y habia querido entrar al galpon á pelear nuevamente, con aquel madrugá, pero sus amigos no lo dejaron.

—Espere á mañana, que estará mas repuesto, le habian dicho, que para todo hay tiempo—mire que el hombre no es manco y es lijero como luz—para pelearlo ahora, abra bien los ojos si quiere salir airoso.

—La barriga es la que yo le voy á abrir, contestó el cinchador, y cediendo á las invitaciones de sus amigos tendió su reeado á campo y se recogió á dormir cuando los demás estaban en lo mejor del baile.

La jarana duró hasta el amanecer, hora en que cada paisano empezó á echar la vista sobre su caballo, pues habia llegado el momento de ensillar y retirarse á su trabajo.

Algunos mas haraganes ó menos ocupados, se preparaban á dormir un poco, para armar en seguida alguna partida de taba ú otra diversion.

La voz de que el cinchador iba á pelear á Pacheco, habia corrido de boca en boca, llegando á conocimiento del capataz y de Juan de la Cruz.

Estos quisieron impedir el lance y se acercaron á Pacheco para que no le hiciera caso, pero este respondió:

—De todos modos esto va á suceder tarde ó temprano, le haré el gusto de una vez y quedaremos en paz—ademàs eso hombre no debe mil pesos y no es justo que se vaya con ellos, no por la plata, sinó porque se va á ir diciendolo que se ha reido de mí como ha querido.

—Pero es que usted ya lo ha castigado.

—Sin embargo ya ven que vuelve á empujar y que además tambien me ha pegado un guitarrazo.

—Lo que si prometo, concluyó, es no hacerle nada mas que pegarle unos ponchazos y cuando mas una vuelta de azotes.

—Lo hará como lo dice, aseguró Márcos terciando en el diálogo, déjenlo no mas que no ha de correr sangre.

Mediante esta promesa fueron á salir del rancho, pero el cinchador que espiaba este momento se cruzó delante de la puerta daga en mano y le gritó:

—Antes de irte me vas á oír una palabra, madrugá pura boca, porque quiero sacarte el sebo á puñaladas.

—No se apure amigo que ya voy á hacerlo el gusto—replicó Pacheco, pero retírese un poquito para que no se asusten las mujeres.

—Quien está muerto de susto es usted, su porra, y no se ha asustado en vano, porque ya va sabiendo lo que le va á pasar—échese pues afuera y pocas palabras.

Pacheco dió un poderoso salto de costado y se lanzó al patio.

En la mano derecha llevaba enrollada una



hermosa manta pampa, y en la izquierda llevaba el rebenque tomado de la lonja.

Apenas habia salido afuera, cuando el cinchador se le vino encima, ciego de ira, tirándole, por lo menos, media docena de puñaladas, á cual mas terrible, puñaladas que evitó Pacheco con la manta y con el rebenque.

Saque la daga mañá, saque la daga, gritaba el cinchador acosándolo por todos lados; pero el jóven reia, contestando que con aquello tenia bastante, que la daga se empleaba con la gente pero no con las basuras como él.

El cinchador pretendia entrarle ya por uno ó por otro lado, pero siempre hallaba á Pacheco vivo á la parada.

—Usted dice que anoche lo madrugué sin armas, le gritaba, y ahora le voy á probar que para usted me basta el poncho, y al terminar la palabra evitó con el rebenque una puñalada y le dió un ponchazo que le envolvió toda la cara.

El cinchador lanzó una especie de rugido y lo acometió de nuevo cerrando los ojos, pero un segundo ponchazo dado con increíble fuerza, lo dejó parado en el sitio medio aturdido.

La inaccion momentánea en que quedó el cinchador, fué hábilmente aprovechada por Pacheco, que repitió sus ponchazos con verdadero encarnizamiento.

Y era tan pesado el poncho y tan pesada a mano que lo manejaba, que cada golpe de poncho parecia un garrotazo por el efecto que producía.

El cinchador, á cada golpe de poncho vacilaba, y estendia los brazos para no caer, buscando un punto de apoyo.

Fué entonces que Pacheco le arrebató la daga y empezó el verdadero manceo, pero manceo formidable, que parecia una paliza.

Toledo quiso venir en ayuda de su amigo dos ó tres veces, pero otras tantas fué contenido por los que estaban á su lado.

—Esta es una lucha leal, le habia dicho Márcos, en que no ha de correr sangre, porque mi amigo es demasiado generoso, pero si usted tercia en la lucha, la cosa vá á cambiar de aspecto.

—Y cómo puede cambiar la cosa? preguntó Toledo con cierta altanería.

—Obligándole á sacar la daga, replicó Márcos, y si Pacheco saca la daga, alguno vá á quedar panza arriba.

El resto de los paisanos miraban con verdadero asombro aquella exena original, que tenia por actores al cinchador y Pacheco.

Este último acababa de dar pruebas de su valor excepcional y de una vista de primer órden.

—No nos habia engañado Márcos, decian,

es un hombre como una luz y guapo como las armas.

La lucha no podia prolongarse un minuto mas—el cinchador estaba jadeante, aturdido, y empezaba á acobardarse.

Dos ponchazos mas y hubiera emprendido la fuga, sin poderlo evitar.

Pacheco lo comprendió así, echó un pié atras y dejó de castigarlo.

—No lo corro porque no quiero avergonzarme, dijo, usted me buscó y me ha encontrado, despues de haberle aguantado lo que nadie hubiera sufrido.

El cinchador permaneció silencioso y con la cabeza agoviada; lo que le habia pasado era muy amargo y no sabia como salir de aquel trance.

Como Pacheco viera que su enemigo no lo habia de agredir mas, retrocedió hasta los suyos, despues de decir al cinchador:

—Su daga queda en mi poder, como prenda de los mil pesos que me debe, cuando me los pague se la volveré.

—¿No les decia yo? exclamaba Márcos en medio de un círculo de paisanos—el aguante de Pacheco no lo tiene nadie, pero cuando levanta la manta no hay enemigo que le dé abasto—con un hombro solo, juega como ha jugado con el cinchador.

—Tiene razon, la pucha! respondian algunos; cómo será enojado y cuando apele á la daga! todos los ojos serán pocos para parar las puñaladas que tire.

Toledo y otros paisanos se habian acercado al cinchador, tratando de hacerle pasar el mal trago.

—Yo quiero irme les dijo este, lo que á mi me ha sucedido es mucha cosa y tengo vergüenza de quedarme aquí.

—Vamos, contestó Toledo, pero es preciso que usted recupere su daga ¿tiene plata?

—Tengo, replicó el cinchador, no le he pagado la parada por buscarle camorra y á malaya no se la hubiera buscado! tome, amigo Toledo, concluyó dándole mil pesos que sacó del tirador, lléveselos y que le entregue la daga, porque yo no vuelvo á hablar á ese hombre en mi vida.

—No se acobarde tan pronto, que canaje! respondió Toledo, todo tiene su desquite en esta vida y ya que hoy ha tenido un mal momento, otro dia lo tendrá bueno y se acabó.

—No hay desquite con ese hombre, créame amigo Toledo, yo soy muñeca, ya lo sabe usted pero confieso que ese hombre me ha dominado.

Toledo se acercó á Pacheco con los mil pesos en la mano, y le pidió la daga, diciéndole:

—Tome amigo, que aunque usted no es juez de paz, sabe hacerse pagar sin andar con muchas vueltas.

—También sé hacerme respetar, contestó el jóven, mirando al paisano de tal manera, que este recibió la daga y se alejó sin con testar una palabra.

Pacheco habia dominado la situacion, del único modo que podia dominarla, con un razo go de valor y una hazaña en regla.

Ya tenia sentada su fama y á buen seguro que nadie vendria á molestarlo para salir de la curiosidad.

El cinchador está vencido y humillado, dijo Juan de la Cruz, y no volverá por el desquite; yo lo conozco como si fuera mi hijo.

Si lo hubiere hecho banco gracias á una casualidad, ó no dándole tiempo á nada, como anoche, vendria cien veces mas; pero habiéndolo hecho banco así, á ponchazos, sin darle alivio, y armado él de daga, el cinchador lo buscará á don Pacheco, pero será para hacerlo amigo, no para pelearlo.

—Yo siento en el alma lo que ese hombre me ha obligado á hacer, faltando en una casa agena, pero esto tenia que suceder tarde ó temprano. Ya colegí la cosa desde la primera vez que lo vi.

—Y Toledo tiene la culpa, agregó otro paisano, porque es el que lo envalentona y lo echa como cosa buena—sinó, no seria tan metido á todo y á comprarla donde no venden.

—Pues si yo lo hubiera sabido, no es el cinchador sinó el Toledo quien me la paga—pero en fin, quiera Dios que no vuelva á encontrarme con somejante gente, porque para compromisos, basta con los que á uno le salen al camino cuando menos lo piensa.

Pacheco en seguida se puso á acomodar sus pilchas y sus caballos, y despues de haber cimarroneado en toda regla, ensilló y esperó para ausentarse á que estuvieran listos Már cos el capataz y los otros peones que habian ido con él.

Cuando estos terminaron á su vez concluda la siesta, montaron á caballo y despues de haber agradecido á Juan de la Cruz los buenos momentos y saludado á la familia, se soltaron al trotecito, camino de la estancia llevando de tiro á los parejeros.

El que iba verdaderamente contento, á no caber en el tirador, era el capataz.

Gracias á la compostura de Pacheco el rosillo habia hecho una hazaña corriendo fuera de su tiro con un animal sobresaliente, y cuidado con sumo esmero para ganarlo á la fija, como lo habian creído Toledo y el cinchador, á quien tan cara habia costado aquella carrera.

—¿Qué diablo les dá usted á los caballos que así los hace correr? le preguntaba á Pacheco el capataz.

—Nada que no den los otros, contestaba el paisano: lo que hay es que el rosillo es un caballito muy superior, con el que se le puede correr al mas pintado.

—Y dígame insistia el capataz, su saino es mucho mas lijero, ó no dá mas que lo que dió el dia que lo corrimos, cuando usted vino?

—Usted ha visto lo que ha hecho hoy el rosillo? preguntó el jóven—pues bien, el saino puede echarlo adelante dos ó tres cuerpos de caballo y ganarlo, ya sea tanto en una cuadra que en veinte mil.

El capataz no se ofendió ni sorprendió de esto que él creia una exajeracion.

Tales milagros hacia Pacheco con los parejeros, y tales habia hecho con el mismo rosillo, que no era nada asombroso los hiciera tambien con el saino que ora tan famosa carta.

En esta y otras conversaciones llegaron á la estancia donde aquel dia no hicieron mas que descansar las fatigas del anterior.

Al otro dia habia que emprender el trabajo con verdadera actividad, pues el viérnes el capataz debia hacer una tropa de novillos para la ciudad, que debia ponerse en camino, á mas tardar, el sábado de madrugada.

Todos se pusieron á la obra, y el viérnes á la siesta los animales estaban elegidos—era una hermosa tropa de ciento cincuenta animales de cogote que el dueño del establecimiento debia recibir á la semana siguiente.

El encargado de conducir la tropa hasta el pueblo, era como siempre, Már cos, el peon de mas confianza por lo juicioso y buen cumplidor.

## UN TROPEZON CON EL ALMA

Aquella noche la empleó Már cos en seducir á Pacheco para que lo acompañara al pueblo, donde podrian pasar una semana divirtiéndose en toda regla, ahora que habia libertad para todos y la ciudad estaba limpia de bandidos.

—Vamos, amigo, le decia, ahora que usted

no tiene nada que temer por usted ni por su caballo.

Ya á aquella gente se la ha llevado la trampa y los hombres de bien pueden pasear por donde quieran, sin que nadie los moleste.

—No voy, amigo, déjeme, respondia Pacheco.

co, no quiero encontrarme con mis antiguos patronos porque me daría pena y vergüenza.

—No se ha de encontrar con ellos, insistía Márcos, porque ya no están en Palermo, y además no tenemos necesidad de llegar allí.

Iremos á la Ensenada á visitar á mi madre y mis hermanas, y despues pasaremos tambien al rancho de mi Rosa que me suele preguntar por usted, alegrándose mucho de lo bien que le ha ido.

Además, yo creo que si la misma doña Gregoria lo viera no lo conocería, pues usted está muy cambiado.

Y efectivamente, del jóven Felipe no habia quedado en Pacheco mas que un parecido lejano.

Su tez, quemándose con el sol del campo, habia tomado ese hermoso color cobrizo de la raza americana, sus formas se habian desarrollado completamente y su barba y su cabello habian crecido de un modo prodigioso.

Habia tomado todos los aires del hombre de campo y su modo de ser y de vivir.

Los pocos años que habia pasado en la estancia domando potros y pialando yeguas, lo habian transformado de una manera completa.

Era un hombre de fisonomia enérgica y perfectamente acentuada, pero hermosa en la expresion.

Entre los potros que domara y las carreras que habia ganado durante aquel tiempo, habia juntado unos ocho mil pesos, con los que pensaba comprar algunas ovejas y animales vacunos, para establecer un puesto en un campito que le habian ofrecido por aquellas inmediaciones.

Tanto lo rogó Márcos y tanto le pintó lo divertido que estaba el pueblo, que Pacheco se decidió por fin á acompañarlo.

Así es que al otro dia cuando todos estaban listos para ver partir la tropa, avisó al capataz que habia decidido acompañar á su amigo al pueblo.

Como su trabajo se podia hacer cualquier dia, y además eran pocos los potros que tenia entre manos, el capataz no puso el menor inconveniente, y Pacheco se puso á aprontar lo que creia necesitar mas imprescindiblemente para el viaje.

Arregló cuatro caballos que habia comprado potros, y habia domado con todo esmero. ensillando uno de ellos, y acollará su saino con las yeguas de la tropilla que llevaba Márcos.

—Por qué no lo deja? preguntó el capataz —aquí queda seguro porque yo lo cuidaré personalmente, y usted se ahorrará los cuidados consiguientes y el animal no hará un viaje tan largo.

—No me separo de mi saino por todo el oro

del mundo, contestó Pacheco—el dia que no pueda llevar á mi saino donde yo vaya, me quedaria donde él está, porque no quiero que le pase una desgracia lejos de mí.

—Bueno amigo, haga su gusto, concluyó el capataz, yo lo hacia por ahorrarle trabajo.

—Muchas gracias—aprecio su afecto en lo que vale, pero tocante á mi saino me vuelvo cobarde es una debilidad muy perdonable, pues á causa de él me he visto andando á salto de mata.

Dos horas despues de este diálogo y concluidos los preparativos, los troperos se pusieron alegremente en camino, con esa pereza inherente en el gaucho que sabe que, suceda lo que suceda, no va á poder salir de cierto paso.

Aquel dia solo lograron marchar unas doce leguas, campando en un paraje donde los pasos eran buenos y habia una aguada superior.

Los troperos tendieron á campo, y Pacheco trajo cerca de si su parejero, cuyo maneador lo envolvió en la pierna derecha, para sentirlo cuando quisiera alejarse de allí.

Esa noche durmieron como unos bienaventurados, poniéndose en camino mucho antes de la madrugada, de modo que poco despues de la siesta llegaron á Chascomús, donde pararon á descansar un buen rato. Pasado lo fuerte de la siesta siguieron nuevamente su camino, sin tener el menor tropiezo.

A los dos dias de buena marcha, se pusieron á la vista de Buenos Aires y de los terrenos que eran entónces corrales de abasto, donde encerraron la tropa que quedó á cargo de los otros peones, mientras Márcos, acompañando de Pacheco, iba en busca del patron para darle cuenta de la llegada sin novedad.

¡Con qué placer infinito llegó Pacheco á su antiguo pago!

¡Cómo recorrió pulperia por pulperia, saludando á los pocos amigos que por allí habian quedado, cuya mayor parte no lo reconocian á pesar de decir quien era!

Doña Gregoria, á cuya quinta llegó Felipe antes que á ninguna, con ánimo de saludarla, no estaba allí; decian que se habia ido á la ciudad, unos, y á Montevideo, otros.

Todo por allí habia sufrido un cambio radical. Los adictos al tirano se habian apretado el bonete hasta las rodillas, y alguno que otro paisano que habia logrado mantenerse á la capa, andaba por allí como gallina en corral ajeno.

Palermo era un desierto completo, en relacion á como él lo habia dejado.

No se veía un soldado ni para remedio, y lo que habian sido habitaciones de Rosas y de sus hombres, estaban abandonadas por completo y amenazando ruina, pues los mismos bandidos que poblaban aquellos alrededores,—

as tenian para guarida, sin duda recordando los horrores que allí se habian cometido.

Con el corazon entristecido, Pacheco llegó á la pulperia de don Pedro, que era de los pocos hombres que habian quedado en Palermo, y que decia muy pronto se alejaria él tambien en busca de pagos mejores.

Allí estuvo Pacheco largas horas, haciéndose contar con don Pedro todo lo que habia pasado desde que él se ausentó, y refiriendo á su vez los percances que le habian pasado desde aquel dia desventurado en que, por salvar el saino, tuvo que hacerse perdiz y lanzarse con su caballo á donde no lo sintiera la tierra.

—Fué una linda patriada la de Caseros, decia Pacheco, allí me hallé yo, con ánimo de toparme con don Antonino á ver si entónces me pedia el saino, pero amigo, no le pude echar el ojo, sin duda se habia ido tempranazo no mas, con don Juan Manuel.

Como en la pulperia de don Pedro quedaron en encontrarse con Márcos, este cayó á eso de la oracion en busca de su amigo, entablándose entónces un nuevo diálogo.

Don Pedro reia como un loco al saber que, cuando se fué Pacheco se la habian pegado á él mismo, haciéndole creer lo del baile en lo de don Juan, y que los dos amigos se separaron al saber que este se habia suspendido, y porque al otro dia muy de madrugada tenia que ir á entregar su caballo.

Después de tomar unas cuantas cañas con limonada, pues en aquellos tiempos no existian ni la Hesperidina ni el coñac Gallitos, que se hicieron mas tarde las bebidas de lujo en el campo, los dos amigos se retiraron á lo de Rosa, donde habian de pasar algunos dias, mientras se vendia la tropa que habian traído y podian regresar á la estancia.

Grande fué la alegría de Rosa al volver á recibir en su pobre rancho al amigo de su amante, á quien no habia vuelto á ver desde aquella famosa noche en que llegó buscando amparo para sí y para su caballo.

Rosa habia tenido siempre por Márcos noticias de él, y conociendo el cariño que lo ligaba, su simpatia hacia Pacheco fué creciendo hasta que se convirtió en verdadera amistad.

—No crea que me olvido de aquella noche, decia el jóven, ni del agradecimiento que le debo, pues á no haber sido por su rancho bendito, sabe Dios como lo hubiéramos pasado!

—No sea ponderativo amigazo, respondió Rosa sonriendo con una bondad infinita—cualquiera creeria que en nuestro rancho se ha salivado usted de los que lo perseguian.

Allí merendaron y durmieron aquella noche, despidiéndose hasta muy pronto, pues

antes de pasar para la estancia debian de volver á estar allí uno ó dos dias.

—Ahora, dijo Márcos, pedremos pasar hasta la Ensenada, á estar un par de dias en lo de mi familia, pues es preciso que aprovechemos estos dias que no se vende la tropa, en pasear en regla y divertirnos de lo lindo pues quien sabe cuanto tiempo estaremos sin pegar la vuelta.

Con la idea de sacarle el jugo á aquellos dias que los quedaban, pues la tropa bien podia venderse de un momento á otro, se trasladaron á la Ensenada, casa de la madre de Márcos.

Para este, aquel pago era conocidísimo, y foco de sus buenas relaciones.

Allí podia él armar un baile donde quisiera, y presentar á su amigo, sabiendo que llevado por él habia de ser recibido como un gobierno.

La madre de Márcos, como sus hermanas conocian á Pacheco, no solo por haberlo visto la noche de su huida, cuanto por los cuentos que de él hacia el paisanito, cuya boca tratándose de Pacheco, era poca para ponderarlo en todo sentido y exajerar la amistad que los ligaba desde aquel dia.

Asi es que Pacheco fué recibido como un viejo amigo de la casa, para quien no habia nada reservado, hasta el punto de destinarle la mejor cama y lo mas paquete que habia en el rancho.

Pacheco tenia un tirador bien pesado, y aunque ya habia decidido comprar con aquel dinero algunos animalitos, no por eso pensaba privarse de nada, ni dejar de hacerse el gusto en cualquier cosa que se le pudiese ocurrir.

Al otro dia de haber llegado á la Ensenada, ya Márcos andaba en diligencias de armar un baile para obsequiar á su amigo, pero no un baile así no mas como se diga, sinó un baile en que el licor de rosa anduviese por alto.

Tales empeños hizo Márcos, y tanto se movieron de rancho en rancho la madre y las hermanas, que para el domingo siguiente se habia armado ya en casa de estas un baile, al que habia sido invitado todo el paisanaje de la Ensenada, y lo mejor de las mozas de aquellos pagos.

Pacheco no era muy conocido que digamos, pero Márcos y su familia se habian ocupado en contar sus mentas, con tan buen tino, que habian logrado despertar en todos una curiosidad invencible.

El lujo de las prendas de este, ya habian llamado la atencion en todas partes, así es que esperaban la noche del domingo con verdadera ansiedad, no solo por el baile que tanto seduce á la gente de nuestro pueblo, cuanto por conocer á aquella especie de héroe que se

les habia venido encima, como quien cae de las nubes-

—Mirá, decia Márcos á Pacheco, tratando de entusiasmarlo, van á venir al baile las hijas de don Genaro, doña Dolores y su sobrina, Manuela y las hermanas, y sobre todo, sobre todo, va á venir Juanita Moreno.

—¿Y quién es Juanita Moreno? preguntaba Pacheco, no suponiendo que fuera una cosa del otro mundo.

—Como quién es? preguntaba Márcos escandalizado de que hubiera un paisano que no supiese quien era Juanita Moreno.

Juanita Moreno, agregaba en el colmo del entusiasmo, es la mejor moza que pisa la campaña de la Provincia! tiene unos ojos que meten miedo, y un pelo como para enredarse el alma en él; de puro largo y de puro *tiraguzoneau*.

Mire hermano, concluia, si no fuera porque mi Rosa es tan buena y la quiero yo tanto, no se me escapaba á mí la tal Juana Moreno. Qué ojos! Dios bendito: si parecen tortas con azúcar!

Entusiasmado con tantas ponderaciones, Pacheco empezó tambien á desear ardientemente que llegara el domingo para encontrarse con aquella moza tan ponderada por el amigo Márcos que, á juzgar por la Rosa, su compañera, era hombre de buen gusto y «entendido en mujeres».

¿Quién podía ser, en efecto, aquella tal Juanita Moreno?

Pacheco preguntó á la madre y hermanas de Márcos, quienes abrieron la boca en señal del mas profundo asombro, haciéndole todavía mas ponderaciones que las que le habia hecho el mismo Márcos, llegando hasta asegurarle que aquella muchacha era la que un hombre debia buscar para su completa felicidad.

Además de ser linda hasta dar partido, le decian, Juanita es como mandada hacer para un rancho, porque es trabajadora como la mejor y una mujer de su casa á dar mil gustos al mas descontentadizo.

Y efectivamente, Juana Moreno era una hermosa muchacha de unos veinte años, entonces, jovial y bondadosa.

Se habia criado en la casa de Arana, cuya familia estaba en una quinta de la Ensenada.

Juana, á pesar de su corta edad, habia tenido ya su historia de lágrimas, que habia derramado en silencio, sin que jamás se le hubiera oido la mas leve queja contra su suerte ingrata.

A los quince años Juana habia tenido sus amores con un jóven de familia distinguida, á quien la hermosura notable de Juana habia seducido de una manera invencible.

A las primeras declaraciones de amor, ar-

dientes y palpitantes, Juana se habia resistido comprendiendo que aquello no podia tener un buen fin.

Pero tales fueron los ruegos y hasta las lágrimas del jóven, que Juana por fin amó y amó como una mujer á los quince años, con toda su alma, con todas sus facultades!

El jóven vivia en lode Arana, de modo que los dos enamorados estaban juntos todo el dia, él hablando de su amor y de sus esperanzas, ella, completamente abandonada á aquella suprema felicidad de dejarse querer.

Juana no habia conocido padres ni algun otro vínculo de familia, de modo que todas sus afecciones, todo el cariño de que era susceptible su corazon vírgen, las volcó en ese amor que, sin saber como se le habia entrado al alma.

Esta historia fué la de todos los amores de este género—el jóven obtuvo de la abnegacion de Juana cuanto quiso, y un año despues se venia á la ciudad abandonándola pérfidamente, en vísperas de ser madre.

Aquel golpe fué de muerte para la desgraciada jóven que, en medio de su felicidad y de los mas sagrados juramentos, era abandonada á esa vergüenza de un modo cobarde é inesperado.

Ella devoró en silencio su desventura, porque publicada hubiera sido pública su deshonor, y poco tiempo despues daba á luz una hijita, de rarísima belleza.

Juana se dedicó desde aquel momento al cuidado de su hijita, en su amor de madre fundió el amor que habia sentido por aquel ingrato, y se consagró á amar y cuidar á su hija, sobre todas las cosas de este mundo.

La familia de Arana tuvo piedad de Juana, la acompañó en su desventura y lejos de arrojlarla como ella lo habia temido, aseguró á Juana que en la quinta tendria siempre un techo donde cobijarse ambas.

Juana se sintió conmovida hasta las lágrimas con aquella prueba de cariño y juró no abandonar mas aquella casa y aquella familia.

Así pasaron cinco años, que Juana pasó siempre llorando en silencio, y captándose el aprecio de las vecinas, que la veian consagrada exclusivamente á su trabajo y á su hijita.

Justa, que así se llamaba la chiquita, habia crecido, y se habia hecho una hermosísima niña, cuya belleza empezó poco á poco á hacer olvidar á Juana la historia de sus pesares.

Ya iba á visitar á sus amigos en los ranchos vecinos, sobre todo á la familia de Márcos, á quien queria entrañablemente, pues en su enfermedad habia sido asistida por la madre del paisanito, como si hubiera sido la suya propia.

A pesar de su desventura amorosa, varios partidos ventajosos se habian ofrecido á Ju-

na, de paisanos prendados de sus gracias, pero ella los habia rechazado á todos sin soberbia y sin ofensa.

—No puedo querer ya, les decia, porque he querido hasta fundir el alma—y si con cariño no ha habido para mi felicidad posible, sin cariño seria desgraciada toda la vida.

Esta era la situacion de Juana Moreno. cuando fué invitada por la madre de Márcos para asistir á la jarana con que su hijo queria obsequiar á su amigo Pacheco.

—Pero señora, yo ya soy pierna rota para bailes! habia respondido—que quiere que ande haciendo yo en esas jaranas con tamaña hija—despues van á hablar de mi una porcion de cosas.

—Nadie ha de hablar nada porque la reunion es en mi rancho y al lado de mis hijas, de quienes nadie tiene nada que decir.

—Si, pero es que á la misma familia de Arana no le ha de gustar que yo ande en diversiones y usted sabe lo que le debo.

—Yo iré á ver al señor Arana, que no me ha de negar licencia—si fuera otra, no digo nada, pero á mi, no me debes negar el venir á mi casa, cuando yo te lo pido como un favor especial.

Juana accedió, previo permiso de la buena familia que lo tenia, sin cuyo requisito no se moveria de la casa, bajo ninguna consideracion.

La madre de Márcos se las campaneó de manera que, no solo se le acordó el permiso que pedia, sino que las mismas niñas se encargaron de proveer á Juanita de todo aquello que pudiera necesitar para asistir decentemente á la reunion.

Por fin llegó el domingo tan deseado por paisanas y paisanos, pues de aquel baile se habia hablado una semana, ni mas ni menos que de la manera que pudiera hablarse aqui de un baile que diera la espléndida viuda de Dorrego ó cualquiera de los Anchorena.

El humilde rancho de Márcos donde nunca se oia el acorde de una guitarra, á causa de la ausencia de este, habia sido lujosamente adornado con ramas de sauce atadas con cintas de vivos y variados colores.

Un enorme cuero de tigre habia sido colocado á la entrada, bajo el alero, donde se habian sacado unas cuantas sillas para que los invitados salieran á tomar el fresco y descansar de los mil gatos y huellas que pensaban bailar.

Aquello tenia un aspecto de verdadera magnificencia campestre.

Márcos habia hecho una gran provision de botellas de caña, limonada, limetas de ginebra y licor de rosa, en cuya provision lo habia ayudado Pacheco, bajo amenaza de dudar de su amistad y echarlo á desprecio si no aceptaba.

Aquello pues, de magnífico, empezaba á tener sus puntos y ribetes de suntuoso.

Los amigos y amigas de mas confianza se habian venido á la tardesita á comer el churrasco de la familia—los demás empezaron á caer junto con la noche, de modo que al toque de ánimas, la reunion era completa y mucho mas numerosa de lo que habian pensado.

Los caballos de los concurrentes no cabian ya en los palenques, teniendo que clavar estacas y servirse de los árboles para atar los de aquellos que habian caido mas tarde.

Entre las últimas muchachas que llegaron, vino la codiciada Juana Moreno, sencilla, con esa inimitable sencillez de la mujer de campo, habituada á ponerse buenas *pitchas* pero gentil y esbelta—era la mejor flor de aquel ramo, segun dijo uno de los paisanos al verla cruzar deslizándose por sobre el cuero del tigre.

Pacheco, aficionado viejo á aquella clase de jaranas, de pié y con los brazos cruzados, habia estado contemplando la llegada de las invitadas.

Al ver entrar á Juana, no pudo contener una exclamacion de «sombro, y fijó en ella sus traviosos y magnificos ojos pardos, llenos de asombro.

Habia sido tocado, segun le dijo su hermano Márcos, «en las coronas del corazon».

—La gran flauta! murmuró, que moza! y quedó estasiado contemplando á la arrogante Juana.

Por su parte esta no podia dejar de fijar su atencion en el jóven paisano.

Pacheco vestia ese dia un chiripá flamante lleno de colores y una camiseta bordada que habia comprado el dia antes.

Los calzoncillos ricamente cribados y de una blancura purísima dejaban caer sus largos flecos sobre una espuela de plata que le llegaba á la mitad del pié.

En su cinturase veia lucir una espléndida daga de cabo de plata y sobre los hombros de la camiseta, llenos de pliegues, caian los risos de sus magnificos cabellos, sujetos en la frente por un pañuelo de seda de la India, doblado á manera de vincha.

Pacheco estaba magnífico, despertando un fuerte interés no solo en las mugeres, sino en los hombres mismos.

Cuando Juana miró á Pacheco se encontró con los asombrados ojos del paisano fijos en ella, y bajó la cabeza ruborizada.

Las mismas ponderaciones que habian hecho á Pacheco de Juana, se las habian hecho á ésta de Pacheco, de modo que los dos estaban ávidos de conocerse.

Cuando Juana y las otras muchachas que con ella habian venido tomaron colocacion en la rueda, Márcos tomó á Pacheco de la mano y llegando á donde ella estaba, le hizo la

presentacion mas gaucha que se haya visto jamás en aquel pago.

Desde aquel momento Pacheco no tuvo mas ojos que para mirar á Juana, con gran placer de los mismos paisanos que, al contemplarlos murmuraban:

—Por Dios, que es la pareja mas hecha que se ha visto nunca! Parecen nacidos para hacerla.

El baile empezó en medio del bullicio de la mas cordial alegría.

Diez guitarras punteaban y rasgueaban una huella, que bailaban en el rancho cuantas parejas cabian, saliéndose las demás al patio, para no perder una música tan de lo fino.

Pacheco habia invitado á Juana y bailaba con un entusiasmo indescriptible, haciendo sonar maestramente en el suelo la rodaja de la espuela.

Juanita, colorada como un tomate, no sabia lo que le pasaba de pura emocion, y bailaba como una máquina.

Al ver tan linda pareja y el creciente entusiasmo de Pacheco, las guitarras se entusiasmaron y rasgueaban hasta reventar las cuerdas, aquella huella que se hacia interminable.

Las otras parejas se fueron cansando poco á poco y empezaron á fornar círculo al rededor de Juana y Pacheco, que sonriente y feliz y olvidado de todo en este mundo, hacia sonar los dedos y zapateaba como un loco.

Al poco rato era esa la única pareja que quedaba con la palabra.

Los guitarreros crecian en entusiasmo y cantaban cada vez versos mas picantes y mas alusivos á los bailarines.

Juanita, arrastrada por el vértigo de su compañero, habia bailado hasta *rendir los talones*, y como hacia tiempo que no andaba en estas jaranas, empezó á sentirse cansada hasta el punto de no poder dar un paso mas.

Un aguacero de sudor caia de su frente, empapándole el seno del vestido, pero no habia atinado á decir una palabra.

Pacheco comprendió que si bailaba un minuto mas, Juanita iba á caer al suelo, la tomó de la mano y la llevó á sentar al lado de la madre de Márcos.

Un verdadero trueno de aplausos saludó á los bailarines; los guitarreros dejaron de tocar, con los dedos acalambrados y empezó á circular el *copero*.

Uno de los guitarreros, don Benito, tenia la mano derecha ensangrentada; habia rasgueado con tanto entusiasmo, que se habia dado vuelta los *pastrastros* de que tenia sembrados los dedos.

El licor de rosa en aquellos vasitos que ya se han perdido aún en la misma campaña, la caña con limonada y la ginebra en aquellos tradicionales vasos de á cuarta, circulaban por

la reunion, alegrando cada vez mas á los que de ella formaban parte.

De cuando en cuando asomaba por allí, tapado con un palo de yerba, el cuerno roto de un cimarron, que cebado por dos chiquilines iba á morir á manos de las viejas que, á pretexto de que el licor de rosa era muy fuerte, lo asentaban con un buen taco de *ginebra*.

Viendo que Pacheco no habia por contemplar á Juanita, la madre de Márcos pidió á este un vaso de caña que brindó al jóven diciéndole:

—Enjuague esa boca mi hijo, que ha de estar seca de pura codicia:

El jóven tomó el vaso, y sin dejar de mirar á Juana, se echó un buen trago al cocto después de decir galantemente:

—A la salud de la mas hermosa prenda que hay en este y el otro mundo.

En esto las guitarras puntearon un gato, y las parejas empezaron á salir á tomar su puesto en medio de la pieza.

Márcos se habia adelantado á bailar aquel gato con Juanita, después de haber guiñado picarescamente el ojo á su amigo, pero Juanita se escuchó diciendo al jóven que el baile anterior la habia dejado deshecha—no lo tome á mal, insistió, porque entonces seria capaz de bailar deshecha y todo.

—No lo puedo tomar á mal, contestó el jóven—descanse no mas con eso pueden lucirse en una *triumfo* como se han lucido en la huella. —Pacheco es pierna, concluyo, pero caramba! usted tambien habia sido pierna y media.

Durante el tiempo que duró el gato, Pacheco no quitó un momento los ojos de Juanita—la belleza de la jóven lo habia deslumbrado.

Varias veces le *brindó* un vasito de licor de rosa, en el que apenas humedeció los lábios y le dirigió algunas lisonjas de esas que van al alma.

El paisano estaba deslumbrado con la belleza de Juana—nunca habia visto una mujer mas á su gusto, ni de tan lindos modos.

Juanita, por su parte habia sentido una impresion agradable al conocer al hermoso paisano, renaciendo en ella sus tiempos felices en que la desgracia no la habia perseguido.

Viendo el entusiasmo de Pacheco, la madre de Márcos habia entablado con ella conversacion, en la que repetia las hermosas condiciones del apuesto paisano.

Cuando terminó el gato, volvió á circular el *copero*.

Pacheco tomó un vasito y lo ofreció á Juana, quien como siempre á penas se humedeció los lábios—el jóven se echó al gañote el contenido para saber sus secretos, segun dijo, y se apoderó en seguida de una guitarra que hizo gemir en un acorde y preludio tierno y melancólico.

El silencio mas profundo sucedió á aquel acorde, y Pacheco despues de haber buscado en los ojos de Juanita alguna chispa que al fin vió tal vez lucir, soltó su melancólica é inesperada voz en un par de esas sencillas y sentidas décimas que llegan al alma, despues de haber herido todas las fibras del sentimiento.

Eran dos magníficas décimas en las que habia un retrato de Juanita y una pintura de su corazon.

Cuando Pacheco terminó su canto, se veian sus ojos empañados por una lágrima que no habia podido contener, porque habia brotado de su corazon junto con la última frase en que gimiendo, espiró su canto.

Aquellas dos décimas hicieron una rara impresion en el auditorio, por la ternura arrobadora con que fueron cantadas.

Nadie aplaudió, nadie se movió de su sitio, nadie levantó de sobre Pacheco la mirada cariñosa.

Aquella habia sido una declaracion de amor, hecha con ese sublime y delicado arte del corazon, que solo se puede poseer y comunicar sintiendo.

Habia sido ese quejido especie de alegría, que brota del corazon cuando el espíritu y la materia misma están envueltos en esa atmósfera de luz de ojos y aliento abrasador, que se produce al contacto de dos espíritus que se enamoran.

Pacheco lanzó un suspiro, como quien se quita un enorme peso de encima, entregó la guitarra á su dueño y salió al pátio para tomar aire y disimular su sollozo que lo ahogaba.

Recien cuando los concurrentes salieron de esa especie de éxtasis en que los habia hecho caer el canto del paisano—recien se daban cuenta de lo que habia pasado y murmuraban palabras de aprobacion.

Juanita estaba confusa, sin saber lo que le pasaba—sentia el corazon oprimido y tenia necesidad de llorar.

La madre de Marcos la acompañó afuera y allí su corazon oprimido se desahogó con lágrimas consoladoras.

Habia visto todo aquel amor que tradujeron las décimas, y habia sentido en su corazon algo que jamás habia experimentado.

Ah! la mujer no ama una sola vez en la vida!

Su corazon, inagotable fuente de ternura y de sentimiento, es un manantial de amor que brota un amor nuevo cada vez que se hieren en él ciertas fibras.

La vida de la mujer es el amor, como el rocío es la vida de la planta.

No puede vivir sin amar, y cuando uno muere, siente nacer otro que le hace creer

que aquel no fué el amor intenso que se siente una vez en la vida.

Así Juanita en su alma sencilla é inocente, habia creído amar al hombre que la abandonó á su vergüenza, y habia creído que despues de aquel, no volveria á amar mas en su vida.

Y cuando menos lo pensaba habia visto alzarse la imágen de Pacheco en su corazon, maestramente tocado por aquellas dos décimas á cuyo unisono habia latido mas poderoso que nunca!

Aliviada por las lágrimas que habia llorado en el regazo de la madre de Marcos, Juanita permaneció aun en el patio un buen rato antes de entrar á la pieza donde se bailaba ya, olvidadas las décimas de Pacheco, por las nuevas emociones de un cielo.

—Por qué lloras? habia preguntado la buena mujer—si lo quieres haces bien, eres completamente libre y él merecedor de tu cariño.

—Se me ha metido en el corazon! respondió Juanita, y aquella confesion fué una especie de sollozo.

—¿Y qué mal hay en ello? insistió la madre de Marcos—para querer hemos nacido.

—Es verdad, gimió la jóven, pero yo no soy lo que él se habia imaginado y cuando lo sepa me despreciará porque me mirará en menos.

—No seas tonta—el hombre que quiere, quiere porque si, concluyó la buena mujer, y lo mismo te ha de querer con tu hija que sin tu hija; hasta por el tirador se le sale el cariño que te tiene y ya verás como cuando sepa aquello se empeña mas.

—Es que yo no se lo podré decir porque no me animaré.

—Pues se lo contaré yo y ya verás como se queda tan fresco.

Y entraron á la pieza en momentos en que las guitarras preludiaban un triunfo.

Pacheco estaba allí como azorado, sin comprender la desaparicion de Juanita y temiendo que se hubiera enfermado.

Cuando la vió entrar se despejó su fisonomia y se acercó á ella invitándola.

—Vamos á bailar este triunfo, prenda, la dijo, y á malaya fuera el mio.

Juanita no supo que contestar y dió la mano al jóven.

El segundo baile dejó en pañales al primero.

Pacheco cepillaba con un entusiasmo febril, haciendo posturas que arrancaban los mas estruendosos bravos de todas partes, entusiasmándose los guitarreros hasta quedar con los dedos engarrotados.

Concluido el triunfo Pacheco llevó á su asiento á su compañera, pero esta vez se le durmió al oido de lo lindo, y le empezó á hablar al alma.



Los ojos de Juanita resplandecían de alegría: nunca la habían visto tan hermosa ni tan alegre—parecía haber olvidado todo su pasado y no existir para ella más que aquel dulcísimo momento,

Cuando el joven llevó la conversación al terreno de las esperanzas que había formado, las lágrimas nublaron la límpida mirada de Juanita, que balbuceó penosamente:

—Yo no puedo querer, he sido muy desgraciada.

—Yo haré olvidar esas desgracias, replicó Pacheco—no puede haber desgracia que dure, cuando se tiene voluntad firme.

Y estaba tan embebido, que seguramente no hubiora pestañeado aunque hubiera sentido gritar á su oído: —le roban el saino!

—Yo no lo puedo querer, aunque lo quiero, volvió á gemir la joven.

Pacheco no entendió y la miró intensamente como quien reclama una explicación.

Entonces la madre de Marcos que sin duda había estado escuchando á los enamorados, se aproximó y dijo á Pacheco:

—Todo es una zonzera, que yo le contaré mañana; en cuanto á quererlo, ojalá tuviera yo una fortuna tan segura como seguro está su cariño.

Pacheco saltó de alegría, sin importarle nada las miradas curiosas con que los demás lo observaban.

Tomó la guitarra de manos de ño Benito, y se puso á cantar unos gatos tan picarescos, que aquello se había vuelto un coro de carcajadas.

El copero circulaba á cada rato, con gran

profusión, pero á pesar de haberse punteado varios de los asistentes, ni una sola palabra airada vino á turbar la franca alegría de aquella noche.

El baile duró con creciente animación, hasta los primeros cantos de los gallós, hora en que los invitados empezaron á retirarse jurando y perjurando que aquello había sido la gloria.

Pacheco, Marcos y la madre de éste, acompañaron á Juanita hasta la casa de Arana que quedaba muy cerca de allí, á cuya puerta los dos enamorados se despidieron «hasta mañana».

Cuando iban pegando la vuelta, Marcos golpeó en el hombro de su amigo, y le dijo cariñosamente:

—Qué tal hermano, como se ha divertido?

—En la vida pasé una noche como esta, gracias hermano, puesto que usted es el autor. —Y qué me dice de Juanita? preguntó de nuevo el travieso paisano—parece que se le ha ido á la cabeza como si fuera ginebra?

—Y qué quiero que le diga? respondió Pacheco dejando ver en su rostro toda la felicidad que experimentaba—digo que sin verlo, he tropezado con el alma y he pegado una rodada que me ha hecho un ovillo entre los ojos de esa prenda.

—Y usted que es tan parador. . . .

—Cierto, pero esta vez, me han parado de punta.

Y regresaron al rancho donde se recojieron, después de haber comido un churrasco y comunicado las impresiones de aquella noche inolvidable y que iba á hacer memoria en el pago, pesando sobre el porvenir de Juanita.

## UN AMOR Á TODA PRUEBA

Pacheco no había podido pegar sus ojos en toda la noche, perseguido por la imagen de Juana; su hermosura gentil y el modo suave como con que le había dirigido la palabra—la melodía de aquella palabra apasionada y sencilla, no se había apartado de su oído un minuto, pareciéndole el tierno preludio de una nueva vida llena de felicidades y de placeres.

Aquel espíritu, por decirlo así, se trasplantaba á una atmósfera más pura, donde el respiro se hacía entre un perfume arrobador.

Es que Pacheco amaba y amaba con aquella vehemencia de los hombres de su temple, con todo el vigor de su naturaleza ardiente.

El amor en aquel hombre debía ser intensísimo y tierno—era la primera vez que su corazón se conmovía al embate de una impre-

sión de cariño, y en ella debían reasumirse todas las caricias de que su corazón había vivido huérfano.

Pacheco fué el único que se levantó como siempre, al venir el día—los otros, fatigados con la jarana y el baile de la noche anterior, habían caído rendidos y se habían entregado al sueño más profundo.

Se fué á la cocina, con gran cuidado de no meter ruido que turbara el sueño ajeno, y se puso á tomar mate y á pensar en aquella mujer que tan de improviso se le había metido en el corazón.

—Cual será el motivo pensaba, de no haberme querido dar una respuesta definitiva?—desconfiará de mis intenciones ó será porque ha tenido vergüenza de hablar delante de gente, y

ha encargado á la madre de Márcos que me conteste por ella?

Y cebaba un mate, quemándose la mano con el agua caliente, pues harto distante del fogon estaba su pensamiento.

—O será, volvía á pensar haciendo sonar la bombilla, que Juana tiene ya algun compromiso que no ha querido confesarme por no darme un disgusto?

Y al pensar que podia existir un hombre que le disputara el corazon de Juana, buscaba maquinalmente la daga en la cintura y se sentia capaz de combatir con el mundo entero.

—Quiero ver, murmuraba en alta voz, quiero ver como tiene el corazon el que pretenda coparme esta banca.

Y era tal la impresion que este temor le hiciera experimentar, que sin apercibirse de ello, arrojó el mate contra el suelo y volcó la paba en el fuego.

En esto Márcos, que recién se habia levantado, entró á la cocina, sorprendiéndole aquel ademán de ira.

Tanto la madre de Márcos como este, habian comprendido lo que pasaba en el espíritu de Pacheco y habian resuelto hacer todo lo posible por casar á los jóvenes.

Juana Moreno era una criatura angelical, como Pacheco era un joven juicioso y trabajador que bien pronto haria fortuna.

Solo tenian en contra de sus proyectos el pasado de Juana, pero tambien tenian conocimiento de la generosidad sin limites del joven, que perdonaria lo que mas bien podia llamarse una desgracia que una falta que mereciera mayor castigo que el abandono en que habia quedado postrada.

—Es preciso contar todo á Pacheco, dijo la madre de Márcos; así me lo ha encargado Juana, y si Pacheco la quiere como yo creo, no tengas duda que perdonará y olvidará aquella falta.

—¿Qué es eso, hermano? preguntó Márcos al ver la accion de Pacheco, sin comprender el motivo que podia haberle hecho perder su habitual aplomo y sangre fria.

El joven miró á Márcos dominando aquella ráfaga de ira, y con la mayor tranquilidad, repuso:

—No es nada, compañero, es que cebando el mate me quemé tan fiero, que he soltado mate y paba, sin fijarme en lo que hacia.

Y mostró su mano izquierda colorada por dos ó tres quemaduras que le habian hecho sufrir sus distracciones frecuentes.

Márcos trajo otro mate, dudando de lo que le habia dicho su amigo, y volvió á la cocina, donde se sentó á tomar mate con Felipe, mientras se levantaban los demás de la casa.

—Y diga, preguntó ¿qué tal le ha parecido

el bailable de anoche?—se me hace que ha pasado una noche entretenida.

—He pasado una noche como nunca, contestó Pacheco, la pucha que habian tenido en su casa buena mano para arreglar un baile! que me corten un matambre para arrollarlo, si en mi vida he pasado una noche mas á gusto!

—Y la Juana que le ha parecido? insistió Márcos, dando á su voz una entonacion pica rezca.

—¿Qué quiere que me parezca? linda no mas—es una moza como pocas se han de ver.

Y su voz temblaba completamente conmovida al recuerdo de aquella mujer que tan de golpe le habia robado la voluntad.

—Usted me dijo anoche que habia tropezado con el alma, lo que quiere decir que la Juana se le ha ido á baraja—hace bien, que canejo! es una muchacha que juega limpio y muy capaz de hacer la felicidad de su marido—se lo digo yo, porque la conocemos desde que nació, se puede decir.

—Mire hermano, dijo Pacheco levantándose del lado del fogon y poniéndose serio—esa moza me gusta de alma—yo no sé, pero se me ha metido aquí adentro de tal manera, que sin poderlo remediar se me vienen las lágrimas á los ojos y seria capaz de ponerme á llorar como una mujer. Puede ser muy bien que esto sea de tristeza, porque conozco que si Juana no me quiere, se acabarán para mí todas las felicidades de la vida.

Y como corroborando lo que antes habia dicho, sus ojos se empañaron de lágrimas, que fueron á morir, despues de surcar el rostro, en el escorzo del cuello varonil.

—Qué no lo han de querer, hermano—seria preciso no tener ojos, ni tener el mas remoto ribete de cariño en el corazon—estoy seguro de que la Juana en este momento no piensa en otra cosa que en usted—jugaria doble contra sencillo.

—Y por qué no ha querido responder á mi cuita? Dios me tenga de la daga, hermano, porque creo que si Juana quiere á otro hombre, le parto el corazon á puñaladas es mucho lo que yo la quiero.

—Seria capaz de jurar que Juana no quiere á nadie, sinó á vd. respondió Márcos, como seria capaz de jurar que usted le ha robado la voluntad.

Tal vez no le ha contestado por pura corteidad, porque creo que ha encargado á la vieja que le conteste por ella.

—En cuanto se levante voy á hablar con ella, porque quiero conocer hoy mismo mi sentencia, para entregarme á gozar de mi suerte ó á maldecir de mi vida.

Y cebándolo Márcos, los dos siguieron tomando mate, pico á pico, para dar tiempo á que se levantaran las mujeres.

Pacheco queria traer siempre la conversacion hácia Juanita Moreno, pero Márcos se hacia el inocente y hablaba de otras cosas.

Tenia miedo de enredarse en las cuartas y cantar la leyenda de Juana así no mas, á lo bruto, mientras que la madre lo podia hacer de una manera mas pura y preparando el espíritu de su amigo para recibir el golpe; porque indudablemente la relacion de aquella tristicima historia, iba á ser para el pobre Pacheco, como una puñalada en medio del corazon.

—Parece que usted no quiere buscarme juicio, hermano Márcos. A que si le hablaran de Rosa no se haria el desentendido?

—No es eso, respondió Márcos poniéndose un tanto cuanto colorado—es que como mi vieja es la encargada de hablar con usted, no se me ocurre nada que decirle.

Como habia sido usted para el amor! concluyó riendo estrepitosamente — un hombre tan gaucho y tan aguantador para todo, no habia tenido paciencia tratándose de estas cosas.

—Ah! canalla! exclamó Pacheco riendo tambien—lo habia de haber querido vichar desde un agujero el primer dia que gauchó á la Rosa—estoy seguro que perdió el habla y la gana de comer hasta que no esperó el alfinique.

Así, riendo y tomando mate hasta consumir unas tres pabas, los dos paisanos estuvieron entretenidos, Pacheco empeñado en tener celos, y Márcos persuadiéndolo que no tenia razon.

A eso de las once y cuando ya empezaba á calentar el sol, se presentaron en la cocina las hermanas de Márcos, alegres como una mañana de primavera, y la buena vieja lanzando sobre Pacheco una mirada sospechosa.

—Para dormir poco, dijo, no hay como los enamorados—estoy seguro que desde la madrugada está en pié.

—Cuando yo me levanté, dijo Márcos, ya estaba él en la cocina, dele tomar mate, y eso que lo hice bastante tempranazo.

—Eso querrá decir que Márcos anda tambien enamorado, preguntó Pacheco, turbándose un poco, porque no le gustaba mucho que lo embromaran delante de aquellas muchachas.

—Linda pieza es ese tambien, dijo la buena vieja—ustedes los hombres no saben ya que picardia hacer; pero les prevengo que á mi no hay que esconderme el juego, porque antes que ustedes vayan, yo ya estoy de vuelta y cansada de tomar mate.

La conversacion tomó entónces un giro alegre y general.

Se trajo carne y todos almorzaron con fa-

moso apetito, consumiendo por lo menos un metro de asado por barba.

Cuando hubieron concluido de almorzar y las muchachas se retiraron á arreglar la casa y entregarse á sus quehaceres, la madre de Márcos pidió á este que se retirara un momento, porque tenia que hablar con Pacheco.

—Mi hermano puede oir todo lo que me digan, se apresuró aquel flamante enamorado á responder, yo para él no tengo secretos.

—Me alegro verlos así unidos como dos hermanos, Dios quiera que siempre se conserven así, sin separarse nunca.

—Es el caso, comenzó á decir aquella buena vieja; que en lo que tengo que decir hay de todo, bueno y malo, y no sé por donde principiar.

—Yo estoy pronto á todo, tanto á lo dulce como á lo amargo, respondió Pacheco, porque tengo entrañas para todo—si la Juana me quiere, superior, si quiere á otro la cosa será mas fiera, tan fiera que creo se me va á romper el corazon—principie pues por el principio, madre vieja.

Y al hablar así la voz de Pacheco temblaba como la de un criminal sorprendido infraganti delito.

—Juanita lo quiere desde que lo ha visto, dijo la vieja, lo quiere tanto como usted puede quererla—ella me lo ha dicho y debe ser así, porque ningun interés tiene en mentir.

La fisonomia de Pacheco se iluminó de pronto, despejándose las ráfagas de tristeza que la cubrian—sus ojos brillaron de placer, y con voz entrecortada dijo:

—Dios bendiga sus labios que tan buena noticia me dan, dijo: ahora si que soy mas feliz que un gobierno.

—Pero por qué no me contestó eso mismo anoche, cuando yo le tiré el alma preguntándole si podia centar con su cariño?

—Eso es lo que tengo que decirle, exclamó la vieja, y es precisamente lo duro de la relacion.

Juanita lo quiere á usted como se merece, pero tieno miedo que usted le pierda el cariño cuando sepa algo que tiene que ver con su vida honrada.

Pacheco palideció densamente, pero replicó en el acto.

—Cuente no mas madre vieja, porque eso no puede ser.

—Es que la cosa es dura, es amarga, insistió la madre de Márcos exagerando la cosa para que el golpe fuera menos rudo.

—El mal camino andarlo pronto, madre vieja, dijo Pacheco, lívido ya como un cadáver—tiremé al pecho sin asco que de algo hemos de morir en esta vida tan desgraciada.

La vieja estuvo reflexionando largo rato, como para dar tiempo á que el jóven concluyera de alarmarse y su relacion no pareciera así

tan amarga—y cuando calculó que había llegado el momento, le soltó este escopetazo:

—Es claro que. . . Juanita tiene una hija que anda ya pisando en los cinco años.

De pálido mortal que estaba, al escuchar esta revelacion, Pacheco se puso mas colorado que un tomate—en seguida y con espantosa rapidez volvió á palidecer como si hubiese perdido toda la sangre, vaciló y cayó sentado al lado del fogon, de donde se habia separado poco antes.

Márcos y la buena madre acudieron en el acto á socorrer á Pacheco creyendo que se habia enfermado, pero el paisano miró tristemente, una especie de agonía cruzó por sus ojos y dijo dirigiéndose á aquella.

—Cuenta no más madre que ya he resucitado y no se muere dos veces—ahora es inútil esconderme nada.

Con un lenguaje sencillo pero tocante, aquella buena mujer refirió á Pacheco la historia de Juanita, ponderando la manera abnegada con que la pobre muchacha se habia resignado á su suerte y á sus lágrimas, dedicándose solo al cuidado de aquella pobre criatura á quien de aquella manera miserable y perversa se habia abandonado.

A medida que la mujer avanzaba en el relato, los puños de Pacheco se cerraban de una manera convulsiva, en sus ojos brillaba una amenaza de muerte y sus lábios se movian precipitadamente, pero contraidos como si pronunciaran una maldicion terrible.

—Y ese hombre, pudo decir al fin, no ha encontrado un puñal que le llegue hasta las entrañas! quiera Dios que no lo encuentre nunca en mi camino, porque crec que le partiria la espalda, de la manera mas cobarde que me fuera posible.

—Siga no mas madre, concluyó, cayendo en una especie de abatimiento, como si lo que acababa de decir hubiera postrado sus fuerzas—siga y no pare hasta el fin.

La buena muger siguió contando el género de vida que habia observado Juana, desde que la desgracia hizo presa en ella.

—La familia donde está la ha recogido, prosiguió, como haciendo una obra de caridad, pero solo la tienen porque la muchacha sola se levanta la casa y lo que quieren es sacarle el quilo.

Por eso está tan flaca y desmejorada, no siendo ni la sombra de lo que fué antes de su mala caida.

Ella está resignada á sufrir, porque comprende que ningun hombre ha de querer cargar con su hija al cargar con ella, y tiene miedo que algun dia pueda faltarle pan para la niña; pero yo creo que si sigue así pronto se va á morir.

Mire usted, concluyó, desde aquel tiempo,

anoche ha sido la primera vez que ha salido de su casa para asistir á una reunion, y eso porque la reunion era aquí y ella no sabe resistirse á mis ruegos.

Concluida la relacion, madre é hijo quedaron embebidos en la contemplacion de Pacheco, que habia dejado caer la cabeza sobre la palma de las manos.

De pronto alzó la frente, y fijando en sus interlocutores su mirada enérgica y varonil, dijo:

—Es lo mismo, yo quiero á esa mujer porque sí, y si ella quiere partir la suya con mi suerte, no bastarán á alejarla de mi lado ni veinte familias como la que explotan su trabajo.

Le cuidaré su hija con todas mis fuerzas, trabajaré para las dos y le haré olvidar todo lo que ha sufrido en este mundo.

Puede decirle de mi parte, madre vieja, que yo no espero mas que su contestacion—yo quiero á esa mujer, porque así lo quiere mi suerte y no hay por qué mezquinarle el cuerpo.

—Con esa respuesta voy á darle la vida á Juana, concluyó á su vez la madre de Márcos, y yo salgo de garantia, Pacheco, de que nunca tendrá que arrepentirse con lo que ha hecho.

—Muchas gracias, madre vieja, volvió á decir el jóven—si usted me abona y saca la cara por mí, no tendrá de que arrepentirse, se lo aseguro á fé de Felipe Pacheco, que ha de dar cuenta á Dios de sus acciones en la tierra.

Todo aquel dia lo emplearon en recordar los mejores episodios del baile y embromar á Pacheco con Juanita, contando las mejoras que habian de hacer en el baile que darian la noche del casamiento, pues seguramente en casamiento iba á concluir aquello.

A la tardecita la madre de Márcos se fué á la quinta de Arana, calculando que á esa hora Juanita estaria descansando de sus quehaceres diarios, en el pequeño ranchito que constituia su domicilio.

Era este un ranchito levantado detrás de la quinta, completamente independiente á donde la pobre jóven se retiraba con su hijita despues de concluir sus tareas, tareas bastante pesadas que tenia que añadir á las que le ocasionaba el cuidado de su hijita, Justa, preciosa criatura fuertemente desarrollada.

Allí Juana tenia un pequeño bosque de paraísos, á cuya sombra habia colocado un banco, donde á la tarde se sentaba á tomar un mate, entretenida con los cuentos que le hacia Justa, en su encantadora media lengua.

Contemplando las pocas aves que formaban todo su haber en este mundo, Juana se quedaba allí hasta la caida de la noche—entonces

entraba á su rancho, acostaba á su hijita y se acostaba ella misma.

Al otro dia, con la primer luz del alba, Juana estaba nuevamente de pié, entregada á sus eternos quahaceres.

Esta era la vida de aquel ser desventurado.

Cuando la madre de Márcos llegó á la quinta, Juana estaba sobre su banco, tomando un mate y acariciando á su hija con una ternura infinita.

Sus ojos se velaban de lágrimas de cuando en cuando, y quedaba con la mirada fija en el lejano ombú.

Qué pensaba Juana que su fisonomia se bañaba por una espression de infinita amargura? qué agonía cruzaba su mirada, deteniéndola inmóvil en el lejano y gigantesco ombú?

Era tal vez el recuerdo de las pasadas desventuras que habian marchitado su belleza ó era la desesperacion de su presente unida al temor de un porvenir sombrío y lleno de amarguras que habia de apurar una á una? O era tal vez la imagen de Pacheco que, semejante á una felicidad imposible, cruzaba por su espíritu reavivando todas sus desgracias?

No le retiraria este su aprecio al conocer su pasado y renegaria del momento en que la conoció?

Todo esto cruzaba como una tromba por la imaginacion de la jóven cuando la madre de Márcos la tocó lijeramente en el hombro, dirigiéndola su palabra mas cariñosa, Juana se estremeció como quien sale de una pesadilla y miró azorada á la buena mujer.

—¿Cuánto apostamos, dijo esta, á que estás pensando en Pacheco?—pues hija, no hay que atragantarse, porque él no ha hecho otra cosa en todo el dia que pensar en tí, y charlar largamente de lo mucho que te quiere y de todo lo que por tí seria capaz de hacer.

Juana sonrió con una dulzura infinita y secando sus lágrimas con la punta del delantal, repuso, fijando en ella su hermosísima mirada:

—Pensaba en mi Justa y en la desgracia que nos persigue: yo no puedo pensar en ese hombre, porque sé que él ya no se ocupará de mí, cuando sepa la vergüenza que llevo encima y que tengo una hija moza ya.

—Pues, hija mia, continuó la mujer, puedes regocijarte y encender dos velas á las ánimas del purgatorio; hoy á la siesta hemos hablado largamente con Pacheco; yo, en tu nombre, le he referido tu historia, y ¿sabes lo que me ha contestado?

Juana escuchaba con sus cinco sentidos, sin atreverse á interrumpir con la menor pregunta.

—Me ha contestado, prosiguió la madre de Márcos, que á él poco le importaba de todo esto, que te quiere con el alma porque sí y que se dará por feliz en compartir contigo y tu hija, su trabajo y todo cuanto tiene.

Juana dió un brinco y saltó al cuello de la buena mujer, llorando esta vez, pero de alegría, con ese llanto apacible y tranquilo que nunca habia asomado á sus ojos brotando de su corazon.

—Ay! dijo, yo creo que me voy á enfermar de pura alegría.

Y así estuvieron mas de dos horas, conversando de aquel acontecimiento, que venia á decidir del porvenir de Juana.

Por fin la madre de Márcos se levantó despidiéndose.

—Yo me voy, dijo, alegre porque te dejo contenta y feliz—mañana á la tarde te espero en casa, allí conversaremos todos juntos y empezará á hacer una nueva vida que bien lo necesitas para reponer tu salud que se ha ido quebrantando sin sentirlo tú misma.

Al otro dia á la tarde, en vez de irse á su banco como de costumbre á tomar mate, Juana hizo dormir á su hijita y se fué al rancho de Márcos, donde la esperaban la familia de este y Pacheco, ávido de volver á contemplar á la mujer que tan de repente se le habia metido en lo mas íntimo del corazon.

Allí fué recibida por todos con la demostracion de un verdadero cariño,—se cebó mate con azúcar quemada, y no se habló mas que de aquel famoso baile, entre cuyo bullicio habian latido aquellos dos corazones, sedientos de amor y huérfanos de todo afecto.

—Ya se repetirá, decia Márcos guiñando el ojo—no hay casamiento sin baile, y esa noche vamos á prenderle fuego al rancho despues de haber roto todas las guitarras del partido de tanto hacerlas sonar.

Pacheco reia como si le hicieran cosquillas mientras Juanita se ponía colorada como una remolacha, pero sin dejar por esto de mirar al jóven: es que el amor se le habia subido á la cabeza.

La jarana duró esa noche hasta el toque de ánimas, hora en que Juanita se preparó á retirarse.

—Me voy, dijo, porque ya es tarde y pueden llamarme.

—Quedate otro ratito, dijeron las otras muchachas—ya no tienes nada que hacer y es temprano.

—No quiero que me llamen y no me encuentren en casa, respondió Juanita—es mejor que me vaya ahora y así otro dia podré volver.

En vano fueron todos los ruegos, la jóven no se quiso quedar bajo ningun pretexto.

—Yo la acompañaré, dijo Pacheco arreglándose el chiripé.

Juana se puso pálida, titubeó un momento, y repuso en seguida sin negar redondamente su consentimiento:

—No hay necesidad; la luna está muy linda

y el camino hasta casa es bastante acompañado.

Pacheco se hizo el sordo y salió del rancho junto con todos los demás, poniéndose al lado de la que desde entonces se podía llamar su novia.

La madre y las hermanas de Márcos se que daron un poco atrás, para no turbar el arrullo de aquellos dos espíritus: fueron acortando el paso poco á poco, hasta que se quedaron pa radas.

Cuando Pacheco y Juana llegaron á casa de este, se encontraron completamente solos.

—Si serán el diablo! dijo Pacheco, alegre mente—ya no saben que travesura hacer.

Juana estaba conmovida hasta las lágrimas, —Pacheco le habia hablado al alma todo el camino, concluyendo de enamorarla por completo.

—Adios, dijo por fin, tengo miedo que me vayan á ver sola con un hombre, y á suponer se algo malo—dígame á las muchachas que me la van á pagar, porque lo que han hecho conmigo, aunque de buena intencion, es una mala partida.

—Adios, suspiró Pacheco, mirando alejarse á Juanita —mañana á la caída de la tarde vendré por la contestacion de lo que le he dicho—no olvide que le he hablado con el alma y que estaré pronto al primer aviso—y se alejó á su vez á casa de Márcos.

A la noche siguiente estaba Pacheco en lo de Juana, con una mala noticia—la tropa se habia vendido y habian recibido órden del patron de ponerse en camino al dia siguiente.

Aquella noticia cayó como un anuncio de muerte en el espíritu de la pobre Juana—sabe Dios lo que habria sucedido cuando vol vieran á verse!

—¿Hizo usted mi encargo? preguntó Pa checo.

—No pude, porque no me atreví—respondió la pobre jóven, conteniendo á duras penas las lágrimas que la ahogaban.

—Es una lástima, contestó á su vez Pa checo, mañana me voy por fuerza, y queria que una esperanza feliz me hubiera sustentado en el camino y mientras durara mi ausencia, y se sentó tristemente sobre el banco, al lado de la jóven.

El empeño de Pacheco habia sido el tener, antes de irse, el consentimiento de la familia de Arana, para que Juanita fuera su mujer, pero esta no se habia atrevido á solicitarlo temiendo una negativa que la pusiese en el caso de resignarse con su desgracia, ó abandonar aquella casa donde se habia criado y aquella familia que, aunque un poco dura, la habia amparado.

—Yo me voy á la madrugada, dijo Pa checo, y me voy con el cariño enlutado—pero

usted me ha de prometer pedir la licencia y mandarme avisar por la familia de Márcos, tan pronto como la haya conseguido.

—Así lo prometo hacer, respondió Juana, ¿pero qué haré si no quiere que me case?

—Nada, dijo el jóven, dejando ver un re lámpago en sus ojos, si á la vuelta de quince dias la madre de Márcos no me ha mandado decir nada, yo pego la vuelta y me las llevo á ustedes sobre mi saino, apesar de todo el mundo.

Juana permaneció un momento silenciosa y algo turbada, vacilando en consentir en aquel plan, pues la palabra dada una vez no habia que pensar en retirarla.

Pacheco, sin reparar en la turbacion de Juana, que la disimulaba torciendo el delantal mientras miraba al jóven de reojo, sacó del bolsillo un prendedor de oro que le ofreció, mientras decia:

—Guarde esa tontera para que prenda en su pecho el recuerdo de mi cariño, y en su corazon la firmeza con que ha de esperarme.

Juana tomó el prendedor, miró á Pacheco con la voluptuosidad de un beso y le dijo:

—Puede ir tranquilo, que yo pediré licencia y daré la contestacion á la madre de Márcos— así, dentro de quince dias, lo espero dispuesta á seguirlo hasta el infierno, con la misma voluntad de este momento.

Pacheco se sintió feliz, tan feliz como el que ha vivido veinte años privado de todo afecto, y tropieza cuando menos lo imaginaba, con una mujer jóven y hermosa, que le brinda un mundo de delicias con un cariño lleno de abnegacion y de fé.

Haciendo los mas lujosos castillos en el aire, los jóvenes permanecieron una hora mas sobre aquel banco donde hubieran quedado toda la noche, si Juana no se hubiese levantado de pronto diciendo:

—Por Dios, me llaman—váyase por Dios porque si lo ven aquí, van á armar un escán dalo atroz.

—Adios cariño, dijo entonces Pacheco levantándose, no quiero que mi amor le cueste un disgusto; hasta la vuelta, que será pronto.

—Hasta la vuelta, contestó Juana con un acento lleno de melodia, y lo acompañó hasta la puerta del rancho donde sin saber como, los dos jóvenes cambiaron el primer beso, donde iba envuelta la promesa de su fé.

Avergonzada y sin poder darse cuenta de lo que le pasaba, Juana partió rápida como una exhalacion hácia el edificio principal de la quinta, donde habitaba la familia de Arana, temerosa de que pudiera haberse impuesto de algo.

Pacheco, feliz hasta donde puede serlo un hombre de sus sentimientos, regresó á la casa de Márcos, donde debia esperar á este que



*Pacheco, sin fijarse en la turbación de Juan, sacó de bolsillo un prendedor de oro que le ofreció, mientras decía: -- Grande era toterna... etc.*

había ido á despedirse de su Rosa, en cuya compañía había contado permanecer algunos días, felicidad que le arrebató aquella súbita orden de partida.

Así que llegó impuso á la madre de Márcos del arreglo que había hecho con Juanita.

—No la dejarán, dijo esta, la necesitan mucho para consentir así no mas en privarse de su trabajo.

—Entonces, replicó Pacheco con una frialdad que demostraba lo inquebrantable de su resolución - enténces me la llevaré aunque no quieran y aunque se opongan mil familias.

La madre de Márcos prometió tenerlo al corriente de lo que sucediera, fuera bueno ó malo y Pacheco, convencido que en toda la noche no podría pegar los ojos, se fué á la cocina, encendió fuego y se puso á tomar mate, esperando la vuelta de su amigo para largarse así que este viniera.

—Juana tendrá que abandonar su casa, pensaba, como yo abandoné la mia, huida y maldiciendo de su destino.

Si los ricos pasaran uno solo de estos minutos amargos, comprenderían lo que uno sufre y padece dia por dia—año por año.

Y uno no tiene el derecho de hablar porque no lo escuchan, y si se enoja lo arrojan al campo como á mancarrón chapino y deslombado.

Pero yo la he de llevar, sí, la he de llevar y no ha de bastar ni la voluntad del mismo gobierno para arrancarla de las ancas de mi sano.

Y para mitigar la pena que sentía, salió afuera, arregló sus caballos y los de Márcos, acollarando su sano con la madrina de su tropillita.

A penas habían empezado á cantar los gallos, cuando se sintió el galope de un caballo, y ese relincho alegre que anuncia que el que viene llegando es de la casa.

Pacheco levantó la cabeza y se convenció que no se había engañado: el que llegaba era Márcos, alegre como siempre.

—Al avío, compañero, gritó este echando pié á tierra, cuanto mude caballo y le dé un abrazo á mi vieja, podemos largarnos; la mañana no puede ser mas hermosa.

Era, efectivamente, una de aquellas preciosas mañanas de primavera, en que la naturaleza está cargada de vitalidad.

Todo respiraba amor, ese amor apasionado y tropical que se revela desde el pajarillo que lleva en el pico la hoja seca con que ha de formar su nido, hasta la hoja de trébol que se agobia perezosa bajo la gota de rocío que ha dejado la noche entre sus pétalos.

Era una de aquellas mañanas sublimes en que toda la naturaleza, menos el hombre desventurado, se estremecen bajo el aliento de la

creación, que envuelve con su impresión lánguida y tibia, desde el espíritu hasta la flor.

Mientras Pacheco daba la última manito á los preparativos de viaje, Márcos entró á despedirse de los suyos, en momentos que estos salían, adivinando que se aproximaba la hora de la partida.

—Bueno, no hay que apurarse mucho, como siempre, dijo el paisanito, porque pronto nos hemos de ver—ya sabe que yo soy volvedor.

—En cuanto á mí, agregó Pacheco, queriendo disimular su tristeza lo mejor que pudo ya saben que dentro de quince dias pego la vuelta, si antes no se ofrece nada.

Concluidos los preparativos y las despedidas ya alegres, ya tristes, los dos jóvenes echaron las tropillas por delante y se alejaron á un paso perezoso, como á quien se le hace cuesta arriba emprender un viaje.

Pacheco arreó las tropillas del lado de la quinta de Arana—quería ver á Juana una vez mas, pues su corazón le anunciaba que ella lo esperaría allí, entre el bosquecito de paraísos.

Su corazón no lo engañó—allí entre el follaje de los árboles estaba Juanita con su hija en los brazos, esperando la pasada del joven, pues conocía que este no partiría sin saludarla, aunque fuera á la distancia.

Al verla, el corazón de Pacheco latió como nunca lo había sentido—se llevó instintivamente la mano á los labios y le mandó un beso.

—Qué adelantados estamos! exclamó Márcos, viendo que el ademán de su amigo no quedaba sin respuesta—por lo visto anoche hemos adelantado mucho camino.

—Algo se ha hecho, contestó sonriendo Felipe—en el camino le contaré, hermano, lo que ha dispuesto la suerte.

—Mire hermano, añadió Márcos, adivinando lo que pasaba por el espíritu de su amigo—los ricos no saben madrugar—aproveche y despídase en segunda repetida—en este mundo no hay que dejar perder la ocasión.

Pacheco, que no deseaba otra cosa, no se lo hizo repetir dos veces—picó espuelas y llegó hasta donde estaba Juana con su hijita en brazos.

No he podido aguantar, dijo, las ganas de verla antes de irme—venga pues esa mano, cariño, y hasta la vuelta.

—Adios Pacheco, balbuceó Juana acercándose al paisano y tendiéndole una mano temblorosa—que no me olvide.

—Si con mi olvido cuenta el diablo, repuso, se me hace que le robamos la plata.

Y como si temiera enternecerse mas de lo que quería, tomó á Juana en sus brazos y la besó en la boca, estrechó la mano de Juana con una presión cariñosa y picó espuelas para alcanzar á Márcos, que agitaba alegremente su sombrero en señal de despedida.



Los dos jóvenes arriaron las tropillas al galope largo, para pasar mas pronto el mal trago de la despedida, tomando poco despues el camino que debia llevarlos hasta Chascomús, donde pensaban llegar esa noche.

Juana estuvo largo rato mirándolos alejarse, en seguida se subió al banco para divisarlos mejor y recién cuando los paisanos se con fundian con los demas objetos del paisaje, se bajó del banco, enjugó con la punta del delantal las lágrimas que afluián á sus ojos y entró á su rancho.

Le parecia que no volveria á ver mas á Pa-

checo, porque este representaba la suprema felicidad á que podia aspirar, y la felicidad no se habia hecho para ella.

— Ahora cuente no mas, hermano, no se haga egoista, dijo Márcos cuando su amigo lo hubo alcanzado, pues ya veo que anda en la buena.

— Dios lo quiera así, hermano, repuso, Felipe, y para que vea que ando muy lejos de la buena, le voy á contar con sus pelos y señales lo que hemos conversado anoche y lo que estoy decidido á hacer en caso que como me lo temo, todo me salga como cosa del mismo demonio que me persigue.

## AMOR FUNESTO

Pacheco refirió entonces á Marcos, hasta en el menor detalle, la conferencia que habia tenido con Juana y la resolucion que habia adoptado, de llevársela en el caso que se la negaran en matrimonio los que esplotaban su trabajo.

— Yo he de proceder bien, concluyó, mientras no me cierren el buen camino, por eso yo le he dicho que pida licencia para quererme, como si esto fuera un delito, pero el dia que me echen al medio y pretendan robarme á esa mujer, yo me la robo, como que hay un Dios en el cielo, Dios de que á veces solemos dudar los pobres.

— No dude, hermano, respondió Marcos con cierta melancolia estraña en él, no dude de Dios, porque Dios es grande y si no fuera por el que está en el cielo, no estaria yo al lado de mi Rosa, como usted me ha visto.

— Qué, usted tambien ha sido desgraciado, hermano? preguntó Pacheco con rara sorpresa, como si creyera que las desgracias de la vida se hubieran hecho para él solo, — cuente hermano y así haremos sociedad de penas, seguro de que yo he de poner mas capital.

— Es inútil hermano, porque es cosa que ya pasó— yo tambien he tenido mi historia triste y he sido perseguido en mi cariño.

Como usted yo abandoné mi casa y gané el campo, porque como no tengo el aguante de usted tenia miedo de hacer una de las mias y verme perseguido por la justicia como tanto otro hombre bueno y honrado.

Allá mas tranquilos le he de contar esa historia para que vea que sus desgracias son como un refresco, comparadas con las mias.

Pacheco sonrió con cierta sorna, como dudando de las palabras de su compañero, y agovió la cabeza sobre el pecho, entregándose por completo á sus meditaciones.

— Ya sabe, le dijo Márcos, que yo soy su hermano y que puede contar conmigo y con cuanto tengo, si la ocasion se presenta dura de pelar. Una buena manita no está nunca demás, cuando se da á tiempo y con fina voluntad.

Pacheco miró á su amigo y sonrió por toda respuesta, respuesta harto elocuente para el que conoce el carácter noble y decidido de aquel tipo abnegado que llamamos gaucho.

En aquella sonrisa estaba pintado todo el agradecimiento de que gozaba su alma.

— ¿Qué es lo que usted piensa hacer? preguntó Márcos, comprendiendo que con aquella sonrisa se aceptaba su leal cooperacion.

— Voy á esperar quince dias, respondió Pacheco, y si en ese tiempo no recibo una noticia buena, vengo y me levanto á la Juana con su hija y todo.

— Y Juanita vendrá sin inconveniente?

— Ella seguirá mi huella como el ternero á la vaca, contestó Pacheco con una certidumbre que no dejaba lugar á dudas, y si no la he traído antes es porque no la acusen de ingrata y porque puede ser que sus lágrimas muevan á compasion á esa familia que la tiene á su lado.

— Pues no hay mas que hablar, concluyó Márcos, dentro de quince dias nos aparecemos y una madrugada caimos á la Ensenada, como indios y damos malon en la quinta llevándonos la mejor prenda.

Y los dos amigos siguieron galopando, teniendo Márcos que arrear las tropillas porque Pacheco, sumido en sus pensamientos, parecia no atender á nada que no fuera el recuerdo de aquella mujer que lo habia cautivado de una manera tan imprevista.

Poco despues de anoecer los dos amigos llegaron á Chascomús—no se habian detenido

en el camino mas que el tiempo necesario para mudar caballo dos veces.

Pararon à campo con ànimo de descansar unas cuantas horas y seguir viage à Dolores, pues querian llegar à la estancia lo mas pronto posible, siendo el mas apurado de los dos Pacheco, que queria concluir de amansar los animales que tenia entre manos, y hacer sus preparativos para quedar listo en 15 dias mas.

Ambos vaciaron sus maletas, que venian hinchadas de provisiones de primer órden.

En las de Pacheco venia nada menos que una gallina cocida y un matambre arrollado que habia puesto en ellas la madre de Márcos.

En las de Márcos habia nada menos que una docena de chorizos asados, dos lenguas cocidas y un par de cajas de sardinas.

Rosa habia sido mas previsora que el proveedor de Pacheco, pues en las maletas de Márcos habia una botella de vino carlon, que no existia en las de aquel.

Los dos paisanos comieron con gran apetito de sus provisiones, hasta el punto que con lo que quedó no hubieran tenido con que almorzar al dia siguiente.

Poco conversaron durante aquella cena apetitosa, porque el hambre no permitia otra distraccion que mover las quijadas de lo lindo.

Concluida la gallina y media docena de chorizos, los paisanos dieron tal beso à la botella del carlon, que apenas le dejaron con que apagar la sed que debian causarles las sardinas.

En seguida abrieron dos cajitas y concluyeron de destripar la botella, rematando la cena con una rebanada de arrollado, que hubiera sido calificada de racion de sargento en cualquier cuerpo de linea.

Cualquier otro hombre que se hubiera acostado à dormir despues de semejante cena, hubiera pagado bien cara su falta de prevision, pero este inconveniente no tenia nada que ver con aquellos hombres de naturaleza de bronce que parecen no estar sujetos à enfermedad alguna.

Los dos jóvenes tendieron sus recados, y se recostaron como en una mullida cama.

Poco despues sus ronquidos anunciaban su sueño pesado, consiguiente despues del famoso galope de mas de treinta leguas que de un tiron se habian comido aquel dia.

Cuando Márcos se despertó, aún no habia amanecido.

Pacheco, con el espíritu mas atormentado que su compañero, dormia todavia en la misma posicion que habia adoptado al cerrar los ojos, lo que prueba que su sueño era profundo.

Márcos lo recordó segun el convenio que hicieron al acostarse, de que quien despertara primero llamaria al mas dormilon.

A penas lo tocó en el hombro, Pacheco dió un salto y desenvainó la daga, exclamando:

—Todavia no, maula, antes que llevarla tenés que sacarme el cuero.

Márcos quedó asombrado; su amigo lo miraba con los ojos desmesuradamente abiertos, y mientras en la diestra blandia la formidable daga, con la mano izquierda trataba de ocultar à su espalda algo que él no podia ver.

Márcos comprendió al momento que su amigo soñaba y le pegó el grito inmediatamente antes que se le viniera encima y tener que luchar, aunque por un momento, con un hombre dormido, y con aquel hombre à quien lo ligaba mas que el cariño de una amistad ciega, el cariño profundo de un hermano.

—Hermano! hermano Pacheco! gritó—soy yo, soy Marcos quien lo despierta.

Pacheco recordó al sonido de aquella voz amiga, abrió los ojos y los volvió à cerrar, para mirar en seguida asombrado la exena que tenia por delante.

—Canejo! exclamó Márcos riendo así que lo vió despierto—qué le ha pasado que así me ha querido *enhebrar* en el facon? vaya un modo de recibir à los amigos!

Pacheco permaneció mas de un minuto mirando la daga que conservaba en la mano, volvió la vista como si à su espalda debiera encontrar alguna persona, y sonrió en seguida, mirando à su amigo como quien sufre las consecuencias de una broma.

—A los diablos! dijo—estaba soñando que cruzaba la Pampa sobre mi saino, llevando à las ancas à mi Juana y su hijita, cuando sentí una mano que me pegaba en el hombro, y una voz que me gritaba mandándome echar pié à tierra.

Era usted que me recordaba, pero yo, dormido aún, creí que era alguien que me venia à quitar mi prenda y salté del caballo daga en mano, dispuesto à pelear hasta la muerte.

Felizmente todo es un sueño, concluyó guardando la daga y solo tenemos que pensar en ensillar nuestros caballos.

Y riendo à carcajadas de lo que acababa de pasar, los paisanos ensillaron los caballos que habian dejado atados antes de acostarse, acercaron las tropillas que se habian retirado alguna distancia en busca de buen pasto, y se pusieron en camino, lamentando de que tanto à Rosa como à la madre de Márcos, se les hubiese olvidado de echarles el mate y los avios en las maletas.

Cuando empezaba à amanecer, los dos amigos habian ya marchado unas siete ú ocho leguas—mudaron caballo y aprovechando el fresco de la mañana, siguieron viage al tranquito, conversando de cosas mas alegres que la vispera.

—Como habiamos pensado, decia Pacheco, voy à comprar una majadita con el poco de

plata que tengo, para poblar en el primer campo que consiga, cerca de la estancia.

Allí haré un ranchito donde podremos vivir en paz y gracia de Dios.

Allí, si usted quiere, puede traer también á la Rosa y nos pasaremos una vida capaz de hacernos olvidar todas las pasadas desgracias con que nos ha perseguido la suerte.

—Lindo no mas, contestaba Márcos, mientras arriaban las tropillas que, no teniendo tanto apuro como ellos, se quedaban paradas allí donde encontraban buen pasto.

Entre chacota y chacota, los sorprendió la siesta en medio del campo.

La segunda jornada, hecha al tranquito, habia sido mas corta que la primera, pues solo habian hecho unas cuatro ó cinco leguas, faltándoles un buen tiron para llegar á su destino.

En aquellos tiempos la campaña era muy despoblada, las estancias estaban á largas distancias unas de otras, y las pulperias no eran tan frecuentes.

Para dar algun descanso á la marcha, donde poder almorzar lo que les sobró de la cena anterior, acompañado de alguna cuarta de vino, necesitaban dar un buen galope.

Aflojaron pues las riendas á sus respectivos fletes, y poco tiempo despues divisaban la banderita blanca que sirve de muestra á las pulperias de campaña.

Allí se encaminaron los dos amigos, y echaron pié á tierra despues de dejar bien acomodadas sus tropillas, y á la sombra de un ombú se pusieron á concluir con el matambre, los chorizos y los huevos duros, mientras les alcanzaban una azumbre de carlon que, al llegar, habian pedido en la tradicional rejilla del despacho.

Aquel almuerzo no fué tan silencioso como la cena, el vinito del pulpero era bastante bueno, y á la sombra del ombú se habian acercado varios paisanos, pidiendo noticias del precio de las haciendas, que es lo primero que en el campo se pregunta á los que viajan con tropa.

Concluido el almuerzo y pagado el gasto, que fué solo el del vino y dos ó tres convidadas, los paisanos montaron á caballo y se alejaron, esta vez al galope ligero.

Sentian una imperiosa necesidad de echar una siesta, pero no querian perder tiempo y sí llegar pronto á la estancia donde podrian descansar á su entera satisfaccion.

Junto con la caída de la tarde, cayeron al pago en momentos que el capataz y los demás peones andaban en la recogida.

—Dios me perdone! gritó el capataz saliendo al encuentro, pero creí que ya no pensarian volver hasta la otra luna!

—La tropa ha demorado algo en venderse,

contestó Márcos, entregándole lo que para él le diera el patron, y no hemos podido venir antes -recien ayer nos hemos puesto en camino, y ya ven que no nos hemos demorado en las pulperias, eh?

Aunque estaban muy cansados con el viaje largo, Pacheco y Márcos ayudaron á sus compañeros á la recogida y volvieron todos juntos á la estancia á tomar el cimarron y el churrasco, eterna cena de la campaña.

—Cuenten, pues, como les ha ido en la ciudad y no se coman solos las cosas buenas, dijo el capataz; estoy seguro que han pasado los dias de baile en baile y que Pacheco ha lucido por ahí su saino.

—Ni siquiera se me ha ocurrido, contestó el jóven, no nos hemos ocupado de carreras para nada, y aunque las hubiera habido, no es el hijo de mi madre quien corre el saino; demasado cara me costó aquella primera vez que lo hice ver en la cancha.

—Entonces habrán bailado mucho ó habrán parrandeado en regla, insistió el capataz; pues ustedes no son gente de quedarse cabeceando en la parada.

—¿Y qué hemos de andar bailando en tan pocos dias? contestó Márcos, gracias que para desentumir las tabas dimos en casa una diversion, que sinó, hubiéramos venido jediendo á viejos.

—Cuenten, pues, dijo el peon que cuidaba el asado, que ya me supongo que habrá sido cosa fina.

Márcos se compuso el pecho y despues de rascarse un poco la nuca, hizo una reseña de aquel baile, con un colorido tal, que á los paisanos se les figuraba asistir á aquella primera huella en que Pacheco dejó asombrado al paisanage de la Ensenada.

—La Juana, decia Márcos estaba como en la gloria—estoy seguro que nunca habia visto un bailarín como mi hermano, á quien los ojos se salian hasta por las uñas.

—Entonces Pacheco ha andado en la buena, dando golpe entre las mozas que valen, interrumpió el capataz.

—No hay que hacer tanta ponderacion, contestó Pacheco—arreglado al gaucho es el agazajo—y se puso colorado como si lo hubieran acusado de una mala accion.

—Me gusta, dijo metiendo su cuchara, un peoncito que habia en la estancia á quien todos querian por traviezo y decididor—así pronto tendremos aquí una domadora que no habrá mas que pedir.

—Quien te mete Juan Copete, le retrucó Pacheco, sin poder contener la risa, provocada por el guiño con que el peoncito acompañó la palabra—siempre has de salir con un domingo siete!

Con este motivo los peones armaron una

gran algarazara, siendo Pacheco el blanco de las mas inocentes bromas, que aceptaba poniéndose colorado unas veces y algo serio otras.

Estando ya listo el asado, todos sacaron sus cuchillos y se ocuparon en llenar sus vientres, con la misma avidez que si aquel fuera compuesto de empleos públicos y los estómagos fueran humildes aspirantes.

Concluido el churrasco y despues de haberlo asentado con un par de enormes tragos de carlon, Pacheco y Márcos confesaron que estaban rendidos, y se fueron á acostar, dejando á sus compañeros en el fogon, donde quedaron hasta que el agua de la paba tocó á su fin.

Aquella noche los dos paisanos durmieron como dos bienaventurados, sobre todo Pacheco, que tenia ya enancadas dos malas noches.

Al aclarar del dia siguiente y despues de la recogida, galopó los potros que tenia entre manos, y dedicó el rato del dia á sus asuntos particulares, es decir, á la adquisicion de las majaditas que habia pensado comprar, y á buscar un campito donde levantar un rancho.

Comprando veinte ovejas á uno, diez á otro, y dos ó tres al que no podia vender mas, reunió unas doscientas ovejas, verdadero capital en aquellos felices tiempos en que los movimientos políticos no venian á rematar en un serio perjuicio para los hacendados, dejando en la calle á sus dueños.

Así pasaron ocho dias que compartió entre sus trabajos y sus diligencias para buscar campo.

Como era mozo de crédito, en cuanto á trabajador y juicioso, esto no le fué muy difícil.

Bien pronto encontró quien le facilitara, á muy corta distancia de la estancia, una legua de buen campo donde levantar una poblacion.

Sobre tablas puso el paisano manos á la obra, y cinco dias despues, con la ayuda de Márcos y tres amigos, habia levantado un ranchito que, si no era una cosa del otro mundo le ofrecia por lo menos un abrigo independiente y seguro, donde podia alojarse con Juanita si lograba su deseo de traerla en su compañía.

El capataz de la estancia miraba con cierta tristeza aquellos preparativos que le indicaban que Pacheco tenia ganas de abandonarlos, pero como el paisano no le hubiera dicho nada tampoco le quiso preguntar.

Cuando Pacheco concluyó su rancho, invitó una mañana al capataz que fuera á verlo—entónces éste no pudo contenerse y le preguntó que si tan mal tratado estaba en la estancia que tan pronto queria abandonarlo.

Aquel hombre habia tomado al jóven un cariño entrañable, y no podia mirar con indiferencia una separacion.

—Libreme mi Dios de semejante pensamiento, respondió Pacheco, sin dejar terminar la frase de su protector.

He hecho esta poblacion para el caso que la necesite y nada mas; ya vé que estamos bien cerca y que puedo atender á mi trabajo de allí estando aquí.

—Usted no es franco conmigo, contestó el bravo paisano—usted ha comprado ovejas que requieren mucha atencion y esto no lo hubiera hecho si no tuviera la idea de abandonarnos—si tiene algun resentimiento que alegar, dígalo con franqueza, que las cosas no se deben callar y hablando se entienden los hombres.

Yo he notado, concluyó, que desde su vuelta del pueblo, usted no es el mismo de antes—se dá menos con los compañeros, y anda solo como si en algo se le hubiera ofendido.

Pacheco quedó pensativo: le pareció feo no decir la verdad á aquel hombre, y ya le pesaba habérsela ocultado tanto tiempo—era necesario además destruir las creencias que tenia y que acababa de manifestar con tan cariñosa franqueza.

Viendo que Pacheco nada respondia y que habia quedado tan pensativo, el capataz se afirmó mas en sus ideas, y golpeándole cariñosamente el hombro, le dijo:

—Mire amigo, vuelque en mi la pena que le aflige, que yo lo estimo muy de veras, y me duele verlo ocultándome algun resentimiento ó pena que tal vez podria aliviar.

—Usted va á saber lo que por mí pasa, contestó Pacheco, mirando al capataz con expresion cariñosa—no quiero que ande creyendo esas cosas y mucho menos que yo me separe de la estancia, cosa que no haria ahora, menos que nunca, porque es cuando voy á necesitar mas trabajo.

En seguida fué á donde estaba su caballo y sacó los cojinillos del recado, que estendió dentro del rancho, para que les sirviera de asiento.

—Siéntese y oiga, dijo al capataz, voy á contarle lo que me ha sucedido en el pueblo, que es la causa de lo que yo he hecho aquí y que usted se ha figurado una cosa muy distinta.

Los dos paisanos se sentaron, y despues de reflexionar un momento, Pacheco refirió á su amigo como se habia enamorado de Juana, cuya historia contó con ese estilo sencillo y melancólico que adquiere el paisano á fuerza de sufrir y que emplea hasta para relatar sus alegrías, tal es el hábito que adquiere de vivir perseguido por la desgracia y la justicia de paz, desde que tiene la edad de votar, hasta que se muere, ó sucumbe combatiendo con alguna partida de plaza.

El capataz escuchaba sin despegar los labios.

Pacheco refirió la conversacion que habia tenido con Juana en el basque de paraisos y la resolucion inconvencible que habia tomado, pues ya para él aquella mujer era lo mas querido que tenia en el mundo.

—Yo me enamoré de ella al principio, porque es una moza que hace mal á los ojos como cuando uno duerme boca arriba y lo despierta la luz del sol, despues sus desgracias me dieron lástima y quise juntar su suerte con la mia, á ver si de dos cosas malas se podia hacer una buena.

Estoy decidido á trarla de un modo ó de otro, por eso he hecho esta poblacion porque en la estancia no podria tenerla.

Ella cuidará aquí sus ovejitas, mientras yo trabajo allá como siempre—ya vé pues que mi rancho no quiere decir que nos vamos á separar.

El capataz escuchó conmovido la relacion de Pacheco—era hombre de corazon y las desgracias de aquella jóven que no conocia, lo habian enternecido profundamente.

Cuando el jóven concluyó de hablar, lo miró fijamente y despues de haber secado con el revés de la mano dos lágrimas que se habian detenido en los pómulos agudos, le tendió la mano y estrechándosela con una fuerza que hubiera deshecho cualquier otra que no fuera la mano de Pacheco, le dijo:

—Ha hecho bien, compañero y en su caso, yo hubiera resuelto de la misma manera—ya sabe que puede ocuparme en lo que raye, ya sea en la persona ó en plata—usted es un hombre que lo merece todo, y á quien ofrezco con el corazon.

Preferame á mi antes que á nadie, porque si llega á ocupar á otro, usted me habrá ofendido y despreciado sin razon.

Mientras dure su ausencia yo le concluiré de arreglar esto, de manera que á su vuelta no tenga nada en que pensar.

—En una cosa, ó mejor dicho en dos, habia pensado ocuparlo, respondió Pacheco, pero como no me animaba, queria esperar el último momento.

—Pida no mas aunque se derrame, que me dá un gusto.

—Quería que me le diera una licencia á Márcos para que venga conmigo, porque él me puede ayudar en mucho, si á la Juana le han negado el permiso, como me lo temo.

Habiendo ya pasado catorce dias sin recibir noticias de la Ensenada, segun lo convenido, Pacheco sabia ya á que atenerse, es decir, que á su novia le habia sido negada la licencia que pidió—por eso queria llevar á Márcos consigo.

—Concedida la licencia á Márcos, contestó el paisano, aunque yo creí que me pidiera algo de mas gordo para probarme su aprecio—lo

único que le pido es que no se deje ver con el patron.

—No puede vernos porque vamos derecho á la Ensenada y no tenemos á que llegar al pueblo.

—Lo único que le recomiendo es que eviten en lo posible tener que hacer una heregia—eso solo sirve para hacerse perseguir al boton, y echarse encima una mala causa.

Una muchacha, cuando ella es gustosa, se puede levantar sin que lo sienta la tierra, y esto es lo mejor que se debe siempre hacer.

—No tenga ningun cuidado, replicó Pacheco levantándose y sacudiendo el cojinillo donde habia estado sentado—ya sabe que yo tengo mas aguante que un mancarron pátrio, y que para hacerme perder á mí la cachaza, es preciso que arda el palenque, y hasta el alero del alma.

Concluida esta conversacion, los paisanos arreglaron sus aperos, y muy al tranquito y mansamente, ganaron la estancia que solo quedaba unas dos leguas y media del rancho de Pacheco.

Apenas hubieron desencillado despues de llegar, Felipe se fué en busca de Márcos para comunicarle la licencia que le habia conseguido y á pedirle estuviese listo para el dia siguiente, que era el fijado para el viaje.

—Aunque el buey solo bien se lambe, agregó, mejor se lamben dos bueyes, porque entonces se pueden rascar la cruz, y además, hermano, yo sé que usted tiene gusto en acompañarme.

—Vaya si lo tengo, contestó Márcos, con su habitual jovialidad, y si se hubiera ido no lo habria hablado mas en mi vida.

Yo ya sabe que para ir al pueblo, soy como milico para la marcha: siempre estoy listo.

—Entonces, no hay mas que hablar, concluyó á su vez Pacheco, yo voy á dar una repasada al saino y otras dos le daré en el camino y en la Ensenada, porque el pobre tendrá que traer á la vuelta y á las ancas, el tesoro mas pesado que se haya visto en el mundo.

—Y por qué no esperamos un par de dias mas? preguntó Márcos—tal vez la cosa ande bien y no haya por qué afligirse.

—Es al fñudo, concluyó Felipe—mañana hace ya quince dias, y si algo bueno hubiera, madre vieja lo hubiera mandado avisar—ahora, como ya ha pasado el plazo, no mandará decir nada, porque sabe que estaremos en camino.

—Entonces hermano, cuando usted quiera—ya sabe que por mí, aunque sea esta noche nos podemos poner en camino.

Pacheco esa tarde estuvo vareando el saino con tanto esmero, que los compañeros le preguntaron que si habia armado carrera, pero

él salió del paso diciéndoles que hacia aquello porque su pingo se estaba haciendo muy pesado de puro haraganear.

Esa tarde cenó mas alegremente que nunca, y anunció á los compañeros que al otro día se iba con Márcos hasta Chascomús, á comprar unas ovejitas muy baratas, que le habian ofrecido en venta.

Los paisanos, acostumbrados ya á verlo comprar ovejas, no estrañaron la cosa y se fueron á dormir, limitándose á desearles pronta vuelta y feliz viaje.

Al dia siguiente muy de madrugada, y antes que los otros peones se hubieran levantado, Pacheco y Márcos habian arreglado las tropillas y ensillado los fletos que habian de montar, y se disponian á partir.

—Estaban revisando los caballos con esa mirada inteligente del gaucho, cuando se les acercó el capataz, que habia madrugado porque no quiso que se fueran sin hablar con él.

—Caracho que han madrugado, les dijo—ni que se fueran en tropilla robada!

Los jóvenes festejaron con una carcajada el dicho del capataz, que añadió:

—Estoy seguro que eran muy capaces de haberse largado sin siquiera haberme dicho: «hasta la vista perro.»

—No lo crea, respondió Pacheco, estábamos esperando concluir de arreglar los mancarrones para despertarlo, pues otra cosa habria sido hacerle pegar un madrugon al ñudo.

—No sé porque se me hace que cuando me hubiera levantado, no les alcanzo á divisar ni el polvo. En fin, ya que los encuentro les diré lo que les hubiera dicho anoche, si no se hubieran ido á dormir tan temprano.

Y sacando del tirador un rollo de dinero, lo estiró á Pacheco diciendo:

—Usted probablemente en sus ovejas y otras cosas, ha gastado cuanto tenia y anda mas cortado que tiento de potro—para lo que vendrá á hacer se necesita dinero, y teniéndolo yo no es justo que usted se vaya sin él ó lo pida prestado á otro.

Pacheco se quedó mirando al capataz sin saber que contestar.

—Tome, pues, lo que le ofrezco y si necesita mas, ya sabe que no tiene mas que decirme lo.

—Para ir y volver no necesito plata, contestó Pacheco, porque ya he tomado pasaje en el anca del saino, y como no tengo que pagar posada, no necesito ni un peso.

—Tome y déjese de embromar, insistió el capataz, lleve esa porqueria y gástela en la ocasion, porque si yo sé que ha necesitado algo y no ha hecho uso de esa basura, puede hacer de cuenta que no me ha conocido.

Negarse á recibir el dinero, hubiera sido

ofender á quien lo daba de tan buena voluntad.

Así lo comprendió Pacheco, pues tomó el dinero y lo guardó en su tirador, diciendo:

—Gracias, amigo, nunca podré olvidar sus finezas, y si algun dia necesita de mí, ya sabe que sin necesidad de esta última muestra puede contar conmigo hasta los caracuces.

—No diga eso, que cualquiera diria que le he librado la vida, dijo el capataz, y se alejó con presteza recomendando que lo esperaran.

Al poco rato volvió, trayendo al rosillo que acolloró en la tropilla, al mismo tiempo que decia:

—Aunque este no es el saino, nadie sabe lo que puede suceder—una bala mata un caballo y si el ginete no lleva repuesto igual puede sucederle una desgracia.

Pacheco, que ya habia montado á caballo, echó pié á tierra y dió á aquel hombre un abrazo, espresion la mas patética que halló en medio de su conmocion y agradecimiento.

Un gaucho no presta jamás su mejor caballo, profiriendo regalarlo, en último caso, y para que lo preste ó lo regale, es preciso que el hombre á quien lo entrega sea un amigo á toda prueba, y que para salvar la vida necesite de aquel caballo.

Por eso Pacheco que sabia esto, y que conocia que en igual situacion tal vez no hubiera tenido el coraje de desprenderse de su saino, no encontró una palabra de agradecimiento á la altura de aquella accion abnegada, y se limitó á dar á aquel hombre, tan estrecho abrazo.

—Acepto el rosillo dijo al separarse, pero con una condicion—y es que con la misma franqueza ha de aceptar usted el recuerdo que yo le traiga del pueblo.

—Déjese de tonteras y al avio.

—No hay tontera que valga, ó acepta así, ó no llevo su caballo.

—Bueno, entónces que sea como usted quiera, concluyó el capataz, y no hablemos mas de eso.

Márcos, que á la sordina se habia puesto á lagrimear al oír el diálogo, fué el primero en estar á caballo, gritando para disimular su emocion:

—Vamos, pues, que es tarde y es preciso aprovechar la fresca de la mañana, porque la siesta va á ser picante.

—Vamos, pues, contestó el capataz, montando en un caballo que se conocia habia estado ensillado y con la cincha floja desde la noche antes. Yo los voy á acompañar un galopito mientras se levantan los muchachos, á los que alcanzaré en la recogida.

Aquellos tres hombres salieron de la estancia con la sonrisa en los lábios y la duda en el corazon.

—No la habrán sacado del pago para que no me vuelva á ver? pensaba Pacheco.—El hombre es malo por inclinacion, y aunque no sea mas que por el vicio de ver sufrir á otro, son muy capaces de haber mandado á Juana sabe Dios dónde.

—Pero pobres de ellos, concluia, si tal han hecho, porque yo me he de vengar y tanto he de hacer, hasta que dé con la luz de mis ojos.

—Pacheco es guapo como las armas, pensaba por su parte el capataz—no sea el diablo que le jueguen una trastada y lo obliguen á hacer una de las suyas que le cueste cara.

La justicia de adentro no se hace mucho de rogar para secar á un cristiano, y la gente con quien va á meterse tiene mas copete que un pabo real.

—No hay que mesquinar el cuero, pensaba Márcos por la suya — si hay que hacer la pata ancha, no la hemos de llevar tan perdida—mi hermano es como luz y yo no soy manco, y si nos dejan tiempo para montar en los parojeros, ni aunque ensillen rayos y rejucilos nos alcanzan.

Habrian galopado unas tres leguas, cuando tiraron la rienda.

El sol estaba ya alto, y el ojo perspicaz de los ginetes alcanzaba á divisar los peones que andaban en la recojida.

—Aunque quisiera acompañarlos hasta Chascomús, dijo el capataz tengo que volverme—daria cualquier cosa por ir hasta la Ensenada, porque me parece que yendo yo todo habia de salir mejor, pero no puedo.

—No le hace, lo mismo le agradezco, creoló, contestó Pacheco—algo me dice en el corazon que pronto nos hemos de volver á ver sin novedad.

—Vos que vás con la cabeza liviana, concluyó el buen hombre dirijiéndose á Marcos, no lo dejes de mano, mira que un hombre enamorado suele no saber lo que hace.

Y castigó su caballo tomando la direccion de la estancia, sin oir la contestacion de Marcos.

Los paisanos lo miraron alejarse un momento y cuando caloularon estar á una media legua de distancia oprimieron las espuelas en los flancos de los caballos y se lanzaron á gran galope detras de las tropillas.

Pacheco apuraba su caballo lo mas que podia—queria llegar cuanto antes á la Ensenada, y á no haber sido por que los iba á necesitar á la vuelta, hubiera ensillado sus parojeros.

Tan firme fué el galope, que habiendo salido á las cuatro de la mañana de la estancia, á la siesta estaban en Chascomús.

Se apearon un momento en una pulperia donde tomaron un bocado y echaron unos tra-

gos de vino, dejando pasar la fuerza de la siesta, no por consideracion á ellos, sino por no aplastar los caballos, pues el calor era cesivo.

A la caída de la noche tomaron otro descansito á campo y siguieron la marcha con ánimo de no parar ya hasta no haber llegado á su destino.

Aun no pensaba en aclarar cuando los caballos de la tropilla de Márcos empezaron á relinchar, sintiendo que se acercaban á un punto de reposo conocido.

—Estamos ya muy cerca, cuando los mancarrones relinchan, dijo Márcos parándose sobre los estribos para divisar mejor al campo, un galopito mas, y llegamos al rancho donde estoy seguro que no nos esperan.

—Si, nos han de esperar, contestó Pacheco castigando al caballo, como si hubiera querido franquear aquella distancia en un segundo.

Le prometí volver á los quince dias, si no recibia noticias antes, y creo que me he retardado de uno.

—Nos conviene llegar de noche. observó Márcos, porque así podremos ocultar nuestra venida, si conviene, y dar el golpe con mas seguridad.

—¿Y por qué nos hemos de esconder? preguntó Pacheco—que acaso venimos á cometer una accion mala?

—Con razon, dijo el capataz que los enamorados suelen perder la cabeza! y si al saber que hemos llegado esconden á Juanita ó la llevan al pueblo para hacer mas dificil la cosa?—aquí un golpe es muy fácil, pero en el pueblo....

—Tiene razon hermano, replicó Pacheco deslumbrado ante tanta prevision—entonces nos conviene escondernos en su casa y pensar lo que hemos de hacer, con arreglo á las noticias que nos den—así no tendrán por qué alarmarse.

Al concluir estas palabras, sintieron un prolongado ladrido de perros, lo que indicaba que llegaban á las primeras quintas del pueblo.

Efectivamente, pocos minutos despues llegaban al rancho de Márcos, sin haber encontrado en el camino alma viviente.

Márcos levantó la tranquera, hicieron entrar a tropilla primero, y luego entraron ellos.

Cuando Márcos observó que era prudente esconderse, habian atado los cencerros de las madriñas, de modo que la entrada tuvo lugar en medio del mayor silencio y sin que el vecindario se apercibiera de su llegada.

Antes de llegar al rancho, fin de aquella rápida jornada, Pacheco quiso pasar por delante de la quinta de los Arana, pero todo estaba envuelto en el silencio y oscuridad de la noche.

Como latió el corazon del jóven al pasar por

aquel ranchito donde quizá à aquellas horas la amada de su alma estaria entregada al dolor de su situacion.

Necesitó hacer un poderoso esfuerzo para arrancarse de allí y seguir à su amigo que le decia era necesario apurarse porque de un momento à otro podia amanecer.

Conforme llegaron al rancho de Márcos, los dos amigos ganaron la cocina, donde desensillaron sus fatigados corceles.

Una vez arreglados todos los animales, volvieron à la cocina y encendieron fuego—la necesidad de tomar un mate se hacia ya imperiosa.

Mientras el agua se calentaba, Márcos fué à rondar por las habitaciones, à ver si podia ver la madre ó una de las hermanas y prevenirles de su llegada, para que impidieran la entrada de cualquier extraño en la cocina.

Empezaba à amanecer y las golondrinas entrándose por los agujeros que habia en los mojinetes, armaban en las piezas una alegre algarabía.

La familia no podia tardar mucho en levantarse, lo que sucedió en efecto, pues à los cinco minutos de andar Márcos mirando por puertas y ventanas, se abrió una de ellas y apareció la madre del jóven armada de una enorme yerbera y un mate como una tinaja.

Grande fué la sorpresa de la paisana, porque aunque esperaba aquella visita, no la esperaba tan de mañana.

—Y Pacheco? preguntó despues de haber abrazado y besado à su hijo—supongo que no habrás venido solo.

—Lo dejé en la cocina calentando agua mientras yo venia à ver si ustedes se levantaban.

—Mas vale así, pues al principio tuve miedo que hubiera ido à rondar la quinta y hacerse ver.

—No le han faltado ganas, pero al fin, ¿qué ha sucedido aquí, que ustedes no han mandado avisar nada?

—Vamos à la cocina à ver à tu amigo y así les contaré à los dos la cosa, para no tener que repetir la relacion.

Y se dirijieron à la cocina, creyendo que Pacheco, impaciente, saldria à recibirlos à la puerta; pero sufrieron un chasco completo.

Las penas del espíritu mas que el cansancio del cuerpo, habian doblado à aquella naturaleza de bronce, que dormia de una manera profunda.

Tenia la cabeza recostada en la mano izquierda, sostenida por el codo apoyado en el suelo: esperaba sin duda la vuelta de Márcos en aquella actitud, cuando lo sorprendió el sueño.

—Dejémoslo dormir, madre, dijo Márcos, hemos hecho el viaje de un solo tiron y el pobre ha venido muy mortificado; creo que trae juntas una quincena de malas noches, encañadas todas.

Entretanto, concluyó tendiendo su cojinillo en el suelo, yo voy à hacer lo mismo mientras no se recuerda; que nadie entre aquí para que no nos vean.

La madre del jóven entornó la puerta y se puso à cebar mate, mientras los recién llegados roncaban formidablemente.

## EN ANCAS DEL SAINO

Viendo la madre de Márcos que los paisanos dormian de una manera profunda, salió de la cocina cuya puerta cerró y fué en busca de sus hijas para prevenir cualquier indiscrecion que hiciera conocer la llegada de los jóvenes.

—Es necesario les dijo que nadie sepa la llegada de Márcos y Felipe.

—Entónces es preciso esconder los caballos, porque sinó cualquiera que llegue à las casas, aunque no se lo digamos, vá à conocer que han venido, dijeron las muchachas.

—Pues à esconder los caballos, sobretodo los conocidos, concluyó la recelosa mujer, y ustedes no se muevan de adentro.

Poco despues todo aquello que pudiera delatar al ojo mas oculto observador la presencia

de los jóvenes habia desaparecido, en las habitaciones y en la misma cocina donde ellos dormian.

Las tropillas que habian quedado afuera podian ser de cualquier amigo que las habia dejado allí de paso; así es que en la Ensenada todos ignoraban que aquella madrugada hubieran llegado de pajuera Márcos y el amigo Pacheco.

Y la madre de Márcos tenia sobrada razon de ocultarlo de una manera tan sigilosa, pues de ello dependia la felicidad de los jóvenes enamorados.

Eran mas de las doce del dia cuando Pacheco saltó de su recado al medio de la cocina, despertando à Márcos con el ruido que produjo.



—Caramba! dijo, parece que nos hemos dormido mucho y que hemos perdido todo el tiempo que habíamos ganado en el viaje.

—No se aflija hermano, respondió Márcos despezándose de una manera capaz de ahuyentar el último vestigio de sueño—esta descansadita la necesitábamos para andar mas livianos, mire que el tiron ha sido largo y quien sabe todavia lo que tendremos que hacer por aquí.

—Si, pero esta ha sido siesta y media, agrego Pacheco despezándose a su vez—vamos á ver por Dios hermano, que es lo que ha sucedido aquí, pues estoy mas inquieto que un mancarron que le ponen un clavo bajo las caronas.

—No se apure que no hay por qué—voy á llamar á la vieja con eso nos cuenta la cosa, mientras de paso comemos un churrasco, porque lo que es á mi me están chiflando las tripas.

—Tambien me chiflan á mí, contestó Pacheco, arreglándose la vincha, pero me chifla mas la curiosidad de saber que es lo que tenemos que hacer: no me va á llegar la camisa al cuerpo hasta que no sepa lo que ha sucedido.

—Bueno, voy y vuelvo, concluyó Marcos saliendo de la cocina; y ganó las habitaciones de la familia, en busca no solo de la madre sino de un pedazo de carne con que hacer un churrasco, pues la verdad es que tenían los estómagos como chuspa sin tabaco.

Pacheco quedó en la cocina esperando la vuelta de su amigo—nunca habia estado tan inquieto como entonces.

Tan pronto se le ocurría que Juana habia obtenido permiso para casarse, como que la habian mandado á la ciudad para que no volviera á verlo y evitar así un golpe atrevido, calculando que la muchacha ayudaria al amante por todos los medios á su alcance.

Por fin apareció Marcos trayendo á la rastra un enorme pedazo de costillar de vaca á medio pinchar en un asador formidable.

—Ya viene la vieja, dijo en cuanto vió á Pacheco impaciente en la puerta de la cocina—todavía estaba siesteando y medio no la pude despertar.

De todos modos, concluyó con su alegría habitual, aquí traigo con qué hacer boca mientras se prende las caronas y viene para acá.

La vista del costillar amortiguó un tanto cuanto la impaciencia del paisano, que ayudó á su compañero á pinchar el costillar y con poner el fuego que habia empezado á apagarse.

Las primeras gotas de jugo caian sobre los tizones, cuando apareció en la cocina la madre de Márcos, trayendo en la mano una botella

de vino capaz de apagar con la mitad de su contenido, la sed que pudiera producir aquel enorme costillar.

—Dichosos los ojos que tan buenas cosas ven, dijo.

—Que no nos esperaba por aquí? preguntó Pacheco, sacándose su panza de burro y tendiendo á la buena vieja su mano enérgica.

—Esperarlos los esperaba, dijo, pero como los hombres son así medio veletas... podían olvidarnos.

—Si siempre soplara el mismo viento replicó Pacheco, con todo su aire picaresco, las veletas marcarían el mismo rumbo—pero la cosa es que el viento que las mueve cambia á cada minuto.

—No en la Ensenada, contestó la mujer, comprendiendo al vuelo la alusion—el viento sopla siempre del mismo lado.

—Entónces apeeme lo de veleta y cuente lo que ha sucedido por aquí, que se me figura no ha de ser de lo mejor, puesto que nada nos ha mandado decir.

—Nada hay que no tenga remedio, menos la muerte, amigo Felipe, así es que por malo que le parezca lo que voy á decirle, pior seria otra cosa, puesto que ahora el remedio está en su mano.

—Pues tireme al pecho no más y no le haga asco al dolor, que de puro traerlo en ancas nos hemos hecho amigos.

Mientras Márcos se ocupaba en hacer la salmuera y dar vuelta al costillar, Pacheco y la amiga se sentaron á la orilla del fogon, donde despues de un gran rato de silencio, principió esta á decir:

—Dos dias despues de haberse ido usted de aquí, Juanita vió á sus patrones, y les dió á entender que un mozo honrado y trabajador se interesaba en ella y la habia solicitado para casarse.

—Y tú que has contestado? le preguntaron?

Como Juanita queria ese dia hacer la cosa de una manera indirecta, dijo que ella no habia contestado nada porque el hombre no la habia hablado, sino que la habia mandado ver con una amiga.

—Y que es lo que tú piensas entonces? volvieron á preguntarle.

Juanita, medio turbada, contestó que ella no habia pensado nada, porque queria aconsejarse primero.

—Yo soy solita en el mundo con mi hija, agregé despues, criando un poco de corage, no tengo ningun porvenir y creo que me conviene casarme, para salir de penas y tener siquiera un hombre que mire por nosotras y se duela de nuestras tristezas.

—Y crees que ningun hombre bueno y honrado, le dijeron, pueda quererte con buen fin?

no seas tonta—ningun hombre quiere á una mujer con hija, sinó para explotarla y vivir de ella, pegándolo de despedida una paliza el dia que de ella se aburra y no le pueda sacar mas plata.

Mira, agregaron, ese hombre ha de ser al gun haragan de los que viven en las pulperias jugando á los naipes y emborrachándose.

Al oír esto, Pacheco se puso densamente pálido, pero no contestó una palabra, se pasó por la cara su gran pañuelo de seda y siguió escuchando.

— Cuando Juanita oyó semejante cosa, continuó la madre de Márcos, se sintió dominada por la mas fuerte rábia, y repuso con toda la firmeza que pudo juntar en su alma.

— En el presente caso eso está de mas, porque el hombre que se quiere casar conmigo es don Felipe Pacheco que trabaja junto con Márcos, y que es muy capaz de hacer feliz á una mujer.

— Bueno hija, le contestaron al verla tan decidida, vamos á informarnos de ese Pacheco, y ya que tu lo pides, te daremos un buen consejo.

Ya sabes que nosotros te queremos y que aquí no te ha de faltar nunca nada, ni á ti ni á tu hija—no seas pues tonta y no te apures en querer rodar por el mundo, que no sabes lo que puede sucederte hoy ó mañana.

Esto fué lo que me contó Juanita á la noche cuando fuí á saber el resultado de su diligencia.

— No te aflijas, le dije entonces consolándola, que lo que te han dicho lo habrán hecho creyendo hacerte un bien—y ya que ván á tomar informes, deja no más que no puede resultar nada malo.

Pacheco no solo es un mozo honrado y trabajador, sinó que segun me ha dicho Márcos, tiene ya alguna platita con la que piensa comprar algunos animales y poner un puesto.

Esperemos que tomen los informes, y despues les pides una contestacion.

Asi dejé mas consolada á Juanita y volví á casa esperando que al otro dia vinieran á pedir los informes, pero pasaron dos, tres y cinco dias y nadie pareció.

Una tarde me fuí á buscar á Juanita y le dije que ya era tiempo volviere á ver á sus patrones.

— Se habrán olvidado y ya sabes que no hay mucho tiempo que perder, pues yo tengo que mandarle á Pacheco la contestacion.

La pobre tuvo miedo y vergüenza de volver con la misma *retaila*, porque no fueran á creer que ella era la que andaba loca por casarse, pero yo la decidí.

— Mira, le dije, deciles que te piden una contestacion que no quieres darla sin su conse-

jo, y vas á ver si se han informado y te quieren aconsejar.

— Bueno, me dijo Juanita, mañana los voy á ver, pero temo no sé por qué que me va á ir mal—ellos no quieren que yo me vaya de la casa porque me necesitan—me van á decir que nó, y yo soy capaz de morirme de pena.

— Anda loca, le contesté poniéndome mi rebozo, y me vine para casa tomándole mal olor á la cosa.

Al otro dia al anoecer fuí de nuevo á ver á Juanita, temerosa de que no se hubiera animado á verlos, y me la encontré llorando á mas no poder.

Pacheco se enjugó el sudor que corria por su frente, en tanta abundancia que le habia empapado la vincha.

— Tenga ánimo le advirtió la madre de Márcos, porque aquí viene lo mas amargo.

— Tire al alma, tire al alma y no le haga caso, contestó este, me he dispuesto á lo peor, así es que cualquier cosa que sea no será tan fea como lo que yo he pensado.

— Entonces escuche amigo mio:

Cuando yo entré, Juanita lloraba abrazada de Justa, y lo que me sintió entrar, redobló su llanto tan tristemente que á mi se me venian, sin quererlo, las lágrimas á los ojos.

— Qué te ha sucedido hija mia, para llorar así? le pregunté.

— Me ha sucedido, me contestó, lo peor que podia haberme sucedido.

— Los has visto?

— Si, y no me han dejado la mas remota esperanza.

— Cuéntame, cuéntame todo lo mejor que puedas, para que yo se lo cuente á él.

Juanita se secó las lágrimas, juntó todos los recuerdos y me dijo lo siguiente:

— Hoy despues de la siesta fuí á ver á la patrona, y del modo mas cariñoso que me fué posible, le dije á lo que iba.

— Me han pedido una contestacion le agregué, y como el patron quedó en informarse para darme un consejo, yo les he dicho que esperen un poco, y he venido á ver á la señora á ver que me dice.

A penas la patrona oyó lo que le decia, me miró como si le hubiera pedido plata y me contestó muy enojada.

— Parece que tuvieras muchas ganas de dejarme por lo apurada que estás en irte—si es que estás aburrída de estar aquí, puedes decirlo con franqueza y no andar buscando pretextos.

— No señora, gracias á Dios, en esta casa no tengo mas que motivos de agradecimiento, pero como me apuran por una contestacion, me veo obligada á darla.

— Y por qué no has dicho que nó desde el principio? asi te habrias ahorrado de andarnos

incomodando, tal vez para hacer despues lo que quieras, porque así son ustedes de desagradecidas.

—El modo con que me hablaba la patrona, me dijo Juanita, me iba animando poco á poco, y matando el aire cariñoso con que había empezado á hablarla.

—No he dicho que nó, le dije, porqué tanto á mí como á mi hija nos hace falta un hombre que mire por nosotras y no nos deje faltar nada.

—Qué acaso te falta algo en casa?

—No señora, pero por mas que los quiera á ustedes y les agradezca todo lo que han hecho por mí, no es lo mismo un patron con un marido, y un marido como Pacheco, á cuyo lado ninguna muger ha de sufrir necesidades.

Aquí parece que la señora no pudo contentarse y largó todo el rollo contra usted.

—Pues has de saber, le dije, que el tal Pacheco es como todos esos haraganes, que se ocupan en ser peones de estancia, por decir que tienen algo que hacer.

—El patron ha tomado sus informes de buenas fuentes y sabe ya que clase de pieza es esa.

—Pacheco es un hombre honrado, contestó Juana conociendo que el cariño se le iba subiendo á la cabeza.

—Pacheco es como todos, contestó la señora, quiere divertirse contigo y nada mas—te hará el gusto un par de meses y despues te dará la vida de perros que está acostumbrada esa gente á hacer pasar á sus mugeres, y no tendrás mas remedio que aguantar, salvo que quieras empeorar tu situacion huyendo de su lado.

Pacheco temblaba de indignacion y de coraje, su boca se entreabria para dar paso á una maldicion que asomaba á sus lábios, y miraba de una manera que hubiera causado terror á todo aquel que no hubiera sido Márcos y la madre.

Esta hizo una pausa ligera para tomar aliento y continuó.

—Al oír esto Juana comprendió que se trataba de romper su casamiento, y se echó á llorar.

—Pacheco no es así, dijo, y nadie puede haber dado al patron semejantes informes, creerá hacerme un bien y por eso lo dice, por que á mí me han asegurado lo contrario.

—Quien te ha asegurado lo contrario han de ser esas guasas hermanas y madre del otro vagamundo Márcos, que es otro que tal baila.

—Yo le he de dar guasas á lazazos, dijo Márcos, atorándose con un pedazo de asado que se habia echado á la boca, so pretexto de probarlo; yo no tengo la paciencia de este, añadió señalando á su amigo, y si me buscan

mucho, van á tropezar conmigo cuando menos lo piensen.

—Deja contar, deja contar, interrumpió Pacheco con un raro reposo, deja contar hasta el fin que entónces sabremos lo que hemos de hacer, ya está visto que en este mundo es preciso ser rico, aunque la plata lá hayan recojido con la misma mano que se da la puñalada.

Vino un rico, siguió diciendo amargamente, y le llevó lo mejor que tenia, dejándole una hija para que siquiera tuviera sus cabellos que regar con el amargo llanto—pero era un mozo rico y los ricos no pueden ofender, como si la plata todo lo remediase.

Llego yo, vengo con el corazon abierto donde cualquiera puede mirar, prometo hasta olvidar aquella infamia, pero no solo me cierran la puerta, sinó que me tratan de borracho y vagamundo, por qué? porque no soy mocito rico, capaz de dejar á una mujer en el atolladero y sin siquiera mandarle con qué comprar un trapo para el hijo.

Nos tratan como hacienda de matadero, concluyó creciendo en amargura—no importa, un apunte mas para la tarja, que algun dia hemos de ajustar cuenta los ricos y los pobres, cuando Dios nos la pida de la vida que nos dió.

Siga, señora, siga, que tengo ya el pecho mas sufrido que lomo de mula.

—Juanita, empezó, pues á llorar, siguió diciendo la madre de Márcos, y á asegurar á su patrona que aquellos informes eran falsos desde el principio hasta el fin, y que ella era gustosa en casarse, porque sabia que habia de ser feliz al lado de un hombre como usted.

—Mira, concluyó la señora, ya me estás fastidiando con tus pamplinas y melindres, nosotros tenemos la obligacion de velar por tí y tu hija, y es por esto que nos damos este trabajo que tú no has de agradecer.

—Entónces qué contesto? preguntó Juana, queriendo ver hasta donde llegaba aquella gente, por no perder una persona como ella, que era el desempeño de la casa.

—Juego cuando vuelva el patron puedes preguntarle y verás lo que te dice; yo he hecho ya bastante y veo que no te puedo convencer de que lo que tu andas por hacer es como tirarse al pozo de cabezos.

Juanita no se acobardó por esto, al contrario, yo no sé de donde sacaria coraje, pero en cuanto vino el patron lo abordó pidiéndole una contestacion definitiva.

Este empezó con las mismas razones de la señora, repitiendo las mismas palabras como si fuera cosa enseñada y aprendida de memoria.

—Pacheco es un pillo y te va á hacer una desventurada, sacándote de una casa don-

de nada te falta ni te faltará, para llevarte á carcer de todo, menos de rebencazos.

—Yo sé Juana, agregaba, yo sé los trabajos que se pasan en el campo, yo sé que mientras el marido anda de pulperia en pulperia la mujer tiene que lidiar con un enjambre de hijos, con los quehaceres del rancho y como si todo eso fuera poco, tiene que atender hasta del cuidado de los animales, que el marido abandona por la limeta y la ginebra—llévate de mi consejo y no te vayas de aquí porque en ninguna parte has de estar tan bien y tan sobrada de todo.

—Es que á mí me hace falta, contestó Juanita, un padre para mi pobre hija, ya que el suyo la abandonó sin volver á acordarse de ella para nada.

—Trataremos de remediarlo—aquí no ha de faltar un marido como Dios manda, que te deje en la casa y que sea honrado y trabajador.

—Es inútil, señor, contestó Juanita ya resuelta á todo y provocando una contestacion definitiva.

Pacheco es un mozo trabajador y juicioso perdonará mi desgracia y será un padre para mi hija—yo tengo que darle una respuesta á su demanda, y por eso vengo á pedirles á ustedes permiso para conversar con él y poder dar una respuesta al mensajero que ha dejado.

—Entonces puedes pedirle á la señora—yo por mi no me meto en estas cosas y si te he aconsejado ha sido para tu bien—ahora tu harás lo se te dé la gana.

En el acto y cada vez mas firme en su resolucion, Juanita fué á buscar á la señora que sin duda ya habia conversado con el patron y á quien dijo secamente.

—Ya hablé con el patron, señora, y vengo á pedirle permiso para casarme con Pacheco.

—Y no te ha dicho el patron, desventura da, á todo lo que te espones? no te ha dicho que si lo que quieres es un padre para la chica, él te lo buscará honrado y trabajador?

—Si me ha dicho todo eso, respondio Juanita, pero yo quiero á Pacheco y nos hemos dado palabra de casarnos.

—Pues todavia es tiempo de deshacer esa tontera—puedes tomar cualquier pretexto y seguir nuestro consejo, que es el mas desinteresado.

—Yo ya no pido consejo, contestó Juanita con una firmeza insolente, sinó licencia para casarme con el hombre que yo quiero.

—Ola, lo tomas en ese tono? contestó la señora dejando ver el despecho que estaba conteniendo desde por la mañana; pues nosotros no queremos que te cases con ese gaucho haragan, porque no nos dá la gana—y mira, agregó amenazando á la pobre muchacha, y contéstale definitivamente que no, porque en

cuanto sepamos que ese bribon ha puesto los piés en la Ensenada te mando al pueblo, donde no puedas ver la luz del dia—á ver pues como te manejas para que no se presente ni á diez leguas de la quinta.

Y en seguida la despidió prohibiéndola que le volviera hablar mas del asunto.

Esto es lo que me refirió Juanita, anegada en llanto, concluyó la madre de Márcos.

Cuando yo la hube consolado un poco diciéndola que no se aflijiese, que todo habia de tener remedio, le pregunté que pensaba hacer, y si iba á obedecer esas órdenes perversas.

—Yo no me atrevo á resolver nada porque tengo miedo que me salga mal, dijo, pero conozco que sin Pacheco se me va á romper el corazon.

Yo quiero á ese hombre como no crei que se pudiera querer en este mundo, aunque yo no quisiera, conozco que no podría dejar de quererlo, pero no se que hacer.

Hay momentos que me dan tentaciones de agarrar el campo por mi cuenta y disparar hasta encontrarlo, pero despues pienso que es mejor esperar á que él venga para que me diga lo que quiere que haga.

—Mira le dije yo entonces, es preciso tener paciencia y disimular, para que la cosa salga bien. Pacheco ha de venir dentro de unos dias, porque yo no le mando decir nada, que es la señal de que no te han dado licencia.

En cuanto llegue yo le encargaré que no se deje ver, para que á la noche pueda venir á hablar contigo sin que nadie se imponga de su llegada y no puedan mandarte al pueblo.

Tú no llores mas y finje que te conformas con lo que te ha dicho la señora—yo no vendré mas aquí, para que no tengan ese motivo de maliciar, y si te preguntan algo, les dices que te has enojado conmigo porque te has negado á casarte con Pacheco aunque ellos no quisieran.

Desde mañana, despues que te acuestes, es preciso que estés muy alerta, porque así que llegue Pacheco yo le diré que venga á la hora que todos duerman y podrán hablar y arreglar lo que han de hacer, no siendo necesario que yo vuelva ni que tú vayas á preguntar nada.

Cuando Pacheco vuelva, él vendrá á la noche.

Esto es lo que hemos arreglado, dijo la buena mujer, terminando su larga relacion, así es que usted tendrá paciencia hasta la noche, pues antes no se puede hacer algo que no sirva mas que para echar á perder el negocio y hacerles abrir el ojo.

Cuando la madre de Márcos terminó, Pacheco se levantó de la orilla del fogan, y despues de pedir permiso á su amigo, la estrechó entre sus brazos, en prueba de la mas profunda gratitud.

—Canejo que habia sido gaucha para arreglar un negocio! dijo, ni el juez de paz, ni el mismo gobierno, hubiera hecho una cosa tan en punto y tan como Dios manda!

La pucha que estoy contento, agregó, saltando por la cocina: ya me habia figurado que no iba á volver á ver mas á Juanita y me encuentro con que esta noche puedo hablar con ella. Caramba, creo que la alegría me va á reventar el corazón y el tirador!

—Pues ya que está contento, hermano, dijo Márcos, vamos á pegarle al asado que está en su punto.

—Ya lo creo que lo voy á hacer, contestó Pacheco, sacando su cuchillo sin mas trámite, y debe estar muy bueno cuando le ha dado usted tan buena cinchada; y señalaba la falta de dos costillas, cuyos huesos se veian blanquear entre el fogon, costillas que habrian servido á Márcos solamente para probar el asado y entonar un poco la languidez del estómago.

Las hermanas de Márcos, llamadas por este, concurren á la cocina y el asado empezó á desaparecer en aquellos estómagos de primer orden.

Pacheco estaba mas alegre que nunca - al llegar á casa de Márcos se habia figurado lo peor que podria sucederle, dispuesto á sobre llevarlo con toda resignacion, así es que al tener la seguridad que podia llevarse á Juanita sin que la tierra lo sintiera, la alegría lo habia ganado por completo.

—Estoy, decia, como un mancarron de galera, al que sueltan trascijao despues de una posta larga y que le es chico todo el campo para revolcarse, porque pensó que aquella sacada de quilo iba á durar todo el dia.

Hace mucho tiempo que no me siento tan alegre, y no mentiria si dijese que nunca me he visto tan feliz.

Caramba! concluyó riendo como un loco, quisiera ser caballo para soltar un relincho, parar el rabo, y lanzarme por esos campos de Dios, como desertor que huye de la frontera!

Y chaireaba el cuchillo en las costillas peladas, y volvía á cortar otro cachito de asado que comia con un placer infinito, jugando como una criatura, con cada bocado, antes de llevarlo á la boca.

Aquel almuerzo fué lo mas alegre que puede figurarse—Pacheco casi agotó el repertorio de sus chistes y dicharachos, no dándose por satisfecho hasta que no enjuagaron la botella con un vaso de agua, para arrancarle hasta la última partícula de vino.

—Caramba muchachos, dijo la madre de Márcos, ya que se trata de festejar una alegría como esta, traeré otra botella para que apaguen la sed de firme.

—Ni lo piense, contestó Pacheco, precipita-

damente—bueno es estar alegre pero no divertido—es preciso saber saltar á caballo para no irse al otro lado, que es uno de los golpes mas fieros - cuando pegue la vuelta, no digo que no, entónces en vez de una botella será una tinaja ó una pipa.

Despues del churrasco vino el mate y la conversacion franca y expansiva.

El hombre, cuando está con el estómago lleno es mas locuaz que de costumbre—de la muger no se diga nada, porque siempre es locuaz y comunicativa, así es que la conversacion que siguió á aquel almuerzo fué de lo mas pintoresco que pueda imaginarse.

Al rancho llegaron algunos de los conocidos que solian ir á matar el tiempo y gastar un par de cebaduras, los que fueron recibidos por las muchachas, quienes les explicaron el fenómeno de no recibirlos en la cocina porque allí estaba mamita durmiendo un dolorazo de cabeza que le habia agarrado despues de la siesta.

Nadie, pues, se sospechó la llegada de los dos amigos, quienes con la salida de las muchachas quedaron en compañía de la buena madre, charlando libremente del asunto obligado.

—Y, ¿qué tal? preguntó Márcos, ¿qué es lo que piensas hacer?

—Lo único que hay que hacer, segun veo, contestó Pacheco, antes de ir á ver á Juana ensillo el saino, pongo al rosillo de tiro y si te vide no me acuerdo: me largo por donde mismo vine.

—No me parece bien, dijo la madre de Márcos, mejor es hablar esta noche con Juana y combinar la cosa; ella así puede tener tiempo de arreglar sus pilchas, porque no es justo que ande á salto de mata con lo puesto.

Mañana, antes de amanecer, puede venirse aquí, no sea que el relincho de su caballo vaya á dar la voz de alarma, y de aquí se pueden ir con la fresca sin que nadie los vea.

—Caramba, dijo Pacheco, y tiene mucha razon. Cuando yo digo que usted ha nacido para gobierno. . . entónces yo me voy de á pié, me vuelvo así que arregle todo, y ensillo los pingos ¡ah hijitos! mientras la moza arregla sus cosas y nos viene á buscar.

—Eso es, concluyó la madre de Márcos: como son muy capaces de mandar á Juanita al pueblo, á la menor sospecha, la cosa es que no se imaginen que usted ha venido.

—Eso hubiera sido muy fácil cuando yo estaba en la estancia, aseguró Pacheco, pero estando aquí, quisiera ver cual es el gaucho que se anima á llevarla á donde yo no quiero!

—No importa, dijo Márcos á su vez, mama tiene razon y no hay por qué hacer mas difícil las cosas.

—Tiene razon, tiene razon, yo decia no más

suponiendo el caso de que nos hubieran sentido y quisieran descomponer la jugada.

La madre de Márcos, fingiendo siempre un fuerte dolor de cabeza, fué en busca de sus hijas, regresando con ellas á la cocina, así que las visitas se hubieron largado.

El buen humor de Pacheco era interminable aquel dia, reia como un loco y siempre tenia alguna salida graciosa para responder á las bromas picantes que le dirigian las traviesas muchachas.

Se tomó mate todo el resto del dia y se comió á la noche un puchero de grano de pecho que no habia mas que pedir, siguiendo la jarana hasta tarde de la noche.

Márcos habia hecho traer dos botellas de vino carlon, al que á penas habia tocado Pacheco, porque aseguraba que, cuando se anda en ciertos pasos, el hombre debe de tener la cabeza libre de bebida.

—No sea pintor, le decian las muchachas, no ha de beber para que no le tomen olor á vino.

Pero Pacheco se reia y contestaba—eso no: porque un hombre siempre debe de tener un poco de olor á tabaco y á bebida: á las mujeres les gusta mas así.

No bebo porque puedo verme obligado á hacer algo grande y no quiero que le echen la culpa al vino sinó á la suerte que me persigue desde que nació.

En esta y otras bromas, tocando un poco la guitarra y jugando á la baraja, se pasó la primer parte de la noche.

El campo estaba en silencio, no se oia el rumor mas leve—la noche era espléndida, sin otro inconveniente que la luz delatora de la luna que ha hecho la desesperacion de mas de un enamorado á quien ha sido poco el tiempo para andar escondiéndose entre los árboles.

—Me parece que ya es hora, dijo Pacheco levantándose, vamos á echar un vistazo por el campo á ver si anda algun curioso—y acompañado de Márcos salió á fuera, explorando los alrededores con esa mirada práctica y escudriñadora del hombre de campo.

No se veia ni una sola luz en las casas de los alrededores, entregadas al mayor silencio.

Pacheco subió á un ombú, desde donde se puso á divisar la quinta de Arana todo en ella indicaba que sus habitantes dormian.

Solo en el rancho de Juanita se veia como una yapa de luz, que indicaba al paisano que alguien velaba allí y que ese alguien no podia ser otro que la amada de su alma.

Los dos amigos volvieron á entrar á la cocina, donde Felipe se preparó á su excursion amorosa.

Se quitó las enormes espuelas y el tirador

lleno de monedas, ambas prendas que al andar hacian un ruido de todos los diablos.

Se sumió el sombrero hasta la nuca para disimular mejor el semblante y se largó en direccion á la quinta de Arana, con mas cautela que la que emplearia un gato que acecha un pajarillo en la rama de un árbol.

—Cuidado hermano, le dijo al salir Márcos, si lo pillar mas bien dispare, que para echarlo á la mala siempre habrá tiempo.

—No tenga cuidado, contestó Pacheco, ya sabe que no me duermo en las pajas y que á prudente pocos me han de ganar.

Y se perdió en el campo, tratando de evitar la traicionera luz de la luna.

Márcos salió detras sigilosamente, diciendo á la madre:

—Por las dudas no está demás que yo lo siga—el amor hace perder la cabeza yo lo sé por esperiencia, y despues uno no sabe lo que hace.

Diez minutos despues, con el corazon estremeido y la pisada vacilante, Pacheco se detenia delante del rancho de Juana y golpeaba la puerta con tanta delicadeza, que apenas sintieron los que estaban dentro.

Se oyeron instantáneamente sigilosas pisadas, y una voz temblorosa y conmovida, que preguntaba lacónicamente:

—Quién?

—Pacheco, respondió Felipe, y la puerta se abrió como por encanto, dejando ver el triste y lloroso semblante de Juanita.

No era la misma persona que él habia dejado contenta y feliz.

Juana habia enflaquecido en aquellos quince dias, como en un año de mala vida.

Su semblante rosado y hermoso habitualmente, estaba ahora amarillento y marchito por el llanto que lo habia surcado dia y noche, sin una hora de tregua.

Los magníficos ojos lucian como dos astros entre las órbitas descarnadas y rojizas y sus labios sonreian como en un sollozo.

Aquella pobre jóven debia haber sufrido inmensamente en aquellos quince dias.

No se podia explicar de otro modo la notable flacura y la palidez amarillenta que la habian invadido.

Con un ademan de indescriptible asombro y de profunda pena, Pacheco abrió instintivamente los brazos, á los que se precipitó Juana dando rienda suelta al llanto que desde un principio asomaba á sus ojos.

Pero este era un llanto regenerador que lo desahogaba el corazon y le consolaba como una caricia.

Era un llanto causado por el placer de volver á ver á su amante, cuyas lágrimas no le quemaban las mejillas, como el que derrama-

ba diariamente, sinó que caian dulcemente, causándole un placer inmenso.

Juana se precipitó en los brazos de su amante, reclinó la cabeza sobre el hombro hercúleo y creció su llanto, mientras trataba de esconder su semblante en el activo cuello del paisano.

—Entremos, entremos, dijo de pronto, tal vez pudieran vernos aquí, á la luz de la luna, y sabe Dios lo que es capaz de hacer esta gente.

—No temas, mi vida, replicó el paisano, esprimiendo en aquellas palabras toda la ternura que halló en su corazón—de mi lado, de entre mis brazos, no hay quien pudiera sacarte ¿no ves? y mostró en su mano descarnada y nerviosa la brillante daga.

Juana se estremeció de horror á la vista del arma, y volvió á pedirle que entraran.

—Entremos y guarda eso, porque creo que una sola gota de sangre que por mi causarás, nos traeria una desgracia inevitable.

Pacheco guardó la daga en su cintura, y manteniendo siempre á Juana entre sus brazos, entró al pobre ranchito donde dormia Justa ese sueño apacible de la inocencia, que no vuelve mas á cerrar nuestros párpados cuando salimos de aquella edad feliz.

Apenas entraron los dos amantes y cerraron la puerta, una sombra que salió de entre unas plantas de maiz, y en cuya mano se podia ver brillar una daga, fué á ocultarse detrás del banco que habia colocado entre los paraisos, de aquel banco donde Pacheco tuvo con Juana su primer entrevista de amor.

Era Márcos, que fiel como un perro, iba á cubrir con su daga y con su cuerpo, la retirada y la espalda de su amigo.

Sentados allí á la orilla de la cama donde dormia Justa, Juana, sin levantar la cabeza de sobre el hombro de Pacheco, le refirió á éste con la voz entrecortada por los sollozos, lo mismo que le habia contado la madre de Márcos.

Pero en el acento de la jóven habia algo que levantaba su indignacion como no la habia levantado la relacion primera, trayéndole ideas sangrientas que no habia tenido nunca.

Cuando concluyó, Pacheco le sacó la cabeza de entre su cuello y mirándola en la boca y en los ojos le dijo:

—Todo eso ya pasó y ahora estoy yo aquí, que vengo á cumplir mi palabra.

—Yo hubiera querido sacarte de aquí despues de una fiesta como aquella en que nos conocimos, á la vista de todos y completamente feliz—pero Dios no lo ha querido así y tengo que llevarte como cosa robada y que se oculta á la Policia—qué le hemos de hacer!

Está visto que yo no puedo hacer nada como la gente, porque mi sino me persigue como

alcalde á criminal—tuve que irme de mi casa como un ladron, y eso que me iba para impedir que me robaran mi saino—hoy me caso como ladron tambien, y como ladron tendré que vivir—pero no importa—tengo extrañas para esto y para mucho mas.

Dios lo habrá querido así y uno no lo puede remediar.

Juana se puso á llorar de un modo desconsolador esta vez—aquella manera de abandonar su casa era dura, pero habia que conformarse á ella, pues no habia otro remedio.

—Y estás dispuesta á seguirme y partir mis desgracias? preguntó el jóven con una voz que sonó como un quejido en los oidos de Juana.

—Yo estoy dispuesta á ir donde me lleves, dijo, aunque sea al infierno—no tengo en el mundo nada mas que este cariño que Dios me ha dado, y esta hijita de mi alma—por seguir á los dos yo no pregunto donde vamos.

—Entonces yo me voy á preparar todo para el viage, que será esta madrugada, dijo Pacheco levantándose—entre tanto puedes preparar lo que quieras llevar, y antes del amanecer te vas con tu hija á casa de Márcos donde yo te espero.

Si tienes algo á mano, concluyó dámelo ahora yo lo llevaré y así irás mas aliviada.

Juana entregó á Pacheco un atadazo de ropa que casualmente tenia arreglado para lavar al dia siguiente y se quedó para acomodar la ropa de su hijita, que era lo único que pensaba llevar.

Pacheco salió, se echó al hombre el atado y se fué con las mismas precauciones que habia venido, despues de decir á su amante:

—No tardes que solo te espero á que llegues—estas cosas mientras mas pronto se hacen es mejor.

Apenas se hubo alejado un poco el paisano y Juana desapareció en el interior del rancho. Márcos salió de detrás del banco y guardando esta vez la daga en la cintura, se puso en seguimiento de su amigo.

El travieso paisano, que no tenia por qué perder su buen humor, imaginó dar á su amigo una broma, de lo que habian de reir en grande mas tarde.

Así, cuando se hubieron alejado bastante distancia de la quinta y llegado á un paraje solitario, Márcos se acercó á Pacheco sigilosamente y dándole un golpe en el atado, le dijo con voz finjida, mientras le rayaba la espalda del poncho con la punta de la daga:

—Párese maula y pague el piso, que la prenda con quien ha hablado es cosa mia.

—Sorprendido Pacheco, tan sorprendido, que no conoció á su amigo que habia disimulado malamente la voz, soltó el atado de la ropa y dió á la derchea un brinco vertiginoso,

al mismo tiempo que sacaba la daga y respondía:

—Lo que yo te voy á pagar son los matambros, puerco mal pegador—á ver como se hama esa maula, y enrolló con presteza su poncho en el brazo izquierdo, como quien espera un ataque récio.

Una carcajada jovial y sonora lo dejó suspenso, al mismo tiempo que Márcos le decía:

—La gran flauta que habia sido lijero—ya veo que para madrugarlo á usted habrá que sacar una cria de liebre y zorro, pues de otro modo se me hace que no le caen á usted en la vida.

Al conocer Pacheco á su amigo, soltó á su vez una ruidosa carcajada y volviendo á apoderarse de su atado, siguió marchando mientras decía:

—Vaya una broma, canejito! usted no pierde el humor, hermano, ni aunque vengán degollando!

Y riendo como unos muchachos llegaron al rancho de Márcos, á cuya madre fué preciso contar la broma para explicar aquellas grandes carcajadas.

—Ah! muchacho! dijo esta, si no puede hacer nada sin su eterna chacota—¿y si Pacheco te hubiera desconocido?

—No hay cuidado, contestó Márcos, solo se desconocen los gallos cuando se mojan, y nosotros á Dios gracias, ni estamos mojados ni somos gallos.

—¿Y á eso solo se costó, hermano? preguntó Pacheco—vaya una calma y unas ganas de embromar.

—No fuí á eso respondió Márcos, es que fuí por guardarle la espalda, pero como la tenida de caña fué larga, con algo me habia de hacer pago, ya que no hubo con quien pegarla.

Pacheco estiró la mano á su amigo y se pegaron un apretón formidable, que equivalia á un discurso de amistosas protestas.

En seguida y ayudados de la familia de Márcos, empezaron á hacer los aprestos del viaje.

—Yo tomo el atado, dijo Márcos, que junto con las demás cosas pondré en un carguero, pues es preciso que nosotros marchemos livianos, porque nadie sabe lo que puede suceder—no le parece hermano?

—Haga como quiera, hermano, contestó Pacheco, que por lo visto usted es mas entendido que yo en estas cosas, y se puso á ensillar su saino con aquel lujo de prendas que le era peculiar, despues de haberle repasado el lustroso pelo con el poncho y peinándole las crines con los dedos.

Mas de media hora empleó el paisano en ensillar su pingo—toda precaucion le parecia poca por la clase de expedicion que iba á hacer y cinchaba con un esmero incomparable.

Concluido de ensillar el saino que por su

impaciencia parecia conocer el servicio que de él se esperaba, Pacheco trajo el rosillo, que pensaba llevar de tiro, pero sin duda cambió de parecer, pues dijo á Márcos.

—Estando sobre el saino no hay caballo que me alcance, es inútil que lleve un tiro que me prive de toda libertad, puesto que he de ir con mujer y chico—llévelo usted hermano, por un por si acaso.

—Es que si la persecucion viene de firme puede necesitar mudar—yo creo que es mejor aguantar el estorbo por lo que puede suceder.

—En cuatro leguas, respondió Pacheco, solo los rayos pueden alcanzarme, y esos no se dejan montar por la justicia, puede irme á esperar con el rosillo de aquí á cuatro leguas, donde mudaré para aliviar al saino.

—Yo no he de apurar la marcha, continuó, sinó en el caso de ser perseguido; así es que con el saino solo podremos andar las ocho leguas que nos han de poner fuera de todo alcance.

Márcos, convencido de estas buenas razones, se puso á ensillar su mejor caballo y á arreglar el carguero que estaba dispuesto á abandonar para acudir á su amigo en cualquier caso de peligro.

Concluidos estos preparativos, se pusieron á esperar á Juanita, que llegó á eso de las tres de la mañana, con su hijita y un atadito de ropa que entregó á Márcos, segun indicacion de Pacheco, que le dijo jovialmente que su ámigo era el encargado del equipaje.

Juana temblaba de miedo como si acabase de cometer un crimen—no se atrevia á levantar la vista del suelo, y estrechaba á su hijita que dormitaba en sus brazos.

—No tiemble niña, le dijo Pacheco, que delante de otro no se atrevia á tutearla—no tiemble que ya no puede sucederle nada, ni hay quien la vuelva á llevar—ya se acabaron sus penas y sus desgracias.

La madre y hermanas de Márcos se acercaron entónces á Juana y empezaron á prodigarle mil caricias, asegurándole que nada tenia que temer.

La jóven sintió desbordar su ternura y se puso á llorar, esta vez de agradecimiento por las pruebas de amistad que recibia.

—Nunca los he de olvidar, dijo sollozando, y cuando pueda volver he de venir á hacerles una visita.

—Ya lo creo que vendremos agregó Pacheco, que estaba muy enternecido y les hemos de hacer cada visita que dure por lo menos una semana, y para disimular su emocion dijo á Márcos:

—Bueno hermano, ya es tiempo que vaya adelantando camino, y aproveche así el último pucho de la noche: yo lo he de alcanzar



cuando menos piense—ya sabe que el saino tiene alas.

—Voy à tomar el del estribo, repuso Márcos, recibiendo un mate que le alcanzaba la madre, y despues de devolverlo prévias tres ó cuatro sonadas de bombilla, concluyó:

—Ea pues, hasta la vista y no pierda tiempo hermano, que la mañana suele ser traicionera.

Y despues de haber atado el encerro de la madrina para hacer el menor ruido posible, salió al campo arriando tranquilamente las dos tropillas refundidas en una.

—Descanse prenda, dijo Pacheco á Juana, cuando dejaron de oír las pisadas de la tropilla de Márcos—descanse un poco que la jornada va á ser larga y usted no está acostumbrada á estas cosas—mientras damos tiempo á Márcos para que adelante camino, puede tomar un par de mates, que quien sabe cuando podremos comer.

—En las maletas de Márcos, dijo la madre de este, van algunos fiambres, de esos que en un caso de apuro pueden comer de à caballo no mas—le he puesto tambien una botella de leche para Justita, que será la mas necesitada de alimento.

Juana se acercó entonces á aquella buena mujer que nada olvidaba y la besó en la boca con filial ternura.

—Esto no se paga con plata, dijo Pacheco conmovido - yo sé con que se paga y no me he de hacer cobrar dos veces la cuenta.

—A que les pego una vuelta de azotes? dijo la madre de Márcos, por meterse à hablar de pagos donde nadie les cobra?—parecen ricos, que creen que en mentando la plata ya lo han pagado todo, aunque sea la desgracia de uno!

—No se me enoje, caramba! contestó Pacheco sonriendo, que al hablar como lo he hecho no he querido ofender y demasiado lo saben—como si no hubiera mas que enojarse con uno!

Esto fué dicho con tal tono de cariñosa broma, que nadie se dió por resentido.

—Bueno, mis hijos, concluyó aquella excelente paisana —ya viene queriendo amanecer y no es bueno descuidarse y dejar que venga el dia.

Efectivamente, las últimas sombras de la noche empezaban á disiparse, arrastradas por ese aire levisimo y delicioso de las madrugadas de verano y ya se esparcia por el campo esa primera y vacilante claridad de la mañana.

Las matitas de pasto se enderezaban sobre sus tiernos tallos, para aspirar esa brisa vivificadora y los pajarillos cruzaban de rama en rama, saludando la luz del alba con sus cantos inocentes.

Los árboles corpulentos sacudían perezosa-

mente su tupido follaje, del que salian las torcacitas en busca del alimento de sus pichones.

La naturaleza entera despertaba magnífica, como si en aquel primer rayo de luz fuese á aspirar la exhuberancia de vida que salia de todas partes, con aquella magestad y aquel encanto tan difíciles de pintar.

—Ya que el campo despierta, dijo Pacheco, bueno será ponerse en camino antes que los curiosos abran sus puertas, y saltó sobre el espléndido saino, haciéndolo caminar hasta donde estaba el grupo de mujeres.

Ayudada de una silla, Juana, turbada y conmovida, se sentó à las ancas, mientras la madre de Márcos alcanzaba al paisano la chililina, que esto colocó cuidadosamente sobre la cabzada del recado.

—Ahora, dijo Pacheco, será lo que Dios quiera—hasta pronto mis amigos, esto es como quien va à dar un paseo, porque bien pronto hemos de volver.

—Adios, adios, se dijeron las mugeres con la voz sofocada por las lágrimas—sé feliz y no nos olvides nunca que ya sabes lo que te queremos.

—Hasta mañana, dijo Pacheco, y puso su caballo al tranco—si se queda un momento mas, se hubiera puesto à llorar como una muger, cosa que sin duda no le pareció muy bien.

Llevando siempre al tranco su caballo y dando vuelta de cuando en cuando para saludar con una sonrisa á los que quedaban, Pacheco dirigió su caballo del lado de la quinta de Arana:—queria que Juana tuviera el placer de mirar por última vez aquel pobre ranchito donde habia pasado sus mejores años.

Allí estaban las cluecas con sus pollitos, que constituian toda la felicidad de la jóven, escarbando alegremente la tierra para comer los insectos, y allí estaba tambien aquel banco donde habian tenido las dos conferencias que habian decidido de su suerte.

Detenerse allí era una imprudencia, pues ya la gente del campo empezaba á levantarse, pero Pacheco tenia tal seguridad en su saino, que ni siquiera pensaba en que pudiera sucederle algo si lo veian de la quinta.

—Vamos, le dijo Juana, vamos, porque me siento con ganas de llorar y tengo miedo ademas, mucho miedo; y echó sus torneados brazos al cuello del paisano.

Pacheco volvió á poner su saino al tranco, haciendo recobrar con su palabra à la jóven su serenidad perdida.

Y al mismo tiempo que hablaba miraba el campo en todas direcciones, pero no con la mirada curiosa del que divisa, sino con una mirada altiva, llena de fiera, que parecia desafiar al enemigo que fatalmente debiera presentarse de un momento á otro.



*Entonces miró por última vez el rancho de Mirón... y lanzó su caballo á una carrera vertiginosa.*

Así marchó al tranquito y explorando el campo, hasta que encontró el camino ancho y parejo que debía haber tomado Márcos, cuya fresca rastrillada no tardó en encontrar.

Entonces miró por última vez el ranchito de Márcos que quedaba á su espalda, á una media legua de distancia, y lanzó su caballo en una carrera vertiginosa.

Media hora despues se encontraba con Márcos que lo esperaba tranquilamente sentado á la sombra de un ombú, teniendo del cabestro al rosillo y su caballo, mientras la tropilla comía á pocas varas de distancia.

Pacheco sujetó á su saino y dijo á Márcos: —Puede montar no mas hermano, que el saino va fresco y aunque la carga no es muy liviana, puede andar cómodamente un par de leguas mas.

—Y qué tal? preguntó Márcos—por lo que ha tardado veo que no ha tenido ningun trabajo.

—Ninguno, á Dios gracias, contestó Pacheco, y siguieron caminando al galope corto, no sin dejar de mirar á la espalda de cuando en cuando, para apurar la marcha al primer polo lejano que alcanzaran á divisar.

Aquel par de leguas mas que dijo Pacheco podría andar el saino, se convirtieron en cuatro, al fin de las cuales hicieron un alto para mudar caballo—tocó entonces al rosillo andar con la triple carga, que llevó sobre su lomo. gentilmente durante otras seis ú ocho leguas, que fueron un pequeño galope para aquellos hombres de poderosa naturaleza, habituados á la vida ruda del campo y á las fatigas consiguientes al oficio.

Pero con Juana y su hijita no sucedía lo mismo, ambas estaban cansadas á mas no poder, y necesitaban imperiosamente un par de horas de reposo.

Los paisanos buscaron una buena sombra pues la siesta estaba pesada, y mientras Márcos buscaba los fiambres en las maletas, Pacheco ensillaba tranquilamente su saino, encontrando que era muy prudente estar prevenido á cualquier evento.

Concluida aquella operacion y atado el caballo al alcance de la mano, se acercó al grupo que formaban sus compañeros de viaje al rededor de un par de gallinas cocidas, una botella de vino y la de leche que la madre de Márcos habia colocado allí espresamente para Justita.

Esta y Márcos fueron los únicos que hicieron verdadero honor al almuerzo.

Juana preocupada con su huida, á penas probó un par de bocados, y Pacheco, absorbido por la felicidad que sentía afluir á todo su ser, se contentó con tomar un par de tragos de vino y mirar á su amante todo el tiempo que duró el frugal almuerzo.

Concluido este, volvieron á ponerse en camino, ensillando Pacheco esta vez caballos de la tropilla para conservar los parejeros y, dando á Márcos la chiquilina para repartirse el peso y la fatiga.

La jornada de la tarde fué mucho mas larga que la de la mañana, pues la noche los agarró del otro lado de Chascomús.

Los paisanos habian engrosado el carguero, por el camino, con un buen catre y alguna otra prenda de cama muy necesarias para el alojamiento de Juana.

Llegada la noche fué necesario pensar en lo que debía hacerse.

—Lo que mas nos conviene, decia Pacheco, es llegar cuanto antes á la estancia, y allí podrán descansar á gusto la fatiga, pero tengo miedo que ustedes no aguanten la jornada de la noche.

Por otra parte, dormir á campo es esponerse y dar tiempo, aunque no creo que nos persigan, y si pedimos permiso en alguna parte, vamos á tener que imponer á los de casa de lo que tenemos entre manos.

—Por mí, dijo Márcos me parece mejor seguir galopando para llegar mas pronto, pero no sé que dirá Juana y si será de aguante.

—Aunque yo estoy cansada, dijo esta, sigamos no mas hasta donde estemos seguros, que ya habrá tiempo de descansar.

—Justita dormirá en mis brazos, mientras galopamos, dijo Márcos, por ella no hay cuidado, que es la que va mas cómoda.

—Entónces, sigamos, sigamos, contestó Juana, porque yo tengo un miedo que no se me irá hasta que no estemos en la estancia.

Y despues de mudar caballos, llevando los parejeros de tiro, siguieron viaje al galope largo durante toda la noche.

Marchando de esa manera, muy pronto tenían que llegar á su destino.

Al otro dia, poco despues de amanecer, llegaron á la poblacion de Pacheco, cuidada desde su partida, por aquel peoncito decidor, empleado en la estancia y que hemos hecho ya conocer á ustedes.

Allí quedaron Juana, Justita y Pacheco, mientras Márcos, arreando las tropillas, iba á dar cuenta del feliz regreso al capataz, quien creyó prudente no ir á saludar á su domador hasta la noche, para ver si se le ofrocía algo, ó podia serle de alguna utilidad.

Lo que pasó entre Juana y Pacheco durante aquellas horas, lo dejamos á la penetracion del lector.

Cuando el capataz llegó á la noche, acompañado de Marcos, Justita era la única que dormía—el saino estaba atado en el alero del rancho y Juana y Pacheco se disponían á mangullarse un cordero que este habia hecho al asador.

Un fuerte abrazo fué el saludo que se hicieron aquellos dos hombres, despues del cual vinieron las presentaciones de la nueva familia, y resultó que los recién venidos tomaran una parte activa en la desaparicion del cordero.

Cuando el capataz trató de retirarse, ya muy tarde de la noche, notó que su caballo no estaba al lado del de Márcos, donde él lo habia dejado.

—Linda gracia me ha hecho el pangaré, dijo, como no le vayan á bajar elrecado. . . .

—No es nada, contestó Pacheco sonriendo, puede irse en este que será lo mismo, y señaló al saino.

—Bueno, replicó el capataz, allá le daremos de comer, pero al montar notó que el saino estaba ensillado con su recado, y se quedó como quien vé visiones.

—Qué diablo es esto? preguntó—esto no puede ser sinó una travesura de Pacheco.

—No, dijo este, es Juana que se ha empeñado en que usted se lleve el saino, y no hay mas que hacer.

El capataz rechazó espantado un regalo de tal magnitud, pero no hubo remedio, tuvo que aceptarlo, pues el paisano le recordó el compromiso contraido antes de partir.

Creyendo que soñaba, el capataz se alejó como quien vé visiones.

Pacheco quedó en la puerta mirando alejarse su saino—cuando no lo vió más, enjugó con el reves de la mano una lágrima que asomó á sus ojos, y dió vuelta la mirada triste consolándose en la contemplacion de su Juana. Aquella era la prueba del mas profundo cariño y reconocimiento que podia haber dado Pacheco al capataz.

## LA VUELTA DE LA BATALLA

Pacheco era un hombre feliz, pues tenia consigo todo lo que su corazon podia ambicionar.

Se habia hecho de una familia que lo amaba con idolatria, y contaba con dos amigos, Márcos y el capataz, que eran para él dos verdaderos hermanos.

Justita se criaba á su lado como su propia hija, pues el paisano habia llegado á quererla como á tal, cariño que hacia la completa felicidad de la pobre Juana.

—Si supieran mis patrones, decia esta, la felicidad que han pretendido robarme, me perdonarian lo que he hecho y el disgusto que les he causado.

—Nadie tiene nada que perdonarte, le respondia Pacheco, porque no has hecho mas que usar de lo tuyo ¿con qué derecho te retienen en su poder sin dejarte casar?

En poco tiempo la haciendita de Pacheco habia aumentado, ya con las pariciones ya con animales que compraba poco á poco.

Juana habia hecho relacion con la familia de don Juan de la Cruz y otras de las cercanias, pasando así una vida apacible y tranquila.

Márcos y el capataz caian allí una que otra noche á armar una partida de truco y destripar de la manera mas honesta de este mundo un *vincha blanca*.

—Sabe, decia entonces el capataz que todavia no me, esplico como se ha desprendido usted de su saino?

—Es, respondia Pacheco, que cuando uno

aprecia á un amigo, le gusta darle la mejor prenda—usted en la ocasion ha sido como mi padre y yo le he dado ese recuerdo, sintiendo no tener una cosa mejor con que corresponderle.

—Déjese de embromar, amigo, ¿que hazaña he hecho yo en prestarle unos reales, cuando sabia que estaban como en el banco?

Es la ocasion amigo, respondia Pacheco sonriendo—dos reales un dia, le prestan mejor servicio que una tropa de novillos cuando no tiene ni fuego con que hacer un churrasco.

Pacheco, á pesar de sus nuevas ocupaciones, no habia dejado el servicio de la estancia donde trabajaba con mas constancia que nunca.

Además de los potros que allí domaba, hacia changuitas por su cuenta, en las estancias vecinas, donde lo ocupaban con preferencia á otros peones.

Los Martinez de Hoz y el mismo don Carlos Casares, lo ocupaban con preferencia para amansar animales chúcaros.

La suerte, cansada de perseguirlo sin duda, lo habia empezado á proteger de un modo decidido, pues en dos ó tres carreras que se armaron, en las que corrió el rosillo y el saino, se levantó unos cuantos miles de pesos, que le sirvieron para aumentar su hacienda.

—Esto no puede ser, dijo Pacheco á Juana, una noche que volvian de lo de don Juan de la Cruz—yo he sido muy perseguido de la suerte para que pueda asi no mas ser feliz y no tener nada en que pensar—alguna mala

jugada me anda por hacer mi estrella y tengo miedo de lo que sea.

Ya yo no soy solo, agregaba, tengo en que pensar, y cualquiera desgracia que me sucediera ahora tendria para lamentarme todo el resto de mi vida.

—Y qué te puede suceder? decia esta—tu no haces mal á nadie, no sabes beber y con nadie te metes.

Además, agregaba con cierto orgullo, te tienen miedo y el que tenga la intencion de hacerte daño, se ha de quedar con las ganas, porque de puro miedo no se han de animar.

—Quién sabe! concluia Pacheco, pero—yo desearia que no me saliese todo bien, como me sucede—esta felicidad me mete miedo, hasta el punto que me alegraria de pegar una rodada para tener un contratiempo y evitar asi un mal mayor.

—No tengas cuidado, le decia Juana acariaciéndolo, es que Dios no abandona nunca á la gente de bien, y como tú eres bueno te proteje para que así puedas tú protejernos á nosotros, que dices querernos tanto.

—Y dudas acaso que yo los quiera con toda mi alma? Ah! . . .

Un beso de Juana cortó en los lábios de su amante el reproche que sin duda vió asomar.

—Zonzo! le dijo—sos muy capaz de creer semejante cosa, como si uno fuera ciego para no ver que si te aflijes tanto es solamente por nosotros!

Pacheco siguió siempre preocupado por esta idea: á mí me vá á suceder una desgracia, insistia, porque es imposible que así no mas, de la noche á la mañana, haya cambiado mi saino.

Sin embargo, fué pasando el tiempo, cada vez mas feliz para el paisano, y la desgracia tan temida no sucedió, lo que hizo que Juana le dijera un dia:

Lo ves Felipe? el cielo nos protege y mediante su ayuda te ha de seguir yendo bien en todo lo que pongas la mano.

—Es que esto no puede ser que pueda durar mucho tiempo—los animales que yo amanso, á penas corcobean, si juego en una carrera, gana el caballo á que yo he jugado, aunque sea el mas maula de todos, si entro á una jugada de naipes y se me ocurre jugar á una carta, se despinta la que estaba en la boca y aparece la que lleva mi apuesta, y ya ves lo que me sucede con las ovejas—he salvado toda la paricion y no he perdido un solo animal—te digo, Juana, concluyó, que esto no puede durar mas así y tengo miedo que la caída me rompa no solo hasta las muelas pero hasta las quijadas.

Y no habia forma de arrancarle estas ideas del majin, en apoyo de las que tenia este acertijo:

—No puede haber gaucho feliz, porque los

paisanos hemos nacido para que nos azote la suerte.

Esta felicidad de que yo gozo ahora, es el cebo que nos dá la desgracia para matarnos mas gordos—que le hemos de hacer.

Sin embargo de estas creencias, y tal vez por la misma razon que las tenia, seguia trabajando con mas empeño, para aumentar sus animalitos lo mas que pudiera.

Al poco tiempo de esta existencia feliz vinieron los nuevos sucesos de Cepeda á sorprender los habitantes de nuestra campaña.

Las provincias habian levantado el arma fratricida y dando el grito de guerra contra Buenos Aires, se habian lanzado á una guerra que amenazaba desde las leyes hasta el hogar.

Buenos Aires, lleno de entusiasmo se levantó como un solo hombre—lo mas distinguido de la juventud porteña formó en las filas de la guardia nacional, y marchó á defender la autonomia y el imperio de la razon y de la justicia.

Era preciso repeler aquella invasion sin precedente, y Buenos Aires no se hizo esperar mucho tiempo.

La campaña como la ciudad, envió á las armas doce mil hombres, biziños en su mayor parte; pero llenos de brio y de entusiasmo marcharon á San Nicolás, á cuyas puertas llamaba el funesto Urquiza, al frente de toda la gente que pudo reclutar en las provincias, unos diez y ocho mil hombres, mas ó menos.

El benemérito coronel Machado habia formado varios regimientos de caballeria, compuestos de gauchos de la campaña Sud, hombres duros para la fatiga, ginetes de primer órden y valientes como las armas.

Miguel Martinez de Hoz, ese inolvidable tipo de la hidalguia, juntó tambien algunas milicias del Sud, yendo con ellas á incorporarse al grueso del ejército.

Entre la gente de Miguel Martinez iban Márcos y Pacheco.

Al primero le habia tocado la suerte de marchar; el segundo le habia dicho:

—Yo lo acompaño, hermano—siento que el corazon se me levanta al grito de esta patria—da á la que no va á faltar ni un solo paisano.

—No sea loco, hermano, le habia respondido Márcos, quédese usted que tiene familia, y puede hacerlo, mire que quien sabe lo que puede suceder.

—Esta patriada convida, hermano, dicen que nos van á quitar á Buenos Aires y se van á repartir la plata y haciendas, contestó Pacheco entusiasmándose por grados.

—Y hasta las mujeres, agregé Márcos, dicen que las van á llevar y nos van á dejar en cueros!

—Pa su mas querida prenda! contestó Pa-

checo—yo no falto á esta cita hermano y juro no volver á mi pago sin las orejas de un urquicero.

No hubo mas, Pacheco se alistó entre el puñado de leones que reclutó Martinez de Hoz, apesar de los consejos de sus amigos y aún de las lágrimas de Juana.

—Cuando á uno le pegan es preciso que se defienda, concluyó y ellos vienen á golpearlos y á llevarnos cuanto tenemos—es preciso defender el rancho á toda costa y para que no lleguen á él, hay que ir á pelearlos á donde estén, y dió un viva á Buenos Aires creyendo que ya estaba en frente del enemigo.

Juana se puso á llorar y á reprochar á Pacheco aquel entusiasmo que podia costarle caro.

—No creas mi vida, respondió este, como en Caseros, muy pronto pegaremos la vuelta, despues de una sableada—ya sabes que yo ando en la buena, y que no puede sucederme por ahora nada malo—no me desconsueles porque así iré mas triste.

Juana se conformó á la voluntad de su marido.

Porteña pura, le gustaba que Pacheco tomara parte en aquella patriada, y se sentia capaz de acompañarlo, pero temblaba á la idea de que este pudiera quedar entre los cadáveres de que se sembraria el campo de batalla.

El dia de la partida llegó por fin, Martinez de Hoz reunió á sus muchachos, y Pacheco acudió con sus mejores caballos, en compañía de su hermano Márcos.

Ambos iban alegres, conversando del triunfo que habia de coronar las armas de Buenos Aires.

El capataz se habia encargado de atender á Juana en todas sus necesidades, mientras durara la ausencia de Pacheco, y este sabia que estando allí el capataz, en su rancho no habian de carecer de nada.

La despedida fué tierna y conmovedora—Pacheco sintió vacilar su corazon, pero su entusiasmo se sobrepuso á todo; se echó una guitarra á media espalda, por lo que pudiera suceder agregó á su facon un sable y una tercerola que le dió el comandante Martinez, y se pusieron en marcha una madrugada antes de salir el sol.

Pocos dias despues llegaban á San Nicolás y se incorporaban á aquel brillante ejército que mas tarde debia hacer triunfar tambien en Pavon las armas de Buenos Aires.

El combate fué récio y bastante sangriento.

Aquellas tropas acaudilladas por sésers de todo pelaje, se estrellaron contra la juventud de Buenos Aires que combatia con su habitual denuedo.

La caballeria del coronel Machado llevó sus

cargas decisivas, dispersándose cuando vió que ya no habia enemigo con quien combatir.

El grupo de gauchos que habia llevado Martinez de Hoz se batian como leones, multiplicándose en todas direcciones con el mismo empuje y el mismo brio.

Bien pronto aquel grupo de caballeria regresó con los sables teñidos en sangre hasta la empuñadura. Pero ¡ay! no eran todos los que habian cargado los que volvian.

Al pié de los cañones enemigos habian caido los mas bravos, los que siempre habian marchado á la cabeza, comunicando á sus compañeros su alegre entusiasmo.

Entre las últimas hileras de los que volvian venia un paisano de ademan triste, que se cubria el rostro con las manos, habiendo abandonado la brida del caballo, que seguia voluntariamente el movimiento de los demás. De la muñeca derecha de aquel ginete pendia por la dragona un sable cubierto de sangre, mientras que la mano izquierda llevaba una gorra de manga de las que usaba la mayor parte de las tropas de Urquiza.

Aquel soldado era Felipe Pacheco, que marchaba maquinalmente idiotizado por una de aquellas penas que pesan sobre el alma como un pedazo de granito.

Por qué volvía así Pacheco que tan animoso y alegre habia marchado á aquella última carga?

El comandante Martinez lo habia observado en toda la pelea, admirando aquel valor irresistible y aquel puño de Hércules que, armado del sable, caia sobre el enemigo como un sopló de esterminio.

Por qué volvía tan triste, tan profundamente triste el que habia acudido á lo mas récio del combate con la sonrisa en los lábios y el ademan altivo?

El no estaba herido, en su exterior no aparecia ningun rastro de contusion, y sin embargo su actitud acusaba el último estado de postracion.

Debía ser muy rudo el golpe que habia logrado conmover aquella naturaleza de bronco.

—Qué tienes Pacheco? le preguntó Miguel Martinez tocándole en el hombro—te han herido acaso?

El soldado levantó la vista y fijó en su comandante una mirada mortecina y bañada en lágrimas.

Qué inmenso debia ser aquel dolor que arrancaba lágrimas á aquel hombre tan bravo para los embates de la vida!

—Qué tienes, amigo? volvió á preguntar Martinez—dime si estás herido en alguna parte ó si te ha sucedido alguna desgracia.

Pacheco gimió y dos lágrimas se secaron al rodar por su rostro que calentaba la fiebre.

—Habla, hijo, insistió Martinez que habia

cochado cariño á aquel hombre cuyo valor le habia entusiasmado—y debia ser realmente poderoso aquel valor, que causaba la admiracion de uno de los oficiales mas bravos que ha tenido nuestro ejército.

—Márcos no viene entre nosotros, respondió por fin Pacheco con voz ininteligible.

Martinez que conocia la amistad profunda que ligaba á los dos paisanos, le preguntó que si habia quedado herido ó si se habia perdido como algunos otros compañeros.

—No, respondió Pacheco dando á su fisonomia una expresion feroz, cuando cargamos, habia un regimiento que nos esperaba con las tercerolas preparadas.

Apenas estabamos á medio tiro de lazo, nos hicieron aquella descarga que volteó algunos compañeros—seguimos adelante y el entrevero fué amargo.

De repente ví á Márcos que lo tenian entre tres, medio apurado; corro á darle auxilio y bajo del caballo de un hachazo al que mas lo acosaba, pero tarde yá—junto con el milico que yo habia volteado ví bajarse un sable sobre la cabeza de Márcos.

Acudo á parar el golpe, pero en aquel momento una lanzada me lo sacó del caballo, haciéndolo rodar en aquella salamanca de herraduras y vasos, de muertos y moribundos.

—Adios hermano! sentí que me gritaba—cuide de mi Rosa, pero no le ví mas.

En vano lo busqué, no le pude echar la vista encima.

Entonces me puse á matar y maté y maté sin oír el toque de retirada, hasta que el sargento me sacó de allí, que si no, todavia estaria matando.

Martinez quedó sumamente impresionado con aquella sencilla relacion.

—Paciencia, dijo, esto es natural en la guerra—lo mismo podia haberte sucedido á tí.

—Yo me hubiera hecho matar tambien, concluyó Pacheco, pero Márcos al morir me recomendó que cuide de su Rosa y entónces me puse á parar los golpes que me dirijan para poder cumplir su encargo.

—Mañana cuando se recojan los muertos, le dijo el comandante comovido, puedes ir á buscar el cuerpo de tu amigo y tener el gusto de enterrarlo—yo te ayudaré á socorrer á su mujer, porque ha muerto como un bravo, y se alejó á tomar las disposiciones para la retirada que se efectuó esa noche.

Pacheco volvió á quedar sumido en la profunda tristeza de que no lo pudieron sacar los cariños de sus compañeros, quienes tambien lamentaban profundamente la pérdida de Márcos.

Al otro dia muchos gefes y oficiales visitaban el campo de batalla, buscando entre aquel hacinamiento de cadáveres, quién á su

hermano, quien á su padre, quien á su amigo querido.

Allí donde habia sido mas récio el combate, donde la caballeria habia llevado cargas sobre-humanas á la artilleria enemiga, matando los artilleros al pié de los inútiles fuegos, se veia un grupo de soldados de aquella primer arma, revolviendo los cuerpos despedazados, cuyas caras miraban con una ansiedad febril.

En aquellos semblantes varoniles se veia fuertemente dibujada la expresion del dolor mas acerbo, principalmente uno de aquellos hombres que acercaba al suyo el rostro de los cadáveres como si fuera á besarlos, apartándolos en seguida con una especie de horror y de ira.

Quiénes eran aquellos soldados que con tanta actividad buscaban allí un cuerpo, indudablemente querido?

Eran soldados que buscaban su gefe ó su oficial, ó allí los llevaba la infame esperanza de encontrar algun cadáver en cuyos bolsillos suponian hallar una fortuna?

No, aquellos soldados iban con una mision mas piadosa—eran soldados del cuerpo de Miguel Martinez de Hoz que, capitaneados por el sargento Pacheco, buscaban el cadáver humilde de Márcos, caido como un leon en aquella formidable y última carga.

Pacheco lo buscó con un empeño frenético, allí donde lo habia visto caer, pero inútilmente.

Los dispersos habian saqueado los cadáveres la noche anterior, desparramándolos en todas direcciones y á largas distancias, para mejor llevar á cabo el saqueo sin que nadie les incomodara.

Una vislumbre de esperanza empezó á iluminar el espíritu de Pacheco—si Márcos no estaba allí, no debia haber muerto—tal vez herido, habria hallado una mano piadosa que le prestara socorro.

Con que terror revolvan entónces los cadáveres temiendo ver desvanecida á cada paso, aquella vizlumbre de esperanza!

Por fin, como á las dos horas de un trabajo desesperante, con los ojos horriblemente hinchados por el llanto y la zozobra, Pacheco levantó uno de los cadáveres, lo miró con una expresion infinita, lo besó en la boca, dió un grito desesperado y rodó por el suelo, es decir, por aquella alfombra de carne despedazada, sesos y sangre.

El paisano acababa de encontrar el cadáver de Márcos, que tanto habia buscado desde la madrugada.

Aquel hombre debia haber combatido como un leon, á juzgar por la manera bárbara como su cuerpo habia sido mutilado.

Además de aquella lanzada de muerte que lo llevó del caballo, á la vista de Pacheco,



*Paqueos parados á contemplar con los ojos vagos y fatigados ya por el llanto aquel helado cadáver....*



tenia la frente partida de un hachazo hercúleo, el seno abierto por una herida de facon y un tiro de tercerola en la cabeza, tiro de gracia con que algun soldado lo habria despedido.

Pobre Márcos! á pesar de aquellas heridas que debian haberlo hecho sufrir horribilmente, su rostro helado conservaba aquella eterna expresion sonriente y bondadosa, que no habia podido borrar la muerte.

La mano derecha estaba cerrada hasta clavar las uñas de los dedos en la palma, creyendo sin duda, en el ánsia de la muerte, que oprimia la filosa daga, ausente de su cintura junto con otras prendas de valor que llevaba.

Así mueren todos nuestros gauchos—no alcanzan á comprender la palabra miedo, ni su significado, y así los vemos como en los Corrales y en el Retiro, *rajar* de un terno á las bombas y granadas que no podian destruir con su daga ó su lanza de caña y hoja de tijera.

Raza soberbia é inteligentísima que la civilizacion ha corrido de nuestros partidos mas cercanos sin comprenderla y sin saberla aprovechar.

Los compañeros de Pacheco, respetando aquel dolor tocante, permanecieron algunos minutos contemplando aquel tristísimo cuadro, sacudiendo por fin la pena que los dominaba y tocando en el hombro á su compañero.

Pacheco se incorporó, miró á sus acompañantes y volvió á contemplar con los ojos vagos y fatigados ya por el llanto aquel helado cadáver que pocas horas antes habia combatido á su lado lleno de vida y de entusiasmo.

—Es preciso llevarlo mas lejos, dijo á sus compañeros, para enterrarlo, para que no tenga por tumba el buche de los caranchos ó el estómago de los zorros.

Y ayudado por sus compañeros puso el cadáver en un poncho, y llevando los caballos de la rienda se alejaron todo lo posible de aquel sitio de matanza, donde todavia se escuchaba de cuando en cuando, el último lamento del que rendia la vida en medio del mas terrible desamparo.

El hombre es por naturaleza cruel y perverso: siembra la muerte sin mirar atrás, por una ambicion mezquina y cobarde, con menos emocion, sin duda alguna, que la que esperimenta al embolsar el oro ó disfrutar de la posicion poco envidiable que aquellas matanzas le han proporcionado.

Tendamos la vista por las páginas de nuestra historia, hasta la última del presente y hallaremos consignada esta verdad en cada una de ellas, como si todo el oro y toda la gloria del mundo, valieran la vida de un hombre, ó

cargar con la maldicion de un pueblo sobre su memoria.

Es que el hombre de mas talento, sin que él mismo pueda darse de ello cuenta, tiene algo, aunque sea un átomo de cretinismo.

Pero dejemos esto que no es para ser tratado aquí, ni por nosotros, y sigamos con la interesante vida del tipo excepcional cuya existencia seguimos tramo á tramo.

Mientras Pacheco y algunos compañeros quedaban cuidando el cadáver, los otros regresaron al campamento en busca de palas y azadas con que construir la fosa que, lejos de su pago, debia guardar los restos de aquel paisano tan bravo y tan leal.

Como á la hora regresaron y se dedicaron á la fúnebre tarea que les absorbió hasta muy cerca de la oracion.

Pacheco sacó á su amigo aquellas últimas prendas que por inútiles habian respetado los que despojaron el cadáver, para tener algun recuerdo que llevar á la familia del desventurado amigo, y lo colocó en la fosa, con la misma delicadeza que una madre hubiera colocado en la cuna su pequeño hijo.

En seguida, y muy suavemente, empezaron á llenar la fosa, no quedando de Márcos, en el mundo exterior, mas que aquel montoncito de tierra que cubria su cuerpo y una cruz hecha con dos palitos y un tiento, que en él clavó la mano piadosa de Pacheco.

Concluido este último y tocante tributo pagado á la amistad que con Márcos los habia ligado en la vida, los paisanos se arrodillaron al rededor de aquella pobre sepultura, donde permanecieron mas de cinco minutos, al cabo de los cuales se prepararon para retirarse.

Montaron á caballo y volvieron á su campamento á eso de las seis de la tarde, hora en que Martinez de Hoz estaba cuidadoso por la tardanza de sus soldados, temiendo se hubiesen perdido y caido entre la retaguardia del enemigo.

—Y qué tal? preguntó á Pacheco así que lo vió llegar, concluyeron el trabajo?

—Ya está concluido, mi comandante, dijo el sargento Pacheco, secándose las últimas lágrimas, ahí queda el pobre descansando en tierra extraña: el señor lo tenga en su gloria.

—Ya la campaña se ha concluido y se van á licenciar las caballerías—tú con los del pago pueden irse mañana, que yo me les he de juntar cuando menos piensen.

—Muchas gracias, mi comandante, replicaron aquellos valientes gauchos, yéndose á los fogones á merodear algun bocado perdido entre la ceniza.

Aquella noche el noble Miguel Martinez hizo llamar al sargento Pacheco, y entregándole veinte onzas, le dijo:

—Ahí tienes eso para aliviar en algo la mujer y los hijos de tu compañero.

Márcoos ha caído, añadió, como caen los buenos criollos, y la patria se lo tendrá en buena cuenta.

—Pobre Márcoos! interrumpió el sargento—tan alegres que salimos! quién nos había de decir que yo volvería triste y solo como alma en pena! qué le hemos de hacer! la muerte no mira lo que hace y se lleva siempre á los mejores y á los que mas falta hacen en el mundo!

—Bueno, sargento, concluyó Martínez de Hoz despidiéndolo — puedes ponerte en camino mañana al amanecer, que te prometo que muy pronto nos volveremos á ver; tú te has portado como un valiente, y no creas que lo que tú has hecho ha pasado desapercibido—ya tendrás tu recompensa.

Pacheco se despidió de su jefe, juntó los caballos de Márcoos que pudo encontrar y se preparó al triste viaje de regreso.

—Como voy á hacer yo para dar á Rosa la noticia de esta desgracia... pensaba mientras arreglaba sus pilchas y yo que no pude impedir que lo mataran! pobre mi hermano! aunque yo hago tanta falta como él, hubiera querido recibir las heridas que lo han ultimado!

—Ya no tengo mas amigo que el capataz que es medio vejancon, seguía pensando, y cuando este á su vez se vaya, volveré á quedar solo con mi Juana y su hijita.

Concluidos todos sus preparativos, Pacheco se envolvió en un poncho patrio y se tendió en el suelo al lado de sus compañeros, deseando que un momento de sueño lo hiciera olvidar tanta pena como había experimentado aquel día.

Pero la noche fué peor que el día.

Si acaso cerraba los ojos vencido por la fatiga y el sueño, era para volverlos á abrir sobresaltado creyendo ver á Marcos á su lado ó para caer en una horrible pesadilla.

Al otro día muy de madrugada ensilló su caballo y se despidió de sus compañeros, anunciándoles su regreso al pago.

Algunos de ellos obtuvieron del comandante permiso de regresar tambien, de modo que el viaje que Pacheco creyó hacer solo, lo hizo en compañía de seis ú ocho soldados, que eran otros tantos paisanos de su mismo pago, que trabajaban en las estancias vecinas.

Antes de alejarse de aquellos lugares donde dejaba el ser que mas había querido en la vida, Pacheco quiso visitar por última vez la sepultura que lo encerraba y arrodillado al pie de la humilde cruz levantó su mas fervorosa plegaria.

Terminado este acto piadoso, Pacheco se levantó, montó á caballo y agitando su mano

derecha como si se despidiese de una persona viva, dijo al mismo tiempo que oprimía los flancos de su caballo con la fuerte espuela:

—Adios hermano! ya no lo volveré á ver mas sobre la tierra, pero aquí en mi corazón, su recuerdo vivirá siempre!

Y aquel grupo de soldados se puso en marcha sin cambiarse entre ellos una sola palabra.

Así galoparon todo aquel día, sin detenerse mas que el tiempo necesario para mudar caballo, ó amortiguar con un trago de agua la ardiente sed que les hacía imposible la jornada.

Cuando llegaron á Buenos Aires, todavía se festejaba el triunfo de Cepeda.

Todos los semblantes sonrían á los paisanos como si quisieran felicitarlos por la victoria alcanzada, aunque en Buenos Aires no se conocía todavía con exactitud el fin de aquella jornada, que debía terminar mas tarde en Pavón.

Pacheco, triste y con los ojos enrojecidos por el insomnio y el llanto, se decidió á ir á ver á Rosa.

—Ustedes pueden esperarme en cualquier parte, les dijo, yo tengo que ir á cumplir este triste encargo, que me sienta como una puñalada en medio de las paletas.

—Yo lo acompañaré, contestó uno de los soldados—que no se diga que lo dejamos en la estacada.

—Aceptado de mil amores, concluyó Pacheco, porque solo, no sabría por donde empezar ni por donde concluir—es mas amarga la cosa de lo que parece en el primer momento.

Y mientras los demás soldados se entraban á una fonda del camino á hacer tiempo y boca, Pacheco y su acompañante dirigieron sus caballos hacia el rancho de Rosa, que estaba lo mas agena á la tremenda noticia que iba á recibir.

Pacheco trató de borrar de su rostro hasta la mas remota espresion de pena que pudiera dejar conocer la triste noticia de que era portador, pero no pudo apagar en sus ojos aquella mirada sollozante donde se revelaba toda la pena que enlutaba su espíritu.

Cuando llegó al rancho de Rosa, ésta salió á recibirlo como aquella primera noche en que, huyendo de Palermo fué á golpear su puerta en compañía de Márcoos.

Tenia un hijito en los brazos, y dibujada en los lábios su sonrisa mas apacible y serena.

Apénas vió llegar á los dos soldados y apearse á la puerta del rancho, tendió por el campo su mirada inteligente, sin duda en

—Dicen que han peleado en San Nicolás y que el Señor nos ha ayudado—pero por qué no ha venido mi Márcoos? lo han muerto acaso?

busca de Márcos, y como no lo hallara, fijó sus ojos en Pacheco que disimulaba su emocion haciéndose el que cinchaba al pingo.

Aquella mirada interrogante la recibió Pacheco en la espalda, semejante à la hoja de un puñal que allí se le clavara.

Y es que à Rosa la habia asaltado una sospecha que creyó ver corroborada en la actitud de Pacheco.

—Y Márcos? preguntó avanzando hácia el paisano —¿dónde está Márcos? por qué no viene con usted?

Pacheco quiso sonreír, pero la sonrisa se le heló en los labios y concluyó de turbarse sin saber que contestar.

Pacheco levantó los ojos preñados de lágrimas y miró à aquella muger desventurada.

—Márcos ha peleado à mi lado, balbuceó, fué una linda carga en que doblamos al enemigo, pero Márcos. . . .

Y no pudo concluir—el llanto ahogó su voz y oprimió el rostro sobre el coginillo.

—Márcos, el amigo Márcos, interrumpió entonces el otro soldado, murió como un criollo de primer aparte, despues haber hecho heregias. . . .

Pacheco levantó la cabeza y lo miró como queriendo cortar la frase, pero demasiado tarde, la noticia estaba dada con toda la brusquedad de un soldado.

Rosa se quedó mirándolo de hito en hito—tan rudo habia sido el golpe y dado tan à lo bruto, que estuvo mas de un minuto sin poder darse cuenta de lo que le pasaba.

Miró vagamente al hijo que tenia en sus brazos, volvió nuevamente la mirada à Pacheco que si no lloraba era porque ya no tenia mas lágrimas, y rompió à llorar de una manera íntima y desesperante.

—Muerto! gritó—muerto mi Márcos del alma! sin que yo le haya cerrado los ojos! yo me voy à morir —madre mia! madre mia! y se entró al rancho como una persona que ha perdido la razon.

—Caramba, mi sargento, dijo el soldado—yo no he llorado en mi vida, pero creo que de esta hecha las lágrimas se me ván à salir de madre—y se limpió los ojos con la manga de la camiseta.

Pacheco no contestó la salida del soldado, porque ni siquiera habia oido lo que este le dijo, embargado por la pena de Rosa à quien queria como hermana, y su pena propia.

Cuando la jóven volvió à salir, acompañada de su viejita, halló à Pacheco en la misma posicion que lo habia dejado.

—Es verdad, le preguntó febril y llorosa que mi Márcos ha muerto en la pelea?

—Como mueren los hombres, respondió Pacheco, sacando fuerzas de su propio dolor, para rendir aquel mezquino tributo à la me-

moria de su amigo: mi hormano murió en su ley y como solamente mueren los hombres de alma amarga; yo lo ví caer à mi lado.

Rosa rompió à llorar nuevamente, pero de una manera mas triste, mas conmovedora.

—Cuénteme, cuénteme, como fué, dijo—tendré siquiera el consuelo de saber como murió mi vida.

Pacheco se sentó en un poyo, bajo el alero, y contó detalladamente como habia tenido lugar la muerte del valiente paisano, el trabajo que para buscarlo habian tenido al dia siguiente, la manera como lo habian enterrado y lo que al despedirlo le dijo el Comandante.

Y cerró su relacion entregando à la pobre jóven las veinte onzas que le diera don Miguel.

—Pobre hijito mio! mormuró la jóven, besando en la boca al hijito que conservaba en sus brazos—quién mirará por nosotros!

—Yo, por vida de todos los santos! exclamó Pacheco, saltando del poyo de una manera resuelta y dándose un puñetazo en el pecho.

—Márcos era mi hermano, agregó animándose por grados, y yo he de hacer por usted lo que él en mi lugar hubiera hecho por los míos.

Mientras yo viva en el mundo yo seré el Márcos de su rancho, si es que usted no quiere irse à vivir con mi Juana, y mientras me queden alientos para trabajar, à ustedes no les ha de faltar nada.

—Ea, concluyó, entregando à Rosa las veinte onzas, é imponiéndola de que aquellos caballos que habia traído eran de Márcos—yo me voy porque hacemos falta en otra parte:—dentro de poco he de volver por si se ofrece algo.

Aquella despedida fué tan triste, como la que hizo Pacheco en la tumba de Márcos.

—Ah! dijo de repente—quiero que usted se encargue de llevarle la noticia à la familia de mi hermano—yo no sé como he juntado ccraje para venir hasta aquí, pero sé que no lo tendria para ir à dar otra puñalada à aquella gente à quien tanto debo.

—Vaya descansado Felipe, jimió la jóven, yo llevaré la noticia y así tendré la ocasion de llorar otro poco mas la pérdida de mi Márcos; y anegada en el llanto estrechó la mano que le tendia el noble paisano.

Este, para no prolongar mas aquella inmensa pena y verse libre de un espectáculo tan triste, picó espuelas à su caballo y se lanzó à media rienda hasta la fonda donde esperaban sus compañeros, à donde llegó de un solo galope, encontrándolos à todos bastante alegres, gracias à unas cuantas azumbres de ginebra conque habian remojado el viaje.

—Compañeros, les dijo apenas llegó, lo que

es yo, ahora mismo sigo viage para Dolores, el quiera venir conmigo puede ir saltando á caballo.

Los soldados que querian al amigo y sargento, se apresuraron á ir saliendo de la fonda, mientras el soldado que lo acompañó á lo de Rosa, que estaba á boca que *querés* y que no tenia las razones de Pacheco para no beber nada, se compraba dos libras de salchichon y un *vincha blanca* para recuperar por el camino las fuerzas perdidas.

Así aquellos soldados que habian llegado tan tristes, se pusieron nuevamente en camino, un poco mas animados y mas risueños.

Pacheco era el único cuya tristeza no habian logrado disipar sus compañeros—en las paradas se negó á tomar alimento, echándose al estómago una media docena de mates, con sus correspondientes tragos de ginebra, para engañar en algo el desfallecimiento que lo iba ganando poco á poco.

Aquel viage no fué como los que tenia la costumbre de hacer con el desgraciado Márcos.

Con los caballos bastante maulas, y cansados por añadidura, poco camino se podia hacer, así es que vinieron á caer á Dolores al fin de un viage penoso, triste y pesado, por el cansancio que traian, cansancio que no habian podido disipar desde el dia de la batalla, pues desde entónces, ya por una razon ya por otra, no habian podido gozar una sola hora de reposo.

Pacheco estaba desconocido, hasta el punto de que el capataz se alarmó creyendo que volveria gravemente enfermo.

—Traia los ojos fuera de las órbitas, como si hubiese escapado de una horca momentos antes de recibir el alma—su rostro enflaquecido y amarillento, tenia impresa una expresion tristísima, y su boca habia contraido ese pliegue melancólico y doloroso que da la frecuencia del llanto.

Caminaba agoviado como bajo el peso de un medio siglo, y su cuerpo habia perdido esa gallardia varonil y ese continente altivo y marcial que lo caracterizaba.

Era Pacheco, si, pero un Pacheco que hubiera cruzado cincuenta años de desventuras, sin un momento de reposo para su espíritu quebrado por el dolor.

—Qué tiene amigo? preguntó el capataz cuidadoso, saliendo á su encuentro y tendiéndole ambas manos—ha dado alguna rodada?

—He dado una, si, respondió el paisano con una amargura infinita, pero ha sido una rodada con el corazon, de las que no tienen cura, porque se ha roto uno de sus nervios mas sensibles.

—Cuénteme lo que le pasa, agregó aquel noble paisano ayudándolo á entrar al rancho,

que muy honda ha de ser su pena si aquí no halla un consuelo para ella.

—Antes que todo, dijo Felipe, cómo están en casa?

—Muy bien, gracias á Dios, están muy contentos, salvo la natural tristeza producida por su ausencia—pero vuelque acá, vuelque la maleta de sus penas con eso le damos alivio.

—Es en vano que lo busque, porque solo el tiempo me lo puede dar—y de repente, como sorprendido, añadió: ¿qué, no me pregunta por nadie?

—Es verdad, amigo, aflijido por la pena que le adiviné en el pelo de la ropa, no me preocupé de nada mas—¿y Márcos?—estoy seguro que se habrá quedado en la Ensenada ó en Palermo.

—Ah! gancho! continuó, ha querido reposar el cansancio de la pelea en medio de los suyos! qué broma le voy á armar cuando vuelva!

—Es que no volverá, contestó Pacheco, cuyos ojos brillaron al través de las lágrimas que el recuerdo de su amigo arrancaba á su corazon—él no volverá porque ha quedado allá.

El capataz miró á Pacheco espantado, vió las lágrimas que rodaban por sus pómulos, y empezó á comprender la tristeza íntima que habia quebrado el espíritu de aquel hombre de voluntad tan firme.

—Que ha muerto el pobre Márcos? preguntó abriendo los ojos de una manera desmesurada—mire compañero que con esas cosas no se embroma—ha muerto ciertamente?

Pacheco movió la cabeza de arriba abajo, sin responder una sola palabra.

La presencia del capataz y la llegada á aquel paraje donde se habia estrechado la amistad de hermanos que lo ligó con Márcos, renovaron su dolor de una manera poderosa.

No pudo resistir aquel cúmulo de recuerdos y rompió á llorar cuando creia no tener mas lágrimas.

El capataz permaneció largo rato asombrado por la noticia que se le daba, de la que no se atrevia á dudar visto el inmenso dolor que irradiaba del semblante de Pacheco.

Este, despues que hubo secado sus lágrimas, contó, de la misma manera que lo habia hecho con Rosa, como habia muerto su hermano Márcos, como lo habian encontrado al dia siguiente, y como lo habia dejado enterrado en aquella tierra de herejes.

Quando concluyó su relato, el capataz lloraba tambien á la par suya—nunca paisano alguno fué tan sentido como el alegre y bondadoso Márcos.

—Fué entónces muy dura la pelea? preguntó el capataz tratando de distraer á Felipe,

pues comprendia que el recuerdo de Márcos lo estaba matando.

—Fué muy dura, contestó este—los argentinos somos duros de pelar, nuestras cargas eran esperadas sin pestañear por los del otro lado, y ahí venian los entreyeros, donde la gente moria como moscas en el invierno.

Y al hacer este relato sus narices se dilataban y volvía á brillar en su mirada toda la fiereza de su espíritu intrépido, como si todavía estuviera en lo mejor del combate, oyendo la voz con que su jefe los mandaba cargar.

—Pero amigo, cuando dos guapos pelean, continuó, es preciso que uno ú otro ceda el campo, porque alguno se ha de cansar primero.

Así, el Señor nos protejió, y el enemigo empezó á dispersarse abandonándonos el campo, segun oí decir.

—Fué entónces que nos mandaron dar la última carga, carga maldita, y fué entónces que mi hermano Márcos cayó cosido á hachazos y á lanzadas.

Y al llegar á esta parte del relato su semblante se nubló nuevamente, en él se apagó aquella ráfaga de vida que lo iluminara al principio, y volvió á caer en su dolor profundo.

El capataz, tratando siempre de consolarlo, del mejor modo posible, calentó agua, cebó y le alcanzó un mate que Pacheco tomó con ansiedad.

Así tomó hasta media docena, despues de lo cual se levantó y dijo que iba á su rancho á ver á su Juana y descansar, porque no dormia desde el dia de la pelea.

—Pobre Pacheco! pensó el capataz enfrenando un caballo que estaba atado en el palenque, para acompañarlo—no se va á consolar á dos tirones! era mucha amistad la que los unia!

Y al tranquilo de los mancarrones salieron de la estancia y llegaron á aquella poblacion cita que tambien tenia el sello de Márcos, pues él habia ayudado á levantar el rancho, y llevar lo que habia dentro, que era lo mas querido que quedaba á Pacheco en el mundo.

En el palenque los dos amigos se separaron, despues de despedirse cariñosamente.

Qué se va á hacer amigo, dijo el capataz—no hay mas que consolarse porque peor seria otra cosa.

—Esto no es nada para lo que vendrá de trás, respondió Pacheco desensillando no es mas que la primer desgracia de la cadena que me va á venir encima.

Ya decia yo que era imposible que la mala suerte me olvidara así, de golpe y zumbido—ahora me va á castigar de lo lindo, por todo el tiempo que me ha olvidado, porque amigo, yo he nacido para sufrir.

El capataz tomó el camino de la estancia y Pacheco el de su rancho, donde seguramente no era esperado, puesto que ni siquiera habian sentido su llegada.

Cuando golpeó la puerta con el cabo del rebenque y salió Juana á ver quien era, al principio creyó que soñaba—no podía creer en aquella felicidad que tan de pronto se le habia echado encima.

La vista de su hermosa compañera hizo olvidar totalmente aunque por un momento, el recuerdo de Márcos en el espíritu de Pacheco: en su semblante irradió la felicidad de tal modo, que Juanita no conoció en él el rastro del dolor.

La mujer aturdió al marido con una lluvia de preguntas sobre si todo habia concluido y no marcharia mas, mientras la inocente Justa se le colgaba de las piernas y tirándole los botones del tirador le preguntaba que le habia traído.

Satisfechas aquellas preguntas y devueltas las primeras caricias, el recuerdo de Márcos volvió mas tenaz y mas fijo á la memoria de Pacheco.

—Esta noche no vengo solo, dijo á Juanita—me acompaña una desgracia que tal vez sea la que vengo temiendo desde hace mucho tiempo.

Alarmada Juanita con semejantes palabras, se apresuró á preguntar que desgracia era aquella, notando recien el dolor pintado en la fisonomia de su amante.

Pacheco refirió por tercera vez su desgracia agoviando la cabeza sobre el pecho—ya sus ojos no lloraban mas—no tenia mas lágrimas.

La mujer es siempre egoista para todas las desgracias que no llegan directamente á su hogar.

La mujer civilizada disimula, finje un sentimiento mas íntimo del que realmente experimenta y arregla su semblante á la situacion.

La mujer del campo no sabe disimular, expresa lo que siente y siente con mas ó menos intensidad, todo lo que importa una desgracia para el prójimo.

Así Juanita, lo que vió que la desgracia que le anunciara su Felipe no era una desgracia sucedida en su persona, sintió menos el golpe y se colgó á sus hombros dándole un beso.

—Creí, le dijo, que la desgracia hubiera sucedido en tu persona, pero visto que no es así, daré gracias á Dios que te vuelve á mi lado como saliste.

—Sin embargo, repuso Pacheco, piensa lo que debemos á Márcos y lo mucho que me queria. Yo te aseguro que á no haber pensado en ustedes, me hago matar á su lado.

A manera que la jóven fué pensando friamente y fuera de aquella primera impresion,

lo que á Marcos debian y la amistad que lo ligaba con su amante; cuando recordó que Marcos tenia una mujer y un hijito, como Pacheco, y una madre y hermanas que este no tenia, empezó á sentir un dolor agudo que bien pronto se tradujo en un copioso llanto, llanto que á Pacheco tocó esta vez enjugar y consolar.

—¿Qué será ahora de la pobre Rosa y su hijito? dijo, ¿esa pobre que no tenia mas amparo que el trabajo de Marcos!

Ay! Felipe mio! Si á tí te hubieran herido solamente, yo me muero de pena!

—A mí no me hiere ni me mata nadie, respondió Pacheco, porque yo he nacido para sufrir, y el diablo me proteje para apurar mi mala suerte.

Muchas veces, continuó, matándome me hubieran hecho un servicio, porque me habrian ahorrado todo lo que he sufrido y lo que voy á sufrir.

Hoy no digo lo mismo, porque las tengo á ustedes, y además á Rosa y su hijito.

—Cuida de mi Rosa, hermano, me gritó Marcos al desaparecer del caballo, postrado por aquella bárbara lanzada—y yo he de cuidar de ella, porque él hubiera hecho lo mismo, porque le debo lo que tengo y soy, y porque así lo he jurado sobre el montoncito de tierra que ha quedado sobre su cuerpo.

Los dos amantes se recojieron y siguieron hablando de aquella campaña que habia terminado de una manera tan triste para su pobre compañero.

—Lo que yo no sé, decia Pacheco, es como voy á hacer para ir á visitar á la madre de mi hermano, tengo miedo porque no voy á poder aguantar el dolor de verla llorar.

—Caramba! concluyó, cuando pienso en esto me dan tentaciones de ensillar mi caballo, tomar mi sable y no descansar hasta no haber *matado* á todos los de aquel maldito regimiento á que dimos la última carga.

Poco á poco el cuerpo de Pacheco fué entrando en aquella dulcísima languidez que se experimenta despues de un cansancio récio.

La jornada de Cepeda, las cuatro malas noches que le habian caido encima, la postracion de su viaje de regreso, y las rudas sacudidas que habia experimentado durante aquellos cinco dias y cinco noches, vencieron su potente materia y quedó sumido en ese sueño profundo y regenerador sin el cual concluiria la naturaleza mas fuerte y mejor dispuesta á la fatiga.

Juana, sentada al lado de su catre, lo estuvo contemplando con delicia por espacio de un par de horas.

Sus párpados por fin empezaron á ceder tambien á la influencia del sueño, y poco despues su respiracion suave y cadenciosa se

confundia con el respiro ardiente y los roncidos enérgicos de Pacheco, que dormia como un verdadero soldado despues de cuatro dias de lucha y de fatiga.

Cuando Juanita despertó al amanecer, como tenia de costumbre, todavia Pacheco dormia con el mismo placer que durante la noche.

Su sueño habia sido tan profundo, que su cuerpo conservaba la misma posicion que tenia cuando se durmió.

Juanita vistió á Justa, con cuidado de no hacer el mas leve ruido, la sacó al patio para que se entretuviese en silencio, y ella volvió al rancho á sentarse de nuevo á la cabecera de su amante.

Habia para esta una delicia inesplicable en guardarle el sueño y envolverlo en su mirada cariñosa cuando se recordara.

—Quiero que al despertar, se habia dicho, la primer cosa que mire Felipe sea mi cara.

Y espiaba aquel momento con la curiosidad y la alegria de un niño que espera le muestren un juguete.

Cuando el paisano despertó, halló fija en la suya la límpida mirada de su amante, que lo envolvía en un mundo de poesia infinita.

La jóven sonrió mostrando sus blanquísimos dientes, y Pacheco le echó los brazos al cuello pagando con su caricia mas íntima el amor que irradiaba en los ojos de su compañera.

Pacheco habia descansado en toda regla, pero sentia aún la cabeza pesada y cierto dolor en todos los huesos.

—Es de valde, dijo, para reponerme en regla, necesito un par de dias de buen descanso—pobre Marcos! agregó: su descanso será mas largo!

—No te aflijas tanto por eso, repuso Juana, es una cosa que no tiene remedio y no hay mas que conformarse con ciertos golpes de la suerte.

—Tienes razon, mi Juana, respondió Pacheco, pero hay golpes que no se curan nunca porque nos han dejado alguna marca, y este es uno de ellos—yo no podré olvidar nunca á mi hermano Marcos, porque los amigos como él no se encuentran sinó en el vientre de la madre de uno.

El paisano se levantó, y algo mas consolado salió á respirar el aire puro del campo, y echar un vistazo á sus animalitos, siempre en compañía de Juana y Justita que le habia tomado tanto cariño que no andaba sinó prendida de la punta de su chiripá.

A la tardecita ensilló caballo y se fué á la estancia á hablar con el capataz sobre los animales que habia dejado allí Marcos.

—Es preciso que los juntemos como mejor se pueda, le dijo, para llevar á Rosa la platica que por ellos podamos sacar.

Es preciso pensar en ella que ya no le que-

da nada en el mundo, y cumplir así el último deseo de mi hermano.

Ayudado del capataz Pacheco juntó todo lo que á Márcos pertenecía y lo fué vendiendo poco á poco, como mejor pudo.

El producto de aquella venta y algo que por su parte pusieron los dos paisanos, formó un total de unos cinco mil pesos, que guardó Pacheco para llevarlos á Rosa á fin de año, que contaba hacer un viaje al pueblo con aquel solo objeto.

Así Pacheco siguió siempre trabajando y aumentando sus animalitos que, para él ya formaban un capital bastante bueno, como base de trabajo.

El dolor que le habia causado la muerte de Márcos fué mitigándose poco á poco, hasta que los goces de la familia que como su fortuna parecia querer aumentar tambien, lo hicieron conformarse totalmente.

Así es siempre el dolor que causa la muerte, por mas querido que sea el ser que se pierda.

Al principio, parece que la pena va tambien á hacernos morir. Sentimos en el primer momento, muchas veces, el deseo de hacernos

volar la cabeza, porque parece que la tumba, al cerrarse, ha llevado algo de nosotros mismos.

Pero poco á poco, la conformidad va descendiendo al espíritu, hasta el punto que con una especie de placer inesplicable, vamos á visitar aquella misma tumba, hasta que al fin la olvidamos totalmente.

Esta es la ley de la naturaleza á que obedece el ser humano felizmente, y decimos felizmente, porque desgraciado aquel que no olvidara á sus muertos y tuviera que vivir con la montaña de su recuerdo sobre el corazón! La vida tendria entonces algo de desesperante que no se podria sufrir.

No hay nada eterno en la vida, mas que el descanso de la muerte!

Todo pasa y todo se olvida, hasta el amor de la muger propia que te reemplaza en la cabecera de su mesa, en el aposento y hasta en el corazón.

Todo es ficticio ó pasajero en la vida, todo!

Las dos únicas verdades en que se puede creer, en que no se debe dudar, es el cariño de la madre, y el descanso de la muerte!

Hé aquí las dos únicas verdades de la vida!

## EL PARTIDO DEL MORO

Pacheco concluyó por consolarse de la muerte de Márcos.

Juana le dió un hijito que absorbió por completo el cariño de aquel hombre quien, desde entonces, se puede decir que solo vivió para su hogar y su pequeña familia.

Al fin de aquel año y cuando se sintió con fuerzas suficientes para afrontar el recuerdo de Márcos, juntó el dinero que tenia, producto de los animales de Márcos, y una madrugada se preparó para ir á ver á Rosa y llevarle aquel triste recuerdo.

—Me voy, dijo á Juana, á cumplir con este deber amargo, que la pobre ha de andar necesitada—y montó á caballo despues de haber recomendado su familia al capataz, único amigo que le quedaba.

Qué triste fué para el paisano aquel viaje que hacia solo por la primera vez!

Cada sitio de reposo, cada pulperia, cada ombú del camino, le traia á la memoria la imágen y la palabra de aquel amigo querido, á quien no volveria á hablar mas sobre la tierra.

Cada mata de pasto era motivo de un lamento, y cada cara nueva que hallaba en su camino, era un motivo nuevo de dolor, que

levantaba en su espíritu la imágen de su hermano Márcos, á quien él creia haber olvidado y cuyo recuerdo hallaba cada vez mas vivo.

Cuando llegó á casa de Rosa, á aquel rancho que en otros tiempos encerraba toda su fortuna y felicidad, Pacheco sintió desfallecer su corazón.

—Haré de tripas corazón, pensó, ya que he venido, y se bajó del caballo, yendo á golpear la puerta del rancho, que permanecia cerrada apesar de ser ya mas de las ocho de la mañana, cosa que llamó la atención del paisano, pues conocia á Rosa por muger de trabajo y muy madrugadora.

Pero á sus golpes solo respondió el eco de los golpes—parecia que llamara á la puerta de una tumba.

La sangre se heló en las venas de Pacheco, pero dominando una especie de espanto que empezaba á apoderarse de él, volvió á llamar con mas fuerza, sin obtener la menor respuesta.

—Habrà muerto Rosa? pensó ó habrá salido de madrugada á algun quehacer, cosa que no seria extraño, pues con la muerte de Márcos habia quedado sola para atender las ne-

cesidades de su rancho, que eran las de su anciana madre y de su tierno hijito.

Pacheco tendió la vista por los alrededores del rancho, y bien pronto tuvo que convenecerse que aquella era una poblacion abando nada.

En el patio, tan limpio y tan barrido otras veces, habian crecido yuyos y cicutales que acusaban su abandono de tres meses, y en las cercanias no se veia un solo animal de aquellos, por el que se pudiera *olejir* que en el rancho vivia alguien.

Los únicos animales que habia visto eran unos cuantos lagartos que huyeron al aproximarse él.

—¡Qué habia sucedido allí, santo cielo! pensó el paisano: el hombre es malo por naturaleza, y tal vez al saber la muerte de Márcos, algun bandido hubiera hecho allí una herejia por robar á la infeliz ó simplemente por el vicio de hacer daño.

Lleno de angustia y reprochándose ya con amargura el haber tardado tanto en venir á ver á Rosa, Pacheco montó á caballo y tomó el camino de la Ensenada, pensando que tal vez allí encontraría noticias de la pobre Rosa.

Poco despues llegaba al rancho de la familia de Márcos, donde tal vez creerian no volver á verlo, suponiendo que los habia olvidado ó ignorando el rumbo que habria tomado.

Aquella corta familia lo recibió como un hijo, y sin hacerle el menor reproche por el tiempo que habia pasado sin hacerle una visita.

La madre de Márcos lo estrechó tiernamente entre sus brazos, como si hubiera sido un hijo, haciéndole en seguida mil cariños.

La buena mujer habia envejecido por lo menos unos diez años.

El llanto diario y el surco de las lágrimas habian concluido por dar á su fisonomia una espresion de eterno lamento que, sin quererlo, provocaba un sentimiento de lástima profunda.

Los cabellos habian emblanquecido en una tercera parte, y de sus lábios se habia borrado esa espresion de alegre safaduria que tan parecida la hacia á Márcos.

Pacheco estuvo sumamente violento, en un principio, sin saber por donde empezar para no nombrar á Márcos y renovar el dolor de todos.

Hablaron de Juana, de la vida que esta hacia y de la nueva familia que les habia mandado Dios.

—Les manda muchos cariños, siguió diciendo y que siente mucho no venir como deseara, pero aun no ha perdido el miedo y yo no la he podido decidir á que venga.

—Dentro de un par de años, concluyó, y

cuando no tenga que temer porque la habrán olvidado, vendrá á pasar unos dias.

—Con los chicos, por supuesto preguntó la buena vieja.

—Ya lo creo, repuso Pacheco jovialmente, vendrá á hacerles conocer la tropilla de potrillos que tendremos entonces.

Grande fué la algazara que, á pesar de los tristes recuerdos que despertaban su presencia, causó aquella salida de Pacheco, quien se apoderó de ella para preguntar, como quien no quiere y por casualidad, por Rosa.

—La Rosa está en la ciudad, respondió la madre de Márcos tristemente.

En vano le hemos rogado que se quedase aquí, nos dijo que en casa de sus padrinos tendria trabajo seguro, y que vendria á visitarnos con frecuencia, para que no dejáramos de ver á Marquitos.

Vino aquí, continuó, á darnos la triste noticia, contándonos todo lo que usted le habia referido, y se fué al cabo de ocho dias, sin que hayamos vuelto á verla.

—Y usted no sabe donde vive, ó donde se le puede ver?

—No lo sabemos—pero ella ha de venir el dia menos pensado, quiere mucho á las muchachas y no las ha de olvidar—además aquí tiene algunos animalitos y otras cositas de valor.

—Siento mucho, dijo entonces Pacheco, y me alegre tambien, porque yo creí que le hubiera sucedido alguna desgracia y porque necesitaba hablar con ella.

—Cuide de mi Rosa! me gritó mi hermano al desaparecer entre aquel mundo de sables, y yo queria cumplir aquel encargo sagrado para mí.

—He recogido, continuó, todos los animales que mi hermano dejó en la estancia, y los he vendido lo mejor que se pudo, para traer esa platita á Rosa.

Siento no hallarla porque la traia conmigo para entregársela, pero ya que ella no está se la dejaré á usted y será lo mismo, porque usted se la darà asi que venga por acá.

—Tambien le tengo yo aquí alguna plata de animales que hemos ido vendiendo, de los que ella nos dejó, así es que todo se lo guardaré junto.

Pacheco sacó entonces del tirador el dinero que traia y lo entregó á la madre de Márcos, en la seguridad que seria entregado religiosamente.

Descansó allí aquel dia y esa noche, poniéndose en camino para su pago así que empezó á amanecer.

—Que no se pierda! le dijo á la despedida la madre de Márcos, y que no olvide la promesa de traer á Juanita.

—No hay cuidado, respondió Pacheco—yo



no me puedo perder porque ustedes tambien son mi familia, y pronto vendremos con la compañera.

Y arreó su tropilla ganoso de alejarse de allí, porque aquella despedida empezaba á hacerse demasiado triste.

—Yo no sé que diantre de corazon de gallina me ha dejado la muerte de Márcos, que tratándose de él me pongo á lagrimear como mujer que castigan—á este paso me voy á volver un conejo á quien van á cocinar el dia menos pensado.

Dijo y siguió su viaje con tal brio y tal teñadidad en el galope, que al oscurecer del segundo dia, llegaba á su ranchito.

Pacheco habia galopado de firme, no solo por el interés de ver pronto á su familia, cuanto por huir á los tristes recuerdos que en su espíritu despertaba aquel viaje que siempre habia hecho con su amigo.

—He cumplido ya con mi triste encargo, dijo á Juana así que llegó, y se me hace que no vuelvo por allí en mucho tiempo.

Al lado de aquella gente me parece que recién ayer me he separado de Márcos y que de un momento á otro lo voy á ver entrar.

—Ya se te pasará eso con el tiempo, le respondió Juana, ayudándole á desensillar, en cuanto vamos allí dos ó tres veces ya no te hará impresion aquella gente, porque te habrás acostumbrado á hablar de Márcos con ella.

—Dentro de algun tiempo y cuando te hayan olvidado un poco mas, he ofrecido llevar te allí con los potrillos que tengamos, para que los conozcan y pases allí unos dias.

—Zonzo! dijo Juana riendo de aquella ocurrencia como habian reido en lo de Márcos—de cuando aquí nos hemos vuelto vacuno? y tomados de la mano y retozándose la risa en el semblante, entraron al ranchito á preparar la cena, que consistia en una famosa tira de costillas asadas al asador, de aquellas que al oprimir el bocado sobre los lábios, *corre por los enemigos* aquel jugo delicioso, que dá ganas de poner la mano en forma de ollita para recogerlo y que no se pierda.

El partido del Moro era por aquellos tiempos algo de formidable.

Allí se refugiaban todos los bandidos que tenían cuenta abierta con la justicia á causa de los crímenes cometidos, y los gauchos párias injustamente perseguidos que con suficiente corazon para vivir entre aquella gente, buscaban allí un asilo, estaban seguros de que todas las partidas de plaza juntas no se atreverian á ir allí á buscarlos, pues la gente escondida era brava hasta la exajeracion, y dispues

ta á vender el pellejo lo mas caro que les fuese posible.

Aquello era un caos, una salamanca, como decian los paisanos, compuesta de indios amigos alzados de los campamentos, desertores de la frontera, y criminales de toda especie á quienes era imposible la vida en cualquier parte donde hubiera lo que por mal nombre se llamaba entónces autoridad.

Allí no habia Juzgado de Paz ni comandante militar, ni cosa que oliese á justicia, porque los habitantes del Moro los hubieran sacado á filo de daga.

Y sin embargo aquella gente vivia entre sí, dilucidando sus cuestiones á punta de daga y en combate leal, que daba la razon al mas guapo ó al mas bandido.

¿Quién se hubiera atrevido á poblar en el Moro?

Solamente un loco ó un hombre de un temple de espíritu verdaderamente descomunal.

Todo el que habia intentado ir allí con vacas ú ovejas habia salido saqueado, ó habia pagado su temeridad con la vida, muriendo bajo el puñal de algun asesino.

Esto era en aquel tiempo el partido del Moro, una madriguera de forajidos contra los que la justicia de campaña habia sido impotente.

Los propietarios de campo en aquel partido habian hecho esfuerzos extraordinarios para poblar allí, enviando hacienda y capataces que hubieran poblado entre los indios, pero todos aquellos esfuerzos habian sido inútiles; los mismos Jueces de Paz que habian ido con partidas de plaza elegidas hombre por hombre, habian concluido por renunciar á su propósito convencidos que todo seria inútil.

Aquella poblacion infernal aumentaba diariamente, pues rara era la semana que no caian allí tres ó cuatro bandidos, indios bravos ó gauchos alzados que tenían que comprar el derecho de vivir allí haciendo alguna hazaña respetable, como por ejemplo pelear con el mas temido de entre ellos.

Las leyes militares eran diez veces mas terribles que hoy para el soldado, pues se daban novenarios de azotes y se mataba en las estacas al son de las bandas de músicas, cosa que, aunque se hace tambien hoy en dia, se lleva á cabo con mayor reserva y entre las cuatro paredes del cuartel.

Así es que el soldado que desertaba de las fronteras se refugiaba en el partido del Moro, en la seguridad de que allí moriria defendiendo la vida, mientras que si caia en poder del gefe, sabia que la muerte que lo esperaba era la tremenda muerte de las estacas ó la mil veces mas terrible del cepo colombiano.

Por eso la mayoría de aquellos hombres hubiera combatido con cualquier fuerza que

hubiera ido á atacarlos á su madriguera, sin cederles una pulgada, mientras les hubiera quedado un aliento de vida.

Conociendo ahora lo que entonces era el partido del Moro, volvamos á nuestra narracion que entra á su faz mas interesante.

Una tarde en que Pacheco estaba á la puerta de su rancho tomando un mate al fresco, se le apració como llovido de las nubes Miguel Martinez de Hoz, que iba á hacerle una proposicion tal, que en el primer momento Pacheco creyó que su comandante hubiera perdido el juicio.

—Voy á poblar los campos de Pereyra en el Moro, con muy buenas proposiciones y te vengo á buscar como el único hombre capaz de ayudarme en esta empresa á que me he comprometido.

—Que se le quite eso de la cabeza, por Dios! exclamó Pacheco espantado—usted no sabe lo que es el Moro! Allí no hay justicia y se vive con la vida como rodeo al alcance de los indios.

—Es, contestó Miguel Martinez, que yo soy Juez de Paz del Moro, y te garanto que me he de hacer respetar.

—He contado contigo para que seas el sargento de la partida que voy á formar con hombres de mi entera confianza—venite conmigo que yo te he de ayudar de modo que cuando vuelvas tengas una fortunita honradamente ganada.

Tratar de disuadir á Miguel Martinez de una empresa y de una empresa en que habia peligro de la vida, era un trabajo inútil.

Quién no ha conocido á aquel intrépido jóven, lleno de nobleza y de abnegacion, que cayó al pié de la bandera argentina en los campos del Paraguay, sellando con su muerte la reputacion que le acompañó siempre?

Así como fué uno de los mas brillantes y dignos gefes de nuestro ejército, fué uno de los espiritus mas nobles y uno de los corazones mas fuertemente templados que se hayan conocido.

Alegre siempre y siempre sin pereza, era de los primeros en acudir á los sitios de peligro, como era la primer mano que se estendia para socorrer una miseria.

Desgraciadamente eran pocos los hombres del temple de Miguel Martinez, y cuando surge uno de ellos, cae como cayó él, envuelto por una nube de muerte que no logró apagar de sus lábios la sonrisa que provocaba la vista de su bandera, flameando victoriosa en aquel campo paraguayo, donde tuvo lugar el mas tremendo combate que haya presenciado la América.

Este era el hombre que iba á poblar el Moro, bajo el odioso título de Juez de Paz, nombre que ha escuchado siempre el paisano

como un eterno azote, y el único hombre capaz, dadas sus condiciones de carácter, de acometer semejante empresa.

El sabia lo que era el Moro; sabia que tal vez tendria que andar combatiendo personalmente con los mas tremendos bandidos para hacerse respetar y temer, pero él se habia propuesto llevar á cabo su empresa y era inútil pretender hacerlo desistir.

Además, estaba seguro que logrando llevar á Pacheco y seis ú ocho hombres que conocia porque habian servido á sus órdenes, la empresa era mucho mas fácil de lo que parecia.

Despues de discutir todo el tiempo que duró la paba con agua caliente, Pacheco vió que todo cuanto él dijera seria completamente inútil.

Se trataba solamente de seguirlo ó no seguirlo, cosa que lo ponía en un sério apuro, porque ¿cómo podria manejarse para negar su compañía á aquella persona á quien tanto debia y la que le hacia tan brillantes proposiciones?

El caso, era, pues, de los mas peliagudos.

—Tú eres bravo y resuelto, le dijo Martinez, allí ganarás en dos años, con mi proteccion, mas de lo que aquí ganarias en veinte, acepta pues y no salgamos con un domingo siete ó alguna disculpa de la familia.

—En verdad que se me hace duro dejarla, respondió Pacheco, porque cuando uno tiene mujer é hijos se hace medio vichoco para correrla, pero por otra parte se me hace tam. bien amargo dejarlo ir solo, cuando usted se ha costeadado á buscarme..... y se rascó la cabeza en prueba del aprieto en que se hallaba.

—Mira, concluyó Martinez, á tu familia la puedes dejar aquí, mientras te convences de que allí se puede vivir como en cualquier otra parte, trabajando con mas provecho, y así que despejemos de bandidos aquellos parajes, llévas tu familia y algun dia me agradecerás lo que he hecho al proponerte que te vengas conmigo.

—Bueno, mi comandante, dijo Pacheco, yo esta noche voy á hablar á Juana, y mañana de madrugada le llevo el contesto.

—Nada de eso, llama á Juana aquí para probarle que lo que te propongo es bueno, y me contestes ahora mismo.

Pacheco tenia por Martinez de Hoz una especie de adoracion que él mismo no se explicaba.

La hidalguia, el corazon y el valor que habia visto desplegar en el combate á aquel hermoso jóven, habian enjendrado en él un cariño respetuoso, como no habia experimentado nunca, cariño que le habia hecho esleamar mas de una vez: es el único rico con trazas de gente

y corazon de criollo que he conocido en mi vida!

El sentia un placer íntimo en seguirlo á cualquier parte, aunque no fuera mas que por agradecer la confianza que en él hacia; pero eso de dejar á Juana y los chicos, no dejaba de hacerle cierto escozor mortificante.

Juanita, que desde la pieza habia estado oyendo toda la conversacion, vino mal humorada y llorosa, porque á ninguna mujer le gusta que le lleven su marido.

Pero estaba tan habituada á que Pacheco se lo llevara hablando de don Miguel con una admiracion profunda, que ocultó la impresion desagradable que le habia producido el asunto de que se trataba, que consistia para ella nada menos que en separarse de su marido por un largo tiempo.

—Le estoy proponiendo á Pacheco que se vaya conmigo á poblar al Moro ¿qué te parece la cosa?

—Me parece señor que allí hay muchos hombres malos y que no me gustaria fuese á sucederle una dsgracia.

—No seas tonta: yo voy de Juez de Paz y Pacheco será el sargento de partida de plaza, con eso y con los puños que tiene, no hay bandido que valga—ya ves que yo mismo voy allí y no tengo miedo.

Pacheco, agregó, levantará una fortunita en poco tiempo, porque yo lo he de ayudar en lo que pueda.

Junto conmigo irán muchos pobladores, entre ellos Nicanor Olivera, que ya ustedes conocen, y se pasará una vida mejor y con mas provecho que aquí.

—Tú puedes quedarte con los chicos, mientras él se acomoda allí en un campo bueno que yo le haré dar, y en seguida viene á buscarlos y allí serán felices y aumentarán los animales, sin contar con el sueldo que es bueno, porque á mas de lo que paga el gobierno, yo pongo de mi cuenta otro tanto—vamos á ver ¿qué te parece?

Martinez de Hoz conocia que para él la adquisicion de un hombre como Pacheco era de suma importancia para la empresa que abordaba, y no omitia medio alguno de seduccion para llevárselo al Moro.

Una partida de hombres de alma atravesada, mandados por el sargento Pacheco, seria capaz, indudablemente, de limpiar diez partidos como el Moro.

A Pacheco le habian seducido por completo las proposiciones de su comandante.

Iba á servir con un sueldo de primer orden, bajo la proteccion de un hombre de bien y á las órdenes de un comandante que queria y respetaba, ¿qué mas podia desear?

—Cuando yo me retire del Moro, le habia dicho además Martinez, yo compensaré tus ser-

vicios {dejándote un número de animales que te bastarán para poner un buen puesto, aunque no tengas ninguno.

—A mí me gusta la cosa, de alma, contestó Pacheco completamente seducido, falta que esta se contente para irme yo mas tranquilo.

—Es que se tiene que contentar, dijo Martinez, porque tu porvenir es el de ella y el de sus hijos, y ganando tú, con el tiempo tendrán una fortunita con que poder descansar cuando lleguen á viejos.

—Tiene razon D. Miguel, decia Juana, pero esto de quedarse sola y saber que su marido anda en aventuras de peligro y que el dia menos pensado lo pueden matar como á Marcos, eso es muy duro.

No seas tonta—Pacheco no va á ninguna batalla, el será el sargento de mi partida á la que yo no he de esponer á que la concluyan y además, mas que guapo tiene que ser el hombre que se pare con tu marido.

Además la ausencia no va á ser larga—en cuanto arregle algo para poder vivir, las viene á buscar y se los lleva—ya veras que vida van á pasar á mi lado.

Juana veia que aquellas proposiciones eran de primer orden, pero le costaba confesar su conformidad—si se hubiera tratado de ir todos no hubiera vacilado un minuto, pero esto de quedarse sola se le hacia por demás duro.

Martinez de Hoz la convencia nuevamente con su palabra mas persuasiva, lo que probaba el interés que tenia en llevarse á Pacheco.

Este escuchaba sonriendo aquel diálogo, sin decir una sola palabra, pero dejando ver en su rostro inteligente el gran deseo que tenia en seguir á su comandante.

Juana no encontró por fin ningun argumento que apurar, concluyendo por decir.

—Bueno, yo no digo que sí ni que nó, Felipe sabe lo que le hace cuenta y hará lo que le parezca mejor.

—A mí la bolada me gusta de corazon, se apresuró á contestar Pacheco, porque es mi comandante don Miguel quien me la ofrece, pero tambien me gusta que aquí se queden contentos, para no andar mortificado con esos pensamientos tristes.

—Si tú vés contento, contenta queda yo, dijo Juana, porque demasiado sabes lo que te conviene, pero ha de ser con la condicion de que me has de venir á buscar pronto.

—Tan pronto como arregle un rancho, cosa que yo hago en un momento, dijo Pacheco, ya sabes que los quiero con el alma y que no he de poder estar mucho tiempo lejos de ustedes.

—Con que entónces todo queda arreglado y no hay mas que hablar? concluyó Martinez de Hoz.

—Ahí queda ese pucho de adelante para lo

que se ofrezca, concluyó dando al paisano mil pesos, y pasado mañana te espero en casa, para que nos vamos tan pronto como sea posible.

Y montó á caballo alejándose alegremente por la adquisicion que acababa de hacer.

Así como Pacheco sabia que don Miguel era un mozo bravo como las armas y cuya palabra se podia creer como un evangelio, Martinez de Hoz conocia las prendas de corazon que adornaban á su sargento, y sabia que con él al frente de su partida de plaza, no habria bandido que pudiera burlarse de la autoridad y de las leyes.

Así que Martinez de Hoz se hubo alejado, la exena cambió completamente de aspecto en casa de Pacheco.

Juanita se puso á lloriquear diciendo á su amante que no la dejara y que no queria quedarse sola.

—Si te vas, le decia, es porque ya no nos quierens como antes.

—Los quiero mas que nunca, contestó el paisano, te lo juro por la memoria de mi hermano Marcos, pero me voy porque me hacen una proposicion de mi flor, mientras que aquí en mi vida voy á salir de domador pobre.

Pero Juana, aunque convencida de la razon que asistia á su amante, siguió lloriqueando y pidiéndole que no se fuera.

—No te habias de haber ido en los primeros tiempos! dijo ya batiéndose en retirada.

—¿Y por qué le has dicho á D. Miguel que estabas conforme, para despues obligarme á hacer una figura puerca, faltando á mi palabra? No me hiciste tanta guerra cuando me fuí á Cepeda, que era mil veces peor!

—Es que ya ves lo que aquello costó al pobre Marcos, que es lo que me ha puesto cobarde....

Detrás de los lamentos vinieron los cariños y Juanita se fué convenciendo y conformando poco á poco, de que el pobre no debe despreciar la fortuna que le sale al camino y buscarse la vida como Dios lo ayuda.

Tan bien la habia convencido Pacheco, que al otro dia estaba contenta y ella misma le ayudaba á acomodar el pilchaje que habia de llevar.

—No me gusta mucho esto de ser justicia, decia Pacheco, porque es cosa amarga esto de andar persiguiendo á pobres diablos, pero me consuelo porque don Miguel es hombre bueno y de alma, y no me ha de mandar hacer sino lo que sea muy puesto en razon.

Antes del sable del policia está la palabra, seguia diciendo, y muy malo tiene que ser el hombre que no me ceda cuando yo le hable al alma.

Muy de madrugada y mientras Juana quedaba arreglando sus cosas, Pacheco montó en pelo y se fué á ver al capataz para contarle

la suerte que le habia salido y las proposiciones de primer orden que le habia hecho don Miguel.

—Siento mucho, le dijo aquel amigo, pero como no soy egoista me alegro mas de lo que siento.

Con su ida pierdo un amigo como no hay dos y me quedo sin un domador que no podré hallar otro igual, pero por usted me alegro con el alma.

Con don Miguel Martinez puede uno irse seguro hasta la loma del diablo, porque al lado de ese hombre á nadie puede irle mal y mucho menos á usted.

Ya verá como cuando él se retire lo deja rico, como le ha prometido, y se deja usted de andar rodando.

Puede felicitarle amigo de su suerte y felicitar á la Juanita por la parte que en ella le toca.

—Mucho me ha costado convencer á la pobre, pero ya está contenta: eso sí, se la recomiendo mientras yo falto, porque ya sabe amigo que en la casa donde falta un hombre, una muger suele no poderse dar vuelta por mas guapa y animosa que sea.

—Ya sabe amigo que quedando yo aquí puede vivir tranquilo y seguro que ha de encontrar las cosas como las deja: Juanita es una mujer como hay pocas y muy capaz de cuidar el doble de lo que tiene.

—Ahora, concluyó Pacheco, solo me resta pedirle lo último, y es que esta tarde vaya por casa para que comamos juntos el bocado de despedida, que he de asar yo mismo.

—Convenido, contestó el capataz, pero con la condicion de que yo he de llevar la carne, quiero contribuir con algo á la funcion de despedida, y no hay porque decirme que no.

—No hemos de pelear por tan poca cosa, respondió Pacheco—hasta luego entónces, por que ahora tengo que hacer.

Y saltó sobre su pingo que partió como una centella en direccion á su rancho.

Juana lo habia arreglado todo con una prolijidad cariñosa, y esperaba á su amante con el puchero listo.

La pequeña familia se puso á almorzar en medio de la mayor alegria, interrumpida de cuando en cuando por alguna lágrima rebelde que Juana no habia podido sujetar y que enjugaba Pacheco como de costumbre, con algun cariño.

Se durmió la siesta que duró poco aquel dia, pues no se pensaba mas que en el viaje ya próximo, puesto que se habia de efectuar al otro dia.

A la caída de la tarde apareció el capataz, montado en el saino de Pacheco y trayendo á las ancas un espléndido costillar de vaca que debia componer aquel banquete de despedida.

Pacheco miró su saino con codicia—tal vez era la ocasion que mas iba á necesitarlo, pero on honor de la verdad ne sentia el menor remordimiento en haberlo regalado á su amigo.

—En el género de vida que usted vá á llevar, dijo á su amigo, necesita como el pan un caballo que no le eche nunca lo que echan las tabas, por eso le he traído el saino para que pueda lucirse con él y no ser burlado nunca.

—Mire amigo, respondió Pacheco poniendo se sério, yo le he regalado el saino, porque no tenia nada mejor que darle, pues si una tropilla de sainos hubiera tenido, la tropilla se la doy.

Déjese pues de esas cosas que me ofenden y conserve siempre esa prenda que tengo un gusto verdadero en verla en sus manos.

El capataz no insistió mas en la cosa y bajó de las ancas el costillar de que se apoderó Pacheco para ensartarlo y asarlo, mientras Juanita les daba un *lomo verde* capaz de abrir el apetito en el estómago mas desganado.

Se charló de una manera descomunal mientras se asaba el costillar, que los paisanos, devoraron con avidez en medio de la alegría mas franca y cordial.

—Ahora que usted se ha hecho justicia, dijo alegremente el capataz, será preciso tratarlo con respeto, no sea que el dia menos pensado se nos eche encima.

—Por bonachon será, contestó Pacheco, y siguió con este motivo la jarana y la broma hasta tarde de la noche.

—Pues amigo, yo me voy, dijo el capataz por fin, venga un abrazo y hasta la vista.

—Yo no me despidó de usted hasta mañana, porque antes de irme cómo no he de pasar por la querencia! . . .

—Entonces hasta mañana, y duerma bien. Y se alejó haciendo pintar al pingo.

—Ah! hijito! exclamó Pacheco mientras lo veia alejarse—no ha de nacer otro flete que pueda hacer con mi saino una yunta! eso es de lo que no se tiene mas que una vez en la vida!

Poco durmieron aquella noche Pacheco y Juana, porque el tiempo les fué poco para hablar del porvenir, de lo bien que debia irle al lado de un hombre como Martínez de Hoz, y del ranchito que iba á hacer en el Moro para llevarse la familia.

—Pobre Marcos! exclamaba Pacheco cuando pensaba en la suerte que le habia tocado—él tambien vendria conmigo, tambien haria fortuna y tambien seria feliz!

Allí hubiera llevado tambien su Rosa y la vida que pasaríamos seria como en el cielo—bien dicen que cuando uno menos piensa pega la rodada mas fiera, aquella de que nunca nos levantamos.

—Es preciso que te cuides, contestaba Jua-

na y no salgamos mañana con que has ido á buscar la fortuna y te ha salido al camino una desgracia igual, mira que entonces yo me moria tambien y nuestros hijitos quedarian abandonados.

—Que no seas loca mujer, respondia Pacheco con esa profunda conviccion que tenia en su destino—yo me he de morir de viejo porque no hay quien me mate á mi ni dormido—quisiera verle la cara al hombre que me ha de hacer su banco.

En esta y otras conversaciones pasaron la noche, sorprendiéndolos la luz del dia sin haber intentado siquiera pegar los ojos.

—Caramba, dijo Pacheco, ya es tiempo de que me vaya largando porque de aquí á lo de don Miguel hay un buen galope, y no quiero hacerme esperar, no sea el diablo que crean que he sentado la pierna y me he echado atrás.

Juana entonces, con toda la actividad peculiar en ella, calentó agua en tan poco tiempo, que cuando Pacheco concluia de echar el nudo al cinchon, le alcanzaba un cimarron de mano maestra.

Pacheco se apuró á tomarlo, aún á riesgo de quemarse el tragadero—tenia apuro de irse de una vez, pues veia que Juana empezaba á enternecerse y lo afijia la idea de una despedida triste.

Revisó su daga blandiéndola en el aire para asegurarse de que la hoja estaba firme en la empuñadura, y con su mirada escudriñadora recorrió el lazo trenzado que unia sus boleadoras.

Aquellas eran las armas que por el momento lo habian de sacar de cualquier apuro y queria tener plena confianza en su estado.

Despues como sargento de partida tendria algun buen sable y su pistolon ó tercerola, pero mas fé le merecia su daga, arma en que tenia un manejo admirable.

Viendo que las armas estaban corrientes para cualquier apuro, dió un beso á su Juana, otro á cada uno de los chiquilines y saltó sobre su hermoso tordillo negro que hacia poco habia domado.

—Adios mi alma, gritó Juana sollozando—que no me olvides y que vuelvas pronto á llevarnos.

—Adios prendas, contestó Pacheco que se sentia enternecer por momentos—he de pegar la vuelta antes de lo que tu misma te figuras!

Y castigó al tordillo que partió al gran galope en direccion á la estancia.

Pacheco no queria irse sin dar el último abrazo al capataz, que era el único hombre con quien lo ligaban en la tierra los lazos de una amistad leal y á toda prueba.

El capataz lo esperaba de pié al lado del palenque, viéndose á su lado el caballo ensilla-

do, que revelaba la intencion que tenia de acompañar á Pacheco algunas leguas.

—Cómo es eso! le dijo; á penas lo tuvo al alcance de la voz—¿que se va en el montado no mas?

Mire que el tiron es duro y que apenas lleva caballo, si galopa mucho, para llegar á lo de D. Miguel.

—No importa, aunque lo reviente, contestó Pacheco, en llegando allí, porque él me ha dicho que puedo ir de á pié no mas, pues buenos caballos es lo que menos me ha de faltar.

Y sujetó su pingo al lado del que habia ensillado el capataz, en el palenque.

—Siendo la cosa así, replicó el paisano, aunque vaya en el catre, don Miguel tiene flor de caballada y á usted le ha de dar de lo bueno.

Pacheco se apió, hizo al amigo los últimos encargos, y dándole un fuerte abrazo le dijo:

—No me acompañe nadita porque la separada se me va á hacer mas cuesta arriba mientras mas andemos juntos—de aquí no mas me voy y así lo siento todo de un tiron.

Yo pensaba galopar en su compañía un par de leguas, pero si esto le puede aflijir como me dice, yo me quedo y no hay que hablar mas.

—Gracias entonces, compañero, concluyó Pacheco saltando sobre el tordillo que no era muy maula que digamos, cúideme mi gente que tal vez Dios me ayude y pueda corresponderle de la misma manera.

Y castigó su caballo para no oír la respuesta de su amigo, pero no se pudo aljar tan rápidamente que no oyera un cariñoso Dios me lo ayude, con que se despidió de él aquel gaucho tan leal y comedido que desde un principio habia sido un protector cariñoso y una especie de padre que habia tenido.

Cuando Pacheco se alejó de allí, ya estaba el sol alto, hasta el punto de empezar á picar en el pescuezo.

Caramba! pensó, no sea el diablo que don Miguel vaya á pensar que me he vuelto haragan y que me levanto tarde—pero una despedida tan dura, no se hace así no mas á dos tirones.

Yo le diré porque me he tardado, y él que es un hombre de corazon en su sitio ha de disculpar la tardada—gracias que he podido hacérmele perdiz tan pronto á mi Juana....

Caramba á cualquiera se la doy!

Y castigó su caballo queriendo con la velocidad de la marcha, ganar el tiempo que habia perdido.

A las tres ó cuatro horas de buena marcha llegó Pacheco á la estancia de Miguel Martinez, en momentos que este estaba en la cocina de los peones, haciendo los últimos preparativos de marcha.

Cerca de las casas se veian algunas tropillas perfectamente rodeadas, donde algunos milicianos estaban agarrando caballos, para ensillar sin duda alguna, por lo que calculó que serian las tropillas de los peones.

Ató su caballo en el palenque y sombrero en mano y con el mas profundo respeto, se acercó á donde estaba Martinez, que sonrió al verlo llegar, pues tomia que la influencia de la mujer hubiera hecho desistir al paisano.

—Creí que el sargento se habia arrepentido, dijo, pero ahora veo que solo se le habian pegado las caronas—que pronto ha olvidado los buenos hábitos!

—Dispense, mi comandante, contestó Pacheco dando vuelta el sombrero entre las manos; la muger y los hijos hacen perder mucho tiempo en despedirse y mas que gaucho es el hombre que se puede desprender de ellos antes de la siesta.

Luego viene la despedida de los amigos, porque uno no sabe cuando ha de volver, y entre una cosa y otra, se le va el tiempo de entre las manos. Lo único que sentiria seria haberme hecho esperar por usted.

—No, hombre, estás disculpado, contestó Martinez, es una broma que queria darte, pues sabia que no eras hombre de faltar á tu palabra.

No nos hemos de poner en camino hasta que baje el sol y pase un poco el calor de la siesta.

Puedes almorzar con los muchachos, muchos de los cuales van á ser tus compañeros—antes de irnos te daré tu sable y algunas prendas de uniforme—conque, hasta luego.

Y antes de alejarse de allí se dirijió á los que habia en la cocina, á quienes dijo á guisa de presentacion.

—Bueno, muchachos—este es Felipe Pacheco de quien ya les he hablado largo—como él es sargento de la partida lo dejo recomendado para que le den de almorzar y lo vayan conociendo.

Y se alejó de la cocina en direccion al rancho principal, sin duda á almorzar y dar tambien su última manito á los preparativos de viaje.

Pacheco, viendo que la espera iba á ser larga, se fué al palenque y aflojó la cincha á su tordillo, sacándole el cojinillo para que el sol no se lo calentara, y volvió á la cocina donde se habian juntado todos los muchachos atraídos por la curiosidad de conocerlo.

Eran todos como unos diez ó doce paisanos, jóvenes en su mayor parte y vestidos como nuestro guardia nacional de caballeria, es decir, con su eterno chiripá y bota de potro, sin otra prenda militar que un kepí negro con vivos lacre y un enorme sable colgado á la cintura, no dejando por esto de llevar á la

espada y al alcance de la mano, su mas ó menos lujosa daga de brillante empuñadura y vaina de plata.

Los rostros eran mas ó menos joviales, mas ó menos bravíos, mas ó menos simpáticos, pero todos ellos varoniles y fuertemente acentuados, acusando en todos ellos al hombre de primer órden, templado en todas las adversidades de la vida y dispuestos à cualquier hombrada, pues todos eran antiguos soldados ó peones de Miguel Martinez, dispuestos à sacrificar la vida à la menor seña del comandante, à quien querian con locura.

En el medio de la cocina estaba un enorme fogn, donde ardía un fuego descomunal à cuyo calor se asaba un costillar como para comer veinte hombres, y una enorme paba de agua, que caliente desde la madrugada, habian bebado con ella, à esa hora, mas de doscientos mates.

— Buenas tardes, dijo Pacheco al entrar, saludándolos à todos y haciendo con su rápida mirada, un prólijo exàmen de cada uno de ellos.

Los paisanos miraron con una marcada ansiedad à Pacheco, respondiendo todos à su saludo.

Entre ellos habia dos que habian pertenecido al cuerpo de Miguel Martinez en Cepeda, y que habian visto pelear à Pacheco como un criollo sin igual.

Con lo que estos habian contado, y con lo que el comandante les habia dicho, los milicos conocian à su sargento lo mismo que si hubieran militado con él toda la vida.

Estos paisanos se acercaron à Pacheco, y le dieron un cordial apretón de manos, preguntándole si los recordaba.

— Y como no me he de acordar, contestó el paisano, si hace tan poco que nos hemos visto en aquella tierra de herejes donde quedó Márcos!

— La conversacion siguió recordando varios episodios de la batalla de Cepeda, y poco después se hizo general entre aquellos hombres sin doblez, que iban à ser compañeros durante largo tiempo, pues ninguno de lo que allí estaban pensaba volver hasta que D. Miguel no se fuera del Moro.

Pronto estuvo listo el asado, todos sacaron sus facones y se acercaron à cortar su costilla en el asador, tomando la conversacion ese giro

franco y amistoso, de las personas que se han tratado durante largos años.

Quien contaba una aventura de amor, quien contaba una desgracia que le habia sucedido, y quien por fin, echaba largos párrafos sobre el género de vida un poco aperreada y peligrosa que iban à seguir desde que llegasen al Moro.

El asado fué abundantemente remojado con una damajuana de vino que el comandante habia mandado à la cocina.

Los milicos, alegres ya por la doble razon del vino y del buen asado que despertaban con formidable apetito, no trataron ya à Pacheco sinó de «mi sargento», para ir tomando la costumbre, segun dijeron.

Sibe Dios hasta qué horas hubiere durado aquella sobre cocina, que no podemos llamar sobre mesa, si no se hubiera aparecido allí el asistente del comandante, avisándoles que ya era tiempo de montar à caballo.

Los milicos salieron de la cocina ágiles y contentos à apretar la cincha à los caballos que estaban ensillados desde temprano, operacion que ejecutó tambien Pacheco con su tordillo atado al palenque.

En eso llegó Martinez de Hoz con uno de esos grandes sables de caballeria, que entregó à Pacheco junto con una camiseta y un kepí diciéndole.

— Aquí está el uniforme—en cuanto à caballos puedes ensillar de aquella tropilla de oscuros que, aunque chúcaros, son superiores.

Pacheco se encasquetó su kepí, atando el sombrero à los tientos, se prendió el sable y se puso la camiseta, prenda que le venia como si se la hubiera mandado hacer; saltó sobre su tordillo y se puso en marcha abronzando à los compañeros que habian andado ya un par de cuadras.

El viage no podia ser mas alegre—el comandante llevaba un carro de viveres de primer órden y los compañeros de viage eran todos ranchacos de buen genio y conversadores.

Arriaban sus tropillas cantando, por aquello de que el que canta su mal espanta, y eran completamente felices, pues por el momento estaban llenadas todas sus aspiraciones.

Así galoparon toda la tarde hasta la noche en que pararon para hacer un churrasco, à campo, y seguir viage aprovechando el fresco de la noche: una espléndida noche de luna, de esas que tanto detestan los que tienen citas de amor.

## UN SABLAZO SIN RIVAL

A los dos días de un viaje alegre y descansado, llegaron al Moro, alojándose en el juzgado de paz del partido, espacioso local que servía de cárcel, cepo, juzgado y todas las calamidades que acompañan á los establecimientos de esta especie.

Los pocos vecinos que se atrevían á habitar los alrededores, guareciéndose en sus casas donde se encerraban como en una fortificación apenas llegaba la oración, fueron á saludar al nuevo juez, ofreciéndosele para todo aquello en que los necesitara ó creyera útiles.

Muchos de aquellos tipos que campeaban por allí, se acercaron también al juzgado á saludar al niño, que probablemente iba allí á ajustarles las cuentas atrasadas.

—Yo no vengo aquí á meterme con nadie, ni á tomarle cuenta de lo que haya hecho anteriormente, no he de perseguir á nadie ni quiero que nadie me tenga miedo.

Mi propósito es correr del Moro á todos los bandidos y criminales para que no incomoden á la gente honrada y trabajadora, hacer respetar la justicia que yo represento y proteger á todos los buenos contra los malos.

Yo soy amigo de la gente de bien y les he de hacer justicia á todos por igual, pero el que no se porte como es debido y ande peleando, robando ó emborrachándose, no tiene que esperar nada de mí.

Así mas ó menos habló aquel nuevo juez de paz á los paisanos que habían acudido á curiosarse su llegada, después de lo cual se retiraron haciendo comentarios mas ó menos favorables.

La gente verdaderamente mala y peligrosa de que hemos hablado en el capítulo anterior, se retiró á sus madrigueras, mientras *colgían* que tal era el juez de paz y que clase de agallas tenía aquella partida de plaza que había traído para sujetarlos.

—La hemos de pelear y la hemos de hacer tronar como á las otras, pensaron sin duda y se prepararon al combate, que no debía de hacerse esperar mucho tiempo.

Algunos desalmados, de esos que son capaces de establecerse en medio de los indios, acudieron á poner negocios y pulperías, descañando en la hombría de bien de Martínez, en su reconocida energía y en aquellos doce ó quince soldados que había llevado, cuya sola presencia era capaz de inspirar confianza al mas tímido.

Desde la primera noche que llegaron, la partida se hizo cargo del servicio, se estable-

cieron los alcaldes y demás autoridades que constituyen la justicia de paz, y por mas de una semana marchó todo tan bien, que no se tuvo noticia del menor escándalo provocado en las pulperías del partido, ni aún en las mas cercanas de los partidos vecinos.

Pero aquello no podía durar así mucho tiempo, y demasiado lo sabía Martínez de Hoz, que conocía la clase de bandidos de todo género que allí se habían refugiado.

Con los empleados del Juzgado, y los nuevos pobladores que habían ido y los muchos vecinos que habían emigrado con sus haciendas para protegerlas del robo á mano armada y que volvían en la seguridad de que aquello tomaría otro impulso, el partido fué poblándose poco á poco y la alegría renació en todas las estancias.

Sin embargo todos esperaban el primer choque de la partida con los bandidos, para saber á que atenerse.

Los robos de cueros empezaron otra vez, aunque muy suavemente, y las reuniones en las pulperías tomaron mayor incremento, prolongándose muchas de ellas hasta las doce de la noche,

—Es preciso mostrarse, dijo un día Miguel Martínez á Pacheco, y traer un par de cuereadores nocturnos á que cuereen al cepo del Juzgado, para que escarmienten los demás.

Y Pacheco desde aquella noche tomó dos hombres elegidos y salió á recorrer los puestos y estancias menos retiradas.

La primera y segunda noche sus desvelos fueron infructuosos, pero á la tercer madrugada se apareció en el juzgado trayendo á las ancas de sus soldados, dos individuos que había encontrado cuereando.

Sobre los caballos que á estos pertenecían, se veían cuatro cueros frescos que habían ya sacado cuando los sorprendió Pacheco.

Los ladrones habían tratado de hacer una resistencia desesperada con sus facones, pero atropellados á tiempo habían sido desarmados y amarrados por los soldados de Pacheco, sin necesidad de hacerles el menor daño.

Aquellos hombres eran dos de los mas famosos bandidos que se conocían en el Moro, peleadores como pocos y deudores de tres ó cuatro muertes cada uno.

—Por ser la primera vez, les dijo Martínez, solo sufrirán una prision de tres días, pero si se les vuelve á tomar robando cueros, los tres días se convertirán en treinta, y en cuanto al delito de hacer armas á los empleados del



jugado, les prevengo que esto les va á costar un castigo mayor, porque el que lastime á un soldado lo remito á la ciudad.

Los cuereadores cumplieron los tres dias de prision y fueron puestos en libertad despues de devolverles sus armas, tambien por ser la primera vez.

La prision de aquellos dos salteadores produjo gran alboroto en las pulperias, porque los presos eran de grandes mentas y los habian prendido sin trabajo alguno.

Ellos sostuvieron que habian sido sorprendidos durmiendo y en prueba de ello se comprometieron á dar una vuelta de azotes á aquel sargento tan compadre la primera vez que lo hallaran á tiro de rebenque.

Unos dias despues de haber salido en libertad, estos mismos individuos armaron un gran escándalo en una pulperia, sacando las dagas y amenazando coser á puñaladas al primer justicia que allí llegase.

Avisado el alcalde, se presentó en la pulperia, pero fué atropellado con tal brio y decision, que tuvo que disparar de firme para que aquellos diablos no cumplieran lo prometido.

El alcalde llegó al juzgado con el parte de lo que sucedia, en momentos en que estaba Pacheco solo, pues los demas soldados andaban en diversas comisiones.

—Es necesario traer ahoramismo esos hombres, dijo Martinez á su sargento, lleve dos vigilantes y redúzcalos á prision tratando en lo posible de no hacerles mal.

Pacheco montó á caballo y acompañado del alcalde tomó el camino de la pulperia.

El alcalde, que al principio creyó que el sargento iba en busca de los soldados y no habia hecho la menor observacion, al ver que Pacheco se disponia á ir solo, lo detuvo diciendole.

Mire que aquellos dos hombres son malos que un salao, para prenderlos va á necesitar los menos tres ó cuatro milicos de los buenos.

—No le haga caso, respondió Pacheco, han de hablar de puro charlatanes—ya verá como yo solo me los traigo sin que me dén un chiquito de trabajo.

Era tal la tranquilidad con que hablaba el sargento, que el alcalde quedó asombrado, pero convencido al mismo tiempo de que aquel hombre haria lo que decia.

Cuando llegaron á la pulperia, los dos bandidos, daga en mano, echaban cada pan como una casa y destripaban un frasco de ginebra ante los azorados ojos del pulpero, que temblaba presa del mas cristiano espanto.

Pacheco dejó su caballo en el palenque, y seguido del alcalde que no las llevaba todas consigo, entró á la pulperia, llevando por

precaucion, el sable desnudo y oculto detrás del poncho.

Mis amigos, dijo deteniéndose en el dintel de la puerta, dice el señor Juez que vengan al Juzgado conmigo, que les tiene que hablar.

Rápido como una exhalacion, uno de los paisanos se le vino encima tirándole una puñalada, mientras le decia:

—Tomá para el juez, maula!

Pacheco le tiró un lomazo tan á tiempo, antes que lo pudiera alcanzar con la puñalada, que el primer paisano fué á estorbar el paso del segundo, que daga en mano, tambien le acometia.

Aquel lomazo lo habia recibido en medio de las *aspas* dejándolo completamente aturcido.

—Desármelo, dijo Pacheco al alcalde, mientras atendia al otro enemigo, que quedó como sorprendido ante la rápida caída de su compañero.

Pacheco aprovechó aquella sorpresa, de la que no dió tiempo á volver á su segundo agresor—su sable, de plano esta vez, le dió un golpe récio en la mano, haciéndole volar la enorme daga.

En seguida y con asombrosa rapidez soltó el sable, lo acometió, lo estrechó entre sus brazos de Hércules y lo volteó al suelo completamente vencido.

—A ver, dijo al pulpero que creia estar soñando, traiga una sogá con que asegurar á esta hormiga.

El pulpero trajo la sogá y el preso quedó perfectamente amarrado y seguro.

Pacheco en seguida echó una manito al alcalde que luchaba con el primer bandido vuelto ya en sí, dejándolo tan bien asegurado como el segundo.

A pesar del esfuerzo que habia tenido que hacer para voltear y atar al bandido, que era hombre de puños, Pacheco estaba tan fresco como si solo hubiera sido testigo de aquella exena.

El pulpero y el alcalde creian estar soñando—no tenian ni siquiera idea de que existiera un hombre tan guapo y tan rápido sobre todo.

Ayudaron á Pacheco á acomodar á los presos sobre sus mismos caballos que estaban atados al palenque al lado del tordillo.

Acomodados de manera que no se pudiesen caer, el sargento tomó los caballos por el maneador como si los llevara de tiro, y saltó sobre su pingo, diciendo al alcalde.

—Si quiere puede quedarse, que el Juzgado está lejos y estos ya no dan trabajo, pero el buen alcalde quiso acompañarlo para dar fé de lo que habia presenciado.

Se ponen, pues, en camino sin hacer caso de las maldiciones y amenazas de los presos, y llegaron al Juzgado cuando Martinez de Hoz

esperaba cuidadoso sabiendo en aquel momento que Pacheco habia ido solo á efectuar la prision ordenada.

Cuando lo vió llegar y supo por boca del alcalde el resultado de la expedicion, no pudo menos que felicitarlo, aunque mas tarde lo reprendió por haber ido solo, imprudencia grave pues aquella era gente dura.

—Son charlatanes no mas, contestó el sargento, que no tienen mas que la parada, y es bueno que vayan sabiendo con que clase de autoridades tienen que hacer.

El delito de aquellos dos hombres era grave pues habian intentado asesinar el alcalde y pelear con el sargento.

Se les levantó un sumario por el cual resultó que aquellos eran dos famosos criminales y desertores de la frontera donde habian sido condenados á diez años de servicios en el ejército, por varios homicidios, en vista de lo cual, Martinez de Hoz que se habia propuesto limpiar de bandidos el partido, los remitió á Buenos Aires, acompañados de aquel minucioso sumario.

Esta verdadera hombrada, referida por el pulpero y el alcalde, con la exageracion consiguiente, fué la causa de la fama que mas tarde acompañó á Pacheco y despertó la *anguria* de pelearlo, entre los paisanos que se tenían por mas buenos, lo que no fué muy difícil porque Pacheco no se hacia buscar mucho.

Pero estas tantas peleas fueron otras tantas prisiones, nuevos sumarios, y nuevos bandidos remitidos á los tribunales de Buenos Aires.

Así poco á poco el Moro se iba limpiando de bandidos, remitiéndose á Buenos Aires los mas bravos, que peleaban á la autoridad, mientras los mas flojos emigraban á lo mas despoblado.

La confianza iba renaciendo en el vecindario que habia aumentado considerablemente, y los bandidos disminuyendo insensiblemente.

Martinez tenia que andar con veinte ojos, pues no faltaba quien lo espíase para darle una puñalada traicionera, pero habian concluido por respetarlo á causa de que personalmente y sin mas ayuda que la de su rebenque, aprehendió á mas de un asesino que le seguia los pasos espíandole la espalda para herirlo.

Varias veces que se juntaron algunos de ellos con intencion de pelear la partida, salieron tan corridos y escarmentados, que se convencieron por fin de que aquella partida no era de las que se peleaban con el freno y las boleadoras.

Los que encabezaban á los peleadores fueron presos y remitidos á Buenos Aires, quitándose de este modo á los que quedaban, las ganas de incurrir en igual delito. ●

Tan seguro estaba Martinez de Hoz del respeto que allí habia por la autoridad, que de cuando en cuando venia á la ciudad á atender sus asuntos, dejando el juzgado á cargo del sustituto.

Entonces los bandidos sentian tentaciones de dar un buen golpe, pero se acordaban de Pacheco y la fuerza hercúlea con que este manejaba su sable y se contentaban con haber tenido la intencion.

Pacheco, por su parte, era incansable para el servicio y cumplimiento de su deber.

Cuando el Juez de Paz lo mandaba ejecutar una comision difícil, como la aprehension de algun gran bandido, llevaba la menos gente que le era posible, yéndose completamente solo cuando Martinez no lo veia.

Su orgullo era poder decirle á la vuelta, al presentarle al reo que habia ido á aprehender:

—Yo solo lo prendí, mi comandante, para estas mañanas no se necesita mas—son capaces de estar gritando dos dias seguidos, pero en cuanto uno se presenta son mas mansos que un cordero.

Martinez de Hoz lo reprendia, porque una vez podia caer en alguna celada y hallar cuatro ó cinco donde no creyera encontrar mas que uno—pero á este respecto Pacheco era incurable.

Habia por aquellos tiempos en el Moro un tal Almiron célebre por la cantidad de duelos que habia tenido y por la crueldad que le distinguia.

Su eterna ocupacion era andar de pulperia en pulperia bebiendo hasta quedar tendido y armando escándalos que terminaban siempre por alguna exena de puñaladas.

Almiron era temido y respetado, temido por lo cruel y respetado porque era una de las mejores dagas del partido.

Acostumbrado á que cuando él levantaba la voz todo el mundo se *achicaba*, se habia engreido de una modo insoportable.

Almiron tenia además un defecto por el cual los otros paisanos decian «no sirve para enemigo», y este defecto consistia en que no se miraba mucho en la manera de pegar—lo mismo daba una puñalada de frente como por la espalda—la cuestion para él era dar la puñalada.

Cuando Almiron se embriagaba en alguna pulperia, se quedaba allí hasta que se le pasaba la tranca, cura bien difícil pues iba *encinando* una tras otra por espacio de varios dias, durante los cuales el pulpero estaba dando al infierno.

Durante el tiempo que Almiron permanecia en la pulperia, no aparecia ningun parroquiano pues sabian que era para tener un disgusto, á la fija, que terminaria en pelea.

Y no es que le sacaran el cuerpo de miedo,

sinó porque peleando con Almiron tenian que matarlo, cosa muy difícil, porque dejándolo herido, se esponian á su venganza, que siempre era segura y traicionera.

En la única parte donde Almiron no habia podido hacer de las suyas, era en la pulperia de un tal Bernardo, quien habia sabido hacerse respetar siempre con un trabuco descomunal que tenia sobre el mostrador y que mostraba por detrás de la reja á aquellos famosos marchantes, obligándolos á tocar retirada.

—Algun dia lo he coser á puñaladas, le habia dicho Almiron y me he de servir en su casa hasta que me harte.

Pero don Bernardo se habia reido siempre de estas amenazas, decidido como estaba á abrasarlo de un trabucazo, en cuanto hiciera adoman de asesinarlo.

Almiron era un paisano de esbelta talla y musculoso—andaba siempre montado en caballos de primer orden, pues decia que á él ni muerto lo habia de prender la partida, aquella partida de muñecos á cuyo sargento tan mentao, le habia de sacar los ojos á azotes.

Sin embargo de esta amenaza, en algunos de los barullos que habia formado en las pulperias se habia presentado Pacheco, haciéndole retirar sin que le hiciera la menor observacion.

Algunos le habian observado esta obediencia vergonzosa á las órdenes del sargento, pero él respondia siempre:

—Dejen no mas, que yo me guardo para un dia mejor—quiero meter mas bulla que una invasion de indios.

Almiron era además muy aficionado á las cosas ajenas—siempre se encontraba en el campo caballos enillados con *chapeaos* magnificos—la desgracia es que los dueños solian aparecer, teniendo que devolver las prendas contra toda su voluntad, por supuesto.

Vengativo y rencoroso, tenia reconcentrado todo su odio en el pulpero Bernardo, á quien no habia apuñaleado aún, por el recelo que le inspiraba aquel reluciente trabuco que se veia sobre el mostrador, cuyos efectos conocia él, porque en un tiempo tuvo uno igual, que se vió obligado á vender.

Siempre que Almiron se embriagaba, iba á lo de don Bernardo á rematar la tranca, pero el pulpero se negaba á venderle bebida y cuando el paisano sacaba la daga amenazándolo, aquel tomaba su trabuco, en vista de lo cual el ébrio se retiraba exclamando:

—Algun dia to he de beber hasta la sangre y he de encender el candil con tu mismo sebo—ya nos veremos las caras algun dia!

Bernardo era un buen criollo, valiente como el primero, y amigo de mantener el mejor orden posible en su pulperia, para no hacerse

amonestar por la autoridad, ni que su casa tomara mal nombre.

Era la única pulperia donde no se armaban carreras ni se permitian reuniones de borrachos.

—Un dia va á suceder una desgracia entre este bandido y don Bernardo, decian los pacíficos vecinos, y esperaban de un dia á otro la noticia de que este, acosado por aquel, le hubiera hecho volar la cabeza de un trabucazo.

En sus diversas correrias, y sabe Dios como, Almiron se habia conseguido una pistola de bala de onza, que enseñaba en todas las pulperias, asegurando que con aquel *estrumento* y su daga, no habia quien le hiciera *ni esto*.

Una tarde se apareció en la pulperia de don Bernardo y pidió un refresco de limonada con caña.

Don Bernardo lo notó completamente fresco, y como cuando iba en este estado era muy comedido y atento, dándole por sus amenazas solo cuando llevaba la cabeza muy pesada, le devolvió amablemente sus «buenas tardes», sirviéndole el refresco pedido.

Almiron se puso á beberlo alegremente después de ofrecerlo á los muchos paisanos que allí habia, con los que entabló en seguida tranquila charla.

—Hoy Almiron, por suerte, decia don Bernardo, anda como gente, es una lástima que se mame, porque yo creo que la mayor parte de las barbaridades que hace, es á causa de la mala bebida.

Y atendia alegremente á sus clientes que, siendo sábado á la tarde, eran mas numerosos que de costumbre.

Almiron estuvo bebiendo con el mayor sosiego su refresco concluido el cual pidió otra limonada, pero esta vez «sin caña, dijo, para que don Bernardo no se enoje.»

Don Bernardo despachó riendo el refresco y siguió atendiendo á sus clientes.

De pronto y sin que nadie lo apercibiese, Almiron se retiró de la reja de la pulperia, retirándose como quien va á encender un cigarro—pasó por la tranquera y se entró al patio sin que lo viesan, á causa tal vez de que empezaba á caer la oracion y el paisanaje estaba entretenido con su conversacion y sus copas.

Al otro dia iban á haber nuevas carreras y los paisanos andaban pues ocupadísimos con los caballos que se iban á correr, entre los que figuraban el tordillo del sargento Pacheco, que segun decian era tenido por bueno.

Estaban en lo mejor de la jarana, cuando fueron sorprendidos por un grito espantoso de angustia y de dolor.

No habian vuelto aún de la terrible sorpresa producida por aquel grito, cuando sin-

tieron otro y otro, pudiendo distinguir las palabras de:

—Favor, que me asesinan! auxilio paisanos.

Dieron vuelta todos en direccion al patio de donde los gritos venian y se encontraron con un espectáculo tremendo.

Vieron á don Bernardo cubierto de sangre, que salia al campo retrocediendo, y Almiron que lo acosaba á puñaladas.

Hé aquí lo que habia sucedido.

Cuando Almiron se separó de la reja, sin ser apercebido, se entró al patio de la pulperia y se emboscó al lado de la puerta de la trastienda, por donde don Bernardo salia y entraba á cada momento.

Allí estuvo mas de media hora meditando un plan de venganza, que desgraciadamente debia de tener para el pulpero las peoras consecuencias.

Don Bernardo, inocente á lo que contra él se tramaba, salió á buscar un balde de agua, pasando por al lado de Almiron, sin verlo, á consecuencia del apuro.

Almiron no se movió del sitio donde estaba—sacó la daga y esperó tranquilo, y cuando don Bernardo volvia con el balde de agua, le sepultó la daga en el vientre, al mismo tiempo que le decia:

—Tomá maula! ya te dije que algun dia te habia de coser á puñaladas.

Don Bernardo soltó el balde y lanzó aquel grito angustioso que oyeron los paisanos, llevando las manos á su terrible herida.

Entónces Almiron lo acometió á puñaladas, obligándolo á retroceder al campo.

Los testigos de aquel cobarde asesinato quedaron como clavados en sus sitios, por la sorpresa aterradora de aquel espectáculo salvaje.

Nadie prestó al pulpero el socorro que pedia en medio de su desesperacion y Almiron llevó retrocediendo á don Bernardo hasta la orilla del rio que corria muy cerca de allí, donde cayó y fué ultimado á puñaladas.

—Tomá maula! le decia el bandido á cada nueva y terrible herida, que abria con mano despiadada—agarrá ahora tu trabuco haceme volar los sesos, si sos capaz de resucitar!

Concluido aquel crimen cobarde y sangriento, Almiron regresó á la pulperia, despues de haber limpiado la daga en la caña de la bota, con la misma naturalidad que si viniera do churrasquear.

Entró á la pulperia sin que nadie le dijera nada, saltó el mostrador y apoderándose del trabuco de don Bernardo dijo:

—Caballeros, ahora yo soy aquí el dueño—pueden ir pidiendo lo que gusten servirse, seguros de que no les he de cargar la mano.

Ahora, añadió si alguno cree que lo que yo he hecho está mal hecho puede, decirlo con confianza que será atendido.

Nadie contestó una palabra, pues todos estaban fuertemente emocionados.

Los paisanos buenos que allí habia, se fueron retirando poco á poco á llevar la noticia del drama que allí habia tenido lugar, quedando solamente la gente como Almiron—cuatro ó cinco de los mas famosos bandidos que abundaban en el Moro.

Almiron empezó por echarse al tirador el dinero que halló en los cajones eligiendo en seguida las mejores de las prendas que estaban colgadas en los armazones, operacion con que previo un «con su permiso» le siguieron aquellos desalmados.

Despues de tomar todo aquello que representaba mas valor, los bandidos destaparon algunas limetas, y se pusieron á beber festejando la hazaña llevada á cabo por Almiron.

—Si yo ya se lo habia dicho—decia este, que algun dia no le habia de valer el trabuco con que tanto pintaba! pero se tenia por bueno y no me queria creer.

—Pues lo que es ahora, respondió un gran borrachon desertor de la frontera, puede irle á vender ginebra á su abuela y al fiaó, porque me parece que en el otro mundo no corre plata.

—Esto les enseñará á estos sin vergüenzas á ser mas comedidos con uno, agregó Almiron, creerse que porque que tienen cuatro reales y cuatro frascos, pueden tratarlo á uno como á caballo patrio. . .

Se han de acordar de mí en el Moro mientras haya pulperias, concluyó, echándose al coleteo media azumbre de ginebra.

—Me parece prudente, dijo el primer paisano que habia contestado á Almiron, que nos hagamos perdiz de aquí.

La policia que hay ahora es muy amiga de meterse en todo, y en cuanto sepa la cosa va á venir con la pretension de que se le cuente lo que ha sucedido.

—Lo que es yo, contestó Almiron, no me nuevo de aquí, ahora que soy pulpero, y si viene la policia se irá por donde vino, ó le irá á hacer compañía al amigo Bernardo.

—Es que el sargento Pacheco es duro de pelar, continuó otro, y no así no mas se le lleva por delante.

—Eso no reza conmigo, contestó Almiron, pues al mismo San Sargento y San Pacheco que vengan, los he hacer banco y les he de sacar las tripas.

—Pues lo que es yo, dijo el desertor borrachon, confieso que no tengo tantas agallas y me voy—la policia es mal enemigo ¿y á qué hacerse perseguir al fiudo cuando uno puede muy bien ponerse fuera de tiro?

—Aquí no se ruega á nadie, dijo Almiron, el que no quiera quedarse que se vaya, que para los que vengan me basto yo solo.

El desertor se fué llevando á los tientos un par de estribos y otras prendas, ejemplo que imitaron algunos mas, quedando en la pulperia Almiron y otros dos desalmados que calcularon tendrian siempre tiempo de montar á caballo y huir, mientras Almiron se resistia.

Allí permanecieron toda la noche, bebiendo y tocando la guitarra, sin acordarse del cadáver de don Bernardo, que estaba á la orilla del rio.

La noticia de aquel bárbaro asesinato produjo el mayor espanto en todo el partido.

La noticia se daba de una manera exagerada, diciendo que una cuadrilla de bandidos capitaneada por Almiron habia llegado á lo de don Bernardo y se habia apoderado de la pulperia despues de asesinar á aquel, agregando los mas tímidos que lo mismo iban á hacer con las demás casas de negocio.

El alcalde del cuartel donde estaba situada la pulperia, recibió la noticia de boca de uno de los paisanos que habian presenciado el hecho, quien lo narró fielmente, agregando.

—No es prudente que usted vaya, porque en la pulperia habrá mucha gente mala que se han quedado allí hechos dueños, tomando y diciendo que van á pelear á la autoridad que los vaya á prender.

Como el alcalde estaba solo, estimó prudente seguir el consejo del paisano y acompañado de este se fué al juzgado á contar lo que habia sucedido y pedir dos ó tres soldados para ir á aprehender al malhechor.

Aquella noticia produjo en el Juez de Paz la misma indignacion que habia producido en todas las personas que oyeron relatar el modo alevoso y cobarde con que se habia cometido el asesinato.

—Desgraciadamente, dijo, si el crimen ha sucedido anoche, Almiron habrá huido, y á estas horas no se hallará en el Moro.

—No crea, señor, dijo entónces el paisano que habia acompañado al alcalde, Almiron es muy corajudo y cuando está divertido le dá por pelear fuerte, aunque sea á la partida, como lo ha hecho otras veces, se han de haber quedado bebiendo, y es fácil que no se vayan en una semana.

—Dios lo quiera, pues es preciso hacer un escarmiento, concluyó Martinez de Hoz, y mandó llamar á Pacheco, á quien hizo referir con los menores detalles lo que habia sucedido, por el testigo presencial que llevó el alcalde.

—Pacheco se puso fuera de sí—nada le indignaba tanto como una accion cobarde y un asesinato.

Naturalmente noble, no comprendia que hubieran séres humanos capaces de cometer acciones semejantes.

Pacheco sintió el deseo de tener cerca de sí

al asesino, para darle vuelta de un rebencazo.

—Es preciso que vayas á traer á ese hombre y á los que lo acompañen, dijo Martinez de Hoz—Toma cuatro de los mejores soldados y marchas ahora mismo en su busca.

Si acaso han abandonado ya el teatro del crimen, añadió, me los buscas aunque sea debajo de tierra, pues es preciso que los traigas aquí de todos modos.

—Almiron dijo el acompañante del alcalde, tiene armas de fuego, y dice que va á pelear á la partida que lo vaya á aprehender—es bueno que sepa esto el sargento para que no se descuide.

—No importa, dijo Pacheco sonriendo, si lo encuentro yo lo he de traer.

—Si hace armas agregó Martinez de Hoz, defiéndete lo mejor que puedas y trata de traerlo sin estropearlo—sé que no has de abusar y que no has de hacer nada de más ni mal hecho.

—Pierda cuidado mi comandante—el tiempo de ir y volver y esc famoso Almiron estará aquí.

Pacheco salió del Juzgado, ensilló su tordillo y revisó sus armas, hábito que habia contraído cuando salia á cumplir una comision delicada.

Llamó á los cuatro soldados que habia elegido mentalmente y les ordenó que ensillaran y lo alcanzaran.

Pero como queria ir solo y cumplir solo aquella comision que creian todos tan difícil, dijo á los soldados que no se apuraran, que él iria al tranquito, pero en cuanto anduvo unas cuantas cuadras puso su caballo al galope y en seguida á media rienda.

Por un por sí acaso se habia puesto en el tirador un par de pistolas que le dió Martinez de Hoz, creyéndose, armado así, perfectamente seguro y con bastante ventaja para pelear con Almiron y los pocos bandidos que lo acompañaran.

Cuando los soldados concluyeron de ensillar, operacion en que algo demoraron, se pusieron en marcha al galope, para alcanzar á su sargento, pero este habia ya adelantado un par de leguas, lo que hacia inútil toda tentativa.

—Voy seguro y prevenido, pensaba Pacheco, mientras galopaba hácia la pulperia de don Bernardo, por bandidos que sean los que esperan poco me han de hacer, y en última caso siempre he de tener tiempo de defenderme mientras llega el alcalde y los cuatro soldados que, cuando vean que yo he adelantado camino, se pondrán á media rienda.

—La buena gauchada, seguia pensando es tomarlos vivos á todos, sin necesidad de lastimarlos—un buen palo en la cabeza aturde al

mas pintado, y en seguida se ata y se le echa á las ancas.

Este era el plan que maduraba Pacheco, ya á pocas cuadras de la pulperia, cuando fué visto por uno de los que en ella estaban, quien dió á los demás la alarma, gritándoles:

La partida, muchachos, la partida de plaza! ahí vieno llegando el sargento Pacheco.

Este grito produjo una especie de sálvese quien pueda entre los bandidos que acompañaban á Almiron.

Los que se consideraron mejor montados saltaron sobre sus caballos y se hicieron huyó, sin meterse á averiguar siquiera si eran muchos ó pocos los soldados que venían.

Los demás se escondieron entre las pipas de vino y los cajones vacíos.

—Lo que es yo, puercos de porra, dijo Almiron, lo que es yo me quedo aquí, á pelear á esos maulas que creen venir á cosa segura, y cuando haya dado cuenta de ellos, he de dar á ustedes de tajos y rebencazos, para enseñar los á no ser flojos y disparadores de arriba.

—Se nos van los pájaros, pensó Pacheco, al ver los que saltaban á caballo y se alejaban á media rienda.

—Maldito sea! continuó, ahora el comandante va á decir que se ha errado el golpe por entrometido á no hacer lo que él me mandó y haberme venido solo.

Y castigó el tordillo que á fuerza del galope venía ya algo pesado.

De pronto un relámpago de alegría iluminó la mirada de Pacheco.

Acababa de ver cuatro caballos atados al palenque, lo que era una prueba evidente que allí lo esperaban cuatro hombres resueltos á pelearlo, puesto que no habían seguido el movimiento de sus compañeros.

Una duda le asaltó, duda que vino á turbar en algo la alegría que acababa de experimentar.

Aquellos caballos podían pertenecer á cuatro hombres buenos que nada tenían que temer de la justicia, ó tal vez á cuatro nuevas víctimas de los bandidos, pues habiendo que dado dueños de la pulperia, no era extraño que hubieran coronado su obra asesinando los parroquianos que hubieran venido.

Sin embargo, como era probable que fueran lo que pensó primero, bandidos que esperaban la partida para pelearla, por cuya razón estarían parapetados, meditando alguna sorpresa, no juzgó prudente llegar de golpe á la pulperia, como lo pensó al principio.

Pacheco castigó su tordillo, haciéndole hacer el último esfuerzo, y pasó como un relámpago por delante de la pulperia.

Por esta sencilla maniobra podía ver al pasar y de un rápido golpe de vista quienes estaban dentro y que actitud tenían.

Con gran sorpresa suya solo vió sentado sobre el rostro del bandido Almiron daga en mano, y con el trabuco de don Bernardo al lado, dispuesto se conocía á hacer fuego con él, á la primera intimación de darse á preso.

¿Dónde estaban los otros hombres cuyos caballos se veían en el palenque? se habían escondido ó estaban emboscados para caer sobre él en cuanto estuviera luchando con Almiron?

—Es preciso tener coraje, pensó, porque ahora no mas llegan los soldados y el alcalde, de todos modos, de sorpresa no me van á tomar.

Y acercándose á la pulperia echó pié á tierra y se dirigió resueltamente al despacho donde se hallaba Almiron, que lo veía llegar sin decir una palabra, y empuñando las armas.—

—¿Qué vá á tomar el amigo? preguntó Almiron cuando Pacheco hubo entrado y y con la misma naturalidad, con que un pulpero se habría dirigido á un parroquino—puede pedir lo que guste que aquí hay de todo.

—Es que lo que yo vengo á tomar, contestó Pacheco con su glacial reposo, tal vez usted no me lo pueda dar, porque voy á tomar al asesino del dueño de esta pulperia.

—Medio difícil me parece, contestó Almiron armando el trabuco desididamente y mirando con fijeza á Pacheco—usted, agregó es muy poca cosa para tomar eso, porque yo maté á D. Bernardo y no me voy á dos tirones.

—Siento mucho replicó, Pacheco sin que se alterase en lo mas mínimo su tranquilidad—siento mucho porque yo lo voy á tomar, y con resistirse no vá á sacar mas ventaja que empeorar su causa—no se resista, pues, amigo, concluyó y dése á preso, mire que no es por amenazarlo, pero á mi me han dado orden de prenderlo y yo tengo que cumplir con el juez de un modo ó de otro.

Pues me parece amigo que esta vez no cumple, contestó Almiron.

—Le aconsejo que no se resista, por favor, insistió Pacheco, porque es mucho mejor no tener que lastimarlo para hacer que obedezca á la autoridad.

—Pues, amigo, aquí no hay mas autoridad que yo y vamos á ver como se hamaca para prenderme á mí.

Sin perder de vista al asesino, única manera de poder evitar la descarga del trabuco que se veía en su mano, Pacheco sacó su sable y le dijo:

—Por última vez, amigo, y de orden del juez de paz, le pido que se dé á preso.

—No sea pavo y menos palabras, préndame si es capaz, concluyó Almiron.

Pacheco avanzó resueltamente, pero de repente se encogió y quedó perfectamente estirado de barriga, en momentos que sonaba el

poderoso estampido del trabuco, llenando de humo la habitacion.

En momentos que Pacheco avanzaba, Almiron tendió el brazo y con esa torpeza peculiar en el paisano para el manejo de las armas de fuego, hizo el disparo.

Pacheco habia calculado el tiempo tan matemáticamente, que al partir el disparo se hallaba ya de barriga contra el suelo.

—Está visto que hace una tontera en resistirse, dijo y se incorporó, encontrándose de pié con asombrosa velocidad—dése á preso amigo que nada va á evitar haciendo que yo lo lastime para prenderlo.

Pero en aquel momento sacó Almiron la pistola que no habia visto Pacheco, y le hizo fuego, con tan mala suerte, que apesar de la poca distancia que lo separaba, la bala solo rozó el brazo izquierdo del paisano.

—Todavía le pido que se entregue, dijo por última vez, pero ya pálido por la cólera que le iba ganando, á consecuencia de la cobardía de aquel asesino, que por dos veces ya, habia querido matarlo con tanta ventaja.

Pero Almiron, sin responder una palabra, saltó del otro lado del mostrador y se vino sobre Pacheco, blandiendo la misma daga con que habia asesinado á D. Bernardo.

De mil amores Pacheco hubiera arrojado el sable y empuñado la suya, pero como autoridad, no podia hacer uso del puñal.

Almiron medio se habia sorprendido ante la asombrosa serenidad de aquel hombre, pero comprendiendo que no habia mas remedio que luchar de firme para salvarse, lo acometió con una lluvia de puñaladas, bajas y terribles.

Pacheco las evitó como pudo, estudiando la mejor manera de aturdirlo de un golpe en la cabeza, y fué á causa de esta distraccion que Almiron lograra acomodarle una puñalada en el antebrazo izquierdo.

—Oiganle á la maula! gritó Almiron al sentir que habia herido al sargento—parece que no va á tomar nada paisano.

Con el dolor de la puñalada y el despaño de verse herido por andar teniendo consideracion á aquel asesino, un golpe de cólera subió á la cabeza de Pacheco.

Dió vuelta el brazo y tiró un feroz golpe de revés, que fué á sonar sobre la cabeza de Almiron, como un golpe de maza aplicado sobre una calavera.

Almiron abrió los brazos, soltó la daga y fué á caer de espaldas, azotando con la nuca sobre el filo del mostrador.

Pacheco soltó tambien su sable y se precipitó sobre el asesino, echando mano á la faja para asegurarlo, pero hubo de retroceder verdaderamente espantado.

Desgraciadamente el sable se habia dado vuelta y el golpe que el creyó un planazo

para aturdir á Almiron, resultó un hachazo tan descomunal, que le habia hundido el craneo hasta mas abajo de las cejas.

—Caramba, dijo, creo que se me ha ido la mano, y se agachó para examinar al caído.

Almiron estaba allí, muerto probablemente y con la cabeza dividida sobre un enorme charco de sangre.

—Es una casualidad maldita, continuó, porque no hay peor desgracia que tener que matar á un hombre, pero esto tenia que suceder, sinó él me hubiera muerto á mí.

Y quedó allí abismado en las mas tristes reflexiones.

Los otros bandidos que habian asistido á la lucha desde atrás de las pipas, estaban asombrados ante el valor que habian visto desplegar á Pacheco, y por nada de este mundo hubieran abandonado su escondite.

De pronto Pacheco dió vuelta hacia la puerta como si algo esperaba.

Acababa de sentir el galope de varios caballos que podrian ser, ó el alcalde y los soldados que llegaban, ó los bandidos que habian disparado al principio, que volvieran con refuerzo para acometerlo.

Pacheco salió de la pulperia á informarse de lo que sucedia, y se halló con sus soldados y el alcalde que acababan de desmontar de sus caballos sudados de tal manera, que parecia se hubieran azotado á un arroyo.

—Qué está herido sargento? preguntó uno de los soldados al ver sangre en el brazo izquierdo de Pacheco.

—No, á Dios gracias, contestó éste, pero me ha sucedido una cosa de todos los diablos.

—Estando usted bueno, dijo el alcalde, lo demás tiene remedio.

Y acompañado de Pacheco y seguido de los soldados entró á la pulperia, donde se hallaba el cuerpo de Almiron, moviéndose aún levemente por el último estertor de la agonía.

El alcalde miró aquella cabeza hundida por tan feroz hachazo, diciendo en seguida á Pacheco:

—Dios le conserve la muñeca, amigo y me proteja de semejantes golpes.

—Sin embargo, contestó el sargento, mas me hubiera gustado llevarlo vivo, porque aunque yo solo quise darle un palo, no ha de faltar quien diga que lo madrugué, á pesar de que aquí hay testigos que hubieran afirmado lo contrario, á Dios gracias.

El alcalde y los soldados miraron en todas direcciones, buscando á los testigos de que hablaba el sargento, pero como no vieron alma viva, preguntaron cuáles eran aquellos testigos.

—Es el caso, contestó Pacheco que en el palenque hay mas caballos atados que no pue-



..... alzóse los brazos, soltó la daga y fue á caer de espaldas, azotando con la nuca sobre el filo del mostrador.

1880



den haber venido solos—sus dueños deben estar aquí, seguramente y yo no he tenido tiempo de buscarlos, acometido por este pobrete que se creyó capaz de poder conmigo; y refirió en seguida con sus menores detalles, todo lo que habia sucedido desde que llegó á la pulperia.

—Pues hay que buscar los dueños de los caballos, contestó el alcalde, que no deben andar lejos si es que no nos están escuchando.

—Es preciso hallarlos porque ellos son los testigos que yo tengo, insistió Pacheco, y se pusieron á registrar el despacho tan en regla, que á los pocos momentos saltó de detrás de una pipa un paisano de fisonomía descomunal, blandiendo una enorme daga.

—Yo soy Dionisio Cabrera, dijo, que no sabe contar mentiras.

Yo iba á pelear á la partida porque no hay milicos que me vengan bien, pero es al ñudo resistirse donde está un hombre que ha matado á Almiron, á él me entrego; pero que no se me cuelgue otro, porque le saco el sebo de una puñalada.

Muy asombrados quedaron los soldados y el alcalde ante la catadura y palabras de aquel hombre que parado sobre la pipa seguía blandiendo la daga.

—Así soy yo, siguió diciendo Cabrera, á mi nadie me ha prendido todavía, porque mi lujo ha sido siempre pelear á las partidas de mas menta, pero el que ha matado á Almiron con trabuco y daga, bien puede prender á Dionisio Cabrera, sin que se diga que he sido un chanchito que me he entregado de puro flojo.

—Pues basta de charla, contestó Pacheco, largue la daga y vaya bajando, que no tenemos mucho tiempo que perder.

Cabrera tiró la daga que fué á clavarse sobre el mostrador, y bajando de las pipas con toda calma se paró delante de Pacheco y le dijo:

—Aquí estoy para lo que guste mandar—usted es un hombre de los que ya no se ven y es al pepe que yo lo hubiera peleado, por eso me le entrego para que pueda contar la hazaña de haberme llevado preso.

—Atenlo á este, dijo el sargento dirigiéndose á los soldados.

—No hacia falta, contestó Cabrera, pero ya que así lo manda está bueno.

—Y los otros? preguntó Pacheco, sin hacer caso de las palabras del preso á quien los soldados empezaron á amarrar con un cinchon—donde están los otros peines que deben haberse escondido cuando me sintieron?

—Esa es una basura que no merece la pena, contestó Cabrera.

Ahí están atrás de las pipas, de donde estoy seguro que no han salido de miedo.

—Pues que vayan saliendo voluntariamente,

dijo Pacheco en alta voz, porque si me obligan á buscarlos van á ir de cabeza al copo en cuanto lleguemos al Juzgado.

Ante semejante amenaza, los otros dos escondidos salieron tambien de atrás de las pipas protestando en su inocencia y asegurando que eran gente buena que se habia quedado allí de miedo, porque Almiron les habia ofrecido matarlos si se iban.

—Mienten esos dos gallinas! gritó Cabrera, á quien ya habian atado las manos á la espalda, y mienten de miedo; se han quedado aquí de puro bandidos, y porque para la ginebra son peor que esponjas, y como el amigo Almiron no cobraba lo que servia. . . se quedaron aquí á enjuagar todas las limetas.

—No lo crea, señor sargento, reclamaron los dos nuevos aparecidos, Cabrera habla de puro malo que es y nada mas; nosotros somos mozos que ande quiera nos conocen por gente buena, lo que no sucede con él, que es un asesino mal pagador.

—Dejá que me den vuelta, puerco, hijo de yegua, contestó Cabrera, que yo te he de dar bandido.

—Silencio! silencio, gritó Pacheco, que allá don Miguel los arreglará. Ahora y por lo pronto, aten á esos dos no más.

Aquellos dos tipos eran clásicos.

Dos borrachones consuetudinarios, jubilados por la ginebra, á causa de los muchos años empleados en su consumo.

Sus ojitos estaban siempre entornados, á causa de la eterna tranca que sobre ellos pesaba, y sus bocas habian tomado esa espresion apacible del borracho que parece estar siempre sonriendo á la botella de bebida.

—Sargento, dijo uno de los soldados que se acupaban en atar á los dos borrachones—este compadre está preñado del gasto que ha hecho en la pulperia, tiene los bolsillos y el seno lleno de prendas.

—Lo mismo sucede con este otro, añadió el otro soldado, este tiene en el seno un nacimiento de toda clase de cosas.

—No les he dicho yo que son unos puercos? saltó Cabrera, me alegro mucho que los embromen para que no se ensucien con lo ageno.

A ver si á mi me encuentran un alfiler! concluyó.

El sargento se acercó á los dos borrachones á ver que diablos tenian en el seno, y se halló con un verdadero nacimiento de puñales, vestidos, mates, rebenques, y todas las prendas, en fin, que habian saqueado en la pulperia.

—Y esto? les preguntó, en donde han comprado ustedes esta provision de pilchas nuevas?

—Esto, tartamudearon los dos ladronazos, nos lo obligó á llevar Almiron, porque nos di-

jo que si no lo guardábamos nos iba á coser á puñaladas.

—Allá se lo contarán ustedes á don Miguel, contestó Pacheco, que es mas ladino que ustedes, y á quien no han de engañar á dos tirones, é hizo meter en una bolsa todo lo que aquellos tenian en el seno y los bolsillos.

—Yo soy un hombre honrado, dijo el mas tímido de los dos, ya lagrimcando de miedo—yo no queria llevar nada, pero Almiron sacó la daga, y como tenia mal génio, fué preciso obedecerle.

—Cómo no! gritó Cabrera—si ustedes, son unos infelices para la uña! por eso es que no tienen cabida en ninguna parte!

—Silencio! volvió á decir Pacheco todo eso se lo contarán al Juez de Paz—yo no tengo mas que hacer que llevármelos para lo que él disponga.

Y mando á los soldados que fueran atando á aquellos prójimos sobre sus respectivos caballos, mientras él ayudado del alcalde acomodaban á Almiron sobre el suyo, que indudablemente era el mejor de todos.

Concluida la operacion y mientras un soldado quedaba custodiando los presos y la pulperia, el alcalde, Pacheco y otro soldado fueron á explorar los alrededores, en busca del cadáver de don Bernardo, que encontraron entre las malezas.

Un sentimiento de horror dominó á aquella gente á la vista del cadáver, materialmente cosido á puñaladas.

En el suelo y bajo la espalda se veia un gran agujero, que correspondia sin duda á la última puñalada conque lo clavó el asesino, en cuya herida debió haber éste revuelto la daga á juzgar por sus labios enormemente abiertos.

—Ya no siento tanto asco de haber muerto á ese bandido, dijo Pacheco, y creo que cuando el comandante vea este cadáver, me va á disculpar el que se me haya ido la mano, se necesita tener entrañas negras, terminó, mirando el cadáver, para hacer una cosa tan cobarde!

Aquel cuerpo tan mutilado fué envuelto cuidadosamente en unas mantas, y conducido hasta el caballo de Almiron, donde fué prolijamente acomodado.

—Quién le habia de decir al asesino que cadáver tambien, habia de hacer el viaje junto con su víctima! dijo Pacheco.

—Así son las cosas de la vida, añadió el cínico Cabrera, muchas veces le dan á uno el vuelto antes que se lo malicie, y usted sargento, sin ser pulpero, se lo ha dado á Almiron sin que se lo pidieran.

Cabrera era un tipo formidable; tenia con la justicia una larga cuenta que mas adelante conoceremos, y sin embargo, iba amarrado al

Juzgado de Paz, tan alegre y decididor como si fuese á una fiesta de carreras ó á una reunion de guitarra.

—Yo soy así, decia siempre—para que á mi se me acabe el buen humor, es preciso que me corten el de comer puchero, sinó me he de estar riendo toda la vida.

Lo mismo sucedió cuando mataron á mi padre y los amigos me preguntaban que porque no lloraba.

—Si vuelves á decir un desatino como ese, le notificó el alcalde, por pronta maniobra te pego yo una vuelta de rebencazos.

—Así son las cosas, replicó Cabrera, á perro flaco todas son pulgas—pero algun dia me he de ver libre y nos hemos de mirar la cara con los que hoy me amenazan!

Y soltó una carcajada como si hubiera dicho un chiste ó lo hubieran hecho engrillar.

Concluidos todos los preparativos y arreglos, Pacheco recomendó al alcalde el cuidado de la pulperia, hasta que el juez dispusiera otra cosa, y se puso en camino, llevando él de tiro el caballo donde iban los cadáveres, mientras los soldados llevaban los otros tres.

Cabrera iba cantando alegremente, asegurando que deseaba cuanto antes llegar al calabozo, para echar una morruda siesta que le estaba pidiendo el cuerpo.

Los otros dos borrachones iban llorosos y jurando por todos los santos que ellos eran hombres honrados y que solo por miedo á Almiron habian permanecido en la pulperia y tomado aquellas prendas.

—Allá se lo contarán á don Miguel, decia pacíficamente Pacheco, y apuraba la marcha todo lo que podia, pues le urgia poner en conocimiento de su comandante todo lo que le habia sucedido, temiendo que este fuera á reprocharle el no haber sido capaz de traer vivo á Almiron.

En el Juzgado de Paz estaban cuidadosos con la tardanza de Pacheco y los soldados.

—Almiron es un bandido terrible, habian dicho á Martinez de Hoz, muy capaz de pelear con cualquier partida de plaza y escaparse despues de haberles hecho averia.

—Pero no ha de ser capaz de pelear con el sargento Pacheco, contestaba Martinez, y si lo ha peleado habrá dado con la horma de su zapato.

—Es que Pacheco se cortó solo, y los soldados han ido mucho despues, le contestaban.

Almiron ademas ha de haber hecho rejunta de bandidos en la pulperia y tal vez Pacheco y los soldados hayan sido sorprendidos y muertos por esa fuerza mucho mas numerosa.

Alli se debia haber mandado toda la partida.

Estos comentarios y la tardanza de la gente habian puesto en sérios cuidados á Martinez

de Hoz, que temia que Pacheco se hubiera ensartado solo entre una cueva de foragidos.

Ya habia ordenado que se preparase el resto de la partida y se disponia á marchar el mismo guiándola, cuando le avisaron que ahí venia Pacheco trayendo mucha gente atada.

—No les dije á ustedes? esclamó Martinez, justamente orgulloso con su sargento—tienen que ser muy bandidos y muchos los que pueden con Pacheco y los soldados que el lleve.

En esto se sintió la voz del sargento que pedia permiso para entrar, permiso que se le acordó inmediatamente.

Poco despues y rebotando de satisfaccion,

daba cuenta á su comandante de cuanto le habia sucedido en la pulperia de don Bernardo.

Los que escuchan la relacion no sabian de que asombrarse mas—si de la pelea y muerte de Almiron, ó de la prision de Dionisio Cabrera, famoso bandido cuyos crímenes lo habian hecho temidísimo en todo el Moro.

Los cadáveres fueron enterrados ese mismo dia, pasando los presos á los calabozos, para instruirles el sumario correspondiente.

La conducta de Pacheco fué aprobada por Martinez de Hoz, recibiendo mil felicitaciones de todos los que conocieron aquella verdadera hazaña, llevada á cabo de una manera tan fácil y feliz por el valiente sargento.

## LA MUERTE DE UN BANDIDO

La muerte de Almiron y la prision de Cabrera dieron á Pacheco una fama inverosímil, no faltando paisano que asegurara que debia tener hecho pacto con los malos, porque solamente asi se podia haber muerto á Almiron y preso á Cabrera en el mismo dia.

Los gauchos mas guapos lo buscaban para captarse su aprecio y los mas famosos criminales le huian cielo y tierra, prefiriendo mil veces encontrarse con el diablo que con el sargento de la partida.

Los pulperos por su parte lo agazajaban de todas maneras, sobre todo cuando tenian reuniones, pues sabido era que estando Pacheco, no solo los paisanos no bebian con exceso, sino que ningun incidente desagradable venia á turbar la paz de la reunion.

Algunas veces los pulperos y aun los mismos capataces de establecimiento solian regalarle, quien un potro lindo, quien una vaca, que aceptaba siempre con la venia del Juez de Paz, de modo que poco á poco y sin sentirlo, se iba haciendo de animalitos de mérito.

—Ando ganoso de traer á mi Juana sabia decir á Martinez de Hoz, porque la suerte pinta bien.

—Te aconsejo que no lo hagas todavia, le contestaba su comandante así andas mas libre y cumples mejor con tu deber, por ahora es mejor que vayas á visitarla; cuando hayamos concluido con todos los pillos de por aquí la traes y te estableces en un campito que yo te daré.

Y Pacheco que sabia que su comandante solo queria su bien, se conformaba é iba á visitar á su Juana, llevándole su sueldo y los animalitos que le habian regalado.

Allí pasaba una ó dos semanas felices y

regresaba alegremente al cumplimiento de su deber.

El sumario de los presos que trajo Pacheco de la pulperia de D. Bernardo, empezó á hacerse con la actividad que comunicaba Martinez de Hoz á todos sus empleados.

Los dos borrachones compañeros de Cabrera, eran dos ladrones de cueros y animales perdidos, pero siendo excesivamente cobardes, á pesar de las enormes dagas que llevaban en la cintura, no era gente mala ni de la conocida por de averia.

El cargo mas grande que sobre ellos pesaba era el de las prendas saqueadas en la pulperia de que se les halló rellenos, cargo que pretendian destruir, sosteniendo que Almiron se las hizo tomar bajo amenaza de muerte, pero Cabrera sostuvo que aquello era una gran mentira, pues eran ellos quien habian tentado á Almiron á saquear la pulperia.

Aquellos dos borrachones fueron destinados por dos meses al servicio de limpieza, bajo apercibimiento de ser remitidos á Buenos Aires si no se corregian de sus malas mañas.

Contra Cabrera resultaban cargos tremendos que este, en vez de destruir, confesaba con repugnante cinismo.

Era un bandido completo, de aquellos que degüellan un hombre solamente por probar el filo del puñal.

Entre los muchos asesinatos cometidos por Cabrera, figuraba el de una vieja á quien habia degollado, revolviéndole el puñal, en seguida, entre los ojos.

—Y ¿es cierto esto? le preguntaron.

—Es cierto, ¿para qué lo voy á negar? habia contestado riendo, como si se tratara de una

travesura, y si la volviera á encontrar la degollaria de nuevo.

—Y ¿no sabes que ese es un crimen repugnante? ¿Por qué mataste á esa muger? ¿Qué mal podia haberte hecho una pobre vieja que apenas podia con su alma?

—Yo le diré á usted, respondia Cabrera acariciándose el empeine de la bota de potro, doña Martina tenia un ojo que miraba para el lado de montar, mientras el otro miraba para el lado del lazo.

Cuando uno la hablaba, no se sabia si le miraba á la cara ó estaba divisanado el campo con sus ojos de candil mocho.

Doña Martina además era mas brava que un aji, muchas veces venia yo al rancho, de puro gusto, y le gritaba tuerta virola.

La pucha! mas vale que no le gritara porque me sacaba peinando con algun hueso ó algun pedazo de fierro.

Esa mañana que yo la maté estaba pelando una gallina muy gorda—yo me acerqué despacio y le grité que se untara la injundia en el lomo de la nariz para sanar de los ojos.

Doña Martina dió vuelta la cara como para mirarme, pero miró para el campo y le rejucilaron los ojos, y me trató de condenau.

Dios me perdone, pero creo que cuando me trató de condenau me miró con un ojo.

A mí me dió miedo y me hize el que me iba, pero al rato volví y la degollé de un solo tajo.

—Pero hasta ahora, observaron á Cabrera, hasta ahora, no has dicho por qué la degollaste.

—Pues por eso no mas, contestó Cabrera con el semblante iluminado por una esprocion de ferocidad—y por eso es que cuando la degollé le escarbé los ojos con la punta de la daga, para que no pudiese mirar en el otro mundo á dos lados á un tiempo.

—Y despues no te ha dado lástima de haber matado á esa pobre vieja?

—Cállese por Dios, señor, si en mi vida he podido sufrir á los tuertos?

Y volví á acariciarse el empeine de la bota y á sonreir como si hubiera dicho una gracia.

Este hecho solo puede dar una idea de lo bandido que era Cabrera, y como este, figuraban cuatro ó cinco crímenes en su sumario.

—Yo soy así, concluia siempre—á que vamos á buscar remedio á lo que no lo tiene?

Cabrera era temible, porque á la par de aquella crueldad terrible, estaba dotado de un valor temerario.

El habia peleado varias veces con partidas de plaza que habian venido á prenderlo, logrando siempre ponerse en fuga, despues de haberles muerto uno ó mas hombres.

De aquí provenia la gran fama que lo acom-

pañaba y el asombro que causó su prision, prision que valió á Pacheco el respeto de todos los bandidos y la consideracion de la gente buena.

Siendo un bandido tan peligroso, Cabrera quedó siempre asegurado en el cepo por un pié, mientras se concluia su sumario, para ser remitido á Buenos Aires junto con muchos otros pájaros de menta que habian en el juzgado.

—Lo que es á mí no me llevan al pueblo ni aunque me pongan dos cuartas, decia Cabrera, porque me les he de ir de aquí ó del camino.

—Es que quien te va á llevar es Pacheco, le contestaban, y ya sabes que á ese no se le van ni las moscas.

—Es que todavia no me han llevado, concluia el bandido, y si no me he ido de aquí para entonces soy capaz de pelear al mismo sargentó, porque prefiero cien veces que me maten, á que me lleven á la ciudad.

En vista de esto y de haber intentado escaparse dos ó tres veces, se redobló la vigilancia con aquel perro tan arisco.

Habiendo venido Martinez de Hoz al pueblo á diligencias particulares, quedó en el Moro el secretario, á quien le encargó sobre todo, la vigilancia de aquel preso.

En cuante supo Cabrera que el Juez no estaba, intentó fugarse por cuarta vez, pero entonces el sustituto ordenó que se le vigilara mas, y lo mataran en caso de que quisiera irse y hacer armas á la autoridad.

Cabrera no hizo ninguna otra tentativa, pero les aseguró que el dia menos pensado no lo habian de encontrar mas en el cepo, lo que hizo mucha gracia á Pacheco, pues conocia el respeto y temor que le tenia aquel rematado bandido.

Un domingo cayó al partido del Moro un cura de campaña, con el santo propósito de bautizar á los que no lo estuviesen y casar á los que, segun él vivian en pecado mortal, lo que hizo mucha gracia á Pacheco, pues conocia el respeto y temor que le tenia aquel rematado bandido.

Estos bautismos es lo mas original que el buen lector pueda imaginarse.

Generalmente es un señor cura necesitado, que sale á recorrer la campaña, en busca de almas que arrancar á Satanás.

Los que se han casado ante el fegon del rancho y cuatro amigos, permitiéndose hacer vida matrimonial sin permiso de la iglesia, están poseidos del diablo, y para librarlos del pecado mortal es necesario que el referido cura los case, ó lo que es lo mismo que le paguen una contribucion de un par de mil pesos ó en su defecto una yunta de vacas lecheras.

No se puede vivir sin estar bautizado, por que vivir sin estarlo es vivir para el diablo.

Es, pues, necesario que el mismo referido señor cura les eche un poco de agua salada en la cabeza, operacion que no puede efectuar sino le dan algunos pesitos ó animalitos que los valgan.

El señor cura predica un poco en la estancia donde para, incitando á los menos cristianos que hagan limosnas para la iglesia, limosnas que él llevará, único medio conocido hasta ahora de ganar el cielo, siempre se entiende bajo la garantía del mencionado señor cura.

Los paisanos, que son inocentes y crédulos en su mayor parte, se casan y bautizan sus hijos, por supuesto, prévio un par de sus mejores caballos ó yeguas, que entregan al señor cura para que los lleve á la iglesia.

Hay, sin embargo, algunos paisanos bastante ladinos que renuncian al pedazo de cielo ofrecido porque les parece muy caro y solo lo compran por un potrillo ó un cordero.

No quieren casarse ni bautizar sus hijos, si no hace el trabajo de arriba.

Aquí entra el trabajo del señor cura para salvar aquellas ánimas descarriadas.

Charla con el Juez de Paz, á quien seduce con cristianos discursos, pidiéndole que ordene al alcalde se case ó salga del partido.

Por no mover sus haciendas, cambiar campo y otros inconvenientes, algunos suelen cumplir la idea del Juez de Paz, á quien ha seducido el piadoso cura, y se casan, entregando la suma que aquel les quiere cobrar.

Otros, antes que consentir en que tan violentamente los despojen de su propiedad, llevan sus hacienditas á otros campos, maldiciendo del cura, del Juez de Paz y de todo lo que es justicia sobre la tierra.

—Los jueces de Paz, hemos oido decir una vez á un paisano muy travieso, explotan el nombre del gobierno, porque el gobierno está lejos y no sabe lo que ellos hacen.

La justicia la venden, la cambian por vacas ó se sirven de ella hasta para quitarle á uno la mujer ó la hija.

Pues lo mismo hacen los curas con el nombre y la justicia de Dios, sobre la tierra, son capaces de cambiarla hasta por botellas vacías.

Volviendo á lo que decimos mas arriba, conocemos paisano que por no mudar campo y esponerse á perder en la mudanza mas de cien cabezas, se ha casado á la fuerza, pagando por aquel casamiento forzado la honesta y virtuosa suma de seis mil pesos papel.

Era la órden que de acuerdo con el cura habia dado el Juez de Paz, bajo pena de ser echado del partido.

Así es que de estas escursiones de casamientos y bautizmos, de grado ó por fuerza,

vuelven los piadosos curas de campaña con el tirador lleno de dinero, y arreando una buena cantidad de animalitos, producto del ejercicio de su cristiano ministerio.

Uno de tantos curitas habia caido, pues, al Moro, á librar del pecado mortal al mayor número de habitantes que les fuera posible.

Se habia fijado ese domingo para que tuvieran lugar aquellas ceremonias, en la estancia que habia el señor cura elegido para pasar los dias que pensaba permanecer en el Moro.

Era mucho mas conveniente para él andar de estancia en estancia, pues así no podria escaparse un solo paisano, pero aquel partido tenia muy mala fama y no era muy prudente esponerse á que alguno fuera á regalarle un par de puñaladas, por via de entretenimiento.

Los paisanos inocentes empezaron á caer desde el sábado á la noche á la estancia donde paraba el cura.

Todos ellos venian con su consorte en ancas, y arreando los mas, por delante, una tropilla de muchachos de todas edades y tamaños.

Viniendo desde establecimientos lejanos, todos ellos traian con que pasar la noche y el dia siguiente.

Como venian á una fiesta á ninguno de ellos le faltaba en los tientos el frasco de *vincha blanca* y las maletitas de yerba y azúcar.

El domingo de madrugada cuando el señor cura salió al campo, este parecia un gran campamento, lo que hizo relampaguear los ojos del buen reverendo, pues segun el aspecto del campo, la ganancia iba á ser famosa.

Por todas partes se veian fogones encendidos, á cuyo alrededor estaban los paisanos sentados alegremente en cuclillas, quien haciendo un churrasco, quien cebando mate, y quien tocando la guitarra al mismo tiempo que destripaba una botella de ginebra.

Los muchachos jugaban alegremente, corriendo carreras con sus potrillos, ó boleando los perros que los habian acompañado.

Aquello era una verdadera fiesta campestre, donde nada faltaba.

El buen cura, que queria ganar tiempo á toda costa, á penas masticó una especie de misa, empezó á bautizar y casar con una envidiable rapidez.

Fué entonces que tuvo lugar una exena graciosísima.

Tocó su turno á un gaucho muy diablo, cuya fama de ladino y gracioso se estendia por todo el partido.

Era conocido por el sobrenombre del redomon, á consecuencia, segun era su fama, de que nadie le habia soltado hasta entonces una pulla, á la que él no hubiera contestado con tres libras de pimienta ontreverada con agí.

El redomon se acercó al cura acompañado de una hermosa gauchita y tres ó cuatro perjenios,

calzados con bota de potrillo y de cuchillo á la cintura.

—Y tú que quieres, buena pieza? pregunto el cura, engolocinado en el tirador *aviao de monedas*, que se veía en la cintura del paisano.

—Es, dijo este quitándose el sombrero y echando dentro el barbijo, yo quiero que me cristiane estos tres terneros, porque dicen que esto es bueno para que asienten el juicio.

—Entonces tú eres casado?

—Ya lo creo que lo soy! hace mas de diez años!

—Y quién los casó á ustedes?

—Vaya una pregunta, caramba! nos casó un Juez de Paz que hubo aquí, y como en ese entonces no habia cura, fueron testigos el alcalde y un cabo de la partida.

Ese casamiento no vale, contestó el cura bastante picado, por la risa que no podian contener los que oian el diálago.

—Cómo que no vale? observó asombrado el redomon—lo que manda el Juez de Paz vale, y para eso está la partida de plaza para hacerlo cumplir.

La risa aumentaba en los que esto escuchaban, mientras la mostaza iba subiendo poco á poco á la rubicunda nariz del cura.

—Ese casamiento no vale, porque no está autorizado por un cura y los Jueces de Paz no pueden casar.

—Los Jueces de Paz pueden todo lo que quieren, porque para eso tienen partida, ya se lo he dicho á usted—y á malaya estuviera aquí el Juez que nos casó, á ver si usted se atrevia á decir eso!

—Tu vives en pecado mortal, concluyó el reverendo medio corrido y si no te casas te ha de llevar el diablo.

Animas benditas! lo que manda el Juez de Paz lo tiene que sustentar la partida, y si el diablo se mete conmigo, le aviso al sargento Pacheco que es mas duro que un caracú, á ver si con él ha de compadrear mucho.

—Pues mira, concluyó el cura, apurado por cortar el diálogo y seguir con los que le esperaban—si no te casas ahora mismo, no te cristiano los chicos.

—Pues nada que se me dá, contestó el redomon retirándose, yo haré cristianar con el teniente alcalde ó con don Miguel que será lo mismo, salvo que ellos me lo harán mas barato.

El redomon se retiró y otra pareja vino á ocupar el sitio que dejaba.

—Si será bárbaro iba diciendo, quiere que no valga una cosa que ha hecho el Juez de Paz, para que á uno se le eche encima la partida, y le pregunto quien lo metió á zonzo.

La exena del redomon hizo alguna algarazara entre los paisanos, sosteniendo unos que debía

de casarse otra vez, desde que el cura lo mandaba, y otros que desde que el Juez de Paz los habia casado, no habia por qué empezar de nuevo.

—El mal es para él, concluyó el redomon, sentándose al amor de un fagonito y echando una gárgara de ginebra, el mal es para él porque ha perdido la changa de cristianar los terneros y eso ménos ganará.

A la hora de la siesta, el cura suspendió su provechoso trabajo, pues ya era hora de poner bien con Dios su formidable estómago, y entregarse por un par de horas al mas tranquilo reposo.

Los paisanos se fueron tendiendo á la sombra de los ponchos, unos, mientras los otros seguian la jarana armando sendos bailes y paçadas.

Pacheco habia ido allí acompañado de dos soldados, á guardar el órden, porque seguro es que donde hay bebida abundante, suelen haber sus cuestiones y cambios de palabras que terminan frecuentemente á puñaladas.

Serian á penas las dos de la tarde, cuando se vió llegar un soldado de la partida, á todo lo que daba el caballo.

A penas llegó, el milico tendió su vista azorada por aquella especie de campamento, sin duda buscando á su sargento, pues á penas lo vió, corrió hasta donde estaba y le dijo:

—Pronto mi sargento, pronto, se han sublevado los presos en el Juzgado, y tienen á la partida á mal traer—han muerto al cabo que estaba de guardia y han herido á muchos soldados.

—La gran flauta! exclamó Pacheco saltando sobre su caballo y tomando la carrera en direccion al Juzgado; y quién encabeza la sublevacion?

—Es el bandido Cabrera que, con las boleadoras ha muerto al cabo, y ayudado por tres presos mas, ha peleado á la partida obligándola á retroceder—tal vez á esta hora hayan podido escaparse.

—No lo quiera mi Dios! exclamaba Pacheco, enterrando las espuelas en los flancos de su caballo para andar mas á prisa—de todos modos, si se han ido, yo juro que los haré traer aunque hayan ido á sujetar las riendas á la misma luna del diablo!

Y corria con tal velocidad que muy pronto se alejó unas ocho cuadras del soldado que le habia llevado la noticia, quien creyó prudente disimular la marcha, pues si se empeñaba en alcanzar á su sargento, se iba á quedar á pié despues de haber reventado el mancarron que montaba.

Véamos lo que habia sucedido en el Juzgado de Paz, que habia motivado aquel inesperado aviso.

La noticia de que habia ido un cura á bautizar y casar aquel domingo, habia circulado entre los presos, algunos de los cuales tomaron este pretexto para pedir que los soltaran, pues tambien querian casarse y cristianar sus hijos, pedido que no se les consintió, conociéndose la clase de pájaros que eran, y que esto seria solo un pretexto para evadirse.

—Si hay reunion va á haber jugada, dijo Cabrera al cabo de servicio, y habiendo jugada es seguro que esta noche nos caen nuevos compañeros.

—No te aflijas, ni te apures, respondió el cabo, porque allí ha ido Pacheco con gente elegida y muy bueno ha de ser el que pretenda armar bochinche donde él esté.

—Canejo! dijo Cabrera, no parece sino que Pacheco es peor que Gobierno, por la fé que le tienen; asco me dá hábermele entregado como un raton y tan al cuete.

Algun dia que me pueda topar con él he de tener el gusto de hacerlo banco, aunque no sea mas que para que vean que es un hombre como cualquier otro y que yo no soy tan manso ni tan parador á mano como se han creído muchos, desde que vieron que me entregué.

Cállate y no seas tonto, concluyó el cabo alejándose—tú estás hablando de aburrido y porque el otro está lejos—veremos si cuando le veas las barbas dices lo mismo.

—No, si le voy á pedir licencia! concluyó á su vez Cabrera, dándose vuelta hácia dos compañeros de cepo, que estaban allí á su lado porque tenian con la justicia una cuenta tan larga como la suya.

La noticia de que Pacheco estaba lejos y ocupado con sus mejores soldados, despertó en Cabrera la angustia de darse la libertad.

—Qué les parece muchachos? dijo en voz baja á sus compañeros—el tigre anda lejos con la mejor gente.

Tres hombres de *nerve*, como nosotros, y decididos á morir en su ley, pueden hacer mucho con la basura que aquí habrá quedado.

Si se animan ustedes podremos mandarnos mudar donde no nos echen mas las garritas.

—Es el caso que el cepo está bien cerrado, contestó uno de ellos, cuyos ojos brillaron á la idea de recobrar la libertad.

Los compañeros de calabozo podrian ayudarnos y entónces el golpe seria mas que seguro.

—Pues vamos á hacerle una tanteadita al cepo, añadió Cabrera, que con paciencia y saliva todo se puede.

Los tres bandidos empezaron á forcejear el mal candado que cerraba el cepo, en los momentos que el cabo se alejaba, y tanto hicieron y tanto tironearon, que al fin el candado empezó á ceder.

Un par de tirones mas y el candado cedió por completo, y con un placer infinito aquellos truanes pudieron sacar el pié de la estrecha prision.

Cabrera se apoderó de un par de boleadoras que habia en el suelo y volviendo á meter el pié en el cepo, cerrado entónces en falso, dijo á sus compañeros.

Ahora estén ustedes listos y mucho ojo.

En cuanto se acerque el cabo y medio se descuide, yo lo volteo de un bolazo—en seguida salen ustedes, abrimos el calabozo á los compañeros y ya verán que hombrada!

Ustedes pueden armarse con las armas del cabo, que yo con las boleadoras tengo suficiente.

Después arrebataré el sable á otro basura de estos, y los correteamos como á peludos, mandándonos mudar en seguida en sus mismos caballos.

Convenido este plan los tres bandidos se quedaron en el cepo, como si nada hubiera pasado, esperando la vuelta del cabo.

Apenas habian concluido de acomodarse en el cepo para llevar á cabo su cínico plan, cuando regresó el cabo y echó un golpe de ojo sin sospecharse lo que contra él tramaban.

Cabrera sonreia como siempre, mientras los otros salteadores se hacian los que dormian la siesta.

—Y tú porque no duermes tonto? preguntó á Cabrera—mira que el sueño es el mejor quita penas y el que duerme olvida.

Yo pienso contestó Cabrera, porque el que piensa se le suelen ocurrir cosas buenas.

—Está bueno, concluyó el cabo alejándose, á ver si se te ocurre el medio de salir en libertad sin licencia del Juez.

Pero á penas dió vuelta, Cabrera sacó su pié del cepo, de modo que aun no habia concluido de decir su última palabra, cuando rodó por el suelo como si un rayo lo hubiera herido.

—Ya lo creo que se me ha ocurrido! exclamó Cabrera, dejando caer sobre el cabo un segundo golpe de bola que le deshizo el cráneo.

En el acto los dos bandidos salieron tambien del cepo y se lanzaron sobre el cabo, apoderándose del sable y una pistola de grueso calibre que se veia sujeta en el tirador del lado derecho.

Armados de esta manera, los tres foragidos lanzaron un grito de alegria y se dirigieron al calabozo donde estaban los demás presos.

Hombres resueltos á todo y de entrañas bastante duras, se creian seguros de llevar la mejor parte en un combate con la partida, aunque los que estaban en el calabozo no les prestaran una ayuda eficaz.

El calabozo fué forzado en un minuto y aquella turba de criminales de todo pelaje se

desbordó por los patios del juzgado, en busca de armas los resueltos y simplemente en busca de un caballo donde salvarse, los mas tímidos, que no querian tener cuenta de sangre que ajustar con el Juez de Paz, que tenia fama de duro para castigar el delito de resistencia contra la autoridad á mano armada.

Los primeros que salieron haciendo punta, en busca de caballo, fueron aquellos dos célebres borrachones atrapados en la pulperia de don Bernardo, pero la guardia, que se habia puesto en movimiento á las primeras voces que sonaron en el calabozo, les echaron el guante, obligándolos á detenerse apesar de los deseos que tenian en apretarse el chiripá.

Detras de los dos borrachones llegó la avalancha de presos, guiados por Cabrera y sus compañeros, que atropellaron la guardia como un torbellino.

—A las armas la partida! gritó la guardia tratando de contener aquella embestida, pero á pesar de todos sus esfuerzos, fueron arrollados y obligados á retroceder.

Cabrera y sus compañeros, que estaban armados, acometieron de los primeros y con un vigor irresistible, logrando voltear un soldado cuyo sable sirvió para armar á Cabrera que empezó á esgrimirlo con una pujanza esraor dinaria.

Cuando el resto de la partida acudió en auxilio de sus compañeros, estos estaban ya en el campo, tratando de resistir el desesperado ataque de los presos.

De los diez y ocho hombres que habia en el Juzgado solo quedaban quince en pié, y de estos mismos habia dos heridos de gravedad.

Mientras los soldados atendian al ataque, los presos cuyos delitos eran muy leves habian saltado sobre los mismos caballos de la partida, considerándose muy felices de poder escapar á tan poca costa.

Solo habian quedado cuatro presos que, capitaneados por Cabrera, combatian con un brio y una pujanza asombrosa.

La partida aquella, como se sabe, era compuesta de hombres elejidos entre los mas bravos, y así mismo se veian obligados á retroceder por no poder contrarrestar el ataque.

Uno de los presos estaba herido de un terrible hachazo en la cabeza, que le obligaba á detenerse de cuando en cuando para apartar de sus ojos la sangre que lo enceguecia, pero hecha esta operacion, volvía al ataque con el mismo brio.

Los empleados del Juzgado, y el mismo Juez de Paz sustituto, habian salido al campo y, armados de un sable tambien tomaban parte en aquel combate que amenazaba ser sumamente sangriento.

—Mántenlos! mántenlos! gritaba el Juez de Paz desesperadamente, viendo que su gente

retrocedia de una manera que se parecia mucho á disparada.

—Será si pueden, que no podrán, contestaba Cabrera, metiéndose en lo mas récio del combate.

Es que aquellos hombres sabian que si los volvian á tomar iban á pagar aquel delito con la cabeza, y morir por morir, preferian hacerlo defendiendo la vida, ó salvarse de toda persecucion.

El sable de Cabrera hizo una nueva baja en los soldados de la partida, mientras el Juez sustituto, desesperado, y viendo que los presos se iban á ir despues de haber derrotado á la partida, gritó:

—Que vaya uno matando caballos á dar aviso al sargento Pacheco, y que de órden mia venga volando.

Fué entónces que uno de los soldados saltó á caballo y fué á llevar á Pacheco aquel aviso que tan á prisa lo hizo salir.

Aquella órden que significaba la pronta llegada del sargento dió nuevos brios á los soldados, que acometieron sobre los presos, volteando esta vez á otro de los compañeros de cepo de Cabrera.

—Me alegro mucho que hagan venir á esa maula! gritó este, porque así les probaré que con él y sin él los he de pelear á todos y me he de mandar cambiar en el caballo del Juez.

La noticia de esta verdadera batalla habia traído al Juzgado una gran cantidad de curiosos que estaban mirando asombrados aquella exena de sangre, sin atreverse á tomar parte en favor de la partida, apesar de las instancias del Juez de Paz sustituto, porque veian que la cosa iba en mal camino.

Allí permanecieron aglomerados en diversos grupos y dispuestos á disparar en cuanto la partida aflojara del todo.

Esperaban llenos de avidez la llegada de Pacheco, en la seguridad de presenciar algo de espantoso—de otra manera ya se hubieran retirado.

Algunos de los paisanos que estaban en la fiesta de cristianar, al oír la noticia que habia llevado el soldado, saltaron tambien á caballo y se lanzaron á media rienda en direccion al Juzgado, pues un espectáculo así, probablemente no se repetiria otra vez en la vida.

—Ahí viene el sargento! gritó uno de los curiosos, ahí viene el sargento!

Todos dieron vuelta inmediatamente á mirar en la direccion que señalaba el que habia hablado, y vieron efectivamente un ginete que llegaba con el ímpetu de un huracan.

—Campe! campe! gritaba Pacheco, que él era, hendiendo la muchedumbre, sable en mano, en direccion al sitio donde se combatia.

A la vista de su sargento, los soldados ya estenuados de fatiga y desmoralizados com-



pletamente, se rehacieron de nuevo, dispuestos á defender el terreno.

La exena pasaba entónces á dos cuadras del Juzgado de Paz, distancia que habian retrocedido los soldados que quedaban de los primeros.

—Así te quiero ver, maula! gritó Cabrera á Pacheco cuando lo vió llegar, caliente y sable en mano, yo te lle de probar que si me entregué una vez fué de puro compadre, para engreírte y hacerte banco en cuanto criaras mas fama.

—Mátalo, Pacheco! yo te mando que lo mates á ese asesino que con toda alevosía ha asesinado al cabo de la guardia.

—No ha nacido quien me va á matar á mí gritó Cabrera, y se paró delante de Pacheco en ademán provocativo.

Pacheco, que venia ciego de ira al saber que su partida de plaza ora derrotada por unos cuantos bandidos que él mismo habia preso sin gran trabajo, se calmó por completo al ver al enemigo enfrente, y echó pié á tierra con ademán resuelto y gallardo.

Los curiosos se apiñaron á mirar aquel combate, mientras los presos y los soldados dejaban de acometerse, atraídos por aquella lucha entre dos hombres de fama y de corazon bien puesto.

—A ver como te hamacas sarnoso! le gritó Cabrera acometiéndolo sable en mano.

—Vamos á ver este guapo de palenque de mula dijo Pacheco á su vez, preparándose á recibir la embestida y sin ver que Cabrera traía en la mano izquierda una de las pistolas de que habia despojado á los soldados caídos.

—El Juez adivinó la intencion de Cabrera, pero tarde ya, el bandido habia hecho fuego, pero con tan mala suerte, que la bala pasó á cuatro ó cinco varas sobre la cabeza del sargento, que ni siquiera se inmutó.

—Ni eso te va á valer, puerco, dijo y lo acometió, al mismo tiempo que el Juez volvía á decirle:

—Mátalo Pacheco, mátalo!

Cabrera que contaba con madrugár á su enemigo, hiriéndolo de bala so desconcertó un poco ante el mal éxito de su tentativa, pero se rehizo en seguida, pues cargó á su vez sobre Pacheco.

Los dos sables se encontraron varias veces produciendo un ruido de todos los diablos, pero sin ocasionar herida alguna.

—Me gusta, dijo Pacheco—tenés buena muñeca y bastante coraje, ya no me puedes hacer cosquillas en la conciencia, si te mato.

—Cuando puedas! exclamó Cabrera lanzando una blasfemia arrancada por el despecho de no poder herir á aquel hombre que habia venido á desbaratar su plan y tal vez á estorbar su huida.

Cabrera peleaba con rabia y desesperacion—de todos modos estaba perdido, lo matara ó lo tomara vivo el sargento.

La única salvacion estaba en la muerte del sargento, pero esto parecia, sinó imposible enteramente difícil.

Pacheco, por el contrario, estaba cada vez mas tranquilo y mas sereno—combatía por cumplir con su deber y sin otra ambicion en su triunfo, que alguna palabra cariñosa de su comandante.

Todas las miradas estaban fijas en los combatientes, y en todas ellas se veía el deseo de que triunfara Pacheco.

Por otra parte, aquella era una lucha sumamente interesante de por sí.

Aquellos dos hombres peleaban con un valor asombroso, uno por su vida y su libertad y otro por el estricto cumplimiento de su deber.

La lucha se prolongaba y era necesario terminarla de una vez—los presos podían cargar en un momento dado sobre Pacheco y concluir con él, lo que importaba la completa derrota de la partida de plaza.

—A concluir de una vez, Pacheco! gritó el Juez exasperado, no lo puedes tomar?

—Imposible señor de desarmarlo, tiene muy dura la muñeca.

—Mas duro tengo el cuero! contestó Cabrera.

—Pues mátalo, y concluyamos de una vez este escándalo.

—A ver si te entra este, dijo Cabrera, al mismo tiempo que le tiraba un hachazo brutal.

Pacheco, en vez de evitarlo con el sable ó con el poncho, como hasta entónces, saltó ligeramente hacia la izquierda.

El sable de Cabrera, con la violencia que llevaba, fué á enterrarse en el suelo mas de tres centímetros, quedando así á descubierto y desarmado.

Pacheco aprovechó entónces su treta, con una rapidez inimitable.

Volcó su sable de revés y hundió con él el cráneo de Cabrera, por sobre la oreja derecha.

Fué un sablazo que tuvo idéntico resultado al que aplicó en la cabeza de Almiron—la muerte del que lo recibía.

Cabrera lanzó un terno horrible y cayó para no volver á levantarse mas, pues solo sobrevivió un par de horas á su herida.

Un inmenso clamoreo se levantó entónces de todas partes, como felicitacion á Pacheco, que quedó con la cabeza agoviada como pesaroso de lo que acababa de hacer.

La muerte de Cabrera dió tal aliento á los soldados que todos á una cargaron sobre los presos, á quienes tocó esta vez retroceder.

Pacheco tomó parte en este ataque, con tal brio, que cinco minutos despues el resto de los presos eran cristianamente amarrado y condu-

cidos al calabozo los unos, y al cepo los demas.

Así terminó aquel combate que habia amenazado aquel dia concluir con la justicia de Paz del Moro que quedaria entregada á merced de los ladrones y asesinos que aquella partida de plaza habia hecho emigrar á muchas leguas de distancia, pero que decuando en cuando asomaban las narices á ver lo que sucedia.

El que en todo esto salió mas mal parado, con escepcion de los muertos, fué el cura cristianador, cuya concurrencia de novios y marchantes se desgranó toda á ver la pelea.

La fama de Pacheco fué la que creció en esto de una manera descomunal.

Como el lance habia pasado delante de tantos testigos, entre los que figurarian muchos malhechores sobre los que pesaba orden de prision, todos tuvieron que convenir en que aquel valor y manejo de las armas eran cosas verdaderamente asombrosas.

Durante un mes largo, no se habló de otra cosa que de este combate, no solo en las pulperias del Moro sino en las de los partidos vecinos, ponderándose en todas ellas el valor y la vista de Pacheco.

—Los sablazos que tira parecen rejucidos— decian unos, mientras otros añadian:

—La pucha, y pelea con tanta cachaza que parece que estuviera tomando mate y enseñando á vistear á un hijo.

Martinez de Hoz tuvo conocimiento de estos hechos por nota que le pasó el sustituto, aprobando la conducta que se habia seguido, y ofreciendo en premio á Pacheco, hacerlo oficial de partida tan pronto como regresase al Moro.

Desde aquel dia no hubo ya bandidos que se atrevieran á disputarle á Pacheco su reputacion de invencible.

Bastaba decir á los que estaban peleando: —ahí viene Pacheco—para que en el acto guardaran sus facones y quedaran en paz como dos buenos hermanos.

Con esta aventura que habia amenazado de una manera seria la estabilidad de la justicia del Moro, esta quedó asegurada y mas temida que nunca, con gran alegria de aquel asendereado vecindario, que croyó por un momento retroceder á los antiguos tiempos de foragidos y ladrones.

## DOS BANDIDOS MENOS

Los acontecimientos de Pavon vinieron á turbar la paz octaviana en que vivian los habitantes del Mojo.

Las provincias hermanas se habian vuelto á venir sobre Buenos Aires, con sus eternos rencores viejos amenazando ensangrentar de nuevo el suelo argentino.

Buenos Aires contestó al grito de guerra que le lanzaban, poniendo de pié su guardia nacional, y preparándose á escarmentar de nuevo á las provincias hermanas, cuyo cariño por nosotros llegaba hasta querer reducirnos al último servilismo.

Dios protejió las armas de Buenos Aires, premiando con el triunfo mas brillante la decision abnegada y el valor cívico de sus hijos.

Fué aquella una jornada ruda, pero la leccion dada fué mas ruda aún, y las provincias hermanas tuvieron que sujetarse á la razon y á las conveniencias generales, aceptando la superioridad de Buenos Aires como Estado, como hombres y como riqueza, que alcanzaba hasta tender la mano y la bolsa á aquellas mismas provincias hermanas.

En cuanto se habló de esta nueva campaña, Pacheco pidió á su comandante permiso para marchar.

—Voy á vengar á mi hermano Marcos, se dijo, prometiendo cubrir su sepultura con cuerpitos de sus asesinos.

Pero entonces mas que nunca se hacia necesaria la partida de plaza á sus órdenes en el Moro, pues los cuatreros y bandidos, huyendo del servicio, empezaron á recostarse á aquel lado.

Martinez de Hoz, eterno soldado de las libertades pudo marchar tranquilo á Pavon, pues dejaba un buen sustituto al frente del Juzgado y una partida á órdenes de Pacheco que se hacia respetar en cualquier emergencia por dura que fuera.

Pacheco se echó entonces encima algunas enemistades, siendo los mas enconados contra él, aquellos que mas servicios le debian.

El hombre es generalmente ingrato, y Pacheco tenia que recibir poco á poco aquellas decepciones íntimas que concluyeron por matar en él los rasgos mas prominentes de su hermoso carácter.

Las órdenes del gobierno sobre espropiacion de caballos llovian á los Juzgados de Paz, y Pacheco, como sargento de la partida y en cumplimiento de aquellas órdenes, sacaba de

los establecimientos un número de caballos arreglado á los que existían.

Pacheco sentía tener que cumplir una comisión tan odiosa y la suavizaba llevando menos caballos de los que debía.

Pero los dueños ó capataces de los establecimientos no se contentaban con esto, pretendiendo que no les llevara ninguno, pretensión á la que no podía acceder el sargento, pues habría tenido que regresar al Juzgado sin un solo caballo.

Esto engendró varios ódios que, si entonces no se demostraron tal vez por temor, mas tarde cayeron sobre Pacheco, tanto mas implacables cuanto mas injustos eran.

Por aquellos tiempos cayeron al Moro dos bandidos de los mas temibles, contra los cuales había orden de prision en la mayor parte de los Juzgados de campaña.

Uno de ellos era un tal Barraza que andaba capitaneando una cuadrilla de salteadores compuesta de indios alzados y desertores del ejército, el otro era un famoso Morales, soldado del ejército, que había desertado de la frontera despues de haber recibido mil azotes, y que se había lanzado á la vida del bandalaje, con todo el odio que puede engendrar en un ser humano el tratamiento bárbaro de los cuerpos de línea, donde se pegaba entonces mil azotes, con la misma frescura con que hoy se manda un soldado arrestado al cuerpo de guardia.

Barraza vivía á campo y á salto de mata, como se dice, huyendo de todo aquello que oía á justicia.

No entraba á las poblaciones sino para saquear las pulperías y casas de negocio, esmerándose en hacerlo del modo mas brutal que le fuera posible.

El no se contentaba con llevar todo lo que había en los cargueros de la gente que capitaneaba; era preciso que asesinara al dueño de la casa que saqueaba, y á la familia de este, sin respetar siquiera á las criaturas.

Todos estos asesinatos eran cometidos del modo mas salvaje, los hombres y las mujeres eran degollados despues de sufrir todo género de vejámenes y las criaturas eran arrojadas al aire y barajadas en la punta del puñal dejándolas colgadas en los mojinetes del rancho para que vieran de lo que eran capaces.

Varias partidas de plaza mandadas por oficiales animosos y activos, habían salido en busca de Barraza y su gente para batirlos y reducirlos á prision, pero habían regresado siempre con grandes bajas, corridas y vencidas que para aprehender aquellos forajidos, era necesario, por lo menos, una compañía de línea.

Barraza era sumamente intrépido y arrojado, á lo que debía el prestigio inmenso que go-

zaba entre los bandidos que lo tenían por gefe.

Muchas veces venía solo á los pueblos de campo, siendo su lujo ir á las pulperías, donde solía haber soldados de la partida, á los que asesinaba ó daba una vuelta de azotes, segun el hombre con quien se encontraba.

De modo que los soldados de aquellas célebres policías huían de Barraza y su gente, con la misma actividad y miedo que este debía haber disparado de ellos.

Decir entonces á un soldado de partida «amigo, ahí viene Barraza», era peor que decirle «amigo, se cae el rancho encima», porque el primer peligro no creía haberlo evitado aún despues de estar en el Juzgado de Paz, mientras el segundo lo evitaria saliendo al patio simplemente.

—Tengo yo mas hijos entre los milicianos, solía decir el bandido, refiriéndose al terror que se le tenía, que muertes ha hecho mi puñal.

Morales era otra clase de tipo, aunque no menos bandido que Barraza.

El detestaba á todo aquello que pertenecía á justicia y mando en general.

Por una muerte que hizo, segun él, en buena ley, fué destinado al servicio de las armas por el Juez de Paz de su pueblo, y remitido, sin mas trámite, á prestar sus servicios en un cuerpo de línea de guarnición en la frontera.

Para saber lo que Morales sufriría en los cinco años que sirvió en aquel cuerpo, es preciso tener una idea de lo que entonces era la disciplina del ejército.

Un ejército de fieras, no se hubiera domado de una manera mas feroz y mas cobarde.

Los tormentos de la inquisición eran una friolera, comparados con muchos de los castigos que se aplicaban á los soldados.

Quinientos azotes mandados aplicar por un simple delito, de embriaguez, era cosa de todos los días.

Y como eran muchos los condenados á quinientos y hasta dos mil azotes, el castigo se aplicaba al son de las bandas de música, para ahogar los ayes de las víctimas.

No inventamos fábulas interesantes, narremos hechos sucedidos por desgracia hasta el presente, hechos que conocen todos los que, como nosotros, hayan formado en las filas del ejército de línea.

Si pudiéramos ofrecer á nuestros lectores una estadística de todos los soldados muertos á azotes, en las estacas ó bajo ese horror que se llama el cepo colombiano, sentirían el horror mas tocante y la indignación mas profunda.

Un novenario de mil azotes no era cosa de llamar la atención, pues se decretaban hasta de tres mil, muriendo el paciente al segundo ó tercer día—y *despalmar* á un desertor, es decir, rebanarlo la planta de los piés para que

no pudiera huir otra vez, era lo mas natural y aceptable de este mundo.

No hace aún dos años que los diarios publicaban un sumario levantado á un gefe que, á golpes de sable hacia á sus soldados comer una arroba de carne cruda.

Y saben ustedes por qué?

Porque ese soldado habia tenido la insolencia de quejarse de que su gefe lo mataba de hambre.

Bajo este horror eterno é ignorado, vivió Morales cinco años que pesaron sobre él como cinco siglos de amargura, durante cuyos años estuvo aglomerando en su corazon todo el ódio y venganza que en el hacia rebosar el trato bestial que recibia.

—Una mañana Morales, rendido de fatiga por el servicio de la noche anterior se durmio y faltó á la lista de diana, y por este solo delito fué condenado á mil azotes que recibió sin proferir una sola queja.

—Esto es por la primer vez, le dijeron, pues á la segunda se te doblará la racion.

Morales no pudo sufrir mas tanta iniquidad y al primer descuido que con él se tuvo, desertó y ganó el campo, ávido de venganza y meditando terribles planes de muerte contra los que le habian hecho apurar aquellos cinco años de agonía.

La primer víctima de su daga fué el teniente alcalde que lo prendió cuando lo condenaron al servicio de las armas, muerte que llevó á cabo con toda alevosia, pues esperó que el justicia, como él lo llamaba, estuviera durmiendo la siesta.

Entró á su casa disfrazado y lo degolló, acribillando en seguida su cuerpo á puñaladas.

Su segunda víctima fué un oficial de su mismo batallon, á quien encontró una tarde en medio del campo, de viaje para la ciudad, con un asistente que venia como á una legua de distancia.

Morales pasó por su lado, como quien no quiere la cosa, y lo bajó del caballo de una puñalada degollándolo en seguida.

Cuando llegó el asistente, Morales lo esperó á pié firme.

—Si me presento á decir que han asesinado al teniente sin que yo haya podido socorrerlo pensó, van á creer que yo he sido cómplice el asesino y me van á matar á azotes ó en el colombiano.

Y despues de meditar friamente su situacion encontró mas prudente desertarse y se largó para su pago, sin haber cambiado una sola palabra con Morales, que lo habia estado mirando daga en mano, mientras él reflexionaba y contemplaba el cadáver de su oficial.

—Andá con Dios, compañero, te he hecho una obra de caridad obligándote á desertar.

Morales no era un saltador como Barraga.

Robaba una vaca de cuando en cuando para carnearla y vender el cuero, con cuyo dinero andaba de pulperia en pulperia buscando jugadores de taba ó naipes, donde se solia armar de algunos pesotes que le costeaban sus vicios.

Cuando en alguna pulperia se encontraba con un soldado de partida, ó autoridad cualquiera que fuera su título, era un asesinato seguro, porque ya peleando, ya á traicion, Morales lo habia de matar.

—Y no he de descansar en mi vida, decia, hasta que no limpie la tierra de justicias.

¡Ahí amalaya pudiera hacer lo mismo con todo lo que huele á oficial.

Cuando Morales encontraba un grupo numeroso de soldados de plaza, se alejaba al tranco de su caballo, y emprendia la huida con tiempo si maliciaba que aquellos soldados iban en su busca.

Pero si el grupo era compuesto de dos ó tres milicianos, la cosa cambiaba de aspecto—era entónces Morales quien les salia al encuentro, no dándose por satisfecho hasta no haber *carneado* dos, por lo menos.

Los dueños de pulperia le temian y no le negaban lo que pedia—sabian ademas que Morales era un ser inofensivo para todo lo que no era un *justicia*, y no querian echárselo de enemigo por cinco ó diez pesos de gasto que hacia, gasto que muchas veces sabia pagar.

Estos dos tipos tan diversos, gracias á los antecedentes que hemos narrado, habian sido puestos fuera de la ley, llegando muchos Jueces de Paz hasta ofrecer un premio al que los matara, único medio de verse libre de ellos.

Pero hasta entónces nadie se habia animado á intentar ganar el premio, aunque eran muchos los que lo codiciaban.

Tanto Barraza como Morales sabian esto por haberlo oido en las pulperias que frecuentaban, y esperaban tranquilos que los acometiera el gaucho que queria ganar el premio.

Tales eran los visitantes que cayeron al partido del Moro, durante los acontecimientos que terminaron con la batalla de Pavon.

De la presencia de Barraza y su gente se tuvo conocimiento por una pulperia que fué saqueada en los deslindes del partido.

Los dueños de casa habian sido pasados á cuchillo con la crueldad habitual en aquellos bandidos, que se llevaron de la pulperia hasta la balanza y cama del pulpero.

Morales se hizo sentir de un modo muy diverso.

Entró á una pulperia en momentos que uno de los soldados de la partida dormia tranquilamente á la sombra de un ombú.

Morales desnudó su daga, en cuanto lo vió, y lo degolló en presencia de varios concur-

rentes, con una maestria que acusaba la larga práctica que tenía en esta operacion.

Así que en el Juzgado tuvieron conocimiento de semejantes hechos, el Juez llamó á Pacheco, le puso en conocimiento de los antecedentes que se tenían y le ordenó la prision de aquellos foragidos debiendo ponerse en campaña inmediatamente.

La narracion del Juez hizo profunda impresion en el ánimo del sargento, que no tenía idea existiesen bandidos de semejante calibre.

—Lo de la pulperia vaya con Dios, dijo contentiendo la ira que sentia estallar en su corazon, pero el asesinato del soldado no lo perdono, porque no hay castigo que le venga bien.

—Pues préndelos y los remitiremos á Buenos Aires, donde sin duda los fusilarán.

—Es que segun dice usted, es gente de resistirse y pelear duro.

—Pues mátalos, que contra ellos hay órden de prision, vivos ó muertos, y yo te ordeno la cumplas.

—Pues no hay mas que decir, concluyó el bravo sargento, dando media vuelta para retirarse.

—Dispone de la gente que necesites, agregó el Juez deteniéndolo, y no olvides que es gente muy dura de pelar.

—Estas campañas se hacen mejor solo, concluyó Pacheco, y se fué á meditar el mejor plan de caza que podia seguir.

Tanto Barraza como Morales se habian formado que clase de gente componia la partida de plaza del Moro, informes que fueron para ellos poco consoladores.

En el acto les refirieron las prisiones que habia hecho Pacheco, y con qué clase de nenes habia peleado, como ser Almiron y Cabrera, pero creyeron que aquello seria, en su mayor parte, pura exage acion.

No faltó criminal de los tantos que tenían á Pacheco, que les dijera que este era pura boca y que habia hecho todo aquello porque no habia dado con un hombre de alma, lo que envalentonó á los foragidos, mucho mas desde que supieron que la partida, aunque numerosa, habia sido corrida ya una vez.

Morales y Barraza no se conocian ni de vista, y tal vez nunca habian pasado á dos cuardras uno del otro.

Tomaban sus informes separadamente, de modo que los dos habian formado distinta idea de Pacheco, aunque los dos creian que no pasaba de un madrugador con un poco de coraje.

—Si viene con la partida, habia dicho Morales, yo me mando mudar porque no me meto á lo que no puedo: si viene solo, ya verá que no todos los hombres se pueden almorzar á

dos tirones y que á todo hay quien gane en esta vida.

—Si el tan terrible sargento me busca solo, habia dicho por su parte Barraza, solo lo he de pelear y lo he de dejar *mormoso* á puñaladas.

Ahora, si se viene con la partida, traeré tambien mi gente que la tengo al habla, y para todo me han de encontrar, que no siempre ha de ser un Cabrera.

Y efectivamente, Barraza se entraba solo á los partidos para ver donde se podia dar golpe, dejando su gente apostada á corta distancia y en paraje seguro.

Pacheco por su parte, se habia hecho estas otras reflexiones:

—Si yo voy con la partida, ó con soldados me van á sentir y se va á perder el golpe, pues dispararán, porque eso de pelear partidas y derrotarlas, está bueno para contarlo pero no para hecho.

Si yo voy solo no me han de sentir y puedo agarrarlos mansitos sin gran trabajo y sin meter mucha bulla con el primero, para que el segundo no se malicie lo que le espera.

Y decidido á seguir este segundo plan cargó su pistola con escrupulosidad, revisó la empuñadura de su sable y se largó sobre tablas á averiguar el paraje donde pudiera dar con cualquiera de ellos.

Los mismos salteadores que tenían á Pacheco y que habian dicho á los bandidos que este no era tan malo como decian, para animarlos á pelearlo y ver si estos lo mataban, se encargaron de guiarlo al paraje donde podia hallar á Morales.

Y habian elegido á Morales como primer adversario del sargento, porque lo creian mas guapo y de muchas mas entrañas que Barraza, que al fin y al cabo la mayor parte de sus hechos los habia cometido con ayuda de sus bandidos.

Pacheco supo que Morales estaba en una pulperia á pocas leguas de distancia, donde habia parado con una tropilla, y decian permanecería allí varios dias.

Sin averiguar mas, Pacheco tomó la direccion que le indicaban, dispuesto á traerse al Juzgado no solo al célebre Morales, sino tambien á su tropilla.

Aunque iba mal montado para una escursion de esta especie y sabia que si Morales tenia buen caballo se escaparia, Pacheco iba contento, pues en último caso llevaba su pistola con la que nunca habia hecho un tiro *al cuete*.

Los que le habian dado la direccion á Pacheco se apresuraron á llegar antes que él á la pulperia, ávidos de saber lo que allí iba á pasar, y dispuestos á prevenir á Morales de

cualquier modo la llegada de Pacheco, para que este no lo fuera á tomar por sorpresa.

Muy poca cosa adelantaron estos á Pacheco, llegando á la pulperia en momentos en que Morales acababa de hacer una nueva víctima, con su habitual sistema.

Estando él delante de la ventana de la pulperia y momentos antes de llegar Pacheco, se acercó un soldado de la partida á pedir un refresco.

A penas estiró la mano, por entre las rejillas, para tomar el vaso que le alcanzaban, Morales, que desde un principio le habia estado midiendo la espalda, lo atravesó de una puñalada.

El soldado dió un grito de agonía y cayó de espaldas.

Morales entonces le oprimió el pecho con la rodilla, y tomándolo del pelo con la mano izquierda lo degolló instantáneamente.

Tan rápidamente fué hecho todo esto que cuando las personas que allí estaban pudieron darse cuenta de lo que habia sucedido, la cabeza del soldado iba á rodar á veinte varas de distancia arrojada por Morales.

En este instante fué que llegaron los que habian dado á Pacheco informes del paraje donde podia hallar al bandido.

—En mala hora, amigo, ha hecho esa muerte, dijeron á Morales, porque ahí mismo viene la partida en su busca tal vez—acabamos de encontrar al sargento Pacheco que viene en esta misma direccion.

—Dios lo traiga solo! contestó Morales dilatando la mirada como en una nube de sangre; voy á mudar caballo porque el que monto está medio cansado, y ya veremos ese guapo de porra si le va á hacer compañía á su soldado.

Y lazo en mano se fué á la tropilla que estaba ahí cerca, enlazando un overo rosado que parecia una pintura.

Fué entónces que llegó el sargento tendiendo su vista en todas direcciones, como buscando al famoso Morales.

Los dos que le habian enseñado el camino se escondieron precipitadamente así que lo vieron llegar.

De pronto Pacheco lanzó un juramento terrible, echó pié á tierra al lado del cadáver decapitado que acababa de ver. ¿Quién ha hecho esto? preguntó con la mirada dilatada terriblemente por la indignacion y el espanto—¿Quién es el valiente que ha cometido esta hazaña? volvió á preguntar trémulo de ira.

Todos guardaron el mas profundo silencio, pero como máquinas, dirigieron la mirada hacia el parage donde estaba Morales tratando de ensillar el caballo.

Creyendo que seria la partida habia querido elejir un buen caballo, pero al saber que las

habia con Pacheco solo, no se apuró tanto quedando en una actitud provocadora.

Pacheco comprendió que aquel era el asesino, y se dirigió á él de una manera amenazadora.

Sos vos el guapo que has hecho esa hazaña? le preguntó con voz temblorosa por el corage.

Era la primera vez que Pacheco perdia los estribos, sin recobrar su sangre fria aun á vista del enemigo y segundos antes de venir á las manos.

—Y quién mas que yo va á ser? contestó Morales con un descaro infinito—y usted por qué me pregunta? tiene acaso ganas de irle á hacer compañía al dijunto?

—Y es usted ese tal Morales que dicen pega de callao? preguntó el sargento, sin contestarle.

—Yo mismo amigo, para lo que guste mandar.

—Pues yo soy el sargento Pacheco, de la partida del Moro, respondió este con voz tremenda, y en nombre del Juez de Paz le mando que se dé á preso.

—El que quiera prenderme que me tome, dijo Morales parapetándose en el caballo que aún tenia enlazado, y sacando la pistola que nunca faltaba en su cintura.

Pues pronto lo vamos á ver, terminó Pacheco ya ciego de ira, y sacando el pesado sable, de dos brinco estuvo al lado de Morales.

Este que sin duda esperaba el ataque por momentos, tendió el brazo á la derecha é hizo fuego.

Pero estaba de Dios que Pacheco no habia de morir de herida de bala.

El proyectil pasó sobre su sien, entre la piel y el pañuelo que se habia atado sobre la cabeza para protegerla de los rayos del sol.

—Ah! cochino! gritó al sentir el roce de la bala y tiró un sablazo mortal que Morales pudo evitar dando un salto de lado, mientras sacaba á luz su daga descomunada.

Pacheco acometió de nuevo, con creciente furor y nuevos brios.

Era la primera vez que el sargento combatia descuidando la defensa por lograr el ataque, tal era la ira que lo dominaba y que lo habia asaltado de un modo bárbaro al ver el cadáver de su compañero, tan cruelmente mutilado.

Los que estaban en la pulperia vieron desde el principio que allí no habia enemigo para Pacheco.

Morales chamboneaba mucho y ya le eran pocos los dos brazos para parar los golpes que le dirigia su adversario.

Sin embargo, no le faltó el ánimo para soltar una compadrada y decir á Pacheco que encomendase su alma á Dios, porque pocos momentos de vida le que....

No pudo concluir la frase que le cortó un sablazo terrible, al que siguió otro que le dividió el cráneo.

Las heridas de Pacheco no se curaban con mucha facilidad y las dos que había recibido Morales solo le dejaron unos momentos de vida.

Sin embargo, el bandido no perdió el ánimo, murmurando en el estertor de la agonía.

—Ni rábía que le tengo! yo me he desquitado de antemano dijunteando todo lo que he podido, así mismo se me hace el campo orégano.

Y espiró con la sonrisa en los labios.

Pacheco se quedó mirándolo un largo rato, murmurando á su vez:

—Es lástima que un hombre tan guapo haya sido tan bandido y tan asesino—que el Señor le perdone.

Y haciéndose ayudar por los mirones que habían quedado como sobrecogidos por lo que acababan de presenciar, cargó los dos cadáveres sobre el rosillo que había enlazado Morales.

Recojió la cabeza del soldado, que colocó entre el poncho y tomó la dirección del Juzgado de Paz, arriando la tropilla.

Allí entregó los cadáveres, los caballos, é hizo la relación de lo que le había sucedido, desde el encuentro con los paisanos que le indicaron la pulperia donde se hallaba Morales.

—Es una lástima haberlo muerto, dijo el Juez de Paz, porque hubiera sido mejor hacer un escarmiento fusilándolo, pero bien muerto está: has cumplido con tu deber, Pacheco, y yo te apruebo el proceder.

—Yo también lo siento señor, contestó Pacheco tristemente, pero muchas veces no hay otro remedio.

Esta gente está acostumbrada á matar á los soldados y sargentos de las partidas, y es preciso ganarles el tiro, si no quiere uno ser el muerto.

—Bien hecho, bien hecho, contestó el Juez el que acomete á la justicia con armas en la mano, es preciso escarmientarlo como se pueda, mucho mas siendo forajidos de esta especie, que deben diez ó veinte muertes alevosas.

—Yo me retiro señor, concluyó Pacheco, porque voy en busca del Barraza.

Si á este hombre lo hubiera yo preso ayer, habría evitado la muerte del pobre compañero—es preciso, pues, prender al otro cuanto antes, para evitar que se vaya á repetir un salteo como el del otro día.

—Con ese hay que tener mucho mas cuidado lo recomendó el Juez, porque siempre anda acompañado de bandidos—es preciso que no vayas solo, y que cuando menos te hagas acompañar con dos soldados de confianza.

—No crea señor, respondió Pacheco, á esta gente se le achica el corazón cuando se para con un hombre y les tiembla la mano como si tuvieran frío, pero llevaré un soldado vivo para que me ayude á capearlo.

Yo mañana no he de poder ir de servicio á la yerra en la pulperia de don Cosme, porque voy andar espiando al hombre.

—No importa, contestó el Juez, despidiéndolo yo mandaré algunos soldados, puedes irte tranquilo por esto.

Pacheco comió un par de bocados, se echó al buche media docena de mates, y volvió á montar á caballo, prometiéndose como don Quijote, no comer pan á manteles &, hasta no haber dado con Barraza y haberlo traído al Juzgado.

Cuando Pacheco salió del Juzgado, empezaba á anochecer, y eran las dos de la mañana, cuando todavía andaba recorriendo las pulperías en busca de una noticia que lo pudiera guiar hasta donde se hallaba el terrible bandido.

Pero ó nadie lo había visto, ó los dueños de las pulperías donde había estado no querían comprometerse dando dato alguno, porque si Pacheco erraba el golpe, quedaban espuestos á la venganza de Barraza, que no era cosa de despreciar.

La muerte de Morales era ya conocida en todas partes, con sus menores detalles, por haberla referido con alguna exageración los que habían presenciado la cosa.

Por fin, y cuando ya Pacheco desesperaba de tener dato alguno, un pulpero amigo, que le debía algunos servicios, vino á sacarlo de apuros, dándole los medios de atrapar al célebre bandido, solo y lejos de la gente que lo acompañaba.

—Barraza, le dijo el pulpero, sabe lo que le ha sucedido á Morales, pero dice que esto es porque el tal Morales era un maula—á que no le mata á mí ese Pacheco? había preguntado.

—Si se le pone á tiro, no lo dude, le había contestado un viejo, empleado en la pulperia—en todos los años que tengo, no he visto un corazón y un brazo como los de ese mozo.

—Pues en la primer reunión que haiga, había contestado Barraza, voy á caer de tapau, y si llega á venir ese Pacheco, van á ver como le quito el resuello antes que me diga nada.

—Es que la primer reunión que hay es la yerra de mañana, y como el dueño de la pulperia es alcalde, usted no ha de ir porque no le conviene.

—Pues he de ir aunque el pulpero sea Juez de Paz, dijo Barraza, y si no está la partida, sinó unos cuantos soldados, he de ir solo y los hé de hacer arrollar fiero.

—A que no vá y si vá á que no hace nada? dijo el viejo.

—Una rastra de mi flor á que voy y los asusto.

—Está jugada—y Barraza se habia retirado comprometido á no faltar á su palabra, ó perder la fama que tenia.

Agradeciendo la noticia calorosamente, Pacheco se fué á esa misma hora á la pulperia del alcalde, previniéndole que si iban mas de dos soldados á guardar el órden en la yerra, los despachara de órden del Juez de Paz.

—Es bueno no ahuyentar á unos pájaros que van á venir, pues se irán si ven muchos soldados, lo que le advierto para que esté prevenido, por si acaso.

—Y quiénes son esos pájaros? preguntó el pulpero alcalde, alarmado.

—Barraza y su gente, respondió Pacheco, y es preciso aprovecharlos.

—Jesucristo Padre! exclamó el pobre alcalde, que no era de los que habian inventado la pólvora en cuestiones de valor.

—Silencio y mucho ojo, contestó Pacheco, porque cualquier cosa puede hacerlos desconfiar, y por usted se habrá perdido todo.

—No tenga cuidado sargento, respondió el pulpero, me callaré como un muerto, aunque quisiera estar lo mas lejos posible de mi pulperia el dia de mañana.

Pacheco, despues de recomendar á su colega el justicia la mayor prudencia, se fué á vagar por el campo, haciendo tiempo hasta el otro dia.

Muy de madrugada y junto con el primer parroquiano que venia de guitarra á media espalda y demàs prendas de fiesta, Pacheco llegó á la pulperia, donde se veian ya preparativos de primer órden para la fiesta, como ser una vaquillona gordísima carneada con cuero.

Pacheco, como quien no quiere la cosa, pidió una taza de café con un pan, y fué á tenderse de barriga en el pasto, no sin haber colocado en su cintura las armas, de manera que estuvieran listas á la primera manotada.

Era tal su avidez por ver entrar á Barraza, que olvidaba la mala noche pasada en el campo sobre el caballo y la fatiga del dia anterior, que habia sido bastante ruda.

Poco á poco, la pulperia fué llenándose de gente que caia á la yerra, arreglada á pasar un dia feliz, pero todos eran caras mas ó menos conocidas que no pertenecian á ningun bandido.

A penas eran las siete de la mañana, ya se habian arreglado panzadas al rededor de los fogones y destapado unas cuantas «vinchas blancas» para asentar el mate.

El alcalde pulpero salia de cuando en cuando á observar todas las fisonomias, alegrándose profundamente así que veia que ninguna

era desconocida ni olia á gente del famoso Barraza.

A medida que pasaba el tiempo, Pacheco se iba ir pacientemente de un modo visible, pero no habia abandonado su actitud socarrona y de fingida haraganeria.

Ya habian venido los soldados que habian de guardar el órden, pero el pulpero les habia transmitido lo que habia dicho Pacheco, y aquellos se habian retirado sin poderse dar cuenta del motivo de semejante contra órden.

Solo dos soldados habian quedado allí, soldados bravos y sumamente vivos, como se necesitaban para llevar á cabo un golpe de mano en toda regla.

Pacheco habló con ellos rápidamente, ordenándoles que anduvieran alejados uno de otro, juntándose inmediatamente en cualquier caso de peligro, volviéndose á tender de barriga, sin perder un momento de vista la puerta de entrada.

A eso de la siesta llegó un ginete que llamó la atencion de todos.

Era un hombre que traia en el semblante un sumario como para ser condenado á muerte sobre tablas.

Sus pequeños ojos pardos, vivos y movibles, se escondian bajo unas cejas pobladas y largas, unidas entre sí.

Era picado de viruelas y tenia en el rostro, además de los tajos, una media docena de cicatrices, que parecian costuras de tiento de pot.

—Este debe ser mi hombre, pensó Pacheco y se puso en atenta observacion.

El recien venido aquel ató su pingo en el palenque, y golpeando sobre el mostrador con el cabo de un talero de violas de plata, gritó:

—Pulpero del infierno! va que sos justicia, no cometas la injusticia de tenerme aquí muerto de sed.

A ver, canejo, un vaso de limonada con caña y despues otro de caña con limonada.

Y miró á todas partes con marcada curiosidad, como si quisiera saber la clase de gente que habia en la reunion.

—Este debe ser el Barraza, volvió á pensar Pacheco, apoyando la barba en las palmas de las manos, como si deseara no perderle un solo movimiento.

Barraza, que era él efectivamente, miró con atencion á cada uno de los soldados, fijándose en Pacheco mas que en los otros dos.

—Pulpero maldito, volvió á gritar, á ver si venís á despachar ó por mas justicia que seas te echo abajo la pulperia!

Semejantes palabras hicieron abrir tamaño ojo á los de la reunion que empezaron á desconfiar del tipo.

Decir tamañas cosas en la pulperia con el alcalde, y estando presente el mismo Pacheco



era una barbaridad de tal calibre, que solo la podía comer un loco ó un bandido forastero que ignorase á que clase de pago habia caído.

La yerra estaba en todo su apogeo—los paisanos echaban sus piales de vuelta ó de media vuelta, en medio de la algazara general, mientras otros marcaban con una maestria suprema, apenas habia caído el animal.

En todos los fogones se veia la paba de agua y un asado ó churrasco mas ó menos grande.

En el fogon de la casa, á cuyo rescoldo se calentaban las manos, se veian enormes trozos de carne con cuero, que eran lo que mas tarde compondria el banquete general.

La fiesta no podia estar mas animada y alegre, cuando se presentó Barraza del modo insolente que hemos indicado.

El alcalde fué al mostrador y sirvió la limonada con caña, que Barraza bebió de un solo trago, pidiendo una caña con limonada.

—Todo se le ha de dar, amigo, dijo al salteador mientras lo despachaba, pero no hay necesidad de ser mal hablado ni de venir á meter bochinche en las reuniones de gente buena y pacífica.

—Yo hago lo que me parece, pulpero, contestó el gauchó, porque soy peor que gobierno, desde que para eso me dá el cuebo, y no se meta conmigo, porque le puede pasar.

Mientras el bandido tomaba la caña, el alcalde fué á conferenciar con Pacheco sobre lo que se debia hacer con aquel hombre.

—Déjelo no mas, contestó el sargento, y no se mueva de mi lado, porque es preciso que pueda dar fé de lo que va á pasar—ese hombre ha dicho que me vá á pelear fuerte y yo estoy dispuesto á no dejarme matar sin hacer algo por la vida.

Barraza concluyó su vaso y se vino á dar vuelta por todos los fogones, tratando de chocar á los que allí estaban y diciéndoles que en aquella reunion se podia hacer todo lo que uno quisiera, nada mas que porque el negocio pertenecia á un justicia.

Pacheco no perdía un momento de vista á Barraza, en la sospecha que este quisiera madrugarlo y pegarle de calado.

Parece que aquel bandido quisiera provocar á Pacheco á que le dijera algo, pero este permanecia impasible, sin abandonar su actitud observadora.

El bandido se cansó de compadrear y se paró delante de Pacheco mirando para otro lado, en la apariencia, pues se veia que no lo perdía de vista con el rabo del ojo.

En la cintura de Barraza, además de un facon de dimensiones descomunales y de un par de boleadoras de potro, se veian dos enormes pistolas de bala de onza, robadas sin duda

en una de las tantas pulperias que habia saqueado ayudado de sus compañeros.

Viendo que Pacheco no le decia una palabra, se aproximó un poco mas preguntándole:

—Dígame amigo, es usted soldado de la partida? dispense la pregunta, pero como lo veo de kepi de miliciano he entrado en curiosidad, y como tampoco la pregunta ofende, por eso se la hago.

—Pertenezco á la partida, replicó Pacheco preparándose á rechazar la primer acometida, como que soy el sargento de ella, para lo que usted guste mandar.

—Caramba! escámó Barraza haciéndose el sorprendido—entónces usted es ese sargento Pacheco tan mentao que por ponderarlo la gente deja de comer?

—Yo soy cabalmente ese sargento Pacheco, repuso este, pero las mentas son cosas de los paisanos que hablan de puro ponderativos.

—Nó, si dicen que usted es de los buenos, y cuentan muchas hazañas que ha hecho—me alegro de conocerlo.

—A su servicio, contestó Pacheco y quedó en la misma posicion provisora que habia adoptado desde el principio.

Al ver que aquel hombre que desde que entró habia estado buscando camorras se acercaba á Pacheco, uno de los soldados, que algo se sospechaba, se aproximó al grupo guardando cierta distancia conveniente.

—Y dígame sargento, volvió á interrogar Barraza, al cabo de un buen momento, y cuando á usted lo mandan prender á un hombre de mentas ¿qué hace?

—Lo busco, replicó Pacheco con toda calma, y lo prendo donde lo encuentro.

—Y si ese hombre es Barraza, volvió á preguntar el bandido ¿qué medidas vale tomar entónces?

—Yo no sé como se llaman los hombres que me mandan prender—los prendo porque me lo han ordenado, lo mismo sea que se llame Barraza como Aguaza, para mi es lo mismo.

—Es el caso que Barraza es de los que no se dejan prender y trabajo le habia de costar para impedir que él lo basureara á usted.

Muchos de los que en la yerra habian, se acercaron al grupo formado por el sargento, Barraza y el alcalde, unos de puro curiosos y otros porque habiendo oido algo del diálogo, preveian lo que iba á suceder.

—Es el caso, contestó Pacheco, que justamente me han dado orden de prender á un tal Barraza que anda capitaneando unos cuantos salteadores, y así que le eche la vista encima, me lo llevo al Juzgado.

—Qué vá á llevar amigo! si usted no sabe quien es Barraza! si de verlo solamente mete miedo de puro guapo y cara fiera!

—Pues de Dios venga el remedio, contestó

Pacheco, en donde lo encuentre lo prendo, por que así me lo han ordenado.

—Mire amigo, siguió diciendo Barraza, yo le aconsejo que donde vea á ese hombre se haga el desentendido, yo lo he visto pelear con señoras partidas y no hay quien pueda con él—y si le doy este consejo es porque su cara me ha gustao.

—Pues amigo, respondió Pacheco sonriendo, yo le agradezco el consejo, pero donde lo vea lo prendo—no hay remedio.

—Y yo le digo que eso es roncar de vicio, y la prueba es que todavía no hay quien lo haya hecho.

—Pero alguna vez suceden las cosas, y me parece que si el Barraza está en el partido, no pasa de hoy sin dormir en el cepo de una pierna.

—Pues para probarle que esas no son mas que patrañas, le prevengo que yo soy ese tal Barraza y que no es el hijo de su madre quien lo va á prender.

Y sacó sus dos pistolas, preparándose á hacer fuego al primer movimiento.

La situación de Pacheco no era muy lucida—estaba amenazado por dos pistolas que harían fuego en cuanto moviera una mano para sacar armas.

El sargento ni pestañeó siquiera; miró al bandido de arriba abajo y le preguntó, sonriendo siempre:

—Usted es el Barraza capitán de salteadores que hace poco saqueó aquí una pulpería y asesinó á los dueños?

—Yo soy ese, y el mismo que te va á quemar las tripas en cuanto te muevas; á ver, pues, á montar á caballo y á largarse de aquí, que donde yo estoy no quiero gente de justicia.

—Pues amigo Barraza, concluyó Pacheco sin cambiar la expresión sonriente de sus facciones, siento decírselo, pero tengo orden del Juez de llevarlo preso; entrégueme, pues, las pistolas y dése á preso.

Y rápido como un golpe eléctrico, sacó á su vez la pistola que llevaba en la cintura y apuntó al pecho del bandido.

Barraza á su vez amartilló las pistolas, diciendo:

—Al suelo la pistola, ó te mato, al mismo tiempo que Pacheco gritaba:

—Si te movés, te quemo los sesos.

Tres disparos al unisono siguieron á aquellas palabras, como si ellas hubieran sido la señal de hacer fuego.

Cuando hubo pasado el humo de los tres fogonazos, se vió á Pacheco, sable en mano, en posición de herir; los disparos de Barraza no habían logrado hacerle el menor daño.

En cambio el disparo del sargento había volteado al bandido, y una de las balas dis-

parada por este había volteado al pobre soldado que estaba á pocos pasos de ellos, por lo que se comprendía que Barraza había hecho fuego sobre los dos *justicias*.

Pacheco, creyendo que la herida de Barraza fuese simplemente leve, se precipitó sobre él y lo ató con las mismas boleadoras que tenía este en la cintura.

En seguida fué á socorrer al soldado que se revolcaba en el suelo, sufriendo dolores violentísimos.

La bala le había penetrado por debajo del hombro, rompiéndole la clavícula.

Pacheco, ayudado por cuatro ó cinco paisanos de los que allí habían, puso al soldado en un poncho y lo llevó al interior de la pulpería, enviando al otro en busca de un curandero que vivía cerca del Juzgado de Paz, en donde de paso, debía dar cuenta de lo que había sucedido, añadiendo que pronto se presentaría él conduciendo al famoso Barraza.

Cuando concluyó de acomodar al milico herido, de la mejor manera que pudo, fué á examinar á Barraza, desconfiando de que la herida fuese de mas gravedad de lo que al principio creyó, porque cuando hizo fuego, estaba apuntando al pecho del bandido.

—No se incomode sargento, le dijo un paisano viejo, al verlo salir, me parece que este no vuelve mas á querer madrugar á nadie.

—Qué! ha muerto? preguntó con una expresión de marcado disgusto, tengo la mano mas desgraciada que puede haber, porque está visto que no puedo herir sin matar.

—No ha muerto, contestó el paisano, pero yo creo que está boqueando—mucho será que llegue vivo al juzgado!

Pacheco se acercó á Barraza y lo examinó, convenciénndose que el paisano había dicho la verdad.

Su rostro estaba lívido como el de un cadáver y sobre su pecho se veía una herida del tamaño de una moneda de dos reales.

Los ojos del bandido estaban desmesuradamente abiertos, empezando á tomar ese brillo especial de la muerte,—y su boca entreabierta y contraída parecía estar aun pronunciando una maldición.

—Es una desgracia murmuró Pacheco—alguien debe haberme hecho mal de ojo en la mano, porque herida que yo haga no tiene cura.

—Es preciso, añadió que alguien me ayude á llevarlo al Juzgado, para que al mismo tiempo pueda declarar lo que ha sucedido, no vayan á decir mañana que lo maté de miedo.

En el acto tres ó cuatro de los allí presentes, se ofrecieron á acompañarlo, eligiendo solamente á dos de entre ellos.

Acomodaron el cuerpo de Barraza en unos ponchos y unos cinchones, y se dirigieron al Juzgado de Paz.

Cuando bajaron y sacaron el cuerpo de Barraza de sobre el caballo, ya empezaba á enfriarse—era un cadáver.

—Es preciso usar todo el rigor posible con estos bandidos, dijo el Juez de Paz, cuando tuvo conocimiento de lo sucedido.

Están acostumbrados á hacer lo que quieren con las partidas, y hay que usar con ellos de todo el rigor, aunque sea matándolos, como en el caso presente.

Ahora, dijo á Pacheco, es necesario completar la obra y buscar á la partida que capitaneaba este, tratando de traerlos sin que falte uno y de la manera que sea posible.

Si presentan batalla y pelean, es necesario que no se vayan sin recibir el castigo merecido.

Pacheco reclamó unas horas de descanso, pues ya estaba estenuado de fatiga, descanso que se le concedió inmediatamente, pues bien se lo había ganado.

Después de haber dormido de un tirón diez horas por lo menos, el incansable sargento se preparó á su campaña gefe.

Tomó diez hombres de los mas bravos de la partida, les hizo montar los mejores caballos de que disponia, les revisó el mismo las armas y después de tomar las últimas instrucciones del Juez de Paz, se fué á camppear la gente de Barraza, que no debia andar lejos.

Pero sin duda alguna no faltó comedido que les fuera á avisar la suerte que habia tocado á Barraza, y la persecucion que sobre ellos mandaba hacer el Juez de Paz, con los mejores hombres de la partida.

Sabiendo las últimas hazañas de Pacheco y de lo que este era capaz, los bandidos tuvieron á bien no esperar que los vinieran á buscar, y se alejaron del Moro, con intencion de no volver á aparecer en la vida, por un pago donde habia tan formidable partida de plaza.

En vano Pacheco recorrió sin descanso, la mayor parte del partido—no pudo ni siquiera tener noticias de la gente que buscaba.

Convencido así que los bandidos de Barraza habrian ido á buscar mejor suerte, volvió al Juzgado, asegurando que por entónces, el partido quedaba limpio de bandidos.

Y efectivamente con el trágico fin de Mora-

les y Barraza, la poca gente mala que allí quedaba se fué á otros partidos, convencida de que allí, mientras estuviera Pacheco, «no se podía hacer patria.»

Pacheco aprovechó el descanso que le daba aquella ausencia total de malhechores, y pidió su licencia habitual para ir á ver á su familia.

Como en los últimos tiempos habia sido muy regalado, gracias á sus últimos servicios, pudo llevar á su Juana una buena cantidad de animales de mérito y lo que es mejor aún, una buena cantidad de pesos.

Pacheco permaneció un par de semanas en compañía de su familia, que habia aumentado como su hacienda, con dos potrillos mas, como él llamaba á sus hijos, dándose una buena panzada de cariños y de alegre plática con su viejo capataz que era para él un buen hermano, ó infaltable á su rancho en cuanto concluia sus trabajos, todo el tiempo que duró su licencia.

Justita habia crecido y desarrollado de una manera notable, prometiendo ser una moza de una belleza extraordinaria.

La licencia espiró como todas las cosas de este mundo, y Pacheco tuvo que regresar al Moro, no sin haber tenido que prometer á Juana que muy pronto dejaria el servicio, ó la llevaria á establecerse al Moro, como se lo habia ofrecido desde su principio.

—Cuando vuelva del pueblo don Miguel, pensaba el honrado Felipe, le pido mi retiro, ó el campito que me ofreció para poblar.

Ya aquí se puede vivir sin ningun peligro, y mientras yo esté en el partido y Dios me ayude, no me parece que haya bandido capaz de arrancharse.

Cuán lejos estaba el pobre de pensar que, cuando él creia empezar á gozar las felicidades que ofrece la vida al hombre bueno y honrado, iban á empezar para él las mas terribles desventuras!

Pero no apresuremos los hechos; véamos como el destino pudo abatir tan cruelmente aquella naturaleza vigorosa, nacida para el bien y las felicidades de una vida honrada y de trabajo, convirtiéndolo en un pária, allí, donde tanto bien habia hecho y viéndose perseguido de muerte, precisamente por los hombres á quienes mas habia servido.

## PEDRO TELMO EL INVENCIBLE

Existia, por aquellos tiempos, un tal Pedro Telmo, famoso por su audacia asombrosa, unida á un valor á toda prueba.

Pedro Telmo, no era un bandido, ni un asesino; pero andaba mal con la justicia, á consecuencia de no haber podido tolerar nunca eso de que un hombre gobierne á otro como si fuera su hijo, por el solo hecho de tener el título de Juez de Paz, alcalde ó sargento de partida de plaza.

—Yo comprendo, decia, que un hombre mande á otro cuando tiene mas corazon ó mas entrañas, ó lo ha hecho banco ó lo ha hecho su hijo.

Pero eso que de estar uno bebiendo ó jugando á la taba, y le han de decir, amigo no tome ó no juegue mas porque yo soy el sargento tal ó el alcalde cual, no se puede aguantar.

Si uno tiene un caballo lindo el Juez de Paz se lo sale á comprar y si uno no se lo vende se lo quitan y lo hacen á uno emigrar del pago á punta de persecuciones, para que no lo ande cobrando ó no cuente la cosa.

Si uno tiene una moza que le ha gustado al alcalde, ya comienza á secarlo á multas y á mandarlo preso á cada rato, para que uno se aburra y le deje el campo libre, nada mas que porque es el alcalde.

Y si uno se enoja un dia y los pelea, ya lo manda de veterano despues de haber hecho con uno todogénero de herejias.

No hay con ellos disgusto posible, porque ellos son justicia y han de tener razon siempre aunque digan que es un gallo el que canta cuando un potro relincha.

Ya no se va pudiendo vivir en este mundo de porra, y yo voy á hacer una pitanza de alcaldes, que los gritos se van á sentir en la trastienda del cielo, porque nadie tiene derecho de gobernar mi casa, mi estómago y mi barriga.

Ya lo ven ustedes, uno tiene que pedir permiso hasta para correr una carrera, aunque corra con caballo suyo, con plata suya y con su mismo cuerpo que Dios le ha dado.

Este paisano que tales cosas decia de la justicia de Paz, era un hombre como de treinta y cinco años, alegre siempre como una primavera y con toda la fuerte hermosura del gaucho.

Era peon de estancias donde trabajaba hasta juntar tres ó cuatro meses de sueldo, que cuando menos venian á ser unos mil quinientos pesos porque era activo y utilísimo.

Cuando se veia con ese dinero junto, Telmo se daba otros tres ó cuatro meses de vida holgazana.

Enamoraba mujeres, cantaba en la guitarra, y asistia á cuanta jugada tenia noticia.

Si la suerte lo ayudaba en las diversas jugadas, cosa que solia suceder, Telmo hacia durar aquella vida haragana que tanto lo seducia.

Si por el contrario, perdía hasta el último medio y hasta el caballo que montaba, lo que no era difícil, pues solia beber hasta caerse, Telmo se conchavaba de nuevo y volvía á trabajar hasta juntar únicamente otros mil ó mas pesitos.

En sus diversas aventuras de amor y juego, habia tenido sus malos encuentros y disputas que lo habian hecho sacar la daga mas de una vez, y demostrar que era un valiente de primer orden.

Como no era rencoroso ni se aprovechaba de las ventajas que obtuviera en la lucha, todos lo querian y lo buscaban como á un buen compañero.

Pedro Telmo erade una honradez proverbial; tenia repugnancia por el robo, á tal extremo, que si sabia que alguno de los paisanos con quienes se juntaba era ladrón, no volvía á admitirlo en su compañía.

Una tarde, como cinco años antes de la época en que lo tomamos, Pedro Telmo habia hecho una reunion de taba, en su mismo rancho, á propósito de que era dia de su santo.

Habia comprado media ros con cuero y unas cuantas damajuanas de vino, con unos cinco mil pesos que ganó en unas carreras, y para dar fin á aquellas provisiones, convidó á unos cuantos amigos aficionados á la taba para jugar toda la tarde.

Estaban en lo mejor de la jugada, porque todos los que se habian juntado andaban plátudos, cuando cayó el sargento de la partida á deshacer la reunion.

—Ya saben que es prohibido jugar, les dijo, y si los vuelvo á hallar en la misma, me los llevo á todos al Juzgado.

Como toda era gente de paz y de trabajo, acataron la orden del sargento, recogiendo las paradas que se veian en el suelo.

Telmo fué el único que se opuso, sintiendo que aquella orden le hacia subir toda la sangre á la cabeza, junto con el vino que habia bebido desde por la mañana.

—Yo estoy en mi casa, amigo sargento, le dijo, y como mi casa no es pulperia, yo pue-

do jugar hasta que me *enllene*, pues con ello no ofendo á nadie.

—No puede jugar, replicó el sargento, con esa soberbia habitual de la gente de justicia de campaña, no puede jugar aunque esté en su casa, porque no tiene permiso.

—Y á quien voy á pedir permiso, si yo no tengo ya padre? contestó Telmo con arrogancia—juego porque la casa es mia y la taba es mia y estos son mis amigos.

—Pues yo no quiero que juegue, porque si no soy su padre soy el sargento de la partida y puedo mandar lo que quiera, y si los vuelvo á ver jugando, ya lo he dicho, me los llevo al Juzgado á todos.

Y se alejó al tranquito de su caballo, dándose mas aires que un gobierno.

Telmo soltó una carcajada estridente, porque era una risa estridente y forzada—y levantando la taba del suelo se puso en posicion de tirar gritando:

—Voy cien pesos á mi mano en este tiro!

Al sentir el grito el sargento detuvo el caballo y para ver si aquello era un juguete ó una apuesta seria, dió vuelta el semblante y miró á los jugadores, de quienes solo estaria á unos veinte pasos de distancia.

Los paisanos titubearon en aceptar la parada, pero uno de ellos, por no dejar mal á su amigo y porque tenia al sargento su cierta ojeriza, contestó —«pago lo cien pesos», sacándolos del tirador y poniéndolos en el suelo, al lado de los que ya habia puesto Telmo.

Este tiró la taba y echó suerte.

El que habia aceptado la parada la levantó y tiró á su vez siendo menos afortunado que su adversario, que recojió la taba y ofreció el desquite.

El Sargento no pudo tolerar aquel desacato, picó espuela á su caballo, llegó donde estaba Telmo y echando pié á tierra le dijo:

—No le he prevenido su trompeta que es prohibido jugar? ahorita mismo se va á venir conmigo al juzgado, donde le enseñarán á obedecer las ordenanzas.

Si Telmo hubiera sido uno de esos conocidos peleadores de partida, talvez el Sargento no se hubiera metido con él, pero como tenia fama de hombre bueno, que jamás se habia resistido á la autoridad, creyó que llevarlo preso seria la cosa mas fácil de este mundo.

Al oír la amenaza del Sargento y el insulto que la acompañó, Telmo sintió agotada su paciencia, y parándose delante del Sargento le replieó:

—Yo estoy jugando á la taba porque esta es mi casa y así me dá la gana y no voy preso porque no quiero, no siendo ninguna basura como usted, maula, quien me va á echar por delante.

—A buenas ó malas vendrás conmigo, montá

en ancas ligero ó te hago montar á garrotazos: Y sacó el sable yéndose sobre Telmo con actitud de herir.

—¿A mí? dijo este, con el deseo, con testó sacando á su vez el facon y arrollándose el poncho en el brazo vamos á ver maula si tenés la muñeca tan pesada como la lengua.

Y aquellos dos hombres se precipitaron uno sobre el otro con igual deseo de herirse.

Los amigos de Telmo comprendieron que aquel era un duelo en regla en que no se debian meter y resolvieron ser simples espectadores, reservándose el derecho de acudir en ayuda de su amigo cuando perdieran toda esperanza de verlo triunfar.

El sargento llevaba la ventaja del arma, mucho mas larga, que podia herir á Telmo desde donde este no lo alcanzara.

Pero Telmo le llevaba la ventaja de una agilidad de gato y una vista de lince.

Ya se habian cambiado como una docena de golpes de muerte, sin haberse podido sacar la menor ventaja, lo que los habia enconado hasta el punto de acometerse sin cuidarse mucho de la defensa.

En una de estas acometidas el sable del sargento dió en la cabeza de Telmo, haciéndole una herida bastante larga que felizmente solo cortó el cuero cabelludo.

—Entréguese maula! gritó el sargento alucinado por esta ventaja, al mismo tiempo que enarbolaba el sable para dar otro golpe mas decisivo.

Los paisanos veian ya perdida la causa de Telmo y echaron mano á la cintura para acudir en su defensa segun el resultado de aquel otro golpe.

Pero Telmo que lo vió venir se cubrió la cabeza con el brazo del poncho, para evitar la herida, y cuando el sargento descargó el golpe yéndose á fondo como cosa segura, él se tendió en una larga puñalada, al mismo tiempo que recibia el sablazo sobre las vueltas del poncho.

El sargento lanzó un quejido doloroso y cayó de espaldas, llevando en la herida la daga de Telmo, que habia penetrado en el vacio como diez centímetros.

Un grito de alegria salió de todas las bocas —todos estimaban al amigo Telmo, como odiaban al sargento, á quien no habian dicho nada otras veces por no verse en trabajos con justicia.

A penas cayó el sargento, Telmo se precipitó sobre él, pero no para ultimarle ni herirlo nuevamente, pues al verlo vencido, se aplacó toda su ira.

Sacó el cuchillo de la herida, y mirando al sargento con cierta lástima, le dijo:

—Usted lo ha buscado compadre, y no tiene por qué quejarse—no quiera Dios que va-

ya á morir de ese alfilerazo, y si muere, yo estoy libre de toda culpa—usted me buscó y me ha herido primero.

—Asesino! gritó el sargento, que era hombre bravo y poco temeroso de la muerte.

Si no muero de esta y Dios me ayuda, yo te buscaré para darte el vuelto.

Y se llevó las manos á la herida por donde empezaban á asomar los intestinos.

—Ahora muchachos, cada chanco á su estaca, que ustedes en nada se han metido—yo me voy hoy mismo del partido para que no se metan conmigo, llevando lo poco que tengo y si te vide no me acuerdo.

—Usted, compadre, agregó dirigiéndose al sargento, no tenga cuidado—yo me encargo de mandar aviso para que vengan á buscarlo, por que creame, lo que es de esa puñalada, le aseguro no se muere.

En un momento Telmo juntó todo lo que tenia, que eran cuatro ó cinco caballos, una guitarra y un poco de ropa, y acompañado de sus amigos, que no quisieron dejarlo, montó en su mejor caballo y se alejó dispuesto á hacerse perdiz, pues comprendió que, con lo que habia hecho, cuando menos, lo mandarian á la frontera, destinado al servicio de las armas.

Ustedes me harán el favor de avisar en el Juzgado para que recojan al sargento, porque si se muere me van á querer comer—algun dia hemos de volver á vernos.

Y salió del partido, felizmente para él, con bastante dinero aún en el tirador.

Los paisanos mandaron á avisar al Juzgado, no atreviéndose á ir ellos mismos, al paraje donde estaba el sargento, diciendo que lo habia visto á la pasada.

Cuatro soldados vinieron á buscarlo y con sumo cuidado lo transportaron al Juzgado de Paz.

Desgraciadamente la prediccion de Telmo no se cumplió, porque el sargento solo vivió dos dias mas, espirando en medio de crueles dolores.

En el acto el Juez de Paz mandó una circular á sus cólegas vecinos, pidiendo la captura de Pedro Telmo, cuya filiacion adjuntaba, por ser el autor de un asesinato cometido en la persona del sargento de la partida.

—Ya me fundí, exclamó Telmo cuando supo esta noticia—ya no tengo mas remedio que andar vagando de oculto, ó ir á pagar en la frontera una condena injusta.

Pues lo primero es lo mejor, se dijo y empezó á vagar de pueblo en pueblo y de pago en pago, ocultándose todo lo que podia, sobre todo de las gentes de justicia á quienes habia cobrado un odio profundo é invencible.

Quiera Dios que no se metan conmigo! pensaba cuando encontraba algunos soldados, ó

alcaldes de campaña, porque esta gente va á ser mi perdicion!

Asi vagó mucho tiempo por los partidos mas centrales de nuestra campaña, hasta que la suerte le fué empujando mas afuera, hasta que fué á caer al Moro.

El solo vivia del juego, vicio que lo habia hecho camorrero y peleador, hasta darle una fama como pocos gauchos la han tenido.

Tales cosas se contaban de él, que las mismas policias de campaña habian llegado hasta tenerle miedo.

Muchas veces llevaban á los juzgados aviso de que Pedro Telmo se encontraba en tal ó cual pulperia, donde sería fácil tomarlo.

Pero el alcalde ó sargento encargado de prenderlo tomaba un rumbo diverso, volviendo con el parte de que no lo habia encontrado.

Esto mismo concluyó por envalentonar á Telmo de un modo insoportable.

Una vez que el coronel Machado andaba en comision del gobierno haciendo un enrolamiento, Telmo tuvo la desgracia de caer entre una de las tantas comisiones que aquel coronel desprendió á buscar vagos.

Telmo comprendió al momento que resistirse ante tanta gente era morir sin provecho alguno y resolvió dejarse tomar á buenas haciendo creer que era un paisano de vida honrada.

Fué llevado á presencia del coronel Machado, junto con otros muchos paisanos, á la comandancia que habia improvisado aquel gefe en las sierras del Arroyo Grande.

Allí fué inmediatamente enrolado junto con sus compañeros, previniéndosele que al otro dia marcharian de contingente.

—Está bien, mi coronel, contestó Telmo haciéndose el que la cosa le gustaba mucho mientras interiormente pensaba el medio de verse libre de marchar de contingente.

La gente de Machado estaba de servicio, casi toda, pues apenas habian quedado un sargento y cuatro ó cinco soldados que quedaron para el servicio de la comandancia improvisada.

Su caballo y los de sus compañeros habian sido llevados al corral de la estancia, de modo que allí no se veia mas caballo que el de Machado, que ensillado lujosamente estaba atado al lado de la puerta.

Cuando enrolaron al grupo en que estaba Telmo, lo sacaron á fuera, para dar lugar á que entrara otro que acababa de llegar.

Este grupo, custodiado por dos soldados, fué estacionado á pocas varas de distancia del caballo de Machado, al que no habia perdido de vista Telmo desde que llegó.

Era un pingo á quien se conocia de lejos que debia ser como un relámpago.

Telmo que no espiaba mas que el primer

descuido de los soldados que lo custodiaban, no les perdía el menor movimiento.

Haria como cinco minutos que estaban allí, cuando el coronel llamó, y uno de los dos soldados custodia, acudió con esa prontitud del soldado de línea.

Pedro Telmo no esperó mas.

De un tiron famoso arrancó la estaca donde estaba atado el maneador del caballo, y saltando sobre él le cerró las piernas y partió como una exhalacion, al mismo tiempo que gritaba:

—A que no me alcanzan, sotretas! Ahora voy disparando á lo gefe!

Los soldados acudieron en el acto á sus caballos, haciendo varios tiros sobre Telmo, pero convencidos que seria inútil tratar de alcanzarlo, puesto que disparaba en el caballo del coronel, se volvieron á explicarlo que habia sucedido, al coronel que. al ruido de los tiros, salió á la puerta á imponerse de lo que pasaba.

Ya el fugitivo se habia perdido de vista, alcanzándose á ver tan solo el polvo que le vantaba en su frenética carrera.

Los soldados estaban consternados, pues Telmo no solo se habia llevado un caballo de primer orden, sinó que las prendas con que iba ensillado valian un dineral.

El coronel Machado sentia sobre manera aquel incidente, no por la montura sinó por el caballo, que era su parejero de mayor confianza, que estaba habituado á ensillarlo en momentos de peligro.

Telmo que al principio habia disparado por ponerse fuera del alcance de cualquier persecucion disparaba despues encantado en la rapidez de aquel animal soberbio, el mejor de cuantos en su vida habia montado, y aún habia visto.

—Muchas veces, pensaba, es una lástima no ser ladrón, pues sin ningun asco se quedaria uno con estas cosas—pero caramba, añadia, no vale la pena de ensuciar la fama de uno, por un caballo que, al fin y al cabo puedo encontrar mejor en el resto de mi vida.

Y al fijarse en la riqueza de la montura y las riendas, se borraba de su pensamiento toda intencion de hacerse dueño del caballo.

Al cabo de cuatro ó cinco horas de buena marcha, llegó Telmo á la Estancia de los Retamos, donde tenia muchos amigos, por haber trabajado allí en diferentes ocasiones.

En cuanto llegó, entregó á uno de ellos, hombre de toda su confianza, el caballo para que lo llevase al coronel Machado en propia mano, diciéndole que le suplicaba le volviera tambien el mancarron que allí habia dejado, por que era una prenda que estimaba en mucho.

—Yo espero aquí la contestacion, si vienes solo, concluyó mientras su amigo montaba á

caballo, pero si vuelves acompañado sabe Dios cuando nos volveremos á ver.

El mensajero de Telmo partió inmediatamente, llegando á la Sierra Grande á la madrugada del dia siguiente, en momentos que el coronel Machado se preparaba á levantar campamento, con un buen contingente de *vagos* que no habian sido tan animados como Pedro Telmo.

Muy asombrado quedó el coronel, cuando le presentaron al paisano conductor de su caballo, al que no le faltaba la mas insignificante prenda.

—¿De donde vienes tú y en dónde has hallado ese mancarron, le preguntó, suponiendo que Telmo lo habia robado, pues no se sospechaba que el paisano fuera capaz de mandarle volver el caballo, despues de haberse servido de él.

—Yo soy de la estancia de los Retamos donde trabajo, respondió el gaucho y aquí vengo á verlo mandado por el amigo Pedro Telmo.

—¿Y que quiere de mi Telmo? no le parece bastante lo que ha hecho?

—No sé mi coronel, dijo el paisano algo turbado por el gesto poco amistoso del coronel.

El me pidió que viniese á donde usted estaba y le entregara este caballo que habia llevado ayer por necesidad, pero no para quedarse con él.

Machado no pudo nada menos que asombrarse de es razgo caballerezo.

Cuando mas lamentaba la pérdida de su caballo, se encontraba conque el mismo á quien creyó ladrón se lo devolvia no habiendo tocado á una sola prenda del apero.

—Y qué mas te ha dicho Telmo, preguntó tratando de endulzar su gesto militar.

—Me ha pedido que le ruegue, contestó el paisano, que le devuelva el mancarron que ha dejado aquí, porque es una prenda que estima en mucho.

—Y en donde vas tu á ver á Telmo para entregarle el caballo?

—Me dijo que me esperaria en los Retamos, si iba solo, pero si iba acompañado, quien sabe cuando nos volveriamos á ver.

Seducido Machado con la accion del paisano, entregó el mismo el mancarron al mensajero diciéndole:

—Llévale á Telmo su caballo y este rebenque, para que se acuerde de mí y me busque cuando se encuentre en algun apuro—y le entregó su mismo rebenque, que era un precioso látigo brasilero de cabo trenzado con cadenitas de plata.

—Yo estimo mucho á la gente honrada y valiente, así es que puede buscarme cuando quiera, que yo lo he de proteger.

¶Telmo, en el género de vida que llevaba, podía haberse quedado con aquel caballo, sin responsabilidad alguna.

Era necesario ser honrado á prueba de toda tentacion, para devolver con aquella naturalidad un caballo por el cual cualquiera le hubiera dado diez mil pesos, desde que las solas prendas que encima llevaba, valian mas que esta suma.

El paisano se fué á llevar el caballo y la respuesta, sin comprender bien lo que significaba todo aquello.

Lo único que habia sacado en limpio de todo aquello, era un billete de cien pesos que le regaló el coronel antes de despedirlo, por el galope que habia pegado.

Cuando Telmo vió que su comision estaba cumplida y que el coronel le remitia su caballo y un hermoso rebenque de regalo, se sintió verdaderamente feliz.

—Ya no me creerán un ladron, dijo, ni un bandido puesto que el mismo Coronel me manda un regalo como este.

—Me encargó que le dijera, agregó el paisano que se lo manda para que recuerde de él y lo busque en cualquier apuro que tenga, pues él aprecia muy deveras la gente como usted.

—Me ha gustado mucho ese hombre, pero basta que sea coronel y enrole, para que no me le acerque en la vida.

Yo no soy para que nadie me gobierne, y es por esto amigo que me veo penando—todos conocen mi historia.

—Hace bien amigo, replicó el paisano; cuando uno entra al servicio, sabe muy bien el dia que entra, pero no el que vá á salir.

Si se porta mal, lo recargan con un rosario de años de servicio, y si se porta bien lo hacen sargento y no lo dan de baja ni por un queso!

—El *guay solo bien se lambe*, concluyó Telmo y desde que murió mi padre, he jurado que nadie mas volveria á gobernarme.

Despues de aquella aventura, Telmo siguió vagando mucho tiempo, ocupándose solo en sus amores y en pelear las justicias que iban á prenderlo, las que ya hemos dicho solo se encontraban con él por casualidad, pues le tenian mas miedo que á una invasion de indios, cosa harto imponente en aquellos tiempos desventurados, que apesar de todo, eran mas felices que los que vamos conociendo actualmente.

Siempre viviendo del juego, aunque no huyendo tanto, como antes porque tenia acobardadas á las partidas, pegó algunas buenas puñaladas, por supuesto siempre á gente de justicia, cambiando de pago con mas frecuencia que de camisa, pues solo se sacaba la

puesta cuando materialmente se le caia á pedazos.

Parece que el destino le fuera guiando siempre por una senda fatal para él.

Un año despues de haber desertado de aquel contingente de vagos, volvió á caer en medio de otra comision que habia desprendido el mismo Machado, para tomar unos desertores que se hallaban en una pulperia donde Telmo solia parar.

La comision rodeó la pulperia, y como los desertores se entregaran, Telmo creyó inútil hacer resistencia, y se entregó tambien, pensando en la oferta que le hiciera el coronel cuando le mandó volver el caballo.

Machado conoció á Telmo en cuanto lo vió.  
—Vení para acá matrero, le dijo, es preciso que asientes un poco el juicio y sirvas á mis órdenes siquiera un año, aunque solo sea por la satisfaccion de haber sido un poco de todo.

—Tiene razon, mi coronel, contestó Telmo con humildad,—pues habia resuelto acatarlo todo, para mejor lograr el momento de desertarse de nuevo, teniendo cuidado esta vez de no acercarse ni á veinte leguas de donde estuviera Machado ó su gente.

Tiene razon mi coronel, repitió, ahora vengo dispuesto á servir un poco, y tal vez, quien sabe, á quedarme aquí por toda la ciega.

Machado no desconfió de aquella promesa, pues un hombre como aquel, valiente y honrado, no podia ser falso.

Para halagarlo mas, lo hizo sargento de un escuadron de guardias nacionales que estaba formando, asegurándole que si el se portaba como creia, pronto lo ascenderia á oficial del mismo.

—Dentro de un año se ha de licenciar ese contingente, le dijo, y estoy seguro que entonces no te has de querer ir.

En el primer encuentro fuerte que haya, te has de distinguir porque ya me han contado que tienes corazon, y entonces podrás ganarte un nuevo grado.

Ya ves que esta es una vida mucho mejor que la que tú llevas, espuesto todos los dias á que te agarre una partida fuerte y te remitan á Buenos Aires para que te condenen.

—Muchas gracias mi coronel, concluyó á su vez Telmo, estoy resuelto á servir porque sirvo á su lado y no hay mas que hablar.

Desde aquel dia Telmo fué un modelo de subordinacion, lo que contentó mucho á Machado, en la esperanza de sacar de aquel hombre un oficial de provecho.

Pero como diablos podia hacerse á la vida militar, un hombre que se habia puesto mal con todo lo que era autoridad, simplemente por no tolerar que nadie lo gobernara.

Como diablo se iba á someter á que lo go-



bernarán desde el sueño, la libertad y el apetito, hasta apalearlo su compañero, un hombre que jamás había podido prestarse á acatar la menor órden.

Telmo sufría disimulando, porque necesitaba engañar á aquella gente, pero no perdía pisada á lo que sucedía en el campamento, estando siempre listo para aprovechar la primer ocasion, ocasion que no tardó en llegar.

Machado, creyendo halagarlo mas, lo sacó del escuadron y lo puso como sargento en su escolta, lo que dificultaba algo sus planes de huida.

Por aquellas faltas consiguientes en el servicio uno de aquellos soldados fué condenado á recibir doscientos azotes, siendo el sargento Telmo el que debía dirigir aquella cobarde operacion.

—Ni aunque me degüellen, pensó Telmo, y despues me fusilen y me lanceen enseguida, hago yo esta iniquidad.

Como el castigo se debía aplicar á la diana del dia siguiente, Telmo hizo esa misma noche sus preparativos de fuga, que consistian en ensillar su mejor caballo que escondió entre un montecito y poner en sus dos maletas las pocas pilchitas de valor que había juntado en aquel corto tiempo.

Antes de la diana, formó la banda que debía ahogar los ayes del paciente y la tropa que debía presenciar el castigo.

Era el momento que debía aprovechar Telmo, pues cada cual estaba preocupado con ocupar su puesto en la formacion, antes de la lista de diana.

Telmo se fué al montecito donde había escondido su caballo, montó y se alejó á media rienda, sin decir á nadie una sola palabra.

Un soldado lo vió pasar por su lado con increíble rapidez, pero como era el sargento de la escolta del coronel, supuso que andaría en alguna comision y no dijo una palabra.

Se pasó la lista y se trajo en seguida al centro de la banda, al soldado que debía recibir los azotes, pero Telmo no pareció.

Se le buscó en todas partes pero no se le pudo hallar.

—Se habrá acobardado porque es novicio en esto, pensó el oficial, mandando otro sargento en su reemplazo y dando despues cuenta de lo que había sucedido, haciendo este la misma suposicion que el oficial.

Mandó á su vez buscar á Telmo, pero con el mismo resultado anterior.

Telmo no pareció por ninguna parte.

Se hizo una pesquisa en su carpa, y se vió que faltaban sus armas y las demás prendas que le conocian.

En el acto el coronel Machado mandó que salieran comisiones en su busca, y lo redujeran á prision de cualquier modo, pero todo fué en

vano porque Telmo llevaba ya muchas horas de ventaja y un caballo como no montaban los que habían salido á perseguirlo.

Las comisiones regresaron al cabo de dos dias sin haberle podido dar caza.

Todas ellas sabian los puntos por donde Telmo había pasado pues él no había hecho misterio de la cosa, pero se habían vuelto convencidos que no lo alcanzarían ni aunque hubieran salido en tropilla, pues un hombre como Telmo, en las tres horas que llevaba de ventaja, podía haber andado, cuando menos, diez leguas largas.

Machado no tuvo mas remedio que conformarse con aquella desercion, avisando en circular á los Jueces de Paz que prendieran á Telmo, aviso inútil, pues ya sabemos que las partidas disparaban del paisano como del diablo.

Telmo encontró bien pronto no solo quien le prestara caballos, pero hasta tropilla.

—A la tercera va la vencida, dijo, y tomó la direccion de los partidos del norte, poniendo entre él y el coronel Machado, la mayor distancia que le fuera posible.

En los pueblos del norte llevó la misma vida que en los del sud, por lo que bien pronto tuvo que cambiar de pago, á consecuencia de haber herido un alcalde y muerto dos soldados de la partida de Rojas.

Telmo volvió á recostarse al sud, eligiendo por lo pronto la costa del Vecino, como punto mas seguro para establecer su residencia.

Allí le sucedió la aventura que le obligó á hacer rumbo al Moro, partido de huidos, donde quiso su mala suerte que en Pacheco hallara la horma de su zapato.

Telmo vivió algun tiempo en la costa del Vecino, sin que le sucediese ningun percance de importancia, viviendo allí, como en todas partes, de toda clase de juegos.

El alcalde del cuartel donde se alojó, era un tal Domingo Guzman, hombre bravo, muy pagado de su título y amigo de hacer respetar la autoridad que investia.

Como Guzman anduviese en todas partes, y con preferencia en las jugadas, para hacer guardar el órden, Telmo lo solía ver con frecuencia, sintiendo que un hombre tan campechano y alegre, al parecer, se hubiera metido á oficio de mandar, el peor de todos cuantos conocia.

Telmo era conocido en el Vecino, de mentas; de modo que se sabia que era un hombre guapo, pero completamente inofensivo cuando no se metian con él.

Una noche, habían armado conversacion con el alcalde Guzman, en una reunion de guitarra donde la ginebra andaba por lo alto.

—Es lástima que un hombre jóven y tan de provecho ande así á monte, le había dicho

el alcalde, pudiendo sujetarse y trabajar á gusto donde quiera.

Porqué no se sujeta amigo, le habia preguntado, y se deja de andar vagamundeando? mire que esto suele no tener buen fin!

—Qué quiere hacerle, amigo, le contestó Telmo—la justicia no mas tiene la culpa de todo—por la justicia tuve que echarme á rodar tierras, y por la justicia me han sucedido todas las desgracias que hasta hoy no me han abandonado—por eso la detesto tanto y siento que un hombre como usted ande en este oficio, mucho peor que el mio.

—Pero algo haria usted, paisano, pues de puro vicio la justicia no persigue á nadie.

—Y que quiere que hiciera? no dejar que me gobernarán, hasta en mi casa, y de ahí viene todo.

—Seré curioso amigo, insistió el alcalde—cuénteme como fué eso.

—Fué, dijo Telmo, que un dia estaba en mi casa jugando á la taba con unos amigos, cuando se apareció el sargento de la partida y me mandó que suspendiera la jugada.

Como yo estaba en mi casa y nunca he podido tolerar que nadie me gobierne, no quise hacerle caso al sargento y seguí jugando.

El hombre se empeñó en que sí y yo en que nó, sacó el sable y quiso hacerme su hijo, pero yo anduve mas vivo y lo lastimé fiero, tan fiero que me tuve que mandar cambiar.

Esta relacion era ecuchada por varios paisanos que la aprobaron en todas sus partes, dando á Telmo la razon.

—Pues amigo, dijo el alcalde Guzman, que en aquel relato veia relajada su autoridad ante los que lo habian escuchado: el sargento hizo muy bien, porque cumplia con su deber y yo en su lugar habria hecho otro tanto.

—Seria una lástima, contestó Telmo, pues á usted le hubiera pasado entónces lo que le sucedió al sargento.

—Es que yo no soy sargento de partida sinó el alcalde Guzman, contestó este con soberbia, y nadie me lastima ni con el pensamiento.

—Pues amigo, concluyó Telmo dando un poderoso beso al medio frasco que tenia delante—para mi lo mismo son sargentos que alcaldes y alcaldes que jueces de Paz—nadie me gobierna, porque yo no nací para esclavo y en paz.

—Pues como á mi nadie me alza la prima, prosiguió el alcalde, si yo soy el sargento, lo llevo como un ángel.

—Que se le quite eso de la cabeza, amigo, á mi no me lleva nadie aunque se levante la sesta, no digo la prima, y no nos disgustemos que no hay por qué.

Los de la reunion estaban asombrados; nadie se habia atrevido nunca á decir semejantes cosas al alcalde Guzman, sin que este saliera

de sus casillas, así es que Telmo debia de ser mucho hombre cuando tales cosas decia.

Guzman comprendió que su autoridad estaba perdida si aquello quedaba así, por lo que pidió á Telmo que le diera una satisfaccion, porque le habia faltado como autoridad.

—Para mi no hay mas autoridad que la mia, contestó Telmo, pues por eso me veo como me veo, y si no le ha gustado lo que he dicho, lo sentiré, pero paciencia y barajar.

—Pues tendrá que venirse conmigo al Juzgado, concluyó Guzman—no hay mas remedio.

—Qué empeño de obligarme á hacer lo que no quiero! exclamó Telmo; yo no voy al Juzgado y no me tiente la mano, amigo, porque la tengo muy pesada.

El alcalde se encaprichó, se dejó dominar por la ira, é insistió en que Telmo habia de marchar preso.

Este se rió del alcalde y lo desafió á que lo obligara á cumplir la órden.

Las palabras fuertes se cambiaron por ambas partes, las armas salieron á luz, y con gran escándalo de los que componian la reunion, el alcalde y Telmo pelearon, y pelearon fuerte.

Telmo lastimó al alcalde, que quedó en el suelo por muerto.

—Ustedes son testigos de que él me provocó, dijo, y que yo he sido prudente hasta donde he podido.

Apretó en seguida la cincha á su caballo y se alejó de la reunion, y en seguida del Vecino, tomando la direccion del partido del Moro, donde segun le dijeron se podia vivir mas á gusto que en ninguna otra parte.

Telmo tuvo algunas peleas allí con la gente mas brava, poniéndola á raya, por lo que bien pronto crió una fama de todos los diablos.

Como allí no habia órden de prision contra él y hasta entónces no se habia metido con la justicia, esta no le preguntó de donde venia, pudiendo así vivir en paz por algun tiempo, asegurando que el Moro era el único rincón de la tierra donde podia vivir un hombre libre.

Un domingo se habia organizado gran fiesta en la casa de don Antonio Picaso; se iban á correr unas carreras y algunas sortijas, y á la noche, segun se decia, habria jugada para todos.

Los interesados en dos de las carreras, eran estancieros de los alrededores, gente de órden, que se retirarian despues de corridas estas, quedando el resto de la fiesta para el gaucho, que á la voz de carreras se viene desde el fin del mundo, á jugar cuanto tiene, perdiendo ó ganando hasta la última pilcha.

Desde temprano la reunion era muy numerosa, habiendo sido enviado allí Pacheco con dos soldados para que guardaran el orden,



*Como aquella era una fiesta especial habian acudido hasta mujeres con sus carabos en mano.....*

pues allí habia de concurrir gente de todo pelage.

Pedro Telmo fué de los primeros en caer allí y tomar una parte activa en las paradas, en las primeras carreras que se corrieron, pero con mucho órden y moderacion.

Como aquella era una fiesta especial habian concurrido hasta mugeres con muchacho en ancas.

Pacheco se paseaba por todas partes observándolo todo y con especialidad á Telmo, pues le habian dicho que si acaso perdía iba á meter bochinche, porque andaba muy pobre y no queria pagar, pero á pesar de estas precauciones pasó el dia muy tranquilo sin meterse con nadie.

Sin embargo estuvo bebiendo mucho durante el dia, al extremo, que á la tarde estaba bastante pesadazo.

—Aconséjenle que se acueste y duerma, dijo Pacheco á algunos paisanos que andaban con Telmo, pues es lástima que se vaya á *tomar* y á hacer una tontera.

—Y quien le aconseja á Telmo? contestó uno de ellos—yo, ni en broma; él tiene mala bebida pero puede ser que no siga cuando se sienta divertido, porque él suele hacer así.

A eso de la oracion pareció realmente que dejaba de beber, recostándose á los lados de la cocina, donde algunos paisanos tomaban mate y hacian churrascos.

—Qué tal, amigo Telmo, le preguntaron, como ha pintado el dia?

—Regular no mas, compañeros, replicó, el dia no ha pintado mal, pero espero que pinte mejor la noche, ya saben que en el monte es donde me luzco, y dicen que luego se vá á jugar fuerte, porque hay gente que ha venido con plata.

Telmo quedó tranquilamente en la cocina, conversando alegremente y Pacheco, sin cuidarlo por aquella parte, se vino á las piezas donde se iba á armar la jugada, que era la parte mas peligrosa.

A eso de las ocho de la noche la jugada estaba en todo su apogeo.

En todas partes se veian fuertes partidas de monte y truco, con paradas de primer órden.

De pronto llegó Telmo, con el sombrero á la nuca y mechon de rulos sobre la frente, signo inequívoco en él, de que se hallaba divertido en alto grado.

Se acercó á varios de los grupos, apuntando de á quinientos y de á mil pesos, pero nadie le llevó el apunte.

Todos le temian, desconfiaban de él porque lo veian *alegre* y creian que donde apuntase Telmo la jugada iba á concluir mal.

—Caramba! mi plata no valdrá ó será sarnosa, dijo y se volvió á la cocina, no dándose por ofendido.

A la media hora volvió á querer jugar, pero obtuvo igual rechazo á la vez primera—nadie quiso tomar sus apuntes.

Pacheco observaba desde un rincon, pensando de la manera como aquello vendria á concluir.

Telmo perdió por fin la paciencia y sacando su daga se lanzó al medio de la pieza, echando un terno terrible y diciendo:

—Pues si mi plata no vale, nadie juega mas aquí, se acabó pues la jugada porque al primero que siga lo ensarto como un costillar.

Los jugadores se miraron entre sí como consultándose lo que harian, y los ojos de todos buscaron á Pacheco, como la tabla de salvacion.

El sargento observaba desde un rincon, sin hacer el menor movimiento.

Telmo siguió insultando á los jugadores, de tal manera, largando tales amenazas, que estos tomaron el temperamento de empezar á recojer las paradas y esperar mejor momento para seguir la jugada.

Si el provocador hubiera sido otro no hubiera faltado quien lo echara de allí á empujones, pero era tal la fama de Telmo, que ninguno quiso ser el primero.

Viendo esto Telmo y comprendiendo que se le temia, quiso deshacer positivamente la jugada y se dirigió á uno de los grupos, notificándoles que se largaran de allí bajo pena de ser apuñaleados, y amenazando unir la accion á la palabra.

Entónces Pacheco salió de su rincon, tomó á Telmo por un brazo y le pidió que se retirara.

—Si usted viene á mandar como justicia repuso Telmo, enconado, se puede ir largando tambien, que á mí no me manda nadie.

—No amigo, replicó Pacheco, vengo á pedirle como amigo que se retire, porque esta gente se está divirtiendo, y porque no quiera jugar con usted no es motivo para que usted se enoje y los pelee.

—Si es así, como amigo, me voy y no hay mas que hablar, concluyó Telmo seducido, porque donde creyó encontrar una órden descomedida, halló una súplica muy puesta en razon.

Guardó su daga en la cintura y se alejó á la cocina, no sin refunfuñar contra los que quedaban jugando.

Pacheco se fué detrás de él con cuidado de que no fuera á verlo y se puso á observarlo desde la puerta.

Telmo se sentó en cluquillas al lado del fogon, donde dos paisanos tomaban mate y destripaban una botella de honesta ginebra.

Allí les contó lo que acababa de sucederle, agregando que si no habia muerto á media docena, fué porque así se lo pidió aquel sar-

gento tan comedido, de un modo que no se podía decir que nó.

—Pues amigo, no hay que descuidarse, le dijo uno de los paisanos—no es nada menos que el sargento Pacheco, y todo lo que tiene de bueno, lo tiene de malo cuando se ofrece.

Y como para corroborar lo que decían, contaron á Telmo las mas famosas hazañas llevadas á cabo por Pacheco, con esa exageracion peculiar á los paisanos, que hubiera aterrado á otro que no fuera Telmo.

—Es una lástima, dijo este, tomando un mate que le alcanzaban y previo un beso á la botella de ginebra—es una lástima porque yo voy á deshacer esta jugada, aunque me tuesten.

Los paisanos lo quisieron convencer de que aquello era imposible estando Pacheco, pero Telmo se les rió en las barbas.

Sacó la daga de la cintura y se puso á hacer los huesos del fogon, al mismo tiempo que decia:

—Pobre Telmo! no lo vayan á hacer pedazos y á comérselo crudo! quién me habia de decir que esta noche iba á ser el fin de mi vida! que Pacheco malo! á qué habrá venido á la reunion.

Pacheco oía todo esto, y apenas podia con tener la risa con las graciosas frases que soltaba Telmo.

Es un compromiso esto, pensaba el sargento; este hombre dicen que es guapo como las armas, y si pelea va á ser preciso matarlo, porque no parece que se dé estando vivo.

Está bastante divertido y no sabe lo que hace, y hasta es un crimen lastimar á un hombre así!

Si fueran panes no mas, vaya y pase! pero me han dicho que es muy guapo y que es capaz de pelear con cincuenta!

¿Cómo haria, agregaba, para poderlo tomar sin lastimarlo y sin darle tiempo tambien á que lastime á nadie?

Pues lo mejor que puedo hacer, concluyó en su pensamiento, es ver si lo sorprendo aquí mismo antes que salga y lo desarmo.

Tal vez con lo brusco de la acometida se sorprenda y pueda desarmarlo antes que vuelva en sí.

—Así, dijo Telmo, hachando un hueso, pongo panza arriba á unos cuantos tontos; si se mete el sargento lo hago banco á puñaladas y me hago perdiz.

Pacheco en esto se lanzó de un salto á donde estaba Telmo, con el sable en una mano y la pistola en la otra.

Le puso al pecho la punta del corvo y la boca del cañon de la otra, intimándole que se diera á preso en el acto.

Tan ruda é inesperada fué la acometida,

que Telmo quedó mirando á Pacheco como quien vé visiones.

—No se mueva porque lo mato, agregó el sargento, y con un movimiento rapidísimo soltó el sable y arrebató á Telmo la daga, antes que este pudiera darse cuenta de lo sucedido.

—Estoy preso amigo, balbuceó, y se dejó atar los brazos, sin hacer la menor resistencia.

Pacheco pidió á Picas una pieza, donde encerró á Telmo, yendose al cuarto de la jugada y diciendo;

—Caballeros, pueden seguir jugando tranquilamente, porque ya Telmo está desarmado y preso.

Ninguno quiso creer al principio la noticia, creyendo que Pacheco lo decia por tranquilizarlos, pero bien pronto se convencieron de la verdad de lo que habia sucedido, oyéndolo referir á los dos paisanos testigos de la aventura.

La jugada siguió entónces con toda tranquilidad hasta la madrugada, hora en que todos empezaron á retirarse, y Pacheco entre ellos como era natural.

Pacheco tenia grandes deseos de poner en libertad al preso, porque al fin y al cabo no habia hecho nada, pero como su prision era conocida, temia que en el Juzgado reprobaran su conducta, por lo que resolvió llevarlo consigo, prometiéndose interceder por él.

Cuando fué al cuarto donde estaba Telmo, para sacarlo y llevarlo consigo, este habia comprendido todo el horror de su situacion.

—Me entregarán al coronel Machado, pensaba, que me hará pagar las dos deserciones mandándome dar de azotes y yo me moriré de pura desesperacion—esto, si no me mandan á Buenos Aires y me fusilan, como dicen que hacen con los gauchos que remiten de los Juzgados de Paz.

Así que Telmo vió á Pacheco y este le previno que se preparara para marchar, el paisano se puso torcido y avanzó resueltamente sobre el sargento.

—Amigo Pacheco, le dijo, usted me vá á soltar: usted no me vá á llevar al Juzgado por que yo no he cometido anoche ningun delito y porque usted es un paisano de corazon que no ha de querer cometer una injusticia.

Ganas no me faltan, respondió Pacheco, porque realmente usted no ha hecho nada, pero es el caso que en el Juzgado ván á saber que yo lo he prendido y me ván á hacer cargos porque lo he soltado.

—Usted aguantará lo que le pase, amigo, porque llevarme al Juzgado es matarme y no ha de querer contribuir á que me cuelguen.

—Oiga un poco lo que le voy á contar, á ver si despues de oirme tiene el coraje de llevarme preso.

Y con ese lenguaje sencillo y tocante que

emplea el gaucha para narrar sus desgracias, contó á Pacheco todo aquello que de su vida conocemos.

Cuando Telmo concluyó su relato, Pacheco estaba fuertemente conmovido.

No tenia seguramente el coraje de llevar consigo á Telmo, aunque le escosia algo los cargos que mas tarde pudiera hacerle Martinez de Hoz.

Yo no tenia orden de prender á Telmo, pensó, y lo que el ha hecho aquí lo hace cualquier hombre que está divertido—él no se ha resistido á la justicia, entregándose á la primera intimacion, y entonces yo no tengo porque llevarlo.

—Piense amigo, insistió Telmo, que usted tiene hijos y que mañana ó pasado puede verse como yo—por sus hijos le pido que no me lleve, y le aseguro que no habrá hecho favor á un ingrato—quien sabe si andando el tiempo no le pueda yo pagar este servicio que hoy le pido.

—No se aflija amigo, respondió Pacheco, vencido ya, yo voy y vuelvo—esté tranquilo que yo le juro que nada le va á suceder.

Pacheco salió del cuarto y fué á consultar sobre su situacion á unos estancieros que habian pasado allí la noche y conocian lo que habia sucedido.

Ese pobre paisano no ha hecho nada malo, les dijo—dándose á preso á las primeras palabras que le he dicho.

El me pide que lo suelte, y el corazon me tira por hacerle el gusto ¿qué les parece que haga?

El único recelo que tengo es que en el Juzgado no les parezca bien, pero si ustedes me aconsejan que no lo lleve, yo lo pongo en libertad.

Uno de aquellos estancieros, Felipe Baca, que conocia el buen corazon de Pacheco, le aconsejó que lo dejara ir.

—Es un pobre diablo que no ha hecho nada malo, y contra quien no hay orden de prision—déjelo ir no mas, que si en el Juzgado encuentran á mal que usted no lo haya llevado, pueden decir que nos tomen informes á nosotros.

Pacheco se retiró lleno de satisfaccion—podia prestar á Telmo aquel servicio, sin esponeerse á la reprobacion de su comandante, que era lo que mas le hubiera dolido, y se sentia feliz.

Fué al cuarto donde habia quedado Telmo, y devolviéndole la daga que le quitara la noche anterior, lo puso en libertad.

—Puede irse á donde mas rábia le dé, amigo, le dijo—lo que es yo y mis soldados no le hemos de impedir el paso.

Que Dios lo ayude y lo haga afortunado.

Al sentir estas palabras, el pálido rostro de

Telmo se iluminó de alegria, tomó su daga que con mano trémula colocó en su cintura, y apoderándose de una mano de Pacheco, se la estrechó cordialmente mientras le decia:

—Gracias hermano, no en vano lo ha hecho Dios tan de coraje y tan suertudo—si alguna vez llega á necesitarme, búsqieme con fé profunda, que Pedro Telmo tiene la memoria larga y de algo puede servirle.

Dios se lo pague si no puedo pagárselo yo, concluyó y soltando la mano de Pacheco, que no habia acertado á contestar una palabra, conmovido por el agradecimiento de su prisionero, y salió de aquel cuarto, donde tan terrible noche habia pasado pensando en su suerte.

Dos minutos despues saltaba sobre su caballo y se alejaba á media rienda, como si temiese que Pacheco se fuera á arrepentir y lo alcanzara.

Poco despues no se veia ni el polvo de su carrera.

Pacheco se retiró con sus soldados, con el corazon dilatado de alegria.

Aquella accion, segun decia despues, era el mejor almuerzo que habia hecho en su vida.

—Y si yo pudiera hacer una igual todos los dias, creo que no me envejeceria nunca.

Como la fama de Telmo recorria todos los partidos de campaña, al extremo de cartarse en la guitarra y en tiernas décimas muchas de sus aventuras y desventuras, don Felipe Baca contó de que manera Pacheco habia prendido á Telmo, pero nadie quiso creer su narracion.

El mismo coronel Machado se asombró del valor de Pacheco, lamentando el fin que habia tenido aquella aventura, pues deseaba ardentemente que aquel diablo de desertor le hubiera caido entre las manos.

Y fué esta la última hazaña que como sargento de partida tuvo que ejecutar Pacheco, pues desde entónces raro fué el bandido que se atrevió á hacerle resistencia.

Bastaba su sola presencia para que huyeran los criminales mas famosos, ó se entregaran presos á la primera intimacion.

En el juzgado se tuvo conocimiento de la prision y libertad de Telmo, pero no le hicieron cargo alguno.

Nada tenian ellos que hacer con Pedro Telmo, á quien no conocian ni de nombre, y además su prision no habia sido motivada por delito alguno.

Por todo esto fué que en el Moro empezaron á llamarle el *Tigre*, no por sus instintos feroces y sanguinarios, sino por su valor asombroso, pues sabido es que en la campaña se usa la frase de es *un tigre*, para ponderar un paisano de exesivo coraje y de notable manejo en la daga.

*El Tigre* fué reemplazando poco á poco al

sargento Pacheco, hasta que no se le llamó de otro modo.

Y como este no era un calificativo que pu-

diera perderlo, se hizo general hasta entre sus mismos soldados que no le llamaban de otro modo.

## ASI PAGA EL DIABLO

Tranquilizado por completo el partido del Moro, y limpio de bandidos, el servicio de Pacheco fué ya mas liviano y descansado.

Ya podia entonces ir á visitar á su Juana con mas frecuencia y preocuparse un poco mas de su familia que iba en aumento notable.

El noble Martinez de Hoz empezó á consagrarse á otras ocupaciones, con preferencia á las armas, que ejercitó mas tarde con tanta bizzarria y denuedo, concluyendo por abandonar por completo el partido del Moro, donde lo reemplazaron otros Jueces de Paz, que cambiaron en un todo su régimen al estremo que el Moro volvió á ser lo que habia sido—una madriguera de todos los bandidos de la campaña Sud.

Con la separacion de Martinez de Hoz, tanto Pacheco como la mayor parte de los soldados de la partida, abandonaron el servicio, retirándose cada cual á su pago.

Pacheco habia tomado cariño al Moro, juntó todos sus intereses y se vino á poblar un campo que le dió Martinez, en compañía de su familia.

Justa era ya una real moza, poderosamente desarrollada, que atrajo sobre sí las miradas codiciosas del paisanage.

La justicia de paz fué desde entónces en el Moro, la misma «merienda de negros» que ha sido en todas partes.

Los malhechores y bandidos empezaron á pelear á la partida de plaza, á la que derrotaron en diversas ocasiones.

Pacheco miraba todo esto y se sonreia, contentándose con decir:

—En los tiempos de don Miguel no se veian estas cosas!

Esta fué una de las causas porque la justicia empezó á tomarlo entre ojos.

Pacheco no se preocupaba de esto, porque sabia, ó mejor dicho creia que, no dando ningun motivo, poco ó nada tenia que hacer con él la justicia, mucho mas desde que tan buenos servicios le debia.

Pero quiso el diablo que algunos parientes de los bandidos muertos por Pacheco, á quienes Martinez de Hoz tenia corridos del partido, tuvieran gran banca con los nuevos jueces de Paz.

A estos se unieron aquellos á quienes Pa-

checo habia sacado caballos, cuando Pavon y por órden del Juzgado, y empezaron á hostilizarlo aunque solapadamente, á ver si lo habian caer en alguna trampa, y se vengaban de él miserablemente, llegando á dar hasta una interpretacion torcida á su calificativo del Tigre, pretendiendo que era un apodo que le habian conquistado sus instintos sanguinarios.

Pacheco no hacia caso de todo esto, pues se sentia apoyado moralmente por la mayoria de los habitantes del partido.

Los negociantes seguian buscándolo á pleito porque tenia el raro don de evitar cualquier pelea ó escándalo y lo sostenian á todo trance.

Sin embargo, él no podia mirar sin cierta amargura la hostilidad ruda que se le hacia y presentia que aquello debia dar margen á alguna desgracia fatal para él.

Como los demás no conocian su historia, tenian á Justa por hija mayor, tomándola por blanco de amorosas tentativas, aunque con cierto secreto, pues en medio de todo tenian á Pacheco un miedo descomunal.

Muchas veces, para encontrar motivo de llevarlo preso y remitirlo sin demora á Buenos Aires, le habian soltado *gurupies* para que lo pelearan, pero estos, que al principio aceptaron la comision, porque se les ofrecia guardarles la espalda con la partida, al encontrarse frente al Tigre no se habian atrevido á desplegar los labios.

Esto no podia continuar así, y algun desenlace funesto iba á tener lugar.

Juanita habia rogado á Pacheco abandonara el Moro —pero en dónde sacarían otro campo, y cómo evitarían las grandes pérdidas que les ocasionaria el salir de allí?

—Deja no mas, mi vida, le decia, ellos se han de cansar de perseguirme, y si no me buscan será lo que Dios quiera.

Mi padrino está lejos, añadia, y se han de querer valer de eso—pero todavia me queda mi puñal, y en último caso el coronel Lopez.

Lopez Osornio, gefe de la frontera entónces, conocia y apreciaba á Pacheco en lo que valia, por haberlo tratado varias veces que fué en comision de Martinez, y por lo que al mismo Martinez habia oido de él.

Con frecuencia le habia instado que tomara

servicio con él, pero Pacheco le habia contestado siempre:

—Yo sirvo ahora, porque á mi comandante no le puedo decir que no—pero saliendo él, no vuelvo á servir en mi vida.

Por estos antecedentes, Pacheco contaba con la proteccion del coronel Lopez Osornio, cuyas bondades lo sacaron mas tarde á la orilla.

Uno de los mas empeñados en hacer caer á Pacheco en una celada, era un compadron de un alcalde, que tenia sus miras en Justita, pero que no se atrevia ni siquiera á ir á darle una serenata, por miedo del *Tigre*, que ya sabia no sufría ciertas cosas.

Un dia que Pacheco estaba ausente, el referido alcalde pensó que seria cosa fácil, ayudado por dos de su pelaje, robar á Justita y hacerse perdirz con ella, haciendo inútil toda pesquisa de Pacheco, puesto que él era auturidad, podria remacharle una barra de grillos.

Como Pacheco conservaba buenos amigos y el compadron del alcalde no ocultura su plan, no faltó quien fuera á buscarlo y le comunicara lo que contra él se tramaba.

—Bueno, replicó Pacheco, vamos á ver como se hamaca el alcalde, y fué á esconderse en las inmediaciones de su rancho.

A eso de las diez de la noche, y creyendo que Pacheco no habia vuelto, el alcalde, acompañado de sus dos amigos se largó á la ejecucion de su obra, atando los caballos en el palenque de Pacheco.

El plan era avanzar el rancho y aprovechando la confusion, apoderarse de la hermosa Justa, codiciada fruta pintona.

Pero apenas llegaron bajo el alero del rancho, se les apareció Pacheco, armado de un gran rebenque de lonja.

La sorpresa fué tal, que los dos compañeros del alcalde dispararon hasta el palenque, salieron á caballo, y se hicieron humo, quedando solo el alcalde, como clavado por el miedo.

Pacheco entonces, sin decir una sola palabra, tomó de su brazo al alcalde y le sacudió tal vuelta de rebencazos, que le obligó á pedir perdon en todos los tonos.

En seguida lo agarró de las orejas, lo montó en el caballo que desató del palenque, é hizo disparar aplicándole dos enérgicos rebencazos.

Aquella aventura metió un escándalo formidable.

El alcalde mandó quejarse al Juez de Paz, porque no habia quedado como para irse á quejar el mismo, y el Juez decretó sobre tablas que fueran á la casa de Pacheco y lo redujeran á prision.

Pero no estaba la menta en mandar, sino en hacer ejecutar la órden.

El capitan de la partida declaró terminantemente que él no se animaba á ir á prender al *Tigre*, y los soldados que por su parte prefe-

rian dejar el empleo, á meterse en tan peliaguda aventura.

Prender á Pacheco! pues no era nada lo que se le mandaba hacer! quien se atrevia á aquel hombre que habia dado en tierra con los bandidos mas guapos y vivos en el manejo de las armas.

El Juez de Paz tuvo que comerse su rábía, como se dice, y renunciar por el momento á la prision de Pacheco, esperando una oportunidad mejor.

Por su parte Pacheco se habia vuelto veinte ojos—montaba siempre su mejor caballo, y aunque sabia que la partida se habia negado á prenderlo, cuando veia un miliciano no le quitaba la vista de encima, temiendo una mala tentacion.

Pacheco empezó, pues, á huir como de su peor enemigo de la misma justicia á que con tanto empeño y cariño habia servido, cobró un odio profundo á todo lo que emanaba del Juzgado, sintiendo muchas veces cruzar por su espíritu el deseo de ir y dar una paliza al mismo Juez de Paz, para que aprendiese á cumplir con los deberes de su cargo.

—Ya no se puede ser hombre honrado, decia á Juanita, porque ahora los pícaros están en auje, y al que no los acompaña le declaran la guerra teniendo uno á la larga que llevar la peor parte.

Convencidos que cón la partida no se podria hacer nada á Pacheco, empezaron nuevamente á buscar bravos para soltarle, á ver si alguno de estos lograba dejarlo seco de una puñalada, aunque fuera á traicion.

Uno de tantos domingos se anunció una gran reunion con carreras, que debia tener lugar en una pulperia de Luro, situada en el Arroyo de la Nutria.

Desde que Pacheco dejó de ser sargento de la partida, empezó á dedicarse á las carreras á que siempre habia tenido aficion, visto que en cualquier otro trabajo que emprendia, era hostilizado de una manera brutal por la autoridad.

Pacheco era ademas perseguido porque habia sido uno de los leales servidores de Martinez de Hoz, cosa que no podian olvidar los pillos perseguidos por el honorable funcionario que se retiraba con el espíritu sereno y la conciencia tranquila.

Pacheco, como todos los paisanos que tenian buenos caballos, empezaron á aprontarse para asistir á la reunion de la pulperia de Luro, que prometia ser de aquellas que se prolongan tres y cuatro días.

El domingo de madrugada montó Pacheco á caballo, y llevando de tiro sus parejeros, se largó á la reunion, prometiendo á Juanita tenerle á la vuelta, una buena cosecha de pesos,



porque ya sabia que su suerte en el juego, era formidable.

Cuando llegó se encontró con una reunion mucho mas numerosa de lo que al principio se habia figurado.

Allí habian acudido paisanos de todas partes con caballos sobresalientes, ponderando cada cual los suyos y prometiendo jugar con ellos «la plata del mundo.»

- Así me gusta, pensaba Pacheco, porque estoy seguro que voy á lucir á mi tordillo, ganando una carretada de pesos, que buena falta me hacen en tiempos en que tan mal me trata la suerte.

Antes de correrse las primeras carreras, y mientras los dueños arreglaban condiciones y cantidades porque habian de correr, se armaron interesantes partidas de taba y naipes, á las que se sentó Pacheco, para experimentar que tal tenia la mano aquel dia—quedando sumamente contento, pues á las pocas horas se habia ganado unos novecientos pesos á la taba y unos trecientos á la baraja.

-Vaya, pensó, no todos han de ser aporreos de la suerte—ya veo que si ando mal con la justicia, todavia estoy bien con Dios.

Y tan mal andaba con la justicia de su pago, que estos habian soldado á la reunion un famoso bandido, contra el cual habia cincuenta órdenes de prision, con el especial encargo de que buscara camorra á Pacheco y lo peleara ofreciéndole un buen premio si lograba matarlo.

Este bandido era un tal José Maria Amaya, asesino de profesion y con gran fama de guapo y hombre de vista.

Amaya era conocidísimo por el arroyo de la Nutria y en la misma pulperia de Luro, donde una vez á la vista de todo el paisanaje habia peleado á una partida de plaza, quedando dueño del campo.

La sola presencia de Amaya bastaba para turbar la paz en cualquier reunion, pues ya se sabia que él no iba á parte alguna sin la premeditada intencion de armar una de puñaladas ó cometer algun robo.

Amaya, apesar de ser tan bandido y tan guapo, no habia dejado de tener un cierto recelo al aceptar la comision que se le confiaba.

Conocia mucho á Pacheco y sabia de lo que este era capaz, obligado á pelear.

-Talvez lo madrugue, pensó, porque tanto ha ganado que alguna vez le ha de tocar perder.

Y salió lleno de entusiasmo á cumplir el encargo que se le daba, entusiasmo que se enfrió mucho, cuando respecto á Pacheco hubo hablado con otros prójimos de su pelaje y oficio.

El Tigre es muy duro y es preciso atarse muy bien el chiripá para pelearlo, dijeron á Amaya.

-Es el caso respondió este, que á todo hay quien gane en esta vida ¿y porqué diablo no he de ser yo quien le gane á pelear?

-Lo que es yo, le respondieron, ni por un queso me pondria enfrente de ese hombre, daga en mano—es inútil pretender llevarlo por delante, porque tiene un empuje del diablo, una vista que dá calor y una sangre fria que no se le calienta ni con veinte fogones.

-Sin embargo, contestó Amaya, yo lo voy á pelear, y verán ustedes como á todo hay quien gane en esta vida.

Y se alejó para los lados de la Nutria, decidido á cumplir su palabra, pero muy desanimado; lo que habia oido le habia quitado por completo el brio que tenia al principio.

Pero ya habia empeñado su amor propio y su palabra, y era preciso que peleara con Pacheco, aunque se lo llevara el diablo.

En la pulperia de Luro estaban en lo mejor de la jarana y milonga, cuando apareció en los corredores el conocido bandido.

En aquel momento Pacheco acababa de ganar la primer carrera con su tordillo y se ocupaba en cobrar las muchas paradas que habia tomado.

La presencia de Amaya produjo un efecto de hielo en todos los paisanos.

Unos recogieron algunas paradas que tenian en el suelo, otros se fueron al otro extremo del patio, mientras los demás hacian un mohin de impaciencia diciendo:

-Maldito sean los diablos, ahora si que se descompuso el baile.

-¿Y por qué se ha de descomponer? preguntó Pacheco, asombrado ante el cambio que se habia operado entre los paisanos, tan alegres dos minutos antes, y ahora pálidos y consternados como si temieran una desgracia irreparable.

-Es que ahí ha venido Amaya, dijeron á Pacheco, y donde ese entra es para asesinar alguno, para pelear con otro, ó para por fin de fiestas deshacer la mas alegre reunion.

-Pues esta vez se quedará con las ganas, replicó Pacheco, que no le conocia, porque donde yo estoy nadie viene á deshacer de gusto, una reunion de gente buena, que se divierte en paz y gracia de Dios.

El que se ha de preparar es usted, dijo á Pacheco un paisano que acababa de pagarle doscientos pesos que habia perdido jugando contra el tordillo.

-¿Y á que me tengo que preparar yo? preguntó con extrañeza Pacheco.

-A recibir al compadre Amaya, pues yo sé que trae el encargo de pelearlo á usted, y de matarlo, si la suerte lo ayuda.

-Todo puede ser, contestó Pacheco, pero

aquel paisano no tiene la daga del hombre que me ha de matar á mi.

—Sin embargo, no se descuide, porque el hombre tiene muy malas entrañas y es capaz de cualquier atrocidad.

—Bueno, concluyó Pacheco, mirando hácia donde estaba Amaya—que Dios lo ayude, por que á los asesinos de encargue no les tengo yo ni un «chiquito» de lástima y soy capaz con ellos, de cualquier herejía.

Que un hombre pelee y mate por vengar una ofensa recibida, por los favores de una mujer, y hasta por una opinion, venga y pase: que Dios lo ayude.

Pero que un hombre venga á pelear á otro que nada le ha hecho y lo mate por encargo, es una cosa que nunca he podido tolerar y para lo que creo no hay castigo que le venga bien.

Amaya por su parte, así que vió á Pacheco, concluyó de perder el poco ánimo que le acompañaba ya, pero era un gaucho terco—había comprometido su amor propio, y era preciso cumplir su palabra á todo trance.

Además, para criar coraje había bebido ya unas cuantas copas de caña, que pensaba repetir hasta que tuviera el suficiente valor para atropellar á Pacheco.

Este empezó á ver con pena que Amaya empezaba á embriagarse, porque para él no había ninguna hazaña en pelear con un borracho, siendo por el contrario un verdadero compromiso.

Ya muchos de los que allí estaban, por la advertencia que hicieron á Pacheco, sabían la misión que Amaya llevaba á la pulperia, y se preparaban á ver algo extraordinario.

Para ellos era indudable que Pacheco triunfaría, pero Amaya era un bandido de tal fama que bien se podía esperar hiciera en la lucha alguna avería.

Amaya siguió bebiendo copa tras copa, sin perder de vista á Pacheco, hasta que estuvo suficientemente borracho para perder el miedo que aquel le inspiraba.

—Es una lástima, decía éste, á cada copa que Amaya bebía—yo no peleo con borrachos, y se va á ir sin llevar su merecido.

Cuando Amaya estuvo bien seguro de su coraje se fué aproximando poco á poco hasta donde estaba el Tigre, y cuando llegó á su lado, le dijo con marcada insolencia, aunque con palabra confusa:

—Sabe amigo que hace tiempo andaba hambreado por hallarme con usted? me han dicho que usted se tiene por bueno, y yo quería desengañarlo, para que no viva en esa creencia.

—Esa es una opinion de usted, amigo, contesto Pacheco con una tranquilidad soberbia.

Yo estoy dispuesto siempre á desengañar á todo el que piense como usted, pero no ha

de estar divertido, porque yo nunca he hecho lujo ni de castigar criaturas, ni de hacer mi banco á los borrachos que me salgan al camino á ver que tal tengo el cuero.

—Si todo borracho va por mí, dijo Amaya, no pega, compadre, porque estoy mas fresco que usted—lo que hay es que se me hace que usted tiene miedo y de algun modo ha de disimularlo.

Pero eso no pega conmigo, compadre, porque he venido decidido á probar que usted no es mas que una maula, sacándole los ojos á azotes.

—Pues hoy se volverá con las ganas, concluyó á su vez Pacheco, porque ya le he dicho que yo no peleo con un borrachon—vaya duerma la tranca y despues hablaremos.

—Ha de ser ahora mismo, su maula insertible, rugió Amaya sacando la daga y yéndose sobre Pacheco en ademán de abrirlo de un hachazo.

Pacheco evitó el golpe, y riendo como una persona que está bajo la acción de las cosquillas, se guareció detrás del grupo de curiosos que los rodeaba, sin dejar de decir:

—Duerma la mona, hermano, y vuelva por el resto, que yo le juro ha de haber hasta que se le quiten las ganas.

Amaya se lanzó tras de Pacheco, daga en mano, é insultándolo de la manera que consideraba mas hiriente; pero Pacheco corria ocultándose detrás de los grupos, con gran asombro de los que los componían, que apesar de la franca risa con que recibía las injurias de Amaya, empezaron á creer que realmente tenía miedo.

—Parate gallina! le gritaba este, ¿no decis que sos el Tigre? pues parate que yo te voy á dar Tigre por el alma! parate maricon cochino! parate que te voy á dar tu torta.

Pero Pacheco corrido por Amaya, seguía escondiéndose detrás de los paisanos, y gambeando por entre los caballos con cuidado que aquel no pudiera alcanzarlo.

Ultimamente ya no pudo disparar mas sin grave perjuicio de que lo alcanzara Amaya, y lo obligará á pelear, así es que ganó la pulperia diciendo á Luro:

—Amigo permítame entrar para librarme de tener que matar á ese borracho.

Luro que conocía realmente de lo que Pacheco era capaz, lo metió en una pieza cuya entrada privó á Amaya.

Pero como la generalidad de los paisanos se dejan llevar por la primera impresion, no faltó quien creyera que realmente Pacheco había tenido miedo, y que en Amaya había encontrado quien le metiera el resuello.

Amaya estuvo gran rato á la puerta de la pulperia, gritando todo género de insolencias, hasta que convencido que Pacheco no había

de salir, se retiró muy creído que le habían tenido miedo.

Cuando Amaya se hubo retirado, Pacheco salió de la pulperia diciendo:

—Los que me han echado al camino ese pobre borracho han perdido su plata, porque yo no hago una muerte al fudo, pero la primer vez que yo encuentre fresco á ese alquilon, le voy á mostrar quien soy yo, para que vaya á contárselo á los que lo mandan y sepan que conmigo no puedenadie, ni el mas malo ni el mas bandido, porque el dia que yo muera solo ha de ser por la mano del Dios que me crió y no por la del primer trompeta que vende su golpe de daga.

Todos encontraron muy justo en razon lo que acababa de decir Pacheco, pero no faltó quien creyera que habia tenido miedo.

Amaya lo habia insultado de una manera inaguantable, por mas borracho que estuviera y por mas generoso que se quisiera hacer Pacheco.

Y tales proporciones tomó este modo de apreciar el valor del Tigre, que algunos de los de la partida se atrevieron á intentar prenderlo, pagando bien cara su errónea creencia.

Pacheco, sin mas armas que un freno, se en cargó de probarles que siempre era el mismo.

—Vámonos de aquí, por Dios, solia decirle Juanita—vámonos á otra parte pues aquí te vá á suceder una desgracia.

—Todavía no, contestaba Pacheco, porque ván á creer que me voy de miedo, y eso no puede ser.

Yo no me voy de aquí hasta no haber castigado á ese bandido que me han echado por bueno—para irse siempre ha de haber tiempo, y si la cosa apura, ahí está el coronel Lopez que me ha de tender la mano.

Así siguió el buen paisano, viviendo en medio de las trampas que se le tendian á cada paso, y perseguido de una manera intolerable ya.

Este vió la desconfianza y la duda pintada en algunos semblantes, pero se hizo el desentendido, prometiendo sacarlos de duda en la primera oportunidad que se ofreciera.

Tenia la conciencia de su proceder, y poco le importaba la momentanea creencia de los demás.

Las carreras y los juegos siguieron tranquilamente, tomando Pacheco una parte activa en todas ellas, hasta llegar á juntar una buena suma de ganancia.

Amaya por su parte, fué á contar lo sucedido, diciendo que habia corrido á Pacheco, siéndole imposible pelearlo porque habia concluido por esconderse en la pulperia de Luro.

Pocos fueron los que se tragaron la narracion de Amaya—sin embargo algunos la dieron como cosa hecha, diciendo que antes

Pacheco hacia aquellas hazañas valido de que era sargento de la partida, pero que una vez que dejó de serlo, el hombre se habia mostrado una maula.

El alcalde de la tunda se habia mejorado, y aunque con mucho recato y acompañado de dos policianos, espiaba sin descanso los pasos de Pacheco, para aprovechar la primera ocasion que le deparase la suerte.

Así pasaron veinte dias, desde la aventura de Amaya, sin que ningun suceso extraordinario tuviese lugar.

En este tiempo se anunciaron otras carreras que debian de tener lugar en el Vecino, aunque no en la pulperia de Amaya como las anteriores.

Pacheco aprontó sus caballos y se preparó á asistir á aquellas carreras, en la esperanza de ganar un poco de dinero que le hacia falta, pues pronto pensaba mudar de campo y de partido, y algunos gastos iba á tener que hacer para instalarse de nuevo.

La vispera del dia fijado para las carreras, dijo á Juanita.

—Para que el viaje sea mas descansado, hoy voy á hacer noche en lo del amigo Luro, y así mañana temprano los animales estarán frescos y voy á poder correr sobre seguro.

—Tené mucho cuidado, Felipe, le respondió Juanita, mirá que te tienen ganas y te han de soltar muchas carnadas.

Mas bien hacete el desentendido y dejalos con las ganas.

—No tengas cuidado que Dios me ayuda, respondió Pacheco—además me tienen miedo y solo borrachos se pueden meter conmigo, y ya sabes que á los borrachos yo no les hago juicio.

Puso en seguida su hoja recortada de sable entre las caronas, se acomodó la daga en la cintura y se puso en camino al tranco de sus caballos.

En la pulperia de Luro habia muchos paisanos que como él habian ido á hacer noche, y entre los que se hallaban varios de los que presenciaron su encuentro con Amaya.

Cuando él llegó, todos se ocupaban en comentar aquella aventura, segun sus creencias.

Como no se apercibieran de la llegada de Pacheco; los comentarios siguieron hasta que este los interrumpió diciendo:

—Es cierto amigos que Amaya me ha insultado y me ha corrido, valiéndose de que estaba borracho, pero como en el mundo andamos, alguna vez yo lo he de encontrar fresco, y entonces será otra cosa.

Ahora, concluyó, si alguno de ustedes cree que yo puedo tener miedo, que lo diga con confianza que bien pronto se puede desengañar.

Los paisanos se disculparon como mejor pu-

dieron, y siguió la reunion en la mejor armonía de este mundo.

Algunos pasaron la noche tocando la guitarra y jugando á los naipes, por poco interés, mientras los mas se fueron á acostar para estar descansados al otro dia.

Muy de madrugada dieron de comer á los caballos y empezaron á hacer sus aprestos para irse al punto donde debian efectuarse las carreras.

Ya estaban algunos por montar á caballo, cuando llegó á la pulperia un nuevo personaje, cuya presencia causó una verdadera inquietud entre los paisanos que se preparaban á partir.

Era nada menos que el bandido Amaya, que llegaba de paso para las carreras, y que al parecer venia fresco.

—¿Que dice la buena gente? preguntó con aire jovial mientras ataba su caballo al palenque—parece que se prepara para las carreras de hoy, eh?

—Ya lo vé amigo respondieron algunos paisanos, todos los que estamos aquí pensamos dar cuatro riendas, y si usted vá para allí iremos juntos.

Amaya tendió su vista entre los paisanos que allí habia encontrándose de repente con la altiva mirada de Pacheco, que recostado sobre el caballo que iba á montar, lo contemplaba sonriendo, con marcada espresion de triunfo.

Al ver á Pacheco Amaya palideció de una manera intensa, mirando hacia su caballo como si vacilara entre quedarse ó mandarse mudar.

—Yo iré mas tarde, respondió, ahora voy á ver si tomo una copa, porque desde ayer á la tarde no he podido ni siquiera enjuagarme la boca con un poco de caña, siquiera.

—Pulpero! gritó, caminando hacia la reja de la pulperia, sírvame un azumbre de ginebra que ando con una sed que reviento, y un poco de mal de flato.

Al oír esto Pacheco se retiró del lado de su caballo y caminó hácia la pulperia, llegando á la reja al mismo tiempo que Amaya estiraba la mano para tomar el vaso de ginebra, vaso enorme, con cuyo contenido podian embriagarse dos buenos bebedores.

—Perdone amigo, le dijo impidiendo que agarrara el vaso—antes que tome esa copa y para que le haga mejor provecho, es preciso que yo le diga una cosa.

Amaya palideció hasta quedar lívido, y balbuceando repuso.

—Puede hablar sin reparo, amigo, que su palabra nunca estará de más.

Los paisanos estaban sobrecogidos, presagiando algo de terrible que iba á tener lugar

entre aquellos dos hombres que debian odiarse á muerte.

—Es el caso, dijo Pacheco con un reposo siniestro, que ahora cosa de veinte dias y en esta misma casa, usted me insultó y me puso como lana de oveja negra.

Como usted andaba divertido yo prudencí, pero usted creyendo que le tenia miedo, sacó la daga y me atropelló.

Como yo no sé pelear con borrachos, llegué hasta disparar y meterme dentro de la pulperia, lo que le ha dado motivo para andar diciendo por ahí que usted me ha hecho banco.

Si eso lo prudencí entónces porque usted estaba tomado, siguió diciendo Pacheco de una manera cada vez mas amenazadora, fué contando con agarrarlo fresco algun dia.

Ahora que parece que lo está, y antes que tome su ginebra, voy á probarle que ningun bandido me hace á mi banco, aprovechando que aquí están algunos testigos de entónces.

Amaya, trémulo por el espanto y con los ojos horriblemente dilatados, guardó silencio mirando alternativamente á Pacheco y al vaso de ginebra.

Al cabo de un buen rato, respondió con toda humildad y sin alterarse ni alzar la vista:

—Yo no me acuerdo amigo de todo lo que usted me dice—puede ser que tomado haya podido hacer ese desatino, como hubiera hecho cualquier otro, pero le aseguro que lo he hecho tan sin intencion, que no me acuerdo una palabra.

—Poco me importa que usted se acuerde ó nó replicó Pacheco, riendo de una manera despreciativa—el caso es que lo que yo acabo de decir ha sucedido, puesto que aqui mismo hay testigos, como que usted se ha andado jactando en todas partes, y ahora que está fresco es preciso que me desagravie, porque como hay gente para todo, no ha faltado quien crea que usted es capaz de hacerme banco á mí.

—Pues amigo, respondió Amaya, yo no me acuerdo de nada—si he hecho todo eso, ha sido como usted lo ha dicho, borracho, y ya sabe que los borrachos no son responsables—yo le pido disculpa porque nunca he tenido intencion de ofenderlo y lo convidó á que tomemos juntos la copa del olvido.

—Eso será mas tarde, y la tomará el que quede, contestó Pacheco, porque ahora nosotros vamos á pelear, para que no quede duda de que usted no es capaz de hacerme banco, ni aunque vuelva á nacer con dos corazones en lugar de uno.

—Yo no peleo con usted, repuso Amaya de una manera decidida—yo no peleo con usted porque, aunque yo no soy su amigo, lo respeto como hombre y nunca he tenido intencion de ofenderlo, ni la quiero tener.

—Pues amigo, concluyó Pacheco saliendo hacia el patio de la pulperia, es preciso que usted pelee, y no hay mas remedio, va á pelear porque sinó yo le voy á pegar de azotes.

—No peleo con usted ni aunque me degüellen, replicó Amaya con ademan casi de súplica—ni usted me ha de castigar como dice, porque yo sé que es hombre generoso, y la prueba es que no me ha hecho caso cuando dice que lo insulté borracho.

—Pues amigo, contestó Pacheco riendo ya como si le hicieran cosquillas, usted es mas cobarde que una mujer y no vale la pena de que yo hable con usted.

—Lo que usted quiera, dijo Amaya, pero no peleo con usted.

Delo todo á olvidado y tomemos la copa de la amistad.

—Yo no tomo la copa con cobardes, porque me daría asco, ni me vuelva á llamar su amigo porque me ofende.

—Que le hemos de hacer! terminó Amaya, echándose al gañote de un trago, el contenido del vaso, para pasar el susto—pero con usted yo no peleo.

Ahí tienen ustedes, dijo Pacheco dirigiéndose á los otros paisanos.

—Este es el hombre que á mi me habia hecho banco, borracho, y fresco no lo puedo hacer pelear, aunque le saque las lonjas á azotes! ¿qué les parece á ustedes, á ustedes los que creían que esto entrase en lo posible?

Los paisanos no contestaron una sola palabra, impresionados con lo que acababan de ver.

Pacheco volvía á recuperar su antiguo crédito, con usura.

Amaya era un bandido famoso, cuyo valor nunca se habia desmentido y desde que él confesaba tener miedo á Pacheco, aguantando todo lo que este le habia dicho, es porque realmente Pacheco debia ser un tigre, á quien solamente estando uno borracho, se le podia faltar al respeto.

Ahora estoy satisfecho, dijo, porque por mas que esa maula suelte panes, ustedes contarán lo que han visto.

—Yo siempre he de decir lo que me han

oido aquí, gritó Amaya, pidiendo otra copa, que no peleo con usted, porque lo respeto como hombre.

Y estaba tan dominado por el miedo, que hubiera sido capaz de sufrir de Pacheco, hasta una rebenqueadura.

Este montó á caballo, y arriando sus pareseros, se alejó al tranquito, sin volver á mirar á Amaya que le gritó.

—Adios amigo—y lo llamo amigo porque alguna vez hemos de serlo aunque usted no quiera.

Pacheco ni contestó y ni siquiera dió vuelta el semblante.

Los paisanos quedaron mirando á Amaya como quien vé visiones.

—¿Y que me mirarán? preguntó este, que á medida que se alejaba Pacheco y sentía los vapores de la ginebra iba, recuperando su habitual ferocidad.

—No hay mas que un Pacheco en el mundo, y por consiguiente, fuera de él, el que quiera algo conmigo, puede ir cantando el punto; hoy me siento con entrañas pará pelear hasta con el mismo diablo.

Los paisanos no contestaron; concluyeron de arreglar sus caballos y se fueron alejando en la direccion que habia llevado Pacheco.

Amaya quedó allí solo, tomando su cuarta azumbre y haciendo comentarios sobre lo que habia sucedido y dudando de que él ni aún borracho, pudiera haber hecho lo que Pacheco habia dicho.

Pacheco llegó al punto de su destino y no volvió á preocuparse mas de lo que le acababa de suceder con Amaya.

Demasiado sabia que los paisanos que quedaron en lo de Luro habian de referir la aventura con la exageracion del caso.

Pero estaba escrito que aquel dia no habia de concluir como habia empezado, pues la autoridad era la encargada de ponerle en el camino todo género de trabas.

Veremos esta nueva aventura que vino á definir por completo, el camino que habia de seguir desde entonces aquel hombre, que tantos servicios prestara á la justicia que hoy lo perseguía de una manera tan cobarde.

## UN AMPARO DE LÍNEA

Entre las personas que estaban en la fiesta, se encontraba un tal Rodriguez, compadre de Pacheco, hombre de malas entrañas y bravo como las armas.

Era el único hombre capaz de medirse con Pacheco, cuchillo en mano, sin saberse de que parte estaba la ventaja.

El compadre Rodriguez conservaba una buena amistad con el Tigre, pero esta era solo una amistad finjida.

Habia quien aseguraba que Rodriguez odiaba á Pacheco á muerte, y que si ya no lo habia peleado, era porque no se tenia suficiente confianza.

Todas esas *visteadas* que hace Rodriguez, decian, es para hacerse en el cuchillo como una luz y ver si puede matar á su compadre.

Este conocia perfectamente lo que de su compadre se decia, pero lo echaba á la broma no creyendo que quien tanto cariño le demostraba, estuviera estudiando la manera de djuntarlo sin peligro alguno.

—De todos modos, decia, mi compadre Rodriguez es un hombre como cualquier otro, y si se me viene encima trataré de aguantarlo, pues al fin y al cabo me he hamacado en mi vida con otros que por lo menos valian tanto como él y á quien él mismo no se les hubiera atrevido.

El origen de este ódio secreto, segun decian era que, cuando Pavon el sargento Pacheco habia ido á la estancia de Rodriguez á sacar caballos, en cumplimiento de la órden de su comandante, juez de paz.

Rodriguez rogó á Pacheco, agregaban, que no le llevara ningun caballo, pero Pacheco era incorruptible para cumplir las órdenes que recibia, pidió mil perdones á su compadre y se llevó el menor número posible de caballos.

—Vaya reclámele á don Miguel si necesita los caballos, le dijo—mire que él es un hombre humano y servidor, y tal vez consienta en devolvérselos.

Pero Rodriguez no hizo caso del consejo—entregó los caballos sin decir una palabra y se la juró á su compadre.

—Algun dia, dijo cuando aquel se hubo alejado; algun dia has de dejar de ser autoridad, y entónces hemos de arreglar cuentas.

Te he de dar una puñalada por cada uno de los caballos que me llevas.

Desde entónces se le veia canchar y *vistear*

en todas partes, como si quisiera llegar á ser un consumado tirador de cuchillo.

El disimuló su ódio y su deseo de venganza hasta engañar al mismo Pacheco, que lo tenia por uno de sus buenos amigos.

—Mira Felipe, sabia decirle Juana y muchas veces la misma Justita—no te fies de Rodriguez, porque cuando tú no lo ves te mira con un modo que hace dar miedo, parece que tuviera deseos de matarte.

—Adios diablos! contestaba Pacheco riendo—ya dieron oidos á las habladurias de los que parecen envidiosos de vernos tan amigos con mi compadre.

Ya les he dicho que Rodriguez es mi mejor amigo y que tengo en él ciega confianza.

—Quiera Dios que no te arrepientas de tu confianza ciega, decia Juana insistiendo, á lo que Pacheco le contestaba.

—La confianza no puede perderme porque mi compadre es incapaz de pegar á traicion, si hay algo entre nosotros será frente á frente y ya sabes que con un cuchillo en la mano sé tener á raya á los mas toros—con que no se hable mas de esta pavada, que al fin y al cabo me fastidia, pues creo que lo que buscan es que yo me pelee con mi compadre y quitarme así un buen amigo que puede serme útil en la ocasion.

Este era el origen del ódio y deseo de venganza que atribuian al compadre Rodriguez, abrigar contra el compadre Pacheco.

Los compadres se encontraron en aquella fiesta, y se saludaron con la afabilidad de siempre.

—Ya lo veo, compadre Pacheco, dijo Rodriguez, con sus caballos muy gauchitos y con facha de ganadores.

—No sea burlon compadre, contestó Pacheco—todo es porque le digan que viene montado como un gobierno!

—Ah! hijo de mi alma! agregó Rodriguez, como si no supiéramos aquí quien es su tordillo! deje no más, que algun dia le hemos de correr á ese tambien! para todos he traído este dia!

—Cuando guste, compadre, concluyó Pacheco, ya sabe que por eso no nos hemos de enojar ni perder nuestra vieja amistad.

Y los dos compadres se retiraron á acomodar sus parejeros y ver si podian encontrar con quien arreglar una carrera ventajosa.

Quando Rodriguez se hubo perdido entre el paisanaje, se acercó á Pacheco un jóven gau-

cho de hermosísimas facciones y semblante varonil.

—Permitame amigo Pacheco una palabra, dijo el jóven—lo incomodo porque vale la pena y porque tal vez á eso solo he venido á estas carreras.

—Cuantas usted guste, amigazo! contestó Pacheco, yéndose con el jóven á un sitio apartado, de donde nadie podia escuchar lo que hablaran.

—Tengo que decirle, amigo, empezó el paisano, que no debe descuidarse este dia.

—Y qué desgracia puede amenazarme? preguntó Pacheco riendo con toda inocencia, á mí solo la justicia me detesta, porque así le dá la gana, pero felizmente no tiene como hacerme nada.

—Tal vez sí y tal vez nó, siguió diciendo el jóven, aquí ha venido hoy un hombre á cumplir una venganza por cuenta propia y otra al parecer por cuenta de la autoridad.

—La segunda no me sorprende, contestó Pacheco, pero la primera sí, ¿quién diablos puede tener que vengarse de mí?

—Un hombre que lo ódia de alma, respondió el jóven—sabiendo que le anda con ganas, le han encargado que le dé una buena puñalada bajo promesa de echarle tierra al asunto y hasta darle plata si se la pega bien.

—Y quién es ese guapo que cree una cosa tan fácil darme á mí una puñalada?

—Quien menos lo sospecha usted—ese hombre con quien acaba de estar conversando tan amistosamente.

—Mi compadre Rodriguez?

—El mismo, concluyó, el paisano—yo se lo prevengo á usted porque se lo he oido decir á él mismo agregando:

—Como si yo necesitara paga ni ofertas para sacar del medio á esa maula!—lo he de matar para que me pague los caballos que me llevó, y mejor todavia si su muerte aprovecha á algun otro que no se le anime porque le tenga miedo!

Pacheco quedó profundamente pensativo—era la primer vez que daba crédito á lo que se le decia de su compadre Rodriguez y este nuevo desencanto pesaba sobre él como una verdadera desgracia.

—Entónces, dijo, es verdad que no hay nada bueno sobre la tierra? es decir que uno no puede vivir seguro ni bajo el rancho de su mismo hermano?

Ah! Márcos, Márcos! concluyó—ese es el único amigo que he tenido yo en la vida, y una lágrima como un garbanzo rodó sobre su pómulo y fué á perderse en medio de su barba.

—Muchas gracias amigo, dijo estrechando la mano del paisano que le habia dado la noticia. Yo debia ir á castigar la falsía de ese mal

hombre, pero he jurado no buscar nunca peleas, ni aun que ellas me salgan al camino.

Me guardaré de ese hombre, porque al fin y al cabo tengo hijos, pero quiera Dios que algun dia no se me acabe la paciencia!

Y los dos se separaron, Pacheco en direccion á los grupos donde se estaban armando las carreras, y el paisano del aviso en otra direccion.

Parecia pesaroso de lo que puñera suceder á Pacheco, quien á su vez pensaba:

—Qué interés puede haber tenido aquel mozo en avisarme? yo no lo he visto nunca, no me acuerdo de su cara, y sin embargo en su palabra se nota por mí cierto cariño—quiera Dios que se haya equivocado!

—Con aquel mancarron tordillo que está allí, dijo acercándose al primer grupo, corro hasta mil pesos con el que quiera—no respeto tiro ni caballo.

Los paisanos que componian el grupo miraron á Pacheco y sonrieron amistosamente.

—No hemos traído pareja para esa fior, dijo uno de ellos,—me parece don Felipe que lo que es hoy se vuelve sin ver correr á su pingo!

—Pero hombre! exclamó Pacheco—es posible que le tengan miedo á un mancarron como este? y á qué diablo vienen ustedes á las carreras? ya no son tiempos de correr, á la fija.

—Es que tampoco queremos perder á la fija, contestó otro paisano, y por eso mismo no le corremos.

Este diálogo dió márgen á unas cuantas bromas mas ó menos picantes, que cada cual aceptó alegremente.

Al grupo primitivo se fueron agregando otros paisanos, pero ninguno de ellos tuvo pareja para el tordillo.

—Lo correré á la tarde, dijo Pacheco, pues no es posible que así no mas le tengan miedo á un pobre mancarron que no puede con su alma; y se fué á hacer sus paradas en las carreras que ya se habian organizado y empezaban á correrse.

—Pago cien pesos al zaino! gritó Pacheco, siendo contrario de aquel un overo azulejo de hermosas formas.

En el acto encontró quien le tomara la parada, por lo que volvió á gritar:

—Voy quinientos pesos mas al zaino!

—Pago, con otros quinientos maneados, le gritó el compadre Rodriguez, que habia estado jugando al azulejo.

—Entre compadres no se juega plata porque es de mal agüero, contestó Pacheco, y además voy jugando á la fija, porque ese saino no puede mentir la laya de bueno que tiene.

Iba Rodriguez á insistir, alegando que toda la plata era lo mismo, cuando el saino llegó á la raya, llevando medio cuerpo de caballo.

Mientras se corria la otra carrera, Pacheco volvió á desafiarse con su tordillo, el tiro que quisieran y la suma que les pareciera mejor.

—Yo tengo pareja para ese, contestó Rodriguez—correremos diez cuadras por mil pesos.

—Con usted no corro, compadre volvió á responder Pacheco porque soy muy agorero y dicen que entre compadres no se debe nunca jugar un medio.

Rodriguez medio amostazado contestó una impertinencia, pero en esto vino la segunda carrera y la cosa no pasó adelante.

En esta carrera como adversarios un pangaré y un alazan tostado de fea facha, pero delgado de cuerpo y muy fino de manos.

—Alazan tostau, primero muerto que cansau! gritó Pacheco—quinientos pesos al alazan!

Aunque Rodriguez habia empezado á jugar al pangaré, no quiso tomar la parada á Pacheco, á quien no faltó con quien hacer la apuesta.

El alazan ganó tambien esta carrera, con gran rabia de Rodriguez que pagó lo que habia perdido, sin decir una palabra.

—Está visto compadre, dijo Pacheco, que usted no es feliz contra mi mano.

—Corra el tordillo compadre, y verá si soy feliz, contestó este, pero Pacheco se rehusó terminantemente.

Como él no sabia el caballo que lo desafiaba, lo prestó á otro paisano para que hiciera carrera por su cuenta, y Pacheco cayó en el lazo—armó carrera por mil pesos, á quince cuadras.

Las paradas por el tordillo eran muchas, porque Pacheco tenia mucho prestigio como carrerista y hombre de suerte, pero no faltó quien jugara récio al lobuno, que era el caballo de Rodriguez, incluso este, que jugó hasta la camisa.

La suerte siguió protegiendo á Pacheco, que ganó esta carrera por mas de una cuadra y sin castigar.

Cuando supo que el lobuno era de su compadre, tuvo una verdadera pena, pues lejos de alejar de aquel todo mal sentimiento, como habia pensado, no habia hecho en todo el dia, aunque sin quererlo, sino avivar los sentimientos de venganza de que habia sido poseido su compadre.

Tal contrariedad experimentó, que se retiró sin querer jugar un centavo mas en ninguna de las carreras que se siguieron, que fueron mas de seis.

—No quiero volver á ganar á mi compadre, pensó, y apresurar la determinacion que con respecto á mi pueda ya haber tomado.

Se retiró á los fogones donde los que habian perdido hasta el último medio empezaban á armar asados ó á calentar agua para

tomar mate, como consuelo de la mala suerte que habian tenido.

Allí estuvo conversando todo el resto de la tarde, hasta que terminaron las carreras y se armó la cena en los fogones, á la que mas tarde siguió las partidas de monte, truco y punto.

Rodriguez se acercó al fogon donde estaba Pacheco, y lo felicitó cordialmente por lo bien que le habia ido.

—Y á fé, concluyó, que me ha ganado mi mejor carta, el lobuno, con el que, francamente, no hubiera creido perder.

—Yo he sentido mucho, compadre, contestó Pacheco, porque no queria correr en su contra, y tanto me disgustó eso, que me retiré de las carreras.

—Y yo se lo agradezco compadre, añadió Rodriguez, porque en cuanto usted se retiró se cambió mi suerte y no solo he desquitado lo que habia perdido, sino que he salido ganando algunos pesos.

—Pues me alegro mucho, caramba, contestó Pacheco, porque así no me remorderá mas la conciencia de haberle ganado á un compadre—cambiemos plata, quiere?

—Pues cambiemos de plata, contestó Rodriguez, y los dos compadres cambiaron la cantidad que Pacheco habia ganado contra el lobuno.

Tan amistoso y alegremente estuvo conversando Rodriguez, que Pacheco llegó hasta desconfiar de lo que aquella mañana le habia avisado el jóven desconocido.

—Si es imposible, se dijo, que mi compadre haya pensado en matarme—seria cosa de dudar hasta de la misma sombra de uno!

Y era verdad aquello? Rodriguez se habia arrepentido, tenia miedo ó esperaba mejor ocasion?

Esto es lo que vamos á ver mas adelante.

Los paisanos pasaron la noche de claro en claro, jugando á los naipes, y destripando algunas botellas de inocente ginebra marca la llave.

Al otro dia muy de madrugada empezaron á ponerse en camino para sus diferentes pagos, alegres, aquellos á quien la suerte habia protegido: y tristes y meditabundos los que habian perdido hasta las ganas de conversar.

En uno de los primeros grupos que salieron iban Pacheco, su compadre Rodriguez y el jóven desconocido que habia dado el primero tan importante aviso y que habia empezado á chocar á Pacheco, creyendo que de puro lengua larga le habia ido con aquel cuento.

—Si me ha engañado pensaba le voy á fregar, porque le voy hacer tener un careo con mi compadre.

Despues de un buen rato de marcha al tranco, y por mocion de Rodriguez, tomaron



un descansito sentándose al lado de un improvisado fogón, donde se pusieron á tomar mate.

De pronto el compadre Rodriguez que se habia quedado algo pensativo se dirigió á Pacheco y le dijo:

—Compadre, tengo que pedirle un servicio, que aunque vá á costarle mucho, espero no me lo negará por la amistad que nos une.

—Hable con confianza, compadre, repuso Pacheco, ya sabe que para los amigos no tengo nada reservado y que por el contrario me gusta hacer un servicio cuando viene á pelo.

—Es el caso compadre, respondió Rodriguez, que su tordillo me ha enamorado á reventármeme la yel y espero que usted me haga el favor de vendérmelo.

Pacheco quedó un momento en silencio, como quien siente realmente la respuesta que vá á dar, al cabo del cual repuso.

—Lo siento en el alma compadre, pero en esto no le puedo hacer el gusto.

Este caballo como es mansito y de confianza, es de la silla de mi hijo el mayor.

Para él lo arrociné, á él se lo he regalado y ya vé que no puedo disponer de él.

—No importa compadre, insistió Rodriguez, yo le daré lo que por él pida, y además otro caballo de confianza para la silla del chico.

—No puedo compadre, vea lo que le digo y me hallará razon—pídame lo que quiera, todos mis caballos están á su disposicion, pero este no es mio y no puedo disponer de él, porque el chiquilin es capaz de llorar un año entero.

El jóven de por la mañana guiñó el ojo á Pacheco como quien dice, ¿no se lo avisé yo? y Rodriguez siguió insistiendo.

—No se empuerque en un caballo, compadre, hasta ofender á un amigo, véndame el tordillo y yo le daré otro.

—Compadre Rodriguez, dijo Pacheco poniéndose sério—no insista mas, porque me duele en el alma negarle un caballo—pídame lo que quiera, ya le he dicho, que no se lo venderé, tendré gusto en regalárselo, pero el tordillo no puedo—es de mi hijo.

—Es el caso, contestó Rodriguez poniéndose muy pálido, que se me ha puesto que vd. me va á vender el caballo, á buenas ó á malas, pero el tordillo me lo llevo yo.

—Compadre, respondió Pacheco serenándose á medida que veia acercarse el peligro, usted no está mal de la cabeza, ¿por qué hace, pues, estas cosas? Le he dicho que no puedo vender el caballo, no insista tan fiero y ceda.

—Yo no cedo, contestó Rodriguez poniéndose de pié, ó me vende el tordillo ó se lo quito á puñaladas.

—Pues ni de un modo, ni otro, replicó Pa-

checo parándose tambien, y confiese que este solo es un pretesto que usted busca para pelearme, y ver si puede darme una puñalada que ha vendido ya.

—Pretesto ó no, contestó Rodriguez lívido de corage, saque maula su daga que lo voy á charquear á puñaladas por puercio.

—Yo no saco la daga, replicó Pacheco, porque usted es muy poca cosa para obligarme á tanto—para un maula como usted me basta esto.

Y se enrolló en la mano la lonja del rebenque, dispuesto á servirse de su pesado cabo de plata.

—Pues peor para usted, su trompeta, concluyó Rodriguez, porque lo voy á matar sin ningun asco, y cargó sobre Pacheco con una verdadera lluvia de puñaladas.

Pacheco se echó atrás con su habitual rapidez, haciendo con el rebenque un molinete á donde fueron á morir todas aquellas puñaladas.

—Ya vé compadre, le decia, mientras paraba los golpes, ya vé que usted es muy poca cosa para mi.

—Todavía no me has muerto cobardazo! gritaba Rodriguez, que habia perdido la calma al ver que no podia llegar una puñalada al pecho de su adversario—todavía no me has muerto y vas á ver con quien te has metido.

Y multiplicaba sus golpes de tal manera, que hubiera sido imposible pararlos á cualquier otro que no hubiese sido el tigre Pacheco.

Este, imperturbable, evitando los golpes de su adversario, se reia de los visages que el despecho de la impotencia hacia hacer á su compadre.

—Todavía está en tiempo, compadre, le decia, puede retirarse porque todavía no me he enojado.

Pero este, que en aquella lucha habia comprometido su reputacion, su amor propio y su odio antiguo, combatia cada vez con mayor encarnizamiento, dejando ver el gran deseo que tenia de atravezarlo de una puñalada.

—Ya para chacota esto es largo, dijo por fin Pacheco, cuando creyó haber demostrado á los demás que si no hacia nada á su compadre era porque no queria.

Para chacota es bastante; retírese compadre sin obligarme á que le pege unos rebencazos.

—Tomá rebencazos! gritó Rodriguez aprovechando un descuido de Pacheco, y se tendió en una puñalada de muerte.

Pacheco apenas tuvo tiempo de dar un rápido salto de costado, pero ya el puñal de Rodriguez habia penetrado mas de dos pulgadas en su hombro derecho.

El dolor de la herida y la vista de su propia sangre, hicieron cruzar un relámpago de ira por el espíritu de Pacheco.

Dió vuelta la mano derecha y dió con el cabo del rebenque un golpe terrible sobre la cabeza de su compadre.

Este vaciló un momento, lanzó un rugido de dolor y ríbia, y se lanzó con una nueva y frenética puñalada, ya sin cubrirse y tan solo por el ánsia de caer dando un golpe de muerte, pero Pacheco lo contuvo con un nuevo y terrible rebencazo, que esta vez lo postró en tierra con el cráneo hecho pedazos.

—Siento mucho, dijo, siento en el alma; pero mi compadre lo ha querido así.

Tal vez esto le sirva de leccion en adelante y no ande queriendo comprar donde no venden.

Y montó en seguida á caballo y se alejó de allí, despues de haber estrechado la mano del jóven que le llevó el aviso, mientras los otros paisanos quedaban allí atendiendo al herido.

Apenas llegó á su rancho contó á Juanita lo que le habia sucedido, añadiendo que ya estaba convencido de no poder vivir mas en el Moro.

—Tanto me van á comprometer y tanto me van á calentar, que tengo miedo vayan á sacarme un dia de mis cabales y obligarme á hacer lo que no quiero matando dos ó tres de estos inservibles.

—Cuanto antes mejor, respondió Juana—ya te he dicho que el dia mas feliz para mí, será aquel en que me anuncies que nos vamos á otra parte.

Aquí yo tengo un miedo espantoso; se me figura que uno de estos dias te van á traer muerto, y el horror me gana hasta el punto de hacerme temblar.

—Pues sé feliz mi Juana, porque estoy decidido á mandarme mudar; al fin ellos son justicia, pueden mas que yo y tarde ó temprano pueden jugarme una mala pasada.

—Y cuando nos vamos? preguntó Juanita.

—Mañana mismo salgo á buscar campo, replicó Pacheco y en cuanto lo consiga te juro que levantamos campamento.

Juanita quedó alborozada con aquella noticia.

En el Moro vivia en un eterno sobresalto.

A cada momento creia ver su casa asaltada, cuando Pacheco estaba adentro, y si este estaba afuera, se lo pasaba divisiando el campo, pues temia que le trajeran su cadáver.

Así es que en aquella noticia vió su futura tranquilidad, sin sospecharse la pobre que recién empezaba la desgracia á cernirse sobre su cabeza.

Pacheco, rendido por las pasadas fatigas, se recostó con intencion de levantarse á comer un rato despues, pero vencido por el cansancio, al momento se quedó profundamente dormido.

Estaba recién por anochecer, cuando lo des-

pertó Juanita, anunciándole que un desconocido queria hablarlo.

—Y qué clase de hombre es? preguntó Pacheco, buscando instintivamente á la cabecera, la daga que se habia quitado para dormir.

—Es un paisano jóven y de aspecto simpático, contestó Juanita—me ha pedido te diga que es el mismo que te dió el aviso en las carreras.

Pacheco soltó la daga que ya habia empuñado, y de dos saltos estuvo á la puerta del rancho.

—Adelante amigo y Dios lo guarde, dijo al jóven que aún permanecia á caballo.

—Tengo que hablarle una palabra, replicó este echando pié á tierra y acercándose, y lo he hecho despertar porque creo que le conviene saber pronto lo que voy á decirle.

Juanita sacó dossillas bajo el alero, donde sesentaron los dos paisanos, y fué á preparar un mate para obsequiar al recién venido.

—Es el caso, dijo este, que sucede algo del diablo que es preciso que usted sepa, por lo que le convenga y para que vaya montando á caballo sin perder tiempo.

—¿Y qué nueva desgracia puede amenazarme, amigo? preguntó—se han propuesto desespararme ó quieren á toda costa concluir conmigo?

Caramba! concluyó, al fin me van á hacer perder todo miramiento y obligarme á quesalga yo mismo á buscar el desquite.

—Es el caso, dijo el jóven, que su compadre Rodriguez se ha ido al infierno, y de su muerte han dado ya cuenta al Juzgado.

—Pero como puede haber muerto mi compadre, preguntó asombrado Pacheco, si solo le he dado dos rebencazos?

—Es verdad, contestó el paisano, pero aquellos dos rebencazos han sido tales, que el hombre ha quedado con la cabeza completamente deshecha.

—Maldita sea mi suerte! gritó Pacheco—no hay duda que el diablo está metido en la bodega de perderme! son muy capaces de decir despues que yo lo he asesinado!

—No dirán tanto porque ha habido muchos testigos, pero le están armando á usted una de á peso.

—Todo sea por el amor de Dios, dijo Pacheco con aire resignado, puede hablar no mas amigo, que puede ser que algun dia tenga ocasion de volverle lo que por mi hace.

—Eso no hace al caso—apenas se hubieron convencido de que Rodriguez habia muerto, sus enemigos han ido al Juzgado y han armado un escándalo espantoso.

El Juez se puso como un ají y mandó al capitán de la partida que fuese á prenderlo en el auto, pero él no se animó diciendo que

—Todo sea por el amor de Dios, dijo Pacheco con aire resignado, puede hablar no mas amigo, que puede ser que algun dia tenga ocasion de volverle lo que por mi hace.

—Eso no hace al caso—apenas se hubieron convenido de que Rodriguez habia muerto, sus enemigos han ido al Juzgado y han armado un escándalo espantoso.

El Juez se puso como un ají y mandó al capitán de la partida que fuese á prenderlo en el auto, pero él no se animó diciendo que no tenia confianza en la gente, porque todos le tenian miedo.

—Parece que el Juez ha despachado ahora mismo dos chasques, pidiendo auxilio de gente miliciana á los partidos vecinos, jurando que lo ha de prender á usted aunque tenga que hacerlo pedazos.

Pacheco permaneció un largo rato entregado á sus reflexiones mas amargas, mientras el paisano tomaba el primer mate que le alcanzaba Juanita, que habia escuchado el final de la conversacion.

—Dos dias para ir y dos para volver, dijo Pacheco como hablando consigo mismo, son cuatro; antes de cuatro dias no pueden estar de vuelta, y con uno solo tengo yo tiempo para ponerme á salvo.

—Ya lo ves, mi Juana, añadió, dirigiéndose á su muger, la suerte empieza a golpearnos y vamos á tener que salir de aquí á media rienda.

—Cuanto antes, mejor, replicó la animosa mujer; por mí, podemos ponernos en camino esta misma noche y estaré mucho mas tranquila que quedándome aquí.

—Pues esta misma noche, concluyó Pacheco.

—Yo tengo un amigo en «Quequen Salao» que me ha de sacar de apuros.

Te pones en camino con los muchachos para allá, y yo mañana arrearé los animales, andando mas liviano.

—Yo nunca hago las cosas á medias, dijo entonces el paisano.

Al mismo tiempo que le traia la noticia me le venia á ofrecer y me alegro mucho de ver que puedo servirle de algo.

Yo guiaré la familia hasta el Quequen, hasta donde usted ños alcance y al mismo tiempo puedo ir arriándoles algunos animalitos.

Pacheco agradeció y aceptó la oferta con profunda expresion, y en el mismo momento se puso á hacer sus preparativos, con tal actividad que estos estaban terminados una hora despues.

Juanita y los muchachos montaron en los caballos mas mansos, llevando dos cargueros con las cosas de mayor necesidad.

Pacheco echó á fuera del corral los animales que creyó pudieran arriar aquellos, y los despidió, recomendándoles no perdieran tiempo.

El paisano montó á caballo y partió despues de indicar á Pacheco la direccien que iban á seguir, quedando este entregado á sus mas tristes reflexiones.

Al otro dia muy de madrugada echó por delante todos sus animales y se puso en camino tranquilamente.

La partida de plaza supo que Pacheco se iba, pero no se animaron á detenerlo.

—El ha de volver á buscar la familia, pensaron, sin saber que esta iba adelante, y entónces ayudados por el refuerzo le daremos el golpe.

Pero cuando aquel refuerzo llegara, Pacheco debia estar muy lejos de toda tentativa contra su persona y en sitio bastante seguro.

Dos dias despues de haber abandonado el Moro alcanzó á su familia, tomando rumbo hacia Quequen Salao, donde llegó sin ninguna novedad, poblando en un campo de propiedad del conocido estanciero señor Subiaurre.

Aquel jóven que le habia dado los dos importantes avisos, lo ayudó en su instalacion, retirándose en seguida al Moro, despues de haber prometido á Pacheco tenerlo al corriente de lo que sucediese con referencia á él y las medidas que se adoptasen.

—Ya nos quitamos de penas, exclamó Juanita, así que se vió lejos del teatro de las persecuciones. Ojalá nunca hubieras pisado el Moro!

—En el Moro no me ha ido mal, respondió Pacheco; lo que allí me ha sucedido me habria sucedido en cualquier parte, porque no se da un tropezon sin encontrar un mal hombre.

—Los jueces como don Miguel son garbanzos de á libra, Juanita; razon tenia el pobre Pedro Telmo en odiar de gracia á todo lo que era justicia.

—El caso es, dijo Juanita, que ya nos hemos quitado de penas y te verás libre de persecuciones.

—Te equivocas, por desgracia, contestó Pacheco amargamente; las desgracias han empezado recién á golpearme y dia llegará en que el campo me sea chico para huir, ó poco el tiempo para pelear con los milicianos que me salgan en monton á la cruzada, disputándose la presa, como si se tratara de bolear avestruces.

Yo me he hecho de muchos enemigos, cumpliendo con mi deber, mi Juana, y ahora que no tengo padrinos voy á volverme puras pulgas, como los perros flacos.

Efectivamente, entónces habia estallado la guerra del Paraguay y Miguel Martinez de Hoz habia sido de los primeros en ofrecer á la patria su contribucion de sangre para aquella memorable cruzada.

Todos saben como cayó aquel bravo y no-

ble espíritu!—fue uno de los tantos héroes de aquella sublime epopeya.

Pacheco, pues, sabia que no tenia mas amparo que él mismo, y se aterraba ante su porvenir, no por lo que á él pudiera sucederle, sinó porque preveia que el dia menos pensado tendria que abandonar su familia y sus intereses á la suerte de los acontecimientos.

Sus temores no tardaron mucho tiempo en verse cumplidos.

Aquel mismo jóven que parecia destinado á darle los mas importantes avisos, llegó un dia con una noticia harlo pesada.

El Juez de Paz del Moro habia levantado un sumario, por el que aparecia Pacheco como un verdadero Tigre.

Las muertes de Almiron, Barraza, Morales, Cabrera y su compadre Rodriguez, aparecieron allí como asesinatos cometidos con toda cobardia y premeditacion.

Pacheco era un asesino feroz que debia ser puesto fuera de la ley, segun aquel sumario, para quien no habia castigo suficiente para castigar los delitos por él cometidos.

El mismo Almiron y aun Morales, aparecian allí como personas inofensivas y de vida honesta, para hacer mas repugnante el crimen de haberlos muerto.

Se habia pasado una circular á todos los Jueces de Paz de campaña pidiendo la captura de tan famoso bandido y asesino.

—Todo eso no me ofende, contestaba Pacheco, yo descanso en mi conciencia y no tengo porque arrepentirme, y si me persiguen sin cuartel, no me ha de faltar abrigo, gracias á mi Dios.

Pacheco pensaba en don Carlos Casares, que lo habia protegido y que lo conocia como un hombre honrado y bueno, como contaba con los hermanos de su comandante.

Pero todas estas personas estaban léjos y por allí no quedaba mas amparo que el que pudiera prestarle el coronel Lopez Osornio, hombre noble y lleno de prendas de corazon.

Cuando el portador de aquellas noticias se hubo ido, Pacheco llamó á Juanita y le dijo:

—Ha llegado el tiempo de hacerse perdiz, antes que quieran hacerme difunto, lo que seria una lástima porque para algo he venido yo al mundo.

—Y á donde vas á ir, por Dios, que estés mas seguro que aqui? preguntó Juanita bañada en lágrimas.

Dejate de andar rodando por el mundo, que demasiado has rodado ya.

Es preciso que pienses ahora en tu familia y en cuidar nuestros intereses, que aqui no han de venir á buscarte.

—Pobre de mi si tal consejo siguiera! contestó Pacheco.

No van á pasar muchos dias sin que veas

el rancho rodeado de alcaldes y toda clase de justicias, que vendrán á buscarme.

Si yo estuviera aquí entonces, como no me he de dar, tendria que pelear hasta morir, dando así el gusto á los que quieren verme hasta enterrado.

Pero nose han de ver en ese espejo, termino, yo me voy donde esté mas seguro, y de donde no puedan sacarme todos los justicias juntos.

Siempre he de venir á visitarte, lo mismo que te veia cuando era sargento de don Miguel, y ellos se han de dar con una piedra en los dientes.

Juana se puso á llorar amargamente, porque al irse Pacheco, se esponia á correr nuevos peligros, y porque quedando sola iba á vivir en una eterna zozobra.

Quien le diria que al saber que Pacheco no estaba allí, los que lo perseguian no tratarian de vengarse en su familia?

—Quiera Dios que á tu vuelta, dijo, no tengas que lamentar alguna desgracia sucedida á nosotros.

—Desgraciado del que se acercara á tu rancho con malos modos! exclamó Pacheco con la voz temblorosa por la emocion—pobre de él porque seria la única vez que mataria sin combatir, como se mata á un raton ó cualquier otro animal dañino.

Y habia en su expresivo semblante tal expresion de amenaza, que el menos tímido, al verlo, habria sentido una invencible impresion de terror.

Dos dias despues de esta conversacion, Pacheco arregló sus pilchas de viaje.

Estaba decidido á ir á pedir la proteccion del coronel Lopez Osornio.

Aquella despedida fué la mas triste, porque la separacion era motivada por la desgracia y el peligro.

Ellos se prometian verse muy pronto, pero pensaban que tal vez no volverian á verse mas sobre la tierra.

Pacheco hizo venir á todos sus hijos y se despidió de cada uno de ellos con una caricia y una promesa.

—Hasta luego muchachos! gritó arrancándose al encanto de verlos, hasta luego muchachos! repitió en medio de un gemido y saltando sobre su tordillo, y tomando el maneador del caballo que iba á llevar de tiro, se lanzó en una carrera vertiginosa, que no moderó hasta que no hubo perdido de vista el rancho.

Entonces detuvo su caballo, envió un beso en la direccion que quedaba su rancho, y tomó al galope largo hácia el campamento del coronel Lopez.

Tres dias despues y con los caballos reventados de cansancio, Pacheco llegaba al campamento del coronel Lopez Osornio, que creyó al principio iria en desempeño de alguna comision

—Que tal sargento? preguntó estirando la mano, como para recibir el pliego de que lo suponía portador ¿qué se dice de nuevo?

—Nada bueno mi coronel, ni traigo mensaje alguno para Usia.

Educado en el servicio, se puede decir, conocia perfectamente el tratamiento que se da baba á los gefes de alta graduacion.

—Y que novedad lo trae por aquí con los caballos tan cansados? preguntó entónces con alguna curiosidad y estrañeza.

—El deseo de servir con Usia, contestó Pacheco.

Don Miguel ha dejado el oficio de juez y se ha ido al Paraguay—yo ya no me puedo estar sin servir y como me he cansado de ser p<sup>o</sup>icia, me he dicho que tal vez Usia me quisiera para asistente, acordándome que otras veces me ha preguntado porque no me quedaba aquí.

La curiosidad se acentuó mas en el semblante del coronel al oír tales razones y se propuso investigar la causa de aquella rara determinacion.

—Está bueno, contestó, ya sabe que yo lo estimo y ha hecho bien en acordarse de mi.

—Es el caso mi coronel, agregó Pacheco dando vuelta el sombrero entre las manos, que yo tendria que decir algo á Usia, pero quisiera decirselo solo, sin que nadie escuchara.

El coronel hizo retirar algunos oficiales que habian acudido atraídos por la presencia de aquel paisano de tan vistoso y rico traje, y quedó solo con él.

Puede hablar con confianza, sargento, que solo yo lo puedo escuchar.

Pacheco refirió entónces, con esa sencillez tocante de lenguaje que caracteriza á nuestro paisano, todo lo que le sucedia desde que se fué Martinez de Hoz y cayó en desgracia con las nuevas autoridades.

—Como Usia me conoce, agregó, y ha tenido la bondad de ofrecérseme otras veces, he pensado en Usia y sin mas ni mas me he venido á pedirle proteccion y amparo, porque si me agarran van á cometer conmigo la mas carde de todas las venganzas.

—No tenga cuidado que aquí no ha de sucederle nada, contestó aquel digno gefe, despues de escuchar la triste narracion del paisano.

Conozco sus prendas por lo que he visto y por lo que me ha referido mi amigo Martinez.

Mañana mismo quedará dado de alta en la division á mis órdenes, y entónces nada podrán contra usted los jueces de paz que lo persiguen.

Pacheco vió el cielo abierto en aquellas palabras.

Es verdad que con aquel acto empeñaba su libertad de hombre en el presidio de un cuer-

po de línea, pero se veía libre de persecuciones y compraba de este modo la tranquilidad de su familia.

—Puede ir á la cuadra de mis asistentes, concluyó el coronel, y mañana nos ocuparemos de eso.

El coronel Lopez estaba contentísimo con la adquisicion que hacia.

Sabia que Pacheco era un soldado de ejemplar bravura, y en quien se podia tener una confianza sin límites.

—Me hecho una adquisicion de primer órden, dijo á sus oficiales, y narró á grandes rasgos algunas de las hazañas de Pacheco que le habia hecho conocer Miguel Martinez de Hoz.

—Es un soldado de aquellos que se hacen útiles á los cuerpos, y de los que un gefe no debe desprenderse nunca.

Al otro dia Pacheco fué dado de alta en la division del coronel Lopez, en su clase de sargento primero y destinado á la escolta de aquel gefe.

La alegria del honrado paisano no conoció límites.

Se veía seguro y con una posicion que no se habia sospechado, pues solo se habia atrevido á esperar que el coronel Lopez lo tomara simplemente como un asistente de confianza.

Y trató entónces de pagar aquella distincion haciendo un servicio irreprochable y observando una conducta de la que nadie pudiera tener la menor queja.

Su servicio era tan exacto y rígido, que no solo llamó la atencion al mismo coronel Lopez, sino á los oficiales mas indiferentes que decian:

—Este diablo es un veterano en regla, que parece, siendo tan jóven, formado bajo cincuenta años de servicio activo.

En los tres primeros meses que siguieron á la alta de Pacheco, tuvieron lugar dos fuertes invasiones de indios, una de las que puso en peligro á la fuerza que salió á batirlos.

En los dos combates se encontró Pacheco, sobresaliendo entre todos los individuos de tropa, no solo por su arrojo, sino por la arrogancia y malicia con que combatia.

Con los ocho hombres que componian la pequeña escolta del coronel, Pacheco logró cortar una punta de quince indios, matando cuatro y trayendo á su gefe once prisioneros. Entre los que figuraba el capitanejo Antenao.

Esta verdadera hazaña fué premiada con un regalo de veinte vacas de las que se tomaron á los indios.

Y hemos dicho que aquella fué una verdadera hazaña, pues en aquellos tiempos las fuerzas de la frontera tenian unas famosas carabinas que nunca daban fuego, teniendo

los soldados que servirse de ellas á guisa de garrotes.

Gracias á aquellas malditas carabinas fué esterminado en el fuerte General Paz un escuadrón del Regimiento 5º de caballería, que marchó en persecucion de una indiada, mandado por el noble y desgraciado comandante Heredia.

De estos soldados no volvió ni uno solo.

Heredia fué muerto con el último de ellos.

Las malditas carabinas, en el momento preciso, no dieron fuego.

Este es un drama sangriento que contaremos algun dia, pues es de los mas interesantes que conocemos.

Sigamos mientras tanto al novelesco Pacheco.

Aquellos dos combates en que tomó una parte tan interesante, le dieron gran fama entre sus compañeros de armas, que siguieron á llamarlo el Tigre, pues con este apodo lo conocian ya algunos de ellos.

Todo acaba en esta vida asendereada, y el comando del coronel Lopez Osornio terminó en aquella frontera, con gran pena por parte de Pacheco, que se veia espuesto á nuevos peligros.

—No se aflija sargento, le habia dicho el coronel.

Yo he de dejarlo recomendado de tal manera al gefe que me reemplace, que usted no tendrá porque echarme de menos.

Ya el Juez de Paz del Moro habia intentado reclamaciones por la persona de Pacheco, pero sus trabajos habian sido inútiles ante la decidida proteccion de aquel gefe.

Lopez Osornio cumplió á Pacheco fielmente su palabra, recomendando calorosamente al gefe nuevo, su sargento de mas crédito.

Por otra parte, la oficialidad le habia tomado tal cariño, que en ella no más tenia el sargento su mejor proteccion.

Pero el diablo, que de puro haragan suele mezclarse segun dicen en nuestras cosas, se manejó de modo que todo saliera contra las esperanzas del paisano.

Resultó que el nuevo gefe de frontera, aunque se daba por muy amigo, era un enemigo ignorado del coronel Osornio y mas enemigo aún de Martinez de Hoz, que acababa de caer victima de su arrojo y bravura, en los esteros del Paraguay.

Como no pudiera vengarse de ninguno de aquellos dos gefes, á quienes temia sin duda, empezó á desquitarse en sus leales servidores, siendo Pacheco la primer víctima, por ser el mas recomendado de todos.

Con gran asombro de los oficiales y sin ningun motivo de disculpara el hecho, Pacheco fué rebajado de su dignidad de sargento primero y pasado al cuerpo como último soldado.

Sabedor de esto el juez de paz del Moro, entabló de nuevo su reclamo y Pacheco fué remitido al Moro con una barra de grillos.

Aquella prision fué una especie de lenitivo para el pobre paisano, pues como en el campamento era victima de los mas bárbaros castigos y crueles injusticias, la vida empezaba á hacersele ya insoportable.

Así es que los dos últimos meses de su vida en aquel presidio de línea que habia buscado como seguro amparo, le hicieron cobrar un ódio mortal á la raza humana.

—Yo me he de vengar, dijo para si, al ser amarrado sobre un caballo, pero como se vengaran los hombres de entrañas, y despues de haber desmentido todos los hechos que se me acumulan.

Antes de ser engrillado pudo herir, pero no quiso hacerlo porque tenia conciencia de ser inocente y confianza en la justicia de Buenos Aires, á donde estaba seguro seria remitido acompañado de su voluminoso sumario.

## EL LADRON DE "LA CALDERA"

Pacheco fué traído á Dolores como el mas miserable de los criminales y metido sobre tablas á la cárcel de aquel pueblo, ocupada por criminales de toda especie, encausados los unos y condenados los otros.

El sumario que lo acompañaba arrojaba sobre él cargos como para que sin oirlo lo condenaran á muerte.

Con tales antecedentes Pacheco fué tratado de una manera tan cruel y rigurosa, que si

hubiera sido un hombre de otro temple de alma, hubiera muerto de pena.

Pero aquella naturaleza viril no se arrebataba ante ningun sufrimiento.

Tenia confianza en si mismo, sabia que era inocente, y su prision, segun él no podia durar mucho tiempo, pues el juez que entendia en la causa veia la injusticia que con él se habia cometido.

Pocos dias despues de estar en la cárcel, lo llamaron para que prestara declaracion sobre

los hechos que contra él atrojaba el sumario.

—Mañana salgo en libertad, pensó Pacheco, mientras lo conducían al despacho del Juez, creyendo el pobre que bastaría que él refiriese la sencilla verdad, para destruir todo aquel cúmulo de falsos cargos.

El Juez empezó sus preguntas, y Pacheco à contestar, narrando lacónicamente como habían sucedido las cosas.

Aquellas cuatro muertes que hizo como sargento de la partida, aparecían hechas alevo samente, en la persona de honrados vecinos.

—Almiron era un bandido como no hay otro, dijo Pacheco, puede preguntarlo á D. Miguel Martínez de Hoz.

Se me mandó prenderlo á toda costa y se me dió orden de matarlo si hacía armas á la autoridad.

—¿Y en dónde está esa orden?

—No sé porque me la dieron hablada.

—Debían habértela dado escrita para que te sirviera de justificación en cualquier tiempo.

—¿Y qué sé yo? desde que me dieron la orden, yo la cumplí y esto es todo.

—Pues tienes que probar lo que dices.

—Mande Usia tomar informes al mismo partido del Moro, y oirá repetir lo que yo digo.

—Y á Cabrera porque lo asesinaste mientras estaba en el cepo?

—Cabrera, respondió Pacheco con profunda indignación, Cabrera sublevó los presos y peleó con la partida matando un cabo y varios soldados.

Cuando yo llegué, la partida casi iba en fuga, Cabrera me atropelló con el sable y el Juez me gritó que lo matara—nos encontramos, peleamos y lo maté.

—Y la prueba de eso que dices, donde está?

—Estará en los papeles del Juzgado, con testó Pacheco; pero de todos modos el hecho lo presencié todo el partido—se pueden mandar buscar testigos.

—Se mandaràn pedir informes, respondió el Juez siguiendo el interrogatorio.

Los otros dos cargos quiso destruirlos Pacheco de la misma manera, pero la prueba que se le exigía estaba en los antecedentes del Juzgado, y el nuevo Juez no la daría puesto que quería perderlo.

Pacheco hizo presente al Juez estos temores, pero el magistrado le dijo que no tuviera ningun cuidado.

—Yo voy à mandar buscar informes al Moro, le dijo, entre tanto es preciso que nombres un defensor, que yo creo que tu causa no es perdida.

—Yo no nombro defensor, contestó Pacheco, porque no tengo de que defenderme—todas esas son mentiras cobardes que no han de durar mucho.

—Por lo mismo y para terminar mas pronto es preciso que nombres una persona que te defienda.

—Pero para qué, señor? contestó Pacheco—nadie sabe las cosas mejor que yo, y por consiguiente nadie me puede defender mejor.

—Está bien, puedes retirarte que yo te haré llamar cuando sea necesario.

Pacheco volvió á la prision, dispuesto à tener paciencia y sufrir todas sus desgracias, puesto que pronto iba à salir de allí.

Pobre paisano! no sabia que caer en las garras de la justicia criminal era la peor desgracia que habia de sucederle!

No sabia que entre nosotros los procesos duran diez años, al fin de cuyo tiempo suelen fallarse declarando inocente al que ha pasado diez años de su vida en presidio.

Y quien le indemniza aquellos diez años de sufrimiento? quien lo libra de la vergüenza pasada y del desprecio de que ha sido víctima?

Un usted dispense, la justicia se equivocó, serian las palabras de consuelo con que lo despedían del presidio.

Esta ha sido, es y será siempre la justicia criminal, entre nosotros y este era el abismo donde Pacheco habia venido à rodar, creyendo verse libre á los pocos dias.

Desde aquel primer interrogatorio pasó un mes sin que nadie le hablara una palabra de su asunto, mes que pareció un siglo al pobre prisionero.

Como los otros compañeros de presidio eran verdaderos bandidos y ladrones en su mayor parte, Pacheco habia hecho *rancho aparte* en un rincon de aquella espaciosa crujia.

Allí tenia todo su mueblage, que se componia de un catre y de un brasero y los útiles de cebar mate.

No se comunicaba con nadie, y mas de una vez tuvo que poner á raya á alguno de esos bandidos que se le quiso ir á las barbas, á propósito del menosprecio con que lo trataba.

Durante aquel mes Pacheco oyó varias cosas que lo aleccionaron para la conducta que debia observar en lo sucesivo.

Una de las cosas que mas lo conmovió fué la historia de un tal Gonzalez, que oyó contar á sus compañeros de presidio.

Este tal Gonzalez era un paisano muy rico, que habia caído preso por una muerte hecha en buena ley.

Además de unos veinte mil pesos que llevaba, Gonzalez cayó con cuatro caballos parejeros de los que no se hubiera deshecho por nada de este mundo.

Gonzalez tuvo en el acto un procurador ó abogado de la localidad, que le prometió sacarlo bien y pronto, si lo nombraba defensor.

Gonzalez lo nombró y las defensas empezaron con una actividad maravillosa.

Los escritos iban y venian, y segun el defensor aquel, dentro de pocos dias saldria Gonzalez en libertad.

Pero bien pronto se encontró con que no le quedaba uno solo de sus veinte mil pesos, inconveniente con que no habia contado.

—La causa vá á concluirse ya, le dijo un dia el defensor y pronto vá á salir en libertad, pero necesitamos un poco mas de plata para untar la mano á los que manejan el asunto.

—Es que á mi no me queda ya ni un peso, dijo Gonzalez.

—Pues no hay mas que vender los parejeros, dijo el defensor.

Si no hay mas plata todo lo que se ha hecho será lo mismo que nada, y con un poco mas, no estará usted aquí ocho dias.

Con todo dolor de su alma, Gonzalez vendió sus parejeros por otros veinte mil pesos, que en menos de los ocho dias se los comió el defensor.

Cuando no hubo mas dinero este no volvió á aparecer mas y Gonzalez se quedó sin tener con que comprar un miserable cigarro.

Dos dias antes de llegar Pacheco á la cárcel, Gonzalez habia salido, pero no en libertad sinó condenado á cuatro años al servicio de las armas en el ejército de línea.

—Pues si estos son los defensores que le salen á uno, pensó Pacheco, mejores que no lo defiendan, y que lo dejen que lo lleve el diablo.

Pocos dias despues de conocer esta historia, se presentó en la cárcel el mismo defensor de Gonzalez.

Iba á proponer á Pacheco sacarlo bien del paso, si estaba dispuesto á gastar unos pesos en untar la mano á los que corrian con su causa.

—Yo no necesito que nadie me defienda, contestó Pacheco, porque no soy culpable.

—No importa, paisano, contestó aquel famoso defensor, las causas duermen y para despertarlas se necesita un poco de plata.

—Pacheco contestó á aquel hombre, de tal manera, que no volvió á acercársele mas con proposiciones de defensa, y su causa empezó á dormir el sueño de los justos.

—No importa, se decia Pacheco, algun dia tienen que acordarse de mí!

Al cabo de tres meses lo mandó llamar el juez nuevamente.

Se habian recibido los informes pedidos al Moro, pero estos eran mil veces peores que el sumario con que lo remitieron.

Los informes estaban firmados por un Almiron, hermano del muerto, que entónces era justicia y por un individuo conocido bajo el

nombre de Puntano Rosas, enemigo á muerte de Pacheco.

—Tu causa se agrava, le dijo el Juez, y es preciso que nombres defensor.

—Yo no nombro defensor, volvió á contestar Pacheco, porque no siendo culpable no necesito defensa.

—Entónces tu causa vá á ser larga y enredada.

—Tendré paciencia señor, hasta donde pueda, respondió y fué conducido de nuevo á su presidio.

Así pasaron seis meses sin que la causa de Pacheco obtuviera la menor resolucioin.

Como no habia quien la activara, dormia en las carpetas del Juez, donde amenazaba morir de vieja.

El defensor de Gonzalez volvió á ofrecérselo, pero este le respondió que si persistia en su empeño, le iba á sacudir el polvo.

Este fué un santo remedio para que aquel comedido defensor no volviera á asomar las narices por la cárcel.

Cada dia de aquellos seis meses el ódio de Pacheco contra la justicia de los hombres y contra los hombres mismos, fué creciendo de una manera imponente.

Aquel noble corazon tan mortificado en sus afectos mas caros, empezaba ya á latir solo por la venganza.

Pacheco pensaba en su mujer y sus hijos, abandonados á la ventura de Dios, y buscaba instintivamente en su cintura su ausente puñal.

—Si no hay justicia para mí, dijo, yo me la haré entonces y se acordarán de mí por muchos años.

Los meses siguieron pasando y creciendo el odio y la sed de venganza en el corazon de Pacheco.

Un dia cayó á la cárcel de Dolores un nuevo preso.

Era un paisano de interesantes y varoniles facciones que remitia con una barra de grillos un Juez de Paz de campaña.

El corazon de los presos se vá endureciendo gradualmente, hasta que olvidan por completo todo sentimiento de piedad.

Aquel recién llegado se encontró solo en medio de la cárcel, pues los otros presidarios se le hicieron á un lado y Pacheco estaba metido en un rincon, preparandose á tomar un mate.

Al ver aquel paisano mirar á todos lados como buscando un arrimo, se sintió conmovido.

Tal vez aquel hombre era algun desgraciado como él, víctima de alguna injusticia ó tropelia.

—Acérquese amigo y tome un mate, le dijo, así olvidará un algo sus penas.



El paisano se aproximó alegremente, puso en el suelo el recado que traía enrollado al hombro, y se sentó sobre él al lado de Pacheco.

Aquel paisano parecía tener mucho dinero. La rastra de su tirador, lleno de patacones, era una rastra que contenía ocho onzas de oro como botones y un gran medallón de oro y plata en el centro.

El cabo de su rebenque era de aquellos dos mismos metales y los estribos y riendas que se veían asomar por los dobleces del recado, eran los primeros, dos grandes estribos de plata de forma de brasero, y las segundas, llenas de virolas de plata.

Todo en él denotaba un paisano rumboso, y de dinero.

Al cabo de dos horas de estar verdeando juntos, los paisanos habían hecho una amistad tan estrecha, como si se hubieran conocido toda la vida.

—¿Y qué desgracia lo ha traído por aquí, paisano? preguntó el recién venido.

Pacheco estuvo reflexionando un largo rato, al fin del cual refirió a su compañero la última parte de su historia, desde que fué al Moro con Miguel Martínez de Hoz.

—Yo lo he conocido mucho de mentas, contestó el paisano, porque he sido también de por esos pagos y lamento la suerte que le ha cabido.

—Y usted paisano, preguntó Pacheco a su voz, cual es la desgracia que lo ha hecho caer entre las uñas de la gente de justicia?

—Mis desgracias son muy diferentes, con testó después de pensar un momento, porque yo siempre he sido así, medio diablón y amigo de dar golpe cuando la suerte me ha ayudado.

—Eche acá sus penas amigo, que siempre se encuentra alivio en referirlas.

—Mi historia es corta, replicó el paisano. Muy muchacho me huí de casa de mis patrones y me eché a la vida grande.

Como poco sabía trabajar, empecé a jugar para tener algunos reales, y poco después la gente con que me juntaba me enseñó a beber y me hice medio borrachón ¿para qué lo voy a ocultar?

Como andaba perseguido por las partidas de plaza, poco podía andar en poblado, por lo que siempre me veía más pobre que más pobre, de modo que para tomar mate y echar un bocado, era preciso andar dando golpe en las pulperías.

Las malas compañías me hicieron perder la vergüenza ¿para qué lo voy a negar? y entonces me hice un bandido como ellos.

Hace cosa de unos tres meses, me convidaron a dar un gran golpe en la pulpería de «La Caldera».

Se trataba de saquear el negocio, que era muy rico, y robar un platal que tenía el viejo proveniente de lanas que había vendido, y que ellos sabían donde estaba.

A mí me gustó la bolada y acepté la invitación, creyendo que sería solo una cosa de hacerla entrada por salida, y me fuí con ellos.

A medida que el paisano hablaba, se iba notando en Pacheco el gran disgusto que aquella relación le causaba.

Hubiera preferido hallar en aquel hombre un homicida, pero no un ladrón.

—Una noche de sábado, siguió diciendo el paisano, nos juntamos los cuatro del golpe y bien montados nos fuimos a la Caldera.

Dos de los compañeros que eran vaqueanos, dijeron que ellos se encargaban de entretener al viejo, mientras nosotros atábamos al hijo y a la nuera que vivían allí con él.

Así fué, continuó aquel desvergonzado—los compañeros no sé con que engaño sacaron al viejo afuera, mientras nosotros atamos al hijo y a la nuera, sorprendidos, porque puñal en mano les dijimos que si se movían los íbamos a degollar.

Al poco rato volvieron los de afuera diciendo que el viejo estaba asegurado, y empezó el saqueo.

Primero fuimos a donde estaba la plata, que era mucha, y cada uno tomó así a ojo no más, lo que calculó que le tocaba.

En seguida nos pusimos a hacer carguero de cosas buenas y ricas prendas, llevando cada uno lo que mejor le pareció.

Cuando los cargueros estuvieron hechos a no haber en cada uno de ellos ni un pañuelo más, nos pusimos a beber por alto hasta que medio nos punteamos.

Entonces los que habían llevado al viejo confesaron que lo habían degollado y dijeron que era preciso matar también al hijo y la nuera porque nos habían conocido y nos iban a delatar.

Como yo también estaba divertido dije que sí, y después de achurar algunas limetas más, fuimos al cuarto donde habían quedado los mozos.

Al cuete fueron todos los lamentos y al cuete que nos prometieran no decir una palabra—ahí no más los degollamos y volvimos a achurar otras limetas, hasta que nos cansamos de chupar.

Cada cual agarró por su lado con un carguero y yo rumbié para el partido del Vecino.

Pero está de Dios que en estas cosas el más novaton paga el pato por los demás.

Yo no sé como sería la cosa, el caso es que en el Vecino me echaron el guante y me llevaron al Juzgado.

A las primeras de cambio yo me turbé, y

como me registraron el carguero y hallaron todo, tuve que cantar de plano y me mandaron con sumario á Dolores.

Felizmente yo me habia echado la plata entre las botas, así es que los cuarenta mil mangangases que me tocaron en plata los he salvado y los traigo conmigo.

Esta fué la historia que refirió á Pacheco aquel ladron cínico.

Cuando terminó Pacheco sentía por él una repugnancia invencible, y estaba arrepentido de haberlo llamado á su lado.

Sin embargo, disimulando su disgusto, aunque con cierta rábida, dijo al paisano.

—Lo que hay es que quien sabe cuando saldrá de aquí, paisano.

Si yo por no haber hecho nada hace cerca de un año que estoy aquí, que será usted que ha cantado!

—No crea amigo, contestó el ladron—un compañero muy vaqueano en estas cosas y que ha estado aquí varias veces, me ha enseñado como se sale, y ya verá amigo si para algo sirven cuarenta mil catangas!

Pacheco que conocia el cuento de Gonzalez se rió mucho, pero quiso ver como se manejaba aquel bandido.

A los dos dias de estar allí el ladron de la Caldera, se presentó en la cárcel el famoso defensor de Gonzalez, á ver si el nuevo cliente queria nombrarlo.

—Ya lo creo que sí, dijo este—tengo veinte mil mangangases para darle al que me haga salir en libertad.

—Pues hay que aflojar diez mil para ir untando la mano al Juez y al escribano y activar la cosa.

—Ni un medio, respondió el bandido.

Doy veinte mil pesos al que me saque, pero no aflojo ni un medio antes de salir.

Convencido aquel defensor de que el tal ladron sabia donde le apretaba el zapato, se retiró prometiendo que lo haria largar al poco tiempo.

Cuando el belitre se retiró, dijo el ladron á Pacheco:

—Mediante veinte mil pesos, ese hombre me va á hacer salir pronto.

Pacheco rió mucho entonces, contando al ladron la aventura de Gonzalez, á quien aquel defensor, sin haberlo hecho poner en libertad, le comió no veinte, sino cuarenta mil pesos.

—Es, respondió el ladron, que el bruto de Gonzalez le largó primero la plata, mientras que yo no largo un cobre antes de salir.

Esto, concluyó, me lo ha enseñado un pájaro que se perdía de vista, que ha estado aquí mas de cuatro veces, por peores causas que la mia, y siempre ha salido bien.

—Puede ser, replicó Pacheco, perplejo ante

la seguridad del ladron, y curioso de ver el resultado de aquella aventura.

—Es imposible, pensaba, que vayan á soltar á un criminal que ha confesado, cuando á mí, que saben soy inocente, parece, me quieren concluir aquí.

—Quién sabe, concluyó—la justicia es tan rara, que bien puede suceder lo que este hombre dice.

Durante dos meses, el defensor estuvo viniendo á la cárcel todas las semanas.

Siempre decia que el asunto iba bien, y pedia un poco de plata para hacerlo marchar mejor, pero el paisano no aflojaba ni un centavo.

Al cabo de tres meses, entró el defensor una mañana, y dijo al preso:

—Hoy debe llegar de Buenos Aires la órden de ponerlo en libertad—vengan los veinte mil.

—Ni un medio antes de estar en la calle, repuso el paisano, y delante de su defensor sacó del tirador y contó la suma deseada.

Al otro dia el ladron de la Caldera salía en libertad, despues de decir á Pacheco.

—No le dije compañero? los mangangás son mucha cosa!

Pacheco al ver esto se puso lívido de ira.

—Con que así es la justicia? pensó, pues yo le voy á mostrar á ella como soy yo.

Y aquel dia se calló la boca por no perjudicar al que salia en libertad, que al fin y al cabo no era mas que un desgraciado.

—Y no quiere que lo defienda, preguntó al salir aquel defensor famoso.

—En la perra vida—contestó indignado Pacheco, prefiero mil veces que me fusilen.

Al otro dia de esto y con el pretexto de confesar se hizo llevar á presencia del juez que entendia en su causa.

Allí poseido de la mas profunda indignacion refirió lo que habia sucedido con el ladron de la Caldera y preguntó porqué razon no se fallaba su causo.

—Tu causa no se ha fallado, replico el magistrado, porque no has querido nombrar defensor—en cuanto á tu fábula del ladron de la Caldera, yo no se lo que dices ni puedo andar metiéndome en chismes de cárceles.

—Quiere decir respondió Pacheco con inaguantable insolencia—quiere decir que el que no tiene plata para comprar justicia queda sin ella, y que la justicia de la cárcel es la misma que hacen los alcaldes de campaña.

El juez se rió sencillamente en las narices de aquel desgraciado, que se atrevia á hablarle en lenguaje tan violento aunque tan justo.

—Sal de aquí, le dijo, sal de aquí y no vuelvas á mi presencia, porque te haré dar una

buena paliza para enseñarte à guardar el respeto debido.

—Está bien, respondió Pacheco, saliendo y con la voz entrecortada por los sollozos.

Ya veo que sobre la tierra no tendré mas justicia que la que yo pueda hacerme, pues yo me la haré ahora y á mi entera satisfacción.

Y volvió á la cárcel con el corazon rebosando de ódio y de venganza contra toda la raza humana.

—A mí me condenan al presidio eterno por el delito de haber servido á la justicia y á la autoridad como nadie la ha servido.

Mi mujer y mis hijos andan rodando huérfanos, tal vez hambrientos, porque les habrán saqueado cuanto tenían.

Pues desde hoy juro á la justicia una guerra tan bárbara como la que se me hace á mí.

Desde hoy me declaro su enemigo implacable, con la misma fé y empeño con que antes fuí su servidor, así siquiera el dia que caiga, tendrán causa bastante para hacer de mí lo que quieran.

Pacheco permaneció diez y ocho meses en aquella cárcel, acariciando el dia de su libertad y su venganza.

—Antes no me he escapado, porque creia que mi inocencia seria mi mejor garantia, pero desde que no hay amparo para el inocente sinó para el criminal, me haré criminal yo tambien, á ver si así me va mejor que hasta ahora.

A los diez y ocho meses fueron à prevenirle una mañana que se preparara para marchar ese mismo dia á la cárcel de Buenos Aires, donde habia sido condenado á varios años de presidio.

—Gracias á Dios! exclamó, fingiendo que el viaje á Buenos Aires le causaba un placer inmenso.

Gracias á Dios que me llevan á la única parte donde hay justicia, ya verán como allí han de castigar las infamias que se han cometido conmigo.

Pacheco fué mantado á las ancas de un cabo, y seguido de tres soldados que componian la escolta empezaron á marchar hácia Chascomús, donde debian de tomar el ferro carril.

Pacheco seguia conversando con los soldados que lo custodiaban, del placer que le causaba venir á Buenos Aires, y los soldados viéndolo tan contento del viaje y sabiéndolo desarmado, poca ó ninguna atencion le prestaban.

Así que hubieron andado un par de leguas y el preso juzgó suficientemente distraidos á sus guardianes, puso en práctica el plan que venia meditando desde su salida de la cárcel.

Rápido como el pensamiento, se apoderó del sable que llevaba en la cintura el cabo á

cuyas ancas cabalgaba, y con un movimiento rápido y hercúleo, logró voltear al ginete, quedando único dueño del caballo.

Antes que los otros tres soldados pudieran volver de su asombro y darse cuenta de lo que pasaba, Pacheco embistió con ellos á la voz de:

—Ríndanse maulas y les perdono la vida!

—A él! gritó el cabo, que fué el primero en reponerse—á él y mátenlo si no se entrega!

Los tres soldados echaron mano á los sables para cumplir las órdenes del cabo, pero tarde, demasiado tarde.

Pacheco habia volteado ya á uno de ellos de un garrotazo en la cabeza y embestia á hachazos con los demás.

Los milicos se encontraron con una tormenta de sablazos que se les venia encima, nunca habian visto un hombre mas vivo para atacar, ni se las habian habido con un enemigo de semejante empuje.

Pacheco peleaba por la vida y por la libertad, peleaba por su venganza y sentia crecer sus fuerzas á la par de su ódio, mientras el enemigo perdía terreno.

Dos minutos despues otro de los ginetes rodaba al suelo con el cráneo partido de un sablazo, mientras el tercero encontraba mas prudente y cuerdo apretarse el bonete á llevar el parte de lo sucedido.

No quedaban pues en el campo mas que Pacheco, con el rostro desencajado por el coraje que asomaba á sus ojos como dos chispas, y el cabo, á pié, sin atreverse ni á disparar por temor de que lo alcanzaran y le dieran muerte por la espalda.

—Yo no mato de vicio, cabo, gritó con voz de trueno, porque no soy un asesino, y gracias á mi Dios todavia tengo voluntad para refrenar mi coraje—puede irse no mas á avisar que Pacheco no es un asesino, mientras yo me voy á donde Dios me ayude.

El cabo sin replicar una palabra, empezó á alejarse de á pié, asombrado ante el carácter de aquel hombre, mientras Pacheco se ocupaba en agarrar los caballos abandonados por los soldados, lo que no dejó de darle algun trabajo.

—Como quiero llegar pronto á mi pago, gritó al cabo, me llevo estos mancarrones de tiro, para poder galopar duro y parejo.

Pacheco vió con cierta alegría que los soldados, como iban á hacer una larga jornada, habian ensillado buenos caballos, en los que pronto se pondria fuera de tiro de cualquier persecucion que le trageran.

Acomodó la hoja del sable que habia arrebatado al cabo entre las caronas del caballo que montaba, y partió como una centella en direccion á las Flores.

—Ahora, gritó cerrando el puño y amena-

zando al espacio, que se aten bien el chiripá, porque Pacheco se va á vengar de todos.

Han querido verme muerto, muerto me creerán despues de diez y ocho meses de ausencia, y se van á encontrar con que el difunto ha resucitado para pegarles un susto.

Y siguió galopando de firme, yendo á mudar caballo despues de galopar las primeras diez leguas.

Pacheco tenia prisa de llegar al Quequen, donde habia dejado su mujer y sus hijos.

Quería saber pronto si no les habia sucedido desgracia alguna y las leguas se le hacian interminables y los caballos le parecia que no salian del tranco!

Habia olvidado todas sus pasadas penas y sus diez y ocho meses de tortura, todos sus planes de venganza y todos sus ódios.

No pensaba mas que en aquellos séres queridos que hacia ya cerca de dos años que no veia y que habia creído no volver á ver mas sobre la tierra.

¡Con qué raro placer veia disminuir las leguas que de ellos lo separaba y cómo animaba á los caballos para que no desmayaran en su galope tendido!

Las dos primeras noches, como los dos primeros dias, aquel hombre de acero los pasó sobre el caballo, sin dejar de galopar un solo

momento, ni aún el tiempo necesario para encender un cigarro.

Al tercer dia tuvo que ceder á la necesidad de la materia, conociendo que era preciso descansar ó caer postrado.

Pacheco acolloró sus caballos, en un pedazo de campo que le pareció seguro, se ató á la muñeca el cabo del maneador y poniendo la hoja del sable bajo los brazos que le servian de almohada, quedó profundamente dormido.

Cuando despertó, empezaba á venir aclarando el dia.

Habia dormido toda la tarde y toda la noche de un solo tirón.

Se levantó completamente repuesto de la pasada fatiga, ensilló caballo y siguió viage esta vez al trote, pues los caballos estaban completamente aplastados.

Pacheco marchó así hasta la primer poblacion que encontró, allí echó pié á tierra, y pidió dos caballos, dejando en rehenes los tres que llevaba.

Segun creia y segun lenguas que acababa de tomar, se hallaba todavia á unas treinta leguas del Quequen Salao, punto de su reposo.

Pacheco galopó todo aquel dia, como si recién montara á caballo.

Hacia diez y ocho meses que no sabia lo que era dar un galope, y sin embargo, su cuerpo de bronce no se habia resentido.

---

## EL TIGRE DEL QUEQUEN

Pacheco llegó al Quequen, donde por fortuna halló vivos á su mujer y sus hijos, pero en un estado que hubiera conmovido á un indiferente mismo.

Su muger, su Juana á quien tanto amaba, vestia de luto riguroso, pues hacia mas de seis meses que le habian dicho que Pacheco fué fusilado en Buenos Aires y sus hijos mayores andaban por ahí huyendo de las persecuciones de la justicia de Paz, que no le podian perdonar el delito de ser hijo de Pacheco.

Sus caballos y sus vacas eran de propiedad fiscal, cualquier milico tenia el derecho de ensillar los primeros y carnear las últimas, llevando de improperios y todo género de injurias á Juana, cuando esta preguntaba porque hacian aquellas tropelias con una hacienda que tenia su dueño y que no era hacienda robada.

—No seas tonta, le dijo un dia un alcalde y no estés defendiendo así los intereses de Pacheco, porque lo han fusilado en Buenos Aires por bandido.

—Mi marido no ha sido ningun bandido, sino un servidor de la patria, respondió Juana llorando amargamente.

Entónces unos buenos rebencazos le hicieron comprender que, defender á su desgraciado Pacheco, era provocar la ira y la venganza de aquella gente cobarde y miserable, que lo que buscaban era intimidarla para saquear á mansalva lo poco que poseia.

Justa, que era entónces una paisana divina, fué perseguida á muerte por aquel mismo alcalde que queria á todo trance llevársela para su rancho y hacer de ella lo que mejor le viniera en voluntad.

Para poder escapar á aquellas infames persecuciones, Justita se habia espuesto á todo género de injurias, hasta llegar el caso en que el referido representante de la autoridad levantara sobre ella el rebenque, amenazándola con romperle los huesos á azotes si no cedia á sus inicuas pretensiones.

Todo esto narrado á Pacheco por aquellas mismas desgraciadas que lloraban por el placer

de ver de nuevo á quien creyeron muerto, y por el recuerdo de aquellas desventuras que venian apurando hacia ya diez y ocho meses.

—Ahora me toca á mi, dijo Pacheco con un acento que demostraba la fuerza de la resolucion adoptada.

Yo les voy á volver gota á gota toda la amargura que me han hecho beber,—yo les he de devolver sin que falte una sola, injuria por injuria y puñalada por puñalada.

Han querido verse libre de mi, haciéndome matar como se mata á un asesino, y el difunto va á salir de la tierra para mostrarle que Pacheco sabe encontrar desquite aun des pues de muerto y enterrado.

Inmediatamente y ocultando su venida lo mas que pudo, se fué con su familia y la poca hacienda que le quedaba, mas hácia la costa del Quequen, donde se fabricó un alojamiento digno de la nueva vida que iba á ejercer desde entonces.

Allí entre las piedras á la falda de una sierra, habia una cavidad bastante grande, que habia sido cueva de leones ó de algunos otros animales feroces.

Pacheco, con su voluntad de acero, y á fuerza de paciencia y trabajo rudo, ensancho aquella cavidad hasta que le ofreció un espacio bastante cómodo para habitar él, Justa, Juana y sus hijos mas pequeños, pues los dos mas grandes, como ya lo hemos dicho, habian emigrado de allí, buscando una guarida donde poder protegerse de las persecuciones arbitrarias de los Jueces de Paz que querian á todo trance vengarse de Pacheco.

Una vez que aquella verdadera guarida de fiera estuvo terminada, Pacheco se encontró enteramente feliz—podia entregarse completamente á su venganza dejando su familia á cubierto de toda tentativa cobarde ó infame.

—Yo me voy, mi Juana dijo á su compañera una noche.

Al salir de la cárcel me di una palabra y me hice una promesa que no me he cumplido todavia, porque tenia que pensar en ustedes.

Hoy que están en sitio seguro y que no pueden temer nada, yo me voy á cumplirme esa palabra y esa promesa, que ya ha pasado mucho tiempo.

—Y á dónde vas por Dios Felipe? preguntó Juana desolada, apenas has calentado la silla y ya quieres irte á buscar nuevas desgracias y contratiempos.

Justa unió sus ruegos á los de Juana, pero todo fué inútil.

Por mas que rogaron, por mas que lloraron, no pudieron doblar aquella voluntad de acero.

—Voy á empezar mi venganza! contestó Pacheco con una voz sorda y blandiendo su rebenque como si hubiera blandido un sable.

—Quédate Pacheco—no nos abandones, Fe-

lipe, dijeron las dos mugeres, tomándole las manos y llenándoselas de caricias—déjate de esas venganzas que no te van á hacer siquiera olvidar todo lo que has sufrido!

—Voy á vengarme, repitió Pacheco con una amargura infinita.

Antes he sido el sargento Pacheco y ahora voy á ser el sargento la muerte.

Todos los que me han acumulado lo que han querido, buscando hacerme fusilar, han de temblar delante de mi rebenque, como otras veces hubieran temblado ante la punta de mi puñal.

Toda tentativa para disuadirlo de aquella resolucion, fué completamente inútil.

Aquel corazon estaba henchido de ódios engendrados por las miserias y las infamias que le habian hecho los demás hombres.

Necesitaba desahogar su corazon y solo podia realizarlo cumpliendo su venganza.

Con las mismas armas que les he servido, pensó, se ha de cumplir mi venganza.

Y afiló hasta la empuñadura aquel sable que le sirvió para conquistar su libertad.

—Yo no mataré á nadie, dijo á Juana, á pesar que merecian todos ellos que yo los pasara á cuchillo, pero no por eso mi venganza ha de ser menos terrible.

A la madrugada siguiente á la noche en que tuvo lugar este diálogo con Juana, Pacheco salió de su cueva, para no volver, segun dijo, hasta dentro de ocho ó diez dias.

Habia elegido el mejor de los caballos que poseia, que destinó á llevar de tiro, y sin mas armas que su rebenque y su sable se fué en direccion al puesto del alcalde que habia levantado el rebenque sobre Juana y pretendido llevarse á Justa.

Pacheco podia cruzar el campo á cualquier hora sin temor que lo conocieran, pues aquellos diez y ocho meses de cárcel lo habian desfigurado completamente.

Su pelo habia crecido como el de una muger, cayendo á su espalda dividido en largos risos.

Su barba, aunque escasa, habia tambien crecido, viendose en ella algunas canas que como recuerdo habian dejado allí sus penas y desventuras, que envejecian su semblante por diez ó quince años.

El que se hubiera fijado detenidamente en aquel paisano, hubiera tal vez visto en él la sombra de Pacheco, pero de un Pacheco viejo y marchito por sufrimientos de todo género.

El paisano se encaminó hácia donde le dijeron que podria encontrar á aquel alcalde, no descansando hasta que se halló frente á frente de él.

Aquel hombre era un gaucho ensoberbecido con su posicion de alcalde, que en aquellos pagos equivalia á un emperador romano (!).

Era un paisano retacon, de fisonomia aplastada y pelo lacio y grueso que le chicoteaba los flancos del pescuezo.

Cuando Pacheco se puso por delante, el alcalde no lo pudo reconocer, puesto que era la primera vez que lo veia.

Le llamó mucho la atencion la presencia de aquel paisano que se paraba delante y lo miraba con una extraña fijeza.

En aquel momento se hallaba en la pulperia vecina, conversando con dos amigos, precisamente de la desaparicion de Juana y su familia.

Así que Pacheco se paró delante de él y lo miró fijamente, algun relámpago de desconfianza cruzó su espíritu, pues se acomodó en la cintura su largo facon y dijo.

—Ni soy botella de bebida ni muger bonita, amigazo, para que me mire de esa manera, conque á tomarsu copa y á largarse por donde ha venido, antes que yo lo haga mirar para otro lado.

—Lo haré así si usted lo manda, dijo Pacheco, tomando asiento sobre un tercio de yerba y sin dejar de mirar al alcalde, pero antes tengo que hacerle dos preguntas y darle un recado, en caso que sea usted la persona que vengo buscando.

—Puede hablar con franqueza el amigo, —respondió el alcalde mas tranquilo, al observar que Pacheco no llevaba mas armas que su rebenque, y tenia marcadísimas trazas de forastero.

—Es el caso, empezó á decir Pacheco, que yo vengo buscando un alcalde que tenia empeno por el corazon de una real moza conoída por la hija de Pacheco, aunque no es tal hija sinó entenada.

—El mismo soy amigo, se apresuró á contestar el alcalde, creyendo que se tratara de algun recado amoroso.

Yo tuve mis cosas con la hija de ese saltador que dicen fusilaron en Buenos Aires, pero hace tiempo que he perdido de vista á esa prenda y no sé á donde habrá ido á levantar rancho.

Pacheco se mordió imperceptiblemente los labios y dominando el coraje que á pesar de sus esfuerzos salia á sus ojos, siguió diciendo.

—Entónces debe ser tambien el mismo que insultó una vez á Juana y se le vino al humo con el rebenque.

No es por nada, agregó apresuradamente Pacheco, estas preguntas me han dicho que le haga, para poderle dar el recado.

El alcalde que se habia puesto sério, despezó su semblante y se repuso alegremente.

—Qué quiero hacerle amigo! todo lo que aquella gente tenia era robado por el bandido Pacheco, así es que todos teníamos el derecho de usarlo, y la muy guaza, creyendo sin duda

que aún eran los tiempos en que su tigre vivia, queria echarla de mala é impedirnos hasta ensillar un caballo.

Por eso le pegué un buen susto un dia, para que viera que su Pacheco no habia de resucitar.

Usted no sabe amigo qué clase de bandido era aquel! siguió diciendo el alcalde, mientras vaciaba su copa.

En todos los partidos habia órden de prenderlo, porque era un asesino como no hay otro, hasta que parece que al fin lo capujaron y lo llevaron á Buenos Aires, donde dicen que le tomaron el coço.

Sírvase pues de algo, amigo, concluyó, al mismo tiempo que concluía su vaso.

—Pacheco no ha sido tan malo como se dice, contestó él mismo, he oido hablar mucho de él y segun cuentan, dieron por perseguirlo al fiudo, los que le tenian miedo, y deseaban vengarse de él sin esponer el pellejo.

—Que miedo ni que miedo! contestó el alcalde, si dicen que era guapo porque se veia con partida, pero que despues que dejó de ser sargento se vió que era una maula.

Lo que es por mi parte, le aseguro que si en ese entonces cae por mi pago, lo prendo á lazazos y me lo llevo de las orejas al Juzgado.

Pacheco habia escuchado todo esto, haciendo esfuerzos sobre humanos por contener la ira que estallaba en su corazon, despertando todos sus viejos y justos rencores.

Pálido como un cadáver miraba al alcalde, esperando que llegara el momento de darle una terrible leccion.

—Pues amigo, dijo cuando creyó que aquel habia concluido.

Pues amigo, es el caso que el recado que yo le traigo es medio amargazo, y se me hace que no le vá á sentar muy bien que digamos.

—Hable no mas amigo, repuso el alcalde siempre en su error, aunque la moza me desfavorece en lo presente, algun dia me ha de querer bien, ya sea á las buenas ó á las malas.

Yo soy así, medio caprichoso, y cuando se me pone una cosa, rara vez me sé quedar sin hacerme el gusto.

—Pues esta vez no solo queda sin hacerse-lo, sinó disgustado de veras.

—Vamos, será usted el novio ó el gauchito de ella. . .

—Pues amigo, dispense pero no tiene usted traza de que lo quiera una cosa tan fina.

No soy ni su novio ni su gauchito, contestó Pacheco lívido y tembloroso, levantándose de su tercio de yerba y caminando hácia el alcalde.

Soy el mismo Pacheco, siguió diciendo con voz de trueno, á quien usted dice hubiera agarrado á lazazos.

En la cintura de Pacheco no se veía arma alguna y parecía que todas las que tenía el paisano era el talero que se veía en su mano derecha.

Pero su aspecto era tal, su actitud tan amenazadora, que el alcalde se levantó llevando instintivamente la mano al facon.

—No se apure amigo, contestó Pacheco, que todavía no he llegado al fin.

Ustedes los que se la tiran de guapos, han tenido que esperar á crearme muerto para insultar y amenazar á dos pobres mugeres desvalidas, sin mas amparo que sus lágrimas y sus ruegos.

Ahora se encuentran con que Pacheco resucita y lo primero que hacen es echar mano al facon despues de temblar entre el chiripà hasta dar asco.

Levántese su cochino y venga conmigo, que yo le voy á mostrar que con partida y sin partida soy el mismo Pacheco á quien tienen mas miedo que á la muerte.

Y al decir esto la voz de Pacheco, temblorosa por la ira, vibraba de una manera que infundia miedo, aun á los mismos que inmóviles y azorados lo escuchaban sin atreverse á desplegar sus lábios.

El alcalde era un hombre bravo en realidad que si se sorprendia en el primer momento, no se asustaba á dos tirones.

—Usted no tiene trazas de ser Pacheco, replicó, porque á ese lo fusilaron.

Váyase á dormir la mona, aparcero, que á las casas de negocio no se entra á caballo.

—A caballo y á pié entro yo donde quiero, contestó Pacheco ya fuera de sí, y si soy ó no soy Pacheco, se lo probaré á usted su comadreja, atándolo á un árbol y dándole de azotes hasta que me canse.

Como Pacheco no hiciera ningun ademán de sacar armas ó de hacer efectiva su amenaza, el alcalde siguió creyendo que se trataba de un borracho, y volvió á tomar asiento despues de decir al pulpero que á aquel hombre no le fuera á servir bebida alguna, porque demasiada caña tenía en el cuerpo.

Pacheco no contestó una palabra.

Se acercó al mostrador, tomó la copa en que habia estado bebiendo el alcalde y se la largó á la cabeza con tal fuerza, que saltó en mil pedazos.

Como si lo hubiera picado una serpiente, el alcalde saltó, y pelando la daga que brillaba en su cintura cruzó sobre Pacheco con un par de puñaladas de muerte.

Pero Pacheco desde que largó el copazo se habia preparado á aquella embestida, de modo que el alcalde se estrelló con un enemigo que no se habia sospechado.

Solo habia tirado dos puñaladas, cuando al meter Pacheco el poncho á la tercera, la daga

saltó de su mano como si hubiera sido arrojada intencionalmente y con gran fuerza.

Pacheco lo habia desarmado aplicándole tal talerazo en la mano, que le rompió los huesos.

Tanto el pulpero como los dos paisanos que conversaban con el alcalde, se quedaron viendo visiones.

El alcalde lanzó un alarido de rabia y dolor, y se precipitó á su daga para tomarla con la mano izquierda, pero Pacheco que media sus movimientos, lo acometió está vez aprisionándolo entre sus brazos de hércules.

Una lucha terrible comenzó entonces entre aquellos dos hombres igualmente fuertes, pero una lucha desesperada y terrible.

El alcalde no podia hacer uso de su mano derecha, rota por el talerazo de Pacheco, lo que daba á este una plena seguridad en el triunfo.

Tanto los paisanos como el pulpero podian haber prestado al alcalde el auxilio que este pedia á gritos, auxilio eficaz si acometian por la espalda á Pacheco.

Pero el paisano ódia instintivamente á todo lo que es justicia y la actitud asumida por Pacheco aquella noche, peleando al alcalde sin mas armas que su rebenque, los habia cautivado, sin que siquiera intentaran socorrer al justicia mal parado.

Aquella lucha suprema fué corta.

Pacheco mas fuerte y mas certero, dió en tierra con el alcalde, á quien sujetó poniéndole una rodilla en el pecho y una mano en los cabellos.

—Un maneador! gritó.

Y uno de los dos paisanos como una máquina y sin saber lo que hacia, alcanzó á Pacheco el maneador pedido.

Este ligó perfectamente á la espalda los brazos del alcalde, echó un nudo al maneador y lo sacó afuera.

Allí lo ató de manera que no pudiera moverse, á un ombú que hacia las veces de palenque.

Lo que sucedió despues fué terrible y tocante.

Con un vigor siempre creciente, Pacheco empezó á castigar al alcalde con el arriador de su talero.

—El hombre asi azotado pedia misericordia en todos los tonos, concluyendo por suplicar á Pacheco que lo degollara para concluir mas pronto.

—Yo no mato, contestaba éste, pero me vengo, y me vengo de manera que las personas á quienes castigo puedan referir lo que con ellos hice.

Y los azotes seguian cada vez mas vigorosos como si aquel hombre tuviese una fuerza inagotable.

Por fin los ayes del alcalde fueron debilitándose cada vez mas, hasta que solo se pudo oír el chasquido de los chicotazos.

Pacheco aproximó su semblante al del alcalde, y lo contempló con avidez, pudiendo cerciorarse de que aquel hombre estaba desmayado.

Entonces dejó de castigarlo y lo desató del ombú.

El cuerpo del alcalde estaba mutilado de una manera terrible.

—Así se venga Pacheco de los cobardes, dijo, montando tranquilamente á caballo—pueden ustedes contarlo á los demas. Pero de repente, como si hubiera olvidado algo, echó pié á tierra y entró á la pulperia.

Tomó la daga que habia quedado en la pulperia, cuya vaina fué á buscar en la cintura del alcalde, y colocándola en la suya dijo:

—Me llevo esta arma, no porque la necesite, sino porque yo me he de vengar de la justicia con las mismas armas que les quite.

En seguida montó á caballo y tomó la direccion del Moro á donde llegó despues de un galope récío.

Parte de su venganza estaba cumplida, puesto que habia castigado los malos tratos y las injurias inferidas á Juana y Justa, injurias que lo habian lastimado mas que las suyas propias.

Ahora iba á vengarse de aquellos que, sin motivo ninguno lo habian querido empujar hasta el patíbulo, sin tener la mas remota razon de justicia.

Lo habian querido hacer encarcelar porque le temian y porque querian apoderarse de su hacienda, que algun valor representaba.

Pacheco llegó al Moro al oscurecer de un sábado, y fué á hacer alto en la pulperia de un amigo, donde le pareció que habia reunion aquella noche, por ciertos rumores de guitarra que se sentian desde léjos.

Pacheco llegaba á aquella pulperia por dos razones

Primero porque siendo muy amigo del dueño, queria saber si este lo reconoceria pronto, y saber asi las medidas de precaucion que debia adoptar, y segundo para averiguar donde podria encontrar aquella misma noche al capitán de la partida de plaza, con quien queria estrellarse primero, antes de emprenderla con los alcaldes, y hasta con el mismo Juez de Paz del partido.

En el primer momento nadie conoció á Pacheco, notando este un movimiento de disgusto entre los que allí estaban, á causa sin duda de la estampa de foragido que le daban su pelo largo y barba crecida.

Pero apenas hubo dado las buenas noches, veinte manos se estendieron á estrechar la suya, y aquellos hombres prorrumpieron en un

grito que marcaba la alegria de verlo aún vivo.

—El tigre! Pacheco! el sargento! dijeron en coro todos aquellos hombres.

—Y cómo decian que lo habian fusilao y que ya no lo volveriamos á ver mas!

La perra! y como miente la gente!

Ya no se puede creer en nada!

—Muertos no hablan, pero asustan, dijo jovialmente Pacheco, y aquí vengo yo á ver si les pego un susto y bueno á esos que han hecho lo posible por verme muerto y enterado.

Los paisanos, amigos todos de aquel hombre tan servidor cuando se habia hallado en la buena, no podian aun dominar la alegria que les causó la inesperada presencia de aquel hombre de quien tantas veces habian dicho aquello de:

Dios lo tenga en su gloria.

Pacheco no pudo excusarse de tomar un par de copas y referir aquella historia de diez y ocho meses de cárcel, que lo habian hecho envejecer por diez y ocho años.

Cuando Pacheco contó lo que acababa de hacer con el alcalde del Quequen, no hubo uno solo que le reprochara su accion.

—Ha hecho bien, dijeron muchos de ellos con las lágrimas en los ojos.

—El que insulta y castiga mujeres indefensas, valido de su autoridad y porque cree que no hay quien vele por ellas, merece que le bajen las tripas.

—Por su madre, pulpero, gritó uno de ellos—eche otra copa para que bebamos todos á la salud de este amigo, que tiene él solo mas corage que un regimiento!

Todos, incluso el pulpero, que declaró él pagaba esa vuelta, tomaron aquella copa á la salud de Pacheco, quien siguió hablando así:

—Ahora me van á hacer el favor de decirme donde podré encontrar al capitán de la partida, porque antes que amanezca quiero haberme desocupado.

Yo no traigo intencion de matarlo, añadió, porque gracias á Dios, todavia no me ha dado por matar á nadie.

Quiero darle el vuelto de los informes que mandó dar á Dolores, avisarle que no he muerto, como él cree, y darle despues una vuelta de rebencazos que lo hagan acordarse de mi mientras viva.

—Ya que usted no lo va á matar, dijo uno de los paisanos, yo le diré donde puede hallarlo ahora mismo.

—Ya le he dicho amigo, volvió á decir Pacheco, que yo no mato á nadie, puede estar seguro que yo no me ensuciare nunca en la sangre de esos puercos.

—Pues el capitán debe hallarse ahora en la pulperia de don Genarito, que es un mozo



que usted no debe conocer, porque se estableció aquí después de su desgracia.

—Pues vamos a la pulperia de don Genarito, contestó Pacheco, que para lo que yo tengo que hacer allí, tanto tiene que lo conozca como que no lo haya visto en mi vida.

El paisano que dió las señas montó a caballo para acompañar a Pacheco.

Los otros también salieron, ávidos de ser testigos de lo que allí iba a pasar.

—Ustedes adelante, les dijo Pacheco, para que no digan que he ido con pandilla. Pueden ir allí como si nunca me hubieran visto.

Los paisanos tomaron al galope largo, mientras Pacheco y su guía siguieron al trotcito, dando tiempo de que aquellos llegaran y esperaran un rato.

El plan de Pacheco era el mismo que puso en práctica con el alcalde.

Hacer confesar mañosamente al capitán todo lo que contra él había hecho y dicho y luego decirle quien era y castigarlo como merecía.

Don Genaro era un alegre criollo tocador de guitarra, a quien por su pequeña estatura y su cara lampiña que lo hacía parecer un muchachito, habían dado los paisanos en llamar don Genarito, al extremo de que si alguien hubiera preguntado por don Genaro, no hubieran sabido de quien se trataba.

El capitán en cuya busca iba Pacheco, era un hombre que se podía llamar aquíjotado.

Era alto y flaco, pero nervioso y de músculos acerados.

Cuando sus pequeños ojitos verdes se escondían bajo sus pobladas cejas, tomando una expresión aguda que pinchaba como un alfiler, los paisanos auguraban que había que disparar de aquel hombre.

Llevaba a la cintura un largo sable, en cuyos tiros y del lado derecho, llevaba también un revólver de largo cañón y grueso calibre.

Aquella especie de anguila humana, había llegado a hacerse temer, porque a la menor palabra sacaba el sable y caía sobre los paisanos.

Si alguno de ellos se le resistía ó intentaba sacar armas, ya podía contarse por muerto, porque el capitán sacaba entonces el revólver y lo dejaba seco de un tiro.

Y como esta operación la había hecho dos ó tres veces, los paisanos habían concluido por temerle mas que al mismo Gonzalez, mientras llegaba la oportunidad de agarrarlo sin el terrible revólver, arma que en aquel tiempo eran muy contados los capataces de estancia que la usaban.

Todos estos informes dió a Pacheco un guía mientras se encaminaban a la pulperia de D. Genarito.

! Pues entonces dijo este, es preciso quitarle el revolver con tiempo, no porque yo le tenga

miedo, sino porque no quiero verme obligado a matarlo por defender mi vida.

Le quitaré el revolver antes que pueda sospecharse quien soy yo, y sable a sable no me la ha de llevar muy ganada.

—Me parece bien, afirmó el paisano porque si llega a hacer fuego con aquel sacramento, creo que nos deja fritos a cuantos estemos allí.

Conversando así llegaron a la pulperia de D. Genarito, encontrándose allí con una reunión bastante numerosa, a causa de haber sido aumentada por los que de la última pulperia habían llegado antes.

Es rara la pulperia de campaña donde el sábado a la noche no hay reunión de gente.

Allí concurren los capataces y peones de las estancias vecinas, a distraer un poco las fatigas de la semana con unas horas de alegre charla, amenizada con la tradicional ginebra y unas cuantas payadas ó décimas, que dan a la reunión un carácter de fiesta.

La llegada de Pacheco produjo alguna sensación, a pesar de que aquella gente estaba acostumbrada a ver figuras mas patibularias que la suya.

Al principio ninguno lo reconoció, pero apenas se acercó al mostrador y pidió una copa uno de los paisanos, levantándose a impulsos, del mas cristiano terror, pegó el grito de:

—Animas benditas! ¿no es este el sargento Pacheco?

—Y se persigné ni mas ni menos que si hubiera visto al diablo.

Al oír el nombre de Pacheco, el capitán, que no lo había perdido de vista desde su llegada, dió un paso atrás como si se hubiera sentido atacado.

Muchos me han confundido con él respondió Pacheco, aunque después me han dicho que ese hombre era mas joven que yo.

Y haciéndose el indiferente, pero sin dejar de mirar de reojo al capitán, tomó la copa que había pedido.

Ante aquella respuesta el capitán pareció dudar, y dió vuelta a hablar con uno de los que con él estaban, como si quisiera tomarle opinión.

Pacheco hombre práctico en estas luchas desventajosas y viéndose descubierto, no quiso perder esta oportunidad que tal vez no volvería a repetirse.

Como el capitán al darse vuelta ofreciera al descubierto su costado derecho, saltó hacia él y le arrancó el revolver de los tiros de la espada.

Con aquella arma poderosa, venia él a ser el dueño de la situación, pues en cuanto su enemigo intentase sacar la espada podía matarlo.

Así lo comprendió este, sin alcanzar la ge-

nerosidad é hidalguía de Pacheco, quedando perplejo, sin saber que partido tomar.

—Yo soy el sargento Pacheco, bandidos! rugió este blandiendo el revólver—yo soy ese que ustedes han creído fúsilado, porque bastante se empeñaron para ello, y aquí vengo por el desquite que me deben.

El silencio que reinaba en la pulperia era tal, que se sentía clara y distinta la respiración de Pacheco, alterada por la ira.

El capitán comprendió que era hombre perdido, y que solo una casualidad podía salvarlo.

Dispuesto á aprovechar el menor descuido y no queriendo mostrar debilidad ó miedo delante de tanta gente, se cruzó de brazos frente á Pacheco y le dijo.

—Que hace que no tira, amigo? lo que es en mí, puede vengarse cuando guste.

—Usted no me conoce, mocito, dijo, yo le he quitado el revólver para que usted no me ase sine, pero no para tener yo una ventaja.

Vamos á pelear con armas iguales, y no porque quiera matarlo, porque yo me voy á vengar á azotes, para probarles que ustedes no sirven ni para que yo les limpie el facon en el pescuezo.

El capitán se puso lívido, pero no contestó una palabra.

Se sentía dominado por la ira y el deseo de lanzarse sobre aquel hombre, pero comprendía que el menor movimiento sería para hacerse matar y se contenía.

—Voy á buscar un sable que traigo entre las coronas, dijo, para que la cosa sea igual. Y se dirigió de espaldas á la puerta, diciendo al capitán:

No trate de aventajarme porque lo mato, y le apuntaba con el revólver.

El capitán no se movió de su sitio, dominado por la superioridad moral de Pacheco.

Al poco rato volvió á aparecer éste sonriéndose como si se tratara de una simple chacota y no de un duelo á muerte, como iba á ser aquel, al menos si la suerte de las armas protegía al capitán.

Tenia tal confianza de que no había de morir ese día que su fisonomía estaba tranquila y serena como en un día de carreras.

Cuando volvió á entrar á la pulperia, no se veía ya en su mano el revólver con que había salido.

Traía en la mano derecha el sable que quitó á los milicos de Dolores, y en la izquierda el pesado arriador con que había castigado al alcalde.

Cuando guste, maula, dijo desde la puerta y donde quiera.

Afuera hay mas campo, puede venir si gusta, que la luna está clara, pero sino le con viene yo iré adentro, aunque esto puede per judicar á su amigo el pulpero.

Al ver y escuchar á Pacheco el capitán respiró con libertad y sonrió como el hombre que vé alejarse el peligro que lo ha amenazado de muerte.

La cosa cambiaba de aspecto, ofreciéndole cincuenta probabilidades de salir airoso.

Sacó su larga espada, con un movimiento rápido y se lanzó afuera con paso seguro y semblante sereno.

Era tan gentil y hermosa la actitud de Pacheco, que el mismo don Genarito, amigo del capitán, deseó el triunfo de aquel desconocido que se conducía de una manera tan hidalga y brava.

Tanto él como todos los paisanos, salieron afuera á presenciar la lucha.

—Al primero que se mueva á prestarme ayuda, dijo el capitán, queriendo hacer alarde de valor, le doy una paliza en cuanto acabe con esta basura.

Pacheco soltó una alegre carcajada y enarboló su sable, preparándose á lo que sucediera.

El capitán cayó sobre él con una lluvia de hachazos y estocadas, que Pacheco evitaba ya con su sable, ya con el arriador ó ya saltando hácia atrás ó hácia los costados.

Muchas veces se encontraba bastante apurado, pues el enemigo que tenía al frente era diestro y fuerte que daba gusto.

—Si Pacheco no ataca pensaban los paisanos, esta vez no se luce, por que el capitán es duro y no lo vá á cansar así no mas.

En aquel mismo momento se oyó un «tomá mate» y los paisanos pudieron ver la cabeza de Pacheco bañada en sangre.

—Ahora sí, dijo este, sonriendo en vez de quejarse y parando los golpes que le siguió tirando el capitán.

Ahora si puedo golpearte, maula, sin que se diga que te he golpeado de arriba!

Y mientras con el sable acudía á parar una estocada dió vuelta el arreador y le dió con él un golpe terrible en la frente.

El capitán lanzó un quejido y vaciló un segundo bajando el sable.

Aquel segundo fué aprovechado por Pacheco con una rapidez vertiginosa.

Acometió al capitán concluyendo de aturdirlo de un puñetazo y volteándolo al suelo.

En menos de dos minutos, áquel hombre extraordinario, bañado por la sangre que salía de su cabeza, arrancó los tiros de la cintura del capitán y le lió fuertemente los brazos á la espalda.

Los paisanos lo miraban hacer, asombrados, creyendo que por lo menos lo había atado para degollarlo, pero otras eran las ideas de Pacheco.

Cuando concluyó de atar al capitán, pidió un vaso de agua con caña, que se apresuraron á alcanzarle.

Con ella se lavó la herida de la cabeza, echando lo que quedó en el vaso en la cara del capitán, para ayudarlo á concluir de volver en sí.

—Ahora, dijo, empieza mi venganza, de la única manera que puedo llevarla á fin con esta gente que me ha partido el alma.

Los que sabían lo que Pacheco hizo con el alcalde del Quequen, comprendían lo que allí iba á pasar, pero los demás tenían algún crimen feroz.

Cuando el capitán hubo vuelto en sí y tuvo plena conciencia de lo que le sucedía se le acercó Pacheco y le dijo.

—Ahora me toca á mí, compañero—ya le hice el gusto, ahora es preciso que me lo haga á mí mismo.

Y enarbolando su arriador empezó á sacudir al capitán una terrible tunda de guascazos, que el más suave de ellos, arrancaba ríos ayes y gritos de dolor.

El capitán clamaba por todos los santos y pedía á Pacheco perdón por todos los miembros de su familia.

Pero Pacheco ni disminuía por esto, ni aumentaba lo ríco de los golpes.

Con la flema de un inglés seguía aplicando los azotes, como quien cumple el deber más riguroso.

Para resistir semejante tunda era preciso ser de acero, y el pobre capitán, aunque era fuerte y de músculos duros, estaba muy lejos de ser de acero.

Se tenía que cansar más pronto de recibir, que Pacheco de dar.

Así, á los treinta ó cuarenta azotes aplicados de aquella manera, los quejidos del capitán eran tan débiles que apenas se podían escuchar.

Pacheco aplicó media docena de golpes más que bastaron para hacerlos cesar por completo.

El capitán no se quejó más: se había desmayado.

Para tener una idea de lo que eran aquellos azotes, baste decir que el arriador estaba hecho con unas dos varas de trenza de lazo, teniendo á sus extremos dos puntas de tientos de potro, capaces de levantar un cardenal en un pedazo de pergamino.

Pacheco desligó las manos del capitán y le azotó todavía el rostro con los tiros que le habían servido de esposas.

Aquello era cruel, pero era preciso tener en cuenta todo lo que aquellos hombres habían hecho sufrir á Pacheco, sin que este les hubiera dado el menor motivo con que pudieran atenuar su criminal proceder.

—Yo podría vengarme ahora, exclamó Pacheco, contemplando el mutilado cuerpo del capitán, yendo á buscar á la partida, pelearla

y matar dos ó tres soldados, con las armas que tengo.

Pero esto no satisfaría en nada mi venganza, pues aquellos infelices no hacen más que cumplir con lo que les mandan.

Yo tengo que vengarme de esta manera, sin matar, y con los Jueces de Paz que mandan ejecutar todo género de infamias, para que mi venganza sea ejemplar y la recuerden toda la vida.

Nadie me acusará de alevosía, siguió diciendo, puesto que yo he luchado con este hombre hasta recibir una herida de sus manos, pero aún no estoy contento.

Para que yo esté contento, es preciso que haya azotado así unos dos ó tres Jueces de Paz, empezando por el del Moro, que ha sido el más injusto y canalla de cuantos me han perseguido.

Pacheco quiso empezar por el Juez de Paz del Moro, para no tener que hacer allí otro viaje, pero se encontró con que el día antes este había marchado á la ciudad y no volvería muy pronto.

—Me contentaré con esto por ahora, dijo, ¿cómo ha de ser!

En cambio, concluyó, cuando pegue la vuelta, les prometo hacer bailar un Juez de Paz en la punta de mi arriador.

Los paisanos miraban á Pacheco con creciente asombro.

No era frecuente encontrar un hombre con tantas prendas de corazón reunidas y dotado de un carácter tan elevado y tan franco.

Las prendas de corazón cautivan al paisano, y lo que allí había hecho Pacheco desde que llegó cautivo á los presentes, incluso al mismo don Genarito que declaró que en su vida había visto un hombre tan completo como aquel.

Todos regresaron á la pulpería á olvidar sus emociones, quien con una *sangría*, quien con una ginebra y quien con un vaso de la tradicional caña con limonada.

Allí hicieron que Pacheco les refiriera sus penas, lo que hizo este sin hacerse rogar mucho y sin olvidar la historia del ladrón de la caldera, con cuya relación el paisanaje estuvo entretenidísimo hasta la madrugada del día siguiente.

Pacheco entonces recogió todas las armas que habían pertenecido al capitán, las que repartió entre su cintura y las caronas.

Parece que desde que andaba en guerra con la justicia, quisiera coleccionar todas las armas tomadas al enemigo.

—Ahora, dijo, me voy á mi guarida del Quequen, algo más consolado puesto que me han pagado una parte de lo que me deben—ya pegaré la vuelta para cobrar el resto, no hay cuidado!

Ahora, compañeros, agregó, si acaso quie-

ron decir que yo he madrugado al capitán ó lo he querido asesinar, les pido cuenten la cosa tal como ha sucedido.

—No tenga cuidado, amigazo, le contestaron, todos han de saber con sus pelos y señales, como ha sucedido la cosa y el por qué lo ha hecho usted.

Pacheco se despidió de aquella buena gente que con aquel motivo quedó recordando sus antiguas proezas, y tomó á gran galope la dirección de su cueva del Quequen, conocida desde su aventura con el alcalde, por la cueva del tigre.

Allí refirió á Juana lo que había hecho desde su salida, sin omitir el más pequeño detalle.

—Este es el principio, concluyó, pues yo no me doy por vengado hasta que no haya hecho lo mismo con media docena de alcaldes.

—Basta por Dios con lo que has hecho, le contestó Juana bañada en llanto.

No me gusta que sigas ese camino de venganzas, porque al fin y al cabo te van á armar una celada en la que caigas sin apercibirte de ello.

—Será lo que Dios quiera, contestó Pacheco con firmeza, pero me tienen que pagar todo lo que he sufrido, á fuerza de golpes, que es de la única manera que puede pagar esa gente.

Todo ruego fué inútil, como la primera vez. No había consideración humana capaz de hacer volver á Pacheco de su inquebrantable propósito.

De todos modos, y aunque no quisiera, estaba en lucha abierta con la justicia.

El juez del crimen de Dolores había enviado circulares á toda la campaña y Pacheco era buscado por las partidas de plaza con más empeño que nunca.

—Si caigo en poder de ellos, pensó Pacheco, puedo tener la muerte como cosa segura.

De donde dedujo que no le quedaba más camino que luchar y luchar con toda la fuerza y firmeza de su alma.

Pacheco había adquirido los vicios inevitables que eran capaces de engendrar diez y ocho meses de cárcel.

Bebía con frecuencia hasta quedar postrado y jugaba de tal manera, que si la suerte no se hubiera mostrado siempre un poderoso aliado, no hubiera quedado sin camisa.

No había perdido por esto la costumbre de impedir por todo medio á su alcance cualquier lucha que se armaba delante de él.

—Los paisanos no deben pelear entre sí, les decía, porque deben guardar su valor y bríos para luchar con la justicia, nuestro común enemigo.

Y los que estaban dispuestos á desstriparse un momento antes, depusieron las armas y cedieron á la palabra de aquel ser extraordinario,

hasta el extremo de estrecharse la mano conque muchas veces acababan de azotarse el semblante.

Esto era causa de que en todas las casas de negocio lo recibieran con muestras de alegría, pues sabían que estando allí Pacheco no sucedería escándalo.

Y muchos de ellos llegaban hasta esconderlo cuando se presentaba alguna partida numerosa con la que no podía luchar.

Desde su vuelta al Quequen, Pacheco tuvo diversas luchas con las partidas que salían á aprenderlo creyendo que esto fuera cosa fácil.

Como tenía hecho el firme propósito de no matar á nadie, cuando la partida era muy numerosa, huía siempre en su magnífico caballo hasta ganar su cueva del Quequen, donde nadie se atrevía á irlo á buscar.

Cuando la partida era menos numerosa y le ofrecía alguna probabilidad, le hacía frente y entonces su formidable arriador se convertía en una máquina de hacer cardenales y aun obispos.

Muchas veces alguna partida llegó hasta la misma boca de la cueva, pero allí se les presentó el tigre con armas de fuego, y abandonaron su propósito.

Quien es el que se habría atrevido á entrar primero á la cueva!

Estos diferentes combates con partidas de plaza en los que Pacheco había hecho gala de no querer matar á ninguno, concluyeron por darle una fama verdaderamente fantástica.

Y sin embargo de esta conducta, sus horribles asesinatos, inventados en las trastiendas de las pulperías ó en los juzgados de Paz, corrían de boca en boca, corregidos y aumentados.

No se cometía un crimen, aunque fuera á cien leguas de distancia de donde se hallaba Pacheco, que no se dijera al momento.

—Pacheco es el autor.

Y esto llegaba hasta el extremo que muchos de aquellos célebres funcionarios, daban el dicho por hecho, y sin otra prueba, consignaban en su parte que Pacheco era el autor de aquel criminal crimen!

Por todas estas razones empezaron los milicianos de otros partidos á llamarlo el *Tigre del Quequen*, nombre con que se le designaba hasta en las mismas órdenes de prisión «vivo ó muerto» que contra él se dictaban.

Este sobre nombre que al principio mortificaba los nobles sentimientos de nuestro héroe alcanzó á hacerse tan popular, que él mismo llegó á aceptarlo como un nombre de guerra.

Pacheco no faltaba á ninguna de las carreras que por allí se decían, pues el juego de los caballos y aun el de los naipes eran su quita penas.

En estas se había encontrado muchas veces

con partidas de plaza mas ó ménos numerosas, pero eran muy contadas las que se habian atrevido á provocar con el menorademan las iras del Tigre del Quequen.

Así vivió ocho años consecutivos aquel hombre extraordinario, en una lucha à muerte contra todas las justicias de paz, sin poder

darse el placer de ver á un juez de paz estirado á azotes dados por él.

Véamos la cantidad de «criminales crímenes» y horribles asesinatos que en aquel tiempo le acumularon, hasta formar la voluminosa causa que es una de las mas curiosas de las que forman el archivo de nuestros tribunales del crimen.

## UN AMOR DESVENTURADO

Algunos cólegas nos han reprochado como un delito digno del mayor castigo, el que hacemos abrazado la defensa del gaucho argentino, pária en su propia tierra, y condenado á servir eternamente bajo el sable del comandante militar, y el azote de la autoridad del Juez de Paz.

Defiende á los mas famasos criminales, con menoscabo de la justicia, nos han dicho, cerrando los oidos á las razones que todos conocen.

Mentira!

Nosotros no hemos defendido nunca el crimen con menoscabo de la justicia, ni de nadie.

Hemos defendido al gaucho, ese tipo noble é inteligente, perseguido en su propio hogar y precipitado à los cuerpos de línea y á la senda del crimen, por nuestra famosa justicia de Paz, entregada al mas completo abandono.

La historia de Moreira, de Cuello y de Pacheco, es la historia de todos nuestros gauchos.

Sus crímenes consisten en tener amor á una muger hermosa de quien se ha enamorado el alcalde, el otro un campito que desea para sí el juez de paz, el otro un parejero que no se lo ha querido vender al secretario del juzgado y el otro en fin que tiene un voto electoral que no ha querido dar al comandante militar.

Que hacer para quitar al paisano su mujer, su campo, su caballo ó su voto?

Pues mandarlo á la frontera condenado al servicio de las armas, de donde si vuelve, será ya un viejo enflaquecido por los tormentos de la ordenanza, tendrá sus músculos rotos por el cepo colombiano y los huesos quebrados por la pena de azotes.

El gaucho vuelve de la frontera en aquel estado y encuentra su hogar deshecho, por que su mujer y sus hijos han tenido que buscar un amparo contra el hambre, entregándose al vicio; su hacienda ha sido repartida entre los que lo enviaron á la frontera, y su nombre figura votando en la lista que confecciona su juez verdugo.

Y así este hombre, á quien se ha oprimido el corazon de todas maneras, se deja arrastrar por el dolor y la furia, y da una puñalada, es un criminal cobarde á quien se condena á la última pena.

Así han sido empujados al camino de lo venganza Moreira, Pacheco y otros gauchos, á quienes se ha querido hacer pasar como grandes criminales, muchos de los que, como Moreira, han pagado con su vida el delito de poseer una muger hermosa ó un buen cam pito.

Rechazamos, pues, in limine, el calificativo de defensores del crimen, que nos han lanzado algunos pobres de espíritu.

Somos defensores del gaucho argentino, por que es un hombre noble é inteligente, lleno de hermosas prendas de corazon y siempre dispuesto al sacrificio heroico y abnegado.

Lo defendemos porque sus derechos son desconocidos y escarnecidos siempre, porque vive siempre bajo el azote de esa inquisicion que para él se llama justicia, y porque es esa misma justicia la que los ha empujado, no al camino del crimen que rara vez recorre el gaucho, sinó al camino de la venganza, única que le dejan libre.

Si esto merece el calificativo de defensores del crimen, no sabemos cual se deberá aplicar entónces á los que defienden esa misma justicia de paz, enemiga á muerte del mas hermoso tipo de la tierra americana—el gaucho argentino!

Dónde hay un soldado mas abnegado y mas bravo que él?

Sobre qué sangre, sobre qué carne se ha cubierto de gloria la bandera que constituye hoy nuestro justo orgullo nacional?

No queríamos dejar sin respuesta el gratuito é injusto cargo que se nos ha hecho, y lo hemos contestado con estas cortas líneas, pudiéndolo contestar con un libro de horrores.

Continuemos ahora con nuestra historia, la quinta en la série de dramas policiales, que

habrá publicado LA PATRIA ARGENTINA, y que es una prueba palpable de lo que mas arriba hemos consignado.

En el año 1871, tuvieron lugar en el Tandil aquellos sangrientos sucesos que tanto conmovieron nuestra sociedad, historia que publicaremos mas tarde, pues estamos en posesion de los mas preciosos datos.

Una masa de hombres, guiados por el mas terrible fanatismo, pasaron á cuchillo gran parte de las familias extranjeras que habitaban en el Tandil, sin perdonar ancianos ni inofensivas criaturas de meses, que degollaron en los brazos de sus propias madres.

Aquella horda de locos, capitaneada por el célebre *Tata Dios*, despues de esterminar todas aquellas familias á cuyo domicilio pudieron entrar, presentaron batalla á campo, y sin mas armas que sus facones, á la tropa regular que salió á prenderlos.

Sucedió entonces lo que lógicamente era de esperarse.

Gran parte de los asesinos murieron sobre el campo de batalla, siendo los demas hechos prisioneros y entregados á la justicia de los hombres.

Ni uno solo escapó.

Sin embargo no faltó quien dijera que el Tigre del Quequen habia andado entre ellos, desempeñando el rol mas sangriento, y no faltó quien lo creyera, pasando esta acusacion á engrosar las de su voluminoso sumario.

En vano demostró Pacheco hasta la evidencia en donde habia estado, no se le creyó ó no se lo quiso creer.

En aquellos tiempos Pacheco se habia encontrado en las Cinco Lomas, campos de Lara, en casa de Antonio Ponda!, con quien lo ligaba una estrecha amistad.

El alcalde Velasquez que tenia un profundo aprecio por Pacheco, á causa de buenos servicios que este habia prestado, corroboraba la asercion de Ponda!.

Cuando los sucesos del Tandil, decia, Pacheco estuvo en las Cinco Lomas, negándose á concurrir á unas carreras que ese mismo dia debian correrse en los campos de Lara.

Pero cómo era posible que en sucesos tan sangrientos no hubiera tenido parte el Tigre del Quequen?

Esto parecia tan imposible, que no se tuvo en cuenta la aclaracion y de nada sirvieron las pruebas que se presentaron y el supuesto crimen fué agregado al sumario.

Poco tiempo despues tuvo lugar otro suceso que consternó verdaderamente á los habitantes de la campaña sud y oeste.

El tremendo cacique Calfucurá se habia presentado al frente de cinco mil lanzas ele-

gidas, y habia traído la invasion mas terrible de que se tenga memoria.

Los arreos que llevó aquella invasion pasaban de cien mil cabezas, y el número de cautivos y cautivas llegaba á una cifra aterradora.

Tan poderosa era aquella invasion, que Calfucurá al salir, creyéndose invencible, campó en el fuerte San Carlos, donde permaneció cinco dias esperando fueran las tropas que guarnecian la frontera.

Allí acudió el benemérito general Rivas con las fuerzas de la frontera Sud á sus órdenes que fueron las primeras á quienes Calfucurá presentó batalla con su formidable línea de cinco mil lanzas.

Las tropas de Rivas eran muy reducidas, combatieron con denuedo, pero hubieran sido aniquiladas sin la oportuna llegada del noble y bravo coronel Borges que al frente de la division que guarnecia la frontera Oeste y Norte de Buenos Aires, vino á decidir la victoria que tanto se deseaba.

Fué aquel un hermoso combate!

Los indios reciamente batidos, tuvieron que abandonar el campo de batalla, dejando los arreos y una gran cantidad de muertos y prisioneros.

Sin embargo durante el combate varios capitanejos abandonaron el campo, llevando cautivos y abundante arreo.

Aquella invasion habia venido como todas las demás, segura de hacer una buena presa y de derrotar á cualquier tropa que hubiera salido á batirla.

Calfucurá era gran vaqueano de aquellos parajes, de modo que sus golpes fueron llevados á las Estancias mas pobladas de ganado, cuya situacion conocia admirablemente.

Sin embargo no faltó quien lanzara sobre Pacheco una acusacion odiosa.

El Tigre del Quequen, dijeron ha sido el que ha servido de vaqueano á Calfucurá.

Hace mucho tiempo que se habia ido tierra adentro, dijeron, y recien ha aparecido mezclado á la invasion, y robando á la par de los indios mas bandidos, á quienes cambiaba cautivos por hacienda orejana.

Esto era consignado por autoridades de campaña que querian verse libres, á todo trance, de tan formidable enemigo.

Y la conducta de Pacheco, cuando aquella invasion, habia sido el extremo opuesto de lo que se decia.

Cuando la invasion tuvo lugar, Pacheco, que como todos los vecinos del Quequen, ignoraba qua hubiese indios adentro, habia ido al Cristiano á cobrar unas vacas y ovejas que desde antes de caer preso le debia un compadre y amigo.

Aquel satisfizo la deuda, y Pacheco regresó

al Azul á recoger decía de otro compadre, unas prendas que allí habia dejado.

Cuando Pacheco llegó, el compadre no estaba en casa, donde encontró un viejo amigo que tambien lo estaba esperando.

Despues que hubieron cambiado aquellos saludos y palabras de amigos, que hace tiempo no se ven, cada uno de ellos esplicó al otro el motivo de su presencia allí.

—Don Pablo no puede tardar, dijo el amigo, ha de andar recojiendo y ahorita no mas cae.

—Es el caso que yo no puedo hacer nada aquí y como el compadre me ha dicho que cuando venga y no lo encuentre busque las llaves en aquellas matitas al lado del pozo, voy á sacar las prendas y á irme.

Los dos amigos buscaron la llave por todas partes, pero no pudieron hallarla.

Sin duda se ha olvidado, dijo Pacheco, voy á esperar hasta la oracion, y si no ha venido, me voy.

Los dos amigos se sentaron bajo el alero del rancho, á destripar una vincha blanca que, como buen gaucho, no se le caia de los tientos al amigo con quien se encontró Pacheco.

El sol iba cayendo suavemente en el ocaso, mandando sus últimos rayos que se estendian sobre el verde campo como un manto de púrpura.

Era una de aquellas espléndidas puestas de sol que hemos solido admirar en las clásicas acuarelas del maestro Agujari, que parecen el sueño de una imaginacion poética.

Ya empezaban á vagar entre los últimos destellos del dia las primeras sombras de la noche, cuando el ojo práctico y escudriñador de Pacheco, observó un polvo que se levantaba hácia su derecha, entre unos médanos.

—Allí viene el compadre, dijo, arriando sus animales.

No creí que tuviera tanta hacienda.

El otro paisano se tendió de barriga en el suelo, y miró hácia los médanos que le indicaba Pacheco.

—Es verdad, dijo, vamos á salirle al encuentro y así evitaré que mi tropilla se vaya á mezclar con las que él viene arriando.

Los dos paisanos montaron á caballo y tomaron la direccion que creian traia el compadre.

Ya no solo se vieron potros, sino una buena cantidad de caballos que arriaban tres ó cuatro hombres.

Eu aquel mismo momento y cuando empezaban á desconfiar de la catadura de los que venian, se levantaron otros polvos á la izquierda y vieron otras tropillas y yeguas que avanzaban, al parecer arriadas precipitadamente.

Pacheco miró á su compañero con algun desaliento, mientras le decía:

—Se me hace compañero, que hemos caido entre una indiada.

—Y lo peor es, respondió el paisano, que me llevan allí mi tropilla, y que si disparamos nos van á ver y á alcanzar.

Todavia no nos han visto, dijo Pacheco, pié á tierra compañero y á ganar el pajonal.

Y al mismo tiempo que decía esto desmontaba, sacaba el sable que llevaba entre las caronas, y en cuatro piés, se dirigió al pajonal, llevando el caballo de la rienda.

El paisano compañero, bastante impresionado pues era la primera vez que se encontraba entre indios, y de tan mala manera, imitó la accion de Pacheco, resuelto como él, á vender cara la vida.

Los indios, pues indios eran realmente, engolfados en la caballada que venian arriando, no vieron sin duda á los paisanos, pues siguieron su camino animando el arreo.

Pacheco observó desde su pajonal, que los indios venian con los caballos muy cansados, lo que significaba que venian de muy lejos.

Llevamos la media arroba dijo á su compañero, ellos vienen con los caballos aplastados, mientras los nuestros estan frescos—no nos hacen nada si nos llegan á descubrir.

Y los que traen mi tropilla, añadió el compañero, mas animado por estas observaciones, son los que vienen mas cansados, pues los caballos que montan apenas andan al trote con mucha dificultad.

Los grupos que habian aparecido á la derecha y la izquierda pasaron de largo, cosa que no sucedió con el que venia por el centro, arriando la tropilla del compañero de Pacheco.

Este grupo, cuyo arreo era de mas de doscientos animales, lo componia unos seis indios de lanza, que llevaban dos mujeres atadas sobre un caballo y que no podian ser sino cautivas.

El grupo hizo alto á pocas varas del pajonal donde estaban los amigos y desensillaron sus caballos, con intencion de mudarlos en aquella tropilla que acababan de robar.

—Este es el momento, dijo Pacheco, yo que tengo revólver, voy á ver si volteo á uno de ellos.

En seguido y provechando la confusion del primer momento, podremos disparar y arriando una tropilla y salvando aquellas dos pobres mujeres.

Convenidos en esto y aparejándose á saltar sobre los caballos en cuanto se produjera la detonacion del revolver, Pacheco tomó de blanco al que parecia hacer cabeza del grupo y disparó su arma.

El salvaje rodó por el suelo soltando el caballo que iba á enfrenar, mientras el mas

terrible espanto se pintaba en el rostro de los demas.

Pacheco y su amigo salieron montados, del pajonal y cayeron sobre los indios como si hubieran salido de las entrañas de la tierra.

El terror de los salvajes no reconoció límites.

El espanto los ganó por completo y saltando sobre el caballo que tenían mas á mano, echaron á disparar de una manera vertiginosa.

—A no perder tiempo! gritó Pacheco, que sabia que los indios volverian, una vez que se les pasara la primer impresion de espanto, y que entónces eran perdidos.

A no perder tiempo y á salir de aquí lo mas pronto posible.

En el acto, y con esa práctica asombrosa del hombre de campo, se pusieron á arriar la tropilla, sin olvidar al caballo donde estaban amarradas las dos mugeres, que aun no se atrevian á creer en aquella felicidad inesperada.

Los paisanos, arriando siempre la tropilla, galoparon como dos horas, de una manera desesperada, mudando caballos al cabo de ellas y siguiendo al galope que parecia ya una carrera desenfrenada.

Al otro dia muy de madrugada los paisanos llegaron á poblado, con las dos cautivas salvadas y la noticia de que habia una invasion de indios.

Pero allí supieron que aquellos no eran mas que pequeños grupos que se habian salvado del terrible combate de San Carlos.

Pacheco, en descargo de la acusacion donde se le atribuia haber sido el vaqueano de los indios, presentó las pruebas de lo que hemos narrado.

Pero habia declaraciones de alcaldes que lo acusaban, y por mas monstruoso que parezca, las pruebas no le sirvieron de nada.

Parece imposible pero hay veces que la simple declaracion de uno de aquellos famosos alcaldes de campaña, vale mas que todas las pruebas que puede presentar un pobregauchó, que segun la justicia nunca debe tener razon.

Pacheco, ya desencantado de la vida, y dan dose cada vez mas á la ginebra, porque con ella olvidaba sus pesares, se volvió á su madriguera del Quequen, á distraerse con los halagos de Juana y Justa, que era ya una muger bastante hermosa.

Una mañana ensilló su caballo para ir al campo del conocido hacendado señor Subiaurre donde al dia siguiente debian tener lugar unas carreras de interés.

A aquella fiesta lo habia invitado su amigo Juan, única persona que, fuera de su familia, le profesaba un verdadero y leal cariño.

Cuando Juan y Pacheco llegaban al campo donde debian efectuarse las carreras, el capataz de Subiaurre tenia una cuestion con uno de los peones á consecuencia de una carrera

que habian hecho y de la que el peon se habia echado atrás cuando se trató de depositar el dinero.

En momentos en que Pacheco y su amigo Juan llegaban á donde estaba el capataz con ánimo de calmarlo, este sacaba el revólver para repeler la agresion del buen peon que se le venia encima daga en mano.

—Alto ahí! gritó Pacheco lanzándose al medio —nadie pelea como no sea contra la justicia de Paz.

Pero estaba de Dios que aquel hombre no habia de vivir un solo dia sin que alguna nueva desventura se cruzara en su camino.

Apenas habia andado unas cinco varas, dió un tropezon en el tronco de un árbol aserrado y cayó sobre el brazo derecho.

Una detonacion se oyó simultáneamente y uno de los que formaban el grupo cayó al suelo lanzando un grito de muerte.

El tigre del Quequen! exclamó el peon sorprendido y guardó precipitadamente la daga, obedeciendo instantaneamente á aquella voz.

—El amigo Pacheco! exclamó á su vez el capataz —déjeme matar á ese ladron que me ha robado una parada.

—Nadie mata á nadie como no sea á un justicia, replicó Pacheco sonriendo, venga el revolver y tengamos paz, amigos. Y como si temiera que la disputa volviera á empezar, quitó al peon la daga y pidió el revolver al capataz que se lo entregó sin la menor resistencia.

Todos marcharon juntos hacia el sitio donde estaban los caballos que debian correr, y que Pacheco habia pedido ver para hacer sus paradas, con arreglo á la facha de cada cual.

Pacheco habia caido sobre el rewólver del capataz que llevaba en la mano, el rewólver habia hecho fuego, y para que la situacion de aquel hombre fuera mas desesperante, la bala habia ido á herir de muerte á su amigo Juan, su único amigo sobre la tierra.

—Yo estoy maldito hasta del mismo diablo! gritó Pacheco y corrió desolado hasta su amigo, cuyo cuerpo levantó entre sus brazos de hércules, llevándolo á las piezas del capataz.

Desde la muerte de Marcos, era la primera vez que Pacheco se estremecia hasta las lágrimas.

En vano se prodigaron al amigo Juan los mas cariñosos cuidados, todo parecia inútil.

La muerte marchaba rápidamente sobre aquella juvenil cabeza.

Pacheco lloraba como un chiquillo y aseguraba que nunca se conformaria con tan desventurada desgracia.

—No es nada, amigo, le decia Juan tristemente, sin que la presencia de la muerte le infundiera el menor pavor.

Usted no tiene la culpa de esto, Dios lo ha



brá querido así y no hay mas que consolarse.

¡Qué vamos á ganar con aflijirnos!

Pacheco montó á caballo y se fué en busca de médico, calificativo que en la campaña se dan los curanderos, pero el que trajo no supo hacer mas que lo que hiciera buenamente la naturaleza.

El pobre Juan murió á los tres dias de haber sido herido, pidiendo que la justicia no se metiera con Pacheco, pues él no tenia la menor culpa de lo que habia sucedido.

Pacheco se sintió desfallecer ante el cadáver de aquel amigo, muerto por su mano, y corrió voluntariamente con todos los gastos que originó su asistencia y su muerte.

Nadie se atrevió á hacerle el menor cargo por aquella muerte casual, acaecida delante de tantas personas, y Pacheco se retiró á su cueva, donde se encerró, permaneciendo mas de ocho meses sin asomarse afuera á tomar el aire.

Cuando Juana lo instaba porque saliera á distraerse, aunque fuera un momento, Pacheco se negaba y respondia

—Tengo miedo de que me suceda una desgracia mayor aun—prefiero no moverme de aquí.

Fué entonces Juana la encargada de salir á cuidar las haciendas, y viajar hasta Dolores para vender la lana y correr con todo lo que concernia á negocios de campo.

Durante estos ocho meses de encierro, el corazón de Pacheco, adormecido por las desventuras, se sintió revivir una noche, ante la mirada de fuego de Justa.

Esta lo acariciaba tratando de mitigar sus penas, y aquel corazón tan rico en sentimientos, se estremeció en una nueva vida, sintiendo nacer un amor poderoso, mas fuerte y mas intenso que el que habia sentido por Juana.

Aquel hombre puso toda la energia de su espíritu, al servicio de matar aquel amor que nacia, sintiendo horror al solo pensamiento de que pudiera crecer, pero todo fué inútil.

Pacheco amó á su entenada con todo el vigor de su alma ardiente, sintiéndose morir de felicidad al escuchar las cariñosas palabras con que aquella queria distraerlo de sus penas.

Una noche en que para acallar la lucha que sostenia en su espíritu, habia bebido mucho, el alcohol desató su lengua, y dijo lo que tanto tiempo habia guardado.

Reveló á Justa que él no era su padre y con palabras que parecian sollozos, le pidió su amor.

Justa hacia mucho tiempo que conocia aquel secreto y el de su nacimiento.

Amaba á Pacheco desde entonces, sin haber dejado entrever nunca su amor, y lo amaba con un amor intenso é incommovible.

El corazón y las desgracias de aquel hombre habian hecho nacer el amor que iba á ser la última desgracia de Pacheco.

Al encontrarse amado de aquella manera, Pacheco se sintió feliz hasta el delirio, y dejándose arrastrar por la pasión y el licor se entregó por completo al amor de Justa, que tan imposible le habia parecido, haciéndola su amante.

Nada se ocultaba en el campo por ignorado que parezca, y aquel amor fué conocido nueve meses despues cuando ya no se podia cubrir sus consecuencias.

Como Justa era conocida por hija de Pacheco, los que conocieron aquella tremenda historia, exclamaron:

—El Tigre del Quequen tiene amores con su hija, y se sintieron estremecer de horror.

Y no faltó quien aumentara la cosa, asegurando que el Tigre del Quequen tenia amores con sus hijas.

La vida de aquella cueva hizo nacer en Pacheco una enfermedad terrible, que lo tenia postrado semanas enteras, sin salir de su madriguera.

Habia contraído un reumatismo agudo que trataba de combatir con remedios á su alcance, como grasa de potro y otros remedios de campo.

Habia empezado á cobrar un invencible tedio á la existencia, que para él no tenia una sola faz agradable.

Los amores con Justa le habian hecho olvidar momentáneamente sus pasadas desventuras.

Pero una vez que la primer impresion de aquella pasión hubo pasado, el hastío de la vida volvió á ganarlo de tal manera, que se hubiese hecho matar por la primer partida que le hubiese salido al camino, sinó fuera que estimaba una ignominia para el tigre del Quequen, morir á manos de una partida de milicianos.

En los períodos que el reumatismo le daba algun alivio, ensillaba su mejor caballo y se iba á recorrer las pulperias conocidas, donde jugaba á los naipes y bebia con exeso, para engañar el profundo hastío que lo dominaba.

Juanita no podia mirar sin un dolor inmenso, la pendiente horrible por donde marchaba aquel hombre á quien habia amado con una verdadera pasión.

Sus ojos de mujer, y de mujer enamorada, habian comprendido lo que habia pasado entre Pacheco y Justa.

Su corazón de madre habia recibido con toda abnegacion la herida abierta en él por la traicion de su hija, y lloraba amargamente y á escondidas, como si pretendiera encontrar en las lágrimas un lenitivo á su inmensa desventura.

Justa se había enamorado con todo el ardor de sus quince años, de aquel hombre extraordinario, y lloraba también sus ausencias, con resignación unas veces, y ardiendo en ellas otras.

Pacheco no podía mirar sereno aquellas cenas en que las dos mujeres, adivinando lo que pasaba en el agno espíritu, trataban de ocultarse las lágrimas y engañarse mutuamente, así es que su misma cueva se le había hecho odiosa é insoportable.

Allí iba solo á guarecerse de la persecución de las partidas de plaza; y para combatir la mortificación que experimentaba en su hogar, buscaba un refugio en la ginebra y la caña.

La vida, pues, empezaba á hacerse para Pacheco una carga harto pesada, carga que solo podía hacerle sobrellevar su orgullo de no ser vencido en aquella lucha á muerte á que había retado á la justicia.

Juana no le había hecho nunca la menor recriminación, lo que lo mortificaba como el mas amargo de cuantos reproches pudiera haberle dirigido.

Justa miraba con resignación las caricias en que se deshacía Juana para consolar á Pacheco y sentía un remordimiento terrible por haber cedido á aquel amoroso impulso de su corazón, que no había sabido medir el abismo á que rodaba.

El Tigre del Quequen tiene amores con sus hijas, repetían sordamente en las pulperías, y no había faltado Juez de Paz que se encargara de poner en conocimiento del gobierno aquellos nuevos crímenes del feroz salteador, pidiéndole el concurso de una compañía de línea para reducirlo á prisión, allí en su madriguera, donde se creía invencible.

Pacheco tuvo escenas violentísimas para desmentir aquellas calumnias, pero solo logró que la cosa se hiciera mas pública aún.

—Esa muchacha no es mi hija, había dicho varias veces, y el que quiera estar bien con su pellejo no debe repetir esa infamia.

Pero el hombre es maligno por naturaleza y ya hemos dicho—no solo repetían sordamente que Pacheco tenía amores con su hija, sino que aquellos amores los hacían esensivos á todas las hijas del Tigre.

Una noche que Pacheco entraba á una pulperia, halló un paisano algo divertido, que comentaba la calumnia con graciosos dichos y sus punzantes epigramas de gaucho.

Pacheco no pudo contenerse y entró á la pulperia desnudando el puñal.

—A usted no le hago cargos, paisano, dijo al que hablaba, porque usted está borracho, pero á todos estos que lo escuchan y lo festejan, les prometo que los he de coser á puñaladas y que si no lo hago ahora es porque

yo no sirvo para matar así de gusto y valido de que me tienen miedo.

—Yo no le sé tener miedo á nadie, amigo Tigre, respondió uno de los paisanos, de elevada estatura y musculatura atlética, puede ser que en mi encuentro usted lo que todavía no ha encontrado en las partidas de plaza.

—¿Y qué es lo que no he encontrado? preguntó Pacheco con una altanería infinita.

Su tata, amigo Tigre, contestó el paisano con firmeza, y un tata que lo va á hacer volver loco á azotes.

—Pues á salir afuera repuso Pacheco, amigo lengua larga, á ver como son los tata postizos.

El paisano desajudó á su vez una daga que parecía un sable, y salió afuera de la pulperia, con ademán sereno y rostro sonriente.

Era aquel indudablemente el enemigo mas terrible con quien se había medido Pacheco, y él lo conocía.

Juan Aguilar, que así se llamaba, había sido siempre un hombre de pocas palabras, y firme para cumplir sus amenazas, arreglada siempre á lo que se consideraba capaz de hacer.

En cuanto los paisanos se encontraron frente á frente, se acometieron con pujante brio.

Las dagas se encontraron ríciamente, y á los primeros golpes los ponchos quedaron hechos girones.

Pacheco, que había salido de la pulperia enconado y con malas intenciones hácia su adversario, se serenó inmediatamente al verse frente á frente del peligro, y se apoderó de él ese invencible deseo de vencer y humillar á su contrario sin herirlo, por lo mismo que veía en él un adversario fuerte y sereno.

Los paisanos habían salido afuera á contemplar aquella lucha, opinando unos que la victoria estaría por Aguila, y otros que el vencedor, como siempre, sería el Tigre, á quien parecía ayudaba el diablo.

La lucha era dura, sin que los adversarios hubieran logrado sacarse la menor ventaja.

De pronto Aguilar amenazó un hachazo y se tendió en una puñalada tan rápida que fué imposible á Pacheco evitarla en toda su intensidad.

La daga de su adversario le penetró como dos pulgadas en el costado izquierdo.

Pacheco miró como el que le sucede una cosa que ha visto venir de mucho antes y que ha juzgado inevitable, y redobló el número de sus golpes.

Aguilar palideció, había creído aquella herida mucho mas profunda de lo que en realidad era, y se asombraba ante la entereza del que la había recibido.

Por instinto de propia conservación, evitó con los brazos y los girones que le quedaban del poncho los golpes con que lo atacaba Pache-

co y le tiró otro puñalada rápida y récia, á la barriga, de abajo arriba.

Pacheco no pudo evitar aquel nuevo golpe, y la puñalada, sin duda por la posición de la daga, penetró una media pulgada, describiendo un tajo de unos cinco centímetros de longitud.

Aguilar saltó hácia atrás esperando ver el efecto de aquella nueva herida, pero Pacheco volvió á sonreír con magnífica soberbia y esperó la nueva acometida, á *cuerpo gentil*, pues su poncho se hallaba ya completamente despedazado, sirviéndole mas bien de estorbo que de defensa.

—Que todavía no tenés bastante? preguntó Aguilar, con aire asombrado.

—Puede que tenga, contestó el Tigre, pues es el caso que ahora me toca á mi, y yo cuando pego, soy un poco mas grosero, amigo.

Aguilar acometió entonces, decidido á concluir con su adversario.

Pero fuese que las heridas hubieran dado á Pacheco nuevos bríos, fuese que hubiera estado escondiendo el juego, se encontró con un enemigo mas entero y mas brioso que al principio de la lucha.

Los nuevos golpes fueron parados por Pacheco con maravillosa destreza, notando por la intensidad de estos que Aguilar empezaba á fatigarse.

De pronto se encogió como una culebra tirándole una puñalada al vientre, y cuando Aguilar se lanzó rápido á evitarla, se alzó, y con el revés de la daga le dió un golpe de los que los paisanos llaman *entre las espas*.

Aguilar, aturdido, vaciló un momento sobre sus piés, buscando en el espacio un punto de apoyo.

Pacheco no le dió tiempo á rehacerse—lo acometió con la rapidéz y el empuje de un verdadero tigre, desarmándolo y volteándolo al suelo, apesar de lo atlético de aquel cuerpo.

Apenas cayó le oprimió el pecho con las rodillas y empujando con la izquierda la cabellera del caído, le alzó la cabeza y le pasó precipitadamente la daga por el pescuezo.

Los paisanos que habian presenciado la lucha lanzaron un grito de terror, mientras Pacheco los envolvía en una mirada altiva y dominante, levantándose desde aquel cuerpo exámine.

Pero no pudieron dominar su asombro cuando vieron que del cuello de Aguilar no salía sangre.

Pacheco se levantó nuevamente de sobre el cuerpo del vencido, y les dijo:

—Ustedes son testigos de que el Tigre del Quequen no mata sino á los soldados de las partidas que lo persiguen. A ese hombre que me ha herido dos veces, yo lo he podido de-

gollar, pero ya lo ven ustedes, no he hecho sino la *hagaza*.

Efectivamente, aquello habia sido puro aparato pues Pacheco se habia limitado á acariciar el cuello de Aguilar con el lomo de la daga.

Aguilar se habia visto degollar entre sueños de modo que cuando volvió en sí, su primer ademán fué llevar la mano á la garganta, notando que la tenia intacta.

Allí estaba Pacheco delante de él, siempre sonriendo, con las dos dagas en la mano y los brazos cruzados.

—Ya lo vé, contestó á la pregunta que con los asombrados ojos le dirigió Aguilar—usted no es policia y yo he jurado no matar sino á esos enemigos del pobre gaucha.

Y arrojando la daga á los piés del asombrado Aguilar, saltó sobre su caballo, perdiéndose de vista bien pronto.

—Hombre raro! exclamó este, mirándolo cariñosamente.

Pelea por lujo y sin ninguna rabiá.

Yo lo he herido y él ha podido matarme sin ningun compromiso y en buena ley—como dicen que este hombre es un bandido?

—Nosotros creimos que lo habia degollado, dijo uno de los paisanos, y yo me sentí temblar las piernas al verle pasar la daga por el pescuezo, pero habia sido solo el ademán—no lo ha querido matar.

Aquella nueva riña concluyó por hacer del Tigre del Quequen un personaje fantástico á quien temian hasta los hombres de partidos lejanos.

Su nombre habia pasado á ser una especie de refrán, que los paisanos empleaban para ponderar el valor de algun guapo; lo que habia concluido por aterrorizar á las mismas partidas que lo buscaban.

Por aquellos tiempos habia aparecido tambien un tal Pacheco, natural del Pergamino, cuyas iniquidades dieron en atribuirselas á nuestro héroe.

Una vez aquel tocayo infernal entró á una pulperia y porque el pulpero se negó á fiarle un vaso de caña, saltó el mostrador y lo coció á puñaladas.

Esto sucedia en el Partido de Balcarce, estando nuestro héroe en su guarida del Quequen, y sin embargo le atribuyeron esa hazaña salvaje que comentó toda la prensa de la campaña, de donde la recojieron los diarios de la Capital.

Felizmente, para Pacheco, aquel tocayo vivió poco, cayendo en manos de una partida de plaza que le dió muerte «por haberse resistido á la autoridad».

De otro modo, sabe Dios con cuanto crimen feroz lo hubieran hecho cargar!

El ministerio de gobierno, acosado con los reclamos que diariamente llegaban y las nar-

raciones exageradas de los diarios, pasó una enérgica circular á los juzgados de campaña, pero sucedió lo de siempre.

Estos contestaron que las partidas estaban acobardadas y que era inútil pretender que estas fueran á atacar al tigre en su propia madriguera.

—Mientras no venga una partida del Guardia Provincial, decian, en busca de infractores á la ley de enrolamiento, no hay esperanza de poder prender á este bandido, que tiene asolada la campaña.

Parece increíble que un hombre solo, sin mas armas que un facon y un rewólver, dominara de aquel modo á partidas que se componian de doce ó quince hombres! Y, sin embargo, nada de mas positivo.

Pacheco habia llegado á ser una especie de fantasma que se le veia en todas partes sin estar en ninguna.

Siempre aficionado á las carreras, no faltaba á una sola de las que por allí se corriaran, y cuando por casualidad se encontraba con alguna partida de mas de dos hombres, permanecia indiferente, porque los soldados no se atrevian á decirle una palabra, dándose por bien servido de aquella actitud inofensiva.

Cuando los soldados eran dos ó uno, Pacheco los desalojaba del campo á rebencazos, que dándose él como única autoridad - y cosa particular!

Entónces el órden no se alteraba en lo mas mínimo.

Los paisanos estaban mas circunspectos que si hubiese habido allí toda una partida de plaza.

Respetaban mas al antiguo sargento del Moro que á la autoridad local.

Muchas veces sucedia que Pacheco reposaba uno ó dos meses sin aparecer por parte alguna.

Era que, postrado por el reumatismo, se lo pasaba en su cueva, lamentando su suerte que lo tenia acorralado, obligándolo á vivir como un escapado de presidio.

Entonces Juana le rogaba que vendiera cuanto tenian y se ausentara de la provincia de Buenos Aires, yéndose á Santa Fé.

Pero entonces Pacheco respondia que era inútil.

—El reumatismo vá á ser causa de mi muerte, y lo mismo es para mí morir aquí que en cualquier otra parte de la República.

Por aquellos tiempos salió de Buenos Aires una compañía del bizarro batallon Guardia Provincial, que mandaba el Gobierno para hacer la policia de campaña, y prender los vagos é infractores á la ley de enrolamiento que encontrara en los partidos que iba á recorrer.

Estos vagos é infractores de la tal ley, no eran mas que pobres paisanos, declarados

ales por el juez de paz ó comandante militar, con quien no habian querido votar en determinada eleccion.

Pero el Guardia Provincial no podia meterse en esas averiguaciones, y prendia á aquellos individuos que la autoridad local le indicaba.

Aquella vez el Guardia Provincial tenia una mision mas delicada que cumplir.

Se le habia encargado con especialidad la prision del Tigre del Quequen, y era preciso traerlo, costara lo que costara.

Aquella comision era mas difícil de cumplir de lo que á primera vista parecia, pues no habia paisano capáz de delatar la guarida de Pacheco, ni policiano que se atreviera á acompañar á los soldados.

Por el contrario, sobraria gente que fuera á avisar á Pacheco de lo que se trataba, para que tuviera tiempo de ponerse en salvo.

Aquella compañía, dividida en fracciones recorrió gran parte de la campaña sin poder dar con la guarida del tigre, hasta que uno de los oficiales tomó un paisano, y á fuerza de amenazas de todo género, logro que este lo llevara hasta la guarida del tigre, prometiéndole que lo dejaria en libertad así que lo tuvieran á la vista.

Véamos ahora como se cumplieron los presentimientos de Pacheco.

Era una hermosa madrugada del año 76. Juana habia salido antes de amanecer á recoger las haciendas mientras Justa y la demás familia quedaban entregadas á las faenas del hogar.

Pacheco se encontraba postrado, desde hacia una semana, por un terrible ataque de reumatismo, que no habian logrado mitigar, á pesar de los remedios que se le aplicaron mediante el consejo de uno de tantos curanderos de la campaña.

El paisano habia intentado aquella madrugada acompañar á Juana, aunque solo fuera hasta la boca de la cueva, pero le habia sido imposible.

Los terribles dolores habian paralizado el movimiento de sus piernas y por mas esfuerzos de voluntad que hizo, le fué imposible arrastrarse fuera de los cueros en que se hallaba tendido.

—Ya esta vida es insoportable, decia el paisano, con un acento impregnado de amargura.

La muerte vá á ser un beneficio para mí, porque ya estoy aburrido de sufrir estos dolores que no me dan un momento de reposo.

—No te aflijas, le contestaba Justa, con acento tristísimo y la mirada brillante por la humedad del llanto.

Eso te ha de pasar como otras veces, y pronto podrás volver á montar á caballo.

- No llores Justa, añadía melancólicamente el tigre, esto no tiene cura y si no me he dado ya de puñaladas, ha sido por no dejarlas abandonadas á merced de los malvados que me han enterrado aquí.

Faltando yo, ellos han de querer apoderarse de todo y dejarlas en la última miseria después de haberse vengado en todas ustedes.

Esto es lo único que me ata todavía á la vida y me hace temer la muerte.

Vivo el tigre, y aunque sea postrado sobre estos cueros, han de tener miedo y no se han de atrever á acercarse á mi guarida.

Pero una vez que me sepan muerto, han de venir como un malon de indios.

Por eso les pido que si me muero me entierren aquí no mas, y no lo digan á nadie.

Así creeran que vivo siempre y no se animarán á venir aquí.

La fuerza de los dolores reumáticos impidieron á Pacheco seguir hablando y se cubrió la cara con las manos como para ocultar á Justa todo lo que sufría.

Esta se acercó á la cama de cueros y tomó entre sus manos la varonil cabeza del paisano, como pretendiendo aliviar el dolor con sus caricias.

Pobre Pacheco! solo su naturaleza de bronco podia soportar tanto dolor y tanto sufrimiento!

De pronto, se sintió la rápida carrera de un caballo que se detuvo en la boca de la madriguera y alguien que echaba pié á tierra precipitadamente.

Justa y los hijos de Pacheco, palidieron de una manera intensa, y el tigre, á cuya cueva nadie habia llegado jamás de aquella manera, se incorporó sobre un codo y se puso á escuchar con todo el poder de su oído finísimo.

El que habia llegado de aquella manera entró á la cueva, y todos reconocieron entonces á Juana que venia trémula y con el semblante demudado.

- Estamos perdidos, exclamó, y perdidos sin remedio!

Ahí vienen los indios trayendo la direccion de nuestra guarida; tal vez alguien los guie.

Pacheco quiso incorporarse, en su rostro irradió como un relámpago aquella espresion de bravura que lo iluminaba en el combate, pero volvió á caer sobre los cueros postrado por el dolor y la debilidad.

- Echa la tranca sobre las puertas! gritó á Juana—encontrando resistencia los indios han de pasar de largo—no son tan terribles, porque siempre desconfian de lo que pueda haber adentro.

Juana, ayudada de sus hijos puso una especie de puerta sobre la entrada de la cueva, lo que sujetó con dos postes que hacian las veces de trancas,

Apenas haria cinco minutos que habia cerrado, cuando se sintió del lado de afuera un gran tropel de caballos, y voces que gritaban: abran la puerta! abran la puerta ó la echamos abajo.

- Ahora si estamos perdidos sin remedio, dijo Pacheco en medio de la mayor desesperacion y palideciendo como un cadáver—son cristianos!

- Y era efectivamente un peloton del Guardia Provincial que venia en su busca.

- Qué se ofrece? preguntó Pacheco, con toda la energia que pudo reunir.

- Que el Tigre del Quequen se dé á preso, contestaron, golpeando ya la puerta con las culatas.

- Abre Juana, abre, dijo Pacheco—peor es que vayan á cometer alguna iniquidad. Mientras las criaturas lloraban de espanto y Justa se retorcia las manos de desesperacion, Juana fué á abrir la puerta, pero demasiado tarde.

Los soldados la habian hecho saltar á culatazos y entraban como malon de indios, apuntando con sus rifles en todas direcciones.

- Estoy preso, contestó Pacheco, porque estoy enfermo. voy á vestirme y vamos.

- Nada, replicó el oficial que mandaba el peloton—marche así no mas porque la enfermedad ha de ser mentira.

- Si fuese mentira y yo pudiese salvarme, contesto Pacheco riendo con profunda amargura, no hubieran entrado ustedes aquí.

Y miró sus armas inútiles colgadas en la pared, y de las que en ese momento se apoderaban todos.

Bastó este ademán de la mirada para que un alcalde, que acompañaba á la comision se acercara á Pacheco y le diera un sablazo.

- Cobarde! contestó Pacheco—algun dia la pagarás.

Todos á una se lanzaron sobre él, maltratándolo de una manera salvaje é incua.

En vano las mujeres lloraban y pedian misericordia, en vano los niños se desesperaban, no hubo piedad para Pacheco.

Lo estroperon de una manera cobarde, cebándose en su impotencia. Y cuando aquel cuerpo de Hércules quedó sin movimiento, lo sacaron arrastrando, lo amarraron sobre un caballo y lo trajeron hasta Dolores, después de hacerle apurar toda clase de tormentos, incluso el de hacerle creer que iban á matarlo.

Para tener idea de lo que entonces se hizo con aquel desventurado, es preciso oírse lo relatar á él mismo, pues no hay idea de padecimientos iguales.

Pacheco, ó mejor dicho la sombra de Pacheco llegó á Buenos Aires, y fué alojado en la Penitenciaría, mientras se estudiaba el largo sumario de los supuestos crímenes, que

volvieron á relatar los diarios, poniendo á Pacheco segun su propia y pintoresca expresion, «mas overo que un cuero de tigre.»

Pacheco fué visto para que nombrara defensor, pero volvió á recordar el episodio del ladron de la Caldera, y creyendo que en Buenos Aires la justicia seria mas recta, volvió á asegurar que su mejor defensa estaba en los hechos mismos.

Pobre é inocente Pacheco, que cometia la simpleza de creer en justicia de la tierra!

Algunos meses despues pudo convencerse de

que pocas veces hay justicia sobre la tierra, sintiéndose comunicar la terrible noticia de que estaba condenado *con costas*, á presidio por tiempo indeterminado!

Aislado de todo contacto humano, está allí bajo el triste uniforme del 142, esperando que la muerte venga á libertarlo del peso de sus desventuras.

Allí lo verán ustedes con la frente volcada sobre la mano, mientras de sus ojos brota una lágrima que arranca el recuerdo de los suyos y de su pampa salvaje.



